



EL *angelical*
ROSTRO DEL MAL

EVA ZAMORA



Lectulandia

Yago Junquera Miller es un hombre atractivo, seductor y muy carismático; el político de moda. Lo tiene todo, o casi todo. Solo le falta una guapa y elegante esposa que lo convierta en un marido ejemplar y le ayude a alcanzar su objetivo: ser el presidente del país.

Azucena Carbajal Arango es una bella e inteligente doctora que ama a su profesión tanto como a su familia. Desafortunada en sus relaciones de pareja, mantiene una gran amistad con Fabián, su jefe de traumatología, un hombre enamorado de ella en secreto.

Todo cambia el día que Yago se cruza en la vida de Azucena y decide que ella es la mujer que necesita a su lado. En pocos meses contraen matrimonio y, transcurrido el primer año de casados, el hombre ejemplar y encantador del que se había enamorado va dejando aflorar su lado violento. Pero lo que Azucena no imagina es hasta qué punto llega la depravación que esconde su marido; y descubrirlo será su perdición.

Lectulandia

Eva Zamora

El angelical rostro del mal

ePub r1.0

Titivillus 30.08.2019

Título original: *El angelical rostro del mal*
Eva Zamora, 2018
Diseño de cubierta: Manuel García Tristante

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

El angelical rostro del mal

Agradecimientos

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Epílogo

Sobre la autora

Agradecimientos

Decía Jean de La Bruyère que *solo un exceso es recomendable en el mundo: el exceso de gratitud*. Esta es mi quinta obra y con ella, una vez más, quiero repartir agradecimientos. Como siempre a mi marido e hijo, por su apoyo constante y tan primordial para mí. A mi familia: madre, suegros, cuñados, primos, tíos, sobrinos... por estar continuamente a mi lado. A los amigos, la familia que uno escoge, por su imperecedero empuje, por las charlas y los consejos; como decía Lope de Vega: *La amistad es el alma de las almas*. También quiero dar las gracias a mis lectores cero, su ayuda es muy importante para mí, y en esta ocasión en particular a Rita y a Magda; a mis seguidores en las redes, que por suerte no paran de crecer a diario; y a mis lectores en general, el motor de mi inspiración y mi impulso como escritora. Insisto, sin vosotros yo nunca habría llegado hasta aquí, de modo que os estaré eternamente agradecida.

De nuevo no puedo olvidarme de las librerías, tan importantes para los escritores. Pero yo deseo hacer un agradecimiento especial a mis maravillosas librerías, las que me abrieron sus puertas desde el primer minuto y siguen promocionando mis obras con ahínco: Librería Guillén (Beatriz), Papelería Sayri (Belén), + Q Libros (Ana), Tu Tienda (Olga) y Librería Bravo (Manuela). Gracias, gracias y gracias a todas, nunca olvidaré vuestra ayuda. También es de justicia agradecer a mis editores de Ediciones JavIsa23, Javier e Isabel, el haberme abierto las puertas de su editorial y confiado en mi obra; espero que esta nueva andadura literaria nos una por muchos años.

Y para acabar, te lo agradezco a ti, lector que vas a leer por primera vez una de mis novelas. Espero que te guste y que no sea la única de mis obras que tus ojos lean.

Dedicado a las mujeres: no somos el sexo débil.

PRÓLOGO

La vida es un continuo danzar de decisiones, en eso se sintetiza nuestro mundo. Nos guste o no, queramos o no, vivimos continuamente en una toma de decisiones, pues hasta cuando creemos que no decidimos lo estamos haciendo. Siempre debemos escoger una opción de entre varias posibles y después soportar las consecuencias que vengan al respecto. Puede que escojamos la opción correcta, en cuyo caso no habrá que lamentar nada, pero también podemos errar con la decisión elegida y equivocarnos. Por ese motivo es necesario meditar antes de tomar una de esas determinaciones que resultan trascendentales, de las que llevan a crear un antes y un después en nosotros. Cada gesto o palabra nos aboca a nuestro sino, se convierte en la brújula que nos guiará, que nos abrirá un camino que variará en función de la resolución elegida; no en vano somos las decisiones que tomamos. Pero en ocasiones, la vida nos pone tan al límite que no podemos pararnos a pensar o reflexionar. De pronto, algo en nuestro interior enciende una luz roja que indica peligro, y la única salida viable que vemos es la actuación; surge lo que se denomina miedo. Un temor que tan solo busca una cosa: hacernos actuar. Aunque a veces solo actuamos por una única causa, porque no nos queda más remedio, porque hemos agotado todas las vías posibles antes de llegar al punto más tajante y riguroso.

Precisamente en esa medida casi draconiana se encontraba Azucena, una doctora especializada en traumatología. Ella había escogido la única opción que le quedaba y no paraba de cruzar los dedos para que fuera la acertada y no dañase a nadie más. Porque Azucena no solo temía por ella, lo que más miedo le producía era el sufrimiento de las personas que quería. Por eso, mientras se encaminaba a la comisaría, no dejaba de observar a su alrededor ni paraba de rogar a Dios para que aquel infierno acabase de una vez por todas.

Azucena trabajaba en las urgencias del hospital de Oviedo, ciudad donde había nacido y residía, y era la mediana de tres hermanos. Por encima de ella, y cuatro años mayor, estaba Nicolás, abogado de profesión, que ejercía y vivía desde hacía unos años en Madrid. Estaba casado y esperando la llegada al mundo de su primer hijo, Pelayo, así lo iban a llamar. Por debajo de Azucena, y cinco años menor, se encontraba Covadonga, la benjamina de la familia que un día decidió marcharse a Alemania a realizar un máster en Economía. Tras acabarlo, una oferta laboral de una importante multinacional la persuadió para fijar su residencia en el país germano.

Los padres de Azucena hacía unos años que se habían trasladado de Oviedo a Gijón, ciudad natal de su madre. Residían frente a la playa de San Lorenzo desde que su padre, Simón Carbajal, se jubiló. Simón era un hombre muy familiar, y por ese amor a los suyos se entregó en cuerpo y alma a su trabajo de contable. Matilde Arango, la madre, aparte de llenarlos de amor, se pasó la vida ahorrando para pagar a sus hijos una carrera. Aunque también guardó un poco para poder cumplir su sueño y terminar la vejez viviendo frente al hermoso mar que bañaba la costa gijonesa y toda su infancia y adolescencia: el Cantábrico. Y con los polluelos criados y lejos del hogar, Simón y Matilde consiguieron realizar su aspiración.

Pese a que Azucena no tenía a su familia a su lado ni se veían a diario, su relación era fuerte y estrecha. Para ella eran lo más importante de su vida, por eso temía que pudieran estar en peligro, al igual que lo estaba ella. Sabía que ellos habían sido víctimas del rencor de Yago, quien los hizo sufrir para castigarla y doblegarla a su voluntad. Porque Yago Junquera Miller era un maldito infame con rostro angelical y sonrisa embelesadora al que solo le importaba cumplir su objetivo, fuera de la forma que fuese; era justo lo contrario a lo que todos creían. Y ese era el pecado capital que había cometido Azucena, el que nunca perdonaría Yago, haberlo descubierto, haber desenmascarado la maldad que contenía su persona y que escondía a los demás.

Antes de entrar en comisaría, Azucena miró con angustia a los alrededores. Con celeridad, sus ojos realizaron una visita guiada del entorno, recorrieron todos los puntos de la calle: el derecho, el izquierdo, el trasero, el frente... Todo parecía normal, o al menos eso quería pensar ella. En cuanto pisó el pavimento grisáceo y rugoso de la comisaría le temblaron las piernas, casi sintió vértigo, e inhaló una honda bocanada de aire hasta inflar al último de sus alveolos. Después suplicó a sus piernas que prosiguieran andando hasta llegar al mostrador que presidía la comisaría para apoyar su tembloroso

cuerpo en él, y rogó a su voz permitirle hablar con la mujer policía que se encontraba justo detrás. Al fin llegó a él, aunque con el corazón tan desbocado que creyó que la brusca y elevada palpitación le haría fenecer.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarla? —interpeló la mujer policía, observando la extrema lividez que el rostro de Azucena exhibía gracias al temor acumulado.

—No sé... no sé con quién debo hablar —titubeó, le seguía faltando aliento, fuerzas, valor...

—Si me dice para qué ha venido yo le diré con quién debe hablar, señora.

—Vengo para poner... —la voz se le ahogó.

—Señora, ¿se encuentra bien? —inquirió la agente.

—Vengo... vengo... —Azucena desatendió la pregunta de la mujer policía, solo quería concentrarse en lo que debía decir. Se armó de coraje y respiró hondo de nuevo—. Vengo a poner una denuncia —declaró de seguido.

—¿Y a quién quiere denunciar?

—A mi ma... —Las palabras volvieron a esfumarse, el miedo la gobernaba una vez más.

—A su ma... ¿madre? —preguntó la agente, mirándola vigilante.

Azucena negó con la cabeza y las lágrimas empezaron a resbalarle por las mejillas.

—¿A su marido? —preguntó a renglón seguido, y el llanto de Azucena se acrecentó a la par que asentía—. Cállese, señora, por favor —solicitó la agente, saliendo de inmediato del mostrador—. Venga conmigo a una sala en la que podrá hablar con calma y me explicará por qué motivo quiere denunciarlo; luego le atenderá el compañero apropiado.

La agente arropó con uno de sus brazos a Azucena, que era incapaz de sosegar el silencioso llanto. La condujo a una pequeña sala casi vacía, solo la vestían una mesa y tres sillas, y ambas se sentaron.

—Tranquilícese y dígame cómo se llama, señora.

—Azucena —respondió gimoteando—. Me llamo Azucena Carbajal Arango.

—Muy bien, Azucena, soy la agente Pineda y quiero que sepa que la voy a ayudar cuanto pueda. Pero antes de llamar a uno de mis compañeros, necesito conocer el motivo de querer denunciar a su marido.

Azucena la miró fija y comenzó a recordar todo lo que Yago le había dicho y hecho, repasándolo a gran velocidad, y el cuerpo comenzó a temblarle de inmediato. Pero era consciente de que ya estaba allí, ya había dado el paso, ya había tomado la decisión; la única a la que veía salida, la única que le

quedaba, la única a la que aferrarse. Aspirando el oxígeno con fuerza volvió a dotarse de coraje, y el coraje envalentonó su voz para pronunciar lo que debía, el motivo que le había llevado a la comisaría.

—Mi marido quiere... quiere...

Una vez más, las palabras de Azucena se ahogaron en su medroso nerviosismo. De nuevo el temor se presentó con presteza, aunque esta vez no solo le extravió la voz, la dejó sin aliento, le nubló la vista... Por más que lo había intentado, el miedo del que estaba repleta le impidió terminar la frase. Y no solo la imposibilitó de hablar, también sintió un vértigo que la llevó a marearse, notó que se desvanecía. El pánico que soportaba hizo que perdiera el sentido.

—¡Señora, señora! —gritó Pineda levantándose veloz. Por suerte consiguió sujetarla por los hombros, evitando que el cuerpo de esa mujer, a la que notaba estar muerta de miedo, terminara desplomándose contra el suelo.

1

DOS AÑOS ANTES.

La jornada en el hospital estaba transcurriendo tranquila, algo difícil y casi impensable en el servicio de urgencias, pero era así. Fabián aprovechó esa inusual calma para pedirle a Azucena tomar un café, invitación que aceptó al momento, pues llevaba más de dieciocho horas trabajando y necesitaba un poco de cafeína para despejarse. Ambos se acercaron a la cafetería del hospital y se sentaron en una mesa a tomarse la bebida. Disfrutar de ese momento, aromatizado por el humeante café, tan solo era la excusa perfecta para charlar un rato. Porque esa era la verdadera intención de Fabián, compartir unos minutos con Azucena, una persona por la que se sentía muy atraído desde hacía un tiempo, que hacía bailar a su corazón.

Azucena Carbajal Arango era una mujer bastante bella. Lucía una preciosa mata de pelo morena, unos brillantes e intensos ojos verdes y exhibía un cuerpo con unas curvas de lo más femeninas. Pero también era mucho más que una cara bonita y un cuerpo bien moldeado, era tremendamente inteligente, muy simpática, agradable, dulce, cariñosa y entregada. Justo esa cualidad, su gran entrega a los demás, era lo que más fascinaba a Fabián, en eso ambos eran verdaderas almas gemelas.

Fabián Escudero Durán era el jefe de equipo de la unidad de traumatología del servicio de urgencias del hospital de Oviedo. Desde que conoció a Azucena, había congeniado muy bien con ella en todos los aspectos, no solo en lo profesional, un campo en el que la doctora era de lo más competente, una excelente cirujana de traumatismos. Aunque sin lugar a duda, lo que más los había llevado a forjar su amistad fue algo de índole más íntima o privada: el divorcio de Fabián. Esa etapa fue muy dura para él debido a las circunstancias, su mujer lo abandonó por otro, y Azucena se convirtió en su paño de lágrimas y en un apoyo primordial. Habían pasado más de dos años desde entonces y Fabián sabía que aquel sentimiento que surgía en su

interior no era mera simpatía y afecto, comprendía que estaba enamorado de Azucena. No obstante, lo callaba por desconocer si ella sentía algo parecido o tan solo lo veía como un amigo. A veces parecía que entre ellos florecía un sutil flirteo, que la doctora quería ir un paso más allá de la amistad, y pensar tal posibilidad le daba alas para lanzarse a expresarle sus sentimientos. Pero de repente, todo aquel leve avance se esfumaba de un plumazo y le hacía retroceder, dejando la situación como estaba por miedo a estropearlo. Fabián prefería tener a Azucena como amiga a perderla para siempre. Por eso intentaba disfrutar de su compañía cuanto podía, y los pocos ratos de calma en urgencias los aprovechaba para tomar un café a su lado y admirarla de cerca.

—Hoy parece que es un día tranquilo, qué raro —anunció Azucena, sin parar de dar vueltas al café con la cucharilla.

—Mejor que sea así, ¿no crees? —preguntó Fabián, mirándola a sus hermosos ojos verdes que acababan de levantar la vista.

—Mucho mejor. Sobre todo para los pacientes que no tienen que soportarnos.

—Exacto. —Rieron los dos.

—¿Sabes? Creo que estoy perdiendo la cabeza, creí que hoy no tenías turno.

—Y no lo tenía, pero se lo cambié a Feroso —contestó Fabián—. Siento desilusionarte, no te estás volviendo loca.

—¿Y por qué se lo has cambiado? —inquirió extrañada.

—Para hacerte compañía en tu turno y tomarnos un café. —Se llevó el vaso a los labios.

—¿Hablas en serio? —preguntó de inmediato.

—No, es broma. —Sonrió—. Me pidió que se lo cambiase por motivos personales.

—¡Vaya! Ya me había hecho ilusiones. —Chasqueó los labios.

—¿Ilusiones?! ¿Ilusiones de qué? —Fabián la miró un poco confuso.

—De que un hombre hiciera algo así por mí, el sacrificio de pasar cuarenta y ocho horas seguidas en el hospital. —Estiró los labios antes de echarse un trago de café.

Sin apartar la mirada de los felinos ojos de Azucena, Fabián cambió su leve confusión por una sonrisa que desprendía perspicacia.

—Por ti sería capaz de pasar toda la semana entera. Eso sí, si tú también estás aquí, en el hospital, claro.

Azucena soltó una sutil carcajada.

—Entonces no cuente conmigo, doctor Escudero. Me gusta mucho mi trabajo, pero no soy tan masoquista.

—En ese caso, si tú no vas a estar alegrándome la jornada laboral, tampoco vendré de seguido. —Rieron de nuevo.

El busca de Fabián comenzó a emitir su particular pitido, al segundo también lo hizo el de Azucena.

—¡Oh, oh! Creo que nos reclaman —avisó Fabián, mirando el aparatito—. Ha habido un accidente de tráfico y vienen tres heridos. Levantemos los culos y vayamos a hacer nuestro trabajo.

—Era demasiado bonito para durar —añadió Azucena, levantándose.

Y sin apurar sus cafés y con paso ligero, ambos se encaminaron a la unidad de traumatología.

* * * *

Corría la primera semana del mes de mayo cuando el hospital se engalanó por su cuarenta aniversario. Para celebrar el evento, acudirían y se sumarían a la dirección del centro unos importantes y poderosos visitantes: el presidente del Principado de Asturias y el consejero de Sanidad. Entre otros, la unidad de Urgencias de Traumatología había sido elegida para dar una charla sobre el servicio. Fabián, al ser el jefe de equipo, cargaba con tal responsabilidad, pero no quiso soportarla en soledad y le pidió a Azucena repartirse la tarea. Él explicaría las técnicas que se habían implantado y los nuevos diagnósticos por imagen. Ella hablaría de todo lo demás, de lo más sencillo a lo más complejo, desde un esguince o contusión hasta una operación quirúrgica. Azucena no pudo contradecirlo, Fabián la convenció con su gesto desalentado que decía «por favor, te lo suplico», y accedió.

El día en cuestión era un hervidero de nervios para todos los médicos, enfermeras y demás personal sanitario. Y para Azucena, que no le gustaba hablar en público ni ser el centro de atención, lo era por partida doble. Para la ocasión se había puesto un bonito vestido color crema con un ancho cinturón de piel en tono negro, a modo de fajín, que perfilaba la entallada cintura y ensalzaba sus preciosas caderas tan femeninas. Fabián, observando su fantástico cuerpo, pensó que era una preciosidad de mujer, un ángel divino caído del cielo, aunque solo se atrevió a decirle que estaba muy guapa. Si bien el corazón le bombeaba a doble velocidad cada vez que se fijaba en las trazadas curvas de la mujer que lo tenía enamorado.

Muchas de las compañeras de Azucena, tanto doctoras como enfermeras, estaban deseosas de ver en persona al nuevo consejero de Sanidad, un hombre muy atractivo, próximo a cumplir los cuarenta años: Yago Junquera Miller. El consejero estaba licenciado en ciencias políticas y economía, y los entendidos en política le auguraban un brillante porvenir dentro de las filas de su partido. De padre asturiano y madre inglesa, no solo era un hombre indeciblemente guapo, también disponía del don de la persuasión, apoyado siempre con una sonrisa embelesadora. Era muy agradable en el trato, cercano, inteligente e inspirador de simpatía. Pero también era ambicioso, astuto, calculador y capaz de conseguir cuanto se propusiera y de la forma que fuese. Para él, el fin justificaba todos los medios, aunque esta última parte la desconocía casi todo el mundo de su alrededor. Yago era un depredador en toda regla, uno que no tenía escrúpulos, justo lo que se precisaba y requería para moverse dentro de ese mundo.

La visita se realizó en un orden absoluto y entre los suspiros ahogados de más de una de las féminas que se cruzaron por el camino del consejero y fueron saludadas por sus ojos color miel. Azucena, que iba caminando detrás de la comitiva junto a Fabián y otros colegas, pensaba que en verdad era un hombre muy atractivo, pero estaba convencida de que esa imagen cuidada al extremo estaba estudiada por un asesor. Era un hombre alto, al menos medía un metro noventa, y tenía buen cuerpo y porte. Su cabello era de color castaño claro, y lo llevaba formando una corta melenita que le tapaba la nuca y le favorecía bastante; le daba un aire juvenil muy desenfadado. Su cara compaginaba a la perfección un aspecto canalla con una ternura infinita. Rechinaba la contradicción solapada entre la picardía y la inocencia, una puntual malicia junto a la faz más recta y angelical; y a la vez el conjunto resultaba de lo más atrayente. Además, el consejero tenía una acusada personalidad. Era un hombre seguro de sí mismo, que miraba fijamente a los ojos al hablar y sabía escuchar con atención. Tenía dotes de liderazgo, don de gentes, carisma, mucho carisma, un abrumador carisma. Eso, en realidad, era lo que fascinaba a las masas. El magnetismo natural que desprendía sería lo que le haría llegar lejos.

A lo largo de la visita, Azucena cruzó unas cuantas veces su verde mirada con la de color miel del consejero. Los entrecruces visuales más significativos sucedieron cuando pararon en una de las salas de diagnóstico por imagen, y de nuevo al entrar en el lugar donde iba a realizarse el acto y ella tendría que hablar frente a una cincuentena de personas. Cuando Azucena se sentó en la mesa que compartía con otros cinco colegas, más el director del hospital, un

sudor frío y angustioso le recorrió el cuerpo. Al mirar al frente, otra vez se encontró con los ojos del consejero, aunque en esta ocasión su iris parecía comprender sus nervios e intentaba calmarla. Ella bajó un momento la vista a sus papeles e intentó repasar algo de lo que estaba escrito. En ese instante el doctor Olmedo, el director del hospital, comenzó el discurso, agradeciendo la asistencia del presidente del Principado de Asturias y del consejero de Sanidad.

Mientras la mente de Azucena iniciaba una cuenta atrás para empezar su exposición, comenzó a mover la pierna derecha con un baile repetitivo producto de los nervios.

—Calma, para ya —susurró con sosiego Fabián, apoyando la mano en la extremidad de Azucena, parando su movimiento.

—Lo siento, estoy muy nerviosa. No sé cómo dejé que me convencieras, no me gusta ser el punto de mira de todos los ojos aquí presentes —habló muy bajo.

—Lo harás genial y todos se sorprenderán con tu discurso. Dejarás al consejero alucinado, ya lo verás.

—Eso será si no me quedo muda antes, claro.

—Por favor, doctora Carbajal, no dramatice —señaló Fabián, sonriendo con sutileza. Y sin réplica por parte de Azucena, prosiguieron escuchando las palabras de sus colegas.

Precisamente la última en hablar iba a ser ella, algo que, por el tiempo transcurrido, aumentó sus nervios. Las primeras palabras que salieron por boca de Azucena, más que resultar indecisas, casi tiritaron entre sus labios. Fabián posó de nuevo la mano en la pierna de la doctora, que continuaba con su particular baile, aunque en esta ocasión le regaló unas caricias tranquilizadoras y poco a poco ella recuperó la serenidad y empezó a hablar con firmeza. Sin embargo, apenas levantaba la mirada de sus papeles. Y no lo hacía porque no supiera lo que debía decir, sino porque no deseaba ver los ojos de los asistentes clavados en ella, menos aún cruzarse otra vez con la preciosa mirada del consejero. Imaginar que sus ojos estaban petrificados en ella, sin saber por qué, le incrementaba los nervios.

Los aplausos bañaron la sala tras acabar Azucena con su discurso. El director del hospital la felicitó por la excelente charla, y a continuación, el consejero de Sanidad, el guaperas de Yago, se puso en pie sin dejar de aplaudir. Inmediatamente, el público también se levantó de las sillas para seguir vitoreándola. Entre los aplausos, las miradas de Azucena y Yago volvieron a entrelazarse. Él le regaló una de sus maravillosas sonrisas, de esas

que utilizaba tan a menudo para cautivar a la gente. Los labios de la doctora se estiraron con debilidad mientras le sostenía su mirar, unos ojos con el color del otoño que la encogían el estómago, la perturbaban tanto como encandilaban. La bronca voz de Olmedo solicitando a los asistentes pasar a la otra sala a tomar un pisco, la desconectó de la atracción suscitada. Sus pies comenzaron a caminar al lado de Fabián, quien no paraba de felicitarla por lo bien que había explicado todo, sin perder por el camino ni el más mínimo de los detalles.

—Hola, doctora Carbajal —saludó Yago, apareciendo de repente ante ellos—. Quería decirle que me ha encantado la precisión con que ha descrito el importante trabajo del equipo de Traumatología en el servicio de Urgencias. También me ha gustado su exposición, doctor... ¿Escudero? —preguntó, dirigiéndose a Fabián.

—Sí, Fabián Escudero Durán.

—Encantado, doctor Escudero. —Se dieron un apretón de manos.

—Y la doctora Carbajal, ¿cómo se llama de nombre?

—Azucena. Azucena Carbajal Arango.

—Es todo un placer. —Estrecharon las manos.

—Igualmente, señor Junquera.

—¡Oh, por favor, no me llame así! —espetó—. Prefiero que me llamen por mi nombre, no por mi apellido. Llámeme Yago.

—De acuerdo, Yago.

—Mejor, mucho mejor. —Sonrió de forma leve—. Pues como les decía, me han encantado sus exposiciones sobre el servicio y las técnicas. Me ha llamado mucho la atención la nueva tecnología de diagnóstico por imagen. De hecho, me hubiera gustado preguntar más cosas cuando estábamos viéndola *in situ*, pero por miedo a retrasar el programa me he quedado con las ganas.

—Eso tiene solución —añadió Fabián—. Si quiere podemos acercarnos a verla y me puede preguntar lo que quiera.

—Me parece una gran idea. ¿Nos acompaña, doctora? —Yago fijó la mirada en ella mientras esperaba su respuesta.

—Pues...

—Lo digo por su relación directa, ambos son del equipo de trauma —agregó, interrumpiéndola.

—Claro, desde luego. —Asintió ella.

—Perfecto. —Volvió a estirar los labios—. Esperen un momento que se lo digo al presidente y nos vamos para allá.

Yago se acercó a hablar con Felipe Manzanedo, quien estaba charlando con el director del hospital y el equipo de Cardiología.

—¿Has visto lo bien que lo has hecho? Ya te dije que dejarías al consejero babeando —afirmó Fabián.

—Sí, parece que no se me ha dado mal, al menos hemos despertado su interés —le respondió Azucena—. Y ahora que vamos a estar a solas con él, podríamos hablarle de la necesidad de tener más tecnología puntera.

—Has pensado exactamente lo mismo que yo, está claro que estamos hechos el uno para el otro. —Le guiñó un ojo.

Según acabó el pestañeo de Fabián, el consejero llegó, y con una disimulada afabilidad sonrió al doctor. Mientras caminaban para llegar a la sala de diagnóstico por imagen, Fabián comenzó a hablarle sobre las nuevas técnicas, la necesidad constante de innovación, la investigación, la actualización de los medios... Yago solo pensaba en las ganas que tenía de que se marchase con la charla a otra parte. Él quería quedarse un momento a solas con Azucena, una mujer muy guapa e inteligente que lo había fascinado. Desde el primer segundo que la vio, su imagen lo llevó a evocar a alguien que de continuo tenía en su memoria, a una joven muchacha con la que disfrutó del mejor momento de su vida: Alicia. Azucena se parecía mucho a ella, tenía el mismo color de ojos e idéntica forma de mirar, incluso ciertos rasgos de su rostro eran exactos. Pero ella no era Alicia, tan solo ambas compartían una semejanza muy igual.

Una vez dentro de la sala, y entre tanto Fabián continuaba hablando y Yago asintiendo, el consejero miró un segundo el reloj y rio por dentro. Sabía que en menos de un minuto alguien vendría a buscar a Fabián y su aburrida conversación para alejarlo de allí. Su sonrisa interior no pudo evitar mirar a Azucena y salir al exterior de manera tenue. Y en ese conciso instante, un joven celador entró en la sala, para mayor regocijo de Yago.

—Perdone, doctor Escudero, me manda el director a buscarlo. Por lo visto el presidente del Principado quieren hablar con usted.

—¡Vaya!, no voy a poder terminar de explicarle su funcionamiento. — Fabián se dirigió a Yago.

—Tranquilo, no se preocupe, estoy seguro que la doctora sabrá contarme todo lo que precise —enunció—. No haga esperar al señor Manzanedo.

—Ahora nos vemos de nuevo —dijo Fabián, y salió de la sala junto al celador.

—¿Puedo llamarla Azucena? —preguntó Yago nada más ver desaparecer a los dos hombres.

—Creo que debe hacerlo, usted me ha pedido que lo llame por su nombre.

—¿Y podemos tutearnos? Ambos somos jóvenes para llamarnos de usted.

—Sí, por supuesto —afirmó.

—¿Puedes contarme las maravillas de esta máquina en términos menos técnicos, Azucena? Porque con tu compañero, sinceramente y con todos mis respetos, me he perdido. Yo soy licenciado en Ciencias Políticas y en Economía, no en Medicina. Tampoco soy un ignorante de este mundo, por algo dirijo la Consejería de Sanidad, como es obvio, pero los tecnicismos quedan en exclusiva para los profesionales.

—Te entiendo, Yago. —Azucena estiró las comisuras de sus labios sin planteárselo—. Fabián es lo que tiene, explica las cosas en sus términos correctos y cree que todo el mundo lo entiende. No te preocupes, intentaré resumírtelo de una manera sencilla para que lo comprendas.

Azucena comenzó a hablar y toda la atención de Yago se centró en ella, aunque no estaba escuchando una sola palabra de lo que decía. En realidad, ese tema no le interesaba lo más mínimo, al igual que tampoco le importaba su puesto en la Consejería de Sanidad. Tan solo lo utilizaba como trampolín para lograr su verdadero objetivo, el que tenía marcado desde hacía años, prácticamente desde que tenía uso de razón. Ahora, en este preciso instante, lo único que pretendía era charlar un poco con Azucena. Todo había sido un paripé para quedarse un rato a solas con la atractiva doctora.

El consejero llevaba un tiempo planteándose abandonar la soltería, la imagen de hombre casado conllevaría puntos a favor para alcanzar su objetivo. Dar una imagen de estabilidad en política era importante, y tenía muy buena edad para sentar la cabeza. Pero no solo buscaba una bonita cara que lucir, él quería a su lado a una mujer en la que la inteligencia predominara ante todas sus virtudes. Aunque también precisaba que fuese simpática y dulce, del mismo modo que Azucena exhibía en su carácter. La doctora parecía reunir lo que él buscaba para sus propósitos y no quería perder más tiempo para llevar a cabo sus planes. La cuenta atrás para lograr sus intenciones había comenzado el mismo día que asumió el puesto de consejero de Sanidad, de eso hacía unos meses, y hasta ahora todo marchaba sobre ruedas, mejor aún de lo planeado. No pensaba dejar pasar la oportunidad ni un minuto más, había decidido que quería conocer a Azucena y confirmar, una vez más, la infalibilidad de su instinto. Porque él siempre le ayudó a conseguir cuanto se había fijado. Él era su mayor aliado y debía comprobar que de nuevo no estaba errado, que esa mujer era la que le convenía tener a su lado como no paraba de gritarle. Desde que la doctora acabó su impecable

discurso, que ponía de manifiesto el gran cerebritito que era, su instinto no paró de repetirle que no la dejase escapar; y no lo iba a hacer, era su decisión. Y con esa reiteración en la cabeza, el seductor que convivía en su interior empezó a afilar las garras de depredador.

—¿Lo ha entendido ahora? —preguntó Azucena, que acababa de concluir la explicación.

—Lo has entendido, Azucena —le corrigió—. Habíamos acordado hablarnos de tú.

—Es cierto, perdón. Pero se me hace raro, lo siento.

—Pues háblame de tú y no tendrás que sentirlo.

—De acuerdo. ¿Lo has entendido?

—¿La verdad?

—Por supuesto.

—No te he atendido, estaba descentrado —respondió—. Admiraba lo guapa que eres y no podía dejar de preguntarme si tendrías novio o pareja. Creo que no estás casada, al menos no llevas ninguna alianza en tus dedos que lo atestigüe.

—¡Vaya! —soltó ella con asombro—. Y yo pensando que te estaba interesando mi explicación, te veía tan atento.

—Siento defraudarte, pero no quiero mentirte. —Sacudió la cabeza—. En lo único que pensaba era en si estarías libre y, de ser así, de qué manera podría pedirte una cita para tomar algo o cenar, lo que tú prefieras.

—Creo que acabas de pedírmela. —Azucena sonrió con timidez.

—¿Y qué me respondes?

—Que estoy libre, por eso en mi mano no luce ningún anillo.

—Entonces, ¿eso es un sí a mi cita?

—¿Por qué no? —Se encogió de hombros—. Salir a cenar o a tomar una copa no significa más que eso, dos personas que tratan de conocerse. Eso no hace daño a nadie.

—Muy cierto. Eso no puede dañar a nadie, todo lo contrario —convino con ella—. ¿Tienes planes para mañana por la noche? Podemos cenar y tomar una copa después.

—Veo que tomas rápido la palabra y que además no te conformas con una sola cosa —advirtió.

—Así soy yo, ya me irás conociendo. ¿O tú te conformas con poco cuando puedes tenerlo todo? —preguntó, clavando su pupila en el iris verde de Azucena.

—Depende —contestó.

—Pues yo siempre apuesto a ganar, y cuando gano, lo quiero todo — declaró con rotundidad, acercándose más a ella.

—Creo que deberíamos volver a la sala con los demás —anunció mirándolo a los ojos que no se apartaban de los suyos, contemplando el aura de atracción que desprendía ese guapísimo hombre.

—Sí, regresemos. Nosotros debemos marcharnos en breve —aseguró Yago, perdiendo el contacto visual para observar su reloj—. Manzanedo tiene una reunión con la patronal en menos de quince minutos. ¿A qué hora y dónde te recojo mañana?

—¿Recogerme? —preguntó extrañada.

—Tenemos una cita, eso he creído entender, ¿no?

—Sí. Pero mejor quedamos en un sitio, no tienes por qué recogerme.

—No, soy extremadamente puntual, prefiero ir a recogerte. Dame tu dirección. O mejor aún, dame tu número de móvil y te mando un whatsapp esta noche. Decide la hora y mándame tu dirección. —Sacó el móvil del bolsillo para anotar el contacto.

—Está bien, señor meticuloso, tome nota —añadió con cierta ironía.

Azucena le dio su número y una vez guardado en la agenda del móvil de Yago regresaron a la otra sala. El presidente del Principado ya empezaba a despedirse de los asistentes.

Al subir al coche oficial, Felipe Manzanedo mostró una perspicaz sonrisa a Yago, que se la devolvió de inmediato.

—¿Qué? ¿Te ha ido bien con la doctora?

—Sí, tengo una cita con ella mañana por la noche. Gracias por ser tan puntual en llamar a su compañero. Te he dicho que en diez minutos vinieran a buscarlo y los has clavado.

—De nada. Para eso están los amigos, para ayudarse. —Le guiñó el ojo—. Así que mañana por la noche te la vas a beneficiar, golfo.

—No hables así, Felipe, no me gusta —le reprendió.

—¿El qué no te gusta? ¿Follar? ¿Desde cuándo? —preguntó con sorna.

—No te hagas el tonto, me refiero al lenguaje —puntualizó—. Azucena no es como las otras, es una mujer muy inteligente, alguien a mi altura, lo que yo busco y lo que tú sabes que necesito. Estoy seguro de que no es de las que se acuesta con alguien en la primera cita, y yo no se lo voy a insinuar. Me gusta, le daré tiempo —repuso muy serio.

—Muy bien, lo que tú digas, Yago, no te enfades, solo bromeaba —comentó—. Veo que debe gustarte de verdad, te has aprendido hasta su nombre. Con las otras, cuando hablabas de ellas, además de que lo hacías

como si fueran un mero trozo de carne al que echar un polvo, las llamabas «esas». Esa rubia, esa morena, esa tetona...

—Pues Azucena no es una de «esas». Y sí, me gusta, me gusta mucho —aseguró, pensando que no iba a desatender a su instinto—. Estoy seguro que no es mujer a la caza de una billetera, y mucho menos de echar un polvo para intentar alcanzar una posición, sino de entregarse solo por amor.

—Bueno, nunca te fíes de las apariencias. A veces los corderitos esconden un lobo feroz en su interior.

—Azucena no es así, lo sé y punto —concluyó casi molesto.

—Vale, de acuerdo —contestó Manzanedo en tono calmado.

Mientras el coche se desplazaba por la autopista, Yago no paró de pensar en Azucena, en salir con ella, en acabar en la cama. Al meditar ese asunto, un escalofrío le recorrió el cuerpo, lo angustió, y se cuestionó ciertos aspectos a los que no estaba acostumbrado a tratar. Reflexionando, supo que debía intentarlo. Había llegado el momento de hacer ese gran sacrificio en beneficio de su objetivo. Porque su objetivo era lo único que de verdad le importaba, y era consciente de que los logros también iban ligados a muchas renunciaciones. Era el momento de sacrificar sus vicios en pos de algo mayor: su meta.

2

Azucena no mencionó a Fabián que había quedado con Yago, no lo creía necesario. Tan solo se trataba de una cena con un par de copas a lo sumo, después a saber si volverían a verse. Aunque en su fuero interno sabía que el hecho de silenciar esa cita era por otro motivo: ese hombre no era bien visto por Fabián. Azucena lo comprobó cuando la comitiva desapareció y se quedó a solas con su compañero, desde ese instante él no paró de repetirle que el consejero le parecía un prepotente con aires de casanova. Con reiteración y convencido, decía que era el típico tío que calentaba cada noche su cama con una mujer distinta, y luego se jactaría de ello con los amigotes del parlamento. Insistía en que era un hombre que estaba más pendiente de flirtear con las doctoras que de escuchar las explicaciones del tema que precisamente lo había llevado a estar en el hospital. Hasta llegó a comentarle, muy molesto, que desde que pisó el lugar no había parado de hacerle ojitos a ella. De ahí el silencio de Azucena, sabía que si revelaba a Fabián su cita con Yago, su colega le calentaría la cabeza. Y ella no veía nada serio en aquella cita, ni mucho menos pensaba acostarse con Yago, tan solo le agradaba la idea de compartir un rato de ocio con un hombre guapo a la par que inteligente, que emanaba tanto misterio y seducción como interés le suscitaba. Su vida social era tan limitada que bordeaba la escasez. De hecho, debido a la cantidad de tiempo que había transcurrido, apenas recordaba la última cita que había tenido con un hombre. Fue con un médico, para no variar, al fin y al cabo era con quien más se codeaba, y la relación no funcionó desde el primer momento, sus caracteres eran muy opuestos. Ni tan siquiera en la cama, en los pocos encuentros que hubo en esa casi efímera relación, congeniaron, fue satisfactorio para ella. Y lo peor de tener una relación con un compañero de profesión, por muy corta que fuera, era seguir viéndolo, digerir su silencio y el desvío de mirada. Desde entonces, Azucena creyó que no era bueno

mezclar trabajo y amor, porque si el tema no salía bien, no solo terminaba perdiendo una relación, también se quedaba sin un colega.

Por ese motivo, y a pesar de sentirse atraída por Fabián, un hombre atractivo, de pelo bastante canoso, aun sin haber cumplido los cuarenta años, de tez morena, ojos negros, alto, musculado, simpático, atento y muy entregado a los demás, nunca quiso dar un paso más allá de su vínculo de amistad. Y entre otras cosas no lo hizo porque no sabía si él podría estar interesado por ella más lejos de ese tipo de relación, a veces parecía que sí y en otras todo lo contrario. Por eso no deseaba pisar en falso, ni que su torpeza la llevara a perderlo como compañero, mucho menos como amigo. Para ella Fabián era un pilar fuerte, un sostén primordial, un confidente, un hermano, todo cuanto precisaba.

Y con todos esos pensamientos rondando en su cabeza, Azucena continuó arreglándose para su cita con Yago, aunque con algo de remordimiento por habérsela ocultado a Fabián. Mientras terminaba de pintarse sus hermosos ojos verdes para iluminarlos más, se peinaba la morena, larga y ondulada melena y coloreaba con carmín rojo sus sensuales labios, no paraba de repetirse que no le estaba mintiendo, tan solo le omitía una cita de la cual nunca se enteraría. Así lo había decidido, nada más.

* * * *

Yago, puntual a más no poder, como era su costumbre, llegó a las nueve al portal de Azucena a recogerla. Paró un momento en doble fila su flamante BMW, y la llamó al móvil para indicarle que ya la aguardaba abajo. Azucena, preparada, vestida con vaqueros ajustados, americana azul cielo y zapato negro de tacón, se apresuró a tomar el ascensor para bajar a la calle.

En cuanto los ojos de Yago la divisaron, de nuevo su mente trajo el recuerdo de Alicia, su vecina en sus años de juventud. Y su instinto volvió a chillarle que esa mujer, Azucena Carbajal Arango, era la apropiada para él. En los pocos segundos que transcurrieron hasta que ella se aproximó al coche, el consejero divisó su blusa blanca desabotonada hasta el tercer botón, dejando asomar un perfecto escote. Le pareció el justo. Uno que suscitaba pero no era provocador; el que llevaba a fantasear, no a babear; el sutil, no el incitador. Con esa imagen que tanto le había gustado, se apeó del vehículo para recibirla y abrirla la puerta como un caballero.

—Hola, Azucena —saludó, y posando la mano en la cintura de ella, le dio dos besos, con calma.

El olor que desprendía la piel de la doctora le encantó, lo sorprendió, lo exaltó... Tanto, que permaneció quieto unos segundos, aspirándolo. Era conocedor de esa fragancia cargada de memorias para él. Un perfume con un simbolismo especial y que en más de una ocasión había comprado para regalar.

Entretanto Azucena recibía los besos de Yago, pensó que el consejero, despojado de su traje y vistiendo de manera más informal, aún estaba más guapo. Incluso el punto de canalla se le acrecentaba, y eso le encogía el estómago y la creaba una atracción irremediable. Aunque el matiz de chico malo se desvanecía nada más sonreír, al desprenderse de la seriedad con que a veces teñía su gesto. Y entonces, su iris acastañado le impregnaba el rostro de dulzura, llevándola a creer que el candor que exudaba la derretiría. La mezcla de ángel y demonio que contrapeaba la imagen del consejero de Sanidad intrigaba a Azucena tanto como la seducía.

—¿Qué tal? —preguntó la embelesadora sonrisa de Yago.

—Bien. ¿Y tú?

—Muy contento de ver lo guapa que te has puesto para nuestra cita —contestó—. Creo que esta noche voy a ser el hombre más envidiado de Oviedo gracias a tu compañía.

—Vas a terminar ruborizándome, Yago —bromeó.

—No veo por qué, no estoy diciendo nada que no sea cierto. —Abrió la puerta del auto para que Azucena se acomodara en el asiento.

—Quizá porque no llevo muy bien el tema de los piropos, a lo mejor sea por falta de costumbre. —Se sentó. Yago cerró la puerta y se dirigió con diligencia al otro lado.

—No puedo creerme que no te hayan piropeado nunca —enunció nada más entrar en el vehículo, posando sus ojos en la mirada de Azucena—. ¿Acaso los médicos de tu hospital están ciegos?

—Igual sí, quién sabe. —Sonrió.

—Pues si yo trabajara contigo en ese hospital todos los días te diría lo guapa que eres.

—Igual hasta me acostumbraba a ello —bromeó sin dejar de sonreír.

—Por supuesto que lo harías. —Estiró los labios también—. Y ahora, bella dama, voy a llevarte a un restaurante en el que sirven el mejor pescado y marisco de todo Oviedo.

—Fenomenal, porque estoy muerta de hambre.

—Guapa y hambrienta, la combinación perfecta. ¡Me encanta! —Yago sonrió de forma astuta, arrancó el coche y abandonaron el lugar.

El restaurante al que acudieron era muy frecuentado por Yago y todos conocían de sobra quién era: el consejero de Sanidad del Principado de Asturias. A Azucena le sorprendió el recibimiento, de qué forma lo trataban, parecía que el mismísimo Dios hubiera entrado por la puerta. Aunque con ella hacían casi lo mismo, evidentemente por ser su acompañante. Los acomodaron en un pequeño salón privado, decorado con sumo gusto y detalle. Apenas habían apoyado sus posaderas en la silla cuando el chef, un reputado cocinero, llegó a saludarlos y a charlar con el consejero. En realidad la conversación se centró en las *delicatessen* que él mismo les aconsejaba para la cena, pero Yago sabía muy bien lo que quería, que no era otra cosa que deslumbrar a Azucena. Por ello invirtió los roles, y le dio al chef unas precisas indicaciones de lo que sus caprichosos antojos querían degustar. En ese momento él parecía el jefe de cocina y el chef un mero aprendiz. Sin embargo, el hombre atendió con atención y sin rechistar, del mismo modo que le sucedió a Azucena, que no abrió la boca para decir lo que prefería o le gustaba. Yago se encargó de pedir en nombre de los dos, hasta eligió el vino con el que refrescarían sus gargantas. El chef se marchó emitiendo una sonrisa a Azucena, que continuaba sin salir de su asombro por la nula participación.

—Perdona, Yago —enunció nada más quedarse a solas—, yo no sé si tú acostumbras a pedir en nombre de tus acompañantes, pero yo tengo la mala costumbre de decidir qué quiero o me apetece comer —se quejó, aunque sin mostrar acritud. Yago la observó sorprendido.

—Disculpa, lo siento, de veras —anunció con rapidez—. Llevas toda la razón, estoy acostumbrado a decidir siempre y no me he dado cuenta de que quizás a ti no te guste lo que he pedido para cenar.

—Sí me gusta, pero prefiero ser yo la que decida lo que quiere, o al menos que se me consulte.

—Lo siento de nuevo, Azucena. Ahora mismo llamo al chef y pides lo que te apetezca —dijo levantándose.

—No, vale. —Azucena lo sujetó por el antebrazo—. Ya está pedido y me gusta todo, incluso el vino seguro que es de mi agrado. Tan solo me gustaría que lo tuvieras en cuenta para otra ocasión.

—¿Así que va a haber otra ocasión? —Yago se sentó con los ojos cargados de satisfacción.

—Bueno, es una forma de hablar —titubeó Azucena, un poco cohibida—. Esperemos primero a acabar esta cita, tan solo acaba de comenzar.

—Pues yo, aun sin acabarla, voto por una segunda.

—Realmente, como te dije ayer, te tomas la palabra a la primera — anunció Azucena, mirándolo con cierto asombro.

—Así soy yo —aseguró Yago—. No me gusta dejar escapar oportunidades, también te lo dije ayer. —Sonrió con sutileza, contemplándola de forma firme—. Y ahora, por qué no me hablas un poco de tu vida, Azucena.

Observando la seriedad que de pronto acometió al rostro de Yago, esa que le acentuaba su matiz canallesco, las entrañas de Azucena volvieron a encogerse. De forma inexorable, la atracción se expandió por ella.

—¿Y qué quieres que te cuente? —preguntó, apelando a la calma.

—Todo lo que puedas, quieras o desees.

—¿Sabes que hablas como un político?

—Soy un político —afirmó.

—Lo sé. —Ambos sonrieron—. ¿Y te gusta lo que haces?

—Me encanta, adoro la política —aseveró—. Desde pequeño soñaba con estar dentro de ella.

—¡Vaya! ¡¿Desde pequeño?! —formuló perpleja.

—Sí, desde mi más reciente pubertad. —Asintió, y de forma inevitable recordó a su abuelo.

—Yo, cuando era pequeña, soñaba con salvar el mundo, pero jamás lo mezclaba con la política. De hecho, creo que a esa corta edad no conocía ni el significado de esa palabra.

—¿Y ves? Tu sueño está ligado a tu profesión. Eres médico, puedes socorrer a las personas, y eso está relacionado directamente con salvar el mundo.

—Visto así, llevas razón. —Sonrió de nuevo.

—Yo no te preguntaré si te gusta tu profesión porque ayer, después de escuchar la pasión que empleaste en tu discurso, lo comprobé.

—La verdad es que me apasiona lo que hago, no lo voy a negar.

—No debes hacerlo, si no te crecerá la nariz como a Pinocho y entonces ya no serás tan hermosa como eres —advirtió, acariciando la mejilla de Azucena con el dorso de su mano, con suma delicadeza.

Y en ese conciso instante de complicidad, en el que sus ojos estaban entrelazados, uno de los camareros entró en el pequeño salón portando una botella de vino; y la mano y vista de Yago se apartaron de Azucena. El camarero descorchó la botella, echó un chorrito en una de las altas copas y se la ofreció al consejero para que realizara la cata.

—Perfecto, Teo —manifestó nada más degustar el vino en su paladar.

Y Teo, el camarero, esbozando una sonrisa, echó un poco más de vino en la copa de Yago, luego en la de Azucena, y a continuación abandonó el salón privado.

—Conoces a todos los camareros, ¿verdad? —Azucena preguntó afirmando.

—Sí, suelo frecuentar mucho este restaurante. Ya te he dicho que es el mejor de Oviedo —respondió—. Y, retomando la pregunta que te hice hace un rato, ¿vas a contarme algo de ti?

—¿Y tú?

—Creo que tú también podrías hacer carrera en la política, contestas con otra pregunta la gran mayoría de veces. —Los dos se echaron a reír.

Tras las breves risas, Azucena comenzó a contarle cosas de su vida. Habló de sus padres y hermanos, le comentó a qué se dedicaba cada uno de ellos, dónde vivían, lo unidos que estaban y la importancia de la familia para ella y los suyos. Con cada palabra que añadía, Yago más feliz se encontraba, pues esa mujer tenía todo lo que él hubiera deseado para sí mismo: una familia unida. Él, a diferencia de la doctora, había crecido con unos padres que no paraban de discutir, y no tenía hermanos en los que apoyarse porque era el único hijo del matrimonio. Pese a que su padre había rehecho su vida y tenía dos hijos más a los que él debía considerar hermanos, ni tan siquiera los conocía, ni tenía intención de hacerlo. Su relación paterna y materna era escasa, en el caso de su progenitora nula, pero todo eso decidió omitírselo a Azucena. No tenía ganas de escuchar preguntas sobre el porqué del distanciamiento, mucho menos de dar explicaciones, eso tan solo eran cosas que le competían a él. Así que cuando llegó la hora de hablar sobre su vida, Yago tan solo mencionó que sus padres estaban divorciados y cada uno de ellos había iniciado una nueva etapa. Se llamaban y se veían cuando podían, y no añadió más.

—Lo siento —declaró Azucena apenada.

—¿El qué sientes?

—Que tus padres estén divorciados, que vuestra relación no sea estrecha... No sé, para mí sería algo muy duro. Mi familia es cuanto tengo, mi vida entera. Y a pesar de que mi hermana viva temporalmente en Alemania, mi hermano resida en Madrid y mis padres en Gijón, nos llamamos con mucha frecuencia. Además, nos reunimos una vez al mes, todos. Pasamos un fin de semana familiar en casa de mis padres, frente a la maravillosa playa de San Lorenzo.

—Me alegro mucho por ti, de veras, pero no debes sentirlo por mí, yo soy muy feliz —afirmó—. Y mis padres son felices cada uno por su lado, te garantizo que así todo es mejor. —Asintió—. Pero cambiemos de tema, por favor, prefiero hablar de algo más divertido.

Dos camareros entraron en el salón privado y llenaron la mesa de unos manjares que harían babear a cualquier comensal. Yago les regaló su embelesadora sonrisa que arrobaba los sentidos, sobre todo los femeninos, y de seguido miró a Azucena.

—En fin, ahora mejor comamos. ¿No estabas muerta de hambre? Pues empieza a mover la mandíbula y a calmar tu estómago.

—¡Um! Todo tiene una pinta tan deliciosa que no sé por qué empezar — anunció, contemplando los platos.

—Empieza por esto —sugirió él, ofreciéndole un pequeño canapé de *foie* de pato con pepitas de frambuesa, casi llevándoselo a los labios. Azucena abrió la boca y se lo comió—. ¿Te gusta?

—Sí. —Asintió mientras masticaba. Pero como era de mala educación hablar con la boca llena, espero a comérselo para añadir—: Está muy bueno.

Yago echó un poco de vino en las copas, levantó la suya y admiró los ojos de gata de Azucena.

—Quiero brindar por habernos conocido. Porque me gustas. Por tener otra cita. Por tomar luego unas copas. Por esta noche y por las que vengan a partir de ahora.

—De acuerdo, brindemos. —Azucena chocó su copa con la de Yago y bebieron.

La cena pasó entre cruces de miradas, anécdotas hospitalarias, algún gracioso suceso parlamentario y los suspiros estrangulados del consejero debido a las ganas de llevarse a Azucena a la cama. Pero había decidido hacer las cosas de otra forma a la acostumbrada, y sabía que la doctora era diferente a las demás, y como tal la iba a tratar. Por consecuencia, hoy no habría cama, a lo mejor ni siquiera un beso de despedida, quizás en la próxima cita, o en la tercera... Quería que fuese Azucena quien diera el primer paso, no incitarle él a darlo, como hacía siempre con las mujeres que salía. Debía tener paciencia y estar un tiempo, esperaba que corto, sin tener sexo; algo a lo que tampoco estaba habituado.

Presumiendo de caballeroso, Yago solicitó a Azucena elegir el lugar donde tomar una copa. Tanto el restaurante como la cena había sido escogido por él, qué menos que dejarla a ella tomar tal decisión. Despidiéndose del servicio con un buen apretón de manos, el chef los acompañó hasta la

mismísima puerta, y abandonaron el restaurante. Al pisar la acera de la calle, y mientras Azucena pensaba a qué sitio acudir, el móvil empezó a sonarle dentro del bolso. En cuanto lo cogió, vio que el emisor de la llamada era su hermana Covadonga.

—Disculpa un momento, Yago, debo contestar.

—Por supuesto, tranquila —respondió, y Azucena descolgó.

—¡Hola, Covi! ¿Qué tal va todo por tierras germánicas? —preguntó, alejándose un poco de Yago.

—Bien, cariño, por aquí todo fenomenal. Disculpa que te llame tan tarde, pero hemos tenido una reunión y se ha alargado. ¿Qué haces? ¿No te habré pillado en la cama?

—No, tranquila. Acabo de cenar con un amigo, salimos del restaurante ahora mismo.

—¿Un amigo?! ¿Qué amigo? ¿Lo conozco? —interpeló de seguido, e inmediatamente añadió—: Espero que, para variar, no sea Fabián.

—No, no es Fabián. Y no, no lo conoces —respondió—. Ya te contaré con más calma, ahora estoy con él.

—Al menos dime si es amigo de colega o amigo de esta noche nos conoceremos mejor. Tú ya me entiendes.

—Amigo, sin más.

—Entonces es feo.

—Te equivocas, es muy guapo.

—Pues si está bueno debes pasarle a la categoría de amigo con derecho a roce.

—Es muy pronto para eso, yo no corro tanto como tú —susurró por miedo a que su conversación pudiera ser escuchada por Yago.

—Eso está claro, no me descubres nada nuevo, hermana. Tú siempre vas a paso de tortuga y se te va a pasar la vida sin enterarte —le reprochó.

—No es momento para una de tus charlas, Covi, que siempre pareces tú la hermana mayor en lugar de yo. Te dejo. Vamos a buscar un lugar para tomar una copa.

—¡Uhhhh, copa también! Esto promete, hermanita. —Se echó a reír.

—Estaba pensando a dónde ir, me ha pedido que elija el lugar.

—¡Joder, Azu, no te enteras de nada! —replicó—. Cuando te piden elegir un lugar es con la intención de que le lleves a tu casa a tomar esa copa. Estas citas siempre acaban así, la copa solo es la excusa para no llamarlo «cama» directamente.

—¡Oye, no voy a meterme en la cama con él! —afirmó seria, y una vez más en bajo—. Al menos, hoy no —puntualizó.

—¡Dios! Quieres verte de nuevo con él, quieres otra cita y quieres que acabe en cama. —Se carcajeó—. La cosa pinta mejor que bien, desde luego.

—Mira, dejémoslo aquí. Te llamo otro día y hablamos.

—Vale, pero quiero todos los detalles de esa copa.

—Ya veré. Adiós, Covi, te quiero.

—Y yo a ti, Azu. Y tírate a su yugular. Que sepa de qué pasta están hechas las Carbajal.

—Que sí. —Le dio la razón como a los locos para que la dejara en paz, colgó y regresó al lado de Yago—. Era mi hermana, llama desde Alemania y no hubiera estado bien no contestar.

—Desde luego, no tienes por qué disculparte ni darme explicaciones. —La miró con aplomo antes de estirar los labios—. Pero volviendo a lo nuestro, ¿has pensado ya dónde llevarme a tomar esa copa?

—A mi casa, no —respondió tajante, con las palabras de Covadonga pululándole por la mente.

Yago la observó desconcertado, pensando que en ningún momento su lenguaje corporal había insinuado tal cosa a pesar de desearlo. Se había controlado a la perfección.

—Ni siquiera se me había pasado algo así por la cabeza —aseguró muy serio.

Azucena se quedó turbada, sintió cierta vergüenza por lo que acababa de soltar gracias a la sugestión de su hermana.

—Disculpa, no he pensado lo que he dicho. Perdóname, Yago. —Emitió un suspiro.

—Estás perdonada, pero voy a aclararte algo. Si has pensado que esta cita ha sido con la intención de llevarte a la cama, lo has equivocado todo. Yo quería conocerte porque me gustas, y no solo físicamente, me parece muy inteligente y eso me atrae más —explicó con su habitual talante convincente—. Me gustaría volver a vernos, tener otra cita, conocernos mejor. Y si en algún momento surge algo entre nosotros que nos lleve a desearnos, siempre dejaré que seas tú la que decida hasta dónde quieres llegar. No soy el típico tío que sale con una mujer con la única idea de llevársela a la cama, de echar un polvo y adiós —soltó muy digno, mintiendo como un bellaco.

Un apretado nudo estranguló las tripas de Azucena tras escuchar las palabras de Yago, a su juicio muy sinceras.

—Lo siento, de veras, he estropeado la cita y ahora mismo me siento fatal. Discúlpame de nuevo.

—Tranquila. —Se acercó a ella y la abrazó con ternura—. No te preocupes, no has estropeado nada. Aunque creo que será mejor dejar la copa para otro día, sería la excusa perfecta para una segunda cita. ¿Te parece bien? —preguntó separándose de ella, contemplando su rostro algo compungido.

—De acuerdo. —Asintió—. Te mandaré un whatsapp para quedar, aún no sé qué días de esta semana tengo guardia.

—Perfecto —contestó, y se encaminaron al coche.

Yago llevó a Azucena a su casa, volvió a parar un momento su vehículo en doble fila y la acompañó hasta la puerta del portal. Allí se miraron unos segundos a los ojos; por los de Yago merodeaba su habitual vicio aunque no era perceptible, por los de Azucena una descomunal atracción. Pero poniéndola freno, la doctora descendió la vista y emitió un lacónico adiós. El consejero tuvo que contener el impulso que le estaba removiendo los adentros mientras se imaginaba poseyéndola; y le devolvió el adiós, deseándole que pasara buena noche. Esperó hasta ver desaparecer a Azucena en el ascensor, luego se marchó a su coche, arrancó y se fue.

Dos manzanas más adelante, Yago paró el vehículo, abrió la guantera y sacó un móvil. Era un teléfono que nada tenía que ver con su moderno iPhone último modelo, ni siquiera era un *Smartphone*, era más antiguo. Pero lo importante de ese teléfono no estaba en su obsoleta tecnología, sencillamente el valor se encontraba en que nadie podía relacionarlo con su persona. Número diferente, con tarjeta de prepago... Nadie lo vincularía a él. Marcó un número y según escuchó el primer pitido colgó. Se quedó pensativo, absorto en el vacío mientras se debatía. Al minuto, el móvil comenzó a sonar sobresaltándolo.

—Disculpa, Águeda, he marcado sin querer —contestó.

—Perdone, señor, pensé que llamaba para un servicio y que se habría cortado por falta de cobertura.

—No, ha sido un fallo mío, solo eso —explicó.

—Entonces, ¿no quiere ningún servicio esta noche? Tenemos una nueva adquisición, una joven rusa. Quizá le apetezca conocerla.

—No, esta noche no, gracias. Igual otro día.

—Como usted diga, señor. Buenas noches.

—Buenas noches, Águeda.

Al colgar con el servicio de citas de *alto standing*, Yago tuvo dudas de haber hecho lo correcto. Imaginarse a esa joven rusa entre sus manos de

inmediato lo excitó. Pero al segundo se regañó, se enfadó y se insultó a sí mismo. Se preguntó qué estaba haciendo y borró todo de su cerebro. Había decidido iniciar algo con Azucena, le gustaba mucho esa mujer y sabía que era la compañera ideal para él. Su imagen de hombre soltero debía cambiar, Manzanedo se lo había dicho en más de una ocasión: «Estás cerca de los cuarenta años y tu vida dentro de la política es un escaparate, Yago, necesitas exhibir al mundo una estabilidad. La estabilidad hace que aumente la confianza entre los militantes, y ellos son los futuros votantes que te llevarán a encabezar la lista electoral del partido para la presidencia de gobierno. Tienes madera para esto, tu carisma te llevará a alcanzar lo que quieras y propongas, pero muestra al país también estabilidad, una familia, eso te ayudará todavía más». Y eso iba a hacer, seducir a Azucena para casarse con ella y formar una familia, mostrar una estabilidad a los ciudadanos, futuros votantes de Yago Junquera Miller como presidente de la nación. Y para seguir con sus planes debía guardar y reprimir sus instintos, los que nadie conocía ni tan siquiera imaginaba. Debía aguantar el impulso que recorría sus adentros, debía acabar con todo eso por un largo tiempo. Debía, debía, debía... El conflicto interno entre lo que debía y lo que deseaba aturdió sus pensamientos y le hacía entrar en bucle.

Después de un buen rato de meditación, Yago alcanzó un consenso consigo mismo, tomó una decisión y con ella sintió una tenue relajación. Había acordado dejar los encuentros pactados, al menos durante una larga temporada. Debía olvidarse de las chicas de Águeda, como mínimo hasta cumplir su objetivo, luego ya vería. Eso era lo que debía hacer y sería lo que haría, estaba decidido. Confiando en haber tomado la decisión adecuada, arrancó el vehículo y condujo hasta su casa con calma. Una vez allí, se sirvió un vaso de *whisky* con hielo y se acomodó en el sofá a tomárselo. Mientras bebía a sorbos, rebobinó en sus recuerdos hasta los felices años de su infancia, en Inglaterra, junto a su abuelo, el hombre que lo llevó a amar la política y el único ser de su familia al que él había apreciado y querido.

3

Condado de Wiltshire, verano de 1985.

Todos los veranos Yago y sus padres se trasladaban a pasar las vacaciones a un pequeño pueblo de la campiña inglesa. Era un precioso lugar situado en el condado de Wiltshire, de casas construidas con paredes gruesas de piedra y tejados de pizarra. Una pequeña comunidad pintoresca situada al borde de un río, rodeada por un bosque y con una preciosa iglesia medieval que acaparaba toda la atención de lugareños y turistas.

Pese a que la familia materna de Yago residía en Londres, en la época estival, huyendo del mundanal ruido de la ciudad, cambiaban de ubicación para morar en la casa de campo de dicha villa. Él ansiaba porque llegasen aquellos veranos, y no por disfrutar de un bello pueblo que le encantaba, ni por su río o bosque, Yago solo deseaba acudir allí por estar al lado del hombre que más admiraba y quería, el mismo que le condujo a la política y la convirtió en su verdadera pasión: su abuelo.

Ese año en particular, Yago había cumplido doce años, y estaba más deseoso que nunca de ver a su abuelo. Debía devolverle el libro que le había prestado el verano anterior, decirle que se lo había leído entero y comentar con él distintos aspectos. Porque a pesar de haberlo hecho con sus amigos, parecía que ninguno le entendía, era igual que hablar en otro idioma con ellos. Con sus padres había ocurrido ídem de lo mismo, lo escuchaban, o mejor decir, parecía que lo hacían; sin embargo, la realidad era otra, una que no daba respuesta a los comentarios de Yago. Sus progenitores no podían entender la pasión con que su hijo hablaba de aquel libro, un texto aburrido y de difícil comprensión para ellos.

Bill Miller, el abuelo de Yago, era un enfebrecido de la política y alto cargo de un sindicato londinense. Desde que su nieto era un mocoso fue de lo que más habló con él verano a verano, inyectándole en vena la vehemencia que sentía por ese mundo, el mismo que empezaba a fascinar a Yago. Porque

Bill Miller quería y deseaba que su nieto se adentrara en la política, pues solo estando dentro podían cambiarse las cosas, y él veía que Yago tenía madera de líder para llevar a cabo semejante cometido. A Yago lo que más le maravillaba era ver que su abuelo nunca lo trataba como hacían los demás, su abuelo hablaba con él igual que con cualquier otro adulto. Por eso la atención de Yago se centraba en él de manera extrema, tanto que año tras año consiguió que aquel deslumbramiento se convirtiera en devoción por su abuelo. Y todo se elevó a la décima potencia cuando el verano anterior le prestó su libro de cabecera: «Manifiesto comunista» de Karl Marx. Para Yago fue la prueba irrefutable de cuanto creía su abuelo en él, era el único que confiaba en su persona y, como era obvio, no pensaba defraudarlo.

Aquel verano sirvió a Yago para comprobar lo que de manera indudable quería ser: político. Pero no solo le valió para eso, también lo llevó a conocer otras cosas, cuestiones que su joven cuerpo aún desconocía, aunque a partir de descubrirlo cambiaría su vida. Sería el hijo mayor de Charles Morgan, íntimo amigo de su abuelo, quien le haría conocer sus verdaderas y todavía ignoradas inclinaciones.

Charles Morgan también residía en Londres, e igualmente pasaba el verano en aquel pequeño pueblecito del condado de Wiltshire, en una casa próxima a la de los abuelos de Yago. Estaba viudo y tenía dos hijos, Jacob y Bob. Jacob contaba entonces con diecinueve años y Bob se había convertido en su sombra, situación que lo molestaba en extremo. Bob era un año mayor que Yago, y durante el verano pasaban muchos ratos juntos, a veces hasta comía con él en casa de sus abuelos, incluso en más de una ocasión habían llegado a irse de excursión por el bosque y no regresaban hasta anochecer. Por eso mismo, ese año, Jacob estaba más deseoso que nunca de la llegada de Yago. Sabía que con su presencia se quitaría a su hermano del medio, algo imprescindible para poder cortejar a una joven que pasaba sus vacaciones en el pueblo y que le despertaba todo tipo de pasiones. De modo que cuando desde su casa vio llegar a Yago junto a sus padres, Jacob saltó de alegría una y otra vez mientras reía a carcajadas. Por fin Bob tendría compañía y dejaría de pisarle los talones.

—¡Oh, ya está aquí el hombre que pasará a la historia! —exclamó el abuelo de Yago, abrazándolo con ganas—. ¿Cómo está mi nieto preferido?

—Abuelo, no tienes más nietos que yo —dijo Yago, sonriendo.

—Y todos me sobrarían porque tú serías el mejor. Ya sabes que eres mi gran esperanza —declaró, revolviéndole el pelo.

—Toma, aquí tienes tu libro. —Se lo devolvió—. Lo he leído entero y estoy deseando comentar contigo muchas cosas.

—¿Lo has leído? ¿No me engañas? —inquirió con más orgullo que asombro.

—Sí, papá —contestó Ingrid, la madre de Yago, saludándolo con dos besos—. Lo ha leído y nos ha acribillado a preguntas y cuestiones.

—Y no me han sabido resolver nada, abuelo. Ni mi padre ni mi madre, ninguno de los dos —avisó Yago molesto.

—Bueno, no te enfades —le solicitó—. Debes comprender que tu madre, como mujer que es, además de no tener idea de política, prefiere hablar de otras cosas. Y a tu padre es mejor que no le preguntes, él es apolítico y no puede decirte nada bueno —comentó con desdén.

—Muchas gracias por tus amables palabras, Bill. Tú como siempre, mostrándome tu aprecio —alegó con cinismo Blas, el padre de Yago, estrechando de forma fría la mano con su suegro.

—Creo que no he dicho ninguna mentira, ¿no?

—Y yo creo que cada uno puede tener sus ideas —contestó Blas.

—Eso precisamente es lo que no tienes, ideas —le reprochó Bill.

—¡Vale ya a los dos! —avisó Ingrid en tono alto, turnando una reprobadora mirada entre su padre y marido—. ¿Acabamos de llegar y ya vais a empezar con vuestras discusiones? No me lo puedo creer —siseó con cierta irritación.

En ese momento, Doris, la abuela de Yago, se acercó hasta ellos.

—¿Ya estamos con lo mismo de siempre? —preguntó la mujer antes de saludar, amonestando con la mirada a su marido—. ¡Dichosa política! —farfulló.

—Que yo sepa esto no es asunto tuyo —dijo Bill—. Qué costumbre más fea tenéis las mujeres de meteros en todo, os importe o no.

—¡Calla, viejo cascarrabias! —exclamó, y desvió la vista para mirar a Yago. De inmediato, sus ojos se desprendieron del enojo y se llenaron de ternura—. ¡Hola, tesoro! —Lo abrazó—. ¡Cuánto has crecido, cielo santo! —Le dio un beso en la mejilla.

—Sí, soy el más alto de todos mis amigos.

—Y el más guapo, seguro —comentó su abuela con cariño—. A este paso las chicas se van a pelear por ti.

—Yo paso de chicas, tengo cosas más importantes en las que pensar, abuela.

—¡Di que sí! —expresó su abuelo con satisfacción, mostrando la palma de la mano en alto, y Yago chocó su mano con él—. Las mujeres cuanto más lejos, mejor.

—Y dale, erre que erre —le reprochó Doris, mirándolo con desaire. Luego varió la mirada, desligándose por completo del menosprecio y cargándose de cariño para saludar a su hija y yerno—. Hola y bienvenidos. — Les dio un abrazo y dos besos—. Pasemos para dentro y dejemos de escuchar tonterías, por favor.

—Nosotros mejor nos vamos a dar una vuelta —anunció Bill—. Mi nieto y yo tenemos una importante charla pendiente, ¿a que sí, colega?

—Por supuesto, abuelo —contestó Yago feliz.

—¡Chao! —entonó Bill, agitando la mano a modo de despedida.

Yago y su abuelo se fueron a la ladera del río, se sentaron en un banco y comenzaron a hablar de lo que más les gustaba a los dos: la política.

4

La mañana siguiente a la cita con Yago, mientras Azucena estaba desayunando un café con leche y una tostada con mermelada, el timbre de la puerta sonó. Se acercó a ella pensando en quién sería, no solía tener visitas, y Fabián siempre la llamaba antes de presentarse en su casa. Creyó que igual podía ser alguna vecina que venía a solicitar algo, un poco de azúcar, un limón, cosas de ese tipo. Pero cuando miró por la mirilla, se sorprendió al descubrir a un hombre portando un gran ramo de rosas más un pequeño paquete.

—¿Quién es? —preguntó antes de abrir.

—Disculpe, ¿es usted la señora Azucena Carbajal?

—Sí, soy yo.

—Soy de la mensajería «World», debo entregarle unos paquetes.

Azucena abrió la puerta y el señor de la mensajería la obsequió con una sonrisa. Dándole los buenos días, le ofreció el ramo y el paquetito para que los cogiera.

—Esto es para usted. Y ahora debe firmarme aquí, señora. —Sacó un documento del bolsillo de su chaqueta.

—Claro —contestó ella, dejando el ramo y el paquete encima del mueble de la entrada. El mismo que le sirvió para apoyarse y firmar—. Muchas gracias —le dijo, devolviéndole el documento. El amable señor guardó el papel en su bolsillo, se despidió y se marchó.

Azucena se quedó asombrada mirando las rosas. Con premura, buscó la tarjetita que las acompañaba, para ver de quién procedía el envío; aunque podía imaginar el nombre del autor.

«Me encantó conocerte un poquito anoche, fue una velada muy agradable. Estoy deseando que se repita y saber más de ti. No demores mucho nuestra segunda cita, por favor».

Yago.

Las flores, como bien había supuesto Azucena, eran del consejero. Una docena de rosas rojas adornadas con unas diminutas florecillas blancas, y todo ello envuelto en papel de seda y anudado con un lazo de raso rojo. Le brotó una sonrisa mientras olía el maravilloso aroma que desprendían.

Dejando de nuevo el ramo, y cargada de curiosidad, cogió el pequeño paquete sin dejar de preguntarse qué contendría. La bonita y pequeña caja llevaba dentro de ella otra, y retirando el embalaje de regalo con prisa, descubrió que era un frasco de perfume. El mismo que ella solía utilizar, el que se había puesto para la cita con el consejero, su perfume de Cacharel. Se preguntó cómo podía saber Yago el perfume que utilizaba ella, después pensó que tenía que ser pura casualidad. Saliendo de sus reflexiones, Azucena cogió un florero, uno de metal dorado y cristal que le encantaba, echó un poco de agua y depositó el ramo en él. Lo colocó presidiendo la mesa del salón, engalanando y aromatizando la estancia. Miró el reloj, estaban a punto de dar las diez de la mañana, le pareció una hora apropiada para llamar a Yago, y se fue en busca de su móvil.

—Hola, buenos días, Azucena —contestó el consejero con el segundo pitido.

—Buenos días, Yago, y gracias por tus inesperados y sorprendentes regalos. Los acabo de recibir.

—No tenía la certeza de que estuvieras en casa, de no ser así te los hubieran llevado al hospital.

—Hoy no entro hasta las tres, así que estaré toda la mañana sin salir de aquí.

—¿Te han gustado? —preguntó con interés.

—¿Cómo sabes el perfume que uso?

—Vuelves a contestar con una pregunta —advirtió.

—Cierto, perdona. —Sonrió, y prosiguió—: Me han gustado mucho, muchísimo, pero he de reconocer que me has dejado descolocada con el perfume. Anoche, en ningún momento, te dije la marca de perfume que uso. ¿Ha sido una coincidencia?

—Conozco ese perfume, Azucena. De hecho, es una de mis fragancias femeninas favoritas —respondió, evocando unos excitantes recuerdos asociados a ese aroma—. Cuando te di dos besos lo olí de cerca, y no tuve duda alguna de que era Anais de Cacharel.

—Por lo que parece te codeas con muchas mujeres para llegar a conocer con tanta precisión un perfume femenino —apostilló casi molesta, sintiéndose una más de su gran lista.

—Desde luego que me codeo con muchas, en el parlamento hay unas cuantas y en el partido muchas más. Y entre ellas no solo hablan de política, hablan de sus perfumes, maquillajes y diseñadores favoritos; y yo escucho.

—¿Escuchas ese tipo de conversaciones? —preguntó extrañada.

—A veces son mejores que oír los soliloquios de algunos compañeros, te lo aseguro. —Se echó a reír, ella también lo hizo.

—En fin, muchas gracias, Yago, me han encantado y sorprendido tus regalos.

—Me alegro. ¿Y para cuándo nuestra cita? —se apresuró en preguntar.

—¿Qué tal este viernes por la noche? He consultado los días que tengo libres y ese es uno de ellos.

—Perfecto. Te recojo el viernes a las ocho de la tarde.

—¿Tan pronto? Si empezamos a tomar copas desde esa hora seguro que a las once ya estoy borracha —bromeó.

—Picaremos algo entre medias, no te preocupes. ¡Ah!, y esta vez iremos a donde tú digas, así que ves eligiendo los lugares.

—De acuerdo. Luego lo pensaré —respondió.

—Hasta pasado mañana, Azucena. Cuídate.

—Adiós, Yago.

* * * *

Fabián no entraba al hospital hasta las once de la noche y estaba deseoso de llegar para ver a Azucena, como siempre le ocurría cuando no coincidían en los turnos de guardia al completo. Por eso, teniendo el privilegio de configurarlos al ser el jefe de servicio, siempre andaba jugando con los horarios para concurrir al máximo con ella; aunque Azucena ignoraba ese hecho, de la misma forma que lo hacía el resto del personal. Ataviado con su bata blanca, se adentró por el pasillo de urgencias. Cuando divisó a la mujer por la que suspiraba el pulso se le aceleró, su gesto se destensó, sus labios se estiraron felices... Solo con ver su precioso rostro le cambiaba la vida entera.

—¿Necesitas que te eche una mano? —preguntó acercándose a ella, que se encontraba concentrada colocando un yeso a un adolescente.

—¡Hombre!, ¿ya estás aquí? ¿Ya son las once? —demandó Azucena sorprendida.

—Y diez. Las once y diez para ser más precisos —contestó Fabián.

—¡Caray! —espetó ella con asombro—. Se me ha pasado el tiempo que ni me he enterado.

—O sea, que no me has echado de menos ni un poquito.

—En realidad no me ha dado tiempo. No he parado desde las tres, ha sido una tarde trepidante. —Sopló.

—Esperemos que la noche sea más calmada —añadió él, emitiendo una leve sonrisa.

—Ojalá —contestó Azucena, sonriéndole también—. Bueno, jovencito, esto ya está —dijo dirigiéndose a su paciente—. ¿Qué tal?

—Bien, doctora —afirmó el muchacho.

—¡Claro que bien! —replicó Fabián—. Has tenido mucha suerte, te ha tocado la mejor doctora de todo el hospital. —Se aproximó hasta su oído y añadió en un susurro—: Además de la más guapa y simpática.

—Seguro —respondió él, medio riendo.

—Os he oído, no creáis que no —avisó Azucena—. Y os agradezco los halagos, de veras, pero, por tu bien —se dirigió a su paciente—, espero que no tengas que volver a probar mis dotes doctorales.

—Sí, mejor. Eso será señal de que no me he roto nada. —Sonrió el muchacho, levantándose de la camilla.

—Exacto, chico listo —advirtió la doctora, y agregó—: Espera, te acompaño hasta la sala, tu madre ha ido a recoger el informe y las citas para las revisiones.

—De acuerdo, doctora. —Asintió.

Pero antes de arrancar a andar la madre llegaba a por su hijo, y dando de nuevo las gracias a Azucena, se marcharon del hospital.

—Qué muchacho más agradable. Tratar con pacientes así da gusto —le enunció a Fabián.

—Sí, eso me ha parecido, que estaba muy a gusto contigo. No me extrañaría que en breve se rompiera el otro brazo para venir a verte.

—¡Anda!, no seas bobo ni bruto, por favor.

—De acuerdo, entonces seré práctico. ¿Te apetece un café? —le preguntó.

—Eso está mucho mejor, porque me muero por un café. Casi que necesito un par de ellos, uno me va a saber a poco.

—Pues vamos para la cafetería, ahora parece que esto está tranquilo.

—A sus órdenes, jefe —le lanzó un saludo militar, bromeando.

Mientras empezaban a tomar el café, Azucena pensó que debía comentarle a Fabián su cita con Yago. Sabía que no estaba obligada a darle ningún tipo

de explicación al respecto, pero consideraba, que como amigos que eran, no estaba bien ocultárselo. Más ahora que había una segunda cita y quién sabía si no habría alguna más, pues parecía que el consejero y ella se encontraban a gusto juntos y de seguro que querrían continuar viéndose. Y una cosa era omitir una cita pensando que sería única y otra bien distinta engañar a un amigo. Por eso no le parecía bien silenciarle que se estaba viendo con un hombre, aunque solo fuera para cenar y tomar una copa.

—Estás un poco seria, ¿te ocurre algo? —le preguntó Fabián.

—No —contestó.

—¿Estás segura, Azucena?

—Bueno..., sí me pasa algo —admitió—. No te he contado una cosa y estaba pensando en decírtelo ahora.

—¿El qué? ¿Qué te pasa? ¿Algún problema de salud? —interpeló de seguido, un poco alarmado.

—No, tranquilo, no es nada de eso —contestó con diligencia—. Mis análisis y mi revisión ginecológica han salido bien. Es un tema personal; en realidad una nimiedad.

—Sabes que puedes contarme todo, así que hazlo, desahógate.

—Verás, anoche salí a cenar con un hombre y... —dejó la frase inconclusa.

—¿Y qué? —preguntó rápidamente Fabián, con el corazón contraído.

—Que hemos vuelto a quedar para el viernes por la noche —respondió con cautela.

—¡Ah! —exclamó Fabián, notando como el pecho se le desgarraba con la noticia.

—¿Ah? —Lo miró perpleja—. Solo vas a decir «¡Ah!».

—¿Y qué más quieres que diga, Azucena? Que me parece bien por ti —manifestó mintiendo—. Lo que no entiendo es por qué no me has contado antes que tenías una cita. Aunque puedo comprender que se te haya ido el santo al cielo con el lío que hemos tenido: la dichosa visita del presidente del Principado y del consejero de Sanidad y, a la postre, nuestro discurso. Es muy razonable que se te haya olvidado mencionármelo.

—No se me olvidó, Fabián, no habría podido decírtelo antes porque aún no lo sabía, lo supe ayer mismo. Aunque sí podía habértelo contado entonces, pero... —Azucena lo miró fijamente a los ojos—, pero pensé que no iba a gustarte el nombre de mi cita.

Su compañero le sostuvo la mirada en silencio, guardando el mayor de los mutismos ante el palpito que sintió. El nombre de la cita de Azucena estalló

en su cabeza y la onda expansiva lo arrastró por el suelo sin piedad.

—¡¡¡No!!! —espetó conmocionado—. Por favor, no me digas que es quién estoy pensando, Azucena —habló con extrema seriedad.

—Si piensas en Yago Junquera Miller, es correcto —afirmó, sin dejar de observar sus grandes ojos marrones llenos de perplejidad.

—¡Joder, Azucena! —replicó molesto—. Te considero una mujer muy inteligente, ¿acaso no hueles su aroma a donjuán empedernido? —gruñó enojado.

—¿Ves por qué no te lo he dicho antes? Sabía que ibas a echarme el sermón —siseó—. Lo suponía desde que Yago se marchó ayer y empezaste a echar pestes sobre él. Pero no lo conoces, no puedes juzgar a las personas sin antes tratarlas, Fabián. Creí que tú no eras así. —Sonó a reproche.

—Perdona que sea tan franco, pero los tipos como él se olfatean a distancia. No me es necesario tratarlo para ver de qué pasta está hecho. Es el típico tío que se acuesta con toda la que quiere y le viene en gana y al día siguiente la cambia por otra. El tío que no le importan los sentimientos de los demás, únicamente los suyos. Y viéndolo de forma tan clara, me parece incomprensible que a las mujeres se os caigan las bragas al tener a vuestro lado a un cabrón como ese —escupió sulfurado. Se sentía rabioso sabiendo que la mujer que amaba se estaba viendo con otro.

—Oye, Fabián, no voy a consentirte que me hables así —repuso indignada.

—¿Así cómo? ¿Diciéndote la verdad como hacen los verdaderos amigos?

—No, haciéndome sentir como si fuera una fulana —aseveró molesta—. A mí no se me han caído nunca las bragas, ni por ese hombre ni por ningún otro, ni se me caerán. Yo no pienso únicamente en sexo cuando salgo con alguien, busco otros valores que me llenen más.

—¿Y qué valores has visto en ese casanova de pacotilla? —interpeló su malestar.

—Lo estoy conociendo, aún no lo sé —contestó—. Lo que sé es que anoche se portó como un caballero, que en ningún momento me hizo sentir incómoda ni tuve la impresión de que su cometido era llevarme a la cama. Ni siquiera intentó besarme.

—¡Oh, es cierto! Todo un caballero. Qué galante y apuesto es el consejero de Sanidad —soltó con cinismo, imitando una afeminada voz—. Ya veo que él y su arsenal de seducción te han persuadido.

—Mira, vete a la mierda, paso de ti. No sé ni por qué te lo he contado —declaró cabreada.

—Pues no haberlo hecho si sabías que no iba a gustarte mi opinión — resolvió furioso.

Azucena se levantó airada y dejó plantado a Fabián, quien, apretando la mandíbula con fuerza, observó a la mujer de sus sueños cruzando la cafetería con celeridad hasta abandonarla. Suspiró con vigor y recapacitó durante un instante, un lapso de tiempo con el que comprendió su torpeza: la había atacado. Lo había hecho aun sin saber cómo era en realidad Yago Junquera Miller, pues él tan solo conocía lo que había leído en la prensa, y cualquiera sabía que a veces los periodistas eran muy sensacionalistas. Pero a pesar de no conocerlo o de estar contaminado con informaciones no contrastadas, había algo en el consejero de Sanidad que no le gustaba nada. Fabián creía en lo que percibía, y no sentía que Yago fuera de frente en temas sentimentales. Pensar que ese hombre pudiera romper el corazón de la mujer que él quería, lo asustaba. Le daba miedo verla sufrir, que se sintiera engañada, dañada, magullada... No sabía por qué, pero estaba convencido de que Yago laceraría el corazón de Azucena; el órgano que él tanto amaba y por el que sería capaz de darlo todo.

Azucena y Fabián pasaron el resto de la jornada sin hablarse. Si era preciso comunicarse por algún tema relacionado con los pacientes de urgencias, lo hacían a través de intermediarios. Ella no dejaba de pensar en lo mal que él había encajado su cita con Yago y cómo la había tratado, cuestión que la enervaba por no encontrar sentido alguno a ese gratuito ataque por su parte. A punto de abandonar el hospital, Azucena casi se dio de bruces con Fabián. Este, sorprendido y también algo avergonzado, no fue capaz de articular palabra y se alejó del lugar con urgencia, entrando al recinto sanitario. Ella se sintió dolida por ese desaire tan directo, y malhumorada cruzó la puerta de salida. Paso a paso, reflexionando sobre lo ocurrido, se distanció de su lugar de trabajo y se aproximó a su coche. A pocos metros de llegar al vehículo, su teléfono comenzó a sonar. Abrió su bolso y lo sacó, al mirar la pantalla consiguió exhibir una agotada sonrisa antes de descolgar.

—Hola, Covi, qué tal, cómo te va todo —preguntó Azucena.

—¡Perdona! —expresó con retintín—. Yo soy la que tengo que preguntarte eso —protestó—. Llevo esperando no sé cuántas horas a que me cuentes qué tal tu cita con el tío ese.

—Bueno, bien. —Se encogió de hombros.

—¿Bien? ¿Ya está? ¿Eso es todo lo que vas a contarme? —interpeló con incredulidad.

—No tengo más que decirte, de verdad, Covi. Cenamos, lo pasamos bien, reímos y...

—¿Y la copa cómo terminó? —la interrumpió.

—No terminó de ninguna forma porque no llegó a comenzar —concluyó Azucena.

—¿Y eso? —preguntó a renglón seguido su hermana.

—No sé, me rayaste al decirme que la copa era la excusa para llevarme a la cama y... y no nos la tomamos. Se marchó a su casa y yo a la mía.

—¡Joder, Azu, qué estrecha eres! —espetó.

—¡Oye, cuida tu lenguaje! —la reprendió—. Recuerda que soy tu hermana mayor, ¿vale?

—Lo sé, nunca lo olvido. Y por eso mismo, porque soy tu hermana y te quiero, deseo que disfrutes más, que vivas. Hay más vida fuera de las paredes del hospital. Lo sabes, ¿verdad? —interpeló con ironía.

—Como veo que te interesa tanto mi vida y que disfrute, te diré que hemos vuelto a quedar para vernos.

—¿Una segunda cita? —inquirió feliz.

—Exacto, hermana. Una segunda cita, eres muy perspicaz —habló con sarcasmo.

—¡Esto pinta bien, Azu, otra cita! —exclamó casi en grito—. No lo estropees esta vez y métele en tu cama.

—¿Y por qué no mejor me lo monto con él en el *pub*? Lo digo para no perder más tiempo —volvió a escupir su ironía.

—No es mala idea, hermanita. Primero un polvo rápido en los servicios del *pub*, luego la recreación al llegar a tu casa, en la cama —afirmó con júbilo.

—De verdad que no puedo contigo, Covi. Todo te lo tomas al pie de la letra.

—¡Haz una locura por una vez, joder! ¿Qué va a pasar? Tan solo que disfrutarás, y mucho. El subidón de adrenalina cuando haces algo de ese tipo donde no debes es alucinante.

—Ni se te ocurra contarme en qué lugares has realizado el acto sexual, me niego a escucharlo —aseguró muy seria.

—¡Qué coño acto sexual! —replicó en alto—. ¡Un polvo, Azu! A eso se le llama echar un polvo donde te surja.

Azucena cerró los ojos y emitió un suspiro cargado de hastío.

—Covi, cariño, te quiero mucho pero acabo de terminar mi turno y estoy exhausta, y tú me estás agotando más. Te llamo en otro momento, a ver si con

suerte estás más relajada con este tema y no me aconsejas tanto.

—Pero, Azu, yo solo...

—Adiós. —Colgó, dejando a su hermana con la palabra en la boca.

5

El viernes, el día de su segunda cita con Yago, Azucena estaba arreglada y maquillada a las ocho menos diez de la tarde. Se había puesto un vestido negro de corte recto que llegaba hasta mitad de sus muslos y le sentaba muy bien, realzaba su feminidad. Acentuó sus preciosos ojos verdes con la sombra y la máscara de pestañas, lo hizo algo más de lo acostumbrado y el resultado era magnífico; lucía una mirada de tigresa. Impaciente y casi ansiosa, aguardaba la llegada de Yago en cualquier instante, y por eso, de vez en cuando, se asomaba por la ventana del salón que daba a la calle. Pero tras unos minutos de ir y venir, y con la intención de soportar su inquietud, decidió quedarse de guardia allí. Azucena esperó con las entrañas en tensión, soportando el batir acelerado de cien mil mariposas en el interior de su estómago e intestinos.

Yago, puntual como siempre, a las ocho de la tarde se presentó en el portal de Azucena. Ella, que lo vio aparecer desde la ventana, abandonó su hogar veloz. Mientras bajaba por el ascensor, notó un bullir inconmensurable por el corazón, igual que cuando era una quinceañera y veía a Julio, el amigo de su hermano Nicolás, un chico por el que bebía los vientos. El consejero ya la esperaba en la puerta cuando ella llegó a la calle, y entretanto se acercaba a él, lo observó detenidamente. Vestía un pantalón mostaza conjuntado con un polo blanco, estaba avasalladoramente guapo. El corazón de la doctora realizó un giro con tirabuzón admirando a ese hombre tan seductor y atractivo, aunque más se agitó ante su rictus serio, ese que le hacía parecer un canalla. Segundos después, los labios de Yago sonrieron, dejando aflorar el candor que ocultaba bajo capas de circunspección; y el corazón de Azucena terminó licuándose.

Yago, por su parte, en cuanto la vio aparecer con un vestido negro que se amoldaba a su figura como un guante, fantaseó con quitárselo. Se vio despojándola de su ropa interior de la manera que a él más excitaba y ella ni

imaginaría. La escena que visualizaba en su cabeza, además de resultarle muy estimulante, lo llevó de inmediato a preguntarse qué tipo de ropa interior vestiría la doctora, si sería insinuante, elástica, de oponer poca resistencia... Ansiaba por ver esos ojos, hoy pincelados de atrevimiento al igual que los de una pantera, suplicándole mientras él... Paró. Frenó su mente y se regañó de nuevo. Se insultó con creces, blasfemó contra su persona una y otra vez. Había tomado una decisión, había hecho un acuerdo consigo mismo e iba a cumplirlo. No podía tener esos pensamientos, no podía permitírselo, no con ella, no por ahora ni en un largo tiempo. Tenía que controlar sus impulsos, e iba a hacerlo. Debía lograrlo costara lo que costase, ocasionara lo que ocasionase.

—Hola, Azucena, estás guapísima. ¡¡¡Guau!!! —exclamó, sin perder su embelesadora sonrisa capaz de hipnotizar.

—Gracias. Tú tampoco estás mal —admitió, devolviéndole el mismo estiramiento de labios.

—Muchas gracias —contestó, y se acercó a darle dos besos. De nuevo inhaló ese aroma de perfume que tanto le gustaba y que le hacía fantasear—. ¿Y dónde vas a llevarme? —preguntó.

—Vamos a ir al centro. Conozco un lugar en el que ponen unos pinchos buenísimos y luego, cerca de allí y dando un paseo de unos quince minutos, podemos ir a un *pub* irlandés que está muy bien —explicó ella.

—Ok. Veo que lo tienes todo organizado.

—Es lo que me pediste, ¿no?

—Sí, y me encanta. —Asintió—. Considero que la organización es fundamental en la vida.

—Entonces has dado con tu alma gemela, porque yo necesito la organización para todo.

—Guapa, inteligente y organizada. —Silbó—. Estoy convencido de que eres perfecta para mí, mi alma gemela, como bien has dicho. —Desplegó los labios una vez más, con la mirada fija en los ojos color esmeralda de Azucena.

—¿Vamos para el coche? —preguntó ella, rompiendo el mutismo reinante.

—Sí, vamos. Empecemos esta maravillosa noche —contestó sin perder la sonrisa.

* * * *

Eran las doce de la noche cuando Yago y Azucena entraban en el *pub* irlandés a tomar unas copas. Hasta el momento, la noche había pasado de forma muy grata para ambos, que no habían dejado de hablar sobre sus vidas, trabajos, gustos, aficiones... Pero sobre todo, no habían dejado de sonreír y divertirse.

Azucena sintió un vertiginoso deseo por besar a Yago, ese hombre tan guapo como inteligente que subía de pulsaciones a su corazón cuando la miraba fijo. Aunque a la vez no se atrevía a dar el paso, siempre había sido muy comedida a la hora de arrojarse a los brazos de un hombre, solía esperar a que él fuera el primero en lanzarse. Sin embargo, debía admitirse que ansiaba por saborear los labios de Yago y no quería marcharse a su casa sin haberlos probado.

Yago paladeaba un *whisky* de reserva mientras contemplaba los labios de Azucena posados en la copa de *gin-tonic*. Se preguntaba qué ocurriría si la besara, qué sucedería si ese beso fuese correspondido y decidiesen irse a la cama. Un escalofrío le recorrió la espalda ante el aluvión de preguntas a las que no estaba seguro de saber dar respuesta. Y creyó que era mejor esperar, debía estar más mentalizado antes de entrar en materia. Penetrar en ese terreno era decisivo, pero también trascendental, y no podía permitirse el lujo de pisar en falso. Tenía que estar completamente convencido de poder contenerse.

—¿Qué piensas? —preguntó Azucena, reflejando su vista en la del consejero.

Admirando la inocente mirada de la doctora, pensó que jamás imaginaría sus pensamientos, el terrible conjunto de ideas y propósitos a los que deseaba sucumbir pero que estaba obligado de reprimirse con ella. Y despejando con diligencia su mente, Yago contestó:

—En lo bonita que eres. En que me gustas mucho y quiero ir despacio contigo. Quiero hacer las cosas bien.

—¿Eso quiere decir que en otras ocasiones las has hecho mal?

—Seguramente —respondió. Sin apartar la vista de sus ojos, posó con delicadeza su mano encima de la de ella, y, de forma tierna, añadió—: Y contigo no quiero eso, de veras.

—¡Vaya! Creo que me acabas de abrumar un poco.

—¿Por qué? —interpeló extrañado.

—Porque de ser cierto...

—Lo es, Azucena —la interrumpió en un tono algo severo.

—Pues, como te decía, de ser totalmente cierto es muy bonito lo que acabas de decirme.

—Nada es tan bonito como tú. Nada, Azucena —manifestó, llevándose la mano de ella hasta sus labios y besándola en el dorso.

Los bellos vocablos de Yago atravesaron el tímpano de la doctora cual melodía celestial. Además, al sentir sus labios rozando su piel, las mariposas regresaron a su estómago de inmediato. Y esta vez eran tantas, batían sus alas con tal fuerza, de forma tan veloz, que, contradictoriamente, le hicieron sentir falta de aire.

—Al final me vas a poner colorada. —Sonrió de manera sutil, con el corazón desbocado por la fiereza del nerviosismo. Un súbito calor la embistió y acrecentó sus ganas por besarlo.

—Quiero seguir viéndome contigo —declaró el consejero casi en un susurro—. Podíamos quedar cuando tengas otra noche libre.

—De nuevo te adelantas a los acontecimientos, aún no hemos acabado esta cita —matizó ella, y bebió un trago del *gin-tonic* para ahogar su deseo.

—Lo sé, Azucena. Pero también sé que quiero verte más veces, que quiero salir contigo y que nos conozcamos mejor.

—Sabes que tienes fama de donjuán. Y no es una pregunta —comentó Azucena.

El rostro de Yago perdió la dulzura con esa afirmación, se transformó en absoluta seriedad. Una que casi intimidaba.

—Nunca creas cuanto se dice por ahí, siempre hay malas lenguas en todos los sitios —respondió con entereza—. El que me vean salir a cenar con una mujer no significa que termine en la cama con ella, y creo que te lo he demostrado.

—¿Y cómo sé yo que no es tu estrategia? Te vendes como un caballero y dejas pasar unas cuantas citas antes de alcanzar tu objetivo.

—Si de verdad piensas que mi objetivo es acostarme contigo, vas mal encaminada. Te lo dije el otro día y te lo he vuelto a repetir hoy, me gustas, quiero ir despacio, al ritmo que tú propongas. Y no cuento con ninguna estrategia, contigo no. —Negó con la cabeza.

—Con tu última frase entiendo que con otras sí ha habido tal estrategia.

—Eso solo quiere decir que contigo es diferente —confirmó.

—¿Y eso por qué? ¿Qué tengo yo de especial? —Azucena lo miró con aire desenfadado, el que daba la adulación.

—Muchas cosas —aseguró Yago, como si la conociera de tiempo.

—Dime una —le solicitó.

—Te diré más —respondió con aplomo—. Además de guapa eres inteligente, segura, con convicción, simpática y, por la pasión que empleas en tu trabajo, estoy convencido de que también eres una persona entregada. Me imagino que serás cariñosa y dulce, pero aún no puedo asegurarlo, no he intimado tanto contigo como para saberlo —explicó, sin dejar de observar sus grandes y rasgados ojos.

—Me acabas de dejar sin palabras. No sé si eres un embaucador o un gran político.

—Seguramente ambas cosas.

—Estoy convencida. —Rieron los dos.

La sonrisa de Yago se evaporó y el silencio entre ambos ocupó el espacio durante unos segundos.

—Ahora en serio, Azucena, contigo solo estoy siendo un hombre sincero al cien por cien —declaró sin dejar de tener los ojos clavados en ella.

La doctora también le sostuvo la mirada mientras se debatía en creerle o no. Se preguntaba si sus palabras serían sinceras o tan solo el resultado de un estribillo bien aprendido para llevar a cabo su representación. Y aun con todas esas dudas provocándole inquietud, lo innegable era la atracción que sentía hacia Yago y que se volvía más fuerte a cada minuto. Esa antítesis en su rostro que confrontaba un lado canalla con la mayor de las noblezas le hacía perder el sentido, la llevaba a rendirse a un estado supremo de nervios. Las mariposas y su extremo cosquilleo habían sido desterradas de su estómago, ahora estaba tomado por un enjambre de abejas que revoloteaba por él sin parar de clavarle los agujones. Eso era lo que padecía cuando Yago la miraba de forma intimidatoria y dulce, un sinfín de punzadas por sus entrañas. Y la sentía porque en él todo le parecía contradictorio, paradójico, discordante... Y esa incoherencia era lo que le fascinaba tanto de ese hombre, independientemente de su atractivo físico, su inteligencia y su carisma. Y no quiso pensar más, por primera vez en su vida iba a lanzarse a la acción. Sin más reflexiones y sin paracaídas, Azucena acercó su cara a los labios del consejero y pegó su boca a ellos de la misma forma que el hierro se adhiere al imán, con total atracción.

Yago, un poco sorprendido al no esperar ese beso, saboreó los labios de Azucena despacio, con cuidado. Pero la boca de esa mujer estaba hambrienta, quería más, y abrió la veda al encuentro de lenguas. Los puños del consejero se cerraron con fuerza mientras peleaba con la húmeda voracidad de la doctora, quien parecía estar ansiosa de más, no solo de unos besos. Y la imagen de Azucena desnuda, con la ropa tal y como él había imaginado al

verla, reapareció en su mente. Pero ahora, además, fantaseaba con una Azucena inmóvil, esperando a que él hiciera cuanto quisiera con su cuerpo. De inmediato la separó de sus labios, no podía prolongar más ese beso que le hacía desear cosas muy duras para ella, aunque tremendamente satisfactorias para él. Azucena lo miró perpleja, desencajada por la inexplicable reacción que en principio le pareció tan gustosa como lo había sido para ella. Contempló un brillo distinto en los ojos de Yago, uno frío como el acero y distante como la luna del sol, que la produjo un fuerte escalofrío.

—Lo siento, no he pensado, me he dejado llevar —habló acelerada y con cierta vergüenza.

—No, Azucena, discúlpame tú a mí, de verdad. No te he apartado porque no me haya gustado, todo lo contrario. Pero me ha pillado desprevenido y me ha gustado tanto que... que me ha dado miedo.

—¿Miedo? —preguntó desorientada.

—Sí, miedo. Miedo de no saber parar. —Dejó escapar un suspiro mientras se echaba para atrás el flequillo de su melenita—. Me atraes mucho y te deseo con sumas ganas. Tu beso me ha descontrolado.

—¿Descontrolado? —volvió a preguntar algo confusa.

—Sí, descontrolado. —Asintió—. Deseo, ganas, atracción... ¡Vamos, ya me entiendes!

Azucena despejó la ecuación que Yago le acababa de exponer y creyó haber dado con el resultado.

—¿Me estás diciendo lo que creo entender, Yago?

—Te estoy diciendo lo que me ha ocurrido, ni más ni menos.

—¿En serio me dices que te has excitado?

—Es una pregunta un poco embarazosa debido al lugar donde nos encontramos, ¿no crees?

—Estás de broma, ¿verdad? —Azucena, de forma instintiva y por un par de segundos, bajó la mirada a la entrepierna del consejero.

—No, no estoy de broma —respondió, levantándole la barbilla para que ascendiera la vista—. Y sí, me he excitado. Me he excitado bastante —admitió en un susurro—. Por eso me he apartado de ti, me ha dado miedo de que esa excitación fuera evidente a ojos de los demás. También entiendes eso, ¿a que sí?

Azucena soltó una carcajada que también pilló desprevenido a Yago, y que no le gustó en absoluto. La observó con extrema seriedad, pensando que no le haría tanta gracia de estar en la situación que su mente no dejaba de fantasear. De nuevo, al imaginarlo, una sonrisa le brotó por los labios.

—Perdona, no me río de ti, lo juro —aseguró Azucena, gesticulando con las manos—. Pero es que ningún hombre me ha dicho algo así en mi vida —concluyó entre risas.

—Quizá porque ninguno te ha deseado tanto como yo —habló serio.

—A lo mejor —afirmó, borrando la sonrisa al ver tornar el gesto de Yago.

—En fin, terminemos la copa y vayamos a dar un paseo. Creo que no nos vendrá mal un poco de aire a los dos.

—Seguramente lleves razón. Bebamos y marchémonos —dijo Azucena, chocando su copa con la de Yago.

Al llegar al portal de Azucena, Yago, de forma casi idéntica a la cita anterior, paró el vehículo en doble fila y la acompañó hasta el portal. Esta vez, a diferencia de la cita anterior, sí hubo un beso de despedida, aunque mucho más calmado que el acontecido en el *pub*, aquí solo hubo lugar para el encuentro con los labios. Después, Yago le dijo que quería volver a verla, y Azucena le prometió llamarle en cuanto tuviera un día libre para acordar otra cita. A continuación, la doctora le sonrió con sutileza, emitió un adiós y se adentró en el portal.

En cuanto Yago la vio desaparecer en el ascensor, regresó a su coche y se marchó del lugar. De la misma forma que en la primera cita, paró un par de manzanas más adelante y sacó ese viejo móvil que guardaba en la guantera de su automóvil. Marcó un número y esperó con paciencia a que descolgasen.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches, Águeda.

—¿Desea un servicio?

—Sí. ¿Está disponible esta noche la joven rusa de la que me hablaste?

—Está de suerte, señor, sí lo está.

—Muy bien. Mándala al lugar de siempre en una hora, por favor.

—De acuerdo, sus deseos son órdenes. Que disfrute de la noche, señor.

—Gracias, lo haré.

Cuando Yago colgó se sintió calmado y ansioso al mismo tiempo. Un extraño desasosiego recorría su interior y a la vez le recargaba de satisfacción. No dejaba de pensar que debía frenarse por un largo espacio de tiempo, ahora lo importante era concentrarse en Azucena, seducirla y casarse con ella. Era lo más conveniente para él, para sus ideas, para su objetivo. Pero por eso, por alcanzar su proyecto que tan bien ideado tenía en la mente, debía estar más preparado. Tenía que saciar sus instintos antes de enterrarlos temporalmente.

Las comisuras de sus labios se estiraron al imaginarse lo que iba a hacerle a esa jovencita rusa que ya iría bien aleccionada por Águeda. Con ella

desfogaría los impulsos que Azucena le había despertado, y que por el bien de la doctora debía mitigar. Esperaba que la joven acudiera al servicio con vestido para llevar a cabo cuanto había fantaseado hacer con el ropaje de Azucena, para consumir lo que había acumulado y contenido durante esa cita. Su mente empezó a desvariar, evocó una y otra vez lo que la seductora doctora de ojos de gata le había hecho desear. Las fantasías no paraban de embestirlo, elevando su excitación a cotas muy altas, casi desbordantes. Con el festín fraguado en su cerebro, Yago no pudo evitar sucumbir a sus caprichos, a lo que tenía ideado, y volvió a marcar el mismo número.

—Dígame, señor —contestó la dulce voz de Águeda.

—¿Cómo se llama esa joven?

—Katia, señor. Es una mujer espectacular de piernas larguísimas y con una belleza abrumadora.

—Pues dile a Katia que acuda al servicio con vestido negro y corto, por favor.

—Desde luego. Se lo comunicaré de inmediato.

—Y que lleve ropa de repuesto, por lo que pueda ocurrir. —Yago se relamió.

—Muy bien. ¿Algo más, señor?

—Nada más, Águeda. Gracias por todo.

El consejero colgó sin dejar de sonreír, guardó el móvil, arrancó su flamante vehículo y se marchó a su casa a recoger lo necesario para poder disfrutar de esa cita pactada. Un servicio extremadamente jugoso para él y sus vicios.

* * * *

Tendida en la cama, Azucena era incapaz de conciliar el sueño. El eje de sus pensamientos era Yago, lo imaginaba a su lado, deseoso de ella, desvistiéndola, tomándola en cualquier lugar, el más próximo a sucumbir a las pasiones, haciéndola beber de su pericia, contagiándola de su maestría... Sus pensamientos la acaloraban y le hacían anhelarlo con fuerza. Nunca un hombre había despertado su sexualidad de esa forma, ni siquiera Fabián, con el que alguna vez se había imaginado teniendo un encuentro. Uno en el que las batas blancas caían al suelo y él la recorría a besos, la arropaba con tórridas caricias, se entrelazaba a su cuerpo creando una danza candente y viva mientras sus gemidos se contrapeaban anunciando la culminación. Sin embargo, ni tan siquiera con esas fantasías cargadas de alto voltaje había

sentido un impulso tan fuerte por amar a un hombre. La enardecía la mirada del consejero, el poder que afloraba de sus ojos, que parecía capaz de ejercer control hasta en los más íntimos deseos que deambulaban por la mente de una mujer. Inevitablemente le nacía una pasión desmesurada observando su gesto plagado de seriedad, su matiz canalla, su tierna sonrisa... No sabía qué nombre ponerle, pero Yago tenía algo que despertaba en ella un lado ignorado que no hacía más que impulsarle la libido. Y de esa forma, reteniendo la imagen del consejero convertido en su amante y amándola desesperadamente, Azucena intentó dormirse; circunstancia nada fácil debido a los ardientes, aunque dulces, pensamientos.

* * * *

Yago aparcó el coche en la entrada de su casa. Vivía a las afueras de Oviedo, en un gran chalé rodeado de jardines. Desconectó la alarma y subió con celeridad a la buhardilla, lugar donde se encontraba su habitación preferida. Penetró hasta el fondo de ella, cogió su bolsa de deporte y echó en su interior cuanto imaginó que podría precisar, más su última adquisición, su nuevo juguete favorito: una pistola eléctrica. Por último, guardó en la pequeña bolsa su objeto más preciado, la que siempre lo acompañaba, la que cubriría su rostro una vez más: la máscara de cuero negro. Los labios se le arquearon al saborear las mieles del triunfo en el acto que en breve degustaría. Con rapidez, salió de allí, abandonó la buhardilla y bajó hasta su dormitorio. Después de darse una ducha rápida se vistió de negro, como solía hacer para acudir a aquellos encuentros, y se marchó de la vivienda a la velocidad de la luz.

Al llegar al lugar establecido, una modesta casa alejada de todo que Águeda proporcionaba para ese tipo de servicios, Yago se colocó la máscara y se encaminó hacia ella; Katia ya lo estaba esperando. Y mientras se adentraba en la vivienda, y como casi siempre le ocurría al estar a punto de iniciar uno de sus inadmisibles y reprobables encuentros, el recuerdo de aquel verano en la campiña inglesa volvió a pasearse por su mente.

6

Condado de Wiltshire, verano de 1985.

Aquel verano fue distinto a todos los que había vivido Yago hasta el momento. Su padre y abuelo tenían unos caracteres tan opuestos que cada día se soportaban menos y la tolerancia brillaba por su ausencia. Debido a ese ambiente tan hostil, Blas ideó un pretexto para regresar a Oviedo, prometiendo volver a recoger a su mujer e hijo una vez finalizasen sus vacaciones. Pero Ingrid no quería dejarlo solo, o mejor dicho, no se fiaba de su soledad, y también se marchó con él. A Yago le apenó la inesperada ausencia de sus padres, en cambio, Bill estaba encantado con que se hubieran ido. Él solo deseaba estar con su nieto; un inteligente y espabilado muchacho que se había convertido en el hijo que no tuvo. Precisamente fue su nacimiento el que originó que volviera a hablarse con su hija, a quien retiró la palabra el mismo día que le anunció su matrimonio con el mentecato de Blas, un hombre desprovisto de una ideología, que parecía jactarse de su declaración apolítica. Pero la llegada al mundo de Yago logró que Bill aparicara sus rencillas, lo cambió todo para él. La vida había tenido el capricho de darle solo un vástago, una hembra, pero ahora tenía un nieto con el que compensar ese vacío; un varón al que iba a formar políticamente, del mismo modo que hubiera hecho de tener un hijo. Por eso él estaba encantado de disponer de Yago en exclusividad, para adoctrinarlo. Y viéndolo cabizbajo por la marcha de sus padres, se acercó a él y le prometió prestarle otros de sus preciados libros. Su nieto, al escuchar esas palabras, se despojó de la tristeza y olvidó a sus progenitores con una rapidez temerosa. En menos de un minuto comprendió que no necesitaba más que la compañía de su abuelo, le sobraban todas las demás. Estando con él, Yago era feliz; ambos lo eran.

Pero ese verano también fue distinto para Yago en otro aspecto, o con otra persona: Bob. El hijo pequeño de Charles Morgan estaba muy cambiado. Ya no le gustaba hablar de política como antes, decía que le aburría oír a su padre

todo el día con lo mismo, que él tenía otras inquietudes, unas que solían lucir sinuosas curvas que encandilaban al género masculino: las chicas. Por eso mismo, Bob estaba obsesionado con seguir a Jacob, por ver qué hacía y adónde iba. Su hermano mayor tenía fama de conquistador, y él quería saber cómo se debía actuar con ellas. Para Bob, que se había criado desde los cinco años sin madre y no tenía hermanas ni primas, las mujeres eran un enigma; sin embargo, parecía que su hermano era bastante ducho en el arte del cortejo. A Yago aquello le importaba un pimiento, menos aún, pero cuando su abuelo se reunía con Charles y le invitaba a darse una vuelta, la única opción que le quedaba era su abuela o Bob; y de entre las dos, sin duda, la mejor era la de su amigo.

Durante varios días, y sin quedarle a Yago más remedio por las circunstancias, los dos siguieron a Jacob, quien tonteaba con una chica cuya familia veraneaba en el lugar. Era una joven hermosa, rubia, de ojos azules, tez lechosa y risa contagiosa. A lo largo de esos primeros días, el recorrido que hicieron fue idéntico, paseaban por la ladera del río mientras hablaban. Pero pasada una semana comenzaron a adentrarse por el frondoso bosque y cambiaron la charla por besos. Día a día aquello ascendía un grado más, ahora Jacob no solo se la comía a besos, también aprovechaba para pasear sus manos por el cuerpo de la muchacha. Incluso empezó a llevar ron y algo de refresco, y, sin ninguna prisa, la invitaba a tumbarse en una pequeña manta mientras bebían y reían sin parar de magrearse. Bob y Yago bromeaban porque en una de esas ocasiones, mientras la joven estaba encima de su hermano, y gracias a llevar minifalda, le vieron el culo. Bob hasta le confesó que la imagen lo había excitado. En cambio, Yago no había llegado a esos extremos.

Dos semanas después, la aventura de seguir a Jacob y su reciente novia se convirtió en una rutina. Una que a Bob cada vez gustaba más, pues según él estaba aprendiendo mucho, pero que para Yago era muy aburrida; aunque todo estaba a punto de cambiar para él. Esa tarde, mientras ellos espiaban detrás de un recio tronco de árbol en medio del bosque, Jacob tenía planeado llegar más lejos con la joven, unos besos y un magreo le empezaban a saber a poco. Sus manos estaban más ávidas por tocar que nunca, por recorrer el cuerpo de la chica, por penetrar en intimidades, por desnudar... La muchacha a veces reía con el febril ímpetu de Jacob, en otras ocasiones lo frenaba, aunque segundos después todo volvía a iniciarse y de la misma forma. Al principio a Bob y a Yago les pareció más de lo mismo, si bien era la primera vez que ella y Jacob acababan totalmente desnudos. Pero, de pronto, ocurrió

algo distinto y muy precipitado que los aturdió. Cuando quisieron reaccionar la joven se encontraba amordazada con su propia camiseta, y una cuerda ataba sus manos a un tronco. La muchacha se revolvía para intentar zafarse de Jacob, un acto imposible de lograr, pues él ya se había apropiado de su cuerpo.

Bob dejó de observar la escena y se tapó los oídos para no escuchar el sonido lastimero que ella emitía por debajo de la improvisada mordaza. Permaneció quieto, paralizado, sin saber qué hacer. Deseaba escapar de allí pero temía hacerlo, que su hermano lo descubriera; y a la vez lo aniquilaba el sentimiento de desprotección de la joven. Yago, por el contrario, no dejó de mirar con atención a Jacob, ni tan siquiera pestañeó para no perder detalle. De forma irresistible lo atraía la dominación que ejercía, la sensación de poder absoluto que debía sentir en ese instante, los golpes que arremetía su cuerpo contra el de ella, los gratos jadeos que expulsaba... Le fascinó la hegemonía masculina que exhibía Jacob, le provocó deseo. Un impulso encendido cabalgó por su adolescente cuerpo con vigor, acrecentándose cuanto más se revolvía la chica. Experimentó tal grado de excitación observando aquel bárbaro acto que los ojos se le entrecerraron de placer. Sin ningún pudor, los pantalones vaqueros dejaron patente su erección. Con disimulo Yago se estiró de la camiseta para ocultarla, y miró a Bob. El rostro de su amigo estaba poblado de lágrimas, él también estaba llorando. Sin embargo no le dijo nada, tan solo volvió a girar la cabeza y siguió observando. Aunque mientras miraba, deseaba que su cuerpo recobrara la normalidad con prontitud, no quería que su amigo descubriera lo que aquel acto había despertado en él.

Un sonido abrupto paró el movimiento de Jacob, con él concluyó su salvajada. Se echó a un lado de la joven, y con la respiración aún agitada, le gritó:

—Soy un hombre, ¿lo entiendes?, ya no podía aguantar más. Me pones cachondo día tras día y luego no quieres echar un puto polvo conmigo, no me has dejado otra opción. Tú me has obligado —sentenció en medio del desgarrador llanto de ella, levantándose.

Jacob se vistió con celeridad y a continuación desató a la chica. Ella se levantó con urgencia, cubrió su desnudez con la manta, se quitó la camiseta de la boca y le gritó que iba a acudir a la policía y que se arrepentiría de lo que le había hecho. De inmediato, él la cogió del cuello y la empotró con saña en la dura corteza de un árbol. Sus dedos, impiadosos, se clavaban en la carne de la muchacha, aprisionando su tráquea e impidiéndola respirar. Y de súbito,

Jacob sacó de su bolsillo una navaja y la paseó con lentitud por el aterrado rostro de ella.

—Más te vale tener la boquita cerrada si no quieres morir o que tu familia pague las consecuencias de tus actos, igual a ellos les pueden suceder cosas muy malas. No me retes o te aseguro que saldrás perdiendo —le amenazó—. Además, no tienes ninguna prueba para acreditar tal cosa, ¿sabes por qué? Porque unos minutos antes, cuando te he dicho que iba a mear, he aprovechado para ponerme un condón. Y tampoco encontrarán señales de fuerza en tu interior porque estabas tan cachonda como yo, aunque te hayas querido hacer la estrecha —explicó impasible—. La versión de la violación hace aguas —siseó—. Si cuentas algo quedarás en muy mal lugar, no te creerán a ti, pero sí mi versión, que no es otra que la de haber bebido y follado de mutuo acuerdo. Será tu palabra contra la mía, y te garantizo que soy muy pero que muy convincente. ¿Me vas a hacer caso? —preguntó, bajando la navaja.

La muchacha no podía hablar, Jacob la estaba asfixiando. Sus delicadas y finas manos luchaban sin fin por quitarse de encima la de él.

—¿Me vas a hacer caso? —chilló.

La joven asintió y él despegó la mano de su cuello. Medio mareada por la falta de aire, cayó de rodillas al suelo e inhaló con fuerza, profundo, tratando de recuperar la respiración para no desfallecer. Jacob no dijo nada más, recogió sus cosas y se marchó de allí con tranquilidad, silbando, de esa imperturbable forma se alejó del lugar. La chica lo hizo en cuanto retomó el aliento y tuvo fuerzas para ponerse en pie y vestirse.

Yago se giró de nuevo hacia Bob, que continuaba llorando.

—¡Eh, Bob, no llores! —le dijo.

—¿Qué quieres, que ría? —Alzó la voz. Yago le tapó la boca con rapidez.

—¿Estás loco? ¿Quieres que nos oiga tu hermano?

—Mi hermano es un monstruo —contestó, zafándose con brusquedad de su mano—. ¿Acaso no has visto lo que le ha hecho a esa chica?

—Claro que lo he visto, pero, pero... igual era una especie de juego.

—¡Y una mierda! —escupió furioso—. La ha atado, la ha obligado, la ha amenazado, ¡joder! ¿Acaso tú no has visto lo mismo que yo?

—Bueno, ya has oído a tu hermano..., ella le ponía cachondo todos los días, eso lo hemos visto los dos, igual se lo ha buscado.

Bob miró a Yago con gesto descompuesto, de incredulidad absoluta, y se llevó las manos a la cabeza.

—No puedo creer lo que estás diciendo. ¡No me lo puedo creer! —expresó con rabia—. Eres otro monstruo como mi hermano.

—¿Pero qué dices, Bob?! —Yago lo miró inquieto, no quería que supusiera que ver aquello le había gustado.

—¡Vete a tomar por culo! —exclamó, y se marchó corriendo. Yago echó a correr tras él, pero no logró alcanzarlo.

Al día siguiente, Bob no se acercó a casa de la familia Miller, como era su costumbre, y Yago decidió ir a buscarlo. Mientras Jacob le comentaba el absurdo comportamiento de su hermano, que no quería salir de la habitación ni le dirigía la palabra, Yago lo observó con admiración. No había podido apartar de su mente lo acaecido la tarde anterior con la joven muchacha, y fantasear con ocupar el lugar de Jacob lo alteraba de tal forma que la sangre le hervía. Porque a pesar de que él sabía ejercer su superioridad, el poder que le otorgaba su inteligencia y astucia, esa situación le era desconocida y por eso no podía evitar sus continuos pensamientos. Constantemente había ejercitado su predominio con sus amigos, y hasta en ocasiones con sus padres, pero nunca de esa forma con una mujer, ni siquiera la había imaginado. Estaba convencido de que sería una experiencia muy gustosa y quería saborearla; ansiaba por un momento igual.

—¿Puedo hablar con Bob? —le preguntó Yago, regalando a Jacob una de sus mejores sonrisas.

—Sí, claro sube —respondió—. Como ya te he dicho, no sé qué porras le pasa hoy al estúpido de mi hermano, pero no me habla. A ver si tú tienes más suerte.

Y sin dudar, Yago subió las escaleras. Apresurado, llegó a la habitación de Bob y entró en ella.

—¿Qué mierdas haces aquí? —preguntó su amigo a gritos, levantándose de la cama según lo vio aparecer.

Sin mediar palabra, Yago se lanzó a por él, lo arrinconó contra la pared y le pegó un fuerte rodillazo en los testículos. Presa de un intenso dolor, Bob cayó al suelo entre medias de quejidos. Yago, aprovechándose del momento, se lanzó a por el que hasta ahora había sido su amigo y le echó las manos al cuello.

—Te diré algo, estúpido gilipollas —avisó Yago, apretándole con ganas—, me importa una mierda que no me hables ni quieras verme, ¿lo entiendes? Ahora, como se te ocurra decir una sola palabra de lo de ayer, juro que te mato. Y créeme, hablo en serio, te buscaré y te sacaré las tripas, haré que te las comas por bocazas —aseveró con una seguridad plomiza—. ¿De acuerdo?

Bob no hacía más que luchar por retirar las manos de Yago de su gaznate, lo estaba ahogando.

—¿Lo has entendido? —Alzó la voz, contemplando un leve tono azulado en los labios de Bob debido a la escasez de aire.

Como pudo, Bob asintió. Acto seguido Yago le soltó y se levantó con celeridad. Bob tomó una exagerada bocanada de aire a la que le siguió un fuerte golpe de tos, y hasta arcadas. Yago esperó a ver cómo se reponía, disfrutando de verlo retorciéndose.

—No lo olvides, Bob, no pienses que no seré capaz de hacerlo, no me tientes —le aconsejó.

Y observándolo tirado en el suelo, Yago recordó las muchas acciones que había llevado a cabo con otros amigos por haberse sentido traicionado. Le brotó una sonrisa al evocar el dolor de Pedro ante su gato muerto, su rostro cargado de terror cuando le confesó que lo había matado él. Aquel gato era su mascota más preciada, y él le partió el cuello como castigo por burlarse y reírse de sus ideas a espaldas suyas. Pero el pavor de Pedro fue mayor cuando Yago le explicó que de contar algo, o de repetirse los hechos de mofa sobre su persona, las consecuencias las sufriría su hermano pequeño, que correría la misma suerte que su gato. Desde aquella amenaza, Pedro, el que todos consideraban cabecilla de la panda de amigos, temía a Yago. Su miedo fue tan enérgico que depuso su puesto de líder y se lo cedió a él sin habérselo pedido, haciéndole sentir como un dios.

—No me temblará la mano, Bob, recuérdalo —insistió.

Y con la misma sonrisa que le había cubierto el semblante, Yago abandonó la habitación y bajó a la planta de abajo, donde Jacob se encontraba hojeando una revista.

—Pues sí que está raro tu hermano, conmigo tampoco quiere hablar —le dijo con un toque de inocencia.

—No sé qué mosca le habrá picado a ese imbécil, pero ya se le pasará, no te preocupes.

—No, si no me preocupa. Allá él —declaró con firmeza—. Adiós, Jacob —se despidió.

Bob guardó aquel oscuro secreto por siempre y jamás volvió a hablarse con Yago, para él había muerto. Con Jacob tuvo la comunicación justa y precisa, la mínima a la que estaba obligado por ser hermanos. Pero le costaba tanto vivir bajo el mismo techo que él y respirar el mismo aire, que en cuanto pudo abandonó su hogar y se alejó del monstruo de su hermano.

Yago nunca pudo apartar de su mente aquella imagen entre Jacob y la guapa muchacha en el bosque. Las secuencias lo perseguirían durante toda su adolescencia, haciéndole fantasear una y otra vez con el mismo pensamiento recurrente, alimentando a diario al demonio que convivía en su interior. Anhelaba sentir aquel poder frente a una mujer, tenerla a su merced y capricho, de la misma forma que Jacob había hecho con la joven rubia y hermosa. Necesitaba encontrar a una chica con la que poder practicarle, con la que comprobar si hacerlo le gustaba tanto como le sucedió viéndolo, si ejercer esa fuerza era tan excitante como le parecía. Pero la ocasión no se daría hasta cinco años después de aquel día, cuando de improviso Alicia llegó a su vida.

Durante largo rato Yago observó a Katia tendida, desnuda, atada de pies y manos a la cama. No sabía si estaba dormida o aún permanecía inconsciente, pero al menos respiraba. A decir verdad, se le había ido la mano más de lo habitual. Los gritos de la joven rusa habían sido desproporcionados, por completo verdaderos, y eso logró encenderlo de una forma irrefrenable. Saber que esa mujer realmente luchaba por quitárselo de encima, que sentía pánico de lo que pudiera ocurrirle, consiguió que sus impulsos sádicos entrasen en un círculo vicioso imposible de controlar por su parte.

Mientras cortaba con los alicates las bridas de las manos y pies de Katia, contempló su cuerpo; la había señalado más que a ninguna de las chicas contratadas para esos servicios. Eso sí, el encuentro había sido sublime, próximo a asemejarse a aquel primer acto con Alicia. Sin embargo, próximo no era lo mismo que igual y alejado estaba de mejorar, y Yago lo sabía. Comprendía que aquella novedosa acción con su vecina quedó ensalzada en su mente de tal manera que era irrepetible, y nunca la superaría. Una vez más, la imagen de Jacob forzando a la joven en el bosque invadió su recuerdo, y comparó. Debía reconocer que lo suyo poco tenía que ver con lo de Jacob, un mero aprendiz dominador, él era mil veces mejor, su superioridad era infinitamente mayor a la del hermano de Bob. Además, él no se escudaba en el barato y pobre argumento de decir que las mujeres se lo buscaban por excitarlo, él simplemente se exaltaba fantaseando con lo que disfrutaría dominándolas a su antojo. No buscaba excusas para hacer lo que hacía, lo llevaba a cabo porque le satisfacía, por el poder absoluto que le transmitía tener el control de esas mujeres que sometía a sus degenerados vicios.

Yago sacó la cartera y depositó una importante cantidad de dinero encima de la mesilla, pese a que la encargada de cobrar dichos servicios era Águeda. No obstante, consideró que a Katia le molestaría verse las excesivas señales de violencia y protestaría a su *Madame*. Y a Águeda no solo le incomodarían

las marcas, también lo haría el hecho de haberse excedido en los acuerdos verbales que en su día determinó con ella. Solamente por esa razón dejaba el dinero, a modo de indemnización por incumplimiento, no porque a él le importasen lo más mínimo los sentimientos de esas dos mujeres, nada podía estar más lejos de su pensamiento o su sentir. Sin embargo, no tenía ganas ni tiempo de oír quejas de nadie, menos de dos fulanas que por dinero se dejaban hacer de todo. De seguro que aumentar esa suma monetaria, en compensación por daños y perjuicios, haría callar a Katia y no expondría protesta alguna.

A continuación, Yago dejó un frasco de perfume encima de la mesilla, el mismo que regalaba a todas las «chicas de compañía» que aplacaban su particular sed. Antes de marcharse, revisó el lugar de forma meticulosa, y viendo que no se le olvidaba nada, cerró la cremallera de la bolsa de deporte y abandonó la habitación. Mientras bajaba las escaleras, pensó que efectuaría el pago a Águeda antes de acudir a su despacho. Además, debía hablar con ella para decirle que por un largo periodo iba a dejar de usar sus servicios. El de hoy sería el último en mucho tiempo, quizá por ello había sido más brusco de lo habitual, por la desesperación de no saber cuándo podría volver a disfrutar de uno de esos pactados y caros momentos. Porque los servicios que ofrecía la agencia de *alto standing* tenían un elevado precio, y en su caso más debido a la extrema confidencialidad exigida. Aunque Yago podía permitirse el lujo de pagar un par de ellos al mes para seguir viciando a su degeneración, y así llevaba viviendo unos años.

Pero la necesidad de ese tipo de sexo en su vida no se conformaba con un par de encuentros en treinta días, le reclamaba más. Y por esa pretensión caprichosa y desmedida, Yago ideó un plan B, un sucedáneo con el que satisfacerse sin necesidad de pagar una alta tarifa. Tan solo le bastaba una cena y unas copas para conseguirlo, pero como hombre inteligente que era, no solo sabía qué debía hacer, sino con quién debía hacerlo. Por eso, como presas seguras, buscó mujeres guapas con facilidad para beber y que coqueteasen con las drogas. Sonsacar ese tipo de información nunca fue un problema para su carisma, y así estableció un determinado patrón de mujer con la que acostarse y poder desenterrar al depravado que ocultaba en sus adentros. La mezcla de alcohol y cocaína aderezada con su particular sustancia narcótica resultaba de lo más efectiva y placentera para él, actuaba más rápido y por mucho más tiempo. De esa manera, las mentes de las mujeres que utilizaba no recordaban nada a la mañana siguiente, y cuando preguntaban qué había sucedido, él tenía respuestas para todo. Si al despertar alguna de ellas se asustaba por verse llena de moretones, o rasguños, o sentía

dolorido el cuerpo entero, o todo ese tipo de cosas juntas, el consejero las tranquilizaba contándoles un cuento.

—«¡Caray! Eres toda una fiera en la cama, lo de anoche no tiene nombre. ¡Qué fogosidad! Me suplicaste que te atara a los barrotes del cabecero y te follase como un loco. ¡Joder, llegaste a pegarme para que te lo hiciera más fuerte! Luego te desaté y rodamos por el suelo, y lo volvimos a hacer como animales en él. No sé cómo no nos partimos la crisma con la cantidad de posturas irrealizables que practicamos. De ahí todos los dolores, moretones y señales en tu cuerpo, cariño. Yo también estoy dolorido, e incluso siento algo de escozor en esa parte de mi anatomía que anoche hiciste trabajar tanto. Creo que se nos fue la mano con la bebida. Bueno, en tu caso más, porque ni tan siquiera recuerdas nada de lo que hicimos. Pero te confesaré algo, ha sido una noche muy loca en la que he practicado sexo como nunca en mi vida lo había hecho; y ha sido alucinante».

Después de escuchar las palabras de Yago ensalzándoles su ego de amantes supremas, no había una sola de ellas que no se marchase con una sonrisa triunfadora y sin preguntarse más sobre la noche en cuestión. En ningún momento se planteaban por qué se sentían como si les hubieran dado una paliza en lugar de haber estado practicando sexo sin parar. Se hallaban tan victoriosas creyendo que aquel guapísimo hombre había pasado con ellas la mejor noche de toda su vida que no les importaba recordarlo o no, tan solo querían volver a verse con él. Pero la astucia y el rigor eran el sello de distinción del consejero con respecto a otros depredadores sexuales, y por eso no solía quedar de nuevo con ninguna de esas mujeres, al menos para llevárselas a la cama. A lo sumo, y debido a la testaruda insistencia de alguna, esta terminaba en su despacho, arrodillada, practicándole una felación con la que él, con deliberada intención, perdía los modales y sus soeces palabras dañaban los tímpanos de la pertinaz mujer. Y así alcanzaba los propósitos que se había fijado: un buen y humillante rato de placer oral y no volver a ver a esa mujer que tanto insistía por otra cita. Sabía que tentar a la suerte de nuevo no sería razonable, pues alguna de ellas podría sospechar que algo raro ocurría si a la mañana siguiente no volvía a recordar nada y otra vez se levantaba magullada, dolorida y amoratada. La falta de memoria respecto a esa noche de sexo salvaje pasaría una vez sin problemas, con fortuna dos, no más.

Pero Yago ya no quería nada de eso, ni la agencia ni el plan B, ahora estaba en un nivel muy distinto, aunque también mucho menos apetitoso. Un nivel que vestía bata blanca y lucía unos preciosos ojos felinos de color verde.

Azucena era diferente a cuanto él estaba acostumbrado a analizar y seleccionar, ella era una mujer adecuada para ser su esposa, no su víctima. Aunque sabía que una vez su vida estuviera establecida como había diseñado, casado y aparentando ante la sociedad una estabilidad sentimental, tendría que volver a solicitar algún que otro servicio a la agencia de Águeda para aplacar su perversión. Despejando de su mente los pensamientos, entró en su automóvil y se alejó veloz del lugar. La máscara no se la quitó hasta haberse distanciado bastante y estar seguro de que nadie pudiera verle el rostro. Sonriendo feliz, metió los dedos entre su cabello y se lo ahuecó, después bajó el parasol del coche y se observó en el espejo. Y sin borrar la sonrisa de su angelical rostro bañado en maldad, condujo con tranquilidad en dirección a su casa, viendo como el sol comenzaba a despertar al amanecer.

* * * *

Cuando Katia despertó y comprobó que estaba sola en la habitación se sintió aliviada. Al momento, contemplando las marcas de su cuerpo, perdió el aliento; el inicial instante de alivio mutó a un profundo horror. Estaba llena de signos de violencia, señales que exudaban a chorros un dolor inhumano, y producto de la descarga, sentía un fuerte sabor a azufre en la boca. La angustia la atrapó y el llanto pobló sus mejillas al recordar las horas vividas junto a ese loco pervertido. Aquel hombre era un psicópata y ella no estaba dispuesta a volver a tener un servicio con él, antes prefería mendigar, sería menos humillante. Se incorporó despacio debido al dolor que de forma insistente serpenteaba por su cuerpo. Una vez sentada en el borde de la cama, giró la cabeza y descubrió encima de la mesilla unos cuantos billetes y un frasco de perfume.

—¡Será cabrón! Parece que quiere limpiar sus remordimientos con esto — murmuró con su peculiar acento ruso, cogiendo el dinero.

Tras contarlo, Katia pensó que el horror que había pasado con el degenerado de la máscara no estaba pagado. Ni siquiera sumando a esa considerable cantidad lo que Águeda le pagaba por el servicio, merecía la pena pasar por semejante infierno. Volvió a dejar el dinero donde estaba, se levantó como pudo y casi arrastrando los pies se marchó al baño.

Después de darse una ducha con la que se limpió el rastro de aquel depravado, se vistió con la ropa de repuesto. Cogió el frasco de perfume y lo tiró a la papelera, no quería nada que tuviera que ver con el engendro del diablo. Recogió el resto de su destrozada ropa, tirada por el suelo, y con ella

le dio compañía al perfume. Sentándose de nuevo en la cama, tomó el móvil y marcó un número, que descolgó con rapidez.

—Dime, Katia —dijo Águeda.

—¿Puedes venir a recogerme? —preguntó.

—¿No puedes llamar a un taxi como siempre? —interpeló la *Madame* extrañada.

—Prefiero que no me vea nadie. No quiero que me hagan preguntas sobre mis marcas.

—¿Tantas te ha dejado? —inquirió incrédula.

—Sí, bastantes. Tengo ensangrentados los tobillos y las muñecas y el resto del cuerpo lleno de moretones y dolorido. ¡Ah!, y el muy hijo de puta me dio una descarga eléctrica con una pistola. ¡No me advertiste de que fuera tan violento, coño! —escupió a gritos.

—¡Joder! —Sopló, aguantando un segundo de silencio—. Nunca ha llegado a esos extremos, Katia, nunca.

—¡Pues qué suerte la mía! —se quejó indignada.

—Espérame ahí, por favor, en veinte minutos estoy.

—De acuerdo. —Colgó.

Katia se tumbó en la cama a esperar a Águeda, sus fuerzas estaban tan mermadas que precisaba reposo. Un escalofrío la sobresaltó al recordar los ojos de lunático que tenía el cabrón que habitaba detrás de la máscara de cuero, al revivir la dominación a la que había sido sometida, el dolor provocado, la rabia que contenían sus órdenes, la fuerza, la violencia... Una vez más, las lágrimas terminaron escapando de sus ojos, resbalaron por su afligido semblante a la vez que maldecía a ese malvado hombre.

Águeda entró en la casa con urgencia. Subió tan rápido los escalones que separaban las dos plantas que apenas ni los rozó. Katia, que la oyó entrar, se incorporó y la aguardaba sentada.

—Pero, Katia, ¿qué ha ocurrido? —preguntó nada más penetrar en la habitación, compungida.

—¡Tú sabrás! —le reprochó en grito—. Tú me dijiste que le gustaba simular una violación, que yo debía resistirme hasta hacerle creer que me forzaba, pero que todo era una farsa, su fantasía. Pues eso no es verdad, ese tío es un loco degenerado que le gusta maltratar y humillar a las mujeres. ¡Y tú lo sabías! —chilló de nuevo.

—No, Katia, no, te equivocas —dijo en voz queda, sentándose a su lado, cogiéndole las manos y observando las heridas que las bridas habían dejado en ellas. También contempló los muchos moretones que tenía repartidos por

los brazos y piernas, la manga corta y su minifalda le permitían verlos—. Nunca he tenido problemas con él, te lo aseguro. Sé que le gusta un tipo de sexo diferente, que quiere dominar, ejercer poder... Y el forcejeo conlleva algún que otro moretón por el cuerpo, pero nada más. Nunca ha dejado marcada de esta forma a ninguna de mis chicas. Jamás —recalcó.

—Una cosa es practicar sexo dominante, de sometimiento o sado, y otra muy distinta lo que ese cabrón ha hecho conmigo. Me hizo sentir miedo, pánico —masticó las palabras—. Le grité que parase, que no era lo acordado, pero le dio igual, Águeda, no le importó. Y cuando vio que no dejaba de chillar ni de revolverme me pegó, me ató a la cama con unas bridas, sesgó toda mi ropa con un cuchillo, me mordió, volvió a golpearme rudamente... — Suspiró afligida.

—¡Santo Dios! —espetó Águeda consternada.

—¿No te das cuenta? ¡Ese tío es un puto enfermo! —chilló—. No me extraña que se esconda tras una máscara para que no sepamos quién es, porque lo que me ha hecho, legalmente, está tipificado como un delito.

—Te juro que nunca había hecho nada parecido —le aseguró.

—Águeda, a ese tío le gusta emplear la fuerza para que te opongas a sus deseos, porque cuanto más me resistía, más violento se volvía y más le excitaba la situación. Hasta intentó asfixiarme con una bolsa, creí que iba a matarme —aseguró con voz rota—. Y yo estaba tan asustada que no dejaba de gritar, cada vez más y más fuerte. —Una lágrima rodó por su pálida mejilla—. Para callarme me disparó una fuerte descarga eléctrica con una pistola y perdí el conocimiento, así que no sé qué hizo conmigo después. Aunque estoy segura de que practicó sexo porque tengo muchas molestias vaginales, además he encontrado una funda de preservativo en el suelo.

—Lo siento mucho, Katia, cariño. —La abrazó.

—Creía que este tipo de cosas no sucedían en una agencia de *alto standing*, por eso entré en una de ellas —gimoteó—. Porque si hago este trabajo solo es para poder pagarme la carrera de medicina, aunque prefiero no estudiar y morirme de hambre antes de pasar por algo así otra vez.

—No te preocupes, hablaré con él y le pediré explicaciones. Y si tengo que perderlo como cliente, lo perderé —aseguró, separándose de ella, mirándola fija a sus asustados y lacrimosos ojos.

—Dejó dinero en la mesilla y un frasco de perfume de...

—Anais Anais, de Cacharel. —Águeda terminó la frase por ella—. Eso se lo deja a todas, no sé por qué. —Se encogió de hombros—. En cuanto a lo del dinero, será porque le remuerde la conciencia, sabe que se ha pasado de la

raya, ha incumplido el contrato. De veras que nunca había hecho algo así — insistió—, si no ya habría dejado de ser cliente mío.

—Me ha dado...

—Da igual la cantidad de dinero —la interrumpió—, es tuyo, te lo has ganado con creces.

—No lo quiero —dijo tajante—. No quiero nada de ese grandísimo hijo de puta.

—Pues dónalo a la beneficencia, pero llévatelo —le suplicó, cogiendo el dinero y depositándolo en la mano de Katia—. Y ahora vámonos, te curaré un poco estas heridas, descansarás y te tomarás unos días libres, los que precises, además pagados. Y en cuanto regrese a mi casa, te prometo que hablaré con él.

Katia no dijo nada, solo asintió, estaba deseosa de marcharse de allí. Águeda se levantó y ayudó a la joven rusa a hacerlo. Sujetándola por la cintura, bajaron las escaleras juntas, despacio, haciendo breves pausas hasta llegar al coche y abandonar el lugar.

* * * *

Yago estaba aparcando el automóvil en su lugar de trabajo cuando el teléfono, esa antigualla que guardaba en la guantera, sonó. Como era evidente, solo una persona podía estar llamando, la única que tenía ese número: Águeda. Y Yago, como hombre inteligente que era, sabía de sobra que esa llamada sería para dar una queja. Parecía que a Katia no le había bastado el dinero para hacerla callar.

—Buenos días, Águeda —contestó con calma.

—Buenos días, señor.

—Parece que hemos tenido telepatía, iba a llamarte ahora mismo —mintió.

—¡Ah!, pues entonces hable usted primero, por favor —le solicitó, esperando a ver qué explicaciones daba.

—Imagino que llamarás por Katia.

—Correcto, señor.

—Yo quería hablar contigo por dos motivos, y el primero era ese, para disculparme. Sé que anoche se me fue un poco la mano, había bebido, algo que no suelo hacer, y eso me llevó a ser más agresivo. También sé que pensarás que no es disculpa, pero de veras que lo siento mucho —mintió una vez más—. Por eso he querido compensar de alguna forma mis actos y le he

dejado a Katia algo de dinero. Pídele perdón de mi parte, dile que ayer no era yo.

—¿Y el segundo motivo? —preguntó de forma cauta, esperando a ver cuánto tenía que decirle antes de hablar ella.

—Iba a comentarte que durante un tiempo indefinido, y seguramente largo, no voy a demandar más servicios de la agencia. Por eso mismo te he mandado tu tarifa triplicada. Considéralo una pequeña comisión por tu buen hacer.

Águeda pensó que no iba a añadir más, si no iba a solicitar los servicios de la agencia por un largo tiempo, no había de qué preocuparse. Además, parecía arrepentido y le había triplicado la tarifa; el abultado importe que ya de por sí era una buena cantidad. No merecía la pena decir más, Katia, dentro de lo razonable, estaba bien, y ella había aumentado de forma considerable su cuenta corriente. Todos felices, todos contentos.

—De acuerdo, señor, y gracias —respondió.

—Gracias a ti por todo, Águeda.

Yago colgó, desconectó el móvil y lo volvió a guardar en la guantera pensando que debía dejarlo de forma indefinida en su casa, ahora no iba a necesitarlo. Apeándose del automóvil, vio llegar al vehículo oficial de Manzanedo, y se encaminó hacia él sonriendo de forma exultante.

—Buenos días, Felipe —le saludó en cuanto este bajó la ventanilla.

—Buenos días, Yago. Pareces muy contento, ¿has tenido una buena noche, golfo?

—La verdad es que sí. —Sus labios se ensancharon al recordar lo acontecido con Katia.

—Me alegro mucho por ti. Y espero que hayas dejado a esa doctora con la misma sonrisa que tú tienes ahora.

—Yo no te he dicho que haya pasado la noche con Azucena. Ya te dije que ella no es de las que se lanza a un hombre en la primera cita, ni tan siquiera en la segunda.

—Entonces, ¿a quién te has tirado? —interpeló con curiosidad.

—A nadie. Solo he tenido unos dulces sueños —respondió sin perder la sonrisa.

—Seguro que tus sueños han consistido en empotrar a esa doctora una y otra vez, me apuesto el cuello.

—Pudiera ser —repuso con aire pícaro—. ¿Y a qué has venido, Felipe?

—Vengo a buscarte, quiero que desayunemos juntos y hablemos un rato de política. Creo que eso te gusta tanto como follar, ¿a que sí? —Sonrió él

también.

—Desde luego, son mis temas favoritos —habló entre risas.

—Pues sube y vámonos, sinvergüenza.

Yago se montó en el vehículo con gran entusiasmo y se marchó con Manzanedo. Conociéndolo tan bien como lo conocía, intuía que aquella conversación sobre política le avecinaba buenas noticias. Muy buenas.

Condado de Wiltshire, verano de 1985.

Desde que Bob y Yago dejasen de hablarse todo había cambiado, pues, habiéndose quedado sin amigo, empezó a pasar las tardes junto a su abuelo y Charles, el padre de Bob y Jacob. Los tres se sentaban en la mesa del porche a hablar de política mientras bebían, si bien Yago hacía más de oyente, absorbiendo cual esponja.

Pasados un par de días, las preguntas de su abuelo en referencia al distanciamiento de los jóvenes amigos no se hicieron esperar.

—¿Se puede saber qué diantres os ha pasado a Bob y a ti? Porque es obvio que estáis enfadados.

—No estamos enfadados, abuelo, solo tenemos diferencias —contestó, defendiéndose.

—¿Y cuáles son esas diferencias?

—A Bob ya no le gusta hablar de política, sino de chicas, y a mí ese tema me aburre en exceso —explicó con firmeza.

—Di que sí, huye de las mujeres —comentó Charles.

—Eso hago —advirtió Yago.

Bill se echó a reír y dijo:

—Eso haces ahora, verás cuando tengas tres o cuatro años más, entonces rezarás para que ellas no huyan de ti. —Siguió carcajeándose.

—No hagas caso a tu abuelo, Yago, sino a mí que soy más joven y entiendo más de eso —avisó Charles—. Las mujeres solo sirven para tres cosas: dar placer, problemas e hijos, para nada más. Atiende mi consejo, muchacho, a las mujeres se las tiene que tener muy bien medidas, atar en corto. No se las puede dejar pensar porque cuando sus cabecitas empiezan a planear lo estropean todo de forma inevitable.

—No le digas esas cosas al chaval —le reprendió Bill.

—¿Acaso he dicho alguna mentira? —preguntó Charles a la defensiva—. Porque no tienes más que ver quién dirige este país y cómo está por su culpa. ¡Una mujer, hostia! —escupió con soberbia.

—Margaret Thatcher es la primera mujer que es primer ministro en Inglaterra —apostilló Yago.

—Y espero que sea la última, ¡joder! —Charles alzó la voz indignado.

—Tranquilízate —le aconsejó Bill.

—¿Que me tranquilice? Me cagüen la puta, Bill, no puedo creer lo que acabo de escucharte. —Su tono subió más—. Esa mujer es una miserable que no hace más que joder a los obreros, que se ha cebado con las minas de carbón y va cerrando una tras otra, la muy...

—¡Eh, chssss! —Bill volvió a reprenderlo—. Cuida tu lenguaje delante de mi nieto, por favor.

—Pero es que...

—Lo sé, Charles, todo cuanto me digas lo sé —anunció, interrumpiéndolo—. Soy un alto cargo del sindicato, sé todas las barbaridades que está haciendo, lucho contra ellas día tras día —le recordó—. Sé que trata de esclavizar al movimiento obrero y que está privatizando todas las empresas públicas. Lo sé todo. Pero de poco me sirve ponerme a gritar, enfurecerme o enervarme, con esas armas no voy a hacerle daño, solo conseguiré ponerme de mala leche y terminar envenenado. Todos nosotros unidos, los compañeros sindicales, batallamos contra ella en la Cámara. Ese es el único lugar para luchar en contra de sus absurdas leyes.

—¡Maldita sea! —profirió Charles cabreado—. Pero si ni siquiera la quieren muchos de su propio partido, es una persona cruel con el pueblo. No en vano se ha ganado el apodo de «La Dama de Hierro».

—Pero también tiene bastante gente que la apoya, obtuvo muchos votos en las últimas elecciones —intervino Yago de forma adulta—. Ganó por una holgada mayoría —le recordó.

—Pues si quieres otro consejo, jovencito, no se te ocurra nunca votar a una mujer. Y cuanto más puedas alejarla de la política mejor; si no, lo joderá todo gracias al apoyo de unos estúpidos —aseguró Charles—. Bueno, aléjalas cuanto puedas de tu vida en general. Como ya te he dicho, las mujeres solo valen para la cama, para parir y sin duda para dar quebraderos de cabeza. Son unas entrometidas que se meten en donde nadie las llama, que hablan de igualdad, pretenden ser iguales, ¡mujeres del demonio! —siseó con rabia—. Pero si ninguna de ellas puede igualarse a nosotros en nada. Ellas solo sirven para dar problemas. ¡Coño, si lo dice hasta la Biblia! Cuando las mujeres

aparecen no es más que para entorpecer y poner en apuros al hombre. No hay más que empezar por Eva, tentadora y la causante de hacer que el hombre abandonara el paraíso y se convirtiera en mortal. —Charles se carcajeó al decir esto último y Bill lo acompañó en la risotada. Yago rio aun sin entender el porqué de sus risas—. Los hombres les damos cien mil vueltas en todo, muchacho —prosiguió—, de hecho, los libros de historia están plagados de nombres masculinos, no femeninos.

—¿Todo eso es cierto, abuelo? ¿Las mujeres son tan problemáticas? —preguntó Yago.

—¡Oh, si yo te contara! —le contestó, echándose a reír de nuevo—. Pero todavía eres joven para entender ciertas cuestiones.

—¿Mamá también es así? —preguntó a renglón seguido.

—Tu madre, tu abuela, las primas, las tías... todas lo son, todas nos complican la vida a los hombres, no se salva ni una, Yago —le explicó su abuelo—. Pero por desgracia, queremos o necesitamos vivir con ellas, somos así de masoquistas.

—Sí, claro, necesitamos lo que necesitamos de ellas, nada más. —Charles volvió a reír, esta vez poniendo cara de pillo.

—¿Y el qué necesitamos? —interpeló Yago.

—Pues qué va a ser, muchacho, un buen revolcón.

—¡Charles! —Bill lo amonestó de nuevo, agitando la cabeza con desaprobación.

—Perdona mi franqueza, Bill, sabes que no me gusta andarme con rodeos y que llamo a las cosas por su nombre.

—Y me parece genial, pero él aún no tiene edad para comprender ciertos aspectos.

—¿Cómo que no? ¿Acaso no conoce el significado de la palabra «manipulación»?

—Sí, claro que lo conozco —contestó Yago de inmediato—. Significa manejar o intervenir con habilidad.

—¿Lo ves? —Charles miró un segundo a Bill, y retornó la vista a Yago—. Pues así son las mujeres, muchacho, tienen el don de la manipulación —añadió—. Pretenden cambiarnos, moldearnos a su antojo, pero si eres listo no caerás en su trampa, sino que tú las manipularás a ellas.

—Pero entonces...

—¡Eh! Dejemos a las mujeres a un lado, no son tan importantes como para hacernos perder el tiempo. ¿No es así? —preguntó Bill, observando con malestar a Charles, quien asintió sin decir más—. Además —dijo dirigiéndose

a su nieto, que se había quedado con la palabra en la boca—, como te he dicho, aún eres joven para entender muchos asuntos respecto a ellas —declaró serio—. Aunque para lo que no eres principiante es para hablar de política, ahí tienes mucha madurez a pesar de tu corta edad, y está bien irte adoctrinando porque tienes madera. Aún estoy asombrado de los comentarios que me hiciste sobre el «Manifiesto comunista». —Volvió a mirar a su amigo y añadió—: Charles, estoy seguro de que algún día mi nieto llegará a ser importante dentro de la política, ya lo verás.

—Pues brindemos por ello —anunció, echando un trago de cerveza.

—Yo quiero que mi nombre salga en los libros de historia. Quiero ser el mandatario de mi país —comentó Yago con entusiasmo.

—¡Vaya! Sí que eres ambicioso, muchacho —enunció Charles, asombrado.

—Di que no, Yago —intervino su abuelo, sonriéndole con orgullo—. Tú podrás ser todo lo que te propongas, tan solo debes ser persistente en tu empeño.

—Gracias, abuelo, lo seré —respondió agradecido, observándolo con cariño y pensando que quería ser como él, una persona respetada y querida por sus amigos y vecinos, que la gente en general admiraba.

Desde aquel verano la vida de Yago se centró en tres únicos pensamientos. El primero la política, la que su abuelo le había hecho mamar desde su más tierna infancia y que cada día lo fascinaba más. El segundo se refería a la dominación sexual, a las ganas que tenía por ejercer un acto semejante o parecido al que había visto realizar a Jacob. Ambos pensamientos, en realidad, estaban ligados estrechamente a la misma sensación: el poder. Algo que, aún de forma inconsciente, era lo que más anhelaba Yago y por lo que lucharía toda su vida. El tercer pensamiento, en cambio, se alejaba en parte de los dos primeros, aunque terminaría siendo otro elemento más de su personalidad, quizás una obsesión. Doris, su abuela, pasaría a habitar en el más oscuro lugar de su corazón, donde acumulaba su odio. Pensar en ella le generaría unas ideas muy macabras.

9

Azucena continuaba sin hablarse con Fabián, de nuevo ambos habían pasado la guardia sin dirigirse la palabra. A él le costaba mucho soportar la fría indiferencia que le mostraba la mujer de sus sueños, y en algún que otro momento estuvo tentado de ir a hablar con ella para aclarar el tema y pedirle perdón. Pero luego la veía pasar cerca de él con altanería, arrogante, y se le quitaban las ganas por completo. ¡Menudas ínfulas tenía la señora!, pensaba viéndola pasearse con su hostil actitud. Sin embargo, el amor que Fabián sentía por Azucena era capaz de solventar todos esos obstáculos y de ceder en su orgullo. Por eso, al acabar sus turnos, decidió que no quería prolongar la tensión que había entre los dos, y sin meditar más, se acercó a hablar con ella.

—Bueno, ¿qué tal fue tu cita? —le preguntó. De inmediato, supo que esa cuestión no era la mejor para iniciar una charla en busca de la reconciliación.

—¡Ah! ¿Ya me hablas? —Azucena lo miró asombrada tras oír su inesperada demanda.

—Perdona, pero fuiste tú la que sacó las cosas de quicio. Te recuerdo que me mandaste a la mierda, dijiste que pasabas de mí, te marchaste y dejaste de hablarme —explicó serio.

—Tú tampoco has vuelto a hablarme hasta ahora, ¿te lo tengo que recordar? Ni siquiera me dijiste adiós cuando me marché el otro día, y eso que casi te topaste conmigo cuando iba a salir por la puerta. —Sacudió la cabeza a la vez que descendió la vista.

—Vale, *mea culpa*, lo admito —aceptó—. Pero tú también carga con tu parte, reconoce que me has ignorado por completo.

Azucena resopló con pesadumbre y lanzó una fugaz mirada a Fabián.

—Está bien, yo también asumo mi parte. Siento haber estado tan borde, discúlpame.

Una apacible calma ocupó el cuerpo de Fabián al oír las palabras de su amada.

—Pues ya está, tema zanjado, borrón y cuenta nueva por parte de ambos.
—Emitió una media sonrisa.

—Gracias, Fabián.

—Y ahora, ¿vas a decirme qué tal fue tu cita?

—¿Cuál? ¿Esa con un casanova que según tú me va a chulear?

—Azucena, paz —sugirió con sosiego, observándola sorprendido al ver asomar sus uñas de nuevo—. Nos acabamos de pedir perdón, por favor, no empecemos.

—Es cierto, llevas razón —soltó un suspiro plagado de resquemor—. Perdona de nuevo.

—Mira, voy a confesarte algo. Después de nuestra conversación, o mejor dicho, discusión, medité mucho y he llegado a una conclusión.

—¿A cuál?

—Igual la fama que precede al consejero de Sanidad no es del todo verdadera. A mi mujer todo el mundo la consideraba una persona entregada a mí y era un pendón verbenero que se había acostado con mil y la madre antes de abandonarme —declaró sin pelos en la lengua—. Quizás en el caso del consejero la mala fama tan solo sea un bulo en lugar de una realidad, y a él no le importe que se le trate de donjuán. Seguramente a los guaperas les guste que se les tache de seductores y rompecorazones.

—No creo que Yago sea un rompecorazones, Fabián —comentó con sosiego—. Es cierto que es un hombre muy guapo y atractivo que hace suspirar a más de una mujer, pero a mí me está demostrando que no es un seductor ni un casanova. Es un hombre que se siente solo, que está a punto de cumplir los cuarenta años y busca compañía.

—También llevabas razón en lo de no juzgar a la gente sin conocerla, no es algo que debemos hacer, no está bien —afirmó—. Hay que dar un voto de confianza antes.

—Exacto. —Asintió.

—Entonces, ¿la cita bien? —Volvió a preguntar por tercera vez.

—Bien —respondió al fin—. Nos volveremos a ver de nuevo.

—Eso quiere decir que va mejor que bien. —Fabián sintió que su corazón se encogía con la noticia.

—Sí, va muy bien —confirmó Azucena—. Yago me gusta, es muy simpático y atento. Además, puedo hablar con él de cualquier cosa y siempre me saca una sonrisa. Vamos despacio, solo estamos conociéndonos, pero vamos bien.

—Pues me alegro mucho por ti —dijo mintiendo, mientras el alma se le desgarraba—. ¿Nos tomamos un café antes de irnos? —preguntó, intentando disimular su dolor.

—De acuerdo. Pero vámonos fuera del hospital, me apetece respirar aire fresco.

—Como tú digas, sabes que siempre mandas. —Se obligó a sonreír. Azucena le devolvió el gesto y ambos abandonaron el hospital en busca de una cafetería.

* * * *

Para la tercera cita con Azucena, Yago había pensado llevarla al teatro. Al acabar la función irían a cenar al lugar que ella eligiera y luego, estaba convencido, terminarían la noche en su casa, en su cama. Ese tema le preocupaba bastante y no hacía más que mentalizarse para poder hacer el amor con ella. Hacer el amor era una frase que él no utilizaba nunca, se alejaba de su vocabulario, mejor dicho, era inexistente. Lo que él hacía nada tenía que ver con el amor, si bien era lo que le complacía. Pero ahora iniciaba una nueva etapa en su vida y por un largo periodo de tiempo debía usar esa frase y saber agradar y complacer a una mujer. Dando vueltas al difícil asunto al que debía encararse, imaginó las secuencias de esa primera noche de intimidad con Azucena sobre un escenario muy distinto; uno en el que no primaba la violencia, sino la pasión; en el que los besos sustituían a la rudeza y la cadencia predominante debía ser armoniosa; uno en el que debía reprimir cuanto le apetecía hacer con la finalidad de dar placer y privarse él de obtenerlo. Con esos pensamientos le asaltó una gran duda que le puso el vello de punta: ¿Sería capaz de alcanzar el orgasmo con ese tipo de sexo? Imaginando un acto tan descafeinado ni siquiera había conseguido alterarse lo más mínimo. De seguido otra desgarradora pregunta le anudó las tripas: ¿Y si no lograba tener una erección? Un sudor angustioso le recorrió de arriba abajo al planteárselo. Si para excitarse tenía que recurrir a lo que siempre le funcionaba quizá después no podría controlarse, igual en cualquier momento afloraba la brusquedad que tanto le gustaba ejercer y todo se echaría a perder. Con la deducción, de nuevo, el vello se le encrespó. Por primera vez en su vida, Yago se sintió muy nervioso. Sabía que se adentraba en un terreno pantanoso, desconocido para él, y no tener la certeza de poder controlar esa situación, que no sería única, pues de continuar con Azucena se repetiría en más de una ocasión, lo cargó de un gran desasosiego.

Pero de pronto, Yago se dio un toque de atención. No podía tener esa actitud derrotista, él era un hombre muy capaz, habituado a conseguir cuanto pretendía, y estaba seguro de que una vez más alcanzaría el objetivo marcado para su bien. No había más que echar la vista atrás para comprobar cuánto había logrado. Decidió entrar en política y lo hizo en un abrir y cerrar de ojos, tan solo con proponérselo. Se empeñó en ser la mano derecha de Felipe Manzanedo y lo consiguió a base de insistir con tesón. Y cuando ya lo tenía a su disposición, decidió ocupar una de las Consejerías del Principado y le resultó tan sencillo como chasquear los dedos, porque Manzanedo no dudó en posicionarlo donde él quería. Estaba enfilado a obtener lo que desde pequeño había considerado su sueño, lo que juró y debía a la memoria de su abuelo. Ahora nada podía fallar, «*y menos por echar un mal polvo de mierda*». Podía hacerlo. Tenía dotes de convencimiento de sobra y Azucena cantidades importantes de ingenuidad e inocencia, como todas las buenas personas. Podía lograrlo. No sabía de qué forma se controlaría ni cómo la complacería, pero lo haría y punto. Podía, podía, podía... Yago no dejó de repetírselo una y otra vez para convencerse.

* * * *

Azucena acababa de terminar su turno en el hospital y decidió mandar un whatsapp a Yago, quería comunicarle que el sábado estaría libre y podían verse. Deseaba que en esa cita el consejero la amara, ansiaba por ello casi con desesperación. También esperaba que él diera el primer paso, pero de no hacerlo, lo daría ella sin dudar. No sabía cómo o de qué manera, aunque tenía claro que no pensaba irse a su casa con las ganas de ese hombre; esta vez, no. Yago había logrado desvelar a su lascivia y ella ya no era capaz de adormecerla. Las venas le ardían como la lava de un volcán cuando pensaba en sentirlo bajo su piel, e imaginándose entre sus brazos temblaba de forma brusca, con el mismo ímpetu que la tierra se sacudía ante un terremoto. Fantaseando con ese fogoso encuentro por el que tanto impacientaba, un golpe de calor la sorprendió. Intentó calmarse poniendo la mente en blanco, prohibiendo el paso a la lujuria y encerrando a la libido en lo más abismal de sus adentros, bajo siete llaves. De esa forma, Azucena consiguió que su cerebro se despojase de cualquier resquicio de deleite carnal y el sosiego volvió a gobernarla. A punto de mandar el mensaje a Yago, el móvil sonó entre sus manos.

—Hola, mamá, ¿qué tal estáis? —preguntó con una radiante sonrisa.

—Hola, cariño, muy bien. ¿Y tú?

—Un poco cansada, acabo de terminar mi turno, pero por lo demás bien.

—Pues ahora ya sabes lo que toca, a descansar durante muchas horas.

—Pienso dormir de un tirón hasta mañana, y el resto de día lo voy a pasar vagueando. Esta semana he suplido a un compañero y he trabajado más horas de lo habitual, ¡estoy muerta!

—Cariño, no permitas que te exploten. Ya pasas bastantes horas dentro de ese hospital, ¡es un abuso! —protestó su madre.

—Es lo que hay, mamá, si no se contratan médicos para estos casos los demás tenemos que quedarnos más horas para cubrir su falta. No soy la única que lo hace.

—Vale, pero a mí solo me importa mi hija, no los demás. Y no quiero que nadie vulnere tus derechos —replicó un poco enojada.

—Mira, mamá, cambiemos de tema porque veo que te va a subir la tensión —bromeó.

—Sí, mejor que corramos un tupido velo y hablemos de algo más grato. ¿Qué tal con tu cita? —preguntó sin más rodeos.

—¿Cómo? —Azucena se quedó asombrada—. Te lo ha dicho Covi, ¿verdad? ¡Joder, le ha faltado tiempo! —se quejó.

—Ya conoces a tu hermana, no sé de qué te sorprendes, está deseando que salgas con algún hombre —explicó risueña—. Ayer estuve hablando con ella y me lo contó. No hay nada de malo, cariño, ¿o no quieres que se entere tu madre?

—Pues claro que no hay nada de malo ni que esconder, pero hubiera preferido decírtelo yo. Es lo normal, ¿no crees?

—Hija, da igual quién me lo haya dicho. Lo que importa es que estás conociendo a alguien, y me alegra mucho, Azucena —afirmó con ternura.

—Gracias, mamá.

—Y quién es, ¿lo conozco?

—No —respondió con rapidez—. Pero ya te hablaré de él, el próximo fin de semana, cuando nos juntemos.

—Bueno, todos no vamos a poder reunirnos. Covi no puede venir, le es imposible.

—¡Vaya! Y ya es el segundo mes que falta.

—Ya se lo he recordado yo también, y le he dicho que si no viene el próximo mes me voy a por ella a Alemania y la traigo de la oreja. —Se echaron a reír.

—Entonces vendrá seguro, eres capaz de hacerlo, y lo sabe.

—Más vale que no me tiente porque desde luego que me presento allí —
aseguró.

—¿Y papá? ¿Por dónde anda?

—Se acaba de ir a correr por el paseo marítimo.

—Veo que se ha tomado muy en serio lo de hacer *runnig* todos los días, eso está muy bien.

—Sí, entre tú y tu hermano lo habéis convencido de las ventajas tan grandes de hacer deporte, y se lo ha tomado al pie de la letra. A mí con el Pilates y con andar todas las tardes me es más que suficiente.

—Eso también está genial, el caso es hacer algo de ejercicio. En fin, mamá, estoy llegando al coche, tengo que dejarte.

—Me alegro de que estés bien y que empieces a tener algo más de vida social. Te quiero mucho. Un beso enorme, hija. Hablamos.

—Yo también os quiero. Besos para los dos. Chao.

Azucena entró en su automóvil y antes de ponerse en marcha mandó el whatsapp a Yago para concertar su cita. Después, cansada y con mucho sueño, arrancó y se marchó para su casa. Estaba deseosa de llegar para lanzarse a la cama y dormir sin parar.

10

El sábado Yago acudía a recoger a Azucena a las seis de la tarde. La función de teatro comenzaba a las siete y media; iban con tiempo suficiente para tomar algo antes de entrar y salían a buena hora para poder cenar con calma, tal y como tenía planeado el consejero.

Para la ocasión, Azucena había elegido cubrir su cuerpo con un vestido blanco de gasa, con la falda ligeramente corta y con un poco de vuelo. Le quedaba genial. Estaba guapísima. Parecía una diosa griega, de las del Olimpo, de las que mostraban los libros de mitología. Y así se sentía ella, una deidad de mujer a espera de su providencia todopoderosa: Yago.

Cuando desde la ventana que daba a la céntrica calle vio aparecer el auto del hombre por el que no paraba de suspirar, sus entrañas se removieron nerviosas, igual que si serpenteasen culebras por ellas. Salió con celeridad del piso, y en un abrir y cerrar de ojos se presentó ante él. Yago se relamió por dentro al verla así de seductora y divina, y la recibió con un beso en los labios. Ante el contacto, el corazón de Azucena palpitó de forma arrítmica, regurgitando la sangre con violencia.

—Hola, Diosa de la belleza, ¿me concedería el privilegio de acompañarla esta noche? —le preguntó Yago, sin dejar de admirar sus ojos.

—Será todo un placer gozar de su compañía, caballero —respondió ella con jocosidad.

—Pues vamos, bella dama. —Le ofreció el brazo y ella entrelazó el suyo—. Y que tiemble Oviedo entero porque esta noche estoy seguro de perder la cabeza por vos, por culpa de vuestra hermosura.

—¿Estás muy novelesco o me lo parece a mí?

—Estoy muy obnubilado por lo guapa que eres, nada más.

—Tú también tienes tu punto, no lo olvides. Sabes que levantas pasiones allí donde vas.

—No me interesa nada de eso —comentó—. A mí con gustarte a ti me basta, me sobran todas las demás. No he encontrado a una mujer que me estimule tanto como tú —anunció, regalándole el oído.

Antes de entrar en el coche, Yago volvió a besarla. Azucena sintió de nuevo cimbrar a su alma, corazón y entrañas al contactar con su maravillosa boca. Al separarse, el estómago se le encogió con la incesante mirada de Yago admirándola. Y esta vez su mirada color miel no solo tenía ese matiz de chico malo, también estaba inyectada de deseo; contaba a voces que quería su cuerpo. Pero la sonrisa del consejero borró todo rastro de malicia en su rostro e hizo brotar a la dulzura. Eso suscitó más las ganas de amar de Azucena, que ya se visionaba bajo su cuerpo, enredados entre sábanas de pasión y deseo, salpicados de gemidos, anegados en sudor... Con esa fantasía la libido se le alteró sobremanera, y a pleno pulmón la empezó a chillar que anhelaba a Yago con desesperación. De inmediato, sus ojos verdes acicalados de pasión, comenzaron a gritárselo a él.

—Eres preciosa, Azucena. Me gustas mucho —dijo en un susurro aterciopelado, envolviendo la cara de ella con sus manos y volviendo a unir los labios.

—Tú también me gustas mucho, Yago —afirmó, separando un instante su boca, pegándola a continuación con tanta pasión que el beso parecía no tener fin.

—¡Eh, tranquila! —exclamó, frenándola—. Tenemos toda la noche para nosotros, vayamos con calma.

—Llevas razón, perdona. —Sonrió.

—No debes pedirme perdón, tan solo no tengas prisa —aclaró con serenidad—. Más que nada porque estamos en plena calle y no queremos alterar el orden público —bromeó—. Pase al coche, bella dama, y empecemos a disfrutar. La noche nos depara mucho. —Le guiñó el ojo, y acelerado se marchó a ocupar su puesto al volante.

—Eso espero —dijo Azucena mientras se montaba en él, sabiendo que Yago no la escuchaba.

* * * *

La obra de teatro estuvo muy entretenida y Azucena se divirtió bastante. A Yago le gustaba ver la sonrisa inocente que mostraba el semblante de la doctora, una preciosa mujer a la que deseaba despojar de sus vestiduras para descubrir su cuerpo. Imaginándolo, las fantasías llenas de violencia que tanto

le hacían disfrutar inundaron su mente, y las frenó de golpe. No podía alimentar a su cerebro con ellas, sino no sería capaz de contener sus impulsos y todo podía malograrse. Y ahora se encontraba más encaminado que nunca a conseguir sus propósitos, Manzanedo se lo había asegurado en su reunión-desayuno de hacía unos días. Él estaba haciendo campaña dentro de las filas del partido para respaldar el nombre del próximo candidato a la presidencia: Yago Junquera Miller. Ahora todo debía venir rodado, el apoyo por parte de los militantes y su asentamiento sentimental, que reflejaría una estabilidad emocional. Al pueblo eso le transmitía confianza, a los militantes seguridad y a los grandes cargos del partido ambas cosas. Manzanedo solía explicarle que en política no era bueno tener fama de *playboy*, a la gente le generaba dudas no saber con qué parte de tu anatomía acostumbrabas a pensar. A Yago nunca le preocupó mantener la reputación de casanova que le precedía desde su etapa en la facultad, pero desde que entró a formar parte del Parlamento del Principado había intentado borrar todo atisbo de esa popularidad. Por eso estaba convencido de que la mejor para desempeñar ese papel y eliminar su imagen de mujeriego era Azucena. Un matrimonio con una inteligente y brillante doctora la disiparía al cien por cien.

—¿Te ha gustado la obra? —le preguntó Azucena nada más abandonar el teatro.

—Sí, ha estado bien. Aunque debo reconocer que he disfrutado más con tu hermosa risa.

—¡Vaya! ¿Mi risa también es hermosa?

—Toda tú, de arriba abajo, lo eres. —Yago le dio un beso en los labios.

—Eso es un piropo en toda regla, ¿sabes?

—Lo sé, pero ese es el más insignificante de todos los que te podría decir.

—Ya te dije que puedo llegar a acostumbrarme. —Esbozó una leve sonrisa.

—Espero que lo hagas. Y el día que mi boca no te diga uno, me lo demandes.

—Tomo nota, señor consejero —dijo entre risas.

—Y ahora, ¿dónde vamos? —preguntó, mirándola con ojos de lince al acecho de su presa.

—¿Adónde quieres ir tú? —Azucena le sostuvo la mirada.

—¿Adónde quieres llevarme? —Las manos de Yago se posaron en su cintura de avispa.

—¿Quieres cenar por ahí o prefieres que nos llevemos algo para cenar en casa? En la tuya o en la mía, donde quieras.

—¡Uf! ¿Eso suena a proposición deshonesta o me lo ha parecido? —
Trazó una media sonrisa.

—Depende de lo que tú interpretes por deshonesto —contestó—. Yo soy una mujer que siempre va con la verdad por delante.

—¿Y cuál es tu verdad, Azucena? ¿Dónde quieres que vayamos realmente? —preguntó cerca de sus labios.

Azucena inhaló el aroma de su boca y deseó besarlo de nuevo.

—A una de nuestras casas, la que tú elijas. —Unió su boca a la de Yago con tantas ganas que las lenguas entraron a formar parte del beso.

—Entonces no perdamos más tiempo y vámonos —declaró Yago al separarse—. Ya veremos qué cenamos, siempre habrá algo para picar en mi casa. Ahora solo quiero estar contigo, tan solo tengo hambre de ti —explicó, besándola una vez más, fantaseando, sosteniendo en el cerebro unas efímeras visiones de Azucena sometida a sus instintos.

De inmediato, Yago se apartó de ella con la intención de erradicar ese tipo de pensamientos.

—¿Te ocurre algo? —interpeló confusa.

—Nada. Vámonos —contestó él, cogiéndola de la mano.

Y así, como una pareja de enamorados, Azucena y Yago anduvieron los escasos metros que les distanciaban del *parking*, lugar en el que se encontraba aparcado el flamante vehículo de alta gama del consejero. Sin parar de emitir una sonrisa distraída y compartiendo un silencio cómplice, pusieron rumbo al espacioso chalé a las afueras de Oviedo.

Durante el trayecto, Azucena no dejaba de pensar en lo que estaba a punto de suceder y miles de mariposas le cosquilleaban por el estómago. Estaba ilusionada, expectante y feliz; Yago le atraía en exceso. Anhelaba llegar a su casa y caer en los brazos de ese apuesto y atractivo hombre que besaba de forma divina. Ideaba cómo pasar la noche, se preguntaba si al consejero le gustaría su cuerpo, si la desearía como ella imaginaba, si la poseería de la manera arrolladora con la que no podía parar de fantasear. Interrogantes que estaba deseando despejar y satisfacer, y con los que el ansia por llegar a casa de Yago hicieron del trayecto algo interminable.

Sin embargo, Yago no ideaba, él no paraba de debatirse. Con reiteración se preguntaba si se excitaría, algo que no había ocurrido ni tan siquiera con los apasionados besos de Azucena, y de hacerlo, si sería capaz de alcanzar el orgasmo practicando sexo de esa forma tan aburrida. A veces se sentía ansioso porque el encuentro comenzase y ver de qué manera se desarrollaba; en otras ocasiones deseaba que nunca diera comienzo por miedo a cómo

podiera concluir. Con esas cuestiones en la cabeza, y a lo largo del corto viaje, el consejero disfrazó con una sonrisa la incertidumbre que transitaba por su interior. Sabía que la función estaba a punto de levantar el telón y dar comienzo. Sabía que debía hacer un sobreesfuerzo e interpretar su papel a la perfección, mejor que en toda su vida. Sabía que le aguardaba una rara combinación, una ardua tarea: lograr la excitación sumándole un estado de represión. Rogó por no tener que abrir la caja de Pandora de su inventiva ni acudir a sus fantasías que originaban impulsos depravados, pues una vez se desataban y salían de sus adentros eran difíciles de controlar. Deseó que todo se desarrollara con normalidad, por ver a Azucena desnuda, por tenerla bajo su cuerpo, por completo a su disposición. Y de pronto, le turbó un asunto que nunca se había planteado hasta ese momento: Cómo sería la doctora en la cama. ¿Sería de las que le gustaba marcar el ritmo? ¿Podría él soportar eso, que una mujer intentara llevar las riendas del encuentro? Un escalofrío le encrespó la piel y lo tensó. Con ansia deseó que ella no fuera así, pues siendo un tanto pasiva en la cama él podría gobernarse ejerciendo su supremacía, eso de algún modo apaciguaría a sus instintos y él lograría solventar la materia amorosa. Pero de ser al contrario, no estaba seguro de poder temprar a la fiera que llevaba dentro.

La incertidumbre reinaba por el cuerpo de ambos, aunque, obviamente, de formas muy diferentes. De esa inquietante manera llegaron a su destino: el chalé de Yago. Tras dejar aparcado el BMW en el garaje, se adentraron en la casa. Azucena, que ya se había quedado fascinada con lo poco que había visto a la entrada, se asombró por la amplitud de la vivienda que constaba de tres plantas, sin embargo, solo era habitada por una persona. Su piso siempre le había parecido grande, y más para ella sola, pero viendo el descomunal chalé creyó que vivía en una caja de cerillas.

Yago, ejerciendo de anfitrión, comenzó a enseñarle la vivienda. La primera planta estaba compuesta por un gran salón presidido por una chimenea, una más que generosa cocina, en la que parecía que nadie hubiera usado nada nunca, y un amplio baño en el que no faltaba detalle. De seguido, la llevó a la parte trasera del jardín. Allí un porche cubría y daba cobijo a una alargada mesa de piedra, rodeada por unos bancos con respaldo de forja y mullidos asientos. En medio de aquel cuidado césped, bordeado de una valla por la que trepaban las yedras, reinaba una impresionante piscina ovalada que en ese momento se encontraba vacía. Todavía no había llegado el mes de junio y su calor para prepararla. Desde la planta baja, Yago decidió subir directamente a la buhardilla y mostrar a Azucena su estudio; la otra puerta, la

de su habitación, ni tan siquiera la abrió, hizo como si no existiera. Sabía que cada vez que entraba en ella se despertaban en él todo tipo de fantasías, y no era el día apropiado para tal menester. Azucena no dijo nada al respecto, ni siquiera dio importancia a ese armazón cerrado, se había quedado fascinada con las maderas que vestían el gran habitáculo, similar a un refugio de montaña. Enseguida bajaron a la planta del medio, repartida en cuatro habitaciones y un cuarto de baño de invitados. Yago tenía el suyo propio dentro de su alcoba, y era tan grande como su dormitorio. Eso sorprendió mucho a Azucena, que no paraba de preguntarse para qué necesitaba una persona un lugar tan espacioso si solo servía para asearse. Sin dejar de dar vueltas a la pregunta, paseó con lentitud la vista y observó todo. Al fondo había una bañera y encima de ella un gran ventanal, con el que se podía disfrutar del paisaje exterior. El lado derecho estaba ocupado por una ducha en forma redonda y pegada a ella se encontraba una enorme luna de espejo con un lavabo de mármol. Separado de la zona de agua por un tabique y una puerta, había un inodoro. Al salir del baño, Yago se olvidó del resto de la habitación y solo señaló su cama. Era amplia, con un cabecero y pie hechos con barras gruesas de forja, torneadas y en color negro.

—Y aquí duermo yo —dijo.

—¿Solo duermes? —preguntó Azucena de forma pícaro, una faceta inusual en su persona.

—Quizá pueda hacer otras cosas, ya veremos —contestó él, con el mismo nivel de picardía—. Pero ahora dime una cosa, ¿qué te parece mi casa, Azucena?

—Me parece una maravilla, es bonita, y sobre todo grande. En el cuarto de baño creo que puedes hasta perderte —bromeó—. Pero si tengo que ser sincera, me da la impresión de que le faltan muebles, aunque igual se debe al tamaño.

—En realidad le faltan unos cuantos —confirmó—. Pero tengo lo justo y necesario para mí, y camas por si se presenta alguna visita.

—Pues entonces tienes de todo. —Sonrió ella.

—Ahora sí. —Asintió, acercándose más—. Ahora te tengo aquí, en mi habitación, al lado de mi cama. Desde luego que tengo todo. —Unió sus labios a los de la doctora.

Yago acarició las nalgas de Azucena por encima del vestido mientras ella lo besaba enardecida, y sintiendo el ardor de la doctora, su mano no tardó un segundo en meterse por debajo de su falda. Las caricias encendieron el ambiente, y el consejero, sin separarse de los vehementes labios de ella, se

apresuró a bajarle la cremallera de su vestido. La insólita situación le empezó a impacientar, pues él no era de despojar ropajes, sino de arrancarlos sin consideración, y a la par que el corto vestido de Azucena resbalaba hasta caer al suelo, se repitió: «*Despacio, despacio, despacio, puedes hacerlo...*». La doctora, impaciente por ser amada, intentó desabrocharse el sujetador, pero las manos de Yago la frenaron. Debía hacerlo él, debía enfrentarse a todos los pasos de ese acto, y luchando contra sí mismo para no rompérselo, lo retiró con lentitud antes de apartarse de su boca para admirar su desnudez. Observando la redondez de sus pechos, los endurecidos pezones, apretó los labios para contener las ganas que sintió por mordérselos. Y su fantasía fue más allá, se imaginó colocándole unas pinzas metálicas en ellos, dándole una descarga eléctrica que la estremeciera y a él lo exaltase. Su excitación se desperezó con la ficticia visión, y controlando la mente como buenamente podía, posó su mano en uno de ellos mientras paseaba la boca por el fino cuello de Azucena, cuyas carnes replicaban placenteras. Yago deslizó los labios por el torso de ella, acometiendo con delicadeza sus senos, y desde ellos, y trazando un camino en hilera, bajó a su intimidad y observó su sexo detrás del encaje blanco. En su interior se desató una fuerza incontrolable; la sangre le borboteaba. En cuestión de milésimas, se armó con un obligado escudo de normalidad sexual y recopiló toda su capacidad de resistencia para combatir con sus verdaderos deseos. Logró retenerse, aunque la apariencia auto infligida no disimuló el temblor de sus dedos al deslizar el encaje por los muslos de Azucena. Vibraba de rabia por reprimir a sus instintos, por la frustración de hacerlos desaparecer sin obtener su habitual satisfacción. Con la misma calma compelida con que la despojó de la braguita, Yago alzó la mirada a los ojos de la doctora, quien lo miró fija, expectante, con deseo... Y de forma paulatina, entretanto seguía repitiéndose que podía hacerlo, acercó los labios a su Monte de Venus.

Azucena jadeó gustosa al sentir la boca de Yago en esa zona de su ser. Además, estaba sorprendida por su dulce forma de desnudarla, había sentido cómo le temblaban las manos retirando su braguita y eso solo podía suponer la gran pasión que sentía por ella, algo que no había notado igual ni semejante en ningún hombre. Tampoco ninguno de los pocos hombres con los que llegó a la cama había iniciado el acto de la forma que el consejero, yendo de inmediato a colmarla de placer con sus besos, acción, que a su entender, ponía en relieve su generosidad. Parecía que Yago la deseaba más de lo que podía imaginar, aunque también a ella le sucedía lo mismo, pues con ningún hombre sintió ese hambre de sexo que el consejero le despertaba. Él la tenía

ardiendo y lo deseaba con extremo anhelo, con la misma fuerza que el campo ansiaba por la lluvia en el mes de julio.

Yago, aunque estaba viviendo una situación desconocida y poco gustosa para él, a pesar de ignorar cómo sonaba el placer de una mujer porque únicamente se había dedicado a satisfacer el suyo, escuchando los voluptuosos suspiros de Azucena supo lo mucho que estaba disfrutando. La deleitosa receptividad de la doctora era la respuesta afirmativa a lo bien que iba su puesta en escena. Y animado por su excelente trabajo, los labios del consejero decidieron ampliar la función y comenzaron a subir por el cuerpo de ella, repartiendo besos por su abdomen y los alrededores.

En un acto irreflexivo y llevada por la pasión del momento, Azucena tiró del cabello de Yago hacia atrás. Lo hizo con sutileza, con la intención de que llegara a su boca porque se moría por besarlo, pero a él no le gustó ese insospechado tirón de pelo. Con cierta rabia Yago se irguió, con la misma que, disfrazándola de pasión, la besó y después le dio un empujón con el que la tumbó en la cama. Según la vio caer, la imaginó maniatada, revolviéndose, forcejeando... Del mismo modo que estaba su primera víctima, Alicia, alguien con quien Azucena compartía un gran parecido y que él no podía apartar de su pensamiento. El llanto y las palabras lastimeras de aquella joven hicieron eco en su cabeza: «*Suéltame, Yago, por favor. Déjame ya, no diré nada, pero no me hagas más daño, te lo ruego*». Sus ganas en ese momento por oír de nuevo ese tipo de vocablos quejumbrosos fueron inmensas. Tuvo que lidiar de forma encarnizada con sus deseos para no lanzarse a la doctora con esas ideas proliferando por su cerebro. Ella contempló el brillo deseoso y fulgurante de los ojos de Yago, y lo deseó poseyéndola hasta la saciedad. Pero él seguía de pie, parado, sin dejar de mirarla y respirando con agitación.

—Yago, ¿te ocurre algo? —preguntó, observándolo extrañada. Estaba petrificado.

—No —respondió de inmediato, borrando a Alicia de su cabeza—. Solo estoy admirando lo hermosa que eres, tu escultural cuerpo, tus maravillosas caderas, tus preciosos pechos... ¡Oh, eres tan bonita, Azucena! —exclamó, intentado apaciguar sus incontinentes e inmoderados pensamientos.

—Pues comprueba todo eso más de cerca, a ser posible encima de mí. — Le guiñó el ojo, sacando un lado travieso que muy pocas veces había utilizado. Pero Yago y su punto canalla de chico malo había ocasionado insomnio en su lujuria.

El consejero se desvistió deprisa y se acercó a Azucena con lentitud. De idéntica forma se tumbó sobre su cuerpo, sin parar de repetirse «*Despacio,*

despacio, despacio, puedes hacerlo...». Una vez más unieron sus bocas y se besaron de forma desatada. Las juguetonas manos de Azucena empezaron a perderse por el fibroso y musculado cuerpo de Yago; sin embargo, lo que a él le perdía eran sus fantasías, que no dejaban de sucederse en su mente. Veía grilletes con largas y pesadas cadenas sujetando a Azucena, gruesos eslabones de hierro encadenando sus manos al techo, los pies a un anclaje en el suelo, formando con su cuerpo una equis. Frente a él, totalmente desnuda, llorando, suplicando... y la fusta turnándose por su cuerpo, mandándola callar a golpe limpio. Reteniendo esa imagen, el consejero sujetó las traviesas manos de la doctora por las muñecas, con vigor, y las elevó por encima de su cabeza hasta inmovilizarla. La respiración de Azucena se aceleró vertiginosamente, de forma inexplicable le gustó la brusca manera de Yago haciéndose con su cuerpo. Aunque ella no podía imaginar lo que esa paralización suponía para él, y desde su ignorancia, dejó su cuerpo a disposición del consejero, que entró en ella sin demostrar la más mínima agresividad. Tan bien lo hizo, que se felicitó por lograrlo. Pero su felicidad precipitó a su fiereza y acometió a la doctora de manera avasalladora. Azucena perdió la respiración con esa forma de poseerla, que le gustó tanto como llegó a desconcertarla, una extraña combinación que por un instante la descentró del momento de arrebatada pasión.

Advirtiendo que la situación se le escapaba de las manos, Yago intentó controlarse una vez más y volvió a repetirse las mismas palabras: «*Despacio, despacio, despacio, puedes hacerlo...*», sin dejar de contemplar a Azucena, quien sintió temor ante su mirar. Sus ojos se alejaban de lo pícaro y lo candoroso, lo que estaba habituada a ver en él. Esa mirada estaba henchida de severidad, manchada de inmoralidad, casi pincelada de sadismo. Él observó la inquietud que se paseaba por las pupilas de la doctora, e intentó sonreír para distender los músculos de sus facciones y borrar todo atisbo de lo que reflejara su rostro. Azucena le devolvió una fugaz sonrisa y Yago emprendió un ritmo armonioso y constante, alejado de lo que él quería, deseaba y estaba acostumbrado. Aunque no dejó de sujetarla por las muñecas, de alguna manera necesitaba sentir que ejercía su poder. Y así, a la vez que el movimiento pélvico ascendía en la carrera por alcanzar el clímax, la presión en las muñecas de ella también lo hacía; y el dolor desdibujó al placer.

—Me haces daño, Yago, suéltame —se quejó.

—Lo siento —contestó al instante, parando el ritmo y liberando sus muñecas—. Perdón, no me he dado cuenta... Me pones muy nervioso. —Se escudó tras una mentira.

—¿Nervioso? —preguntó desconcertada.

—Sí —contestó serio.

Azucena observó la imagen severa de Yago, aunque por completo distinta a la vislumbrada segundos antes, y emitió una sutil sonrisa, más bien de incompreensión.

—Y sin risas, cariño —anunció él. Y emprendió de nuevo el acto, esta vez sujetándose a los gruesos barrotes de forja del cabecero de la cama y simulando placenteros gemidos.

Yago empleó tanta fuerza para refrenar su movimiento y contener a sus instintos que los nudillos de sus manos empezaron a empalidecer. Azucena, deshaciéndose entre tanto placer como recibía, admiraba el semblante de ese hombre que tanto le fascinaba, y la culminación sacudió su cuerpo de una forma que jamás había sentido. Pero el consejero no tenía la menor intención de llegar al fin con esa forma tan conservadora de practicar sexo, y su cabeza, aun sin permiso, fantaseó. Se imaginó girando a Azucena, sujetándole las manos a la espalda, igual que si fueran las riendas de un caballo, galopándola de forma fiera en medio de sus gritos de protesta debido al dolor. Con esa fantasía concluyó el peor orgasmo de su vida, pero al fin lo consiguió.

Sonriendo con un toque amargo, el consejero contempló a Azucena, pensando en todas las posibilidades que tenía su precioso cuerpo y él estaba desperdiciando. Se separó de ella y se dejó caer a plomo a su lado, agotado. En verdad, sus músculos habían trabajado más que nunca por la tensión de no poder relajarse.

—Ha sido alucinante, Yago —dijo Azucena con una sonrisa.

—¿De verdad te ha gustado? —preguntó, mirándola fijo.

—Sí, mucho, muchísimo. —Asintió—. Aunque debo reconocer que eres un poquito bruto, me has dejado las muñecas doloridas.

—Siento haberte hecho daño, no era mi intención —contestó acariciándole la mejilla, pensando que no tenía la menor idea de lo que era el dolor—. Ya te he dicho que me pones muy nervioso, eres tan guapa, tan perfecta...

—Me alegra gustarte tanto. —Lo besó.

—Me gustas de manera desmesurada, no puedes hacerte una idea.

—Pues me repito, me alegro. —Sonrió.

—¿Tienes hambre? —le preguntó, retirando un mechón de su cara hasta dejarlo detrás de la oreja.

—Un poco —contestó ella.

—Creo que tengo unas *pizzas* para hornear en la nevera, y también tengo vino. ¿Qué te parece?

—Que es una buena cena para una tercera cita. —Volvieron a besarse.

—Entonces bajemos y piquemos algo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Azucena se levantó a recoger su ropa. Entretanto, Yago comenzó a ponerse un bóxer sin dejar de contemplarla.

—Oye, Azucena, ¿por qué no te pones algo más cómodo para cenar? Por ejemplo una de mis camisas.

—Vale. —Asintió.

—Pues toma. —Le lanzó una azul clara que ella se puso al instante.

—¡Vaya! —exclamó—. Nunca me había puesto una camisa de hombre, pero parece que no me queda mal. —Se la abotonó sin dejar de observarse en el espejo.

—Te queda genial, mucho mejor que a mí, diosa de la hermosura. —Yago se acercó por detrás y la abrazó.

—Gracias, señor macizo —le dijo, admirando el reflejo del consejero en el espejo.

—¡Oh! ¿Me consideras un tío macizo? —preguntó su picarona sonrisa.

—Sabes que lo eres —contestó—. Y lo sabes porque no lo considero yo sola, sino muchas mujeres más. —Entrelazó sus brazos a los de él.

—Entonces, ¿solo sales conmigo porque soy un guaperas?

—Desde luego, ¿por qué otra razón si no? —bromeó.

—No sé, por mi inteligencia, mi simpatía, mi don de gentes... —La besó por el cuello.

—Tendré que verte más para valorar esas otras facetas de tu vida, de las cuales sé poco.

—Eso me parece perfecto —añadió mirando al espejo, viendo la imagen de ambos semidesnudos—. Y para empezar a conocerme más, ¿por qué no te quedas a dormir esta noche? Mañana, durante el desayuno, podemos hablar largo y tendido. Solo lo digo para que sacies tu curiosidad —ironizó, girándola para tenerla frente a él.

—No es mala idea. Podemos dormir, comer, hablar y saciarnos de más cosas —susurró pegada a sus labios.

—¡Uf! Parece que sí te ha gustado lo que acabamos de hacer, creo que quieres repetir.

—¿Y tú no?

—Estaría loco si no quisiera volver a tener tu cuerpo debajo del mío.

—Me has convencido, me quedo a dormir —afirmó, besando los sensuales labios de Yago.

—Pues vamos para abajo y cenemos algo, debemos coger fuerzas para lo que pueda venir después. —Le guiñó el ojo.

Con una jubilosa sonrisa, sobre todo por parte de Azucena, ambos abandonaron la habitación y bajaron a la cocina. Después de cenar regresaron a la habitación y ella entró en el baño a tomar una ducha. Yago la esperó en la cama, pensando en la contención tan grande a la que se había enfrentado, la misma que tendría que afrontar en breves minutos y que debería repetir en más de una ocasión y por un largo periodo de tiempo. Tumbado, meditó sobre ello, y sin saber por qué, se presentó en su mente la imagen de Jacob forzando a aquella joven y guapa muchacha en el bosque. La remembranza también trajo consigo la sensación que le produjo, cómo lo llevó a desear hacer algo parecido con una mujer. Asimismo, y de forma irremediable, apareció en su memoria el recuerdo de su abuelo.

Condado de Wiltshire, verano de 1985.

Aquel verano le había hecho descubrir cosas nuevas a Yago, pero no podía imaginar lo que aún le deparaba, un hecho que le marcaría para siempre. Una mañana, quedando una semana para concluir las vacaciones y regresar a Oviedo, Yago oyó discutir a sus abuelos. No sabía el motivo de la disputa, pero ambos se gritaban propinándose insultos muy feos. Su abuelo reprochaba a su mujer complicarle la vida, hasta maldijo la hora en que la conoció y se lamentó de no haberla dejado hacía ya tiempo. En medio de los gritos de su abuela, echándole en cara lo feliz que ella habría podido ser de no haberse casado con él, Bill se marchó malhumorado. Cerró la puerta con un golpe tan violento que la casa entera retumbó. Sin pensárselo un segundo, Yago bajó las escaleras corriendo.

—¿Adónde crees que vas, jovencito? —le preguntó su abuela cogiéndolo con fuerza del brazo, deteniéndolo.

—Con el abuelo, suéltame. —Se revolvió.

—¡Oh, de eso nada! —exclamó Doris—. Está a punto de ponerse a llover y no vas a ir a ningún lugar. No te preocupes por tu abuelo, regresará en breve, como siempre. —Sonó a reproche.

—Pues yo quiero ir con él y no pienso quedarme aquí. Se ha ido muy enfadado.

—Ya se le pasará. Tu abuelo es un viejo cascarrabias que ladra más que muerde.

—Mi abuelo no es ningún cascarrabias y he dicho que me voy con él. —Yago la desafió.

—Escúchame, Yago, he dicho que no vas a salir de aquí y no me repliques. Punto. —Levantó la voz, encarándose a él.

—¿Y eso por qué? —Alzó también el tono.

—Porque lo digo yo y se acabó —respondió su abuela enfurecida—. Lo que me faltaba, que un mocoso también quiera darme órdenes. Tira para arriba o a donde te dé la gana, pero no vas a salir de esta casa —resolvió, y miró por la ventana—. ¿Lo ves? Ya está lloviendo.

—Eres una marimandona y una entrometida, mujer tenías que ser —soltó con menosprecio, dejando a su abuela boquiabierta.

—Pero bueno, ¿y ese comentario tan machista?

—Es la verdad, lo dice Charles y hasta el abuelo. Las mujeres solo sabéis dar problemas a los hombres —aseguró.

—¿Cómo? No puedo creer lo que acabo de oír, como si los hombres fuerais angelitos —expresó perpleja.

—Los hombres somos mejores en todo, y más inteligentes que vosotras. Las mujeres sois el sexo débil.

—Mira, no te voy a soltar un bofetón porque jamás pegué a tu madre y no pienso hacerlo ahora contigo, pero no vuelvas a decir una cosa así en tu vida —avisó furiosa—. Los hombres y las mujeres somos personas, somos iguales.

—¡Ja, más quisierais! Los grandes nombres de la historia son de hombres, por algo será —declaró, dejando asomar su orgullo.

Doris, sin salir de su asombro y con un cabreo que le calaba hasta los tuétanos, gritó:

—Tira ahora mismo a tu cuarto y no bajas de él hasta que regrese tu abuelo.

Yago abrió la boca para replicar de nuevo.

—¡He dicho que te calles! —ordenó chillando más fuerte, sin darle tiempo a pronunciar—. Y cuando vuelva tu abuelo vamos a tener una charla los tres, jovencito. No voy a consentirte esa actitud tan sexista —concluyó.

—No pienso hablar nada contigo —voceó Yago, corriendo escaleras arriba para regresar a su habitación.

El abuelo de Yago no regresó en toda la mañana y Doris empezó a preocuparse, nunca sus enfados se perdían la hora de la comida. Llegando las cuatro de la tarde, el retraso de Bill la inquietó en exceso y decidió ir en busca de Charles, igual él sabía algo sobre su marido. Pero Charles no había visto a Bill a lo largo de la mañana, y a él también le preocupó que no hubiera aparecido en un día tan lluvioso, de modo que determinaron salir en su busca. Con la ayuda de Jacob, los tres se distribuyeron; Doris fue por el pueblo, Charles por la ladera del río y su hijo por las inmediaciones del bosque. Fue este último quien dio la voz de alarma al encontrar a Bill tendido en el suelo, empapado y semiinconsciente. Se encontraba a pocos metros de su casa, y

mientras Jacob y Charles lo acercaban a ella, Doris llamó a una ambulancia. Con toda urgencia, Bill fue trasladado al hospital, aunque poco se pudo hacer por él. Había sufrido un fuerte infarto y cuando quisieron tratarlo todos los medios fueron pocos.

Yago, que iba en el coche con Charles, detrás de la ambulancia, estaba desesperado; aunque esa angustia no sería nada para la que le deparaba. Cuando oyó las palabras del médico anunciando la fatídica noticia de la muerte de su abuelo, el corazón se le paró. Doris rompió a llorar con fuerza, rota, casi desfallecida, y Charles la arropó con un abrazo. Yago lloró desconsolado, destrozado, a gritos... Su ira se ensañó con el escaso mobiliario de la fría sala de espera, golpeándolo y pataleándolo. Su abuela se acercó a él para consolarlo, pero su nieto rechazó su calor y se encaró con ella.

—¡No me toques, tú has tenido la culpa! —chilló airado.

—Pero, Yago...

—¡Tú eres la culpable! —la interrumpió a voz en grito—. Tú no me has dejado ir con él. Mi abuelo está muerto porque tú no has querido que lo acompañase, y ni si quiera he podido despedirme de él. ¡Tú tienes la culpa, tú tienes la culpa! —repitió con saña.

Sin meditar, Doris soltó un bofetón a Yago empleando tanta fuerza y rabia que le ladeó la cara. No podía creer lo que estaba escuchando, las hirientes palabras con las que su nieto le atacaba. Yago no dijo nada, solo la sentenció con la mirada antes de salir corriendo. Se marchó de forma tan veloz que apenas se le vieron los pies. En la calle llovía, las nubes descargaban agua con el mismo vigor que los ojos de Yago derramaban lágrimas. El insistente eco de su mente no paraba de repetirle que su abuelo estaba muerto; la persona que él más quería había dejado este mundo, ya no estaría nunca a su lado, lo había perdido para siempre. Chilló sin parar, rasguñándose la garganta, y como un demente caminó una y otra vez haciendo el mismo recorrido, de una punta a otra de la puerta, trazando círculos, estirándose del cabello, blasfemando, maldiciendo... El dolor lo despedazaba, lo había abatido. Y viendo que no podía sostener el peso con que cargaba su cuerpo, se sentó en las escaleras que daban acceso al hospital y hundió la cabeza entre sus piernas. La fría lluvia lo calaba sin piedad pero a él poco le importaba. En ese momento solo necesitaba vaciar su sentir, el abrasador dolor que lo carcomía. Envuelto en un mar de lágrimas y empapado, permaneció allí por largo tiempo, hasta que unas enfermeras se percataron de su presencia. Cuando lo pasaron para dentro, Yago no opuso la menor resistencia, hacía rato que su consciencia lo había abandonado y estaba ausente de la realidad.

Los padres de Yago llegaron a tempranas horas del día siguiente. La tragedia había sido tan repentina e inesperada que Ingrid estaba rota de dolor, y sufriendo ese sentimiento acongojado era incapaz de consolar a su madre. Blas, el padre de Yago, intentó aliviar la pena que padecía su hijo aunque con nulo éxito. Durante aquel largo día Yago no habló, no comió, no bebió, ni siquiera se movió del lado del ataúd de su abuelo. Llegada la noche, su madre se acercó a él con la intención de hacerle reaccionar; debía salir de aquel estado vegetativo que había adquirido. Sin embargo, Ingrid no consiguió los resultados que esperaba, pues mientras intentaba animarle, Yago solo hizo una cosa: mirarla. La observó de forma fría durante largo tiempo, desesperándola, y ante la férrea insistencia de su progenitora para que hablara, al fin dijo:

—Tu madre tiene la culpa de que mi abuelo esté muerto. La odio —masticó la última palabra. Ingrid se quedó aterrada al escucharlo.

—Pero ¿qué dices, hijo? Nadie podía prever lo que ha sucedido. Cómo puedes verter esas palabras sobre la abuela y culparla —demandó consternada, sin comprender la dura acusación.

—Ella no me dejó ir con él, me lo prohibió. Si me hubiera permitido acompañarle el abuelo no hubiera estado solo, y se habría salvado. Ella tiene la culpa, y la odiaré mientras viva —reveló lleno de rabia.

—No digas eso, Yago, por favor —suplicó su madre.

—¡Es la verdad! —chilló, y todos callaron al oírle—. Ella es la culpable de la muerte de mi abuelo —dijo cargado de odio, señalándola con el dedo. Doris se embozó el rostro y lloró de forma desconsolada—. ¡Oh, deja ya de llorar! No finjas, mi abuelo te importaba una mierda. La pena es que no hayas muerto tú, ojalá que lo hagas pronto —concluyó con dureza.

—Yago, retira eso ahora mismo. —Ingrid habló llena de nervios y de incompreensión.

—No me da la gana, he dicho la verdad, la odio y deseo que muera —repitió, colmado de ira.

Sin pensarlo, su madre le soltó un bofetón, el primero que le daba en su vida. Lo hizo porque en ese instante no encontró otra fórmula para callarlo. Además, quería que ese golpe le sirviera de estímulo comprensivo y se diera cuenta de que sus palabras carecían de sentido.

Yago enderezó la cabeza y sentenciándola con la mirada dijo:

—Ojalá te mueras tú también, mujer del demonio. —Y salió corriendo ante el asombro de los presentes que no daban crédito a lo sucedido, mientras

por el rostro de Ingrid caían un par de lágrimas tan grandes como la pena que soportaba su alma.

Blas, perplejo por lo que acababa de ver y oír, fue tras su hijo. Estaba convencido de que cuanto había dicho era fruto del dolor por haber perdido a su abuelo, pero no lo pensaba ni sentía. Sin embargo, Yago no quiso darle explicaciones, aunque sí se aferró a los brazos que su padre le ofreció, sorprendiéndolo. Era la primera vez que Blas veía a su hijo de esa forma, fracturado y desvalido, desalojando un desgarrador llanto que no cesó durante horas.

El día del entierro quedó grabado a fuego en la memoria de Yago. Era un día lluvioso, triste y oscuro, tan tenebroso como él sentía su corazón. Además, en el cementerio reinaba un olor funesto que quedó adherido a su piel y lo acompañaría siempre: la fragancia de las flores que los rodeaban y que muchos portaban en sus manos, el aroma nauseabundo que ocasionaba el dolor de la pérdida de un ser querido. En medio del efluvio a muerte, mientras la tierra se tragaba el ataúd y el llanto de Yago no paraba de resbalarle por las mejillas, hizo una firme promesa a su abuelo. Le prometió que sería el mejor político de todos los tiempos por él, en su memoria; juró que su nombre pasaría a los libros de historia. Las mujeres comenzaron a arrojar las rosas sobre la caja de madera que acababa de tocar fondo, y Yago decidió enterrar con su abuelo aquel libro que los había unido tanto: «Manifiesto comunista». Durante unos segundos lo admiró, luego pasó su mano por la cubierta, acariciándolo, y en ese crítico instante la voz de Bill retumbó en su cabeza: *«Toma, Yago, te presto mi libro favorito. Espero que te lo leas y que me lo devuelvas el próximo verano. No me decepciones, sabes que eres mi gran esperanza»*. El llanto de Yago se desbordó ante el recuerdo y raudo cayó sobre la portada. Secó su rostro y la tapa del libro con la manga del abrigo, luego lo besó y, sin más tardanza, lo lanzó a la sepultura. Charles le palmeó la espalda mientras le decía «Bien hecho, muchacho». Yago no le contestó, ni siquiera le miró, tan solo ladeó la cabeza para ver a su abuela. Observándola con un absoluto desprecio se juró algo más: Doris pagaría por la muerte de su abuelo, él se encargaría de ello.

12

Azucena llegó al hospital con una sonrisa deslumbrante, producto del maravilloso fin de semana que había vivido junto a Yago. Fabián, al ver ese interminable gesto de felicidad en su rictus, supuso de inmediato por quién estaba producido. Con la deducción, su rabia se despertó poniendo sobre aviso a la indignación. Le dieron ganas de gritarle que era una ingenua que se estaba dejando engatusar por un sinvergüenza. Sin embargo, reteniendo a las palabras en la alambrada de su voz, intentó tranquilizarse y aplacó, o aparcó, su ira. Y lo hizo únicamente por una causa, porque sabía que si le decía a Azucena algo desfavorable sobre Yago terminaría perdiendo su amistad. Parecía que la doctora estaba obnubilada por el consejero, un tipejo engreído que sabía jugar sus cartas a la perfección y la había enamorado. Y el amor era lo que tenía, cuando te conquistaba cubría tus ojos con una tupida venda, a la par que conseguía que tus tímpanos dejaran de realizar su función. Por mucho que los demás viesan, por mucho que lo gritasen, la capacidad visual y auditiva del enamorado quedaba incapacitada. De sobra lo sabía él, lo había padecido en sus propias carnes. En su caso fue uno de sus mejores amigos quien le avisó sobre la falta de fidelidad por parte de su pareja; pero él nunca lo creyó, lo tachó de mentiroso y renegó de su amistad. Meses después, al conocer y degustar el amargo sabor producido por la traición, empezó a ver y a oír, y descubrió demasiado, más de lo que podía soportar su corazón. Su amigo no le había contado ni una ínfima parte de cuanto sabía, tan solo trató de abrirle los ojos intentando ocasionarle el menor daño. ¿Y qué hizo él? En agradecimiento lo despreció por contarle la verdad. Fabián sabía lo que era sufrir por amor y no deseaba que Azucena, la mujer por la que suspiraba, pasase por lo mismo; pero también sabía que si hablaba se la pondría en su contra. Por mucho que le molestase imaginar que Yago podría ocasionar ese tipo de herida en ella, una que aunque cicatrizase dejaría secuelas, tomó la

decisión de callar. Y haciendo de tripas corazón, se acercó hasta el inacabable estiramiento de los labios de Azucena.

—¡Hola, doctora Carbajal! Parece que ha tenido un buen fin de semana, su sonrisa la delata.

—¿Tanto se me nota? —preguntó sorprendida.

—Tanto —respondió tajante.

—Entonces no puedo mentir, al menos no a ti. En realidad he disfrutado de un fin de semana maravilloso. —Ensanchó más sus comisuras ante el recuerdo.

—Con Yago, ¿verdad? —inquirió sin planteárselo.

—Sí, con él. ¿Algún problema? —Azucena, de inmediato, se puso a la defensiva.

—Ninguno, Azucena, ninguno —repuso Fabián con rapidez ante su repentino cambio de carácter—. Me alegro por ti, me alegra verte tan feliz, de veras.

La mirada de Azucena descendió unos segundos con cierta vergüenza.

—Perdón, no quería hablarte de esa forma —se lamentó—. Pensé que ibas a volver a echarme un sermón.

—No pienso decir nada más sobre ese tema. Tú eres una mujer inteligente y sabrás perfectamente lo que haces y con quién.

—Gracias, es lo único que deseaba oírte decir. —Alzó la vista de nuevo.

—Es lo único que me escucharás —aseguró—. Soy tu amigo, y quiero seguir siéndolo.

—Y eres el mejor amigo, Fabián, de eso estoy convencida.

—Ahora soy yo el que se alegra de oír eso —enunció disimulando su amarga decepción, mientras sentía que el corazón se le desquebrajaba.

—Pues, reconduciendo la conversación hasta el principio, ha sido un fin de semana fantástico —anunció ella, feliz—. Yago me llevó al teatro y luego a su casa, no he salido de allí hasta ayer por la tarde.

—Tampoco hace falta que me des los detalles, puedo hacerme una idea —respondió esforzando una falsa sonrisa, entretanto su roto corazón se hacía *el haraquiri* al comprender que se había acostado con Yago.

—No pensaba dártelos, ni a ti ni a nadie. Lo que ocurrió entre esas paredes tan solo es cosa de Yago y mía, de nadie más —advirtió, aunque sin ningún tipo de acritud.

—Me parece perfecto. —Asintió Fabián, fingiendo de manera sobrehumana. Y aun sufriendo el gran escozor de no ser correspondido, le era inevitable querer saber hasta dónde llegaba el enamoramiento de su amada, y

prosiguió tentando en su dolor—. Deduzco que lo vuestro va mejor que bien y vais a seguir viéndoos.

—Exacto —contestó ella—. Aunque ahora mismo no sabemos cuándo podremos tener otra cita. Entre diario él lo tiene complicado y yo este fin de semana me voy a Gijón, tengo la habitual reunión con mi familia, ¿recuerdas?

—Sí, no lo he olvidado —aseveró.

—Más te vale no olvidarlo para cuadrar bien el cuadrante de guardias, valga la redundancia. Necesito volver a tener libre este fin de semana, por favor. Ya sabes que no me importa trabajar más horas de lunes a viernes.

—Ya veré cómo lo cuadro. Pero no te preocupes, tendrás libre sábado y domingo —afirmó.

—Muchas gracias, eres un sol, Fabián. —Le regaló una sonrisa. A continuación, y sin que él lo esperase, le dio un beso en la mejilla.

—¡Caray, qué agradecida! —exclamó en medio de un impetuoso anhelo, muriéndose por saborear la ambrosía que escondía en su boca.

—Es lo mínimo, lo mereces. Y ahora pongámonos manos a la obra. ¡A trabajar se ha dicho, doctor Escudero! —manifestó, y ambos se encaminaron por el largo pasillo que conducía a los boxes de urgencias.

Por el camino, Fabián deseó que el consejero desapareciera y la normalidad retornase a sus vidas, suplicó porque llegase un día en el que los besos de Azucena dejasen de deambular por la deriva de sus labios y por fin tomasen puerto en su boca. De pronto, ahondó tanto en sí mismo que dejó de escuchar la dulce voz de Azucena para reflexionar sobre lo imbécil que había sido por callarle sus sentimientos. Él no solo pretendía ser su amigo, anhelaba ser el hombre de su vida, la persona por la que ella respirase, el único al que entregase sus sueños, alegrías, tristezas... Hacía tiempo que le tenía que haber confesado su amor, pero no lo había hecho. Ahora era consciente de que había perdido ese tren, pues Yago llegó a la estación mucho después que él pero se montó sin pensárselo dos veces, sin ningún miramiento, sin desaprovechar la ocasión como estúpidamente había hecho él. Meditándolo, suspiró con amargura; con tanta que el aire le ocasionó dolor en el pecho. Aun así, con la laceración quemándole las entrañas, siguió analizando la situación, pero desde otro punto, o sobre la otra parte: Yago. Pensó que él apenas lo había tratado para poder juzgarle, solo conocía lo mismo que la gran mayoría debido a ser *vox populi*: hombre atractivo, maduro, bien cuidado, soltero, con alma de donjuán y con un buen *status* social. No obstante, con lo poco que había visto le bastaba para comprender que se comportaba como un dandi, aunque también sabía que no era su porte elegante ni sus buenos modales lo que en

grado superior seducía a las mujeres. Lo que el consejero despertaba en casi todas ellas era una cierta lujuria, incluso una especie de morbo, lo había comprobado en primera persona el día que visitó el hospital. Además, poseía algo muy importante al estar metido en política: poder. Y el poder era la llave maestra que abría todas las puertas, y lo que a muchas fascinaba, si bien él estaba seguro de que esas cualidades no eran las que habían deslumbrado a Azucena. Ella era una mujer que buscaba otro tipo de virtudes, unas que no venían dadas por tener dinero, ni una alta posición, ni siquiera inculcadas; la doctora requería de unos valores más bien innatos. Y por muy increíble que a él le resultara, parecía que ella estaba convencida de haberlos hallado en Yago. Así que después de comprender que había desaprovechado su oportunidad y a esas alturas ya no podía enmendar su error, a Fabián solo le quedó un camino: asumir. De golpe entendió que a partir de ahora solo podía aspirar a ser el amigo de Azucena, y por muy duro que fuera, debía soportarlo y conformarse con la situación. Debía asimilarla y digerirla. Debía hacerlo y empezar a vivir su vida de una vez. Simplemente debía, aunque no le apeteciera, no lo quisiera y lo creyera imposible de lograr.

13

Desde que Azucena y sus hermanos se independizaron y se alejaron del hogar familiar, sus padres acordaron con ellos que un fin de semana al mes, y con punto de encuentro en la casa patriarcal, la familia se reuniría al completo. Los hermanos Carbajal vivían muy alejados los unos de los otros, aunque su relación era de lo más cercana pese a los muchos kilómetros que los separaban. Nicolás, el hermano de Azucena, junto a su mujer, Eztizen, llevaban viviendo un par de años en Madrid. Se trasladaron a esa ciudad por motivos de trabajo, por la oportunidad de asociarse al bufete de unos amigos, pues los dos eran abogados. Nicolás era un hombre de físico normal, con el pelo castaño entrado en canas, de nariz aguileña, robusto de cuerpo y mesurado de temperamento. En verdad, era calcado a su padre, Simón Carbajal. Eztizen era natural de Bilbao, una mujer con cara y cuerpo de muñeca, de complexión menuda y con un fuerte carácter digno del norte de España. Era todo lo contrario a su marido, sin embargo, se complementaban a la perfección.

Covadonga era la benjamina de la casa y la que más alejada estaba del calor familiar. De hecho, ni siquiera vivía en el mismo país, ella residía en Alemania. Llevaba trabajando algo más de un año allí, y nunca había tenido problemas para viajar el fin de semana señalado por la familia, hasta el mes anterior, que le fue imposible, y parecía que en esta ocasión ocurría ídem de lo mismo. La familia comenzaba a echarla mucho de menos, Covadonga era el alma de la casa, una mujer extremadamente divertida y abierta con la que Eztizen no paraba de reír. A Azucena le divertía tanto como llegaba a exasperarla, porque a pesar de compartir un físico muy parecido, morenas, de ojos verdes, cutis de porcelana y cuerpos esbeltos pero bien curvados, en el carácter eran del todo opuestas. Ambas, físicamente, eran fotocopias de su madre, Matilde Arango, pero Azucena llevaba en vena la moderación de su padre y por Covadonga corría la espontaneidad de su progenitora. Además, a

Azucena lo que más le molestaba de su hermana era la fea costumbre que tenía de meterse en su vida, insistiendo en que se divirtiera más, disfrutara a tope, se desmelenase de una vez... algo que Covadonga llevaba poniendo en práctica toda su vida. Azucena la quería mucho, pero no llevaba nada bien que su hermana pequeña le aconsejase con los hombres, y menos en temas de cama. Aunque debía reconocer que a pesar de que Covadonga tenía cinco años menos que ella, su bagaje en ese tema era mayor que el suyo, con amplia diferencia.

Cuando Azucena llegó el sábado a casa de sus padres, a la preciosa vivienda con vistas a la playa de San Lorenzo, en Gijón, su hermano Nicolás y su cuñada Eztizen ya estaban allí. Su automóvil, aparcado casi en la puerta de la entrada a la casa, se lo hizo saber. Antes de llamar al timbre de la puerta, Azucena sacó el móvil para enviar un whatsapp a Yago. Quería decirle que ya había llegado, algo que él mismo le había insistido que hiciera. El chat le indicó que estaba en línea en ese mismo momento, e imaginó que vería el mensaje al segundo.

Acabo de llegar a Gijón, todo bien. Aunque tengo muchas ganas de verte de nuevo.

11:47

Azucena observó que el consejero ya estaba escribiendo la respuesta, y esperó a que entrase en el móvil.

Me alegro. Disfruta del fin de semana. Y si te sirve de consuelo, yo también tengo muchas ganas de volver a verte. Estaré fuera de Oviedo, acompaño a Manzanedo a un mitin del partido. Hablamos.

11:48

En ese preciso instante su madre salía por la puerta que daba al pequeño jardín que vestía la entrada, y vio a su hija tras la baja puerta metálica, con el móvil en la mano.

—¡Azucena, cariño! ¡Ya estás aquí! —exclamó, saliendo rauda a abrir.

—¡Hola, mamá, qué ganas de verte! —Ambas se fundieron en un abrazo.

—Has tardado más de lo habitual, nos tenías preocupados. Tu hermano estaba a punto de llamarte.

—Acabé mi turno en el hospital a las siete de la mañana y necesitaba descansar unas cuantas horas antes de coger el coche. Ya sé que solo es media hora de camino, pero no quería dormirme conduciendo.

—Pero ¿no me dijiste que acababas a medianoche?

—Sí, pero hubo cambios en el último momento y entré más tarde, con la consecuencia natural de alargar la hora de mi salida.

—Bueno, ya da igual, estás aquí. Y guarda ese móvil —le regañó—. No

quiero que estés descentrada con él, ya sabes lo que prima a lo largo de este fin de semana.

—Lo sé, mamá, la familia y la desconexión —dijo, guardando el teléfono.

—Exacto. Muy bien. ¡Anda, pasemos para dentro! —enunció, cerrando de nuevo la pequeña puerta.

El primero en saludar a Azucena fue su padre. Un beso en la frente al que se sumó un largo y cálido abrazo fue el recibimiento por parte de Simón. Azucena se obligó a contener su emoción, como casi siempre le ocurría al sentir la que embargaba a su padre en ese momento en que la estrechaba a su pecho. Apelando a la calma emocional, Simón se apartó de ella, le acarició la cara y la miró lleno de orgullo.

—Cada día estás más guapa, cariño —habló con voz temblorosa.

—Y tú cada vez más sensible, papá.

—Será la edad.

—Será —afirmó Azucena.

—Bueno, bueno, bueno —expresó Nicolás en tono calmado—. ¿A quién tenemos aquí? —preguntó bromeando, acercándose a Azucena.

—No sé, ¿a lo mejor a tu hermana?

—Quizás a un cerebritito brillante que resulta ser mi hermana. —Sonrió, y se dieron un abrazo y dos besos.

—¡Oye! Estás algo más delgado —aseguró Azucena.

—Ves cómo eres brillante. Solo tú podrías haberme notado los cuatro kilos que he perdido. Papá y mamá no han dicho nada al respecto —les reprochó.

—Porque no los apreciamos, te sobran aún quince más —soltó su madre.

—¡Eh! Ese es un golpe bajo, mamá —afirmó Azucena.

—Muy bajo —recalcó Nicolás.

—Sabes que bromea, mi amor, ¿aún no conoces a tu madre? —preguntó Eztizen, que llegaba en ese momento al salón—. ¡Hola, cuñadita! —exclamó feliz, y Azucena y ella se dieron dos besos.

—¿Era broma, mamá? —inquirió Nicolás.

—Pues claro, hijo —respondió en tono de queja al ver que no entendía la ironía de sus palabras.

—Desde luego, parece mentira que tu mujer conozca mejor a tu madre que tú —añadió su padre.

—Sigues siendo un pardillo con mamá. Te toma el pelo y siempre caes en sus bromas —explicó Azucena.

—¡Anda, qué graciosa! —replicó Nicolás—. Si la primera que se ha quejado por meterse conmigo has sido tú.

—Yo solo le estaba siguiendo la broma, memo —habló burlona.

—Déjalo, Azucena, tu hermano es un inocentón que nunca sabe cuándo se quedan con él y a sus treinta y seis años ya no tiene solución. Aunque quizá sea eso lo que haga que le quiera tanto —declaró Eztizen mirándolo, Nicolás sonrió—. ¿Y cómo te va todo, cuñadita? —le preguntó.

—Bien, todo va bien, como siempre —respondió ella, encogiéndose de hombros.

—Mentira, sale con un hombre —advirtió su madre, sin venir ni a cuento.

—¡Mamá! —protestó Azucena.

—¿Cómo? ¿No pensabas contárnoslo? —Eztizen la miró con los ojos totalmente abiertos.

—Lo siento, cariño, pero si tenemos que esperar a que tú lo digas tu hermano y Eztizen ya se habrán marchado a Bilbao. Recuerda que solo pasan el sábado con nosotros, tu cuñada también tiene que ver a su familia, y ellos son los únicos que quedan por saberlo.

—¿Covi también lo sabe? —preguntó asombrada su nuera.

—Covi fue la que me lo dijo a mí, Eztizen, no creas que lo hizo Azucena. —El tono de Matilde sonó a reproche.

—¡Mamá, ya! —espetó—. No hagas eso, sabes que no lo soporto.

—¿El qué? ¿Decir la verdad?

—No, hablar delante de mí como si yo no estuviera. Estoy aquí y puedo contar las cosas, tengo boca para hacerlo —se quejó.

—Pues por qué no empiezas, hija —dijo su madre, sentándose.

A continuación, todos los demás también se sentaron, expectantes a la espera de su explicación.

—Está bien, estoy saliendo con un hombre —reveló—. No sé aún hasta dónde llegaremos, tan solo nos estamos conociendo. Pero me gusta, me gusta mucho. —Sus labios se estiraron hasta el extremo.

—¡Oh, te gusta bastante! —exclamó su madre con júbilo—. Vaya una sonrisa acaba de sacarte ese hombre.

—¡Ya te digo! —afirmó Eztizen.

—Os lo acabo de decir, ¿no me habéis escuchado? Me gusta mucho. —Asintió, sin dejar de sonreír.

—Pues ya está. Dejad a mi niña en paz, ya ha confesado —dijo su padre con cierta ironía.

—Gracias, papá.

—De nada, cariño.

—¡Ah, no! Lleva mucho sin salir con un hombre y tiene que contarnos todo. ¿Quién es? ¿Cómo se llama? ¿Tienes una foto de él? —preguntó de seguido su cuñada.

Justo cuando Azucena estaba a punto de contestar, el timbre de la puerta sonó.

—¡Jolines! ¿Quién será el inoportuno? —protestó su madre, levantándose para ir a abrir.

—¿Sabes que a esto se le llama acoso? —demandó Nicolás a su mujer, guiñando un ojo a su hermana.

—Cariño, soy abogada igual que tú y esto no es acoso, tan solo curiosidad familiar —le respondió Eztizen.

—Azucena, si te sientes hostigada puedes solicitar mis servicios, te haré un buen descuento por ser mi hermana —bromeó.

—Muchas gracias, Nicolás, lo tendré en cuenta. —Le lanzó un beso.

—¡Ehhh! ¡Yuju! ¿Me he perdido algo o llego a tiempo? —preguntó Covadonga, entrando al salón como una exhalación.

—¡Pero, hija, has venido! —Su padre se lanzó a sus brazos a la vez que en el habitáculo solo se escuchó una palabra teñida de asombro—: ¡¡¡Covi!!!

—Sí, cariño, la alemana al fin se ha dejado caer por aquí —explicó su madre, dirigiéndose a su marido.

—Sí, familia, he podido escaparme de los germanos. —Se echó a reír—. Y no he querido avisaros, quería sorprenderos, así que he cogido un taxi desde el aeropuerto para llegar aquí.

—Y lo has conseguido, nos has dejado a todos boquiabiertos —añadió su hermano, acercándose a ella y dándole una calurosa bienvenida. De seguido lo hizo Eztizen, por último Azucena.

Una vez los ánimos se sosegaron y la euforia del momento se relajó, todos se sentaron y comenzaron a escuchar la extensa explicación de Covadonga sobre cuanto había tenido que remover para poder acudir al encuentro familiar. Posteriormente bromearon los unos con los otros, como solía ser su costumbre, y contaron alguna que otra anécdota transcurrida durante los treinta días que no se habían visto, en el caso de Covadonga sesenta; y la charla se alargó hasta el fin de la comida.

Nicolás, con la tripa llena, decidió echar una cabezadita, algo que solo disfrutaba los fines de semana y que apreciaba mucho, y se subió a la habitación. Simón, el patriarca de la familia, creyó que era buena idea y también se marchó a su habitación a descansar el cuerpo y la vista. Mientras

Matilde recogía todo, mandó a sus hijas y nuera al jardín, a sentarse y relajarse, luego se uniría a ellas. Con una taza de humeante café en las manos y unas sonrisas en los labios, además de un cigarrillo en los de Eztizen, las tres tomaron la entrada ajardinada de la casa, decorada con una mesa redonda rodeada de sillas. Y Eztizen, sin más dilación, retomó la conversación que se había desvanecido ante la imprevista llegada de Covadonga.

—A ver, cuñadita, deja de hacerte la tonta y desembucha. Porque como se suele decir, te has salvado por la campana, por la llegada de Covi. Pero ahora, que además estamos las tres solas, quiero que nos digas de una vez quién es ese hombre con el que sales, que nos muestres una foto y que nos des todos los detalles.

—¿Ya se lo has dicho a la familia? —preguntó Covadonga a su hermana.

—No, tú se lo has dicho —contestó molesta.

—¡Oye, yo solo se lo dije a mamá! —protestó.

—¿Y acaso eso no es lo mismo? Ella se lo dijo a papá, y esta mañana a Nicolás y Eztizen, delante de mí, como si yo no estuviera y no pudiera decirlo.

—¡Eh!, da igual quién lo haya dicho, ya lo sabemos. ¡No te vayas por las ramas y habla! —exigió su cuñada.

—Vale, está bien, os hablaré de él. —Azucena emitió un suspiro de resignación.

—¡Eso, eso, cuenta, cuenta! —exclamó Covadonga, exaltada.

—Es un hombre muy guapo, seductor, atractivo, *sexy*, inteligente, perspicaz, simpático, divertido...

—Entonces está claro que no es Fabián —manifestó Eztizen, interrumpiéndola—. No me malinterpretes, Azucena, no quiero decir que Fabián no sea atractivo e inteligente, pero las palabras *sexy* y seductor no encajan en su descripción.

—¡Claro que no es Fabián! —aseguró ella.

—No, no lo es. Eso ya lo sabía yo —apostilló Covadonga.

—¿Por qué has dado por hecho que tenía que ser Fabián? —preguntó Azucena a su cuñada.

—Hombre, porque nos hablas de él, le has traído alguna vez aquí y parecía gustarte. Yo creía que terminaríais saliendo juntos, incluso alguna vez se lo he comentado a tu hermano.

—Y me gusta, es un hombre atractivo con muchas cualidades —añadió—. Pero no es buena idea mezclar el trabajo con los sentimientos. Ya lo hice en una ocasión, ¿lo recordáis? Salí con uno de mis compañeros, Pedro, y el

asunto terminó mal. —Zarandeo la cabeza—. Desde que lo dejé no ha vuelto a dirigirme la palabra, y mucho menos a mirarme a la cara. Lo último que deseo es perder la amistad de Fabián, lo aprecio mucho, le tengo bastante cariño, es un hombre muy especial para mí y no quiero perder lo que tengo con él. Es una persona que siempre sabe escucharme y aconsejarme, a veces parece conocerme mejor que yo.

—¡Joder, Azu! —Covadonga silbó—. Después de escucharte decir todo eso a mí me parece que Fabián también te hace tilín.

—La verdad que lo parece —corroboró Eztizen.

—Pues no, os equivocáis las dos por completo. Ahora me siento atraída por otro hombre, tremendamente atraída. —Sonrió pensando en él—. Es tan guapo, seductor, atractivo, *sexy*, inteligente, perspicaz, simpático, divertido...

—¡Alto, alto, alto! —volvió a interrumpirla su cuñada—. Coño, Azucena, es la segunda vez que repites lo mismo, y perdona que te diga, pero estás describiendo al hombre perfecto, y ese no existe. Algún fallo tendrá el guaperas ese que tan obnubilada te tiene.

—Eso digo yo también —confirmó Covadonga—. A ver, ¿hasta dónde has llegado con él?

—¿Cómo que hasta dónde he llegado?

—Sí, sabes de lo que hablo, no te hagas la ingenua. ¿Os habéis acostado ya? —preguntó su hermana.

—¡Covi, qué cosas preguntas! —Azucena la miró sorprendida.

—Tan solo cosas normales, Azu. De modo que no te rasgues las vestiduras y contesta, ¿lo has hecho con él o no?

—Sí, nos hemos acostado, ¿contenta? —respondió algo malhumorada.

—¿Y cómo es en la cama? ¿Es bueno? ¿Tiene experiencia? ¿Está bien dotado?

—¡Pero, Covi! —la reprendió, aunque más con la mirada que con la propia palabra.

—Oye, hermana, tan solo trato de buscar los fallos de ese tío que parece tenerte coladita, nada más. Porque tiene que tenerlos, Eztizen no ha dicho ninguna mentira, no existe nadie perfecto. Y ahora, responde de una vez a mis preguntas.

—Eso, responde —reclamó Eztizen.

—¿Me estáis interrogando? —preguntó Azucena perpleja.

—¡¡¡Sí!!! —contestaron en voz alta, al unísono las dos.

—Desde luego yo alucino con vosotras... —Resopló, callando unos segundos.

—¡Habla! —le suplicó la voz de Eztizen.

—¡Eso, habla ya! Estamos entre mujeres, Azu —añadió su hermana, en tono de disconformidad por su silencio.

—Vale, me ha quedado claro, sois dos contra una, tendré que rendirme, ¡qué remedio!

—¡Desembucha de una vez, joder, hermanita!

—Sí, es bueno en la cama. Sí, tiene experiencia, mucha. Sí, está muy bien dotado. Es increíble, tan solo eso. ¿Satisfechas? —preguntó, mirándolas seria.

—Bueno, tu manera casi telegráfica de contar los hechos deja mucho que desear, pero debo admitir que ha contestado a todas mis preguntas. Así que vale, es el hombre perfecto —admitió Covadonga.

—¡Covi!, ¿qué leches dices? ¡No existe el tío perfecto y todas lo sabemos! —siseó Eztizen—. Una de dos, o la está engañando o Azucena nos oculta algo.

—Lo sé. Tan solo estaba esperando a ver si de *motu proprio* suelta las cosas. Pero veo que, como siempre, a mi hermana hay que sonsacárselas. ¿Qué nos estás ocultando, Azu? —canturreó con desaprobación.

El rostro de Azucena marcó un mohín mientras observaba las caras de perro de su hermana y cuñada.

—Bueno, hay algo...

—¡Lo sabía! —replicó su cuñada, interrumpiéndola por tercera vez—. Sabía que había algo que omitía.

—Sí, lo confieso, hay una parte, que aunque no es mala, me gusta menos. Simplemente se trata de su profesión.

—¿¿¿Su profesión??? —preguntaron Eztizen y Covadonga a la par.

—¿A qué se dedica? —interpeló a reglón seguido su hermana.

—Es político —concluyó Azucena.

—¡¡¡Político!!! —Repitieron de nuevo a la vez.

—¿Pero qué clase de político? ¿Un político del montón o uno conocido? —preguntó rápidamente Covadonga.

—Uno conocido. Al menos en el Principado, en su Parlamento.

—¿Es un vejestorio? ¿Te has enrollado con un fósil de esos? —Su hermana se quedó turbada mirándola y Eztizen no era capaz de articular palabra.

—¡¡¡No!!! ¡Claro que no! Tan solo me lleva ocho años, bueno, ni llega. Aún tiene treinta y nueve.

—¡Madre mía! ¿No me digas que sales con quien yo creo? ¿No me digas que es ese macizo que está al cargo de la Consejería de Sanidad? —interpeló

su cuñada con entusiasmo y perplejidad.

—¿Quién? ¿Quién es ese? —preguntó Covadonga, perdida.

—Un tal Junquera —respondió Eztizen con celeridad—. No recuerdo su nombre, solo su cara.

—Yago. Se llama Yago Junquera Miller —respondió Azucena.

—¿Sales con ese pedazo de tío bueno? ¿Bromeas? —Eztizen la miró boquiabierta.

—No, no bromeo. Estamos viéndonos.

—¡Joder, Azucena, ese tío está para comérselo! ¡Es todo un bombón! ¡Más que eso todavía! Despierta todas mis fantasías, todas sin excepción. Y no solo las mías, sino las de muchas más mujeres. ¡Si ya me estoy sofocando! —Se mordió el labio inferior.

—¡Eh, oye, para, que estás casada con mi hermano! —Covadonga la reprendió, observándola desconcertada por su desconocida conducta encaminada al libertinaje y extraña en ella.

—Y con el mío —añadió Azucena, contemplando confusa a su cuñada—. Además de estar hablando del hombre con el que salgo. Sosiégate un poquito, Eztizen. —Su tono sonó a regañina.

—Perdonadme las dos y no os molestéis —repuso Eztizen veloz—. Yo quiero mucho a Nicolás, muchísimo, de veras, pero a veces la mente puede fantasear con otro tío, eso no es un engaño. Sin embargo, ahora que sé que estás saliendo con él, siento que la mía lo haya hecho alguna que otra vez con ese hombre. ¡Pero es que está de muerte, joder! —Volvió a morderse el labio.

—Y encima ahora que sabes que es bueno en la cama y que está bien dotado va a resultarte una tortura no poder fantasear más con él. Porque tendrás que dejar de hacerlo aunque comiences a verlo asiduamente, quizá se convierta en tu cuñado. Corrijo, en nuestro cuñado —matizó Covadonga, con una amplia sonrisa.

—No corras tanto, Covi, tan solo nos hemos visto tres veces, nada más.

—Y nada menos. Porque con esas tres veces ya te tiene muy pillada, ¡reconócelo!

—Sí, de acuerdo, lo reconozco. No puedo sacármelo un momento de la cabeza. Estoy deseando verle de nuevo. —Azucena suspiró con fuerza.

—¡Oh, el amor, qué bonito! —exclamó Covadonga entre risas.

—Y hacer el amor con un tío así de bueno, ¡oh, qué bonito! —exclamó Eztizen con énfasis, y las tres se echaron a reír sin parar.

Su madre, con una taza de café en la mano, salió al jardín en el conciso instante en que las risas no paraban de aflorar por boca de todas ellas.

—¿Qué me he perdido? ¿Contadme el chiste, por favor? —demandó Matilde de inmediato.

—Mamá, siéntate y escucha atenta cuanto tiene que contarte tu hija mediana. —Covadonga, con una gran sonrisa en los labios, miró a su hermana para que comenzara a hablar.

Azucena, tras tomar una gran bocanada de aire, le contó a su madre con quién estaba saliendo, algo que la dejó sorprendida. Matilde conocía a Yago por haberlo visto alguna que otra vez en la televisión local o en los periódicos. A ella también le parecía un hombre muy apuesto, e incluso sentía una cierta admiración por él. Lo consideraba uno de los pocos políticos con buenas ideas y honrado, algo difícil de lograr en los tiempos que corrían. En la actualidad, la política se había convertido en una manzana podrida plagada de gusanos.

Los hombres de la casa, ya levantados de su siesta, también terminaron haciéndose partícipes de la charla, también se quedaron sorprendidos al conocer con quién salía Azucena y también valoraron de forma positiva la imagen de Yago como político. Con Yago como foco de conversación, la tarde transcurrió muy amena. Y desde ese casi veraniego día, toda la familia de Azucena puso nombre y rostro al hombre con quien se estaba viendo y por el que sonreía.

* * * *

Cuando Yago llegó a Santander junto a Manzanedo entendió que ese fin de semana supondría un antes y un después para él, le abriría la puerta que llevaba tiempo buscando. No podía dejar de pensar en su abuelo, en lo feliz que le haría verle allí, en lo ilusionado que estaría si supiera lo que había alcanzado y hasta dónde pensaba llegar. Mientras entraban en la sede del partido, y sin dejar de estrechar manos y de saludar a gente, lo imaginó sonriéndole, animándolo como siempre solía hacer. En su cabeza empezaron a retumbar las palabras que más le repetía: «*Eres mi gran esperanza, Yago, estoy seguro que tu nombre pasará a la historia*». Y no le iba a faltar empeño para alcanzar su objetivo, llevaba años proponiéndoselo y empezó a ver los primeros frutos en la universidad. Haría lo que fuera necesario para no defraudar a su abuelo, nada ni nadie le haría incumplir su palabra. Entrando en el salón de actos Yago ocupó su lugar, y acomodado en el asiento, comenzó a recordar su etapa en la facultad.

Oviedo, primavera de 1995.

Yago estudiaba el cuarto año de la carrera de Ciencias Políticas y se había convertido en un increíble orador que seducía a las masas. Era un hombre con mucho carisma, ambicioso y con una promesa que cumplir a su difunto abuelo: llegar a ser el presidente del país. Por eso, hacía años que se había hecho militante de un partido y practicante activo en política. Pero si quería medrar en ese mundo para lograr su propósito, necesitaba conocer a alguien con influencias. Para tal acción utilizó a uno de sus catedráticos, aunque no a uno cualquiera, sino al de mayor prestigio. El mismo al que había ido ganándose día a día hasta conseguir ayudarlo en sus seminarios, trabajar a tiempo parcial haciendo de su secretario, un empleo que le servía para poder mantener su independencia. Con la confianza que ofrecía la cercanía de ser alumno y empleado, Yago no paró de hablar a Manuel Daganzo, eminencia en Ciencias Políticas, de Felipe Manzanedo, en aquel momento alcalde de Oviedo. Si bien eran muchas las voces que apuntaban y sugerían, incluida la del propio catedrático, que en un futuro Manzanedo se convertiría en el presidente del Principado de Asturias. Yago no dejó de comentar a diario cuanto le gustaría conocerle, lo mucho que admiraba sus ideas políticas y la gran labor que estaba desempeñando en el ayuntamiento de la capital asturiana. Supo tejer su plan a la perfección y eso terminó dando sus frutos, tal y como él esperaba.

Un jueves soleado de primeros del mes de mayo, Felipe Manzanedo, junto a otro grupo de políticos, fueron invitados por Daganzo a dar una conferencia en la universidad. Yago era el encargado de abrir el acto, y había confeccionado un discurso sobre políticas económicas con el que estaba convencido de dejar a todos boquiabiertos. Así fue, no sé equivoco. Al terminar su oratoria, Manzanedo se levantó de su asiento y se partió las palmas de las manos aplaudiendo. Le había parecido un discurso brillante,

soberbio. Aunque no fue el único que vitoreó a Yago, toda la sala en pleno lo hizo, y él se creció como nunca. Sabía que había abierto el camino para meterse a Manzanedo en el bolsillo. Era la persona que más le interesaba ganarse, un hombre de gran peso político dentro del partido, alguien que de tenerlo de su lado le respaldaría de pleno y podía abrirle las puertas de lo que él en verdad buscaba.

Cuando la conferencia acabó, Manzanedo estaba deseoso de hablar con Yago, de conocer a ese joven que hablaba con tanta pasión de la política, que tenía unas firmes y regeneradoras ideas, con muchísimas aspiraciones y un derroche de carisma abrumador. Lo había fascinado, casi hipnotizado, era un hombre con auténtico carácter de líder, alguien que su partido no debía desaprovechar. A Daganzo, conocedor de cuánto admiraba su alumno a Manzanedo, le faltó tiempo para presentarlos. Entonces ninguno lo sabía ni lo podía imaginar, pero Felipe Manzanedo se convertiría en la persona que más ayudaría a Yago a alcanzar su meta, en el propulsor de su carrera política.

—Hola, señor Manzanedo, encantado de conocerlo —dijo Yago estrechando su mano con él—. Es todo un honor, lo admiro mucho.

—Entonces la admiración es recíproca, porque vaya discurso. —Silbó—. Eres un gran orador. Mira, me has dejado así. —Manzanedo permaneció con la boca abierta unos segundos.

—Muchas gracias, señor —anunció Yago conteniendo su alegría.

—Has dejado el listón tan alto que ninguno de los conferenciantes, incluido yo el primero, hemos sido capaces de estar a tu altura.

—Viniendo de usted esas palabras son un gran halago, señor Manzanedo. —Sonrió henchido de satisfacción, no pudo ocultarla más.

—¡Oh, tutéame, hombre! —le pidió, sonriendo también—. Llámame Felipe.

—Pues gracias por tus generosas palabras, Felipe.

—¿Y de dónde has salido, Yago? —le preguntó, mirándolo con fascinación.

—¿Cómo? No te entiendo —contestó confuso.

—Me refiero a de dónde proviene tu forma de ver y sentir la política —aclaró—. Esas ideas parten de las raíces más puras, sin embargo, están adaptadas a los nuevos tiempos. Vuelvo a decirte que me has dejado anonadado con tu discurso, y eso no es algo fácil de conseguir, te lo garantizo.

—Bueno, tuve un gran maestro. —Asintió.

—¿El señor Daganzo? —inquirió, aludiendo al catedrático.

—No. —Negó con la cabeza—. Desde luego que Manuel me ha enseñado mucho, pero yo me refería a otra persona, a mi abuelo. Él fue quien me adoctrinó, me inculcó la política desde que empezaron a salirme los dientes.

—¿Tu abuelo era político?

—Era un alto cargo de un sindicato londinense.

—¡Eh, lo sabía! —Chasqueó los dedos apretando los labios a un tiempo—. De ahí te viene la casta —afirmó, balanceando el dedo índice que señalaba a Yago—. ¿Y qué hace ahora tu abuelo, sigue activo?

—No. Por desgracia falleció hace diez años. —El semblante de Yago tornó a seriedad.

—Vaya, lo lamento —dijo Manzanedo.

—No te preocupes, Felipe, ya está superado.

Manzanedo puso la mano encima del hombro de Yago, de forma cordial, y lo miró a los ojos.

—Tu abuelo estaría muy orgulloso de ti si estuviera entre nosotros.

—Lo sé —respondió con su plomiza seguridad—. Siempre hablaba de política conmigo y a mí me fascinaba, le oía y no paraba de hacerle preguntas y comentar cuestiones. Decía que estaba convencido de que llegaría lejos dentro de este mundo.

—Yo también estoy seguro de ello —aseveró—. Tu abuelo te dejó su legado político, pero tú lo vas a potenciar a lo grande, de eso me voy a encargar yo. —Torció una sonrisa.

Durante horas, Felipe y Yago hablaron de diferentes aspectos políticos que aún deslumbraron más al alcalde. Las ideas del joven carismático le parecieron revolucionarias, algunas, de llevarse a cabo, incluso serían pioneras. Felipe no dejaba de pensar que Yago era una mina de oro en un mundo en el que las gallinas habían dejado de poner esos huevos dorados, preciados y codiciados. Cuando llegó el momento de marcharse, Manzanedo todavía tenía muchas cosas en el tintero, y quedó con él para comer al día siguiente y seguir conversando. Después de aquel día quedaron otro, aunque esta vez Felipe no acudió solo, trajo con él a otros compañeros políticos para que lo conocieran. Las citas cada vez se hicieron más frecuentes, y con cada una de ellas el círculo político de Yago se fue abriendo; lo hizo con pausa, sin premura pero pisando fuerte y seguro.

Al acabar su etapa universitaria, Yago se había convertido en la sombra de Manzanedo. Se adentró en el mundo de la política por la puerta grande, por la que muchos deseaban con ahínco pero que solo unos pocos lograban conseguir la llave. Yago no podía sentirse más dichoso de lo que era al ver su

sueño tomando forma para posteriormente materializarse. Aunque no solo se sentía feliz por él, sino pensando en lo orgulloso que estaría su abuelo si pudiera ver como a base de esfuerzo y perseverancia conseguiría poner los pies en la Moncloa, y su nombre pasaría a los libros de historia.

Con el recuerdo de su abuelo rondándole la mente, de forma inevitable, rememoró aquel verano de 1985, cuando lo perdió. Y en cuanto evocó aquella época, de la misma manera ineludible su cerebro trajo la imagen de Jacob con la joven muchacha en el bosque, un momento que lo cambió todo para él. Y Alicia se presentó presta en su cabeza, ese sí era un recuerdo indeleble para Yago. Nunca podría olvidar su primera vez, la primera experiencia de dominación que le hizo disfrutar como ninguna. Con Alicia confirmó la forma de sexo que le gustaba practicar, y que por su bien debería ocultar y llevar a escondidas. Nadie podía saber que Yago Junquera Miller era un depravado, un perverso, un sádico sexual.

Felipe Manzanedo iba a aprovechar el mitin de Santander para presentar al mejor orador de todos los tiempos, al que él visionaba como próximo candidato a la presidencia del gobierno de la nación: Yago Junquera Miller. Sabía que a Yago le auguraba un gran éxito dentro de la política por sus muchas cualidades, aunque meramente con la abundancia de dos de ellas le era más que suficiente. Era ambicioso, algo fundamental en ese mundo y que él tenía a raudales; y tenía don de mando, aunque no uno cualquiera, sino uno fuerte, de puro líder. Pero además de poseer esas dos primordiales propiedades, Yago era astuto y calculador, emanaba carisma, sabía lo que quería y cuándo y siempre se vestía por los pies. Con frecuencia, Manzanedo pensaba que ojalá él hubiera poseído la mitad de sus virtudes, porque de contar con su potencial y veinticinco años menos, sería él quien gobernase la nación. Pero como las circunstancias no le favorecían para posicionarlo en tal cargo, y debido a la fuerza y energía de la que Yago estaba repleto, y el presidente del Principado admiraba hasta casi rozar la fascinación, iba a ayudarlo cuanto pudiera para que todos los miembros del partido vieran lo mismo que él: el filón que se concentraba en ese hombre. Él debía ser el candidato a la presidencia. Él y sus ideales llevarían a buen puerto a los ciudadanos, al país entero. Necesitaban a un líder como Yago, pues el partido no andaba en sus mejores momentos, aunque era cierto que tampoco lo hacía la política en general. La crisis en la que estaba sumergido el país desde hacía unos años había llevado a la ciudadanía al descontento, e hizo surgir nuevos partidos políticos que se describían como el cambio inapelable. Era indiscutible que el país precisaba de cambios, de muchos; si bien, en opinión de Manzanedo, esos cambios debían ejercerse más en las políticas internas que en la creación de nuevos partidos. Era consciente de que en el momento actual las corrientes ideológicas precisaban de sangre nueva con regeneración

de ideas, y Yago, en ese sentido, era un soplo de aire fresco, una persona preparada para ocupar ese gran cargo; era el cambio que requería la nación.

Manzanedo estaba seguro de que Yago acabaría más pronto que tarde asentándose en la Moncloa, pero él deseaba que fuera cuanto antes. También sabía que contaba con muchos apoyos para conducir al consejero al lugar elegido, pero aún había algún que otro indeciso al que convencer, y hoy era el día clave para tal cometido. Todos los altos cargos del partido se encontraban allí, Yago no solo debía darse a conocer con esa presentación, ese acto tenía que ser el pistoletazo de salida de su carrera hacia las Cortes. Manzanedo comprendía cuánto se jugaban con el mitin, y por eso andaba un poco nervioso; aunque, incomprensiblemente, el consejero no. Él estaba muy tranquilo. Y se encontraba así de relajado porque por fin veía cómo los hilos que había estado moviendo desde su etapa universitaria se entretejían formando una alfombra que lo conducía a las puertas de su primera meta. Había realizado su trabajo a la perfección, tenía a Manzanedo comiendo de la palma de su mano y en breve se arrodillaría ante él para entregarle la llave que tanto ansiaba, porque sabía que la obtendría en cuanto rematase la jugada con su distinguida oratoria. Yago tenía más que estudiadas sus palabras, las precisas para extraer al gran político que portaba su alma y que dejaría anonadados a los presentes. Estaba convencido de que al acabar todos valorarían su imagen de forma positiva; y como plus, añadirían la dulzura que transmitía con su sonrisa, su cercanía con el pueblo constatada en su trabajo como consejero de Sanidad, sus tantas y tantas virtudes políticamente correctas y necesarias para ascender en ese mundo. No le cabía duda alguna de salir victorioso, confiaba de pleno en su persona y en su personalidad arrolladora que atraía a las masas como moscas a la miel.

* * * *

El lunes de madrugada Azucena estaba de vuelta a Oviedo, a su casa y su normalidad. Había regresado más tarde de lo habitual por acercar a su hermana al aeropuerto, el vuelo de Covadonga salía cerca de la una de la madrugada y no iba directo a Múnich, su eventual ciudad de residencia, sino a Madrid, donde haría escala para embarcar en el avión debido. Azucena se encontraba muy cansada debido a lo poco que había dormido a lo largo del fin de semana gracias a Covadonga, como de costumbre. Su hermana nunca se cansaba de hablar, y menos si tenía un sustancioso tema de conversación, y el hecho de que ella estuviera saliendo con un político lo era. Además, después

de buscar por Internet fotos de Yago, Covadonga se quedó impresionada por lo guapo que era. Incluso defendió las fantasías de Eztizen con el consejero, un hombre así era normal que levantase pasiones. Después de su alegato de defensa, empezó a acribillar a preguntas a su hermana, y Azucena rápido se aburrió de contestar, aunque el monólogo de su hermana se alargó por horas impidiéndola conciliar el sueño. Pero ahora por fin iba a dormir, y quitándose la ropa de prisa se puso su larga camiseta que usaba como pijama y dejó caer su cuerpo a plomo en la cama; estaba reventada. Su turno en el hospital no comenzaba hasta las tres de la tarde, así que pensaba dormir hasta el mediodía. No tardó ni cinco segundos en sucumbir a Morfeo, pero tampoco tardó un minuto en comenzar a soñar con Yago mirándola con sus traviesos ojos.

De repente, Azucena escuchó un sonido que la despertó de golpe. Abrió los ojos y observó los rayos del sol penetrando por los diminutos huecos de la persiana, anunciando la mañana; ya era de día. Adormecida, miró el reloj que tenía encima de la mesilla, todavía no eran las once. Incorporándose despacio, se quedó sentada en el borde de la cama, intentando espabilarse. Escuchó unos nudillos golpeando la puerta del piso, y su móvil, que estaba encima de la mesilla, comenzó a vibrar de forma muda. Sin apenas reacción de respuesta por el sueño que contenía, se debatió en qué hacer primero: asomarse a la mirilla o ver quién llamaba. Al final su mano decidió estirarse a coger el teléfono mientras se ponía de pie. El corazón le dio un vuelco al leer el nombre de Yago en la pantalla del *Smartphone*, de nuevo se bloqueó y no sabía a qué acudir. Su dedo tomó la decisión por ella apretando la tecla verde que iniciaba la llamada.

—Hola, Yago, buenos días —contestó.

—Ábreme la puerta y me los das en persona. Llevo un rato llamando, se ve que duermes como un tronco.

—¡Ah, eres tú el que ha llamado! ¡Ya voy, ya voy! —Corrió a abrir, su adormilamiento se disipó al momento—. ¡Hola, buenos días! —volvió a decirle a Yago, esta vez frente a su preciosa cara.

—Buenos días —dijo él, sonriendo con sutileza—. Siento haberte despertado, no era mi intención. Pero estaba deseoso de verte y de compartir contigo una noticia muy buena, y creí que ya estarías levantada —explicó, y pegó sus labios a los de Azucena. Sus bocas se quedaron imantadas unos largos segundos.

—Pasa de una vez y me vas contando mientras preparo un café, necesito espabilarme al completo. Aunque una ración de estos besos también podría

surtir el mismo efecto y despejarme al instante —enunció risueña, y sus labios volvieron a unirse mientras Yago se adentraba en el piso y de un portazo cerraba la puerta.

Al separarse, la sonrisa de Azucena ocupó toda su cara. Sin añadir más, tiró de la mano del consejero y caminó hacia atrás para no perder de vista su magnífico y angelical rostro, hasta llegar a la cocina. Por el camino, Yago admiró el cuerpo de Azucena vestido por una simple camiseta y unas braguitas. Ante su preciosa y provocadora silueta, las fantasías comenzaron a alimentarle el cerebro. Fuerza, dominio de macho superior, gritos en busca de amparo... Todo eso comenzó a desfilar por su cabeza, como siempre, y notó el bullir de la sangre de forma incontrolable. Era tan apetitoso lo que se estaba fraguando en su mente que le quemaba las venas.

Azucena soltó la mano de Yago para preparar el café. Cargó la cafetera con agua y su mezcla de torrefacto y la conectó. Él observaba fijamente esa imagen, aunque su cabeza no contemplaba nada de eso, estaba muy lejos de allí, se encontraba doblegando la voluntad de la doctora. Frenando en la medida que podía la oleada de sadismo que lo embestía, se acercó a Azucena. Ella, ajena a sus nocivos y violentos pensamientos, inimaginables en su persona, se encontraba de espaldas a él sacando un par de tazas. Pero las desenfrenadas fantasías del consejero no estaban por la labor de tomar cafés ni de perder el tiempo en jueguecitos, y sin preámbulos, introdujo las manos por debajo de la camiseta de Azucena y las distribuyó por sus intimidades. Alterado por las secuencias producidas en su cerebro, la boca de Yago se deslizó de forma fiera por el fino y delgado cuello de la preciosa doctora. Azucena respondió a sus caricias al instante, permitiéndole adueñarse de ella, de su cuerpo, del alma entera. Percibió la excitación de Yago más fuerte que nunca, su boca emitía unos suspiros entrecortados cargados de un anhelo febril que logró encharcarle los oídos.

—Parece que tienes ganas de algo más que de un café —dijo ella en medio de su deseo.

—¡Oh, no puedes hacerte una idea de lo que me apetece, nena! —contestó volteándola, y veloz la despojó de la camiseta.

Azucena se quedó turbada por la precipitación para desnudarla. Pero la acelerada actitud que acababa de emplear Yago se transformó de un plumazo en dulzura al besarle los pechos. Esa delicadeza le produjo tanto placer que su boca cargó el ambiente de gemidos, sonidos que invitaban a más. Raudos, Yago se dio la vuelta y de un fuerte manotazo tiró cuanto la mesa de la cocina contenía. En medio del estrepitoso ruido, colocó a Azucena encima de ella,

boca arriba, y bajándose los pantalones con celeridad entró en ella con vigor. El dolor y el placer se entremezclaron en el cuerpo de la doctora, que contemplando los ojos de Yago se sintió intimidada por unos segundos. En ocasiones su mirada cambiaba cuando la poseía, se volvía rígida, impasible, y eso le aturdiría. Sin embargo, en cuanto inició sus metódicos movimientos, tan armónicos, tan acompasados, tan entregados... todo volvió a transformarse; y los jadeos de Azucena prosiguieron empapando la atmósfera.

Pero Yago no disfrutaba de la misma forma que la doctora, él no podía excitarse cómo le complacía, y cuando sentía el placer de ella su enfermiza rabia aumentaba haciéndole sentirse agraviado, situación que podía llevarlo a perder el control. «*Despacio, despacio, tranquilo, puedes hacerlo, tú puedes*», se dijo a sí mismo una y otra vez. Sin embargo, su mente no podía parar de fantasear, y se imaginó tumbado encima de ella, creando una fuerte presión en su torso que le cortaba la respiración. Azucena le suplicaba apartarse, pero él hacía caso omiso a sus ruegos, si quería ganarse el aire tendría que luchar por él con uñas y dientes. Sintió tantos deseos de ejecutar su fantasía que la embistió con rudeza.

—¡Eh, para, calma! Me haces daño —protestó ella.

—Lo siento, cariño, lo siento —dijo separándose de Azucena, pensando que no tenía ni idea de lo que era el dolor—. Discúlpame, cielo, me vuelvo loco cuando estoy contigo. ¡Joder, me haces perder el control de tanto como te deseo! ¿Me perdonas? —le preguntó, interpretando el papel de arrepentido, acariciándole el rostro.

—¿De veras te hago perder el control? —preguntó, más halagada que otra cosa.

—Absolutamente —contestó, mirándola con una fingida ternura antes de besarla.

La vehemencia hizo acto de presencia en sus bocas y se besaron de forma enardecida. Yago prosiguió el acto conteniéndose de forma exagerada, una manera que era de lo más complaciente para ella y del todo abominable para él. El placer se adueñó de Azucena y sus gemidos variaron hasta distorsionarse. Inevitablemente, el cerebro de Yago los transformó en aullidos, y se imaginó encerrado con Azucena en una habitación en la que el protagonista era un látigo. Un instrumento de suplicio que él azotaba sin compasión por el cuerpo de la doctora, provocándole unos aullidos rabiosos. Al fin, con esa pervertida invención ocupando su cabeza, Yago alcanzó la cúspide del placer.

—¡Madre mía, cariño, eres un fiero! —exclamó Azucena, suspirando con fuerza.

—Muchas gracias —respondió él, soltando un golpe de aliento.

—Aunque en ocasiones también eres un poco bestia —advirtió, mirándolo a los ojos.

—En qué quedamos, ¿soy un fiero o un bestia? Porque hay una gran diferencia entre una cosa u otra.

—A ver, Yago, me encanta tu pasional forma de hacer el amor, pero en momentos puntuales terminas siendo un poco bestia y el placer y el dolor van de la mano, y prefiero que solo sea el placer el que esté presente en nuestros encuentros —explicó con una leve sonrisa.

—Lo siento, Azucena, no pretendo hacerte daño, de veras —dijo en tono compungido, engañándola, apartándose despacio—. Me vuelves tan loco que me dejo llevar por la pasión, me alejo de la cordura y me convierto en un salvaje enloquecido por ti. Y me encanta. Me encanta desbordarme de esa manera. —Apartó con delicadeza a Azucena de la mesa—. Al igual que me encanta que opines que soy un fiero en la cama, y, asimismo, hacer el fiero contigo. Y creo que a ti también te gusta mi manera salvaje de poseerte. ¿O no es así? —Sonrió de forma impúdica.

—No he dicho que no me haya gustado, simplemente hago la anotación de que a veces en tu locura eres un poco brusco y llegas a hacerme daño. Tienes que controlar tu ímpetu pasional, ¿no crees?

—Ya te he dicho que me haces perder la cabeza por completo y no mido ni mis fuerzas ni las consecuencias. Pero de nuevo te pido disculpas y te prometo que intentaré controlarme. —La besó.

—Solo te pido un poco de medida o un día de estos me lesionarás mientras hacemos el amor —bromeó—. Creo que hay una diferencia entre sexo salvaje y salvajismo. No te hace falta emplear tanta «fiereza». —Entrecomilló con los dedos.

—¿Salvajismo?! ¿Fiereza?! —clamó, ignorando todo lo demás expuesto, pensando en cuánto le gustaría hacerla saber lo que en realidad era cruel y doloroso para que así se quejase con motivos—. Eres muy exagerada, ¿lo sabes?

—También exagero si digo que me has roto todo cuanto había encima de la mesa, que gracias a Dios era poco, tan solo un frutero y un palillero.

—Te pagaré los desperfectos si me dices que no ha merecido la pena hacerlo así de salvaje, sin miramiento de nada. Que no te ha gustado, que no te has excitado, que este acto tan pasional no te ha puesto cachonda —susurró

pegado a su rostro, mostrando ese gesto serio que hacía regurgitar su punto de canalla.

El corazón de Azucena se aceleró de manera impetuosa admirando la perspicacia que afloraba por el iris castaño de Yago; y su cara subió de tono un par de números. Las sonrosadas mejillas adquirieron un color rojizo acompañado de un ligero acaloramiento, fruto de tener que contestar a unas preguntas que nunca antes un hombre le había formulado.

—¿Te sonrojo? —preguntó Yago con cierta sorpresa, acariciándole una de sus sofocadas mejillas con el dorso de la mano.

—Puede —titubeó.

—Entonces no hace falta que me contestes, ya lo has hecho, diosa de la belleza. —La besó de forma casta en los labios—. Sé que te has excitado, te gusta que te lo haga así, que te tome de improviso, que entre en ti arrebatado de ganas, como si mi vida dependiera de ocupar tu profundidad. Y a mí me encanta hacértelo de esa forma porque cuando te veo desnuda, aparte de volverme loco, siento que mi vida depende de ti, de estar en tu interior —dijo con voz seductora, contándole el cuento que ella quería oír. Azucena contempló asombrada a Yago, sus palabras le parecieron de lo más hermosas—. ¿Y sabes qué has logrado con esa respuesta de tu semblante? Robarme otro pedacito de mi corazón. No he conocido a ninguna mujer que se haya ruborizado conmigo ante una pregunta de ese tipo. Pero tú sí. Tú eres diferente a todas las otras, Azucena, por eso yo siento algo distinto por ti. Lo que nunca había sentido antes.

—¿Y qué es lo que sientes? —le preguntó expectante.

—Siento que me estoy enamorando. Solo pienso en ti durante todo el día, solo quiero estar contigo. ¿Te ocurre lo mismo a ti? Dime la verdad, por favor —le suplicó.

Azucena volvió a titubear un momento antes de dejar escapar las palabras por su boca.

—Sí, a mí me ocurre lo mismo. Creo que yo también me estoy enamorando de ti, Yago.

El consejero envolvió a Azucena con los brazos y se lanzó a su boca, las lenguas se enredaron en ese beso y lo alargaron por tiempo indefinido. Por Yago corría una felicidad extraordinaria viendo que alcanzaba sus objetivos a una velocidad mayor de la esperada. El primero lo había conseguido hacía menos de cuarenta y ocho horas con Manzanedo y ahora estaba a punto de lograr el segundo con Azucena. Porque su plan de seducir y enamorar a la doctora se estaba desarrollando a la perfección, la tenía por completo en el

bote, se creía todas y cada una de sus palabras sin el menor ápice de duda. De seguir así, en unos meses podrían darse el sí quiero, estaba convencido. Al igual que sabía que su matrimonio sería el golpe de efecto que agrandaría su liderazgo y que le ocasionaría más apoyos por parte de los militantes. Todo le estaba saliendo a pedir de boca, sería imposible mejorarlo.

—Bueno, voy a darme una ducha y a vestirme —dijo Azucena al separarse de Yago.

—De acuerdo.

—Y tú mientras podrías barrer todo esto, al fin y al cabo lo has roto tú. — Estiró con suavidad las comisuras de los labios.

—Por supuesto que lo recogeré, qué menos —convino con ella.

—Y después puedes preparar un par de cafés si quieres, ya está hecho y las tazas están sobre la encimera.

—Vale, los prepararé. Pero no tardes, tengo que contarte algo.

—¡Es cierto! Ya lo había olvidado.

—Pero yo no. —Sonrió—. A mí no se me podría olvidar nunca porque es algo muy importante para mí.

—Entonces cuéntamelo ya.

—Mejor cuando regreses de esa ducha. Te lo cuento tomándonos un café, preciosa.

—De acuerdo, vuelvo rápido —aseguró, abandonando la cocina.

Yago comenzó a barrer los desperfectos originados por su descontrol y colocó la mesa en su lugar. Luego preparó los cafés y a continuación se sentó a esperarla. No llevaba ni dos minutos sentado cuando Azucena apareció con unos vaqueros ajustados, conjuntados con una camiseta entallada de manga corta, color azul Klein, por la que florecía su escote.

—¡Estás guapísima! —Silbó, turnando la vista entre los pechos y sus verdes ojos—. Desde luego que soy un tipo con suerte.

—Seguramente muchas mujeres opinen que yo soy la que tengo suerte, te lo garantizo —confirmó, marcando una media sonrisa mientras se sentaba—. Bueno, ¿qué me querías decir?

—¿Recuerdas que este fin de semana acompañé a Manzanedo a un mitin del partido?

—Sí, me lo comentaste por el whatsapp.

—Fue en Santander, y la intención de Manzanedo no era solo que lo acompañase y diera un pequeño discurso.

—¿Y cuál era su intención? —interpeló intrigada.

—Me ha presentado como futuro líder para encabezar la lista electoral.

—¿¿¿Cómo??? —Azucena se quedó turbada, sorprendida, perpleja.

—Que si obtengo los apoyos necesarios, algo de lo que Manzanedo va a encargarse, me presentaré en las próximas elecciones generales como futuro presidente de la nación.

—¿Hablas en serio? —preguntó sin salir de su asombro.

—No bromearía con algo tan respetuoso, Azucena, ¿no crees?

—¿Para las próximas elecciones?

—Sí, para las próximas. —Asintió.

—Pero para eso quedan dos años —contestó extrañada.

—Aproximadamente, algo menos. —Volvió a asentir—. En política hay que hacer las cosas con tiempo, más aún cuando no soy alguien especialmente conocido por todos los principales miembros de mi partido. Pero después de lo de Santander he conseguido muchos respaldos. Manzanedo está convencido de que voy a encabezar esa lista, y yo también lo creo. Aunque no lo sabremos hasta primeros de septiembre, será entonces cuando se decida el representante del partido para tal fin. ¿Qué me dices?

—Yago es tan... tan... ¡Es increíble! —exclamó, observándolo con una sonrisa—. Me parece increíble y me alegro mucho por ti. Ojalá que tu partido te elija como su representante, y ojalá que la gente confíe en ti y te dé su voto. El mío, desde luego, ya lo tienes.

—No esperaba menos, cariño —dijo, acercándose hasta sus labios para besarla.

—Me has dejado alucinada, Yago Junquera Miller, futuro candidato a la presidencia de España.

—¡Umm, qué bien suena eso! —manifestó, sin perder su exultante sonrisa.

—Pues yo lo digo y no lo puedo creer. Es una noticia de las que te dejan impactada.

—De momento no digas nada a nadie, por favor. No hasta estar seguros, hasta que sea el propio partido quien me presente. ¿De acuerdo, bella dama?

—De acuerdo, caballero. Sus palabras son órdenes para mí.

Yago ensanchó la sonrisa pensando en cuánto le gustaría llevar a cabo esa frase que acababa de pronunciar la boca de Azucena: ordenarla. Le encantaría someterla a sus caprichos de alcoba, dominarla por completo, demostrar y ejercer su poder con ella. El poder en todas sus formas y vertientes. Un poder que le cargaba de superioridad, lo llevaba a creerse con absoluta potestad. Un poder dominante capaz de sojuzgar a las mujeres en los actos de cama, ante

sus violentos antojos sexuales. Ese era el poder de Yago, el poder de un hombre cruel, inhumano y sin sentimientos, de un sádico.

—Se va a enfriar el café —anunció él sin perder su encantadora sonrisa.

—Sí, tomémoslo cuanto antes —afirmó Azucena—. Además, voy a tener que marcharme a trabajar en poco menos de treinta minutos. A esta hora hay mucho tráfico y el desplazamiento hasta el hospital me lleva el doble de tiempo del habitual.

—Sí, yo también tengo que marcharme, hoy no he aparecido por mi despacho. He desayunado con Manzanedo y dos importantes miembros de las filas de Madrid, y después he venido directamente a verte.

—Gracias por querer compartir esto conmigo, Yago.

—Gracias a ti por aparecer en mi vida, Azucena —respondió, tomando su mano y besándola, haciéndola suspirar como nunca antes lo había hecho por un hombre. Azucena no paraba de pensar que sin duda alguna aquello era amor verdadero.

Los días se sucedieron y sumándose unos a otros fueron formando semanas. Semanas que ocasionaron meses, dos para ser precisos. Dos meses en los que Yago y Azucena siguieron viéndose, saliendo, riendo, compartiendo, conociéndose, acostándose... Los encuentros cada vez eran más asiduos, tanto como ambos podían, y los alargaban hasta la mañana despertando en la cama del otro. Con cada cita la relación parecía ir a mejor, se solidificaba de forma rauda y apasionada.

Azucena estaba feliz y más enérgica que nunca, consecuencia absoluta de sufrir enamoramiento y ser correspondida. Por el contrario, a Fabián cada día le costaba un mundo. Ir al trabajo y encontrarse con la mujer que amaba sabiendo que ella estaba enamorada de otro y era más dichosa que nunca, lo mortificaba. Intentaba disimular cuanto podía, y a veces incluso lo inimaginable, pero era consciente de que en más de una ocasión su cara de pena le delataba. En repetidas ocasiones, durante las últimas semanas, Azucena le había preguntado qué le ocurría, pues su expresión era de lo más taciturna, igual que hacía dos años, cuando su mujer le abandonó. Él le restaba importancia, le explicaba que todo se debía a descansar mal, últimamente le costaba conciliar el sueño y eso pasaba factura a su estado de ánimo. Pero le omitía lo que en verdad le desvelaba, que no era otra cosa que oírla hablar de Yago de la forma que lo hacía, no solo con amor, había idealizado a ese hombre. Captar de manera tan cercana y directa lo locamente enamorada que estaba de él lograba que Fabián fuera más consciente cada día de lo que había perdido, a una mujer increíble. Eso lo atormentaba y no lo dejaba descansar. De ahí provenía su pena y toda su aflicción. Por eso mismo, advirtiéndole el daño que le estaba ocasionando pasar con Azucena tanto tiempo, teniéndola a su lado sin poder expresarle cuanto sentía por ella; observando no solo su belleza exterior, sino la interior que aún era más poderosa; inhalando su aroma de mujer empática, una virtud que él valoraba

de forma inconmensurable, Fabián decidió hacer que sus turnos coincidiesen las menos horas posibles, e incluso ninguna. Solo así, alejándose de su amada, quizá podría vivir sin sentirse destrozado por dentro, completamente muerto.

* * * *

De nuevo se avecinaba el fin de semana en el que Azucena debía visitar a su familia. El último que había compartido con ellos se alejaba mucho del anterior, en el cual le costó hablar de Yago, tan solo lo hizo al verse acosada por su familia, sobre todo por Covadonga y Eztizen. Pero durante ese fin de semana no paró de hablar del consejero, de contar lo mucho que se divertía con él, lo dulce y cariñoso que era, cómo le hacía sentir, su amorosa forma de tratarla, sus palabras tan acertadas y apropiadas que le hacían sentirse como la única mujer en el mundo para él. Su familia era consciente de lo enamorada que estaba y su felicidad los llenaba de alegría. Todo parecía ser idílico, y Covadonga y Eztizen empezaron a plantearse que igual sí existía el hombre perfecto y Azucena lo había encontrado en Yago.

Era jueves. Un jueves más de mediados de agosto. Y a pesar de que en Oviedo, el norte del país, el calor no era tan asfixiante como en el centro o sur de la península, era un día bastante tórrido. Mientras Azucena conducía para llegar a su casa no paraba de visionarse en Gijón, pensaba en el baño que se daría en la playa de San Lorenzo. Acababa de terminar su turno y comenzaban sus vacaciones, dos semanas enteras con las que poder disfrutar y relajarse. Por eso mismo había decidido alargar ese fin de semana y convertirlo en una semana junto a los suyos. Sabía que no vería a Yago hasta el siguiente sábado, pero tenía muchísimas ganas de estar con su familia y ya lo había organizado todo. Esa primera semana la pasaría yendo a diario con su madre, hermana y cuñada al mar. Los hombres de la casa no eran de playa, ellos preferían quedarse en el jardín tomando unas cervezas. Por la noche harían cenas en el jardín y la charla se alargaría hasta altas horas, como era costumbre. A Yago le compensaría con su otra semana de vacaciones, durante siete días podrían gozar de estar juntos, hasta concluirlos. Luego, por desgracia, deberían retomar la rutina y quedar cuando pudiesen, no cuando quisieran.

Eran más de las tres y media de la tarde cuando Azucena entraba en su calle. Para su sorpresa, se encontró con el familiar BMW negro aparcado cerca de su portal, y el corazón le volteó con presteza. Aunque cuando vio aparecer de él a Yago con una preciosa sonrisa de bienvenida, pensó que el

motor de su cuerpo iba a reventar de felicidad. La doctora aparcó en el primer hueco que encontró y bajó con celeridad de su automóvil. Corrió hacia el consejero y, sin mediar palabra, se besaron con pasión.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó ella al separarse de sus labios.

—Quería verte, besarte y... proponerte algo.

—¡Uy, una proposición! —exclamó en tono jocoso—. ¿Qué tipo de proposición? ¿Deshonesta? —habló con aire pícaro.

—Muy deshonesta —susurró Yago, entrecerrando los ojos.

—¡Um! Entonces seguro que me gustará mucho. —Se besaron de nuevo—. Vayamos para arriba o al final perderemos la compostura en la calle, y tú no puedes permitirte ese lujo, futuro presidente. —Le guiñó el ojo.

—Sí, mejor subamos, bella dama. Tienes que hacer una maleta y yo pienso ayudarte. Es más, quiero que me metas en ella. —Contempló fijo sus verdes ojos de tigresa.

—¿Qué quieres decir? —preguntó sorprendida.

—Nada más que lo que acabas de oír, esa es mi proposición —contestó—. Pero me explicaré, quiero ir contigo a Gijón, quiero conocer a tus padres y a toda tu familia. Yo solo me quedaré hasta el domingo, luego puedes permanecer con ellos hasta que decidas volver para estar conmigo. ¿Puedo ir?

—¿Quieres ir? —interpeló su asombro.

—Eso te estoy diciendo, que me lleves contigo.

—¡Oh, Yago, eres una caja de sorpresas! —exclamó, lanzándose a sus labios, besándolo con mucha pasión.

—¡Eh, calma, cariño! —exclamó—. Mejor subamos arriba, a tu cama, y discutamos este asunto entre las sábanas, a golpes desmedidos y salvajes que conducen al orgasmo. Después podemos darnos una ducha y poner rumbo a Gijón. ¿Te parece?

—Me parece una idea increíble. ¡Vamos! —Cogió la mano de Yago y tiró de él hasta llegar al portal. Pero de golpe, Azucena paró y mirándolo extrañada le preguntó—: ¿Y tu maleta?

—Está en mi coche —confirmó.

—¿Cómo? ¿Ya la tienes preparada? ¿Y si te hubiera dicho que no? —interpeló de seguido.

—Pues me la hubiera vuelto a llevar. —Se encogió de hombros—. Pero hombre prevenido vale por dos, ¿no?

—Cierto. Siempre tan organizado y perspicaz. —Sonrió.

—Además, sabía que no me dirías que no. Estás coladita por mí. —Le guiñó el ojo.

—¡Oh, serás... chulito! —bromeó.

—No, no lo soy. —Zarandeo la cabeza—. Tan solo sé que me quieres tanto como yo a ti. Y por eso quiero conocer a tu familia, porque sé que serán mi familia dentro de poco. Te amo, Azucena, y quiero formar parte de tu vida para siempre.

—¡Oh, eres tan dulce, mi amor! —anunció en tono meloso, y lo besó.

—Aclárate, ¿soy un chulito o soy dulce? —preguntó con sorna.

—Eres ambas cosas, por eso estoy tan loquita por ti —respondió—. Y ahora subamos de una vez, tenemos pendiente una discusión entre mis sábanas, caballero. —Abrió el portal y pasaron para dentro.

—Pues no me entretengas más, no me hagas perder el tiempo —ironizó.

—¡Oye, eres lo peor! —Le dio un sutil manotazo en el antebrazo—. Yo no te hago perder el tiempo, eres tú que no paras de decirme cosas bonitas para que pierda la cabeza por ti. —Entraron en el ascensor.

—¿Y da resultado? —La acorraló entre sus brazos, mirándola con firmeza, sacando ese toque canallesco que le encogía el estómago.

—¿Tú que crees? —inquirió, sosteniéndole la mirada.

—Creo que quiero hacerte mía de mil formas diferentes, hasta hacerte llorar. De placer, claro —respondió, y empezó a besarle el cuello. Azucena suspiró gustosa con esas caricias que le ponían el vello de punta.

Los degenerados pensamientos de Yago comenzaron a trabajar como de costumbre, sin ellos era incapaz de excitarse. Y así se iniciaron sus fantasías, viendo a Azucena llorar por todos los golpes recibidos y suplicándole parar. Pero él no iba a abandonar la misión hasta llegar al final, hasta someterla repetidas veces y de maneras distintas. De formas que ella nunca podría imaginar y que la horrorizarían. La excitación lo embistió de golpe, ya estaba preparado para complacerla a ella, aunque no para disfrutar él. Y paró de fantasear para no terminar desfasando. Había logrado equilibrar a los depravados pensamientos hasta un punto, pero de sobrepasarlo estaba seguro de no poder frenar a su perversión. A la fuerza había aprendido a hacer un inconmensurable acto de contención para complacer a Azucena. Con impuesta resignación trabajaba en ella un sexo dulcificado, soso y aburrido, el típico de cualquier mortal que se alejaba por completo de sus gustos. Él no era de complacer, sino de satisfacerse, de saciar a sus instintos, algo que llevaba meses sin hacer, tan solo fantaseaba sin cesar y empezaba a estar desesperado.

Comiéndose las bocas como locos, Yago y Azucena entraron en la casa y se marcharon derechos a la cama a hacer el amor. Un acto de color rosa que Yago ansiaba por llenarlo de sus degenerados gustos, atestarlos de tintes de

violencia. Sin embargo, una vez más, no le quedaba más remedio que colmar el cuerpo de Azucena de gozo y plagar el suyo de insatisfacciones.

Antes de salir de Oviedo, y con la intención de no cogerlos desprevenidos, Azucena avisó a su madre de la imprevista visita y estancia de Yago. Matilde, tras escucharla, primero se quedó muda, luego tartamudeó un «Claro, cariño, sin ningún problema» y finalmente, antes de colgar, emitió una risa un poco estridente. De seguro que ese sonido agudo y chirriante era fruto de los nervios que le habían asaltado. Un estado de agitación producido por entender que el consejero de Sanidad del Principado de Asturias, el mismo que llevaba saliendo casi tres meses con su hija, iba a pasar tres días en su casa, junto a ellos. Nada más dejar el teléfono inalámbrico encima de la mesa y de respirar profundo, Matilde salió al jardín y comunicó la inesperada noticia a Covadonga y Eztizen, que se encontraban sentadas tomando un refresco. Las dos se miraron con asombro, calladas, mudas. Pero después de unos largos segundos en los que solo predominó el mutismo de las tres mujeres, hija y nuera soltaron un pequeño grito lleno de júbilo.

—Pero ¿qué os ocurre? —preguntó Matilde, observándolas con sorpresa—. ¿Tenéis qué gritar? Ya sé que es una noticia... —vaciló—, no sé si calificarla como impactante o inquietante, aunque de lo que sí estoy segura es de que sobran los gritos.

—¡Mamá, por favor! —exclamó de inmediato Covadonga—. Viene a casa un hombre que está como un tren y que encima es un político importante, ¡es el Consejero de Sanidad del Principado de Asturias! Claro que hace falta gritar, claro que es normal que lo hagamos, no todos los días se presenta en nuestra casa alguien semejante.

—Opino lo mismo que Covi, Matilde —añadió Eztizen—. Hablamos de una persona con la que no solemos codearnos ni encontrarnos por las esquinas. Y además es un hombre extremadamente guapo, de quitar el sentido. —Suspiró.

—Creo que no me equivoco si digo que a vosotras os ha hecho gritar el hecho de relacionaros con un hombre guapo más que con un político. —Torció la boca con desaprobación—. Pues seré muy clara, jovencitas, no quiero tonterías de ningún tipo durante su estancia aquí. ¿De acuerdo, Covi? —habló en tono de regañina.

—¡Eh, oye! ¿Por qué me lo recalcas solo a mí? —protestó—. Habla para las dos, las dos nos hemos alterado al saber que ese macizo va a estar en esta casa.

—Me imagino que Eztizen, la cual está casada con mi hijo, sabrá comportarse como es debido —subrayó con severidad.

—Por supuesto, Matilde, la duda ofende —contestó ella.

—Ya veremos si no babeas, señorita fantasiosa —pronunció Covi con énfasis, recordándole a su cuñada lo que meses atrás había dicho sobre Yago.

—Para tu información ya no fantaseo —respondió con un particular modo de burla que denotaba molestia.

—¿De qué habláis ahora? —inquirió Matilde—. Me he perdido.

—Nada, mamá, cosas nuestras, una tontería que mejor no sepas.

—Sí, prefiero no saber de qué tontería habláis, no vaya a ser que yo no lo considere tan tonto.

—Dejémoslo, ¿vale? —pidió Eztizen.

—¿El qué debéis dejar? —preguntó Nicolás, escaso de aire y casi con la lengua colgando. En ese preciso momento llegaba junto a su padre, con el que se había marcado una carrerita por el paseo marítimo y estaba agotado.

—Azucena llegará en breve con compañía, Yago viene con ella —anunció Matilde.

—¿La niña trae a casa a ese hombre? ¡Vaya, esto va en serio! —afirmó Simón, el cabeza de familia.

—¿Y qué ocurre? ¿Qué debéis dejar? No lo entiendo. —Nicolás las miraba desconcertado mientras intentaba recuperar el aliento.

—Nada, que les he dicho que se comporten —dijo Matilde—. Parece ser que a Covi le emociona en exceso la llegada del novio de su hermana.

—¿Por? —inquirió extrañado—. Es una persona como todos nosotros, da igual que su profesión sea dedicarse a la política. Yo soy abogado y entre mi clientela tengo gente famosa y conocida, y son como nosotros, de carne y hueso, te lo aseguro —bromeó.

—Déjalo, Nicolás, creo que no entiendes por dónde van los tiros, hijo —añadió Simón.

—¿Y tú sí, cariño? —interpeló su mujer.

—Por supuesto —contestó asintiendo—. Un hombre atractivo y apuesto y Covi de por medio, blanco y en botella.

—Pero qué listo eres, tesoro. —Matilde le lanzó un beso a Simón, prefirió no dárselo directamente, estaba bastante sudado debido a la carrera.

—¿Covi, de qué vas?! —habló la estupefacción de su hermano—. Es muy posible que se convierta en nuestro cuñado, ¿o no lo ves? Azucena nunca ha traído a un hombre a casa, salvo a Fabián, pero en calidad de amigos y colegas de profesión.

—Vale, me ha quedado claro por parte de todos —repuso algo ofendida—. De verdad, quién os escuche a saber qué pensará de mí. Seguramente que estoy desesperada por los hombres y no miro siquiera que esté saliendo con mi hermana. —Sopló con fuerza—. Estaos tranquilos, dormid bien, solo recrearé la vista. ¡Vaya una imagen que tenéis de mí! —añadió un poco sulfurada.

—No hemos querido decir eso ni mucho menos, hija —aclaró su madre—. Tan solo eres muy espontánea, y a veces con esa actitud puedes llegar a ser un poco arrolladora y tú ni siquiera eres consciente de ello.

—Tiene a quién parecerse, desde luego. —Simón miró a Matilde.

—¿Por quién lo dices? —preguntó su mujer con cierta ironía.

—No sé, dímelo tú. La misma que con su impulsividad me sacó los colores y me sedujo.

—¡Oye, para, Simón! —advirtió con una media sonrisa—. Ciertas cosas no deben contarse delante de los niños, son nuestras intimidades. Pero para tu información te diré que yo aprendí a controlar mi espontaneidad.

—Los años te enseñaron a dominarla, aunque no ha desaparecido ni quiero que lo haga, cielo. —Le guiñó el ojo.

—¡Vale, vale, parad ya de hablar de vuestras cosas que no nos importan a nosotros! —espetó Covadonga, haciendo aspavientos con las manos—. De acuerdo. Intentaré controlar todos mis impulsos para que nadie se sienta incómodo. —Sopló de nuevo, con mayor fuerza.

—Buena chica. La mejor de todas —dijo su padre, sonriéndola.

—¡Anda, no mientas o te crecerá la nariz como a Pinocho! Tu ojito derecho es Azu, todos lo sabemos.

—Y tú mi izquierdo, cariño, no lo olvides.

—¿Y yo, papá? —preguntó Nicolás de forma burlona—. Ya no te quedan más ojos. —Estiró la comisura izquierda del labio.

—Tú eres un hombretón al que su viejo, que le saca treinta años, le ha dado una soberana paliza corriendo. Así que a callar y a la ducha. ¡Vamos! —

Le indicó con la mano.

—Eso, mano dura con él, Simón —bromeó Eztizen.

—A sus órdenes, mi general —contestó Nicolás, lanzando un beso a su mujer y entrando en la vivienda a continuación.

* * * *

Azucena aparcó el automóvil dos casas más abajo de la de sus padres. Yago lo hizo justo detrás de ella, había espacio de sobra para los dos coches. Ambos se apearon de los vehículos, sacaron sus maletas y en cuanto estuvieron juntos se besaron.

—¿Estás nervioso? —le preguntó Azucena.

—La verdad, no —respondió Yago con serenidad—. En todo caso impaciente por conocer a las personas que concibieron la vida de la mujer que amo.

—¡Oh, eres tan mono! —exclamó Azucena en un tono almibarado, era el timbre que le provocaba escuchar las palabras tan dulces y halagadoras de Yago—. Siempre me dices unas cosas tan bonitas y profundas. —Volvió a besarlo.

—Tan solo digo lo que siento, nada más, sin florituras ni adornos —mintió—. Y ahora vamos para tu casa.

—Ven, es aquí mismo. —Unió su mano a la de él—. ¿Ves la puerta baja negra? Ahí es.

La mirada de Yago hizo una rápida contemplación del entorno.

—Bonita casa, con jardín y todo. Además de unas excelentes vistas al mar —agregó, observando con más detenimiento al frente, al Cantábrico.

—Sí, es preciosa. No es ni la mitad de grande que tu chalé, pero es magnífica.

—Tú eres magnífica, Azucena, nunca lo olvides.

—Y tú, cariño. —Sus labios se unieron de nuevo.

Cogidos de una mano y arrastrando con la otra las maletas, anduvieron hasta la casa de los padres de Azucena. Mientras caminaban los escasos treinta metros que los distanciaban de la vivienda, Yago pensaba que debía camelarse a la familia, ganárselos como fuera, porque eso sería definitivo para alcanzar su objetivo con Azucena. Si se los metía en el bolsillo obtendría su apoyo y podría pedirle matrimonio en breve. Si los tenía de su lado, todo sería más fácil para él.

Sentados alrededor de la mesa que engalanaba el jardín de la entrada, la familia ya los aguardaba con impaciencia. Cuando Azucena paró frente a la puerta de la casa, Yago se dio una imaginaria palmadita en la espalda antes de iniciar la función.

—¡Oh, ya estáis aquí! —exclamó su madre, levantándose veloz para abrir. Los demás, como en un acto reflejo, también se pusieron de pie, esperando a que entrasen.

—¡Hola, mamá! ¿Qué tal? —Azucena se abrazó a ella nada más abrir la puerta.

—Bien, cariño. Esperándoos.

—Él es Yago, de quien tanto me habéis oído hablar últimamente —dijo, presentándose.

—Hola, Yago, bienvenido a nuestro hogar —le saludó—. Soy Matilde, la madre de Azucena.

—Encantado de conocerla, señora. —Se dieron dos besos.

—¡Oh, no se te ocurra llamarme de usted, por favor! —le reprendió—. Tutéame.

—De acuerdo. Un placer, Matilde.

—Eso está mejor. —Sonrió—. Vamos, pasad, que estamos todos esperándoos con ansia.

Azucena se adentró en el jardín sin parar de sonreír al ver a toda su familia allí reunida. A los suyos también les sucedió lo mismo, sus sonrisas irradiaban alegría al verse juntos de nuevo. Su padre se adelantó unos pasos para cumplir con su ritual: estrechar a su pequeña contra su pecho. Ese caluroso abrazo siempre lo llenaba de emoción; era tan grande y afectuoso que le costaba separarse y dejaba a su cuerpo tan tembloroso como a su voz.

La inteligencia de Yago comprobó con celeridad que Simón adoraba a Azucena; la forma de abrazarla le contó cuánto sería capaz de hacer por ella. En más de una ocasión había oído hablar de la sobreprotección de algunos padres hacia sus hijas, más aún a la hora de que sus «niñitas» mantuvieran una relación con un hombre. La actitud que mostró con ese abrazo, indicador absoluto de amparo y defensa, dejó patente que Simón era uno de esos casos. Por esa deducción, Yago supo que al primero que debía posicionar de su lado era a él.

Matilde, conociendo la duración de los abrazos entre padre e hija, comenzó a presentarle a Yago al resto de los miembros de la familia. Primero a Nicolás, el primogénito; acto seguido a Eztizen, su mujer; y para finalizar a Covadonga, la benjamina de la casa. Nicolás lo saludó con un buen apretón de

manos y ambos respondieron con los correspondientes cumplidos. Eztizen lo recibió con dos besos y aspiró el increíble aroma a *after shave* impregnado en sus mejillas; luego suspiró para sus adentros admirando la sonrisa que él le regaló. Covadonga intentó frenar su impulsividad y de forma moderada le sonrió antes de darle dos besos. También olfateó el maravilloso olor que desprendía la suave cara del consejero, una fragancia que alimentaba los sentidos, pero no iba a añadir nada más que una palabra en acompañamiento al saludo: «Encantada». Y por fin Yago pudo saludar a Simón, quien peleaba con la emoción para que no aflorase por su lagrimal. Estrecharon las manos mientras el consejero le agradecía acogerle durante unos días en su casa, a la vez que Simón pensaba que le gustaba más Fabián para su hija que ese hombre con el que se estaba saludando.

—No debes agradecer nada, es un placer para nosotros tenerte aquí, Yago —añadió Simón, con un fingido sentir.

—Bueno, Yago, siéntate mientras Azucena y yo subimos las maletas a vuestras habitaciones —dijo Matilde, y dirigiéndose a su hija le explicó—: Covi y tú dormiréis juntas y Yago en la habitación de tu hermana, ya está preparada.

—Vale, perfecto mamá. Ahora vuelvo —avisó Azucena a Yago, y ambas entraron en la casa portando una maleta.

* * * *

Los casi tres días que Yago convivió con la familia de Azucena se le pasaron con rapidez, se podría decir que volando. En realidad esa premura espacial se debía a una única causa: a sentirse con ellos de maravilla. Tanto, que hasta por un momento extrañó no haber tenido una familia así de unida y feliz. Eran una piña. Una agrupación estrecha llena de amor, lealtad y sinceridad. Además, y algo de suma importancia a su entender, entre ellos no había secretos; todo se lo contaban, todo lo compartían, todo lo hablaban. En realidad, era una familia que despertaba su admiración. Con ese sentimiento danzando por su alma, Yago recordó a su abuelo, la estimación afectuosa que sintió por él y todavía a día de hoy sentía; la idéntica que emanaba por todos y cada uno de los miembros que componían la familia de Azucena. Matilde y Simón llevaban casados cuarenta y un años y sin embargo no habían perdido la complicidad de pareja. Además, derramaban tal cantidad de amor en sus hijos que era tan difícil de explicar como de contabilizar. Nicolás y Eztizen formaban una pareja muy dispar físicamente, pero se olfateaba a una legua su

compenetración y amor; sentimientos que también repartían con los demás. Covadonga, a pesar de ser la pequeña, era protectora con Azucena, incluso con Nicolás, a distancia se percibía el cariño y aprecio que los profesaba; el mismo que mostraba a sus padres. Y Azucena desprendía a partes iguales tanto amor por sus progenitores como por sus hermanos.

Después de pasar junto a ellos más de sesenta horas, Yago se dio cuenta de que conocía más de sus vidas que de las de sus propios padres, y eso le causó una extraña sensación. Una que lo molestaba tanto como le escocía debido a su incompreensión. Pero borró rápido todo de la mente y de su alma para concentrarse en lo único que le importaba y parecía haber conseguido, ganarse su confianza. Aunque la de Simón todavía estaba por determinar, tenía ciertas reservas de haberla logrado al completo. El padre de Azucena, sin duda alguna, era el hueso duro de roer en la familia.

El domingo, antes de que Yago se marchase del hogar de los Carbajal, Simón le sugirió salir a tomarse un café. No quería que el consejero abandonara Gijón sin antes conocer sus verdaderas intenciones y propósitos para con su hija, la niña de sus ojos. Pero requería saberlo de forma clara, que se lo contara con un lenguaje llano y sencillo, sin parafrasear de continuo, sin la verborrea y elocuciones típicas del discurso político, porque de esa forma era difícil sacar una conclusión de los deseos de ese hombre. A su entender, eso era lo que había estado haciendo el consejero a lo largo del fin de semana: hablar para convencer, aunque sin decir nada. Yago, que no tenía un solo pelo de tonto, accedió sabiendo que Simón no pretendía tomarse un café, quería ejercer de padre, hablar con él y poner las cartas sobre la mesa. Se alegró pensando que era su oportunidad, la ocasión perfecta para convencerlo de ser el yerno ideal, el mejor hombre para su hija, su princesa. Estaba seguro de que esa conversación determinaría su total confianza.

Los dos se encaminaron a una tranquila cafetería y se sentaron en su terraza que daba al mar. Pidieron dos cafés, y mientras los esperaban, Simón y Yago hablaron un poco del fin de semana. Pero en cuanto se los sirvieron no hubo más preámbulos, el padre de Azucena se lanzó a decir lo que había estado pensando a lo largo de esos días.

—Mira, Yago, me resultó triste escucharte decir que tu relación con tus padres es muy escasa. Para mí la familia es lo más grande que un hombre puede poseer, lo es todo. Mi mujer es mi alma y mis hijos mi vida entera — declaró con orgullo—. Como padre sería capaz de hacer lo que fuera por ellos, por verlos felices y evitarles sufrimiento. Cuando eres padre tu vida cambia por completo, de repente la única prioridad son tus hijos y nada se te

pone por delante con tal de salvarlos; descubres que en tu interior habita una fiera que se desata cuando los dañan a ellos —explicó serio—. Matilde y yo hemos inculcado a nuestros hijos importantes valores que han logrado hacer de ellos buenas personas con gran empatía, algo muy importante en la vida que por desgracia se va perdiendo. Pocas veces he visto llorar a mis hijos y no consentiré que nadie los haga derramar una lágrima, al menos mientras yo viva. —Suspiró hondo. Yago lo miró callado, sabía que aún no había terminado, esas palabras tan solo habían servido de contexto—. A ver, sin paños calientes, Yago, otras veces he visto a mi hija ilusionada con una relación, pero nunca como ahora. Azucena está enamorada, sus ojos lo gritan, irradian felicidad. Te pido que si de verdad la quieres nunca dejes que de sus ojos se escape una sola lágrima, por favor. Y si para ti Azucena solo es un entretenimiento, déjala cuanto antes para que el daño sea menor. No le hagas sufrir de forma innecesaria. No desates la fiera que todo padre que ama a sus hijos lleva en sus adentros, porque no sé de lo que sería capaz... —Volvió a emitir otro vigoroso suspiro.

—Simón, no debes preocuparte por eso, amo a tu hija y jamás le haré sufrir —repuso en tono adusto—. Quiero a Azucena por encima de todo, es una mujer muy especial para mí.

—¿Eso también se lo has dicho a las otras muchas con las que te has visto? Porque se te atribuye una buena fama de donjuán —le reprochó.

—Sí, lo sé. Sé lo que se cuenta por ahí de mí y no debes creerte ni la mitad, a la prensa le gusta hacer caja y todo eso vende mucho. —Asintió sin perder la severidad en su rostro—. Es cierto que he conocido a muchas mujeres, y que he salido con unas cuantas, eso no voy a negarlo, pero nunca me había enamorado hasta ahora, hasta conocer a Azucena —afirmó con aplomo, mintiendo de forma vil—. Ella ha cambiado todo en mi vida. Para mí no es solo una mujer guapa con una preciosa silueta, lo que más me ha cautivado de ella es su gran inteligencia y seguridad. Es más, puestos a hablar, los dos sabemos que es una persona muy bien instruida, pero su talento y aptitudes están infravalorados trabajando en el hospital de Oviedo. Ella puede aspirar a mucho más, a todo cuanto se proponga.

—Muy cierto —aseguró con calma—. Conozco de sobra la valía de mi hija y sé que podría conseguir mucho más de lo que tiene. Fue de las mejores en su promoción, con notas brillantes, y realizó una formación de especialidad larga, un MIR duro, pero que la preparó tan bien que la propusieron trabajar en un prestigioso hospital de Estados Unidos como jefa de traumatología, aunque ella lo rechazó —le explicó—. Azucena es muy familiar, la familia lo

es todo para ella, y sabía que de marcharse, a lo sumo y con suerte, nos veríamos dos veces al año. A pesar de que todos le insistimos para que aceptara porque era una gran oportunidad, quizás única, no quiso marcharse. Prefirió quedarse aquí con un sueldo y empleo inferior, pero cerca de las personas que quiere.

Yago miró extrañado y confuso a Simón.

—No sabía nada al respecto. Nunca me lo ha contado —declaró—. Me has dejado sin palabras.

—Lleváis poco saliendo, no se habrá dado la ocasión para comentártelo.

—Seguro —contestó, dando un sorbo al café y pensando en la actitud tan altruista de Azucena, algo impensable para él y su objetivo.

—Aunque mi hija es muy humilde e igual no cree necesario decírtelo. Como tampoco se lo ha contado a mucha otra gente.

—Puede ser —respondió, más sorprendido aún. No entendía que ocultase algo que corroboraba la gran valía que poseía y que a muchos dejaría fascinados por la abnegación hacia su familia.

—Perdona si he sido demasiado directo con lo que te he dicho, Yago, pero una de mis virtudes es ir con la sinceridad por delante.

—Y yo lo admiro, Simón. Lo admiro profundamente. Admiro a la gente que va de frente —recalcó—. Ojalá hubiera más personas en el mundo como tú y tu familia. Ojalá yo hubiese tenido una familia como la tuya. Ojalá mis padres me hubieran dado la mitad de amor del que tú y Matilde habéis entregado a vuestros hijos —concluyó, poniendo gesto compungido.

Yago observó cómo el rostro de Simón se destensaba al contemplarlo, e incluso se deslizó por sus ojos un ápice de lástima. Sabía que si mencionaba lo falto de cariño familiar que él se encontraba, aunque solo fuera de pasada, se metería al padre de Azucena en el bolsillo. Más aún si acompañaba a esas palabras con un gesto de tribulación.

—De verdad que siento mucho ese desapego de tus padres hacia ti. Pero si te sirve de consuelo, puedes tener una familia con nosotros. Si continúas con mi hija, serás un miembro más de ella.

—Muchas gracias por tus palabras, Simón, que sí me sirven de consuelo —advirtió—. Y por supuesto que pienso continuar con Azucena, ya te he dicho que la amo. De hecho, y dado que la ocasión se presta a ello, voy a pedirte algo. Sé que pensarás que esto que voy a decirte es algo arcaico que no se lleva ni nadie lo hace, lo sé. Tan solo quiero hacerlo en señal de respeto hacia ti —dijo, mirándolo fijo—. Quiero que me des tu consentimiento para casarme con Azucena.

—¿Casaros? ¿No crees que vas muy rápido? —preguntó sorprendido—. Pero si tan solo lleváis saliendo unos pocos meses.

—Y para qué esperar si nos amamos. Simón, estoy próximo a cumplir los cuarenta años, creo que tengo muy buena edad y sé lo que quiero, a ella.

—No sé, me parece precipitado —contestó, sin salir de su asombro todavía—. ¿Y qué dice mi hija al respecto? —inquirió.

—Nada porque no se lo he dicho aún, pienso hacerlo al terminar las vacaciones. Pero primero tengo que comprarle un anillo, uno que esté a su altura. Y quiero pedírselo a la vieja usanza, postrándome a sus pies, como Azucena se merece. —Asintió—. No quiero que pienses que soy un pelicularo, Simón, nada más lejos de mi personalidad. Sin embargo, tu hija logra despertar lo mejor que hay en mí, una parte que ni siquiera conocía pero que ella hace que surja.

—Sí, Azucena tiene esa capacidad, lo sé de primera persona —afirmó asintiendo—. Pues nada, si ella te dice que sí, cuenta con mi aprobación, Yago. Yo solo quiero lo que a mi hija le haga feliz, como te he dicho al principio.

—Gracias, Simón. Gracias de nuevo. Para mí es muy importante tener tu aprobación.

—Creo que de seguir así te vas a ganar hasta mi bendición. Y mira que yo no soy muy católico que digamos. —Estiró con sutileza los labios.

—Por favor, no le digas nada a Azucena hasta que yo lo haga. Quiero sorprenderla.

—Por supuesto, no te preocupes, soy una tumba.

—Una vez más, gracias. —Sonrió él también.

Yago apuró el café sintiéndose invicto ante la batalla. Había vencido las dudas de Simón, se había ganado su confianza, hasta le había abierto las puertas de su casa y le había nombrado miembro de su familia. No podía haberlo hecho mejor, ni tan siquiera en sueños. La gloria le había sonreído y laureado, le había cubierto por entero. La astucia carismática de Yago siempre lograba alcanzar el objetivo que se propusiera, nunca se le resistía nada.

* * * *

Después de la marcha del consejero, la familia de Azucena, incluido Simón, el más reacio al principio, no pararon de halagarlo. Su madre no dejó de decir, hasta el último día en que Azucena regresó a Oviedo, lo educado y caballeroso que era y lo enamorado que se le veía de ella. Nicolás estaba

encantado con su futuro cuñado, porque Yago era un hombre muy respetuoso con el que se podía hablar de todo, incluidos los fallos de algunos miembros de su partido o en ciertas acciones muy desacertadas. Él los admitía sin el menor gesto de desaprobación, y comentaba lo que se debía haber hecho en esas situaciones, lo que todos, sin duda alguna, querían oír. Eztizen estaba asombrada por la gran persona que parecía ser, el político lleno de ideas nuevas y frescas que mostraba y, a un nivel más íntimo y personal, lo pendiente que estaba de Azucena en cada momento y como suspiraba por ella. Creyó, después de pasar esos días conociéndolo, que sí existía el hombre perfecto, y su cuñada había sido la afortunada de encontrarlo. Y Covadonga, aun conteniéndose en su espontaneidad, estaba deslumbrada por su guapura, su espectacular cuerpo en bañador, su simpatía, su amabilidad, su humor, su inteligencia... Creía, al igual que su cuñada, que en él se concentraba cuanto una mujer deseaba de un hombre. Yago era perfecto, y Covadonga no dejaba de repetirse la suerte que había tenido Azucena al conocerlo. Era un hombre atractivo y atento que desataba todo tipo de fantasías en una mujer, desde las más románticas a las más pasionales. Ahora entendía a Eztizen, porque a ella le ocurría lo mismo cuando veía a Yago sonriendo con su preciosa cara de niño bueno dispuesto a satisfacer. Pensaba que en política tener ese tipo de imagen debía ser un plus añadido para el candidato. Contar con aquel angelical rostro que emanaba una firme seguridad capaz de descomponer la más férrea idea de su contrario, sería reconocido como un extra impagable. No todos los políticos disponían de esa capacidad de la que él rebosaba. No todos lograban captar la atención con tan solo pronunciar unas pocas palabras. No todos estaban dotados de aquel halo de atracción que hipnotizaba a las masas. Pero él sí. En Yago Junquera Miller abundaba todo eso, y más.

Yago entró en el restaurante donde iba a desayunar con Felipe Manzanedo. La noche anterior el presidente del Principado lo había llamado y le había dicho que debía verlo para contarle algo, pero no le adelantó nada por teléfono. Pese a la incertidumbre, Yago estaba tranquilo. Su intuición sabía que las palabras de Manzanedo serían buenas noticias para él, pues su tono de voz escondía más entusiasmo que cualquier otra cosa. Con los años había aprendido a distinguir cuando era portador de noticias positivas o negativas, con independencia de que siempre empezaba con la misma coletilla: «En fin, lo soltaré sin rodeos».

El camarero acompañó a Yago hasta la mesa en la que Manzanedo ya lo aguardaba con una copa de zumo de naranja y un plato humeante de huevos revueltos con beicon.

—Buenos días, Felipe. ¡Da gusto ver cómo te cuidas! Colesterol corriendo a raudales por tus venas antes de las diez de la mañana.

—¡Oye, no hables como mi mujer! —protestó—. Precisamente por eso no suelo comer con Maruja, para que me deje disfrutar de la vida. No empieces a parecerte a ella o también dejaré de comer contigo.

—Perdona, lo siento. Lo último que quiero es recordarte a Maruja. — Sonrió.

El camarero, de forma paciente, esperaba a ver qué iba a pedir Yago.

—Tráigame un zumo de pomelo, un plato de fruta variada y un café descafeinado con leche desnatada, por favor.

—Ahora mismo, señor —dijo el camarero, marchándose a continuación.

—¿Sabes? Eso que acostumbras a pedir a mí me parece un desayuno de mariquitas, pero yo nunca te he dicho nada, Yago. Y no lo he hecho porque se te podría catalogar de cualquier cosa antes que de ser gay. —Arqueó las cejas—. Yo acepto tus desayunos dedicados a cuidar tu imponente cuerpo, así que

tú acepta que yo necesite un desayuno más potente para mantener mi barriga. Punto.

—De acuerdo, me ha quedado muy claro, hombretón —bromeó—. Y ahora, mientras esperamos mi «afeminado» desayuno, puedes decirme de qué querías hablarme.

—Parece que te noto impaciente —habló con sorna.

—No —respondió con firmeza—. Tan solo deseoso de corroborar lo que creo que vas a decirme. Nada más.

—¡Joder! —replicó—. A veces esa puta confianza cargada de aplomo que desprendes me pone los pelos de punta. ¡Buff! —exclamó, frotándose los brazos para que su piel perdiera el eventual encrespamiento, y sonrió despacio—. Pero antes de contarte nada, golfo, quiero que me hables un poco de ti. ¿Cómo vas con la doctora? Os lleváis viendo unos meses, debe follar muy bien para que dures tanto con ella.

—Felipe, sin ánimo de ofenderte pues te considero un amigo, casi un padre, no vuelvas a hablar así de Azucena porque no te lo consentiré —aseveró muy serio.

—Yago, lo siento —contestó aturdido, sin comprender que sus palabras le hubieran ofendido—. De ningún modo he pretendido faltar el respeto a tu doctora, ya sabes que yo soy así, es mi forma de ser. Y hasta ahora te ha gustado, nunca te había molestado.

—Me molesta porque ahora es distinto —puntualizó—. Me molesta que hables así de ella porque en breve se convertirá en mi mujer. Y como comprenderás, no me parece apropiado hablar a nadie de mis asuntos de cama con Azucena. Ese es su nombre, recuérdalo, ser doctora es su profesión —recalcó.

—¡Coño! —profirió asombrado—. ¿Te casas? ¿Acabas de decir que te casas? —preguntó, alzando un tono su habitual timbre de voz.

—Exacto. —Asintió Yago con rotundidad—. Pienso pedirle matrimonio hoy mismo. Y sé que me dirá que sí, nos amamos. Por fin he encontrado a la mujer apropiada para mí.

—¿Lo has pensado bien? —Volvió a preguntar con gran desconcierto.

—Por supuesto —afirmó tajante.

—Pero lleváis muy poco, Yago. ¿Cómo puedes estar tan convencido? ¿No crees que igual necesitáis conoceros un poco más?

—No, Azucena es lo que necesito —contestó de forma categórica.

—Pues si es lo que necesitas te felicito, me alegro mucho por ti. Aunque debo reconocer que me has dejado impactado, no voy a ocultarlo.

—Te recuerdo que tú en más de una ocasión me has dicho que sentar la cabeza sería bueno para mi imagen en política, ¿no? Pues ya lo voy a hacer.

—Un momento... ¿no te casarás solo por eso? —demandó casi horrorizado.

—¡No, claro que no! —exclamó Yago mostrando estupor, aunque pensando que esa era la única razón.

—¡Ah, qué alivio! —soltó un chorro de aliento—. Por un momento me habías llegado a asustar. Sé que eres muy ambicioso en política y que quieres dar la imagen de candidato perfecto para así llegar a gobernar el país, pero desde luego no debes sacrificar tu vida hasta ese punto para lograrlo. Uno solo debe casarse enamorado. Ya es demasiado duro soportar la convivencia de esa forma, como para encima casarse sin amar de verdad. Eso sería equivalente a una condena mientras durase el matrimonio.

—Amo a Azucena, estoy enamorado, me caso por amor —aseguró con su habitual destreza para convencer—. ¿Te quedas más tranquilo?

—Sí, por supuesto. Ahora sí.

—Pero no me negarás que eso además suma una ventaja en mi proyección como político. Solo he recalcado eso, Felipe, algo que tú me has dicho en más de una ocasión. Y la vida, que es muy caprichosa, ha querido cruzar en mi camino a la mujer ideal justo en la mejor etapa de mi carrera política. ¿Qué puedo decir? Nada más que soy un tipo con mucha suerte. —Emitió una sonrisa.

—Desde luego que eres un golfo con muchísima suerte, de eso no me cabe duda, porque ahora mismo estoy hablando con el líder del partido, el que encabezará nuestras listas electorales, el hombre que presentaremos como candidato para las elecciones generales del país. —Asintió sonriendo—. Ya está hecho, Yago, ya lo has conseguido. El partido te presentará este sábado en Madrid ante los militantes y futuros votantes.

Yago sonrió como en pocas ocasiones lo había hecho a lo largo de su vida, estirando las comisuras de sus labios en extremo. Notó un río de emoción recorriendo su ser, un mar de alegría transitando por su cuerpo, un maremoto de júbilo danzando en sus entrañas... Nunca había experimentado una sensación similar, algo tan gozoso que ni siquiera había alcanzado con uno de sus mejores momentos de sometimiento, cuando su víctima sentía que su vida estaba en manos de él y sus ojos le suplicaban amparo, se desgañitaban implorándolo, algo que Yago no estaba por la labor de conceder.

—¿Vas a decir algo o solo vas a sonreír? —le preguntó Manzanedo expectante.

—Solo voy a añadir una cosa —dijo mirando al frente—. ¡Camarero, por favor! —gritó, y el hombre llegó raudo a la mesa—. Traiga una botella de *champagne*, del mejor que tengan.

—Ahora mismo, señor.

—¡Joder!, me echas un sermón por comer grasa y ahora quieres llenarme de alcohol. ¡Eres la hostia! —espetó con jocosidad.

—Habrá que celebrarlo, ¿no crees?

—Desde luego, claro que sí. —Manzanedo sonrió de nuevo—. Aunque hoy parece que vas a tener un día lleno de celebraciones, so golfo.

—Sí, eso parece. Hoy va a ser un día digno de enmarcar. —Ambos se echaron a reír.

Con las copas llenas de un buen *champagne* francés, Manzanedo emitió un brindis antes de beber. Pero Yago no lo escuchó, no oyó nada de lo que estaba diciendo, su cabeza estaba en otro lugar, lejos, muy lejos, brindado con su abuelo. El eco de su mente repetía con constancia lo mismo una y otra vez: «*Por ti abuelo. Tu gran esperanza está un paso más cerca de alcanzar su objetivo. El que te debo*».

19

El idílico paraíso vacacional de Azucena expiró y la rutina volvió a retomar su vida, después de dos semanas debía volver al trabajo. Ese día su turno comenzaba a las tres de la tarde, Fabián se lo había comunicado la noche anterior a través de un whatsapp. También le había dicho que él iniciaba sus vacaciones ese mismo día por la noche, y que a partir de ese momento en ella recaía la función de jefe de equipo de la unidad hasta su regreso; era una orden tomada por la dirección. A la doctora le extrañó que Fabián no la hubiera llamado, el tema que se trataba era preciso hablarlo, y tentada estuvo de hacerlo ella. Pero luego pensó que igual a él no le apetecía charlar, últimamente estaba raro, ausente, entristecido... No le quiso dar mayor importancia, le contestó con un *ok* y le deseó que disfrutase de sus vacaciones.

Azucena decidió acudir al hospital con más tiempo del habitual, y comenzó a prepararse. Nunca había suplido el puesto de jefe de equipo, tampoco era una cuestión que la inquietase, sabía que disponía de los recursos necesarios para ejercer tal oficio, pero tenía la necesidad de hablar con Fabián para tenerlo todo bajo control. En el justo momento que se sentó a comer la ensalada de pasta, el timbre de la puerta sonó. Encaminándose hacia ella, observó el reloj, marcaba la una y veinte minutos. Miró por la mirilla, y se sorprendió al contemplar la imagen de Yago con su embelesadora sonrisa.

—Abre, bella dama, soy tu apuesto caballero —dijo con su sentido del humor al estilo quijotesco.

Azucena abrió la puerta de inmediato y se lanzó a la boca del consejero. Le encantaba estar pegada a ella, solía tener un dulce sabor a menta fresca que le arrebatava los sentidos. Aunque no era su gusto lo que la enloquecía, los labios de ese hombre la desarmaban entera por su notoria pericia besando.

—Me encantan tus efusivos recibimientos —recalcó Yago, volviendo a unir su boca a la de Azucena. Y enredados en otro beso, pasó a su casa.

—Y a mí me encanta que me des este tipo de sorpresas y te presentes aquí sin esperarte. Pero me voy al trabajo dentro de un rato, siento que tu visita vaya a ser más que breve.

—Bueno, seguro que tengo el tiempo necesario para hacerte varias proposiciones. En realidad he venido para eso, y espero y deseo no escuchar un solo *no* de tu boca a ninguna de ellas.

—¿Proposiciones? ¿Qué tipo de proposiciones? —interpeló sorprendida.

—Pues hay de todo tipo —contestó—. Una maravillosa, una deshonesta y, por último, una engañosa.

—¡Vaya! Sí que hay variedad. —Azucena arqueó las cejas—. Pero la que más me confunde es la engañosa. ¿Engañosa para mí o para ti?

—Ni para ti ni para mí. —Negó con la cabeza—. Engañosa para un tercero, tu lugar de trabajo.

—¿Qué quieres decir? No te entiendo. —Arrugó los labios.

—Que tengo una cosa maravillosa que proponerte y otra deshonesto, y la suma de ambas ocasionará que tengas que engañar en tu trabajo, porque no vas a acudir.

—¡Oh, Yago! ¿Qué locura estás diciendo? —Lo miró aturdida—. No sé aún de qué hablas pero empiezo a trabajar hoy y no puedo faltar. Fabián inicia sus vacaciones esta noche y hasta su regreso la dirección me ha asignado el puesto de jefe de equipo.

—Y eso me parece genial, vales para ese puesto y para mucho más, cariño. Pero será mañana cuando te hagas cargo de él, no hoy.

—¿Estás loco? ¿No puedes hablar en serio? Debo ir, es mi obligación y mi trabajo —advirtió seria.

—Si lo que te preocupa es perder tu puesto, no sufras. Soy el consejero de Sanidad del Principado y nadie te echará del hospital porque faltes un día —afirmó, e hincó una rodilla en el suelo.

—¿Pero qué estás haciendo? —preguntó extrañada, perdida.

—Azucena Carbajal Arango, diosa de la belleza, mi bella dama, no hace falta que te diga cuánto te amo, eso lo hago a diario y creo que lo tienes muy claro. Ahora dime cuánto me amas tú a mí —demandó, sacando una pequeña cajita cuadrada y aterciopela de su bolsillo—. Cásate conmigo, mi amor —dijo abriéndola ante el asombro y perplejidad de ella.

Azucena creyó que estaba soñando, incluso llegó a pellizcarse sin que el consejero se diera cuenta, y comprobó que la situación era real. Yago estaba postrado a sus pies, mostrándole un precioso anillo de oro blanco con un gran diamante engarzado y le estaba pidiendo matrimonio. ¡Matrimonio!

¿Matrimonio? ¿Estaban preparados para casarse? ¿No llevaban poco tiempo saliendo para dar ese gran paso? La doctora no sabía ni qué decir, por un lado se sentía muy halagada y hasta abrumada, por otro pensaba si no sería excesivamente precipitado.

—¿No vas a contestarme? ¿No piensas decir nada? —preguntó él, sin dejar de mirarla a sus ojos verdes; era muy importante no perder ese contacto visual.

—No... no... no sé qué contestar —tartamudeó—. Me has dejado muda, sin palabras.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Por un lado bueno, por otro no sé. —Sacudió la cabeza, sin dejar de contemplar la mirada de Yago tan segura y firme.

—¿El qué no sabes? ¿No sabes si me quieres? —preguntó, y esperó expectante la respuesta a la vez que planeaba más frases para convencerla de convertirse en su mujer.

—Claro que te quiero, te quiero muchísimo, de eso no tengo duda alguna.

—Entonces, ¿de qué tienes dudas, Azucena?

—De que sea muy pronto para pensar en casarnos, no llevamos ni cuatro meses saliendo —respondió.

—Y qué más da que llevemos cuatro meses o cuatro años. Creo que lo único que importa es que ambos nos amamos y nos sentimos bien juntos. Voy a cumplir cuarenta años dentro de poco y sé lo que quiero, sé lo que siento, algo que jamás me había ocurrido. Me he enamorado. Me he enamorado de ti, Azucena —expresó con una fingida inflexión de amante sufridor—. Por eso quiero estar contigo para siempre y no me hace falta un calendario que me diga si ha transcurrido el tiempo suficiente o no para pedirte matrimonio. Eso lo decide mi corazón, mis sentimientos... Y lo han hecho, Azucena, quiero compartir mi vida contigo, quiero que te conviertas en mi mujer. Entiendo que quieras pensarlo, es normal, yo esperaré tu respuesta con ansia.

—Sí, por favor, déjame que lo piense unos días, Yago —declaró ella, cerrando la caja que el consejero aún contenía entre sus manos.

—Por supuesto —contestó, levantándose del suelo y maldiciendo para sus adentros.

—¿Y cuál era la otra proposición? —preguntó, con la intención de distender la tensión del momento—. Me has dicho que eran tres proposiciones y solo hemos hablado de dos. Falta la deshonesto. ¿En qué consistía esa?

La sonrisa pícaro de Yago brotó por su cara. No solo por el tema a tratar que contenía la explicación, sino porque quizá, de consumarse la idea que

tenía en mente, Azucena caería rendida a sus pies gritándole el *sí quiero*. Tal vez, si jugaba bien sus cartas, al final conseguiría cuanto se había propuesto para ese día.

—Yo había pensado que tú no irías hoy a trabajar, me dirías que sí querías casarte conmigo y para celebrarlo pasaríamos todo el día en la cama.

—¿En la cama para qué? —preguntó su sentido del humor.

—No sé, a lo mejor para hacerte el amor de todas formas y maneras —respondió, acariciándole con delicadeza los pechos por encima de la ropa—. ¿Te parece una buena idea?

—¡Oh! Creo que la más deshonesta es la que más me seduce de las tres —afirmó entre risas.

—Hasta había pensado en hacerlo de una nueva forma. De una que creo nos gustará mucho a los dos.

—¡Ah, sí! ¿Y cómo es esa nueva forma? —interpeló, mientras se turnaban a desabrocharse las ropas y a besarse con una incipiente pasión.

—Pues había pensado en poner un poco de picante en la cama —contestó mirándola carente de pudor.

—¿Qué clase de picante? —preguntó ella, acariciándole el desnudo y fibroso torso que acababa de dejar al descubierto.

—Qué te parece si te arranco la ropa interior, puedo hacerlo a bocados o con mis manos, como más te seduzca —susurró en un tono suave y meloso, aunque cargado de morbo—. Después ato tus maravillosas manos al cabecero de la cama, te vendo los ojos y te hago el amor como un loco —runroneó, alterándose al imaginar a Azucena sometida a sus vicios, mientras su cerebro le gritaba que ya no podía soportar ese acto edulcorado y tedioso que Azucena llamaba hacer el amor y él denominaba pérdida de tiempo alejada de lo que le agradaba.

—Bueno, no pinta mal —musitó ella pegada a los labios de Yago, exhibiendo una pícaro sonrisa.

—Sería algo excitante y diferente —añadió él, pensando que desesperaba por algo más de su gusto, aunque solo fuera un sucedáneo—. Imagínatelo, toda la tarde haciendo el amor de esa manera, llevándote al orgasmo una y otra vez, ¿qué te parece? —le preguntó, y unió sus labios a los de la doctora de forma feroz, enredando sus lenguas en ese beso.

Azucena sintió escalofríos imaginando la escena que acababa de describirle el consejero, esa nueva y desconocida manera de poseerla que en verdad le parecía sumamente picante. Un hormigueo burbujeante atrapó sus

entrañas, alterándola de forma rauda y extrema hasta acalorarla. En medio de su excitante sofoco, las manos de Yago la despojaron de la blusa.

—Creo que me estás convenciendo y voy a cometer una locura —dijo separándose un momento de su boca, con el aliento acelerado por la pasión vertida.

—¿Qué vas a hacer?

—Llamar ahora mismo al hospital para avisarles de mi ausencia. Dame un minuto —le pidió cogiendo el móvil.

Mientras Azucena contaba en el hospital que no se encontraba bien y no podía acudir al trabajo, las manos de Yago continuaron correteando por su semidesnudo cuerpo hasta hacerse hueco entre sus braguitas. Esa íntima caricia ocasionó que por boca de la doctora brotase un leve gemido, un sonido que la recepcionista de la llamada interpretó de forma muy distinta, pues creyó que se debía al malestar de Azucena y le aconsejó meterse en la cama de inmediato. Y eso hizo ella en cuanto colgó, marcharse a la cama, aunque no sola ni de la manera que esperaba su compañera, lo hizo en brazos de Yago, quien no paraba de besarla con vehemencia, feliz por lograr su objetivo.

Yago dejó el cuerpo de la doctora en la cama y sin más preámbulos comenzó a desarrollar cuanto le había explicado a ella minutos antes, aunque no de la forma que ambicionaba. Entre medias de caricias y de forma seductora, rompió el encaje de su ropa interior, dejándola desnuda, y con los jirones la ató al fino travesaño de madera del cabecero de su cama. A continuación se quitó la camisa que la doctora le había desabotonado y con ella le vendó los ojos. Observándola así, inmovilizada, a su entera disposición, comenzó a salivar y se desvistió con diligencia. Pero justo cuando entró en la cama, Yago sintió miedo, se encontraba tan excitado que estaba a punto de perder el control. Sabía que sus instintos violentos estaban más hambrientos que nunca, y si no se sosegaba un poco la caja de Pandora se abriría de forma irremediable, ocasionándole un grave problema. Comenzó a regañarse, lo hizo repetidas veces. Debía controlarse más y mejor o terminaría delatándose. Solo podía fantasear, nada más, nunca debía llegar más lejos con ella por mucho que lo desease.

—Yago, ¿estás ahí? —preguntó Azucena, esperándolo con ganas.

—Sí, estoy aquí, nena, admirando tu hermoso cuerpo que voy a hacer mío en unos instantes.

—Pues no te hagas de rogar y empieza, yo no puedo moverme —bromeó.

Y Yago por fin se tumbó sobre ella y dio inicio al acto imaginándose esa escena bajo otro escenario mucho más cruel, aunque controlando sus depravados pensamientos como últimamente venía haciendo, reprimiéndose tanto que acababa con dolor de músculos. Así llevó a Azucena a alcanzar el orgasmo de la forma que más le complacía a ella, siendo dulce y delicado. Sin embargo, con el suplicio de contener sus impulsos, al él cada día le resultaba más difícil llegar al clímax, y sin detener sus controladas embestidas sintió ganas de llorar de pura rabia. Recreándose en su inventiva, oyendo en su mente las quejas de Azucena por el daño que le estaba impartiendo, por fin culminó un acto que se alargó más que nunca. Jadeando casi sin aire, cayó encima del pecho de la doctora mermado de fuerzas. Cuando consiguió recuperar el aliento, la admiró unos segundos antes de desvendarle los ojos y desatarla. Ella se lanzó a sus brazos y lo besó apasionadamente, su sublime manera de hacerle el amor aún la tenía temblando. Lo que Azucena ignoraba era que ese encuentro «tan especial» formaba parte del plan de Yago para lograr su propósito, y que ahora sus palabras iban a ponerle la guinda.

—¿Te ha gustado hacerlo de esta forma más picante? —le preguntó mirándola con una sonrisa.

—Me ha fascinado, Yago, por un momento creí que me derretía por tanto placer como he sentido. No sé si la novedosa forma lo ha hecho más excitante, pero desde luego ha sido brutal —confesó.

—Es un placer amarte, Azucena, y aunque no lo creas, contigo hago el amor como nunca lo había hecho antes, te lo juro.

—¿Y eso por qué?

—Porque te quiero más que a mi vida, cielo, y eso jamás me había ocurrido —dijo, embaucándola.

—¡Oh, Yago, cuánto te amo! —exclamó, y se besaron llenos de amor, al menos por parte de ella. Y acurrucándose el uno en el otro, dejaron reposar a sus desgastados cuerpos y se quedaron dormidos un rato.

Al despertar, ambos decidieron ducharse. Yago le pidió a Azucena hacerlo en primer lugar, de ese modo él prepararía algo para comer los dos. Ella, encantada con ese gesto que le parecía todo un detalle por su parte, se marchó a la ducha. A la vuelta, Yago había preparado un par de tortillas y había repartido la ensalada de pasta.

—¡Um, me muero de hambre! —exclamó la doctora mientras se sentaba.

—Pues empieza a comer, no quiero que te mueras, por favor. —Se sentó él también—. ¿Qué haría yo sin ti entonces?

—¿Buscarte a otra? —preguntó bromeando.

—No quiero a ninguna otra en mi vida, solo a ti, Azucena. Solo te quiero a ti, cariño —enunció en un susurro de lo más seductor. Y mirándola con constancia a los ojos, tomó su mano y se la besó con delicadeza. La piel de Azucena se encrespó de los pies a la cabeza—. Solo te quiero a ti, mi bella dama —recalcó.

En ese instante, Azucena escuchó gritar a su corazón cuánto amaba a ese hombre y cómo lo necesitaba a su lado para siempre. Y dejó al motor de su cuerpo explayarse.

—Sí, Yago. Sí quiero —soltó de seguido, sin pararse a pensar más, lo acababa de decidir y confesar.

—¿Sí quieres qué? —preguntó haciéndose el tonto, de sobra sabía él de lo que hablaba ella. Su invención había surtido efecto y se sintió vitoreado en lo alto de su pódium imaginario.

—Casarme contigo. Sí quiero —contestó—. No tengo nada más que pensar. Eres el hombre al que amo.

Yago se levantó de la silla y se acercó a ella, se dejó caer de rodillas, con sus brazos le rodeó la cintura y la besó una y otra vez. Abrazado a Azucena, reposó la cabeza entre sus pechos y dijo:

—Gracias, gracias, gracias, gracias... —repitió de seguido, adornándolo con un par de lágrimas que hicieron tambalear a la doctora.

—Pero ¿estás llorando? —preguntó perpleja, y su turbación terminó respondiéndole con un llanto gemelo, plagado de emoción al sentir cuánto la amaba ese hombre y lo que ella le quería. Azucena se sentía tan afortunada en ese momento tan romántico y dulce, que la pasajera alteración del ánimo no podía dejar de correr por su rostro.

Yago se separó despacio de ella y, con los ojos aún vidriosos, la miró fijo mientras le enjugaba las lágrimas con su dedo pulgar. De nuevo volvió a sacar del bolsillo de su pantalón la cajita que portaba el anillo, la abrió y lo extrajo. Tomando el fino dedo de la doctora deslizó la alianza hasta el final, le besó la mano con ternura y, admirando sus preciosos ojos verdes, le dijo:

—Vas a ser mi mujer en breve, no deseo esperar mucho. No quiero finalizar el año sin ser tu esposo —puntualizó.

—¿Antes de que acabe el año? —preguntó estupefacta.

—Sí —afirmó—. Así que tendremos que ir pensando fechas, lugar y todas esas cosas.

—Desde luego que coges rápido la palabra con todo. —Su tono se pinceló de reproche—. Aunque no sé de qué me extraño, es algo que descubrí el primer día que nos conocimos, cuando me pediste una cita.

—Y yo te contesté que así era, y que ya me irías conociendo. Ahora ya lo sabes, siempre voy a por todo, Azucena.

—Pero son solo tres meses, ¿es una locura! —Terminó riendo aturdida, contemplando lo bonito que era el anillo y lo bien que lucía en su mano.

—Podemos hacerlo muy fácil si tú quieres, para eso está la organización y tú eres igual de organizada que yo, no debe haber problemas —aclaró.

—Lo dices con tanta calma que parece hasta sencillo. —Suspiró con fuerza, acariciando por primera vez la alianza—. Pues vale, cuéntame —le sugirió—. Pero siéntate en una silla, por favor, al final te van a doler las rodillas. Las articulaciones sufren en exceso con esa postura.

—De acuerdo, señora doctora —dijo, levantándose y sentándose—. Vamos a ir por pasos, ¿de acuerdo?

—Vale. —Azucena asintió.

—En primer lugar, ¿prefieres boda civil o religiosa?

—Civil —contestó sin mayor dilación—. Prefiero algo sencillo, sin parafernalias. Además, mi familia no es muy católica, ya lo sabes.

—Muy bien, boda civil —confirmó—. Segundo, elijamos una fecha. Primero el mes y luego el día. Yo me encargaré de llamar al Ayuntamiento de Oviedo para que nos case su alcalde. Como es obvio, lo conozco. —Sonrió.

—¿Diciembre?

—Es mala fecha. —Negó con la cabeza—. Primero está el puente de la Constitución y con nada se han presentado las navidades. Mejor noviembre —aconsejó con firmeza.

—De acuerdo, noviembre. A últimos de noviembre —dijo apresuradamente.

—Mejor a mediados. A últimos la gente ya está preparando el puente de diciembre.

—Está bien. —Sopló—. Pues nos casaremos a mediados de noviembre. —Azucena sonrió de forma sutil, sin poder creerse todavía lo que estaba diciendo.

—Tercero, los invitados y el lugar. No hace falta que invitemos a mucha gente, tan solo a los más íntimos. De ese modo podremos celebrarlo en mi casa. En nuestra casa, Azucena —resaltó.

—¿Viviremos en tu casa?

—Claro —contestó tajante—. Mi casa es más grande, hay mucho más espacio. Sé que te pilla más lejos de tu trabajo, pero ese es el único inconveniente. Además, a lo mejor no estás trabajando mucho tiempo, quizá debas mudarte con tu marido a la Moncloa. —Las comisuras de los labios de

Yago se estiraron hasta los extremos—. Ya soy el candidato oficial para representar a mi partido en las elecciones generales. Igual te conviertes en una primera dama, como en América.

—¿Pero qué dices?! ¿Ya es oficial? ¿Desde cuándo lo sabes? ¿Por qué no me los has contado antes? —preguntó de seguido, quedándose sin aire, saltando a los brazos de Yago y asentándose en su regazo.

—Lo he sabido hace unas horas, antes de venir a verte. Hoy pensaba pedirte matrimonio y recordar este día de forma muy especial, pero se han juntado las dos cosas. No puedo ser más feliz de lo que soy en este momento. —Se besaron con pasión.

—Es una noticia fabulosa. Tan fabulosa como tú. —Azucena lo miró llena de amor y comenzó a besarle el cuello y los hombros, a la vez que inhalaba su fragancia—. Nunca te lo he dicho pero me encanta esta mancha que tienes entre la clavícula y el hombro. —La acarició.

—Pues a mí no me gusta nada —replicó Yago—. Pero es una marca de nacimiento y me han dicho que es difícil quitarla sin que se note.

—¡Ni se te ocurra quitártela! —expresó en tono de queja—. Es bonita, parece un fresón, salvo que en un color más oscuro.

—¿Un fresón? ¿Deliras? Eso más bien parece un mojón que otra cosa, la odio —avisó con deje desdeñoso.

—Pues yo, fresón o mojón, la amo. La amo tanto como a ti —declaró, besando a Yago de forma vehemente—. ¿Sabes una cosa? —preguntó al separarse de su boca.

—¿El qué?

—La comida está para tirarla —advirtió mirando a la mesa—. La ensalada caliente y las tortillas frías. Aunque ahora ya no tengo hambre, tanta emoción me ha dejado sin apetito.

—¿Ni siquiera tienes apetito de mí? —interpeló, contemplándola fijo.

—De ese siempre estoy hambrienta, nunca me sacio, cariño. —Y volvieron a fundirse en un beso.

—Vayámonos a mi casa y lo celebramos. ¿Quieres?

—Hecho, mi amor. Dame unos minutos para vestirme en condiciones.

Azucena se marchó a casa de Yago y en ella celebraron con *champagne* ambas noticias, su compromiso y la elección del consejero para ser cabeza de partido. Al final también terminó durmiendo allí, durante las vacaciones se había acostumbrado a amanecer junto a él y le estaba costando dejar de hacerlo. Mientras se acurrucaba en el pecho de su amado buscando postura para conciliar el sueño, Azucena se alegró al pensar que en breve podría

amanecer todos los días de su vida a su lado; y la idea, la visión de verse cada mañana despertando a su vera, le arrancó una radiante sonrisa. Y muy feliz, por fin, cerró los ojos.

Después de haber pasado la noche junto a Yago en su acogedora cama, lo primero que hizo Azucena nada más llegar a su casa fue coger el teléfono y marcar el número de su hermana. Aun sabiendo que Covadonga estaría trabajando, sentía la imperiosa necesidad de contar a su familia que se casaba y quería que la primera en conocer la noticia fuera ella. Impaciente, esperó a que descolgara.

—¡Hola, Azu! ¿Te ocurre algo? Es raro en ti que me llames a esta hora. —Covadonga habló de seguido sin dar opción a su hermana a decir una palabra.

—Hola, Covi. —La saludó—. No pasa nada, tranquila, todo va bien. Por eso mismo te llamo, por lo bien que va. —Esbozó una sonrisa.

—A ver, me estoy perdiendo. Me llamas en horario laboral para decirme que todo te va bien. ¿No podías haber esperado hasta la noche como siempre?

—No. No podía esperar, hermanita, porque tengo que decirte algo muy importante.

—¡Ves cómo ocurre algo! —replicó—. Ya lo sabía yo, no es propio en ti llamarme a estas horas.

—Covi, me caso —soltó sin más rodeos—. Yago y yo nos casamos en noviembre —enunció llena de emoción.

—¿¿¿CÓ... Cómo??? ¡¡¡Pero qué dices, Azu!!! ¿Casarte? ¿Cómo vas a casarte? —La incomprensión hablaba por Covadonga.

—Pues disponiendo y solventando los papeleos burocráticos que sean necesarios y yendo al ayuntamiento para que nos unan en matrimonio. Ni más ni menos —bromeó.

—No te hagas la tonta, sabes a lo que me refiero —advirtió casi en un reproche—. Hablo de que solo llevas saliendo con Yago unos meses, no os conocéis lo suficiente para dar un paso tan importante, Azu. ¿Has perdido la cabeza?

—Sí, por Yago —respondió rotunda—. Lo amo. Lo amo con toda mi alma. Y él a mí. Y no nos hace falta más tiempo para saber que queremos estar juntos toda la vida. Yago me ha cautivado, pero no solo lo ha hecho su espectacular físico, me ha seducido su inteligencia, su perspicacia, su amabilidad, su simpatía, su atención y ver cuánto me quiere, algo que me demuestra a cada momento. Sé que llevamos poco, que nos vamos a casar habiendo sido novios tan solo seis meses, que todos nos van a tachar de locos; pero lo amo, Covi, nos amamos. Somos felices estando juntos, quiero vivir con él, despertar a su lado, que mis ojos sean lo primero que vean al abrirse y mis labios lo primero que prueben al despertar. Lo amo con todas mis fuerzas, hermana, y a él le ocurre lo mismo.

—¡Madre mía, vaya alegato a favor de tu matrimonio! ¡Buf! —Resopló—. Después de oírte no se te puede rebatir nada, me has dejado sin argumentos y con los ojos vidriosos. ¡Oh, por Dios, qué bonito es el amor! —concluyó con voz temblorosa; la emoción lo causó.

—Yo también me estoy empezando a emocionar, estoy rebosante de alegría —reveló agitada—. Es tan profundo lo que siento que no sé ni cómo describirlo. Tan solo sé que me encuentro pletórica de felicidad.

—¿Y para cuándo has dicho que es la boda? —preguntó con interés, con una actitud por completo distinta a la del principio.

—Queremos que sea para mediados de noviembre, pero Yago tiene que hablar con el alcalde para confirmar la fecha. En cuanto la sepa, os la diré. Ahora voy a llamar a nuestros padres para contárselo, y después a Nicolás y Eztizen. Esta vez sí me encargaré yo de poner al corriente a la familia —explicó sin dejar de sonreír.

—¡Oye! ¿Me lo vas a estar echando en cara el resto de mi vida? —se quejó—. Solo le dije a mamá que estabas saliendo con un hombre, no pensé que ella iba a decírselo a toda la familia antes que tú.

—Pues, por si acaso vuelves a adelantarte, te dejo ya y la llamo. —Sus labios se estiraron más.

—A ver qué te dicen ellos. Quizá mamá se conmueva como yo al escucharte decir lo enamorada que estás de Yago, pero papá... —Chasqueó la lengua—. Papá no sé.

—Ya lo he pensado yo también, no creas que no lo he hecho. —Emitió un suspiro ahogado—. Pero espero que ambos lo comprendan.

—Yo también lo deseo así.

—Hablamos con más calma, Covi.

—De acuerdo, Azu. Te llamo esta noche y me cuentas lo que te ha dicho el resto de la familia. Te quiero.

—Igualmente, hermanita. Adiós.

Fiel a su palabra, Azucena marcó el número de teléfono de su madre para comunicarle la noticia. Con los nervios a flor de piel esperó su reacción, una respuesta que en principio fue muy parecida a la de Covadonga. A Matilde le parecía un acto bastante precipitado, Yago y ella se conocían poco para dar un paso tan importante como era unirse en matrimonio. Pero Azucena le expresó sus sentimientos del mismo modo que había hecho anteriormente con su hermana; y su madre, ante unos argumentos tan firmes y sólidos, solo pudo decirle una cosa: adelante. Si ella estaba convencida y era feliz, no le iba a objetar nada al respecto. Azucena, conteniendo la emoción como buenamente podía, le dio las gracias por el apoyo.

Acto seguido habló con su padre, una cuestión que le inquietaba más. Aunque Azucena desconocía que su progenitor sabía de esa noticia antes que ella misma, y no pensaba poner el más mínimo impedimento. Omitiendo la conversación que hacía semanas había mantenido con Yago, Simón se hizo el sorprendido. No obstante, aun con la ventaja de su conocimiento inicial, todavía desconocía lo más importante para él: los sentimientos de su hija. Por eso, le formuló la única pregunta que a él le importaba, si realmente su deseo era casarse con Yago. Azucena no dudó en contestar un *sí* rotundo; y su padre, percibiendo su firmeza, tampoco esperó un segundo para mostrarle su apoyo. La reacción que más le preocupaba a ella no solo le estaba dando su aprobación, además parecía encantado con la noticia. La emoción le sacudió el cuerpo de forma bárbara, no pudo más que enternecerse, y sus ojos, abarrotados de ilusión, comenzaron a derramar lágrimas. Lágrimas cargadas de felicidad, de dicha, de satisfacción... Lágrimas repletas de gratitud.

Al colgar, Azucena suspiró fuerte, se enjugó el llanto colmado de bienestar y marcó el número de Nicolás. Con él ocurrió más de lo mismo. Primero estupefacción y asombro, le parecía muy repentino un matrimonio. Aunque su hermano le hizo una pregunta que hasta ahora ningún miembro de su familia le había realizado, si estaba embarazada. Tras el rotundo *no* de Azucena lleno de incompreensión, escuchó la voz de su cuñada Eztizen, quien acababa de quitarle el teléfono a Nicolás y le preguntaba qué ocurría. Azucena volvió a decir que se casaba con Yago en noviembre, aunque esta vez aclarando que no estaba embarazada y añadiendo que se querían y por ese motivo no deseaban esperar más. En eso Eztizen sí le dio la razón, alegando que uno nunca sabía cómo iba a salir el matrimonio por mucho que se

conociesen con anterioridad, la convivencia era algo del todo distinto al noviazgo. Y tras su breve explicación, empezó a gritar llena de felicidad porque su cuñada se casaba con el hombre perfecto. Azucena tampoco podía parar de sonreír y le agradeció a Eztizen sus muestras de apoyo. Nicolás volvió a hacerse con el teléfono y solo le preguntó una cosa más a su hermana, qué habían dicho sus padres al respecto. Cuando Azucena le dijo que los dos se habían mostrado felices y contentos, y que incluso se habían ofrecido para ayudarla con todos los preparativos, Nicolás se alegró mucho y por fin le dio la enhorabuena. Se despidieron mandándose unos besos y con la emoción anudando sus gargantas.

Azucena, tan feliz como agitada, se tumbó en la cama mirando al techo, levantó su mano y contempló una vez más el precioso anillo de compromiso. Admirándolo, visualizó su vida junto a Yago, el príncipe azul que toda mujer querría tener a su lado. La sonrisa le brotó con tanta fuerza que se esparció de manera desbordante por el lugar; su alegría ocupó hasta el último recoveco de la casa.

* * * *

A su regreso de vacaciones, Fabián se encontró con la inesperada noticia de la boda de Azucena. En ese mismo instante, el poco corazón que aún le quedaba terminó partiéndose en diminutos pedazos, quemándose a lo bonzo y desvaneciéndose de su pecho. Pero no pensaba decirle a Azucena que esa precipitación le parecía una locura, o que no sabía por qué pero no se fiaba de Yago, o, simplemente, que él la amaba y no podía soportar verla con otro. No. No pensaba mencionarle nada ni contradecir su decisión. No quería discutir con ella, no deseaba perder también lo único que le quedaba, su amistad.

Haciendo un sobre esfuerzo, Fabián le dio la enhorabuena a su amada, la abrazó, la besó en sus maravillosas y suaves mejillas, e incluso se marchó a tomar un café con ella antes de que Azucena abandonara el hospital; acababa de finalizar su turno. Con el alma deshecha y a pequeños sorbitos, el doctor apuró el café oyendo la felicidad que la mujer de sus sueños no dejaba de expresar. No paraba de hablar de Yago, el hombre de su vida, con el que se casaría en breve en un acto muy íntimo. Pero si le parecía duro soportar la conversación, lo peor para él aún estaba por llegar, y en ese conciso instante comenzó a resbalar por los labios de Azucena.

—Fabián, si quieres puedes ir acompañado, no hay problema.

—¿Acompañado? —preguntó confuso.

—Sí, claro —respondió, y aclaró—: Me refiero a la boda, tú también estás invitado.

—¡Ah! —exclamó titubeante—. Como has dicho que iba a ser algo con muy pocos invitados creí que no estaría en la lista, una razón de peso con la que no iba a molestarme —declaró, intentando que no se apreciase su aflicción, pensando que no quería acudir.

—Y será algo muy íntimo, pero quiero que tú estés allí —afirmó, mirándolo con ternura—. Eres una persona muy importante para mí.

—Pues muchas gracias por el detalle —intentó sonar agradecido.

—¿Acaso tú no piensas invitarme a tu boda? —preguntó de forma inocente.

—Yo no pienso volver a casarme, nunca —contestó tajante.

—¡Eh, eso no lo puedes asegurar! —replicó Azucena—. Jamás digas «De esta agua no beberé», nunca se sabe.

—Yo puedo asegurarte que sí lo sé —respondió muy serio, observándola sin pestañear, pensando que de no hacerlo con ella jamás se casaría.

—Vale, de acuerdo, no te enfades, hombre. Has arrugado hasta los labios y el entrecejo. —Lo miró con incompreensión.

—No me enfado, tan solo te he confesado una evidencia.

—Lo que tú digas, no voy a discutir. Y ahora me voy, tengo muchas cosas que hacer. Adiós.

—Adiós —repuso Fabián de forma lacónica, viendo cómo se alejaba Azucena mientras él intentaba recomponer su destrozada persona.

Por fin llegó el esperado día del enlace entre Azucena Carbajal Arango y Yago Junquera Miller. Era un viernes con sol de otoño, de buena temperatura a esa hora, las cuatro y veinte de la tarde. La ceremonia tendría lugar en el Ayuntamiento de Oviedo, a las cinco, pero los asistentes comenzaron a acudir con tiempo suficiente, y los primeros en llegar fueron Yago y Felipe Manzanedo, acompañado de Maruja, su mujer. Maruja era la antítesis de Felipe, tanto en el físico como en el carácter. Ella era atractiva, de finas facciones, ojos garzos, bajita y menuda; Felipe de físico bastante normal, con unos grandes y rollizos carrillos que casi tapaban sus pequeños ojos negros, alto, muy corpulento y con una más que prominente barriga. En Maruja todo, hasta lo más insignificante, resultaba problemático. Además, era un poco seca, en ocasiones hasta miraba por encima del hombro, aunque esa áspera actitud variaba en función de a quién se dirigiese, evidentemente. Pero sobre todo, y de continuo, la señora medía cada uno de los pasos de Felipe cuando estaba con él. No le gustaba la espontaneidad que exhibía su marido con ciertas personas, con las que ella consideraba de clase inferior. Felipe, por el contrario, era afable, campechano, le gustaba tomar en consideración a todo el mundo y siempre intentaba quitar hierro hasta al peor de los asuntos. Eran muy diferentes y Manzanedo lo sabía, de hecho solía comentarle a Yago que precisamente amaba a Maruja porque tenía todo lo que a él le faltaba. Aunque Yago tenía su propia tesis ante ese respecto, a su juicio creía que el presidente del Principado tan solo estaba con ella por la misma razón que él quería estar con Azucena, porque a ambos les interesaba tener a su lado ese tipo de mujeres, no porque se hubieran enamorado.

Según se apearon del vehículo, los fotógrafos, que estaban apostados a las puertas del Ayuntamiento, comenzaron a dispararles fotos y a ametrallarlos con preguntas. La policía, encargada de velar ese día por la seguridad de los asistentes, los mandó separarse y no molestar más de lo justo y necesario,

algo que no agradó a los periodistas. El alcalde los estaba esperando en la misma puerta del edificio, pues allí, en ese momento, no se encontraban el novio y testigo del enlace, sino dos personalidades de relieve: uno de los candidatos a la presidencia de España y el presidente del Principado de Asturias. Era obvio que había que recibirlos cómo se merecían, con el Ayuntamiento a sus pies.

La siguiente en llegar era Ingrid Miller, la progenitora de Yago, una madre que no tenía ninguna relación con su hijo desde hacía años. De hecho, en un principio, él no pensó invitarla, pero posteriormente, con el asunto sopesado, creyó que la falta de asistencia materna en un día tan importante no sería muy comprensible ni estaría bien visto. Además, ahora que su vida interesaba bastante, los periodistas y su manía por husmear podrían indagar sobre el porqué de esa ausencia, y no le convenía ningún tipo de especulación que pudiera acarrearle mala prensa. Así que aun disgustándole su presencia terminó claudicando, y la invitó. Eso sí, Yago ni siquiera se molestó en llamarla para hacerlo, le mandó la invitación por correo y añadió con ella una breve nota: «Compórtate como debes. Hazlo por tu bien y por el de todos. No lo olvides».

Ingrid inhaló una gran bocanada de aire al bajar del taxi que acababa de dejarla a las puertas del Ayuntamiento, y observó el edificio con cautela. Era una mujer de cabello dorado, tez blanca, ojos azules y una silueta estilizada y esbelta que conservaba el mismo aspecto de cuando tenía treinta años; aunque muy lejos quedaba su época de juventud, pues ahora estaba próxima a cumplir los sesenta y tres. Antes de penetrar por la puerta del Ayuntamiento, los periodistas comenzaron a lanzarle fotos a la voz de «Por favor, mire a la cámara», aunque Ingrid hizo caso omiso a tal petición. Bastante tenía ella con estar allí, con verse con su hijo, la última persona con la que deseaba cruzarse. Pero Yago la había invitado y estaba en la obligación de acudir, no podía llevarle la contraria, le daba miedo la reacción de su hijo ante una negativa. Y fue aun sabiendo que se sentiría incómoda estando cerca de él, más siendo presentada como su madre, un hecho del que se avergonzaba, del que en más de una ocasión había deseado que no se hubiera producido nunca. Sin embargo, ya era tarde para desearlo, Yago estaba en el mundo, y además con la intención de gobernar una nación. Imaginar que su crueldad tuviera tanto poder a Ingrid le produjo escalofríos; y en medio de la turbante reflexión, recordó a su padre. Estaba convencida de que si él pudiera ver en lo que se había convertido su nieto volvería a morirse, esta vez de pena y vergüenza. Y de repente, volvió a hacerse la misma pregunta que desde la llegada de la

invitación no había parado de rondarle por la mente: quién podría casarse con Yago. De todas las hipótesis que había barajado tan solo apoyaba dos, y del todo contrarias, aunque terminó decantándose meramente por una: la ingenuidad. De seguro que su hijo encontró a un alma inocente a la que había camelado por una intención, buscando algún beneficio para su persona. Todo cuanto Yago hacía y había hecho en la vida era con la única y firme idea de beneficiarse. Ella lo sabía mejor que nadie, sabía de lo que era capaz, lo conocía, por desgracia lo había parido hacía casi cuarenta años; hecho del que no paraba de arrepentirse en silencio.

Unos minutos más tarde, el siguiente en aparecer era el padre de Yago, Blas Junquera. Blas era un hombre que pese a contar con sesenta y seis años seguía siendo atractivo y seductor, compartía un físico muy parecido al de su hijo, y agradecía a Dios que fuera lo único que compartía con él. Él sí había tenido la suerte de ser invitado por Yago a través del teléfono, oyendo su voz, al menos la forma resultó bastante menos fría a la realizada con su madre. Aunque su hijo también le sugirió una cosa, o más bien le advirtió de ello, de ir solo. Yago no tenía ganas de que la prensa convirtiera su boda en un circo.

Con resignación, su padre confirmó su asistencia. Si bien su resignación no era consecuencia de que su actual mujer e hijos hubieran sido vetados para asistir a ese enlace, ni tampoco por encontrarse con Ingrid, su exmujer; nada de eso. Su sentimiento de tolerancia solo estaba producido por verse con su hijo, circunstancia que en absoluto le apetecía. Pero si no asistía sabía que habría represalias, y temía esa respuesta de Yago tanto como a una tormenta eléctrica en medio del bosque. Conocía de sobra el carácter vengativo de su hijo, era mejor transigir a sus peticiones, y total solo iba a ser un día, mucho menos, tan solo unas horas en las que soportar su presencia y hacer el paripé de padre. Aunque él nunca se había sentido padre con Yago, al menos no de la misma forma que se sentía con sus otros dos hijos. El amor que le nacía por ellos jamás había sido semejante al que brotaba por su primogénito, pero tal hecho estaba avalado por una causa: nunca se había sentido querido por Yago. Su hijo siempre había sido muy independiente desde pequeño y jamás buscó el consuelo ni el amparo de sus padres, ni lo quería. Tan solo en una ocasión le dejó arropar su aflicción, cuando murió su abuelo; esa fue la única vez que lo vio roto de dolor. Siendo apenas un mocoso Yago ya mostraba una tremenda seguridad que a Blas le parecía temerosa. Nunca lloraba si se caía, nunca protestaba cuando se le negaba algo, pues de una u otra forma lo terminaba consiguiendo, y nunca sentía miedo hacia las cosas normales que cualquier niño de su edad temía. Pero cuando llegó a la adolescencia, la

situación empeoró. Llamaba poderosamente la atención su cambio, su actitud narcisista y su falta de empatía. Su excesiva confianza en sí mismo lograba que todos los de alrededor se sintieran inferiores a él. Siempre le gustaba mandar, manipular, dominar, tener poder ante las personas. Y si alguna vez se sentía engañado o traicionado por alguien, este pagaba su osadía con creces. A Yago no le importaba causar daño, no sentía remordimientos si veía sufrir por el detrimento de su venganza, todo lo contrario, eso le provocaba placer, le engendraba una sonrisa difícil de borrar durante días. Percibir cómo disfrutaba su hijo del dolor ajeno a Blas le ponía los pelos de punta. Y sintiendo un leve encrespamiento por su piel al recordarlo, y con los fotógrafos teniéndolo como objetivo y lanzándole alguna que otra pregunta a la que él no dio respuesta, por fin entró en el Ayuntamiento.

Los siguientes en llegar, en dos vehículos diferentes, eran Azucena y su familia. A bordo de uno de ellos, y teniendo como piloto a su hermano Nicolás, iban Azucena y Covadonga, madrina del enlace, no quería que la llamasen testigo. En el otro automóvil, y conducido por Simón, el patriarca, iban Matilde y Eztizen, madre y cuñada de la novia. Todos iban engalanados. Los hombres con sus mejores trajes, ambos de oscuro, con camisas blancas y corbatas de seda en colores vivos. Las mujeres con un precioso vestuario que realzaba más su belleza, pero sin ensombrecer en ningún momento a la verdadera protagonista: la novia. Azucena lucía un impresionante vestido blanco entallado, con un largo que le tapaba sutilmente las rodillas, y lo había conjuntado con una estela de pelo sintético del mismo blanco inmaculado. Normalmente era una mujer guapa al natural, sin tener que recurrir a maquillajes ni a ningún otro aditivo similar; pero ese día Azucena estaba espectacular, radiante, de cortar la respiración. Durante los pocos segundos que transcurrieron desde que se apeó del coche y entró en el Ayuntamiento, junto a su familia, los fotógrafos no dejaron de disparar con sus cámaras una y otra vez, originando una luz cegadora con los *flashes*.

Acto seguido, y en goteo, fueron llegando el resto de invitados. Juan Olmedo, el director del hospital, con su esposa; dos doctoras y una enfermera, las tres compañeras de Azucena; los tíos de esta y sus primas; tres amigas de la infancia, con las que se veía poco al no residir ninguna en Oviedo, pero con las que Azucena nunca perdió el contacto; y un pequeño grupo de políticos, con sus respectivas parejas, fueron los encargados de cerrar la comitiva de asistentes a aquella íntima celebración. Todos los que habían sido invitados ya se encontraban dentro del Ayuntamiento. Todos excepto uno, Fabián.

Fabián estaba a punto de salir de su casa cuando comprendió que no podía asistir a la boda. Resultaba muy duro saber que Azucena no le quería, más aún aceptar que se casaba con otro y tras ese enlace toda pequeña posibilidad de esperanza se desvanecía, como para encima presenciárselo. Estaba convencido de que ella se disgustaría al no verlo allí, pero también sabía que se le pasaría en cuanto Yago la mirase a los ojos. A los ojos verde esmeralda que Azucena poseía, los que lo habían enamorado a él, los que ya no podía apartar de su corazón porque se habían grabado a fuego. Los mismos que veía a diario en el hospital, a los que no paraba de gritarle en silencio cuanto la amaba. Esos ojos de los que él no era dueño se olvidarían rápido de su ausencia, nada más se reflejaran en los de Yago ya no se preguntaría por qué su compañero y amigo no había asistido a su enlace. Cómo iba a preocuparse de su falta de presencia si el único que debía estar allí era el hombre que ella amaba.

Suspirando fuerte, sintiéndose derrotado, Fabián se sentó en el borde de la cama. Una cama solitaria en la que en más de una ocasión había soñado con amar a Azucena. En su fantasía recorría su sedosa piel a sorbos, la besaba hasta perder la conciencia, la amaba de una forma tan dulce que sus corazones se adherían transformándose en un solo ser, y acababan acurrucados el uno en el otro, gozando de su gran amor. Eran ilusiones que nunca se verían realizadas, que se habían fracturado con la llegada del consejero a la vida de Azucena. Imaginaciones que lo estaban destrozando por lo irrealizables que eran. Mientras se desanudaba la corbata, el líquido acuoso de sus ojos le emborronó la visión. Pero Fabián no lo frenó, dejó que las lágrimas se deslizasen sin ningún pudor ni vergüenza, permitiendo que su llanto arrastrara todo el penar que acarreaba desde hacía seis meses. Para su desgracia, Azucena era la mujer que él amaba y amaría siempre, aunque ella lo ignorase y jamás tuviera la oportunidad de saberlo.

* * * *

Pasados unos minutos, habiendo tomado asiento los asistentes, el alcalde entró en la sala habilitada para llevar a cabo el enlace, y el murmullo pasó a ser silencio. Los presentes escucharon atentos sus palabras, hasta que la corta ceremonia civil concluyó declarando oficial la unión entre Azucena Carbajal Arango y Yago Junquera Miller. El intercambio de anillos y el beso de la pareja pusieron el broche final. Y la felicidad, en forma de aplausos, se extendió por las paredes de la sala.

De inmediato, los invitados comenzaron a felicitar a los novios. Algunos lo hicieron con entusiasmo, otros con alegría y unos cuantos henchidos de emoción. Estos últimos, como era indudable, se encontraban en la familia de Azucena. Todos sus miembros eran incapaces de contener la intensa alteración anímica en ese feliz momento.

Yago, interpretando el papel de buen hijo, presentó a sus padres tanto a su mujer y familia como a Manzanedo y al resto de compañeros de partido, pues ninguno los conocía. En medio del barullo de felicitaciones y presentaciones, Azucena echó en falta a Fabián. Miró por toda la sala, primero de forma veloz, seguidamente con más calma; pero su vista no lo encontraba, no estaba allí. Con premura, se acercó a preguntar a Olmedo si había venido con ellos, quien le corroboró lo que su vista ya había hecho, Fabián no había asistido al enlace. Preocupada, le preguntó si le ocurría algo, y, negando con la cabeza, Olmedo le contestó no tener idea, lo había llamado un par de veces pero no respondía al teléfono. Sus colegas de profesión le contaron lo mismo, también habían llamado a Fabián pero él no había establecido contacto. El alegre semblante de Azucena mutó por uno triste, lleno de incomprensión ante su falta. Yago, tan observador como de costumbre, se percató al segundo y se acercó hasta ella.

—¿Qué te ocurre, cielo?

—Fabián no ha venido y nadie sabe nada de él —explicó apesadumbrada.

—Tranquila, no le pasará nada —le dijo, reflejándose en sus ojos y marcando una sutil sonrisa—. Igual se le ha hecho tarde y llega en un rato. Tú no te preocupes y disfruta de tu día, nuestro día. Nuestra boda, cariño —le recalcó con ternura—. Te quiero mucho. —La besó en los labios.

—Y yo a ti, mi amor.

—Bueno, ahora será mejor que nos marchemos a casa a celebrarlo junto a nuestros invitados. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, vámonos. —Le regaló una bonita sonrisa.

* * * *

Todo salió a pedir de boca. El servicio de *catering* que Yago había contratado fue de lo más efectivo y eficiente en todos los aspectos y detalles. Tanto en adornar y colocar de forma primorosa el salón de su casa para acoger a los cerca de cuarenta invitados como en servir y preparar los mejores manjares, capaces de derretir los paladares más sibaritas. El cóctel de bienvenida y la posterior cena habían sido un auténtico éxito.

La gente abandonó las mesas y se dispersó por el salón empezando a hablar los unos con los otros. Matilde y Simón aprovecharon la ocasión para conocer más a los padres de Yago, algo normal ya que eran consuegros. Yago no les quitaba los ojos de encima e intentaba estar lo más cerca posible de ellos, una maniobra que no pasó desapercibida por sus progenitores, que comenzaron a sentirse intimidados. Azucena intentó repartirse entre todos, familiares y amigos, gente que ni conocía pero que eran importantes para Yago, su marido, y por lo tanto para ella. Y de esa forma, la velada transcurrió con celeridad.

Después de unas cuantas copas con las que la noche se alargó hasta las primeras horas de la madrugada, llegó el momento de las despedidas, y los invitados empezaron a abandonar la casa de Yago. En un momento en que Ingrid vio a su hijo demasiado ocupado con sus amigos políticos, decidió ir a despedirse de Azucena. Esa mujer le parecía un alma noble y buena y sentía lástima por ella.

—Azucena, me marcho ya para mi hotel. He llamado a un taxi y tiene que estar al llegar —le anunció con su acento británico—. Ha sido un placer conocerte a ti y a tu familia.

—El placer ha sido mío, Ingrid. Y ya sabes, puedes venir cuando quieras, aquí tienes tu casa. —Le dio dos besos.

—Muchas gracias —contestó, pensando que Yago no opinaría lo mismo.

—No, lo digo en serio. Tienes que venir, tenemos que conocernos más. Hoy apenas he podido hablar contigo y eres mi suegra, y en un futuro la abuela de mis hijos. —Sonrió.

—Claro, llevas toda la razón. —Ingrid sintió un dolor agudo en el corazón viendo la inocencia que desprendía la joven. Un impulso incontenible surgió de su interior, algo más fuerte que ella, que estaba por encima de su miedo y que no pudo acallar, y con voz temblorosa le dijo—: Azucena, por favor, ten cuidado con mi hijo.

—Querrás decir que cuide de tu hijo, te estás liando al hablar. —Desplegó una vez más los labios—. Aunque no te lo puedo reprochar, llevas más de veinte años viviendo de nuevo en Londres.

—No, querida, sé lo que he dicho. —La cogió de las manos—. Ten cuidado, a veces las personas no son lo que parecen.

—¿Ya te vas, mamá? —preguntó Yago, apareciendo de repente.

El corazón de Ingrid palpitó con extrema violencia, y veloz, soltó las manos de Azucena.

—Sí, me marchó ya —contestó—. Me estaba despidiendo de Azucena. Adiós, querida.

—Ingrid, por favor, dame tu número de teléfono y te llamo un día de estos.

—Luego te lo doy yo, cielo —comentó Yago.

—¿Y qué más te da que me lo dé ella ahora? —preguntó inocentemente.

—También es cierto —afirmó él, con una falsa sonrisa.

—A ver dime, que lo anoto en mi móvil.

Azucena, que se había cambiado de ropa después de la cena para estar más cómoda, sacó el teléfono del bolsillo de su pantalón y oyendo atenta a Ingrid lo grabó en la agenda.

—Ahora te hago una llamada perdida para que tengas tú mi número —dijo, y el móvil de Ingrid comenzó a sonar. Sonriendo, Azucena cortó la llamada—. ¡Ya está! Ya dejo que te marches. Adiós, Ingrid. —Volvieron a darse dos besos, y la madre de Yago hizo ademán de marcharse con urgencia.

—Espera, mamá, te acompaño hasta la puerta —anunció Yago—. Ahora mismo vuelvo, cariño —se dirigió a Azucena, dándole un beso en los labios. Y se marchó a la salida con su madre, a la que el miedo comenzaba a asfixiarla.

Azucena los observó mientras se alejaban y repasó en la cabeza lo que Ingrid acababa de decirle sobre Yago, sin entender nada. Y al no encontrar lógica alguna a sus palabras, prefirió apartarlo de inmediato, estaba demasiado feliz como para perder el tiempo pensando en algo incomprensible.

Al salir afuera, al jardín, Yago cogió a su madre por el antebrazo con rudas formas y tiró de ella con brusquedad, hasta llegar a un lateral de la casa donde nadie podía verlos. Ingrid notó una excesiva angustia recorriéndole las entrañas, anudándose hasta formar un ocho con ellas.

—¿Se puede saber qué estabas hablando con mi mujer? ¿Se te ha olvidado lo que te puse en la nota que acompañaba a la invitación? ¿Dime? —preguntó enfurecido.

—Lo que no entiendo es por qué me has invitado —respondió—. Sé que mi presencia no te es agradable y no dejo de preguntarme por qué has querido que esté aquí. Aunque seguro que lo has hecho por algún interés, de eso no me cabe duda.

—Eres muy perspicaz, madre —manifestó con deje desdeñoso—. Desde luego que tu asistencia solo se debe a un interés para mí, no sería muy razonable que mi madre no asistiera a mi boda, no tengo ganas de escuchar

paparruchas de ningún tipo por ahí. Por eso estás aquí, que te quede claro. Pero mismamente por eso te puse una regla, que te comportaras, y la mejor forma para hacerlo es estando callada. Y si quieres hablar con mi mujer lo haces conmigo delante.

—No te preocupes, no le he dicho nada a Azucena que pueda perjudicarte —dijo con entereza para que no notase que mentía.

—Preocúpate tú de seguir así, calladita. Y que no me entere de que hablas con ella por teléfono, o quieres que te recuerde lo que puede suceder si me desobedeces.

—No hace falta que vuelvas a amenazarme, con una vez bastó y ya sufrí las consecuencias durante años, hasta que tu abuela murió.

—Pues no me hagas recordártelo de nuevo, madre —habló airado—. Y ahora márchate y olvídate, ya sabes que no eres bien recibida.

—Espero que algún día Dios te perdone, Yago, porque yo no puedo. No puedo ni perdonarme a mí misma por ser tu madre.

—¡Lárgate y púdrete en el infierno! —escupió con furia y menosprecio, acariciando el odio con las palabras.

—Espero que ese día me pudra a tu lado. Porque yo sé que me he ganado el infierno a pulso por encubrirte.

Ingrid abandonó el jardín con paso acelerado y esperó en la calle el taxi que había solicitado. El padre de Yago, que había salido afuera a fumarse un cigarro, la vio correr hacía la salida, e inminentemente visualizó la figura de su hijo en dirección a la casa. Enseguida supuso que se había ocasionado un desencuentro entre ellos, y se acercó hasta él.

—¿Qué ha pasado? ¿Una vez más has discutido con tu madre?

—¡Y a ti qué te importa! —respondió de mala manera—. Ya no estáis casados y no os debo explicaciones a ninguno.

—No sigue siendo mi mujer pero sí tu madre, y no me gusta veros discutir.

—Pues si no te gusta ya sabes lo que tienes que hacer. Lárgate como ella, no hagas que te eche yo.

—¡No entiendo por qué nos has invitado a tu boda si tanto nos odias! —arguyó—. Nosotros no te pedimos que lo hicieras. Aunque no lo creas, hemos hecho un gran sobreesfuerzo para venir. ¿O crees que nos agrada ver cómo nos desprecias?

—¿Y a qué esperas para irte, eh? La boda ya se ha acabado. No continúes más haciéndote el mártir porque ese no es tu papel —le reprochó—. Tu papel siempre ha sido el de ser un mujeriego que se acostaba con toda la que podía

y mi madre lo toleraba. Un asaltador de camas ajenas y una cornuda consentidora, esos eran vuestros papeles y yo os importaba una mierda — siseó con menosprecio—. ¿Crees que a mí me agradaban vuestros comportamientos? ¿Vuestras discusiones en las que se ponía de manifiesto toda la mierda que escondíais? —preguntó enojado, clavando una mirada fulminadora a su padre.

—¡Las cosas no eran así, tú las cuentas como te vienen en gana!

—¿Ah, sí? ¿Yo las cuento como quiero? ¿Entonces me invento que tú no querías que me fuera a vivir contigo cuando os separasteis? ¿También imagino que preferiste a tu nueva mujer antes que a tu hijo? ¿Verdad?

—Tenía todo el derecho a rehacer mi vida —replicó a la defensiva.

—¿Y mi vida? ¿Acaso os importaron mis sentimientos a alguno de los dos? —Su timbre sonó desapacible y fuerte—. ¡Desde luego que no, joder! —expresó con rabia—. A mí solo me quiso una persona: mi abuelo. Un hombre maravilloso que igual no habría muerto si tú no hubieras decidido irte, pero como no le soportabas te largaste. Te largaste y mi madre te siguió como una perra en celo, temía que no supieras tener la polla guardada en los pantalones y dejó a su verdadera familia allí.

—Para tu información te diré que era tu abuelo el que no me soportaba y me humillaba de continuo. —Blas elevó la voz, cabreado.

—Ni se te ocurra levantarme el tono en mi casa —le advirtió con los dientes apretados, con la ira resbalando por su aliento—. Y si mi abuelo te trataba así sería porque te lo merecías, estoy seguro. Y no se te ocurra mencionarlo, para hablar de él antes debes limpiarte la boca, ¿te ha quedado claro? Pues márchate de una puta vez.

Yago dio a su padre un fuerte empujón con el hombro, apartándolo del medio de forma áspera, y se encaminó de nuevo a su casa. Una vez más, Blas sintió escalofríos al ver en su hijo esa mirada de odio que tanto le asustaba. Con lentitud, comenzó a andar hacia la salida, entretanto contemplaba alejarse a Ingrid en el interior de un taxi, a la vez que no dejaba de pensar en lo que habían hecho mal, qué tipo de persona habían engendrado y traído al mundo.

La luna de miel fue toda una sorpresa para Azucena. Yago la había convencido de que se marcharían a Porto Santo, en Madeira, una isla que era un frondoso oasis en medio del Atlántico y con una interminable playa de arena fina y dorada. Estaba encantada con ir a esa pequeñita isla alejada de todo, aunque sabía que debido a la época del año en que se encontraban apenas podrían bañarse. Si bien el hotel que Yago decía haber elegido, el cual estuvieron viendo por Internet, era tan fabuloso que no echarían en falta el mar. Pero el día que llegaron al aeropuerto a coger el vuelo, Yago la sorprendió confesándole que en realidad volaban en dirección isla Mauricio, un pedazo de paraíso entre las tropicales aguas del Océano Índico. Arenas blancas, aguas color turquesa, cálidas temperaturas y exuberante vegetación era lo que en verdad los aguardaba. Azucena saltó de la ilusión una y otra vez tras oírlo. Si la isla de Madeira le parecía maravillosa, isla Mauricio resultaba de ensueño.

El hotel en el que se alojaron dejó a Azucena sin palabras. Era un complejo de villas privadas con servicio de mayordomo, piscina individual con su correspondiente parcela de jardín, una ducha de lluvia que era el sueño de más de un mortal y un impresionante *spa* situado en el edificio central, en el que se podían realizar todo tipo de tratamientos. El recinto estaba lleno de lujos y detalles, enclavado en la misma arena, orientado al mar y con unas vistas que dejaban sin sentido. Calificarlo de fascinante sería por completo escaso y ridículo, aquello iba un grado más por delante de todo eso.

Yago y Azucena aprovecharon los días para realizar todo tipo de excursiones, visitas a reservas, parques nacionales, jardines botánicos, cascadas impresionantes, lagos increíbles... Un día en alta mar avistando delfines, cetáceos y pájaros marinos; otro visitando la Isla de los dos cocos; otro haciendo un crucero en catamarán... Incluso llegaron a realizar actividades acuáticas en las que se incluía el buceo en moto submarina y con

las que vieron tortugas gigantes, bancos de corales y peces de todo tipo y colores. Habían sido doce días increíbles sin parar de hacer actividades y de amarse, y empezaban a sentirse agotados. Por eso mismo, por el cansancio que sentían, los dos últimos días que les quedaban en ese paraíso decidieron relajarse, disfrutar bañándose en el maravilloso mar y estar tumbados en las cómodas hamacas. A la caída del sol, como habían hecho a lo largo de su estancia, cenaban en la playa bajo un cenador que cada noche, y junto a unas antorchas clavadas en la arena, los acogía. Al finalizar su romántica cena frente al mar, preparada por el mayordomo personal, se marchaban al complejo principal, donde había fiestas temáticas. Allí pasaban un buen rato, se tomaban unas copas y se divertían.

Una de las camareras, la que más veces los atendió porque sabía español y quería practicarlo, era una joven muy simpática de padre africano y madre croata, mulata y con unos impresionantes ojos azules. Azucena y Yago terminaron haciendo muy buenas migas con ella; aunque la joven, sobre todo, las hizo con el guaperas de Yago, que cada vez que la miraba fantaseaba con sometimientos. Estaba convencido de que era una de esas mujeres de tendencia liberal, de las que se acostaban cada noche con un hombre diferente para aplacar su fogoso cuerpo lleno de juventud. Con esos pensamientos, se imaginaba doblegándola hasta hacerle suplicar, hasta ver al miedo correr por sus azules ojos casi transparentes. La excitación no dejaba de avasallarlo con fuerza cada noche, y para mitigar un poco su degenerada exaltación, hacía el amor con Azucena de forma más salvaje a la habitual, aunque no con la garra que pretendía y necesitaba, y de esa manera sus instintos no se saciaban nunca. Precisaba practicar el sexo depravado al que estaba viciado y alejado por mucho tiempo, le era imposible contenerse más.

Alimentando más las enfermas fantasías de Yago, Anica, así se llamaba la joven camarera, no dejaba de hacerle ojitos cuando Azucena no miraba. Él la siguió el juego y eso dio lugar a un furtivo flirteo por parte de ambos; hasta llegar a la última noche de estancia en aquel paradisiaco lugar. Esa noche, Yago planeó la manera de irse solo a tomar unas copas, y para poder hacerlo, puso un somnífero en la copa de vino de su mujer. Cuando la somnolencia dejó grogui a Azucena, la metió en la cama durmiendo como un tronco, y se marchó a ejecutar su plan.

Yago pidió una copa a Anica, quien, inmediatamente y un poco extrañada, le preguntó si esa noche estaba solo. Dando inicio a su ritual de seducción, le contestó que Azucena había preferido quedarse a descansar, mañana regresaban a Oviedo y les esperaba un día largo. Anica no tuvo que esforzarse

para percibir lo receptivo que estaba Yago a tontear, y tras un rato oyéndole sutiles pero directas insinuaciones, le comentó que su turno terminaba a las tres, por si quería tomarse algo con ella. Yago no lo dudó un segundo, con la invitación, su plan acababa de dar el pistoletazo de salida. Con su habitual habilidad, logró llevar la conversación más lejos, y decidieron tomar esa copa en la casa de Anica, que estaba muy cerca del complejo. Pacientemente Yago permaneció allí, esperándola mientras bebía unas copas más, deseando con ansia que el reloj diera la hora indicada, sin parar de fantasear con ella, imaginando su piel de tono acaramelado bajo sus manos. Un color que nunca antes había palpado, solo había estado con mujeres de raza blanca y la novedad le hacía desvariar de forma descomunal.

Con la plaga de fantasías tomando y disparando su cabeza, cuando llegó a casa de Anica su excitación era un hecho. Tan patente resaltaba bajo los pantalones vaqueros que a la joven le pareció gracioso, y junto a una sonrisa posó su mano en esa particular zona con la intención de acariciar. La brusquedad de Yago asomó al instante, y mientras le comía la boca como un loco la empujó hasta la pared, empotrándola contra ella sin pensar en nada, sin ningún miramiento. El ansia por aplacar su depravación le nubló los sentidos.

—¡Eh, calma, no seas bruto! —se quejó—. ¿O es que tu mujer te tiene muerto de hambre?

—Mi mujer no me da lo que me apetece, pero tú sí me lo vas a dar, preciosa.

Yago, igual que un poseso, comenzó a retirar, casi arrancar la ropa a Anica; acción que a ella le resultó divertida por las ganas de sexo que parecía entrañar. De seguido la cogió en brazos y la estampó en la cama, se puso a horcajadas encima de su cuerpo y la besó enloquecido. Pero esa locura no era más que una estrategia para atarle las manos con su camiseta a uno de los adornos de metal del cabecero.

—¡Oye! ¿Por qué me atas? —preguntó entre risas, con cierta desvergüenza—. ¿Te pone cachondo hacerlo así?

—Sí, me pone un montón, nena. —Sonrió él también a la par que tiró de su mata de cabello hacia atrás, despejando su cuello y deslizando su lengua por él, dándole un largo lametón que encrespó la piel de Anica.

—¿Y a tu mujer no le gusta hacerlo de esta forma?

—No exactamente. A mi mujer no le gusta follar de la misma manera que a mí. ¿Tienes un pañuelo largo? —le preguntó.

—¿Y ahora qué quieres? ¿Vendarme los ojos? —interpeló medio riendo.

—Exacto. ¿Ves? Tú y yo nos vamos a entender a la perfección. —Le guiñó el ojo.

—Abre la puerta del armario y en una percha encontraras algunos colgados. Coge el que más te guste.

Yago tomó uno rojo de seda, largo, resistente, y regresó a la cama. Antes de hacer nada, le besó los pechos una y otra vez, para el agrado de Anica que jadeó gustosa. Con suavidad, pasó el pañuelo por debajo de la cabeza de la joven mulata, pero lo bajó hasta el cuello y de forma delicada le dio una vuelta.

—¿Qué haces? ¿No ibas a vendarme los ojos? —interpeló de forma pícaro.

—No, he cambiado de idea. Voy a hacer otra cosa para follarte como a mí más me satisface —contestó, abriéndose hueco entre sus piernas y entrando en ella de forma brusca.

—¡Eh, calma esas formas! Me has hecho daño. —Volvió a quejarse, aunque Yago, haciendo caso omiso, empezó a moverse de forma ruda—. ¡Para, para, para! Esto no me gusta, así no quiero seguir —gritó.

—No tiene que gustarte a ti, sino a mí —afirmó, empezando a estirar de los extremos del pañuelo entrelazado a su cuello, asfixiándola mientras violentamente profanaba su cuerpo, a la vez que ella se revolvió aunque sin éxito.

Viendo transitar el miedo por la mirada de Anica como hacía tiempo, las embestidas de Yago perdieron la cordura y entraron en la vorágine de la depravación más perversa. Su endemoniada cadencia no paró hasta alcanzar la meta. El placer que obtuvo hizo que sus fuerzas flaquearan por un momento, y el pañuelo que estrangulaba a Anica con crueldad se destensó. La joven tomó aire de golpe y empezó a toser de forma desmedida. Yago proseguía disfrutando del placer que el ansiado encuentro le había otorgado y permanecía quieto, vibrando.

—¡Maldito hijo de puta! —expresó Anica con dificultad, con falta de aire, con tos de por medio, con un par de alaridos—. ¡Estás loco, eres un depravado! Pagarás por lo que me acabas de hacer.

—¡Calla! ¡Calla de una puta vez! —gritó él volviendo a estirar del pañuelo con ensañamiento, sintiendo el cuerpo de Anica sacudirse sin parar para quitárselo de encima. Hasta que dejó de moverse, aunque Yago continuó ejerciendo la misma presión en su cuello durante unos minutos más, asegurándose su muerte—. Por fin has callado. Por fin —dijo, respirando con vigor, con los brazos temblándole por la fuerza realizada. Era la primera vez

que llegaba tan lejos, que terminaba matando a alguien—. Lo siento, pero entiéndeme, no podía dejar que hablastes a nadie de esto —comentó con calma—. Esta vez no me escondía detrás de mi máscara y el precio a pagar por conocer mi secreto era tu vida. Aunque, si te sirve de consuelo, te diré dos cosas; la primera, me has complacido mucho, pese a que me hubiera gustado hacerte muchas más cosas, pero no era cuestión de arriesgarme alargando el tema; la segunda, quizás esto te lo hayas buscado tú misma por meter en tu cama a un desconocido. Has tomado una mala decisión, jovencita, la gente no puede fiarse de cualquiera. —Sonrió con sutileza.

Yago se apartó de Anica con tranquilidad, se levantó, se vistió, la desató, intentó limpiar el lugar de sus posibles huellas, aunque él no estaba fichado y difícilmente se le podría relacionar con el crimen, y se marchó. Cuando llegó a su villa privada, Azucena continuaba durmiendo como un lirón. Tomó una ducha y se metió en la cama a esperar el amanecer, como si nada hubiera ocurrido, con una espeluznante calma transitando por su cuerpo. Posó el brazo por encima de la cintura de su esposa, cerró los ojos y se durmió. Yago sucumbió al sueño con la misma rapidez que un bebé, de la misma forma y paz que ellos.

* * * *

A la mañana siguiente, Azucena despertó a Yago con un beso y una disculpa. Sentía mucho haberse dormido, pero le había sido imposible contener el sueño. Yago, con una dulce sonrisa en la cara, le dijo que no se preocupara, tampoco se habían perdido nada, ya habían disfrutado de todo cuanto aquella maravillosa isla les había ofrecido.

—¿Y tú qué hiciste? —le preguntó ella.

—Nada. Sentarme en una tumbona y contemplar durante un largo rato este espectacular paisaje. Luego entré en el mejor lugar del mundo, en esta cama junto a ti, cielo.

—¡Oh, qué tierno! Cuanto te quiero, mi amor —dijo, besándolo.

—No creo que me quieras tanto como yo a ti. —Se besaron de nuevo—. Y ahora levantémonos y recojamos, que todavía tenemos tarea. Yo lo primero que voy a hacer es afeitarme esta barba de casi dos semanas —avisó, frotándose la.

—No, no te la quites —le pidió Azucena—, te da un aspecto de lo más interesante —declaró, acariciándose la también.

—¿Te gusta? —le preguntó.

—Mucho —aseguró su mujer.

—Entonces me la arreglaré, me dejaré perilla. ¿Qué opinas?

—Que estarás más irresistible todavía —afirmó.

—Pues lo haré por ti, cariño, para darte el capricho. Y empecemos ya, debemos marcharnos pronto si no queremos perder el vuelo.

—De acuerdo —respondió ella, besándole una vez más, y al fin se levantaron.

Con sus instintos saciados y satisfechos, Yago ayudó a Azucena a recoger todo y unas horas después pusieron rumbo a España, su país, donde le esperaba una nueva carrera política con dirección al único lugar que, sin duda para él, era el mejor del mundo: la Moncloa. Durante el vuelo, mientras pensaba en Anica y en lo que había disfrutado esa noche, sus pensamientos hicieron una regresión a su primera vez; rebobinaron hasta llegar al indeleble recuerdo de Alicia.

Oviedo, otoño de 1990.

Alicia era una joven de quince años, de ojos verdes, pelo negro y labios sensuales y provocadores. Yago era dos años mayor que ella, y su nueva vecina suscitó en él una extraordinaria atracción desde el primer instante, como jamás le había ocurrido con ninguna otra chica, por eso decidió hacerse su amigo. No le fue difícil conseguirlo a base de mostrarse cordial y afectuoso, sus dotes de persuasión que tan bien dominaba, y después de varios meses de amistad, y abusando de la confianza que la joven había depositado en su persona, decidió llevar a cabo su plan.

Sabiendo que Alicia adoraba los animales, un día, con la excusa de haber visto una camada de gatitos, la llevó a un lugar apartado, un edificio medio en ruinas que él conocía bien. A pesar de ser una hora razonable de la tarde, con el avanzado otoño ya había anochecido, y se adentraron en el oscuro lugar ayudados de la luz que les ofreció una linterna que Yago traía; tenía su objetivo estudiado y estructurado al milímetro, por eso su mochila cargaba con todo lo imprescindible para lograrlo. Pero, además, la casualidad quiso aliarse con él y vieron unos cuantos gatos cruzándose delante de ellos a toda prisa, aunque, como era evidente, ni rastro de la fingida camada. Buscando sin parar, Yago dirigió a Alicia hasta el lugar que él quería, una zona limpia de escombros. Rastreó un poco más por los alrededores para cargar de credibilidad a sus palabras, y al final comentó que desistía en la búsqueda, pero que podían descansar un rato. Sacó de su mochila una pequeña y ligera manta que extendió en el suelo, también extrajo una vela de gran diámetro que encendió y dejó sobre el pavimento de cemento para alumbrar el sitio, y guardó la linterna. Se sentó en la mantita, apoyando la espalda en una viga de hormigón, e invitó a Alicia a hacer lo mismo. Una vez acomodados, de nuevo sacó algo más de la mochila, una botella de ron, otra de refresco y vasos.

—¿Y eso? —preguntó ella confusa.

—Pues había pensado que igual decidíamos pasar un rato con los gatitos y mientras tanto podíamos beber algo —contestó, con la fiabilidad que le caracterizaba—. ¿Quieres que te prepare un cubata?

—Nunca he bebido algo tan fuerte, tan solo cerveza muy de vez en cuando —dijo ella.

—Bueno, así lo pruebas —resolvió Yago—. Te gustará, es ron de caña, está dulce.

—Vale, pues ponme un poquito —concluyó.

Yago trataba de recrear el escenario de Jacob con aquella joven chica, pero Alicia no se acercaba mucho a él, ni siquiera posaba una mano encima de su pierna o se apoyaba en su hombro, no había ningún tipo de aproximación por su parte. Mientras hablaban y reían, le sirvió el segundo cubalibre, y Alicia no se lo despreció. Tras terminárselo, la joven no paraba de reír, decía que sentía un leve mareo fruto del alcohol, y decidió estirar su cuerpo en el suelo. Yago aprovechó ese momento en el que ella no lo veía para sacar unas cuantas cosas más de su mochila, lo primero y principal, una cuerda. Luego se tumbó a su lado, le acarició la mejilla y poco a poco fue acercando su cara a los labios de la joven, con la intención de besarla. Pero Alicia se separó de él frustrando el beso, y mirándolo con asombro se incorporó.

—Pero ¿qué haces, Yago? —le preguntó.

—Quería besarte. ¿Acaso no te gusto? —inquirió él.

—Yo... yo... yo te quiero como amigo, como... como a un hermano, nada más —declaró medio tartamudeando.

—Pues yo te quiero de una forma que jamás podrías imaginar, Alicia —dijo echándose encima de ella, inmovilizándola con su cuerpo, atando con rapidez sus manos a la viga, viendo cómo sus ojos se llenaban de incompreensión, de pánico, logrando que él se excitase de forma presurosa.

Yago no se molestó en taponarle la boca, nadie los podría oír en ese lugar alejado de todo. Por más que ella gritara no conseguiría el auxilio que amparaba, pero a él oírle le gustaba en exceso. Le arrancó la ropa, llegó hasta utilizar una navaja para hacerlo mientras evocaba la fuerza ejercida por Jacob, la misma que él pensaba efectuar. Sin embargo, Alicia se resistía en exceso, peleaba con uñas y dientes, y debía doblegarla como fuera. La golpeó turnándose a mano abierta, a puño cerrado, hasta terminar haciéndose con su cuerpo y usurpando con excesiva agresividad su virginidad y candor. Alicia no paraba de suplicarle que parase, que la dejase, pero sus desgarradores ruegos fueron música celestial para los oídos de Yago y alimento para su

violencia. Al término, experimentó en el cuerpo de la joven otro tipo de agresiones más sádicas, verdaderas atrocidades. Era su primera vez y su enfermiza mente estaba ansiosa por probar cuanto llevaba fantaseando durante años. El pavor que exudaba Alicia resultó el súmmum del placer para él, aunque lo que más quedó incrustado en su piel y en su recuerdo fue el aroma que ella desprendía a notas florales, su perfume de Cacharel. Yago siempre rememoraría aquel primer sometimiento de una manera especial, nunca podría quitarse a Alicia de la mente a lo largo de su vida, pese a que después de ella llegaron muchas otras. Porque ella fue la primera, pero no la última. Pero sin duda alguna, ninguna fue tan memorable como la vez primera, como la inocencia por parte de Alicia, como el ansia de lo desconocido por parte de él.

Los primeros once meses del matrimonio entre Yago y Azucena transcurrieron rápidos y veloces, como un haz de viento en alta mar. De seguro que esa celeridad en el tiempo se debía a que para ellos todo se presentaba como nuevo: las primeras navidades juntos, los fines de semana primaverales, los días festivos que se convertían en escapadas de enamorados, las vacaciones de verano...

A Azucena le encantaba despertar cada día descubriendo los preciosos ojos de su marido deslumbrándola, espabilándola. Su sonrisa pícara y candorosa abriendo paso al amanecer, acercándose a su boca y susurrándole un *Te quiero* entre los labios. Yago siempre tenía las palabras apropiadas y las acciones precisas, las que toda mujer quería oír y sentir, y acostumbrarse a convivir con alguien así resultaba muy sencillo. Y esa forma de ser era la que precisamente había conquistado hasta la última célula de Azucena y la tenía enamorada de una manera temerosa, solo veía por los ojos de su enamorado, el mejor hombre del mundo para ella. A lo largo de ese tiempo Yago también se había habituado a las continuas muestras de cariño que Azucena le ofrecía y los arrumacos que no paraba de darle. Comprendía que ese amor que su mujer le profesaba era por una causa, porque lo idolatraba, y eso, en verdad, era lo que más le gustaba. Sentirse el mejor de todos los hombres, alguien único e irrepetible, le hacía creerse más poderoso; y el poder lo era todo para él, por cuanto respiraba y vivía.

A toda esa mutua felicidad; una desinteresada y verdadera, como era el caso de Azucena; la otra enteramente egoísta, buscada para conseguir un fin y por lo tanto fingida, había que sumarle un nexo, el único que a Yago le importaba: la política. Por ese motivo, durante esos meses, él, con su particular perspicacia, fue manejando a Azucena a su conveniencia, manipulándola hasta anular su personalidad. Sabía que había hecho un trabajo excepcional, y que lo había logrado gracias a tenerla hechizada, enamorada de

una ilusión creada solo para ella, la de tener al hombre perfecto a su lado. Incluso con su arte bien disimulado la fue apartando de su familia y los tradicionales encuentros con los suyos solo se daban si a Yago le apetecían. Pese a que a Azucena le molestaba no ver a su familia y los echaba de menos, entendía los motivos expuestos por su marido y terminaba transigiendo. Él quería su compañía en los mítines, decía que no podía ni deseaba estar separado de su esposa, y daba la casualidad de que muchos se celebraban en fin de semana y coincidían con el día señalado para reunirse con su familia. Lo que ella ignoraba era cuánto mentía Yago y lo que en verdad estaba consiguiendo: aislarla. De ese modo cada día la tenía más a su merced, cual peón la colocaba donde él quería con una única intención: mostrar la imagen que no paraba de darle popularidad.

Yago se estaba labrando muy bien su camino hacia la Moncloa, con precisión y esmero, y cada vez se hallaba más cerca de alcanzar su objetivo. Los sondeos, de un año a esa parte, mostraban una clara ventaja con respecto a sus demás contrincantes y lo daban por posible ganador. Raro era el día que no se hablaba de él en el telediario o en las mesas de colaboradores televisivos en un programa de ámbito político. Programas a los que de vez en cuando también era invitado y asistía para presentar y defender sus propuestas electorales. Y como el gran estratega que era, indispensable en política si se pretendía ascender, además contaba con el mejor grupo de asesores de todos los tiempos. Su campaña se estaba encauzando de forma similar a la línea americana, centrándose en tres puntos a cumplir de manera escrupulosa. El primero, desprestigiando al adversario a costa de sacar los trapos sucios para restarle credibilidad, algo con lo que disfrutaba desmesuradamente; el segundo, defendiendo a ultranza su programa electoral, vendiéndolo como la panacea universal para la nación; el tercero, explotando y fomentando la imagen de marido súper enamorado, deseoso de formar una gran familia. Esto último estaba calando de lleno entre las familias del país que empezaban a ver a Yago como el hombre perfecto, el marido perfecto y seguro que el padre perfecto. ¿Y quién no deseaba a alguien perfecto para dirigir su país? Mes a mes las encuestas confirmaban que era una minoría la que no deseaba un dirigente con esas características para su nación.

Por esa sucesión divergente, Yago cada día demandaba más la compañía de Azucena, porque eso sumaba más y más votos. Sin exigirle la presionaba, la convencía de necesitarla a su lado, pues como esposa del candidato a la presidencia era quien más debía mostrar su incondicional apoyo. Y con esa persistencia, y sin mostrar acritud, un día Yago le comentó que su trabajo en

el hospital empezaba a entorpecer el suyo y tenían que buscar una solución, debía solicitar una excedencia. Pero Azucena, aun sintiendo la influencia que ejercían las palabras de su marido en su mente, se resistía a abandonar su vocación. Parapetándose en la premura de hacerlo cuando todavía se encontraba en campaña preelectoral, se aferró a ese razonamiento y le pidió a Yago esperar un poco más de tiempo. Si bien le prometió que la gestionaría sin pensárselo cuando las elecciones estuvieran próximas y su ritmo político fuera frenético. Yago terminó cediendo ante la exposición tan bien argumentada de su mujer, y porque de sobra sabía él que ese hecho se daría en breve, a lo sumo en un par de meses. Para qué discutir por tan corto espacio si al final terminaría alcanzando su propósito.

* * * *

Sin embargo, esos once meses que para Azucena y Yago habían transcurrido con la misma velocidad que una corriente marina no se sucedieron de la misma forma para Fabián, un hombre que intentaba superar su amor no correspondido, aunque con nulo éxito. Era incapaz de desprenderse de sus sentimientos hacia Azucena, de arrancársela de su corazón de una vez por todas y para siempre. Se sentía tan desgraciado, tan desafortunado, tan desdichado... Y a ella la veía tan feliz, tan alegre, tan enamorada... Por consecuencia, creyó oportuno poner el asunto en perspectiva; en otro punto de vista que le dejase de oprimir y asfixiar. Pensó que debía negociar una paz con sus sentimientos e intentar rehacer su vida saliendo de vez en cuando con alguna mujer. A ver si de ese modo, relacionándose más con el género femenino, conseguía por fin echar en olvido a Azucena.

Un día se dio la oportunidad con una radióloga que llevaba un tiempo flirteando con él: Rita. Era una mujer guapa de pelo negro, grandes y rasgados ojos color miel, de buenas curvas, muy abierta y simpática. Fabián no dudó en aceptar su invitación para tomar algo fuera del trabajo, y quedaron. Azucena se enteró de la cita precisamente por Rita, quien se lo contó en cuanto se cruzó con ella por el hospital. Ilusionada al ver que Fabián parecía retomar su vida social, e incluso la sentimental después de escuchar la efusividad con que hablaba Rita, Azucena fue en su busca.

—Felicidades, doctor Escudero —le dijo en cuanto lo vio.

—¿Felicidades? —preguntó él extrañado.

—Sí, eso he dicho. Y lo digo porque un pajarito me ha contado que tiene usted una cita con una radióloga.

Fabián se quedó sorprendido por la pronta propagación de la noticia. Ni tan siquiera hacía una hora de su *sí* a la cita de Rita.

—No creo que el hecho de quedar a tomar una copa sea digno de felicitación —añadió algo serio.

—Pues a mí me ha alegrado mucho y por eso quería felicitarte. Y te voy a decir algo, creo que Rita espera un poco más que una simple copa en esa cita. Le gustas. Le gustas mucho. —Azucena sonrió con picardía.

—Pues qué bien, qué suerte la mía —contestó con una parca sonrisa.

Fabián rápidamente comprobó que Azucena no estaba falta de razón, Rita deseaba algo más que unas copas y un rato de charla. Con el segundo *gin-tonic*, y sin saber ni cómo, se encontró con los labios de la radióloga pegados a los suyos. Intentó responderle a su inesperado beso, y lo consiguió, pero era consciente de que no podía llegar más lejos. En su mente solo había espacio para una imagen, la de Azucena sucediéndose a cámara lenta como en una proyección inacabable, la de Rita le era imposible retenerla. No podía engañarla, ni engañarse, así que, escudándose en no haber superado aún su divorcio, Fabián le pidió disculpas, se levantó y se marchó con su dolor y soledad para su casa. Quería olvidar a Azucena, lo deseaba con ganas para dejar de padecer, sin embargo era incapaz de lograrlo.

El primer aniversario de boda entre la pareja Carbajal-Junquera estaba a punto de llegar y todo parecía transcurrir como la seda. Aunque para Yago había una cuestión que no acontecía como debía, su depravada adicción aparcada durante un año, y empezaba a estar desesperado. Su última vez fue aquella noche con Anica, en Isla Mauricio. Una noche en la que disfrutó mucho, pero de la que ya no le quedaba sabor ni en el recuerdo.

Ante su exasperación por satisfacerse de la única forma que le gustaba, determinó tener un encuentro de esa manera con Azucena, como en bastantes ocasiones lo había llevado a cabo con otras mujeres: utilizando drogas. No era el tipo de sexo que más le gustaba practicar ya que su presa no podía resistirse, pero resultaba un sucedáneo más sustancioso que la continua contención de sus instintos estando su mujer consciente. Con premeditación y alevosía, y usando como escenario la celebración de su primer aniversario de boda, Yago logró que Azucena bebiera más de la cuenta y aprovechó para usar su sustancia narcótica. Pero ante el miedo de que pudiera despertar antes de lo debido, decidió potenciar la acción; no quería correr riesgos que lo situasen en una posición demasiado comprometida y difícil de excusar. Cuando Azucena quedó adormilada por los efectos de la primera sustancia depresora disuelta en su copa de *champagne*, Yago la subió a la cama. Allí la desnudó, tomó uno de sus pies, le pinchó entre los dedos, para que la marca no fuera visible, y le inyectó una dosis de algo más potente. Después, sonriendo, se preparó para disfrutar. Durante horas hizo con ella muchas cosas que le apetecían, aunque tuvo que contenerse de otras para no dejar huellas más patentes en su hermoso cuerpo, señales que la llevarían a hacer más preguntas de las justas. Al terminar, Yago dejó la habitación tal cual estaba y se marchó a tomar una ducha. Mientras el agua resbalaba por su cuerpo, pensó en el cuento que contaría a su esposa cuando despertase. Con la

satisfacción propia de saber que tenía todo bien entretejido, entró en la cama a dormir con Azucena, a quien la fuerte sedación aún mantenía apresada.

Horas después, casi a media mañana, Azucena despertó. Se sentía aturdida y su cuerpo se encontraba dolorido y magullado, igual que si le hubiera pasado una apisonadora por encima. Notó la boca seca, pastosa, y al intentar tragar apenas tenía saliva para hacerlo. Un molesto dolor en las muñecas le hizo observárselas, y se asustó al contemplar las señales que mostraban; parecía haber estado maniatada. Desconcertada y confundida, fue descubriendo más de un moretón por sus brazos y piernas a los que no sabía darles explicación. De inmediato, rebobinó en su mente y repasó la noche de celebración, pero los recuerdos se desvanecieron abajo, en el salón, mientras Yago y ella bebían *champagne*, charlaban y reían. Ya no recordaba más. Ni siquiera haber subido las escaleras para llegar a la cama. Nada. Toda una incomprensible laguna ocupaba su mente.

En la habitación no había rastro de Yago por ningún sitio, pero Azucena necesitaba hablar con él para saber qué había ocurrido. Decidió levantarse despacio, no se veía con la estabilidad normal ni apropiada para hacerlo como cotidianamente, y al sentarse en el borde de la cama sintió una punzada seca, desde la ingle a los ovarios, que la dejó inmóvil. Con cuidado se puso en pie, y caminando con pasos cortos llegó al cuarto de baño; quería tomar una ducha, a ver si el agua espabilaba su estado de déficit memorial de las últimas horas. Azucena no entendía por qué sentía esos molestos escozores en sus partes íntimas, aunque cuando se desnudó comprendió la causa. Parecía que Yago había sido más salvaje que nunca a la hora de practicar sexo, a pesar de que ella era incapaz de recordar lo sucedido.

Tras la ducha, Azucena se sintió más fresca, aunque todavía se notaba falta de energía, dolorida y continuaba sin traer un solo recuerdo de esa noche a su memoria. No paraba de preguntarse si había bebido tanto para llegar al extremo de olvidarlo todo. Con la pregunta runroneando por su cabeza, bajó a la cocina, donde Yago se encontraba preparándole el desayuno.

—¡Hombre, por fin! —exclamó con su embelesadora sonrisa—. Temía tener que marcharme sin ni siquiera verte despierta.

—¿Marcharte? —pregunto extrañada—. Hoy es sábado, no sueles ir los sábados a tu despacho —habló confusa.

—Lo sé, pero tengo una cita con Manzanedo, te lo dije anoche. ¿No lo recuerdas?

—No —contestó—. La verdad es que no recuerdo nada de lo que pasó anoche y quería preguntarte qué ocurrió. Pero primero necesito beber algo,

tengo la boca muy seca —advirtió.

—Toma, un zumo de naranja recién exprimido. —Yago le dio el vaso y ella se lo bebió de un trago—. ¡Guau! Desde luego que tenías sed. —Silbó.

—Eso entre otras más cosas, porque me he levantado hecha un trapo, con muchos dolores y bastantes moretones. ¡Y mira mis muñecas! —exclamó mostrándoselas—. Están señaladas, como si hubiera estado atada. ¿Puedes explicármelo? —le demandó, observándolo confundida.

Yago la miró sin parar de sonreír, preparado para disparar toda su sarta de mentiras. Y sin perder un ápice de calma, la tomó por la cintura.

—¿De veras que no recuerdas nada de lo de anoche? —preguntó, haciéndose el sorprendido.

—Nada —respondió tajante—. Lo último que recuerdo es que estábamos sentados en el salón, bebiendo *champagne* y riendo.

—Realmente bebimos mucho, y tú en particular como un cosaco. —Volvió a sonreír, y la besó en los labios. Azucena continuaba desorientada.

—Yo no recuerdo beber tanto —afirmó.

—Pues lo hiciste, cielo, y en exceso. Por beber te bebiste hasta la botella de *champagne* que te regaló Fabián por nuestra boda, y eso que no estaba fría. —Terminó riendo.

—¿Me bebí el Dom Pérignon de 1993?

—El mismo. —Asintió Yago.

—¡No me lo puedo creer! ¿Hablas en serio? —interpeló alterada.

—¿No me crees? Ven conmigo —dijo, cogiéndola de la mano.

Yago la condujo hasta el contenedor de cristal que había en una de las esquinas del jardín, y lo abrió. Azucena empalideció al ver la botella de Dom Pérignon vacía, y no solo esa, otras botellas de *champagne* en el mismo estado ocupaban dicho espacio.

—¿Nos bebimos todo eso? —Lo miró aterrada.

—Tú te bebiste el setenta por ciento de eso —recalcó, mintiendo de forma vil. Se había encargado de vaciar unas cuantas botellas más de las que en realidad se bebieron, incluyendo la de Fabián porque no soportaba verla, tal y como le ocurría con él.

—Entonces... ¿me emborraché y me caí por las escaleras? ¿Por eso lo magullada que me encuentro? Pero ¿y las marcas de mis muñecas? —demandó de seguido, con la confusión reinando en su mente cada vez más, no comprendía nada en absoluto.

—No, no te caíste por las escaleras, pero casi me tiras a mí —respondió risueño—. Anoche te volviste loca, cielo, no querías perder el tiempo e

hicimos el amor en ellas —habló con voz seductora—. No me extraña que te duela el cuerpo y que tengas moretones, yo también estoy magullado. Pero ahí no acabó la noche, luego subimos a la habitación y querías más, estabas desatada. —Sonrió con sagacidad—. Me dijiste que querías tener sexo más salvaje y atrevido, me pediste que te atara fuerte a la cama y que te lo hiciese como un loco. Yo te contesté que estabas muy bebida, pero no atendías a razones, te pusiste agresiva ante mi negativa y me soltaste un par de puñetazos en el hombro a la vez que me decías: «Galópame, vamos, demuéstreme que no eres una nenaza que no sabe follar».

—¿Qué yo te dije tal cosa? —El estupor sobrecogió a Azucena y el rubor tomó su cara.

—¡Oh, eso y mucho más! —Rio con sutileza—. No parabas de repetirme que sacara a la fiera de mi interior y te lo hiciese como nunca, incluso me llegaste a arañar igual que una gata salvaje —explicó, levantándose la camisa y mostrando unos arañazos en cada lado de su pecho. Señales que él mismo se había hecho como parte del diseño de su plan.

—¡¡¡Dios santo!!! ¿Yo te hice eso? ¡Oh, Señor, no recuerdo nada! —se quejó enfurecida, llevándose las manos a las sienes.

—Me arañaste, me pegaste y me obligaste a atarte fuerte, de ahí estas marcas —añadió Yago, cogiendo sus muñecas y besándolas—. ¿Pero sabes qué? Ha sido alucinante, el mejor sexo que he tenido en mi vida, cielo. —Las comisuras de sus labios volvieron a estirarse—. Estabas tan excitada, tan loca, me decías tantas barbaridades... ¡Buf! Ha sido sublime, me excito solo de recordarlo —dijo con voz suave y ronca cual caricia—. Lástima que tú no te acuerdes de nada. Demasiado alcohol —le reprobó junto a una mueca de desaprobación.

—¿De verdad que hice todo eso y te gustó?

—Más que eso, me fascinó —contestó, besándola.

—¿Y por qué yo no recuerdo nada en absoluto? Es muy extraño, ¿no crees?

—Vuelvo a repetirme que bebiste mucho, es normal, no te preocupes. Y ahora vamos para adentro, tengo que marcharme ya, señora «fóllame sin parar, hasta partirme».

—¿Qué dices? —Lo miró con los ojos a punto de salirse por las cuencas.

—Repetir lo que anoche me decías sin parar.

—Pues no quiero oírlo, ¡calla ya! —exclamó, notando de nuevo la embestida del rubor.

—Anoche eso me sucedió a mí, me ruborizaste. Pero me pusiste muy, pero que muy, cachondo —susurró, mientras pasaban de nuevo a la cocina.

—¡Ya! ¡Basta! No quiero saber nada más de lo que ocurrió anoche. Está claro que no era yo.

—Vale, tema zanjado, cariño. —Sonrió en su interior. Sabía que si llevaba el asunto por esos derroteros provocaría vergüenza en Azucena y el tema concluiría—. Y ahora me voy. Desayuna y descansa antes de marcharte al hospital. Y si no te encuentras bien, no vayas.

—Sí, claro, no voy porque tengo resaca, qué gracioso. Iré, me encuentre bien o mal, es mi trabajo —soltó con malhumorada resignación.

—Lo que tú digas. Chao. —Se dieron un beso y Yago se marchó.

Azucena se sentó a tomar un café y continuó pensando en lo extraña que le parecía esa laguna en su mente por mucho que hubiera bebido. Por no mencionar cuanto Yago le había contado que había hecho y dicho, acciones y palabras inimaginables para ella estando sobria, por muy excitada y llena de deseo que estuviera. Conocía el efecto enmascarado del alcohol, creador de una ficticia realidad en la que bebido en su justa medida volvía valiente al cobarde y extrovertido al tímido. Sin embargo, no podía concebir cómo a alguien a quien no le gustaba un sexo agresivo unas cuantas copas de más podían hacerle demandarlo a gritos, como Yago aseguraba que le había ocurrido a ella. Reflexionando durante largos minutos, y comprendiendo que el exceso de alcohol confundía de forma exagerada, transformaba a las personas hasta límites insospechados, hasta ser alguien del todo distinto, todavía le costaba entender su comportamiento.

Mientras Yago conducía para llegar a su despacho pensó que era muy arriesgado volver a hacer algo igual con Azucena. Ella era una mujer muy inteligente, de las que se hacían preguntas, de las que no se dejaban convencer por cualquier argumento, de las que no comprendían las cosas hasta haberlas racionalizado. Tenía que asimilar que con ella nunca practicaría nada de lo que le gustaba en temas de cama. Al igual que debía admitir que ese acto lejos de saciar a sus bajos instintos había estimulado su apetito y ahora estaba hambriento por saborear un violento encuentro. Yago no sabía por cuánto más podría contenerse, cada vez era más consciente de que necesitaba una presa, una víctima capaz de amortiguar a su depravación por otro largo periodo de tiempo.

Sin comprender aún nada y un poco aturdida, Azucena llegó al hospital.

Esta vez sí tenía el turno completo con Fabián, últimamente coincidían mucho menos que antes, apenas se veían. Ella ignoraba que ese hecho se debía a que él no quería compartir tantas horas a su lado, verla suponía aceptar lo que había perdido y eso lo destrozaba. Pero hoy a Fabián le había sido imposible compaginar el cuadrante de otra forma, y por mucho que le costase, tenía que pasar veinticuatro horas al lado de su amor imposible.

Como era obvio, Azucena no quería que nadie viera las marcas que exhibían sus muñecas, y las cubrió con unas vendas. Tras ponerse el vestuario médico, también se enfundó en su bata blanca y estiró de las mangas cuanto pudo, quería tapar la zona y evitar tener que despejar interrogantes a nadie. No obstante, en cuanto dobló los brazos la bata se acortó, dejando asomar un filo de venda del que Fabián se percató rápido.

—¿Qué te ha pasado en las muñecas? —inquirió.

—¡Oh, nada! —exclamó ella restándole importancia—. Me dolían un poco, seguro que tengo algo de distensión. Últimamente juego al tenis y mis muñecas se están resintiendo.

—Además tienes mala cara. ¿Eso también se debe al tenis? —preguntó con algo de ironía.

—¡Vaya! Es una maravilla tenerte de compañero, no haces más que ponerme pegos. —Sopló.

—Solo te digo lo que aprecio, y lo hago porque me importas —aclaró—. Y ahora me gustaría saber si te encuentras bien, porque a mí no me lo parece.

—Sí... Bueno... —titubeó. Fabián la contempló con los brazos en jarras, su postura de desacuerdo—. No. No me encuentro bien, es la verdad, a ti no puedo engañarte —confesó Azucena—. Hoy estoy hecha unos zorros. No puedo con mi cuerpo, estoy sin energía, del todo débil.

—¿Y por qué has venido a trabajar? —interpeló extrañado.

—Porque es mi obligación, listillo —contestó con retintín—. Y porque pienso que se me irá pasando a lo largo del día.

—O igual no. Igual puedes empeorar.

—Hoy estás muy positivo, ¿verdad, Fabián? —reconvino.

—Igual que últimamente —aseveró, pensando que la positividad se había alejado de su vida desde que Yago le arrebató lo que más quería.

—Pues espero que estés equivocado y que este malestar sea pasajero.

—¿Por qué no te haces una analítica? Orina y sangre. Así vemos si está todo bien o padeces algo de anemia, y de ahí el agotamiento.

—No. Mejor no. —Meneó la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque no —contestó rotunda.

—Porque no, no es una respuesta —puntualizó molesto—. Tendrás algún tipo de argumentación para esa negativa tan categórica.

—Pues porque... porque...

—Porque qué, habla, suéltalo —casi le exigió.

—Porque seguro que sale algo que no me haría quedar muy bien en el hospital —susurró.

—¿Cómo? —preguntó extrañado.

—Anoche... con la celebración de nuestro primer aniversario de bodas, pues...

—¿Pues qué? ¡Dilo! —insistió.

—Por lo visto bebí más de la cuenta y me emborraché —reveló casi avergonzada—. Y digo por lo visto porque yo no recuerdo nada de nada. Pero según Yago, me bebí todo lo que contenía alcohol y se encontraba dentro de casa. Hasta tu botella de Dom Pérignon, que la conservaba como recuerdo. — Sus palabras terminaron de nuevo en un susurro.

—¡Joder! —replicó Fabián—. ¿Dejaste el agua de los floreros o tampoco?

—Eso parece que no me lo bebí, claro que no llevaba alcohol —ironizó.

—¡Caray, no te conozco! —Silbó fuerte.

—Ni yo —coincidió—. Nunca me había emborrachado en mi vida, jamás. —Negó con la cabeza—. Y no quiero que alguien vea restos de alcohol en mi sangre y piense que soy una doctora que viene ebria al trabajo. Eso no sería nada bueno para mí, aunque todavía sería mucho peor para la carrera de Yago. De enterarse alguien podría convertirse en un escándalo con el que sus oponentes harían carnaza.

—A mí solo me preocupas tú, no tu marido —contestó con severidad, maldiciendo en su cabeza a Yago en todos los idiomas que sabía—. Puede

que te encuentres mal solo por haber bebido en exceso, o no —subrayó—. Así que haremos una cosa, yo te extraigo la sangre y me la llevo junto con la orina al laboratorio. Les diré que solo me den los resultados a mí. Nadie va a preguntarme de quién son, y si lo hacen, yo sabré qué contestarles.

—¿De verdad crees que debo hacérmelos?

—Yo me quedaría mucho más tranquilo. De modo que hazlo aunque solo sea por mí.

—Vale —repuso con acatamiento.

Fabián dejó la sangre y orina de Azucena en el laboratorio y pidió, de forma explícita, que lo analizaran a la mayor brevedad y le llamasen para recoger los resultados. El técnico de laboratorio, un hombre joven, le preguntó si también sacaba perfil de tóxicos. Fabián asintió sin pensarlo, y se marchó con rapidez. Tres horas más tarde lo estaban llamando de laboratorio para bajar a por los resultados. Fabián iba a acudir en ese instante cuando una enfermera solicitó su presencia en un box, había llegado una señora mayor con posible fractura de cadera.

—Azucena, baja tú a por ellos, di que te mando yo —le advirtió, y se marchó.

Indicando que le mandaba el doctor Fabián Escudero, Azucena recogió los análisis. El joven técnico no hizo ningún comentario al respecto, se los entregó y ella se marchó con presteza del laboratorio. Aprovechó para entrar en el servicio, tenía una urgencia urinaria, y mientras estaba sentada en el retrete empezó a revisarlos. La sangre se le congeló al leer positivo en *escopolamina* y *flunitrazepam*. Lo primero era una sustancia capaz de inhibir la voluntad y borrar la memoria; lo segundo un sedante hipnótico. No se lo podía creer. Los resultados la dejaron más confundida, había restos de drogas en su sangre. ¿Por qué se encontraban esas sustancias en su organismo? ¿Quién se las había suministrado? La imagen de Yago se presentó de golpe en su cabeza, quién si no podía haber sido. Pero por qué, se preguntó una y otra vez sin encontrar ninguna respuesta ni sentido. Y allí permaneció un buen rato, arropada en una absoluta incompreensión, con las lágrimas desfilando por sus mejillas hasta caer al blanco pavimento del aseo. Con la confusión deambulando por su cerebro, Azucena se guardó los análisis, se secó el llanto, se lavó la cara y regresó a su puesto de trabajo sin parar de repetirse que debía fingir normalidad.

En cuanto Fabián la vio aparecer le preguntó por los resultados, quería saber qué tal se encontraban sus perfiles sanguíneos.

—Bien, todo está correcto, en los parámetros normales. Tan solo un poco de alcohol en sangre, nada más.

—A ver, déjame verlos —dijo, sin ninguna mala intención.

—¿Acaso no te fías de mí? —preguntó ella a la defensiva.

—¡Claro que me fío de ti! ¿Qué tipo de pregunta es esa? —La miró asombrado—. Pero no creo que haya nada de malo en que les eche un ojo.

El busca de Fabián comenzó a emitir su particular pitido, al segundo el de Azucena también lo hizo.

—Acaban de llegar tres heridos de accidente. Nos reclaman —anunció el doctor mirándolo.

—Pues vamos, no perdamos tiempo —contestó soplando por dentro, aliviada por no tener que mostrar sus análisis a Fabián. Qué explicación podría darle de esos resultados si ella misma no tenía una al respecto.

* * * *

Cuando el domingo Azucena regresó a su casa, rozando las cuatro de la tarde, lo único que ocupaba su cabeza era encontrar una explicación coherente al descubrimiento de esas sustancias en su sangre. Ahora entendía perfectamente haberse dormido y no recordar nada de lo ocurrido. Pero las preguntas de quién le había administrado algo así y por qué continuaban sin obtener respuesta.

La cara de la doctora al entrar en el salón hablaba por sí sola, delataba que algo le sucedía. Yago, que se encontraba sentado en el sofá leyendo, se inquietó al observar sus facciones alicaídas.

—¿Qué te ocurre? —preguntó acercándose a ella, dándole un beso al que Azucena apenas si respondió.

—No me encuentro bien —contestó a media voz.

—¿Aún está pasándote factura la resaca?

—Esto es algo más que una resaca —afirmó con prudencia.

—¿Por qué dices eso? —interpeló con interés urdidor.

—Por los resultados de mis análisis —contestó consternada—. Al encontrarme tan agotada me he realizado unos.

Yago se tensó de manera considerable tras escuchar esas palabras, no había que ser un lumbrera para comprender qué habían puesto de manifiesto los análisis. Pero con su gran habilidad para mentir, actuar y convencer estaba

seguro de poder salir bien parado de la situación. Dijera lo que dijese Azucena, le preguntara lo que le preguntase, le hiciera el tipo de insinuación indebida que le formulase, él, de inmediato, la tacharía de burda mentira. Negaría hasta la saciedad tener cualquier vinculación con los hechos, aunque para ello tuviera que inventarse la mayor de las patrañas con el fin de lograr su convencimiento, o, en el peor de los casos, una duda razonable. Con esa confianza su cuerpo se relajó al instante y, fingiendo preocupación, le preguntó:

—¿Y? ¿Estás bien?

Azucena ignoró su pregunta y temerosa realizó la suya.

—¿Puedes explicarme tú por qué han descubierto sustancias narcóticas en mi sangre?

—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo? —demandó, haciéndose el sorprendido.

—Que mi pérdida de memoria y mi somnolencia excesiva se deben a unas sustancias que alguien tuvo que hacerme ingerir sin que me enterase, porque yo, desde luego, no tomo nada de eso.

—¿Pero de qué demonios estás hablando? —La miró boquiabierto.

—De que en mi sangre se han hallado restos de *escopolamina* y *flunitrazepam*.

—¿Qué? Eso no puede ser. —Meneó la cabeza—. Se habrán equivocado en laboratorio y te habrán dado los resultados de otro paciente.

—No. No se han equivocado, son míos —aseguró. Sabían que eran un encargo especial y con eso no hay equivocación posible.

—Pues no lo comprendo yo tampoco, de verdad. —Se encogió de hombros, mostrando estupor.

—La que no lo comprende soy yo —afirmó con la voz teñida de reproche.

—¿Tratas de insinuar algo? Porque ese tono no me ha gustado ni un pelo. ¿Acaso crees que he sido yo? ¿Lo puedes decir en serio? —preguntó muy ofendido.

—Yo no sé nada, Yago. Lo único que sé es que yo no las he tomado. —Lo miró con los ojos velados—. Solo sé que no comprendo nada, no sé qué ha sucedido.

—¿Y en algún momento has llegado a pensar que yo te he drogado? —inquirió, simulando estar escandalizado.

—No sé —gimoteó, zarandeando la cabeza despacio.

—¡Joder, no me lo puedo creer, Azucena! —exclamó muy indignado, alzando la voz, bordando su papel—. ¿Cómo has podido pensar ni un segundo

que haya sido yo? ¿Qué prueba tienes para pensar algo así de mí? ¿Por qué no ha podido ser cualquier otra persona?

—¿Otra persona? —interpeló perpleja.

—Sí, otra. Tal vez tus compañeros. ¡Eh! ¿Dime? ¿Por qué no ha podido ser uno de ellos? —Su actitud empezó a ponerse a la defensiva y levantó más el tono.

—¿Cómo va a ser uno de mis compañeros! —gritó ella—. Esto me ocurrió la madrugada del sábado y salí del hospital el jueves por la mañana.

—No sé... —pensó veloz qué falacia urdir—. ¿Qué me dices del Dom Pérignon de tu amiguito Fabián? —preguntó con retintín—. Fue de la única botella que yo no bebí ni una sola gota al no estar fría. Igual ese *champagne* llevaba algo más que alcohol —soltó lo primero que le vino en mente, y con eso iba a batallar hasta el final.

—¿Pero qué estás diciendo? ¿Cómo puedes escupir ese tipo de acusación? —Se quedó boquiabierta—. Lo que estás diciendo no tiene ni pies ni cabeza. ¿Estás loco? —vociferó una vez más.

—¿Yo loco, Azucena? —Su voz se elevó por encima de la de su mujer—. Perdona, pero tú acabas de acusarme de haberte drogado, eso sí es de locos. ¿Para qué querría yo hacer tal cosa? ¿Dime, para qué? —bramó.

—No lo sé, no tengo ni idea. Pero yo necesito saber quién lo ha hecho, ¿quién? —chilló, alterada por la fuerte incompreensión.

—¡Y yo qué cojones sé! —contestó a voz en grito—. Yo sé que desde luego no lo he hecho yo, y me avergüenza que pienses algo así de mí, una bajeza tan ruin. Pero podrías preguntarle a Fabián, a ver cómo reacciona él.

—¿Por qué vuelves a meter a Fabián? —Su enojo se acrecentó.

—¿Qué por qué? —escupió a voces—. No sé, Azucena, quizá porque le gustas, porque estoy seguro de que quiere acostarse contigo y quizá cree que solo puede conseguirlo así, drogándose —dijo taladrándola con una mirada inquisidora, dejándola perpleja—. Llámame loco, pero quién me asegura que él no haya inyectado esas sustancias en la botella, a través del corcho. Casos así han ocurrido en otros países, los hemos escuchado por la televisión y leído en la prensa, no sería el primero. Piénsalo, a lo mejor por eso la reservaba para bebérsela contigo a solas, para poder echarte un polvo. Porque cuando vino a casa a disculparse por no asistir a nuestra boda y te la entregó como regalo, le escuché decirte, con absoluta precisión, que la guardases para brindar un día contigo. Y eso me hace deducir que él está detrás de todo esto, esa botella era su baza para acostarse contigo.

—No puedo creer todo lo que estás vomitando, Yago.

—¡Ah, sí! —protestó embravecido—. Yo sí que no puedo creer que tú me acuses de semejante acto de maldad y vileza, que te moleste la acusación que he vertido sobre él y no sientas los más mínimos remordimientos por acusar a tu marido de ese acto. ¿Sabes lo que te digo? Que me da igual lo que digan los putos análisis de los cojones, yo no te he drogado. ¿Te ha quedado claro? ¡No te he drogado! ¡No lo he hecho! Y te prohíbo que pienses semejante atrocidad sobre mí, ¡hostia! —espetó muy enojado y enfurecido.

Después de las voces, un aire de silencio ocupó el lugar. Un silencio que se volvió incómodo, casi desafiante por parte de Yago, sin embargo impregnó de culpabilidad a Azucena. Por instantes, la atmósfera se hacía irrespirable para ambos. Él no hacía más que deambular de un lado a otro en un corto espacio, emitiendo soplidos con los que reflejaba su alto malestar para incomodar a Azucena; y estaba surtiendo efecto, pues ella ya no sabía qué pensar. De pronto le pareció una locura haber supuesto que su marido estuviera detrás de ese acto, pero tampoco podía imaginar algo así de Fabián. La sombra de la incertidumbre continuaba sobrevolando por su persona, pero los remordimientos por una acusación de índole tan grave sin tener pruebas empezaron a hacer mella en su alma.

—Yago, lo siento —suplicó, acompañando a las palabras con un gemido vacilante y triste—. Pero entiéndeme, alguien ha tenido que hacerlo y yo necesito saber quién y por qué. Siento haber dudado de ti y haberte herido con mi acusación. —Se acercó a él.

—¡Oh, no! —Sacudió la cabeza—. Ahora no me vengas con disculpas ni con carita de pena, tu acusación ha sido de lo más rastrera. No puedo creer que hayas llegado a pensar algo así de mí ni por un segundo, y menos sin tener una maldita prueba. Me has hecho mucho daño —soltó con desprecio.

—Yago, lo siento, de veras. No pienso con claridad, esto me ha sobrepasado —afirmó, e intentó acariciarle el hombro.

—¡Ni te atrevas a tocarme! —anunció con un gruñido, dando un paso hacia atrás.

Intentando arreglar la situación, de nuevo, Azucena se acercó a él.

—Perdóname, cariño, por favor. —Esta vez su mano consiguió posarse en el hombro de su marido.

—¡Te he dicho que no me toques, coño! —chilló, soltando un fuerte bofetón a Azucena con el que la tiró al suelo. Acababa de perder los estribos, por primera vez los perdía con su mujer.

Según vio a Azucena en el suelo, Yago fue consciente de cuánto la había fastidiado y un súbito temor lo sobrecogió. Pensó que ella podría denunciarlo

por violencia de género, y con independencia de que la creyeran o no, eso supondría un escándalo, una mancha en su reputación, y dándose el peor escenario el fin de su carrera. Debía arreglarlo como fuera, aunque tuviera que suplicar su perdón arrastrándose. Esa torpeza no podía poner en peligro su objetivo tan próximo.

—Cielo, lo siento, lo siento, lo siento, lo siento... —repitió levantando a Azucena y sentándola en el sofá—. No quería hacer eso, cariño, lo juro, no quería pegarte, no sé qué me ha ocurrido, de veras —habló de forma atropellada, víctima del miedo.

Azucena rompió a llorar y Yago la abrazó con fuerza.

—Perdóname, mi amor, perdóname —insistió—. Estoy muy estresado con la precampaña electoral, estoy sometido a mucha presión por parte de mis adversarios, y de la prensa, hasta de algunos compañeros de mi propio partido. Y la gota que ha colmado el vaso ha sido tu acusación sin fundamento, algo muy despreciable que me ha hecho estallar —explicó con la voz quebrada.

—Lo siento, Yago —gimoteó Azucena.

—No, tú no debes pedirme perdón, cielo. Yo soy el único que debe pedírtelo a ti. —Se puso de rodillas frente a ella—. Perdóname, Azucena, nunca volverá a ocurrir algo así, lo juro. Yo te quiero, te amo, eres toda mi vida, cuanto quiero y preciso. Sin ti no valgo nada, nada, mi amor, ni tan siquiera quiero vivir. Perdóname —suplicó de nuevo, haciendo temblar más su voz para cargar de drama a las fingidas palabras. Y como colofón, terminó derramando unas falsas lágrimas conjugadas de un infinito arrepentimiento.

—Claro que te perdono. —Sollozó ella—. Yo también te amo y sé que me has dicho la verdad y que me quieres.

—Eso nunca lo dudes, te amo por encima de todo. Por encima de mi propia vida, cielo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. —Asintió con lentitud.

—Pues olvidémonos de todo esto, borrón y cuenta nueva, ¿vale? —preguntó, enjugando con delicadeza las lágrimas de la doctora.

—Ya lo he olvidado —contestó Azucena. Yago la besó con una dulzura increíble, con un falso amor que serviría a su mujer de amnésico para todo lo acontecido, estaba seguro. Sabía que su capacidad de convencimiento era infalible.

Dos días después del fuerte bofetón que Yago propinó a Azucena su pómulo seguía algo amoratado. Intentó disimularlo con el maquillaje, aplicándose un poco más de lo habitual, y parecía haberlo conseguido, pues nadie en el hospital le preguntó nada al respecto. Pero a punto de finalizar su turno Fabián comenzó el suyo, y buscó a la doctora para saber cómo se encontraba. En cuanto sus ojos contemplaron el rostro de Azucena, apreció un color diferente en esa zona de su piel.

—Hola, ¿cómo vas? ¿Te encuentras mejor? —le preguntó.

—Hola, Fabián —le devolvió el saludo—. Sí, ya estoy bien del todo. Gracias. —Sonrió.

—Y en la cara ¿qué te ha pasado?

—¿En mi cara? —preguntó extrañada, haciéndose la tonta.

—¡Vamos! No intentes disimular conmigo —replicó—. Si hasta te has maquillado más de lo acostumbrado para ocultar un moretón. ¿Qué te ha ocurrido?

—¡Ah, esto! —Se llevó la mano al pómulo—. ¡Bah! Un golpe sin importancia. Estaba un poco torpe el otro día, y tropecé, y me golpeé con un mueble —habló algo acelerada debido a la apreciación de Fabián.

—¿Sabes que cuando mientes tu expresión y tono de voz cambia? Yo sí lo sé. Y sé que estás mintiendo —explicó con calma.

—¿Pero qué dices? No estoy mintiendo —de nuevo contestó con excesiva celeridad—. A ver si ahora resulta que tú vas a conocerme mejor que mi madre —añadió un tanto a la defensiva.

—Seguramente no te conozca más que ella, pero sé que continúas sin decir la verdad —aseguró con firmeza, cruzándose de brazos—. Tu gesto te sigue delatando y tu tensión en la voz también. No sé qué te ha pasado, pero puedes confiar en mí para contármelo. Somos amigos, Azucena, y los amigos no se mienten, se ayudan.

Contemplándolo con resignación, Azucena se sintió desarmada ante Fabián.

—¿Por qué a ti nunca puedo engañarte? —interpeló en tono de queja, preguntándose si su compañero sabía leerle los pensamientos.

—Porque, aunque no te conozca tanto como tu madre, te conozco bien —respondió, pensando que se había pasado mucho tiempo observándola, examinando cuidadosamente todas las reacciones de su cuerpo.

La doctora soltó un fuerte golpe de aliento y dijo:

—Está bien, me has pillado, te he mentado. —Calló unos segundos—. Y ahora me siento fatal por hacerlo.

—Pues arréglalo contándome la verdad, sin más. —Se encogió de hombros.

Azucena observó a Fabián en silencio, meditando qué hacer, debatiéndose entre contarle o no la actuación de Yago, pensando en su reacción cuando lo oyera... A lo mejor desvelarle la verdad no era una buena idea, quizás era mejor inventarse otra patraña, pero se encontraba demasiado nerviosa para pensar y más para fingir; tenía la certeza de que si volvía a engañarlo lo notaría. Después de unos segundos mirando su rostro que no cesaba de suplicarle la verdad, decidió desahogarse con él; además, una parte de ella también necesitaba vaciarse.

—De acuerdo. Pero lo que te voy a contar no debe salir de ti nunca. ¿Vale?

—Juramento hipocrático —repuso Fabián bromeando.

—Hablo muy en serio —añadió Azucena, acercándose a la puerta del vacío box donde se encontraban, cerrándola y echando el pestillo.

—Te lo juro —afirmó cambiando de actitud, preocupado al percibir el secretismo del tema a tratar.

—No sé por dónde empezar. —Resopló.

—Muy fácil, por el principio —enunció, esperando a que arrancase de una vez.

La doctora vaciló unos instantes mientras pensaba que no podía contarle a Fabián el fondo de la discusión con su marido, Yago también lo había señalado y acusado a él, y no quería agravar más la situación. Mejor le omitía esa parte y solo le hablaba de las consecuencias.

—Vale, allá va. —Hizo una pausa con la que gesticuló un mohín—. El otro día Yago y yo tuvimos una discusión fuerte, muy fuerte —recalcó—. No recuerdo ni por qué empezó, tan solo que se acrecentó de una manera bestial. El pobre está sometido a mucha presión con todo el tema de las elecciones y

yo lo presioné más con tonterías. Le dije cosas muy feas, le hice daño, lo herí, lo llevé a perder los estribos y... —calló un segundo.

—¿Y qué? —inquirió intrigado.

—Y... Y... —Las palabras se le atascaban.

—No me digas lo que creo, no me digas que te pegó —enunció conturbado.

—Me soltó un bofetón sin ni siquiera pensarlo, sin querer —confesó por fin, en bajo.

—¿Me estás diciendo que ese malnacido te ha puesto la mano encima? —Elevó el tono.

—Baja la voz, por favor —susurró.

—¿Que baje la voz? ¿Pero tú te estás oyendo? —preguntó con incompreensión y falta de aire—. Te ha pegado. Te ha pegado y eso no tiene justificación. Ninguna agresión la tiene, no se te ocurra escudarlo con nada. —Fabián la miró confuso, no podía dar crédito a sus palabras, y agregó—: Ya sabes lo que debes hacer, lo que nosotros mismos hemos dicho a más de una paciente, denunciarlo.

—¿Estás loco? —preguntó sobresaltada—. No voy a denunciar a Yago, le quiero y él me quiere a mí. Ha sido un error, un grave error, todos los cometemos a veces. Además, no ha sido culpa suya, sino del estrés acumulado.

—Me parece mentira oírte decir tales cosas. Me parece mentira que no sepas como funciona esto, has visto más de un caso de violencia de género en este hospital. ¡Por Dios, los maltratadores son reincidentes! —exclamó con la mandíbula en tensión, lleno de furia.

—No compares esto con otros casos, Fabián. Ni él es un maltratador ni yo soy ninguna víctima —aseveró con adustez—. Esto ha sido algo puntual de lo que Yago se arrepiente enormemente. Tú no sabes de qué forma suplicaba mi perdón, la de veces que me dijo que lo sentía, llegó a arrodillarse delante de mí y lloró como un niño, avergonzado y arrepentido.

—Claro, como hacen todos, hasta la siguiente vez —le reprobó.

—No habrá ninguna vez más —soltó cabreada.

—¿Puedes garantizármelo?

—Desde luego —afirmó tajante.

—¡Maldita sea! —replicó—. No puedes hacerlo y lo sabes. —La contempló con una mirada mezclada de estupefacción y rabia—. Vuelvo a insistir, debes denunciarlo.

—¡No voy a denunciar nada, Fabián, joder! —espetó cabreada—. No sé ni por qué te lo he contado, esto es algo que a ti no te atañe. —Se llevó las manos a la cabeza y sopló con fuerza—. Y te aviso, me has dado tu palabra de guardar silencio y espero que no se lo cuentes a nadie, porque de hacerlo, aparte de que pienso negarlo, dejaré de hablarte para siempre, habrás muerto para mí. Y estoy hablando muy en serio —escupió con irascibilidad.

—Te he jurado que no lo iba a contar y no lo haré..., por esta vez —advirtió con una tolerancia insoportable—. Pero si vuelvo a ver una leve señal en tu cara o en alguna parte de tu cuerpo, también te juro que lo denunciaré yo mismo, aunque pierda tu amistad. Tenlo claro, Azucena, que a ti tampoco te quepa ninguna duda de ello —sentenció.

Fabián abrió la puerta malhumorado y se marchó sin decir más. El pasivo comportamiento de Azucena ante la gravedad de los hechos lo había cabreado e irritado a partes iguales. Mientras se dirigía a ocupar su puesto, una furia descomunal comenzó a circular por su cuerpo hasta gobernarlo. En ese instante solo sentía ganas de ir a buscar a Yago y partirle su preciosa cara de impostor. Se imaginaba golpeándolo una y otra vez hasta hacerle entender lo poco hombre que era, su nula valía como tal, lo mierda que resultaba siendo capaz de levantar la mano a una mujer. Con la rabia carcomiéndole las entrañas, soltó un par de bruscos puñetazos en uno de los armarios del control de enfermería, ante el asombro de los compañeros, quienes lo observaron confundidos entretanto él se alejaba por el largo pasillo sin parar de maldecir.

* * * *

Yago se encontraba sentado en el majestuoso sillón de cuero negro de su despacho, trazando un leve movimiento de izquierda a derecha con él, mientras maquinaba un plan con el que las aguas regresasen a su cauce. Porque a pesar de haber hecho las paces con Azucena, habían pasado dos semanas desde esa primera discusión y ella no se mostraba de la misma forma que antes. Estaba más callada, un poco distante, y a veces tenía la impresión de que lo eludía. Y precisamente en ese punto de la campaña electoral era cuando más necesita de su presencia y apoyo. Su actitud debía cambiar como fuera, él necesitaba a la Azucena de antes, la mujer que no paraba de manifestar su amor y veneración por su esposo. Con esos pensamientos Yago ideó darle una sorpresa: un viaje. Estaba convencido de que eso agradaría a su mujer, pero además debía servir para devolverla al redil donde él la había colocado tiempo atrás, y del que no estaba dispuesto que se saliera. Sin

dudarlo, comenzó a buscar lugares por Internet. Después de un rato de visionado decidió el destino, realizó unas cuantas llamadas para cuadrarlo todo, reservó vuelo en primera, un hotel de cinco estrellas y, presuroso, abandonó el despacho y se marchó a su casa.

Al llegar, Azucena aún estaba durmiendo. Tan solo hacía poco más de tres horas que había acabado su turno en el hospital. Yago, vestido con su traje de firma, se tumbó en la cama junto a ella, la besó en el cuello y le susurró al oído que la amaba. Azucena despertó al instante de sentir su cuerpo pegado al suyo, la mano encima de su cadera, la caricia de sus labios en la piel y las aterciopeladas palabras vibrando en su tímpano.

—Lo siento, no era mi intención despertarte —mintió para no variar.

—No pasa nada, no te preocupes —contestó ella, restregándose los ojos para poder abrirlos.

—Pero ya que te has despertado, quiero contarte algo.

—¿El qué?

—Tengo una sorpresa para ti.

—¿Una sorpresa?! ¿Qué sorpresa? —inquirió, dándose la vuelta para mirar a Yago.

—Unas mini vacaciones —respondió con felicidad—. He hecho un hueco en mi agenda y pasado mañana nos vamos a un pequeño paraíso del archipiélago Canario: Fuerteventura. Cuatro días de playa, arena y sol. ¿Qué te parece?

—Pero ¿y mi trabajo? —Lo miró desorientada.

—Tranquila, eso también está solucionado. He hablado con el director del hospital y no hay ningún problema.

—¿Has hablado con Olmedo? —interpeló un poco molesta.

—Sí, te lo acabo de decir —afirmó.

—¿Y no crees que yo soy la que tiene que hablar con mi jefe?

—Sí, Azucena, pero quería darte una sorpresa y tenía que tener todo atado, tu trabajo y el mío. No te lo tomes a mal, lo hago por estar unos días juntos y alejados de todo.

—Y además este fin de semana íbamos a ir a ver a mis padres —protestó—. Entre unas cosas y otras llevo tres meses sin ver a mi familia.

—Vale, veo que ha sido una tontería querer pasar unos días disfrutando de nuestra compañía. Lo siento, lo anularé —dijo con una fingida aflicción, sabiendo que Azucena se sentiría mal al verlo así.

—No. No lo anules, Yago —enunció al instante—. Perdóname tú a mí por protestar. Vienes tan ilusionado con una maravillosa sorpresa y voy yo y te

pongo pegas. ¡Hay que ser estúpida!

—Tú no eres estúpida ni nunca podrías serlo, eres muy inteligente, por eso te amo tanto.

—Y tú y tu faz de político carismático siempre saben convencerme.

—Entonces, ¿nos vamos a Fuerteventura? —preguntó con su encantadora sonrisa. La misma que le provocaba el placer de conseguir cuanto se proponía.

—¡Pues claro que nos vamos, cariño! —Sonrió ella también—. Ya veré a mi familia en otra ocasión, deseo pasar esos cuatro días contigo. Además, a Fuerteventura no voy todos los días. De hecho, no he ido nunca.

—Esa es mi mujercita, la que tanto amo y quiero —dijo, y se besaron con pasión.

Acto seguido, ambos comenzaron a planear qué echar en la maleta para pasar esas mini vacaciones en aquel hermoso pedazo de tierra lanzado al Atlántico. Unos días en apariencia de relax, aunque el aspecto exterior solo encubría la realidad de la acción de Yago: encarrilar a Azucena a sus orígenes.

Antes de cenar, Azucena decidió llamar a su madre. Sabía que no le agradaría la noticia que iba a darle, pero debían acostumbrarse a sus ausencias. Si Yago llegaba a gobernar el país, tal y como vaticinaban las encuestas, su vida sufriría un cambio radical y no podría verlos cuando quisiera, sino cuando la agenda de su marido se lo permitiera. Cuando Azucena se paraba a reflexionar sobre ese escenario, ser la mujer del presidente de la nación, lejos de agradarle, la idea no le seducía. Sabía que todo su mundo, tal y como lo tenía concebido, cambiaría de forma drástica. Residiría en otra ciudad, se alejaría de su familia y amistades, su carrera de medicina quedaría aparcada de forma eventual y su intimidad se vería sumamente reducida, debería dar explicaciones de cualquiera de sus pasos y tendría que llevar escolta. Hacer cosas tan sencillas como salir a dar una vuelta por el parque, o tomar un café en el primer sitio que encontrase, o pasear en soledad como a veces le gustaba quedaría reducido a nada. Su vida entera estaría condicionada a la parafernalia que iba ligada al puesto que Yago ejercería. En ocasiones, cuando oía hablar a su marido y su confiado optimismo sobre su llegada a la Moncloa, ella le preguntaba cuál iba a ser su papel una vez allí. No pretendía estar sin hacer nada, menos sentirse una mujer florero que solo servía para acompañarlo de un lugar a otro. Yago, que

ya se visualizaba como presidente, lo tenía todo planeado. Azucena se dedicaría en exclusiva a ser madre y lo acompañaría lo justo, así él dispondría de la libertad que quisiera para buscar otras mujeres con las que poder practicar sus gustos. Pero, regalándole el oído como siempre, le decía que ya buscaría algo apropiado para ella con lo que se sintiera realizada. Azucena sabía que sacrificaba mucho, prácticamente todo, pero amaba tanto a Yago que estaba dispuesta a renunciar a su vida por estar con él. Aunque eso no le impedía soñar con una posible pérdida en las urnas, y la grata idea de que sus vidas continuasen como hasta ahora le despertaba esperanzas y la ilusionaba. A veces esa expectativa tan dichosa para su persona le sonsacaba una sonrisa difícil de borrar.

Azucena marcó el número de casa de sus padres y esperó con algo de nerviosismo a que alguien descolgara.

—¡Hola, cariño! ¿Qué tal? —preguntó su madre.

—Bien, mamá, muy bien. ¿Y vosotros?

—Como siempre, ahí vamos. ¿Y Yago? ¿Cómo está el futuro presidente de la nación?

—Muy estresado, como podrás comprender. Y este fin de semana...

—¡Oh, Azucena! —le interrumpió su madre—. ¿No me digas que tampoco vais a venir este mes?

—Exacto, mamá. Lo siento, de corazón, pero ha surgido así —habló un poco consternada, notando una extraña mezcla de sentimientos que le hacían sentirse absolutamente dividida.

—¿Dónde es esta vez el mitin? —inquirió su madre con resignación, adelantándose a la explicación de su hija, dando por hecho que una vez más su falta de asistencia sería por motivos políticos.

—En Fuerteventura —contestó, tomando como pretexto lo que su madre ya había dado por hecho. Pese a que no le gustaba mentir, a Azucena no le pareció bien contarle que se marchaba unos días a la playa con su marido, porque con esa decisión parecía instaurar prioridades. No quería que su madre pensase lo mismo que a ella no le dejaba de rondar por la cabeza, que Yago se había situado en primer lugar desbancando a todos los demás.

—¡Vaya, en las islas Canarias!

—Sí, el archipiélago canario. Y ya, de paso, aprovechamos la ocasión para pasar unos días juntos, ha sido una sorpresa que me ha dado Yago.

—Qué detallista es y cuánto te quiere, Azucena. Has tenido mucha suerte, hija.

—Lo sé, mamá.

—Y también él de dar contigo, que conste. Se ha llevado la joya de mi casa.

—Menos mal que Covi no te escucha, porque si no se enfadaría por decir eso, y con razón.

—¡Oye, que ella es mi otra joya! Estoy muy orgullosa de todos mis hijos, los tres sois toda mi fortuna.

—¿Y papá en qué lugar queda? —preguntó bromeando.

—Papá es el tesorero de mi fortuna. Por algo toda su vida ha sido contable —dijo entre risas.

—Esa ha sido buena. —Rio ella también—. Bueno, mamá, te dejo. Reparte un millón de besos entre papá, mis hermanos y cuñada, y otro millón para ti sola. Te quiero. Os quiero. No lo olvidéis nunca.

—Y todos nosotros a ti, cariño. Da besos a Yago de nuestra parte y pasadlo bien, al menos el tiempo que no os robe la política. Llámame cuando llegues.

—No te preocupes, lo haré. Adiós.

Nada más colgar, Azucena se sintió mal por haber mentido a su madre de esa forma, casi sintió ganas de llorar. Aunque sabía que su necesidad de llanto estaba avalada por la añoranza de estar junto a los suyos y sentir su calor, sus besos y abrazos. Contemplar la sonrisa de su padre al verla llegar, su emoción contenida cada vez menos disimulada, las risas compartidas con sus hermanos, los mimos de su madre, las gracias de su cuñada... Las lágrimas terminaron saltando a su cara, fueron incontenibles. Y en ese momento en que la emoción le bañaba el rostro, un whatsapp entró en su móvil.

Hola, Azu, ¿qué tal? ¿Cómo estáis? Me imagino que bien. Estoy deseando veros este fin de semana, tengo tantas cosas que contarte, me refiero en persona. Le diré a Nicolás que entretenga a Yago hablando de política para tenerte yo sola un largo rato. Besos.

21:17

Azucena se sintió peor después de leer el mensaje de su hermana. Sus ganas por estar con ella y tener esas largas conversaciones que últimamente se estaban desvaneciendo se agrandaron. Prefirió no contestar en ese momento, mañana, con más fuerza anímica, lo haría, hablaría con ella. Mañana le explicaría que tampoco ese mes acudiría a la reunión familiar, que un mes más no podría conversar con ella en persona, que por tercer mes consecutivo no disfrutaría de su compañía ni calor. Al igual que tampoco podría gozar del amor del resto de su familia. Azucena le manifestaría todo eso e intentaría que Covadonga lo comprendiera y la entendiera; a ver si, de esa forma, ella lograba sentirse mejor.

Los planes de Yago en Fuerteventura se sucedieron tal y como él los había diseñado y todo fue a pedir de boca. Días de relax, de sol y playa, de cenas románticas, sábanas cubiertas de pétalos de rosas, velas de luz cálida acunando el ambiente, noches pasionales haciendo el amor hasta el amanecer... Seducción. De eso trataba el estratégico plan de Yago, un maestro en el arte de la persuasión. La única idea de ese viaje era cautivar a Azucena para que olvidase su desencuentro finalizado con violencia, además de todo indicio de sospecha hacia su persona por lo hallado en los análisis. Yago debía hacerle creer que ella lo era todo en su vida, lo primero y principal, y esos cuatro días le sirvieron para lograrlo. Porque después de hacérselos vivir a Azucena como una segunda luna de miel, rápido despejó de dudas la mente de su mujer. Siendo un sultán de la manipulación como era, logró que su esposa enterrase todo para siempre. Aunque también era de justicia señalar lo mucho que le ayudó el hecho de que ella sufriera los efectos adversos de un extremo enamoramiento, pues Azucena estaba intoxicada por la invasión del germen de su marido y eso le impedía ver lo que no deseaba, o solo le permitía ver lo que quería: al hombre atractivo y detallista con mirada de canalla y sonrisa de niño bueno. Ese virus lograba que sus sentidos quedasen nublados, ofuscados, perdidos en un mar de farsa; la que Yago había trabado, con la que cada día la infestaba.

Pero durante esos cuatro días Yago también tuvo la suerte de contar con algo inesperado que resultaba muy beneficioso para su imagen: la prensa. Ser el político de moda era lo que tenía, los periodistas querían conocer la vida del que podría convertirse en presidente de la nación. A pesar de que estaban a bastante distancia e intentaron disimular, Yago los descubrió veloz, aunque hizo como si no los hubiera visto. Azucena no se percató de nada, y él, sabiendo que los estaban fotografiando, aprovechó la ocasión para abrazar a su mujer y darle un dulce y largo beso. Sabía que ese tipo de propaganda le

haría ganar votantes, incluso se imaginó el titular que acompañaría a dichas fotografías: «Yago Junquera, el favorito en la carrera electoral, disfruta de unos días de playa junto a su amada esposa». Con eso circulando por su cerebro, no podía dejar de sentirse feliz, casi eufórico. Una vez más se subió a su podio imaginario y se proclamó vencedor, condecorándose con una corona de laurel hecha con sus propias falacias.

* * * *

De vuelta a la rutina, la ansiedad de Yago por practicar uno de sus encuentros de sumisión forzosa iba *in crescendo* día a día. El animal despiadado que habitaba en su interior comenzaba a estar más hambriento que nunca y él se veía incapaz de continuar así, practicando el *sexo vainilla* que le gustaba a Azucena. Necesitaba una víctima con la que ejecutar su gusto por la humillación, el sometimiento, la tortura... Con solo imaginárselo la excitación se despertó en su cuerpo con vigor.

Con Azucena de guardia en el hospital, Yago se encontraba solo en casa. Y estando libre y con la exaltación embistiéndole, decidió subir a la buhardilla, a su habitación especial. La sangre le empezó a arder nada más poner los pies en ella. Pero el bullir aumentó al tomar su máscara de cuero, al olfatear el olor a violencia que contenía. Su degenerado impulso sexual estalló y evocó momentos extraordinarios de sus comienzos; de nuevo recordó a Alicia. Tan potente como un rayo, un ramalazo de deseo lo azotó de arriba abajo. Yago estaba tan anhelante en ese primer encuentro como se encontraba ahora mismo, la idéntica codicia por experimentar que le recorrió entonces envolvía a su cuerpo con ambición. Era inútil, no podía reprimirse más. Debía poner remedio o terminaría haciendo una locura con Azucena y su verdadera personalidad saldría a flote, hecho que hundiría su vida y carrera. Solo había una única forma de controlarse, e iba a ponerla en práctica.

Sin meditarlo un segundo, cogió el móvil, ese viejo teléfono que había permanecido guardado durante tantísimo tiempo, y lo puso a cargar. Mientras, Yago observó con devoción su máscara, acariciándola despacio, recreándose en los excitantes recuerdos que ella le proporcionaba. Al cabo de un rato, tomó el teléfono, lo encendió e introdujo el código *pin*; una vez en marcha pulsó la tecla que contactaba con el teléfono de Águeda.

—Dígame —contestó una voz femenina del todo conocida para él.

—Hola, Águeda, soy yo, ¿te acuerdas de mí?

Un breve silencio se adueñó de ambos.

—Por supuesto, señor —respondió por fin, conociendo el inconfundible tono de voz—. ¿Qué tal? Cuánto tiempo sin saber de usted —dijo con cierta cautela, con la reserva que daba el temor de suponer el porqué de la llamada.

—Estoy bien. He estado fuera del país durante este tiempo —mintió.

—Un periodo largo.

—Sí, excesivamente largo —contestó, pensando en todos los meses que había estado apartado de la agencia—. Quiero una chica para hoy mismo, en un rato. ¿Puede ser?

Águeda enmudeció ante lo que se temía, sus sospechas se acababan de confirmar. El recuerdo de Katia herida, amoratada y asustada invadió su pensamiento de forma rauda.

—No sé... No sé si hay alguna chica disponible... o si aceptarán sus condiciones, señor —explicó dubitativa y con cierto recelo—. Porque imagino que demandará el mismo tipo de sexo que entonces, y con los mismos requisitos.

—Así es, Águeda. Pero si lo que te preocupa es lo sucedido la última vez, ya te dije que había bebido, no era yo, y que no volvería a ocurrir. —La astucia de Yago se percató de inmediato de la desconfianza de la *Madame*, y añadió—: Te pagaré el doble.

—Es usted muy generoso, señor, gracias. Pero lo que más me importa es la seguridad de mis chicas.

—Aquello fue un hecho aislado, y lo sabes. He usado los servicios de la agencia más de cien veces y nunca has tenido problemas conmigo, y no los volverás a tener. Puedes confiar en mi palabra —soltó muy digno.

Águeda se debatió durante un breve lapso de tiempo.

—De acuerdo —cedió—, confiaré en su palabra.

—Gracias. Y estate tranquila, todo va a ir bien.

—Eso espero.

—Así será, al igual que voy a duplicar tu tarifa —aseguró rotundo—. Pero te quiero pedir un favor.

—¿Qué tipo de favor? —inquirió inquieta.

—Manda a alguien que sepa meterse bien en su papel. Como ves no me importa pagar más, pero quiero pagar por lo que demando y deseo —exigió con autoridad.

—Desde luego, señor, sexo duro y con resistencia —contestó, pensando que ese hombre era un enfermo.

—Exacto —afirmó, sintiendo de nuevo a la excitación abofetearle con ganas.

—Creo que mandaré a Cintia. Está libre y no tiene ningún problema en acceder a todas las peticiones de los clientes. Además, es una mujer muy guapa, pelirroja natural, ojos azules y cuerpo de modelo.

—Me parece perfecta. Estaré en la casa de costumbre dentro de hora y media. Espero que mi cita esté allí cuando llegue y no me haga esperar.

—Por supuesto que estará, señor.

—De todos modos, ¿las llaves siguen estando ocultas en el mismo lugar?

—Sí, debajo de la maceta. Pero seguro que Cintia llegará antes que usted.

—Bueno, mejor prevenir. Adiós, Águeda.

Yago colgó y dejó que el teléfono siguiera cargando mientras echaba en su bolsa deportiva cuanto pensaba usar con su presa. Imaginando lo mucho que iba a disfrutar, prácticamente la llenó, pero se contuvo de llevar su último juguete, aquel que solo había usado una vez, con Katia, la pistola eléctrica. En último lugar, cogió la máscara de cuero negro y la deslizó con suavidad por su mejilla, inhalando de nuevo el aroma que desprendía. Para él un olor especial, saturado de dominio y poder, plagado del pavor de sus víctimas. La guardó con sumo cuidado, cerró la bolsa, cogió su viejo móvil y salió de allí. Bajó a su habitación y se dispuso a cambiarse de ropa. Se vistió como de costumbre, de absoluto negro y con una camiseta de cuello alto muy cerrado. Después entró en el coche con las ganas consumiéndolo, con urgencia abandonó su casa y se dirigió a aquel lugar apartado de las afueras, en medio de la nada.

Águeda intentaba localizar a Cintia, una bella mujer a punto de terminar la carrera de periodismo a quien la gran cantidad que pagaba el señor podría venirle muy bien, pues si su tarifa se duplicaba, la de ella también. La llamó, pero Cintia no cogió el teléfono, y tras varios intentos ocurrió lo mismo. Apenas un par de minutos después, el teléfono de Águeda comenzó a sonar, y rápidamente descolgó, dando por hecho que sería Cintia. Sin embargo, la llamada la realizaba una enfermera del hospital de Oviedo, quien le comunicó que su hija había sufrido un accidente de moto y que debían operarle la pierna de urgencia. Águeda se quedó impactada con la inesperada noticia, muda por un instante, pero tras reaccionar, le dijo que llegaba en diez minutos y colgó. En ese momento recordó que no había podido hablar con Cintia, y mientras se marchaba llena de nervios al hospital, le mandó un whatsapp de audio.

Cintia salía de la ducha cuando escuchó el zumbido del móvil, acababa de recibir un mensaje. Al cogerlo, descubrió las llamadas perdidas de Águeda, y escuchó el whatsapp que le había mandado. Pero ante el temblor que percibió en su voz decidió llamarla, aunque Águeda no respondió al teléfono. Sin perder más tiempo, la joven comenzó a vestirse para llegar a tiempo a la cita con su cliente.

Cintia introdujo la dirección en el GPS nada más entrar en su coche, desconocía la ubicación que Águeda había nombrado en el mensaje. El sistema trazó el lugar a seguir y le indicó que en treinta y ocho minutos llegaría a su destino. Poniendo en marcha el automóvil, Cintia emprendió el camino a ese desconocido sitio. Mientras se desplazaba por la carretera, pensó en las ganas que tenía de acabar con ese trabajo, de poner fin a los servicios que realizaba con hombres importantes, personas que en realidad aparentaban algo muy distinto de lo que eran. Muy a menudo pensaba en sus mujeres, en lo engañadas que debían estar, e imaginaba lo mucho que se escandalizarían si descubrieran al tipo vicioso que tenían como marido. No llevaba mucho

trabajando en la agencia, tan solo algo más de un año, pero ya estaba asqueada de tragar las babas de esos hombres con poder que se creían capaces de comprarlo todo, incluida la dignidad. Ella transigía solo por una causa, por acabar su carrera de periodismo, había luchado demasiado por ella. Cuando la universidad le denegó la beca y además se quedó sin trabajo, el mundo se le vino encima. No tenía dinero para pagarse los dos años que le quedaban por cursar, su padre había fallecido hacía poco, y con los escasos ahorros que dejó podría mantenerse y pagar el alquiler durante un corto espacio de tiempo, a lo sumo tres meses. Debía encontrar un trabajo, pero uno con el que poder compaginar los estudios para no abandonarlos. Fue entonces cuando Katia, una compañera de la facultad que se había convertido en su amiga, le sugirió un trabajo que no le haría perder clases y con el que ganaría bastante dinero: la agencia de Águeda. Era una agencia de señoritas de compañía. «Señorita de compañía», que fino sonaba, pensaba Cintia. Pero en realidad esa compañía solo se daba en un lugar: la cama. No dejaban de ser prostitutas, eso sí, de lujo. Porque la agencia era de *alto standing*, solo acogía a hombres ricos y poderosos. Y como la gran mayoría de esos peces gordos estaban casados y tenían una vida pública, lo que primaba en la agencia era la discreción, y lo primero que se exigía a las «señoritas» era firmar un contrato de confidencialidad. Y por ese mismo motivo los honorarios por cada servicio eran bastante altos. Cintia meditó la aceptación de aquel trabajo durante unos días; ejercer de prostituta, por muy de lujo que fuera, no era algo que se le hubiera pasado por la cabeza. Pero terminó convenciéndola la generosa cantidad que podía ganar en un mes, y tan solo teniendo cuatro servicios, uno por semana; era la única forma de pagarse la carrera y poder vivir holgadamente. Incluso podría ahorrar algo de dinero para subsistir hasta encontrar un trabajo vinculado a su licenciatura. Con su aceptación, Katia la llevó a ver a Águeda, una señora con clase que trataba a las mil maravillas a sus chicas, como ella las llamaba. Tras una larga entrevista y un minucioso chequeo de salud, con el que quedó comprobado que no padecía ningún tipo de enfermedad de transmisión, pasó a ser una más de la agencia.

Entretanto conducía, Cintia no paraba de preguntarse por qué ese servicio no lo realizaba en un hotel o en casa del cliente, como solía ser la costumbre. También pensaba que Águeda no le había dicho cómo se llamaba el cliente, solo que tenía una cita con un «señor». ¿Acaso ese señor no tenía nombre? Todo le resultaba cuanto menos curioso, por no denominarlo extraño. Pero al llegar al lugar indicado, una casa a las afueras de Oviedo, en medio del campo, a la cual no le venía nada mal un arreglo de fachada y una manita de

pintura en la balaustrada que la rodeaba, pensó que igual se había equivocado en la ubicación. Comprobó que había introducido correctamente los datos, y confirmó que estaba en el lugar adecuado. Aunque como las dudas seguían anidando en ella, cogió el móvil y llamó de nuevo a Águeda, pero ahora su teléfono estaba inoperativo.

Con resignación, Cintia se apeó del coche y se acercó a la vivienda. Antes de mirar debajo de la maceta para encontrar la llave de dicho lugar, como Águeda indicaba en el mensaje, de manera inconsciente giró el picaporte, y la puerta se abrió. Sorprendida, volteó la cabeza, mirando con rapidez hacia las ventanas de la casa, por si había luz y por lo tanto alguien en su interior. Sin embargo, todo estaba apagado y permanecía en silencio. Entró con algo de temor, apretó el interruptor de la luz y se quedó impresionada al ver lo bonita y acogedora que la vivienda era por dentro, nada que ver con su exterior. Echó un vistazo a la planta baja, luego subió las escaleras y fue abriendo las puertas y encendiendo todas las luces, fisgoneando cada habitación. Cuando entró en la última y de nuevo apretó el interruptor de la luz, descubrió una silueta masculina junto a la ventana, de espaldas y vestida de negro.

—¡Oh, Dios! ¡Qué susto! —gritó, posando la mano en su pecho para sujetarse el corazón. Yago se dio la vuelta con urgencia, llevaba un rato esperándola y comenzaba a estar furioso—. ¡Joder! ¿Por qué llevas puesta esa máscara? —preguntó sorprendida—. ¿Acaso esto es un juego?

—¿Qué coño de pregunta es esa? ¿No te ha puesto Águeda al tanto de este servicio? —interpeló con rabia, las palabras se fundieron en su indignación.

—No he podido hablar con ella, primero no me ha respondido y ahora su teléfono está inoperativo. Tan solo me ha dejado un mensaje indicándome que debía acudir a este lugar para tener un encuentro con un cliente.

—Entonces, ¿no te ha explicado nada?

—No —contestó—. No tengo ni idea de por qué llevas esa máscara ni por qué he tenido que venir hasta el quinto pino para hacer este servicio.

—Pues yo te lo explicaré —anunció con firmeza, acercándose a ella, pensando que mentía para hacer más creíble ese encuentro, tal y como le había solicitado a Águeda—. Tu servicio trata de dominación. De mi dominación, forzamiento y sometimiento. Y no vamos a perder más tiempo para empezar, ya has llegado tarde y encima con preguntas tontas —avisó, y de un brusco tirón le abrió la blusa, arrancándole todos los botones, que cayeron al suelo de inmediato emitiendo un sonido similar al choque de canicas.

—¿Pero qué haces? —preguntó aturdida, casi a voces.

—Empezar a jugar —contestó arrinconándola, tirando con violencia del resto de su ropa para arrancársela.

Asustada ante ese arrebato de sinrazón, Cintia se revolvió con creces. Eso acrecentó las ganas de Yago y las elevó a cotas fuera de lo imaginable, llevaba un largo año sin mantener un encuentro a su gusto, con una víctima defendiéndose. El miedo de la joven ante la incompreensión del acto se agrandó por segundos, animando la desesperación de él, y eso se volvió un círculo vicioso que se apoderó de Yago como nunca. Su violencia llegó a unos bárbaros extremos. Ejerció una crueldad excesiva y desgarradora que le satisfizo de forma inconmensurable, lo llevó a experimentar el placer repetidas veces mientras el cuerpo de Cintia se encontraba casi inconsciente debajo del suyo.

Largo rato después, cuando Yago había recogido sus artilugios y guardado todo en la bolsa, Cintia continuaba sin recobrar el conocimiento. Dejó encima de la mesilla el habitual frasco de perfume de Cacharel, después se sentó un momento en la cama y contempló el cuerpo de Cintia, desnudo, semiatado, amoratado, ensangrentado... El animal que se escondía en su interior se había comportado con extrema rudeza y él no pudo controlarlo, tampoco intentó hacerlo porque sentía la necesidad de empacharse de sus viciados gustos. Pero sin duda su acto le acababa de ocasionar un gran problema, pues Cintia había quedado en peores condiciones que Katia. Sabía que ese hecho no solo acarrearía consecuencias con ella, sino respecto a Águeda, a la cual había dado su palabra de no repetir lo acaecido la última vez. Debía hablar con la *Madame* para explicarle lo sucedido, y debía hacerlo antes que la propia Cintia para no quedar en tal mal lugar. De esa forma Águeda podría pensar que le remordía la conciencia.

De pronto, Yago notó que Cintia se movía sutilmente y se levantó de la cama con presteza. La oyó expulsar unos lánguidos quejidos, a la vez que unas lágrimas comenzaban a escapar de sus ojos aún cerrados. Sin decir ni una sola palabra, se marchó de allí apresuradamente. Corriendo llegó a su automóvil y condujo hasta casi entrar en la carretera, donde paró. Se quitó la máscara, se ahuecó el pelo, sacó su reliquia de móvil y marcó el número de Águeda, pero al primer pitido colgó. Esa llamada tan solo era un señuelo con el que poder excusarse, con el que le diría que había intentado contactar con ella para avisarle del mal estado en que había quedado Cintia. Arrancó de nuevo y regresó a su casa con calma. El reloj marcaba cerca de las cuatro de la mañana cuando entró en ella, tenía tiempo de sobra para colocar todo y ducharse antes de que Azucena llegase del hospital.

* * * *

Cintia apenas podía moverse, no había un solo centímetro de su cuerpo que no le doliera. Primero, y ayudada como pudo por sus dientes, terminó de desatarse las muñecas. Seguidamente, y haciendo un gran esfuerzo, salió de la cama para alcanzar el bolso y buscar el móvil. Llamó a su amiga Katia, que descolgó de inmediato, a esas intempestivas horas aún estaba estudiando.

—Hola, Cintia, ¿qué pasa?

—Por favor, ven a por mí —dijo, pronunciando con debilidad.

—¿Qué te ocurre? —preguntó alterada.

—Ha sido un cliente, un hijo puta con una máscara que...

—¡Oh, no! —la interrumpió, llevándose la mano a la boca, trayendo a la memoria aquella maldita noche con el diablo enmascarado—. ¿Te ha maltratado?

—Mucho —contestó llorando.

—¿Estás en una casa a las afueras de Oviedo en mitad del campo?

—Sí.

—Vale, tranquila, Cintia. Voy ahora mismo, espérame —le dijo, con el cuerpo temblándole cual flan.

—No tardes, necesito ir al hospital.

—No tardo, cariño. Ya mismo voy —le aseguró, colgando y marchándose. Mientras Katia conducía, las lágrimas le poblaron las mejillas. Lloró con una furiosa rabia que la poseyó hasta carcomerle los tejidos.

Cuando Katia llegó con Cintia al hospital vio a Águeda en la puerta. Estaba sola, fumando un cigarro, y por sus movimientos repetitivos, paseándose de un lugar a otro, percibió que estaba nerviosa. Sacando del coche a Cintia como podía, de inmediato se preguntó qué hacía ella allí. Mientras caminaba para llegar a la puerta, casi sosteniendo el cuerpo de su amiga, la *Madame* las descubrió y empalideció. Su cara llegó a ser del mismo color que la cal, tan lívida como la de un muerto; y la pregunta de Katia sobre su presencia en el lugar se le quedó atascada en la garganta.

—Pero ¿qué ha ocurrido? —gritó Águeda, acercándose veloz.

—Su cliente, ese hijo de puta que se esconde detrás de una máscara —escupió Katia—. ¡Por favor, traigan una silla de ruedas para esta mujer! —chilló a un par de enfermeros que salían en ese momento.

En un abrir y cerrar de ojos Cintia estaba dentro de las urgencias del hospital y los médicos atendiéndola. Ellas permanecieron allí, inmóviles, consternadas aún, increíblemente perturbadas. En ese momento Katia solo deseaba desgañitarse a gritos, el dolor tan iracundo que sentía se le enroscaba al alma y necesitaba deshacerse de él expulsándolo de esa forma. Pero en lugar de vociferar hasta partirse las cuerdas vocales, concentró esa ira en lanzarle a Águeda una mirada cargada de odio.

—¡Creí que le habías echado después de lo que me hizo a mí! —espetó furiosa.

—Me juró que no volvería a pasar, que había bebido ese día... —habló conturbada.

—Pues te ha mentado y tú le has creído, ¡joder! Y con Cintia ha sido mucho peor que conmigo, ¿no ves en qué condiciones ha llegado? —le preguntó llena de cólera.

—Lo he visto, sí, y pone los pelos de punta —sopló abatida—. No puedes ni imaginar lo mal que me siento ahora mismo —se le quebró la voz—. Me

ha engañado y yo le he creído como una ingenua. Pero esto no va a quedar así, hablaré con él y jamás volverá a tocar a una de mis chicas, ni tan siquiera acercarse a ellas. —Las lágrimas terminaron saliendo de sus ojos.

—Más te vale que eso sea cierto, Águeda —dijo con severidad.

—Lo juro por lo que más quiero en este mundo, mi hija. —Apretó los labios, que no paraban de vibrarle víctimas del llanto.

—¿Y se puede saber qué haces tú aquí? —interpeló Katia, cambiando momentáneamente la ira para saciar su curiosidad.

—Precisamente estoy aquí por lo que más amo en el mundo. Adela ha tenido un accidente con la moto y han tenido que operarle la pierna de urgencia. —Sollozó.

—¡Oh, Señor! —exclamó asombrada—. ¿Tu hija ha tenido un accidente? ¿Y cómo se encuentra?

—Bien. La operación ha salido bien. —Asintió, enjugándose las lágrimas—. Acababan de subirla a planta, se ha quedado un momento con mi madre mientras yo he bajado a fumar un cigarro, los nervios me están consumiendo. ¡Y ahora esto, mierda! —soltó un bufido de indignación.

—Lo importante es que se recupere, que ambas lo hagan.

—Justo me llamaron del hospital cuando trataba de localizar a Cintia, y como no conseguí hablar con ella le mandé un audio al móvil indicándole el lugar al que debía acudir. No pude advertirla de qué iba ese servicio, con quién iba a encontrarse. Cómo iba yo a imaginar esto... —gimoteó—. ¡Menudo pervertido el muy hijo de puta! —Lloró más fuerte, derrumbándose por el cúmulo de circunstancias.

—De nada sirve llorar ya —siseó—. Lo único que debes hacer es hablar con él y no volver a darle un servicio nunca. Jamás —recalcó con dureza.

—Eso voy a hacer ahora mismo, y contigo por testigo —enunció, sacando el móvil y saliendo ambas del hospital. Águeda quería intimidad para poder expresarse.

En cuanto encendió el teléfono, vio las llamadas perdidas de Cintia y la de Yago, ese hombre que era la reencarnación del mal, estaba convencida de ello.

* * * *

Yago, duchado y con el pijama puesto, deshizo la cama y se sentó en ella. Cogió su cascajo de teléfono y se quedó observándolo antes de guardarlo en lugar seguro, buscando las palabras con las que disfrazaría su cruel acto

cuando se viera obligado a hablar con la *Madame*. Aunque no le dio tiempo a pensar mucho, pues el móvil comenzó a sonar entre sus manos; Águeda le estaba llamando. Con firmeza y su habitual aplomo, Yago descolgó.

—Buenas noches, Águeda.

—¡No se atreva a decirme buenas noches sin más, como si nada hubiera ocurrido! —gritó—. Estamos en el hospital con Cintia, lo que ha hecho con ella no tiene nombre, no sé ni cómo describirlo.

—Lo sé, he perdido la cabeza. De hecho, ya había intentado ponerme en contacto contigo para contarte lo sucedido —explicó con mucha sangre fría.

—¿Y qué quiere contarme? ¿Qué es un depravado? ¿Un sádico sexual? ¿Un enfermo? —Alzó de nuevo el tono.

—No era yo, Águeda, no sé qué me ha pasado —mintió con descaro—. Ha interpretado tan bien su farsa, no saber mis gustos, desconocer que llevo máscara... Se ha resistido tanto que he terminado extralimitándome.

—No ha interpretado nada, bastardo, no sabía lo que debía hacer —aclaró—. Por desgracia no pude hablar con ella para advertirle de que usted podría llegar a ponerse violento, como la última vez —afirmó, sintiéndose fatal por haber confiado y accedido a darle otro servicio.

—Mañana ingresaré tu habitual suma pero cuaduplicada, y otra igual para Cintia, como compensación por lo ocurrido.

—¿¿¿Compensación?? —preguntó a voz en grito—. Está de broma, ¿verdad? Esto no lo compensa ninguna cantidad de dinero. ¡Ninguna! —chilló—. ¿Cree que la tortura a la que ha sometido a esa pobre chica tiene precio? ¿Cree que Cintia olvidará todo con su sucio dinero? Hay cosas que no se pueden borrar ni olvidar con dinero, y esta es una de ellas. Le puedo asegurar lo que Cintia le diría ahora mismo si pudiera: «Métase todo su puto dinero por el culo». Lo mismo que le digo yo, maldito cerdo —soltó furiosa.

—Yo solo quiero paliar mi acto en la medida de lo posible —dijo con calma.

—Su acto se llama atrocidad y el dinero no puede paliarla ni acallarla. ¿No lo entiende? —inquirió aturdida—. Está enfermo. Usted no busca sexo, busca maltratar a la mujer a través de un sometimiento que está ligado por completo a la vejación, y yo no quiero un cliente así. Creí que lo de Katia había sido un hecho aislado, único y puntual, tal y como usted ha tratado de convencerme, pero ahora veo que estaba equivocada, muy equivocada.

—Tampoco dramáticas tanto, Águeda, sois putas, vuestro trabajo trata...

—¡Condenado cabrón! —le interrumpió de inmediato, airada—. Nunca jamás vuelva a atreverse a solicitar un servicio de mi agencia. Y me encargaré

personalmente de poner sobre aviso a todas las agencias que conozco para que a ninguna otra chica le vuelva a suceder algo parecido. Es un hijo de puta perverso y degenerado. Siento una extrema repugnancia por usted y espero que algún día arda en el infierno, ese es el lugar que les corresponde a los malnacidos.

Águeda apretó con ira la tecla que cortaba la comunicación y miró a Katia con los ojos velados. La joven rusa le abrió los brazos y ella se arrojó a su cuerpo con fuerza, aferrándose a ese abrazo con desesperación, cual bañista agotado a una boya. Ambas, llenas de rabia e impotencia, comenzaron a llorar.

* * * *

La jornada en el hospital había sido bastante dura para Azucena. Cuando lo abandonaba, a las siete de la mañana, no solo se encontraba agotada físicamente, su moral estaba por los suelos. En esa guardia tuvo que operar a una chica de dieciséis años que había sufrido un accidente de moto. La rodilla no pintaba nada bien, de seguro que no volvería a andar con normalidad, sin mostrar cojera, y le daba pena por lo joven que era. Pero sin lugar a dudas lo más duro había llegado de madrugada, cuando ingresó una mujer tras ser víctima de una brutal agresión sexual. Estaba llena de golpes, cortes, mordiscos, quemaduras... señales de ataque por todo el cuerpo y claros signos de violación por los desgarros vaginales. Con independencia de todo ello, el trabajo de Azucena se dio porque la víctima tenía un par de costillas fracturadas y también luxación en ambas muñecas, indudablemente producidas por una torsión violenta para ser atada. Mientras trataba sus lesiones, la doctora sintió una inconmensurable lástima viéndola tan maltratada, tan desvalida, absolutamente humillada en su dignidad... Su alma acusó un hondo penar provocado por el sufrimiento al que había sido sometida esa pobre e indefensa mujer, e intentó esquivarlo hasta finalizar su trabajo con ella. Abandonó el box rota y con inmediata dirección al baño, donde nadie pudiera verla derramar las lágrimas que ya andaban colgando de sus pestañas. Entretanto lloraba se preguntaba cómo podía haber semejante tipo de hombres sueltos por la tierra, alguien tan inhumano y despiadado, incapaz de inmutarse por el sufrimiento que originaba y sintiendo placer con ello. Qué tipo de enfermo era capaz de hacerle todo lo que le había hecho a esa mujer y disfrutar haciéndolo. Era algo que no le cabía en la cabeza y que

nunca se acostumbraría a ver en el hospital. Las violaciones siempre le ponían los pelos de punta y le provocaban un dolor desmesurado por la víctima.

Cuando Azucena llegó a casa Yago aún no se había levantado. Se acercó despacio a él, le dio un sutil beso en la mejilla y a continuación entró en el baño a darse una ducha. A la vez que el agua comenzó a resbalar por su cuerpo de forma irremediable las lágrimas saltaron a su rostro. Volvió a llorar recordando a esa mujer, imaginando el miedo y la angustia que debió vivir durante las horas que su agresor estuvo abusando de ella. No podía sacarlo de su mente, ni dejar de pensar en el trauma que le supondría haber pasado por una situación así. Aquel acto lleno de barbarie cambiaría todo para esa mujer, marcaría un antes y un después en su vida para siempre.

* * * *

Águeda y Katia pasaron toda la noche en el hospital. Katia se quedó con Cintia, a la que dejaron ingresada y subieron a una habitación en cuanto le hicieron las pertinentes curas en urgencias. Águeda pasó las horas recorriendo los pasillos de la planta de hospitalización, turnándose entre permanecer con su hija e ir a ver cómo se encontraba Cintia, si despertaba de una vez para poder hablar con ella. Al fin lo hizo casi a media mañana, despacio, con lentitud. Y en cuanto sus ojos apreciaron las siluetas de Katia y Águeda alrededor de la cama, con unas descoloridas caras llenas de angustia, se echó a llorar.

—No, llores, Cintia, ya ha pasado todo, cariño —dijo Katia con mucho afecto, cogiéndole las manos e intentando reconfortarla.

—Ha sido horrible, ese hombre es un enfermo mental —gimoteó.

—No te preocupes, nunca más volverá a obtener un servicio, ni en mi agencia ni en ninguna que yo conozca, de eso me encargaré personalmente —aseguró Águeda, intentando que la voz no se le quebrara.

—¿Y crees que eso será suficiente? ¿Eso frenará su depravación, su sadismo? —La miró cargada de desconsuelo.

—Seguramente no, está claro que es un enfermo —sopló con vigor—. Pero lo que no creará es que pagando una buena suma de dinero puede hacer todo cuanto le plazca. De eso nada —concluyó apretando los dientes.

—La gente así, con dinero y poder, se creen que pueden hacer todo lo que les venga en gana y salir bien parados porque suele ser así siempre, Águeda, no nos engañemos —explicó Cintia en medio de sus lágrimas.

—Esa clase de tíos son unos psicópatas —aseguró Katia, irritada.

—Cierto, la mayoría lo son —convino Cintia—. Y por desgracia yo he tenido la mala suerte de toparme con uno de ellos. Uno que me ha hecho pasar por un infierno. —Se le rompió la voz, y siguió llorando.

Oyendo a Cintia, Katia comenzó a llorar con fuerza. Se derrumbó al recordar el miedo que ella pasó aquella noche con ese mismo hombre.

—¡Ya, cielo, ya! —exclamó Águeda, uniendo su mano a las de Cintia y Katia.

—¿Por qué, Águeda? ¿Por qué? —preguntó Katia con las lágrimas resbalando con fuerza.

—¿Qué quieres decir? —interpeló la aludida.

—¿Por qué ese hombre nos hizo esto a Cintia y a mí y a las otras no?

—¿¿¿Cómo??? ¿Qué a ti te ocurrió lo mismo? —preguntó Cintia perpleja, separando su mano de las de ellas con rapidez—. Explicadme eso ahora mismo —exigió.

Katia observó a Águeda en silencio. El ensordecedor sonido fue compartido por las tres mujeres y gobernó con ponderación el ambiente.

—Fue hace más de un año, casi un año y medio. —La llorosa voz de Katia fracturó el mutismo reinante—. Yo llevaba unos meses en la agencia y tú acababas de entrar en ella —le explicó a Cintia—. Sé que fue el mismo hombre porque es el único de todos los clientes que se esconde tras una máscara. Era violento, me hizo mucho daño, sentí un inmenso miedo porque creí que iba a matarme y me defendí con uñas y dientes. Mis descontrolados gritos empezaron a molestarle y para callarme me dio una descarga eléctrica con una pistola. Me dejó inconsciente, y dejé de sufrir y sentir. Posteriormente, hizo conmigo muchas más cosas, pero, para mi suerte, ya no me enteré. —Lloró con amargura.

—¿Por qué no me lo contaste? —La miró confusa.

—Porque no se lo dije a nadie. —Sollozó—. Águeda me convenció de que era mejor así —advirtió, mirando a ambas.

Cintia dirigió la mirada a Águeda con furia.

—¿Cómo lo has consentido? ¿Cómo has sido capaz de hacerlo? —gritó airada. No podía creer que Águeda fuera conocedora de la violencia que empuñaba ese hombre y le permitiera continuar solicitando servicios.

—Yo no lo he consentido, Cintia, ¿cómo puedes pensar eso? —contestó, asombrada por su acusación—. Llevaba sin solicitar un servicio desde entonces, desde hace casi un año y medio. Cuando ayer tarde volvió a ponerse en contacto conmigo me juró que nada parecido iba a suceder, insistió en ello y yo confié en su palabra. Antes de lo de Katia nunca había tenido una mala

queja sobre él por parte de mis chicas. Sé que le gustaba un tipo de sexo especial, que la mujer se resista y terminar doblegándola, algo parecido a simular una violación; pero nunca llegó a los extremos de Katia. Algún moretón, alguna señal por maniatar, incluso algún mordisco más fuerte que termina dejando una marca eventual... ese tipo de cosas que muchos clientes practican solo con vosotras y esconden a sus esposas.

—Quiero saber quién se oculta tras esa máscara, Águeda. ¡Dime cómo se llama! —le reclamó alzando la voz.

—Ya conoces la política de confidencialidad de mi agencia, Cintia —respondió.

—¡A la mierda el contrato de confidencialidad! ¡A la puta mierda! —Levantó más la voz—. Quiero su nombre. Me lo debes —afirmó con rabia.

—Yo no... no... no sé... —dijo, medio tartamudeando.

—¿No sabes qué? —preguntó Cintia furiosa.

—No sé quién es, de verdad. —Meneó la cabeza repetidas veces.

—¿Qué? —Cintia y Katia, desconcertadas, elevaron las voces al unísono.

—Que no sé quién se esconde bajo esa máscara, fue un acuerdo al que llegamos —confesó avergonzada—. Desconfiaba de que alguna incumpliera el contrato de confidencialidad. Pagaba el doble que cualquier otro cliente por eso mismo, lo hacía a través de un apartado de correos para que no pudiera saber la procedencia y me dirigía a él como «señor», sin más. Desconozco su nombre, no sé quién es ni dónde encontrarlo.

—Eres tan culpable de esto como él —soltó Katia encolerizada.

—¿Cómo puedes decirme eso? Yo no sabía que esto ocurriría.

—Katia lleva toda la razón, Águeda —añadió Cintia—. Lo hizo una vez y tú le has permitido obtener otro servicio. ¡Eres tan culpable como él! —escupió enojada.

—No puedo creer lo que estoy oyéndoos —respondió aturdida.

—Pues te lo voy a explicar muy fácilmente —aseveró Katia, mirándola con dureza—. Tienes una hija de dieciséis años, Adela, toda tu vida según tú. Imagínate que saliera con un chico y que ese chico la agrediese un día. ¿Le dejarías que volviera a salir con él? ¿Confiarías en su palabra y en lo arrepentido que estaba? ¿O intentarías por todos los medios que tu hija no volviera a acercarse a él? Ahora aplica ese ejemplo a nosotras, somos tus chicas y tú debes protegernos.

—No podéis culparme por lo que ese loco os ha hecho. —Negó con la cabeza.

—Mírame, Águeda —le ordenó Cintia—. Mírame y cambia mi rostro por el de tu hija. Y ahora piensa que un tío fuera capaz de hacerle esto a ella y que alguien pudiera haberlo remediado, pero no lo hizo. ¿Dime cómo te sentirías? —preguntó con amarga aspereza.

Águeda permaneció en silencio contemplando los rostros de Katia y Cintia llenos de dolor, de miedo, de pura consternación; y sintió que algo en su interior se rompía. Ella no habría podido evitar el terrible suceso de Katia, la cogió desprevenida, pero sí podía haber frenado el de Cintia tan solo con una negativa.

—Lo siento, de veras. Lo siento mucho —gimoteó—. Yo no pensé que...

—Demasiado tarde para sentirlo, ¿no crees? —la interrumpió Cintia—. Ya no tiene remedio —aseguró con ira, con la misma que impregnaba la mirada de Katia. Los ojos de ambas la estaban taladrando.

Águeda sintió que le faltaba el aire. La dureza de las miradas de Katia y Cintia junto al tono desapacible de sus palabras, le arañaron el alma. Sintió que llevaban toda la razón, ella les había fallado. Ella nunca debió dejar a otra de sus chicas en manos de ese hombre. Ella jamás debió confiar en la palabra de un degenerado.

—Lo siento, lo siento mucho, de veras. Yo no pensaba que volviera a hacer algo así, y mucho menos peor. Pero lleváis razón, soy tan culpable como él. Os he fallado, perdonadme, os lo suplico —susurró en medio de un incipiente llanto, y salió de la habitación de forma apresurada.

Katia abrazó a Cintia y ambas comenzaron a llorar con desconuelo. Entre medias del llanto, Cintia no paró de repetir que necesitaba saber quién era ese hombre y no descansaría hasta lograrlo. Por mucho que le costara, por mucho que le llevara averiguarlo, no iba a cesar en su empeño hasta hacerse con su nombre. Su búsqueda acababa de convertirse en su cruzada personal.

La política es un arte o doctrina referente a los gobiernos del Estado, un mundo que consiste y se centra en un juego de estrategia. Un juego al que Yago sabía jugar mejor que nadie, se movía como pez en el agua. Jugeteaba a ello desde su más tierna infancia y se había hecho un gran estratega, el rey de todas las estratagemas urdidas y por urdir para poder medrar en sus propósitos. Muchos lo sabían, venían advirtiéndolo las impecables artimañas de Yago, incluidos miembros de su propio partido. Algunos empezaban a opinar que encabezaba las encuestas más por la imagen que había vendido que por su calidad como político. Sin embargo, Yago contaba con una importante baza a la hora de contrarrestar esas molestas voces que provenían de su propia casa política, a un fiel amigo: Felipe Manzanedo, el encargado de defenderlo a capa y espada. Manzanedo confiaba tanto en Yago, en que su persona sería la responsable de llevar al partido a controlar el país, que no toleraba una voz más alta que otra dirigida al candidato electoral. No iba a permitir que nadie de la misma ideología mordiera la mano del que posiblemente les daría de comer, y si para alcanzar el objetivo debía rodar alguna cabeza, sin duda rodaría. De ese modo Yago tenía muy bien cubiertas las espaldas y disfrutaba cuanto podía de machacar a quien le llevase la contraria o le cuestionara la más pequeña nimiedad de su programa. Eso sí, lo hacía desde la sombra, él no tenía por qué mancharse las manos. Del trabajo sucio, de echarles a los perros, ya se encargaba Manzanedo, su aliado y leal escudero.

El ritmo de campaña preelectoral aumentaba día a día, algo lógico y normal quedando menos de tres meses para las elecciones. Ese fin de semana Yago tenía un mitin en Tenerife y una vez más había decidido acudir con Azucena. Tenía comprobado que la sensibilidad y el romanticismo le hacían ganar votos, y su idea era seguir sumando. Más ahora, dada la proximidad de las votaciones. Pero Azucena tenía guardia en el hospital y cambiarla iba a ser muy difícil por la falta de algunos compañeros. Eso fue un punto a favor de

Yago, quien la convenció del trastorno que estaba ocasionando en el hospital y la animó a solicitar la excedencia sin más demora. Azucena no pudo negarse más, en esos momentos estar con su marido era lo que le correspondía; debía apoyarlo. Tan solo le pidió a Yago que le respetara dos condiciones muy importantes para ella, iba a acudir a dos conferencias que tenía pendientes. La primera era en Oviedo, había sido invitada para hablar sobre las intervenciones quirúrgicas en traumatología; la segunda en Londres y en calidad de oyente, pero resultaba de importante relevancia en su campo. Yago lo aceptó sin poner una mala queja, y la besó enardecido, con la pasión que le otorgaba saber que su entramado se tejía a la perfección. Azucena, viendo la felicidad que irradiaban sus ojos, le prometió ir al día siguiente a hablar con el director del hospital.

* * * *

Fabián se quedó confuso al ver aparecer a Azucena por el hospital, ese día no tenía turno. La contempló desde la distancia, observando una vez más lo guapa que era, su sutil zarandeo de caderas al andar, el movimiento de melena, lo bien que le quedaban los vaqueros, cómo marcaba y estilizaba su talle la americana que vestía... Volvió a sentirse muy desdichado. Era duro recordarse que había perdido a la mujer de su vida, a la única que sería capaz de amar, estaba convencido. Suspiró por dentro, en silencio, mientras observaba a la doctora aproximándose a él. La dulce sonrisa de Azucena le dio los buenos días mucho antes que sus propias palabras.

—¡Hola! ¿Qué haces por aquí? —preguntó Fabián con sorpresa.

—Venía a despedirme de ti. Al menos temporalmente —puntualizó.

—¿Despedirte? —Los ojos del doctor se cargaron de angustia.

—Sí, al fin he cogido la excedencia. El ritmo de Yago comienza a desbordarse y no quiere que estemos separados.

Fabián la miró ceñudo, no pudo evitarlo.

—Pensé que no la cogerías hasta ver si es necesario... si sale elegido presidente.

—Bueno, si no es así, volveré. —Sonrió—. Pero ahora mi marido me necesita y debo estar a su lado, es muy importante para él.

Las entrañas de Fabián se retorcieron al oír las palabras de Azucena. Por un momento le pareció estar escuchando la conversación de una mujer de principios del siglo pasado, y ella no era de ese tipo de mujeres, dependientes

totales de su marido, ella era inteligente y capaz. Sus pensamientos se sublevaron, clamaban ser oídos, y con convicción le dijo:

—Perdona que sea tan directo, Azucena, pero creo que donde debes estar y haces falta es aquí, en el hospital, ayudando a los enfermos; para ellos tu papel sí es importante. Eres un buen médico y cirujano, y tu calidad humana es admirable y entrañable, algo primordial para los pacientes. La gran mayoría de ellos llegan muy asustados y aturcidos, sobre todo los que atendemos por accidentes o agresiones, y tú sabes transmitirles calma como pocos. Tu marido ganará, pero todos los demás perdemos, y tú la primera. Esto es tu vocación, no la de acompañante de tu marido ni la de mujer florero —reprobó—. Lo entendería de ser el presidente de la nación, obviamente, pero aún no lo es, ni sabes si va a llegar a serlo.

—Mira, Fabián, sé que ser médico lo es todo en mi vida, pero ahora también comparto esa vida con mi marido y en este momento tengo que brindarle todo mi apoyo, lo entiendas o no. No he venido aquí para discutir contigo, sino para decírtelo en persona porque eres alguien muy importante para mí. —Lo miró fija a los ojos, con serenidad.

—Lo siento, pero tenía que decírtelo —enunció sin apartar la vista de la mirada verde de Azucena—. Yo tampoco quiero discutir contigo, sabes que no lo soporto.

—Pues no discutamos y dame un abrazo.

—Uno y todos los que quieras —contestó con una sonrisa indulgente, abrazándola con infinitas ganas. El corazón de Fabián se desintegró por entero sintiendo el calor de su amada.

—Tendrás que reorganizar todo el cuadrante —enunció al separarse de él—. Aunque no creo que tarden en ponerme un sustituto, o al menos eso me ha dicho Olmedo.

—Entonces, ¿la excedencia es desde ya?

—Sí. —Asintió—. Pasado mañana Yago tiene un mitin en Tenerife, y sabes que yo tenía guardia precisamente ese sábado y andamos cortos de personal para estar con cambios. Empieza a contar a partir de mañana.

—No te olvidarás de mí, ¿verdad? Me llamarás de vez en cuando —habló aparentando calma, haciendo un sobreesfuerzo por respirar con normalidad; le empezaba a faltar el aire, la vida.

—Por supuesto. Eso ni lo dudes, nunca podría olvidarte —afirmó ella, desplegando una vez más su sonrisa.

—¿Y la conferencia de Londres? Estabas muy interesada en ella, ¿ya no vas a acudir? —le preguntó, tan lleno de curiosidad como temeroso de la

respuesta.

—Sí, iré. Iré contigo tal y como habíamos previsto —afirmó—. Y allí me invitarás a cenar en compensación por ser tan duro en esta despedida.

—Eso está hecho. —Sonrió aliviado. De inmediato, se imaginó esa cena a solas con ella, unas horas en las que poder charlar. Echaba mucho de menos las conversaciones con Azucena. Aunque también sabía que al regresar de esa conferencia ya no le quedaría más que compartir con ella, y eso le haría mucho daño, más del que ya guardaba en su interior. Pero borrando los pensamientos con urgencia, añadió—: Ahora, como adelanto, puedo invitarte a un café, ¿te apetece?

—Pensé que no me lo ibas a decir nunca. —Se echó a reír—. ¡Anda!, vamos para la cafetería.

* * * *

El mitin de Tenerife fue mejor que bien, Yago también había calado hondo entre los votantes tinerfeños. Una vez más recibió una calurosa bienvenida y sintió la fabulosa embestida del apoyo de la gente. De nuevo, Azucena asistía deslumbrada a ese increíble baño de masas al que no lograba acostumbrarse, y que incluso la llegaba a abrumar. Desde su asiento contemplaba la imagen firme y segura de su marido hablando para el público presente, convenciéndolos de la gran labor que había que hacer por el país y que su partido y él llevarían a cabo. Aún seguía asombrándola la pasión y el dominio que Yago ejercía en cada uno de sus mítines, la expectación que despertaba, la admiración que predominaba, el silencio que prevalecía entre el público para no perderse ni una sola palabra de aquel líder tan carismático. Sin lugar a dudas, la política era lo suyo, era para lo que había nacido.

Al concluir el mitin, y siendo la pauta dominante en cada uno de ellos, el público se ponía en pie, ovacionaban a Yago, lo vitoreaban, y a coro se alzaban las voces repitiendo la palabra «Presidente». Él, viendo a la gente a sus pies, ensalzando su persona, se llenaba de entusiasmo y satisfacción; y cargado de esos sentimientos se crecía más cada día, a cada momento. Y cada vez que contemplaba la euforia de la masa, recordaba a su abuelo y le advertía de lo próximo que se encontraba de lograr su propósito. Saber que estaba a un paso de cumplir lo que le prometió en su funeral, cuando la tierra se tragó su ataúd, le hacía sonreír dichoso.

Y por esa felicidad que le producía verse más cerca de la presidencia del país, el domingo, al despertar, Yago le sugirió a Azucena disfrutar de la

mañana en la playa, su vuelo de regreso no salía hasta la tarde. Aunque también había otras intenciones detrás de esa sugerencia: volver a ser captados por los periodistas, si bien eso se lo omitió a su mujer. A Azucena los planes de su marido le parecieron maravillosos. Ella con tal de estar a solas con él, oyendo las bonitas palabras que solía regalarle, sintiendo sus dulces besos y las entregadas caricias, le hubiera valido cualquier lugar aunque no hubiera habido ni sol, ni arena, ni playa. Y de esa forma, a distancia y con disimulo, al igual que sucedió en Fuerteventura, Yago permitió que los fotógrafos captasen sus «espontáneas» muestras de amor hacia su esposa.

* * * *

El domingo a mediodía Katia estaba preparando la mesa para comer con Cintia. Su amiga ya estaba recuperada físicamente, pero a nivel psicológico estaba totalmente obsesionada con dar con aquel cabrón, un maldito cobarde que se escondía tras una máscara. Mientras colocaba los cubiertos, Cintia, que aún se encontraba en su dormitorio, la empezó a llamar a gritos, desesperada, y Katia corrió hasta la habitación.

—¿Qué ocurre? —preguntó asustada.

—¡¡Es él!!! —exclamó con vigor, señalando al televisor que mostraba el telediario—. ¡Ese es el hijo de puta de la máscara! ¡El sádico que casi nos mata!

—¿Pero qué dices? ¿Cómo puedes saber que es él? —preguntó sorprendida—. Mira, Cintia, me tienes muy preocupada con el tema, tu nivel de obsesión empieza a rozar la paranoia.

—¡Calla y escúchale! —gritó.

Katia guardó silencio, miró al televisor y oyó hablar a uno de los candidatos que se presentaba para presidente en las elecciones generales. Estaban retransmitiendo un momento del mitin que el día anterior había dado en Tenerife. No era la primera vez que veía a ese hombre en la pantalla o en los periódicos, era el político de moda, del que nadie paraba de hablar. Y no solo por su papel en política, se hablaba de él en cualquier tipo de programa, incluidos los de la prensa rosa. Era un hombre muy atractivo al que se le atribuía una larga lista de amantes, alguien a quien ella consideraba un embaucador de masas en general.

—¡Lo ves! ¡Es él! No hay ninguna duda. —Cintia la miró exudando euforia—. ¿Acaso no lo has reconocido, Katia?

—Realmente, no —contestó tajante—. Ni ahora ni en ninguna otra de las ocasiones que le he visto y oído hablar. Porque ese hombre suele salir muy a menudo en la televisión, y cada vez más. ¿Nunca lo habías visto antes?

—Sabes que no suelo ver la tele, siempre estoy estudiando, bueno, estudiaba, últimamente no puedo centrarme en eso, ya lo sabes. —Soltó un golpe de aliento.

—Lo sé, Cintia —afirmó, pensando que era normal debido a lo reciente que todavía estaba todo.

—Pero a veces, cuando tengo ganas y fuerzas, fisgoneo por Internet para informarme de lo que sucede por el mundo. Aunque dados los convulsos momentos políticos que vivimos ese tipo de noticias suelo saltármelas, me aburren en exceso. Son todos iguales, mismo perro pero con diferente collar —explicó en tono de queja—. Sin embargo, hoy el destino ha querido que estuviese viendo la televisión para reconocerlo. Y en cuanto han salido esas imágenes de él con su esposa en la playa, con las que he podido ver su mancha debajo de la clavícula, se me han puesto los pelos de punta, ¡joder! —exclamó, sobresaltada por un escalofrío—. Pero al oír su voz, ese timbre que no podré olvidar nunca, lo he tenido más que claro. Es él. Ese hijo de puta es él. Y se esconde detrás de una máscara porque aspira a ser el presidente de nuestro país. Un sádico desalmado quiere gobernar mi país —siseó con furia—. El muy cabrón se va a arrepentir de lo que nos hizo, te lo juro.

—Cintia, ¿de qué mancha hablas? —inquirió extrañada.

—De la que tiene debajo de la clavícula, ¿no me has escuchado?

—Con sinceridad, empiezo a pensar que estás perdiendo la cabeza, porque para ver tal mancha ese hombre debía haberse desnudado, al menos de cintura para arriba, algo que no hizo conmigo ni con ninguna otra, y dudo que lo hiciera contigo. Así que no has podido ver ninguna mancha.

—Claro que no se desnudó el muy hijo de puta —convino con ella—. Y seguro que no lo hacía para ocultarla. ¿No te das cuenta? Eso es algo que podría delatarlo. Pero en uno de mis muchos forcejeos antes de que me atara, terminé rasgándole la camiseta y vi la mancha en su piel, se quedó grabada en mi cabeza, aquí —dijo poniendo el dedo índice sobre su sien—. Es una mancha de nacimiento, un primo mío tiene una parecida en el muslo.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Segurísima, Katia —respondió con rapidez y firmeza.

—¿Sabes? Yo nunca podría reconocerlo, ni tan siquiera recuerdo su voz. —Vaciló antes de proseguir—. Quizá sea porque apenas habló y luego me hizo quedar inconsciente con aquel latigazo de corriente eléctrica.

—Pues yo, para mi desgracia, no puedo olvidarlo —escupió con rabia—. Pero ahora, gracias a esas dos pruebas que me confirman que es él, tengo la identidad del degenerado que nos torturó, Katia, y pienso hacer que pague por ello, aunque sea lo último que haga.

—¿Y cómo piensas hacerlo? Es un tío muy importante, no vas a poder acercarte a él ni para darle los buenos días.

—Ya pensaré algo, no te preocupes por eso. Soy una mujer de recursos. De muchos recursos. —Sonrió con sagacidad.

Teniendo a Azucena a su plena disposición, Yago cada día se encargaba de situarla en el lugar más apropiado para el beneficio de su imagen. Con sutileza, solía hacerle un itinerario de lo que debía hacer, que más bien era dejarse ver con él con tanta frecuencia como pudiera. Ella no protestaba, comprendía que era el papel que debía cumplir, pero el tiempo pasaba y empezaba a desesperar por ver a su familia. Ya había asumido que acudir en fin de semana era impensable debido a los mítines, o a las entrevistas, o al exceso de trabajo de su marido, o a todas las causas juntas. Aun así, ella deseaba ir a Gijón. Sentía tantas ganas de estar con los suyos que había pensado acercarse entre semana, aunque solo pudiera ver a sus padres, y no paraba de comentárselo a Yago. Pero él no estaba por la labor, y se inventaba cualquier excusa que sonase convincente para que su mujer terminara optando por su compañía y por lo que él decidiera. Para su regocijo, Azucena siempre terminaba claudicando, una acción que a Yago le hacía sentir de lo más feliz. Era feliz viendo el control que ejercía en su esposa, sabiendo lo fácil que le había resultado hacerlo. La había alejado, casi aislado de sus amistades, de sus seres queridos, de su vida. Con argucia, y entre mimos y carantoñas, le impuso un invisible yugo para mantenerla a su merced, un imperceptible armazón encajado a su cuello, con una cuerda en el centro de la que él tiraba para que Azucena siempre fuera detrás de su voluntad. Y le funcionó, su mujer se sometió sin darse cuenta y se convirtió en un títere manejado al antojo de su esposo.

Sin embargo, había un asunto que se le escapaba a las astutas manos de Yago: las decisiones ajenas. Y creyendo los padres de Azucena que era absurdo continuar sin verse cuando la distancia entre Gijón y Oviedo era corta, la llamaron para anunciarle que al día siguiente se acercarían ellos mismos a su casa. Estaban deseosos de ver a su hija, de pasar un día con ella y de compartir unas horas con su yerno. Azucena se alegró tanto con la noticia

que llegó a emocionarse, y de esa forma aguardó la llegada de su marido. En cuanto escuchó entrar a Yago en casa, salió a su encuentro, quería compartir de inmediato tan grata información con él.

—Buenas, cariño —lo saludó en el pasillo, enlazó sus brazos al cuello de Yago y lo besó.

—¡Hola, cielo! —contestó él sorprendido y feliz por el recibimiento—. ¿Qué ocurre para que estés tan contenta?

—¿A que no sabes quién viene mañana a vernos? Mis padres —enunció sin más dilación.

—Oh, no hablarás en serio, mañana es imposible —avisó tras escucharla, disimulando su malestar por la intromisión de su familia.

—¿Por qué? —interpeló ella.

—Porque tengo una entrevista, y además he reservado para comer juntos.

—Entonces los llamaré y les diré que vengan pasado mañana —declaró un poco entristecida, apartando los brazos de él.

—Tampoco puede ser, ese día tengo que acudir a la radio y quiero que vengas conmigo. Y luego comeremos con Manzanedo y su mujer.

—¿Entonces cuándo? ¿Cuándo te viene bien o cuándo puedo verlos? —preguntó molesta.

—Oye, no me gusta ese tono, conlleva acritud —aseguró, cargándose de rabia.

—Por supuesto que la lleva, Yago, empiezo a estar harta y estoy protestando.

—¿Y de qué estás harta? ¿De qué narices protestas? —preguntó levantando la voz, aguantando las ganas de darle un bofetón por usar ese tono desafiante con él.

—De tus múltiples excusas para no vernos con mi familia. Siempre tienes algo que hacer y yo que hacerlo contigo. ¡Por Dios, ni siquiera soy la dueña de mi vida, no dispongo de ella! —exclamó con resentimiento.

—¿Y yo? ¿Cuándo puedo yo disponer de mi vida, Azucena? ¿Acaso lo has pensado? —interpeló con el mismo tono crispado—. Creí que comprendías la envergadura de mi trabajo, a lo que me enfrento. Creí que estábamos en el mismo barco. —Sonó a reproche.

—¡Y lo estoy! Cómo puedes poner en duda algo así —replicó asombrada—. He dejado aparcado mi trabajo por seguir tus pasos; tus pasos —recalcó con énfasis.

—Pues ya sabes cuales son mis pasos, o tengo que explicártelos de nuevo. —Su voz se elevó más—. ¿Puedes entender que trato de abrir la puerta de la

Moncloa para dirigir un país? ¿Lo entiendes? —Terminó gritando.

—Claro que lo entiendo, y no hace falta que me chilles —respondió, alzando también la voz.

—Pues si lo entiendes tú misma les habrías dicho que no es momento para reuniones familiares.

—Entiendo lo que supone tu trabajo, pero es mi familia, ¿puedes entenderlo tú?

—Yo solo entiendo lo mucho que me juego con esto, ¡joder! —masticó la última palabra de forma ruda—. Pero parece ser que tú no te enteras —añadió, y se adentró en el pasillo resoplando por el camino, furioso. Cuando entró en su despacho dio un portazo tan fuerte que los tabiques retumbaron.

Azucena suspiró con vigor y se llevó las manos a las sienes, apretándoselas. Odiaba discutir con Yago, le superaba ver esa parte arisca y dominadora que de vez en cuando dejaba asomar. Ella lo amaba y lo último que deseaba era hacerle enfadar, ni trastocar sus planes de trabajo; pero él debía entender que quisiera verse con su familia, era algo de lo más normal. Se sentía mal viendo lo irrelevante que el tema familiar era para su marido, él no comprendía su necesidad por los suyos y eso a ella le ocasionaba un profundo agujero de pesar en el estómago, la entristecía de forma irremediable. Y con esos sentimientos tan molestos y lacerantes, además de indigestos, Azucena se marchó a la cama; aunque conciliar el sueño le era imposible.

Cerca de las tres de la madrugada, Yago entró en la habitación, se desvistió y se metió en la cama. Azucena, que aún no se había dormido, le acarició la espalda con ternura; su gesto buscaba la reconciliación.

—Déjame en paz —protestó malhumorado, recordando las palabras de Charles, el amigo de su abuelo, advirtiéndole de los problemas que daban las mujeres y pensando en cuánta razón llevaba.

—Yago, lo siento, no creí que fuera a molestarte. Tan solo se trata de ver un rato a mi familia.

—Déjalo, no hablemos más y durmamos.

—Pero yo...

Él se dio la vuelta con rapidez y le dijo:

—Pero tú no vuelvas a decirles que vengan sin consultármelo antes, ¿de acuerdo?

Y volvió a dar la espalda a Azucena, que se quedó conturbada por su reacción. No creía que el tema fuera para enfadarse de esa forma, parecía que en lugar de querer ver a sus padres hubiera cometido un crimen.

A la mañana siguiente, Yago despertó a Azucena con un beso, algo que a ella, después de ver con qué humos se había acostado, le confundió. Acto seguido, su marido le pidió perdón por su comportamiento, le dijo que estaba sometido a demasiada presión, que lo entendiera, y acabó diciéndole lo mucho que la quería y volviéndola a besar. Pero su cambio de actitud solo se debía a una causa: necesitaba a su mujer de buen humor y mostrándose cariñosa. Y cuando comprobó que su lado dulce ya había vuelto a meterla en vereda, sus calculados pasos le solicitaron a Azucena acudir a recogerlo para comer juntos. Aunque su intención nada tenía que ver con el almuerzo, sino con la visita que iba a recibir en su despacho. Un importante periódico quería entrevistarle y él ya tenía bien orquestada la farsa en su mente, no en vano era parte de su gran estrategia. La cita estaba acordada a la una del mediodía y Yago le recalcó a su mujer que no llegara más tarde de la una y media. Así se aseguraba de tener a Azucena esperando al término, con la intención de recibirla con una calurosa bienvenida que mostrase sus dotes de esposo enamorado antes de presentársela a la periodista en cuestión. Sabía que ese tipo de información también la reflejaría en la entrevista, y eso, en su caso, se convertía en votos.

Casi a la una y cuarto la secretaria de Yago le anunció la llegada de la periodista. Él le comunicó que la hiciera pasar de inmediato, llegaba con retraso, y la impuntualidad le molestaba bastante. Pensó en levantarse para recibirla, pero al instante cambió de idea y decidió permanecer sentado en su majestuoso sillón; no se merecía un recibimiento más atento debido a la tardanza. Cuando por fin entró en su despacho y vio el rostro de dicha periodista, las venas se le tensaron hasta quedar rígidas. Aunque esa tirantez tan solo le duró unos segundos, el tiempo que tardó en mentalizarse de que aquello tan solo podía ser una increíble coincidencia, una de las casualidades de la vida.

Cintia sintió vértigo al ver a Yago allí, tan esplendoroso e imponente, ocultando a todo el mundo lo que era en realidad. No había pegado ojo en toda la noche, era un manojo de nervios, un hervidero de temor; pero poner los pies en su despacho y tenerlo frente a ella superó cuanto imaginaba y esperaba. Intentó templar el brutal estado de nerviosismo, no debía mostrar el miedo que le recorría, no podía dar esa satisfacción a su agresor. Debía concederse el privilegio de hacerle creer que no le atemorizaba en absoluto, pues lo contrario podía ser una baza a favor del degenerado que en ese momento la miraba con arrogancia. Al fin y al cabo ella tenía la sartén por el mango e iba a hacer que ese malnacido pagase por todas sus atrocidades.

Armándose de valor fue capaz de controlarse, y con toda la firmeza que reunió se acercó a su mesa.

—Buenos días, señorita...

—Ahórrate cualquier saludo, maldito hipócrita —dijo cortándole—. Hace unas cuantas semanas no fuiste tan amable ni considerado conmigo, ¿lo recuerdas? —preguntó con calma.

—Disculpe, pero no sé de qué me está hablando, señorita. —Se encogió de hombros, mostrando un gesto de extrañeza—. Yo no la conozco ni la he visto antes —repuso con una temible seguridad.

—¡Ah, no! ¡Vaya, qué pronto olvidas! —siseó—. Pues yo no he podido hacerlo ni creo que lo logre nunca. Pero claro, mi posición es muy distinta a la tuya, ¿verdad? Yo soy una más de tus víctimas y quizá no recuerdes la cara de todas. Sin embargo yo siempre recordaré la voz de mi agresor, tu voz —subrayó—. La voz del que estuvo horas humillándome y torturándome. Y no solo recuerdo tu voz, sino que con la más absoluta frescura también conservo en mi memoria la mancha que tienes debajo de la clavícula. Una mancha oscura y ovalada que vi esa espantosa noche, y que de nuevo volví a ver hace unos días en la televisión y en los periódicos —explicó, lanzándole un ejemplar sobre la mesa. Las fotos mostraban a la pareja en la playa, en bañador, y la mancha se apreciaba con nitidez.

—Señorita, no sé si usted tiene algún problema de salud mental o qué, porque todo esto de lo que me está acusando realmente es de locos —aseguró muy digno, tachándola de demente.

—¡El loco eres tú, hijo de puta! —exclamó con rabia—. Un loco, un depravado, un sádico. Todo eso eres tú y pienso encargarme de que se entere el mundo entero. Se acabó tu carrera, te voy a joder la vida igual que tú me la jodiste a mí aquella noche. Igual que se la has jodido a otras.

—¿Sabe una cosa? —preguntó con altanería, levantándose del sillón y acercándose a ella—. A la gente no se la puede culpar de algo tan fuerte sin pruebas, y usted no tiene ninguna porque todo cuanto dice es mentira. Abandone mi despacho si no quiere que la eche yo mismo a patadas.

—¿Quieres que me vaya? Muy bien, me marcho. Pero te diré algo antes, me da igual tener pruebas o no, yo sé que fuiste tú y con eso me basta para hundirte. Con pruebas o sin ellas estoy convencida de que a la prensa le parecerá una jugosa historia. Por no mencionar lo que pagarían tus adversarios por tener algo así con lo que poder atacarte —declaró con regocijo—. Y un escándalo de semejante calibre hará que la sombra de la

sospecha planea sobre ti, y con ello tus posibilidades de llegar a la Moncloa se esfumarán con rapidez.

—Nadie te hará caso, estás intentando venderme humo, y lo sabes —habló furioso, empezaba a perder la calma al ver la alarmante firmeza con la que hablaba esa mujer.

—Probémoslo, a ver qué ocurre. —Cintia le clavó la mirada—. Te aseguro que habrá más de un periódico que no tendrá ningún tipo de escrúpulo en publicarlo, lanzará la bomba y esperará la respuesta. Y quiero recordarte que este es un país en el que nadie hace caso a esa legítima frase que dice: «Toda persona es inocente hasta que se demuestre lo contrario». Aquí, cuando señalan a alguien por algo tan inapropiado, suelen crucificarle, sea cierto o no.

—¿Qué cojones quieres? —gritó, estrujando con saña la cara de Cintia con una mano.

—¡No te atrevas a volver a tocarme, maldito cabrón! —exclamó, zafándose de él de manera brusca.

—Te he preguntado qué quieres —demandó con la mandíbula en tensión, aniquilándola con su mirar—. ¿Cuánto dinero? Pon una cantidad.

—No quiero dinero, no se le puede poner precio a lo que me hiciste. Quiero tu cabeza —sentenció.

—Pon una cantidad y lleguemos a un acuerdo, no me hagas perder los estribos —escupió con furia.

Cintia le sostuvo la mirada mientras sentía una extrema repugnancia por él y unos incontrollables deseos de acabar con su vida.

—Está bien, pondré un precio a tu monstruosa atrocidad. —Asintió de seguido—. Pero no me basta con una buena suma de dinero, también quiero algún favor que me facilite el resto de mi vida. Con tu posición no tendrás problemas para conseguirlos. —Sonrió con cinismo.

—Suéltalo de una vez —le exigió Yago, observándola de forma desafiante.

—Quiero ciento cincuenta mil euros y un trabajo.

—¿Has perdido el juicio? —preguntó a voz en grito.

—No he acabado todavía —contestó con serenidad.

—Me da igual, yo no puedo conseguir ninguna de esas cosas. —Bufó con ira.

—Por supuesto que puedes, a mí no trates de engañarme porque yo no tengo ni un solo pelo de tonta, cabrón —anunció con una mirada fulminante—. Tienes un buen sueldo, y si llegas a sentar tu culo en la Moncloa, algo que

deseo no ocurra nunca, aumentará de forma considerable. Puedes pedir un crédito, no creo que tengas ningún problema para que te lo concedan. — Volvió a sonreír con descaro.

—No es tan fácil como tú crees —dijo Yago, apretando los dientes. Estaba lleno de rabia ante el chantaje de Cintia, y se maldijo por no haberla matado aquella noche.

—Excusas —avisó, y prosiguió—: En cuanto al trabajo, quiero uno fijo, de por vida y bien remunerado. Acabo este año mi carrera de periodismo y no tengo ganas de trabajar como becaria —chistó—. Tienes muchos amigos que son accionistas mayoritarios de unos cuantos periódicos importantes, estoy muy al tanto de ese mundo. Yo elegiré en qué redacción deseo trabajar, evidentemente quiero la mejor.

—No puedo hacer eso. —Negó la cabeza—. Yo no puedo pedirles que coloquen a trabajar en su periódico a alguien que ni tan siquiera tiene experiencia. No sería nada coherente.

—De acuerdo. Entonces seré coherente —anunció con un ápice de chulería—. Y esa coherencia no encuentra más remedio que acudir a todas las redacciones de prensa de este país y contar que eres un maldito enfermo al que le gusta someter, violar y maltratar a las mujeres. No me dejas otra opción. —Giró sobre sus propios tobillos y arrancó a andar.

—¡Espera! —gritó Yago, callando unos segundos—. Está bien, tú ganas —afirmó, con una iracunda resignación—. Dame unos días para solucionarlo todo.

—Eso está mejor, has tomado la decisión correcta. ¿A que no era tan difícil? —añadió con sorna—. ¿Me dejas papel y boli? Es para apuntarte mi nombre completo y mi número de teléfono.

—Cógelo tú misma, están encima de la mesa.

Cintia se acercó a la gran mesa de caoba del despacho, cogió un papel en blanco y un bolígrafo y empezó a escribir mientras Yago la contemplaba con desprecio.

—Aquí tienes mis datos —dejó el papel sobre la mesa—, te serán necesarios para hablar de mí a tus amiguitos. También te he anotado los dos periódicos en los que me gustaría trabajar, seré generosa y te dejaré elegir el que quieras. —Estiró de nuevo los labios—. Dentro de una semana quiero que todo esté solucionado o ya no vendré a decirte nada, iré directamente a hablar con otros. Tú me entiendes.

—Sí, te entiendo —respondió, con la mandíbula en tensión.

—Por tu bien, espero esa llamada antes de agotarse el tiempo. Adiós.

Cintia se encaminó a la puerta con paso ligero y salió de allí. Sentía una gran alteración, nervios, satisfacción, angustia, poder... todo un maremoto de sensaciones recorría su cuerpo. Pero de súbito, la rabia la gobernó de nuevo, se apoderó de ella y la encarceló tras los barrotes de la indignación. Ese despreciable hombre no pararía ahí, volvería a repetir sus vandálicos actos con otra mujer. Estaba segura de que no sería la última en probar su depravación, lo único que acabaría con los bajos instintos de aquel animal sería la muerte. Una muerte lenta, con la que sufriera mucho, en la que suplicase por su vida, siendo sus víctimas los únicos verdugos. Una muerte digna de su sadismo. Solo eso podría acabar con un degenerado del calibre de Yago Junquera Miller. Un tanto irascible al entender que no podía cumplir lo que en verdad le gustaría y deseaba, quitarle la vida, Cintia se dirigió al ascensor.

Yago soltó un brusco puñetazo en la mesa en cuanto Cintia abandonó el despacho. Tan fuerte lo dio que sintió un terrible dolor en la mano, aunque no le importó lo más mínimo, tenía otras cosas más importantes en las que pensar. Debía entretejer un plan para silenciarla. Debía callarla de la forma que fuese porque no iba acceder a su chantaje, de ningún modo. ¿Quién le aseguraba que eso le haría mantener la boca cerrada? ¿Quién le garantizaba que después no querría más? ¿Cómo podía confiar en la palabra de un chantajista? Simplemente no podía confiar en su silencio.

Azucena miró el reloj cuando el ascensor comenzó a ascender para llegar a la planta donde se encontraba el despacho de Yago. Las agujas estaban a punto de marcar la una y media, hora en la que había quedado con él, y sonrió pensando lo puntual que era, algo que su marido valoraba muchísimo. Al abrirse las puertas se encontró de frente con una mujer, los ojos de ambas se quedaron petrificados en sus rostros. Azucena pensó que la conocía de algo, había visto su cara antes, pero en ese instante no recordaba dónde. Pero Cintia sí la reconoció de inmediato, sabía que era la esposa del malnacido, la había visto junto a él en los periódicos. La observó detenidamente y se preguntó si tendría la menor idea de los gustos de su marido, si intuía qué tipo de animal convivía con ella. Algo en su interior le gritó que no, su mujer no sabía con quién vivía. Y ese mismo algo misterioso, que bien podría ser la conciencia, recorrió con brusquedad su interior al ver salir del ascensor a esa mujer con cara de inocencia. Y lo que fuera aquello que la removía de forma inquietante se aunó a la rabia y terminó brotando por su boca.

—Ten cuidado con tu marido, es un sádico depravado —escupió, entrando en el ascensor al momento.

—¿Perdone? —Azucena la miró envuelta en incompreensión.

—Aléjate de él, hazme caso —añadió, y las puertas se cerraron bajo la estupefacta mirada de la doctora.

Azucena, turbada, caminó despacio hacia el despacho de su marido, repasando en su cabeza la dura acusación que esa mujer acababa de derramar sobre él, sin comprender nada. Yago estaba sentado en su sillón cuando Azucena entró, y parecía distante de la realidad. Tardó unos segundos en reaccionar y levantarse para recibirla, una acción que unida al apagado gesto de su semblante le hizo deducir que su marido estaba intranquilo.

—¿Qué te ocurre? ¿Tienes cara de preocupación? —preguntó, dándole un beso.

—No he tenido un buen día —habló sin ganas.

—¿Qué pasa? ¿No ha ido bien la entrevista?

—Pues no —contestó rotundo—. No ha ido nada bien. Lo único que le importaba a esa periodista de mierda era que le contara chismes de mis adversarios, no quería nada más. Así que he terminado echándola de mi despacho hace un momento, no ha habido entrevista.

—¿Se acaba de marchar? —preguntó con interés.

—Sí. ¿Por qué?

—¿Era una mujer pelirroja, con ojos azules y pinta de modelo?

—La misma. ¿La has visto?

—Sí. —Asintió—. Y no iba muy contenta, la verdad. De hecho me ha dicho que tuviera cuidado contigo y me alejara de ti —dijo, omitiendo las palabras sádico y depravado.

—¡Será hija de puta! —alzó la voz cabreado, pensando que Cintia era una bomba de relojería a punto de estallar.

—¡Eh! Tampoco es para que la insultes así. Iba cabreada y ha soltado lo primero que se le ha pasado por la cabeza, cariño.

—Es una puta que se ha enrabiado cuando me he negado a sus peticiones. —Resopló furioso—. En fin, olvidémonos de ella y marchémonos a comer.

—Me parece una buena idea. —Lo besó en los labios—. Olvídate de ella y céntrate en mí.

—Eso haré, cielo. Solo me centraré en ti. —Volvieron a besarse, esta vez con pasión, o al menos Azucena la puso.

Dos días después de la visita de Cintia, Yago la llamó para quedar y zanjar el tema de una vez. No podía tolerar que hubiera un solo cabo suelto capaz de desvelar su personalidad oculta, y en ese momento ella era uno muy grande, un lastre enorme para su persona y un peligro para su carrera y vida. Yago le sugirió realizar la entrega en donde tuvo lugar el cruel encuentro, pues el sitio era el más discreto. Ella, aunque en principio desconfió y sintió escalofríos al recordar aquella casa, pensó que llevaba razón, ahí nadie podría verlos. Pero también pensó que no se alejaría del vehículo para que la huida le resultase más fácil, y además, llevaría un *spray* de pimienta por si trataba de agredirla. Con esos pensamientos adheridos al cerebro, Cintia terminó cediendo, pero le exigió que la entrega se realizara fuera de la vivienda. Yago aceptó su condición y le solicitó verse allí a las ocho de la tarde, cuando ya hubiera oscurecido. Al colgar, Cintia se sintió eufórica al ver con qué rapidez había alcanzado sus propósitos. Aunque por otro lado continuaba sintiéndose frustrada por no ver rodar la cabeza de ese monstruo, por no darle un escarmiento ejemplar a favor de la erradicación de salvajes como él. Los sentimientos encontrados circulaban por su ser de forma brusca: alegría y rabia, felicidad y decepción, calma y desasosiego... Por momentos creyó volverse loca, pero al final decidió arrancar todas esas emociones de su alma y aguardar con paciencia y calma hasta la noche.

Sin embargo una cosa era la teoría y otra distinta la práctica, y Cintia acudió muy nerviosa a la cita con Yago. De nuevo no paró de repetirse que delante de él tenía que mostrarse tan dura como el acero, él no podía percatarse del temor que la asfixiaba estando cerca de su persona. Cuando su vehículo salió de la carretera y entró en el sendero que conducía a la casa, su corazón se disparó de forma violenta; palpataba tan bruscamente que llegó a dolerle. Aunque aún fue peor al ver las luces del automóvil de Yago y a este fuera de él, esperándola, ahí llegó a sentir un leve mareo causado por la

mezcla de los nervios y el miedo. Cintia intentó relajarse y tomó una profunda bocanada de aire. Sin apagar el motor se apeó del vehículo, y despacio anduvo los pocos pasos que le separaban de él.

Yago había llegado al lugar indicado unos treinta minutos antes de la hora fijada. Quería inspeccionar el terreno *in situ*, era lo único que le faltaba para tener su plan perfectamente atado. Cuando vio asomar el auto de Cintia, sus labios perfilaron una malvada sonrisa. Mientras se acercaba a él, la contempló pensando que ya no había retroceso posible, y su boca se tensó de nuevo.

—¿Tienes el dinero? —preguntó Cintia sin rodeos.

—Primero buenas noches, ¿no crees? —dijo Yago con mucha flema.

—¡Oh, por favor, ahórrate de nuevo los cumplidos! No seas tan sarcástico.

—No creo que sea sarcasmo, sino simple educación.

—¿Educación? ¿Bromeas? ¿Me tomas el pelo? —preguntó de seguido, mirándolo perpleja—. Estamos aquí para zanjar este asunto sin más, sin educación ni modales. ¿Tienes todo? Mi dinero y mi trabajo.

—Por supuesto —aseveró—. El dinero está dentro del coche, en una bolsa. En cuanto al trabajo, tienes una entrevista dentro de tres días y debes parecer convincente. En el interior de la misma bolsa encontrarás una nota en la que llevas escrito con quién tienes que verte, en dónde y a qué hora.

—Pues no me hagas perder más tiempo, dame esa bolsa ya.

—Ahora mismo —contestó, abriendo la puerta del coche y sacándola—. Aquí tienes —dijo acercándosela.

En cuanto Cintia cogió la bolsa un vertiginoso movimiento de brazo de ese diabólico hombre le hizo sentir un cruel y desgarrador quemazón azotándole el cuerpo. El abrasivo ardor serpenteó por todas sus venas, le agarrotó cada una de las moléculas de su organismo y se desplomó. Yago había traído consigo su juguete preferido: la pistola eléctrica. Con el cuerpo de Cintia yaciendo en el suelo, inmóvil, Yago se colocó unos guantes con calma. Había valorado varias opciones para quitarle la vida, y de entre ellas apretarle el cuello con saña hasta estrangularla era por la que más se había inclinado. Pero, observándola, le pareció que esa forma de matarla sería clemente, y una persona de su calaña, toda una perra para él, merecía una muerte más violenta, mucho más dolorosa. Sin más, decidió pasar al plan B y sacó de su bolsa unas bridas con las que ató a Cintia de pies y manos. Seguidamente, cogió un largo y afilado cuchillo, uno de tantos que guardaba y que hoy había decidido que lo acompañara a esa reunión. Se puso a horcajadas sobre ella y le soltó dos fuertes bofetadas para espabilarla, quería

que estuviera consciente a la hora de morir. Cintia abrió los ojos y descubrió a Yago encima suyo. Intentó revolverse, aunque le fue imposible, tanto por estar atada como por el peso que ejercía su cuerpo. El pánico se apoderó de su ser viendo el brillo del acero relucir en la mano de ese depravado hombre. Sin darle tiempo ni a emitir una sola palabra, notó el filo de la hoja en el interior de sus entrañas, abrasándola sin piedad.

—Nadie me chantajea, puta, ¡nadie! —exclamó, sacando el cuchillo de golpe, sonriendo por la sensación que le había producido hincarlo en la blanda carne de su estómago.

El doloroso quejido lleno de desgarró que brotó por boca de Cintia fue una caricia para los tímpanos de Yago. Le gustó tanto ese efecto de superioridad y predominio que hundió el cuchillo en sus tripas tres veces más, observando el lento brotar de la sangre, turnando una despreciativa mirada a los ojos de Cintia, quien dejó de respirar en ese mismo momento. Admirando la imagen, los labios de Yago trazaron una enorme sonrisa. Le producía un inmenso placer saber que había concluido con su vida, que su problema acababa de esfumarse.

—¡Joder, me has puesto hasta cachondo! —exclamó con una extraña mezcla de satisfacción y desprecio, apartándose de ella.

Yago limpió de forma minuciosa la sangre del cuchillo, lo hizo con la propia ropa de Cintia. Tras acabar, guardó todo en la bolsa y la metió en su coche, apagó las luces y lo cerró. Regresó al vehículo de Cintia y buscó por él con qué envolverla para no mancharse de sangre. Tuvo la suerte de encontrar una pequeña manta de viaje para tal fin, la enrolló con ella e introdujo su cuerpo en el maletero. Se montó en el auto sin quitarse los guantes para no dejar huellas y se marchó de allí con tranquilidad, silbando hasta llegar al lugar elegido para deshacerse de ella. Tiró el cadáver en el río Gafo, en una de las zonas un poco más caudalosas, pues era un río pequeño y de poca profundidad. El lugar era idóneo, apenas tenía tránsito gracias al dificultoso acceso, por eso se había decantado por él. Estaba convencido de que no encontrarían el cuerpo de Cintia con facilidad, y el agua y la intemperie acelerarían la putrefacción. Con fortuna, cuando alguien quisiera descubrir el cadáver tan solo sería un esqueleto.

Con gran satisfacción, y borrando toda huella de sus pasos, Yago regresó al coche de Cintia y retornó al punto de partida: la casa. Abandonó el vehículo en una zona un poco alejada pero más frondosa, e iluminándose con una linterna y de nuevo haciendo desaparecer sus pisadas a base de arrastrar unas ramas, regresó a pie. Antes de subirse a su flamante automóvil, mientras se

sacudía el polvo que se había adherido a sus pantalones, escuchó sonar su móvil y se alejó del lugar con rapidez. Azucena, seguramente preocupada por lo tarde que era, más de las diez y media de la noche, le estaba llamando.

* * * *

Una semana después, mientras Azucena preparaba el desayuno con la televisión encendida, como era su costumbre para ver las noticias, escuchó que habían encontrado el cuerpo de una mujer a orillas del río Gafo. Dejó de echar el café en las tazas y giró la vista con celeridad a la pantalla. La locutora comentaba que había sido descubierto por un senderista el día de antes por la tarde. Se trataba de una mujer de veintiocho años, cuya desaparición, hacía una semana, había sido denunciada por su compañera de piso. Continuó diciendo que se llamaba Cintia Dalmao Dorrego y que estaba cursando el último año de la carrera de periodismo, y añadió que todo apuntaba a un posible asesinato. De pronto, apareció en la pantalla una fotografía de la víctima y Azucena se quedó sin aire. Era la mujer que se encontró en el ascensor, cuando acudía al despacho de Yago, la periodista que había malogrado la oportunidad de hacerle una entrevista a su marido. La misma que le había dicho que se alejara de él, que su marido era un sádico y un depravado.

La incompreensión revoloteó por el cuerpo de Azucena, acababan de decir que esa mujer estaba terminando la carrera, aún no era periodista. Entonces, ¿por qué fue a hacer una entrevista a Yago? ¿En calidad de qué? ¿Y cómo había podido burlar el control de su secretaria? ¿Acaso no pedían acreditación? ¿No comprobaban ese tipo de cosas de forma rigurosa para que no se colara cualquiera? Se sentó a reposar el cuerpo, estaba temblando. Saber que habían asesinado a esa mujer le había impactado de manera notoria. Intentó hacer memoria para recordar de qué le resultaba conocida su cara, dónde la había visto con anterioridad a su encuentro en el ascensor, pero no conseguía acordarse. Azucena sintió una repentina angustia que le revolvió el cuerpo; y mientras continuaba envuelta en malestar, Yago llegó a la cocina a desayunar con ella.

—¿Qué te ocurre? Estás pálida, tienes mala cara. —La miró cuidadosamente.

—Ha aparecido muerta esa mujer, la periodista que fue a tu despacho y tú echaste, lo acaban de decir en las noticias. Su foto ha salido en la pantalla.

—¿Y? —preguntó sin mostrar ningún sentimiento, impassible.

—¿Cómo qué y? —Lo observó aturdida—. Me ha impactado. Vi a esa mujer hace unos días y ahora está muerta, parece ser que alguien le ha quitado la vida. ¿Acaso a ti no te conmueve?

—Bueno, son cosas que ocurren, aunque no nos gusten. Hay mucho loco suelto por ahí. —Bebió con calma un sorbo de café.

—¿Sabías que no era periodista? —interpeló con curiosidad.

—¿Qué dices? Claro que lo era, por eso vino a entrevistarme —afirmó mintiendo.

—No, no lo era. —Sacudió la cabeza—. Terminaba este año la carrera, lo ha dicho la locutora. ¿Cómo pudo colarse alguien así en tu despacho?

—Debe haber un error. —Volvió a mentir—. Igual les han dado una información incorrecta a los periodistas.

—¿Por eso la echaste? ¿Tú lo sabías?

—Pero ¿qué dices, Azucena? —replicó—. Ya te dije por qué la eché, solo quería sonsacarme mierda de mis adversarios.

El silencio ocupó la boca de Azucena por unos segundos, el impacto causado por la noticia le provocaba una incompreensión bárbara, y suspiró hondo.

—Estuvo hace una semana en tu despacho y ahora está muerta —añadió, sin pretender agregar ninguna doble intención a las palabras, tan solo conmocionada aún por el suceso.

Yago se sintió ofendido con su frase. A su entender, sus palabras parecían que tenían ganas de atacarlo.

—¿Tratas de insinuar algo? —Alzó la voz, tenso—. Porque si es así habla claro y sin paños calientes.

—¡No insinúo nada, Yago! —Lo contempló confusa.

—¡Ah, no! Pues a mí me lo ha parecido. Ya me dirás cómo debo interpretar tus palabras —prosiguió con el tono de voz alto y crispado.

—Solo he dicho que hace unos días estaba viva y en tu despacho y ahora alguien la ha matado —explicó defendiéndose.

—¿Te parece poco? Cualquiera que hubiera escuchado tu frase pensaría que yo tengo algo que ver tan solo porque estuvo en mi despacho. ¡A saber con qué gentuza se mezclaba esa zorra! —escupió con rabia.

La estupefacción de Azucena lo observó boquiabierta.

—¡Por Dios, está muerta! —espetó—. No hables así de ella.

—¡Hablo como se me pone en los cojones! —gritó—. Era una puta que solo buscaba joder la vida de los demás. Seguro que se merecía lo que le ha pasado.

—No puedo creer lo que estoy oyendo —aseguró, continuando con su perplejidad—. Nadie merece la muerte por muy mala persona que sea. Para eso existen las leyes y la justicia. Tú eres político, sabes mejor que yo de lo que hablo.

—Solo digo que a veces las personas se buscan lo que les sucede, y esa tía tenía todas las papeletas para irse creando muchos enemigos. Igual alguien ha querido pararle los pies y lo ha hecho, tan simple como eso.

—¿Lo estás defendiendo? ¿Defiendes una muerte violenta? —preguntó estupefacta.

—¡No, joder, no! ¡No tergiverses mis palabras! —chilló—. ¡Y vale ya! No quiero hablar más de este tema, ni saber nada de esa fulana, ni que me comas la oreja con estupideces, ni nada de nada. ¿Lo entiendes? —vociferó.

—¡Oye!, a mí no me grites de esa forma, atronándome los oídos —protestó.

—Y tú no me ataques a mí, ¡joder! Ni se te ocurra hacerlo, ¡hostia! —bramó—. Y fin de la conversación, ¿de acuerdo? —voceó de nuevo, atacándola con los ojos, conteniéndose de hacerlo con la mano.

Azucena sintió una especie de miedo con la cruel mirada que Yago mostró por unos segundos. Además, había gritado de tal forma que le había taladrado los oídos. Desde luego que era mejor zanjar el tema.

—Vale —dijo con voz queda, tan baja como un susurro.

—Eso está mejor. —Suspiró con fuerza—. Y ahora me voy. —Yago apuró el café, se acercó a su mujer y le dio un beso—. Anda, téminate el café, ya casi está frío. —Volvió a besarla, y se marchó.

Azucena permaneció sentada en la silla de la cocina con la vista perdida en la nada, el alma conmovida y la mente perturbada. ¿Por qué Yago había reaccionado de esa forma? ¿Por qué parecía odiar a esa mujer? ¿Cómo podía quedarse tan impasible ante su muerte? ¿Cómo podía pensar que se lo merecía? No encontraba lógica alguna a nada, a ninguna de sus incomprensibles incógnitas. Ni tampoco al engaño de Cintia haciéndose pasar por periodista, ni mucho menos a la actitud irracional de su marido que le había llevado a gritarla como un energúmeno. Ambas cosas se escapaban a su razón y entendimiento.

Tiempo atrás, Azucena había sido invitada por el Decano de la Facultad de Medicina de Oviedo para impartir una conferencia. Y ese día, junto a otros especialistas y compañeros del hospital, asistió encantada. Después de llevar un tiempo distanciada del mundo que más le gustaba, el de la medicina, esa conferencia suponía para ella todo un soplo de aire fresco.

Katia, estudiante en dicha facultad, vio el cielo abierto al saber que encontraría a Azucena en la conferencia, y no pensaba desaprovechar la oportunidad. Revisando el informe del hospital de Oviedo, observó que la doctora Carbajal Arango atendió a su amiga Cintia en el servicio de urgencias, y gracias a los medios de comunicación, pronto asoció a la doctora en cuestión con Yago Junquera Miller, el diablo enmascarado. Llevaba unos días pensando en la manera de ponerse en contacto con Azucena, sentía una imperiosa necesidad por contarle qué tipo de monstruo era su marido y había decidido hacerle saber que él estaba detrás de la muerte de su amiga. Su conciencia no paraba de repetirle que si hubiera desobedecido a Águeda, si hubiera tomado la decisión de contar lo ocurrido con aquel malnacido y alertado a todas las chicas de la agencia, ninguna hubiera aceptado un servicio con ese sádico y ahora Cintia estaría viva. Pensar que su silencio era cómplice de la muerte de su amiga, le carcomía el alma. Lo hacía a cada momento, a cada segundo. La consecuencia de haber tomado aquella mala decisión era una condena con la que debía aprender a vivir, pero al menos quería avisarla a ella de lo que tenía en casa para no cargar con más remordimientos.

La conferencia se alargó más de lo que Katia pensó, o quizás el ansia por hablar con Azucena ralentizó el tiempo hasta hacerle rozar el tedio y la desesperación. Cuando los aplausos inundaron la sala anunciando el fin del acto, ella comenzó a bajar apresurada, con impaciencia, no quería que la doctora se le escapase. Azucena estaba a punto de salir por la puerta cuando escuchó que alguien la llamaba. Se giró y observó a una joven preciosa, de

facciones perfectas, rubia natural y con ojos azules. Gracias a que la minifalda las dejaba ver en todo su esplendor, también contempló sus bellas y larguísimas piernas.

—Disculpe, doctora Carbajal, quería felicitarla por su magistral charla, me ha encantado —habló con su característico acento, el que dejaba patente que su nacionalidad no era la española, sino la rusa.

—¡Oh, muchas gracias! —exclamó contenta—. Para mí ha sido un placer estar hoy aquí.

—Me llamo Katia Sokolova y me gustaría hablar un momento con usted, por favor. —La voz le tembló entre los labios mientras le ofrecía la mano—. No le robaré mucho tiempo, se lo prometo, doctora Carbajal.

—Mejor llámame Azucena y háblame de tú —dijo, estrechando su mano con ella, sorprendiéndose por la frialdad que emitía la extremidad de Katia, estaba helada—. ¿Y hablar sobre qué? ¿Algo referente a la conferencia? —preguntó.

—No exactamente. —Zarandeo la cabeza.

—¿Entonces? —inquirió extrañada.

—Si no te importa prefiero hablar a solas, sin nadie a nuestro alrededor. —Miró con recelo a la gente que deambulaba por su lado—. Si quieres puedo invitarte a tomar algo en la cafetería del campus y allí hablamos.

—La verdad es que no tengo mucho tiempo y...

—Por favor —la interrumpió en una súplica, apoyando su temblorosa y fría mano en el antebrazo de Azucena—. Necesito hablar contigo, te lo ruego —insistió—. Se trata de una amiga que tú atendiste en el servicio de urgencias hace casi un mes. Fue víctima de una brutal agresión sexual y hace una semana apareció muerta en el río Gafo. La hallaron con cuatro heridas de arma blanca en el vientre. Alguien la mató. Se llamaba Cintia Dalmao Dorrego.

Azucena se quedó impactada tras escuchar la breve pero precisa explicación. De repente, le asaltó la imagen de aquella mujer mientras le vendaba las costillas; la sangre, los golpes, las quemaduras, los cortes, los lamentos, su desgarrador llanto... La piel se le encrespó al revivirlo de nuevo en su cerebro. Inmediatamente, asoció su imagen con la mujer del ascensor, y al fin comprendió por qué le resultaba conocida su cara. Se trataba de la misma persona que atendió en el hospital, por la que lloró imaginando el infierno que había debido vivir.

—Por favor, ven un momento conmigo y hablemos. —La voz de Katia rogaba de forma trémula por esa charla. Se le notaba en exceso el ansia y los

nervios.

—No entiendo nada, no sé de qué quieres hablar —contestó confusa.

—Si me das unos minutos lo comprenderás todo.

—De acuerdo, vayamos un momento a la cafetería y me cuentas. —
Asintió, sintiendo una extraña mezcla de curiosidad e incomprensión, incluso un súbito desasosiego por la forma de abordarla de esa desconocida presa del nerviosismo.

Se encaminaron a la cafetería en silencio, aunque Azucena estaba deseosa de preguntarle qué quería de ella, pero en vista de que Katia andaba con prisa para llegar al lugar acordado contuvo su impaciencia. Si bien nada más sentarse ante una mesa con sendos refrescos, su curiosidad no pudo reprimirse.

—A ver, cuéntame —pidió explicaciones a Katia.

—Verás, no sé ni cómo empezar. Estoy muy nerviosa. —Expulsó un chorro de hálito desalentado.

—De eso ya me he dado cuenta, tu lenguaje corporal lo rezuma a chorros, no pasa desapercibido —aseveró Azucena seria—. Pero te pido que seas clara y directa porque empiezas a ponerme nerviosa a mí.

Mirándola con firmeza, Katia se repitió con insistencia que lo que estaba a punto de hacer era por el bien de Azucena. Y al fin dijo:

—Creo que sé quién mató a mi amiga. Bueno, estoy segura.

—¿Y por qué me lo cuentas a mí? ¿Por qué no vas a la policía? —
interpeló la doctora extrañada.

—Porque no tengo pruebas consistentes, si no ya lo habría hecho. Y también porque tengo miedo de que ese hombre venga a por mí si doy un paso en falso, porque él desconoce que yo sé quién es.

—Continúo sin entender por qué quieres contármelo a mí. De veras que cada vez comprendo menos qué quieres. —Se encogió de hombros—. ¿Qué pinto yo en todo eso?

—Pintas mucho, más de lo que puedes imaginar —respondió—. Pero antes de contarte nada debes jurarme que cuanto te diga no saldrá de ti, no puedes contárselo a nadie, por favor.

—De acuerdo, te lo juro, pero arranca de una vez. —Azucena la miró expectante.

—Antes debo poner en contexto la historia, para que la entiendas. Y esto que voy a decirte tampoco lo sabe nadie, ni siquiera mi familia, y quiero que siga siendo un secreto.

—No te preocupes, te he dado mi palabra de que no contaré nada, y así será. Pero empieza ya, por favor.

Katia se frotó la cara con las manos, inquieta. Sabía que ya no había marcha atrás y sus nervios se esparcieron por su cuerpo de forma beligerante.

—Mi amiga Cintia y yo trabajamos como señoritas de compañía en una agencia de *alto standing* —hizo una breve pausa que duró un pestañeo—. A ella acuden hombres ricos e importantes en busca de nuestros servicios. Bueno, de los de ella ya no —añadió, destilando una tristeza que formó un llanto, y veloz resbaló por sus mejillas.

—¡Eh, tranquila! —Azucena posó su mano en el hombro de Katia e intentó consolarla a través de una suave friega.

—Lo hacíamos solo para poder pagarnos la carrera, no era algo a lo que ninguna aspirásemos —aseguró de carrerilla—. Estábamos deseando terminar y encontrar un trabajo para dejarlo.

—Oye, a mí no me debes ningún tipo de explicación, es tu vida y solo tú mandas en ella. Pero sigo sin entender a dónde quieres llegar, qué relación tengo yo en todo eso —declaró junto a una expresión que dejaba patente la pérdida que se encontraba.

La mirada azul cielo de la joven rusa la observó unos segundos en silencio, pensando que en breve comenzaría a comprender.

—Un día, hace mucho tiempo, un cliente me agredió. Me hizo pasar mucho miedo. —Calló unos instantes.

—Lo siento mucho —expresó Azucena con pena.

—Creí que iba a matarme —gimoteó Katia. Azucena tomó sus manos con cariño, para darle apoyo. La gelidez que desprendían era aún mayor que antes.

—Lo denunciarías, ¿verdad? —demandó la doctora.

—¿Denunciar? —preguntó sorprendida—. Azucena, eres muy ingenua —afirmó con incredulidad—. Son hombres con poder, con mucho poder, no se puede luchar contra ellos. Nunca. —Negó con la cabeza—. Además, ese tío en especial, ni siquiera sabía quién era, escondía su rostro tras una máscara de cuero negro.

—¿Tras una máscara? ¿Por qué? —inquirió de seguido, desconcertada.

—Está claro, ¿no crees? Porque es un enfermo, un sádico, y siendo un tío importante no quiere que nadie conozca su identidad.

—¡Madre mía! —profirió—. La cantidad de locos y pervertidos que hay sueltos por el mundo, ¿no? —preguntó de forma retórica.

—Ni te lo puedes imaginar, y a veces los tenemos al lado sin saberlo, conviviendo con nosotros —advirtió Katia, comenzando de esa forma a avisar

a Azucena de que vivía con uno de ellos—. El mismo perturbado que me agredió a mí atacó a Cintia. No hace falta que te explique más, tú la atendiste, viste cómo se encontraba, no la mató de milagro. —Las lágrimas volvieron a bañar su semblante.

—¿Pero cómo deja vuestro jefe que semejante enfermo vuelva a tener una cita con vosotras? —preguntó Azucena llena de incompreensión, sintiendo un fuerte escalofrío al rememorar la crueldad que reflejaba el cuerpo de Cintia.

—Nuestra jefa quiso creer en su palabra —contestó—. Lo que me hizo a mí había sido un hecho aislado, jamás se había sobrepasado de esa forma con ninguna de las chicas, a pesar del tipo de sexo que le gustaba practicar.

—¿Qué clase de sexo? —preguntó intrigada.

—Uno en el que él domina y somete a la mujer, le encanta que te revuelvas y obligarte con fuerza a hacer lo que él quiera. En definitiva, le gusta simular una violación. —Emitió un suspiro atormentado—. Sin embargo, como te he dicho, nunca con anterioridad había maltratado ni torturado de esa manera a ninguna, yo fui la primera con la que se excedió. Aunque con Cintia fue peor, con ella se extralimitó mucho más. —Se le quebró la voz—. Seguro que yo me libré de llegar a esos extremos porque el susodicho me dio una descarga eléctrica con una pistola y quedé inconsciente, con ello ya no pude revolverme, y también dejé de sentir miedo y dolor, y eso es lo que más lo excita. Pero Cintia no tuvo tanta suerte.

—¡Joder! —soltó Azucena presa de la turbación, exhalando un golpe de aliento—. Me lo estás contando y me estoy quedando de piedra. Parece que estuviéramos hablando de una película más que de otra cosa. Porque no me dirás que esto no da para un guion cinematográfico.

—Quizá sí. Quizá dé para una película de terror, porque el pánico que el muy hijo de puta hace sentir no tiene nombre —repuso con rabia, y añadió—: Y ahora voy a llegar a la parte que menos va a gustarte oír pero que debes saber. Me siento obligada a decírtelo, no quiero que tú llegues a sufrir algo parecido.

—¿De qué estás hablando? —La contempló confusa—. Ahora sí que no entiendo nada de nada.

—Cintia tenía grabada en su memoria la voz de ese tío y una cosa más, una mancha debajo de la clavícula. Cuando escuchó esa voz por la televisión y vio unas imágenes de él en bañador, en las que se apreciaba la mancha con claridad, supo que era su agresor. Nuestro agresor —matizó—. Tu marido, Yago Junquera Miller, es un sádico sexual y un asesino. Él mató a Cintia —reveló cargada de angustia.

—¿Pero qué coño estás diciendo? ¿Te has vuelto loca? ¿Has perdido la cabeza? —preguntó de seguido, soltando con brusquedad las manos de Katia, aniquilándola con la mirada.

—No, Azucena, no estoy loca. Solo te estoy contando la verdad, que tu marido mató a mi amiga porque ella había descubierto su identidad y lo iba a desvelar —contestó todo lo calmada que pudo—. Cintia quería joderle la vida de la misma forma que él había hecho con nosotras: humillándolo. Aunque al final accedió a cobrar una considerable suma de dinero más un trabajo por guardar silencio. Pero nunca regresó de aquella cita con él —gimoteó—. Él la mató para quitarse el problema del medio.

—¡Oye, oye, oye! ¿Esto qué es? ¿Se trata de una broma pesada y de mal gusto? ¿O es una cámara oculta con la que echar unas risas a costa de los demás?

—No es nada eso, es la pura y dura realidad, Azucena, asúmela.

—¿¿¿La realidad??? Perdona, pero si disecciono tus palabras, todo cuanto me has contado suena más a ficción que a realidad. Mi marido es un hombre bueno, cariñoso, atento, encantador... no un enfermo sexual, y mucho menos un asesino. ¿Cómo puedes asegurar algo así sin tener pruebas? —preguntó indignada—. Porque eso es lo primero que me has dicho nada más empezar esta conversación, que no tenías pruebas. ¿No ves el tipo de acusación tan grave que acabas de hacer? ¿Acaso no te das cuenta de que no puedes acusar a alguien de semejante atrocidad sin tener algo que lo atestigüe? —demandó con rabia.

—Estoy muy segura de lo que digo, y está claro que tú muy ciega, Azucena —avisó con aflicción—. No tengo pruebas, pero todos los indicios le apuntan a él. Él es el sádico que nos agredió, Cintia lo descubrió y lo ha pagado con su vida. —Su tono osciló entre la furia y la pena—. Yo solo quiero que sepas con qué clase de hombre estás y que por tu bien te alejes de él.

—Yo sé cómo es mi marido y a ti no te conozco de nada —escupió rabiosa—. ¿Por qué voy a creer en tu palabra si no tienes una sola prueba que ratifique la historietita que acabas de contarme? ¿Cómo sé yo que no sois dos fulanas que tratábais de chantajear a unos y otros y alguien ha querido cortaros las alas y ha terminado costando una vida? —Elevó la voz.

—¿Y para qué te contaría yo todo esto si fuera mentira? ¿Eh? ¿Dime? ¿Para qué? —preguntó, alzando también la voz.

—No sé —contestó con un brochazo de ironía—. A lo mejor para vengarte de mi marido por no acceder a vuestro chantaje, por ver frustradas

vuestras ansias de conseguir una buena cantidad de dinero fácilmente. Igual has pensado que habiendo salido mal el plan principal debías darle un escarmiento. Por eso has venido a buscarme a mí, para joderlo, para meterme mierda en la cabeza sobre él. —Las últimas palabras sonaron apretadas entre dientes.

—¡No tienes ni puta idea de lo que estás diciendo! —habló encolerizada—. Estoy arriesgando mi vida al contarte esto, pero lo hago porque no soportaría más cargos de conciencia a mis espaldas.

—¡No! Tú eres la que no tienes ni puta idea de lo que hablas —respondió airada—. ¿No te das cuenta de lo rocambolesca que suena esta historia? ¡No hay por dónde cogerla, joder! Un tío que no sabéis quién es, oculto tras una máscara, al cual, supuestamente, le identificáis por una mancha en la clavícula y por su voz. Desde luego no me extraña que no quieras acudir a la policía porque se reirían de ti. Hablar de una mancha que han visto millones de personas y de una voz que puede variar su timbre a través de los micrófonos es para desternillarse. Por no mencionar que deberías asumir que tu amiga lo chantajeó y la policía podría descubrir que es a lo que os dedicáis, a extorsionar a hombres poderosos a través de difundir una calumnia que les podría llevar a perderlo todo. Por eso mi marido la echó de su despacho, por eso estaba tan sulfurado, ahora lo entiendo. —Sacudió la cabeza de seguido—. ¿Sabes? Sentí muchísima pena por tu amiga, incluso lloré por ella, pero ahora empiezo a pensar que igual se buscó lo que le ha sucedido. La gente como vosotras me da asco.

—No voy a tenerte en cuenta toda la mierda que acabas de escupir porque veo que estás demasiado enamorada para creerme, pero duermes con el demonio y yo ya te he avisado.

—No, perdona, soy yo la que no voy a tener en cuenta toda la basura que has soltado sobre un buen hombre. Soy yo la que rezaré porque tu alma no arda en el infierno, como posiblemente lo esté haciendo la de tu amiga. No lo olvides —concluyó.

Azucena, muy sulfurada, se levantó y abandonó la cafetería. Cuando entró en su automóvil no pudo contener la rabia y soltó un par de puñetazos al volante antes de derramar unas lágrimas colmadas de impotencia. No entendía cómo podía haber gente tan baja y ruin por el mundo. Gente capaz de destrozarse la vida de otros tan solo por sacar dinero. Gente vil, sin corazón ni sentimientos, sin importarles la devastación personal que conllevaba una acusación falsa. Ahora, aunque siguiera sin compartir la opinión de su marido, comprendía su reacción al conocer la muerte de Cintia. Ahora

entendía sus palabras acerca de esa mujer, quien habría intentado atribuirle un acto deshonesto si no pagaba una buena suma de dinero. Intentó sosegar y se enjugó el llanto. Pero de pronto, su cabeza comenzó a cuestionarse muchas cosas, y dudó de todo. Se preguntó si Yago podía haber matado a Cintia como aseguraba Katia, si podría haber llegado a esos extremos para no acceder a su chantaje. Aunque en un santiamén esa pequeña sospecha se despejó de su cerebro. Su marido era un hombre noble, una persona con principios, y aquellas dos mujeres tan solo unas golfas que habían querido generarle dudas sobre él. No, claro que no. Yago no era un monstruo, porque solo alguien perverso podía haberle quitado la vida a Cintia de esa forma tan despiadada. Seguro que lo había hecho el mismo que la agredió aquella noche, y desde luego no era su marido, ni su marido era un degenerado, estaba convencida. Y con todos esos pensamientos, Azucena puso rumbo a su casa.

* * * *

Yago esperaba a su mujer con la mesa puesta y la cena preparada, había pedido el menú favorito de Azucena en su habitual restaurante. Estaba muy contento, las encuestas oficiales habían comunicado otro ascenso para él en la intención de votos y quería celebrarlo. Sabía que de seguir así, su partido conseguiría la mayoría absoluta, algo ambicionado por cualquier político. Aunque de no ser de esa forma, tenía muy bien pensado con quién aliarse, casi pactado. Y en cualquiera de los casos, la situación no dejaba de llevar su nombre como presidente de la nación.

Azucena no llegaba de humor, su cabeza continuaba dando vueltas a todo lo escupido por Katia y peleando por sacarlo de ella. Era una acusación tan fuerte que costaba olvidarla, pero de forma evidente sin pruebas, sin base ni fundamento. Cuando su vista contempló la mesa del salón luciendo con unas bonitas velas, engalanada con los platos y copas, a Yago esperándola con una cara radiante de ilusión y recibéndola con un apasionado beso, todo se despejó de su mente. Todo. Absolutamente todo. Y solo pensó en una cosa, en amarlo por haber tenido la osadía de dudar de él durante una milésima de segundo. Su marido era un hombre extraordinariamente bueno.

—Te quiero, Yago, te quiero mucho —le dijo, abrazándose fuerte a él.

—¡Eh, cariño! ¿Qué te ocurre? Estás temblando. —La miró de frente, a los ojos.

—Nada, que te quiero tanto que a veces me asusta. Solo eso.

—Yo también te quiero mucho, lo sabes. —Se besaron de nuevo—. ¿Cenamos? He preparado esto especialmente para ti. —Sonrió.

Azucena observó la cara de su esposo, su belleza, sus preciosos ojos color miel, su tez perfecta, sus prominentes pómulos, sus seductores labios, la dulzura y candor que desprendía marcando una sutil sonrisa... Y lo deseó como nunca.

—Ámame, Yago. Ámame, mi amor. Solo quiero que me ames. —Unió su boca a la de él.

Comiéndose a besos, Azucena y Yago recorrieron los escasos metros que les separaban del sofá, se tumbaron en él y consumaron su amor. Yago pugnando con fuerza para no llegar a ser violento, haciendo un sobre esfuerzo de poder mental sin parar de instar a la calma a sus bajos instintos, algo que cada día le costaba más contener. Azucena entregando su alma en cada acompasado movimiento, en cada respiración entrecortada, en cada gemido cargado de placer y enardecimiento hasta alcanzar el clímax. Cuando la satisfacción dio paso a la propia debilidad por amarse, Azucena enredó su cuerpo al de Yago, no quería separarse de él, y en silencio le pidió perdón por su efímera desconfianza. No pudo evitar soltar unas lágrimas cuando su marido, en un dulce susurro, le dijo al oído que la amaba. Pero las lágrimas supieron guardar mutismo y hacerse invisibles a ojos de él. Azucena no despegó su pecho del de Yago, ni separó su cuello del de este hasta que la calma volvió a reinar en su ser. Solo ella y el habitáculo presenciaron ese llanto mudo y cargado de arrepentimiento.

Fabián no había conseguido pegar ojo en toda la noche. Su entusiasmo por pasar un fin de semana con Azucena en Londres era tan grande que le había desvelado por completo. Habían quedado en el aeropuerto, y cuando Azucena le comunicó que Yago la acercaría a él para despedirse, a Fabián se le retorcieron las tripas. Pero por mucho que le molestase ver a Yago, entendía que su marido quisiera acompañarla, aunque no comprendía cómo ella aún seguía con un hombre así, un egoísta manipulador. Quitando hierro al asunto, pensó que no iba a preocuparse por la nimiedad de verle la cara unos minutos, tan solo debía centrarse en pasar el máximo tiempo al lado de Azucena, la mujer que estaba tatuada en su corazón, a pesar de sus múltiples intentos por borrarla de él. Porque Fabián había puesto todo su empeño en olvidar a Azucena, y para conseguirlo decidió volver a salir con Rita, la radióloga que no se dio por vencida después de su malograda cita y tonteaba a diario con él. A Fabián le pareció la mejor opción, porque además de ser una mujer guapa, era muy divertida y le hacía reír con facilidad. También era cariñosa y espontánea, y comenzó a acostumbrarse a sus inesperadas muestras de afecto por el hospital, incluido algún que otro furtivo y apasionado beso. Creyó que todos esos factores, unidos al paso del tiempo, serían suficientes para desenamorarlo de una vez. Pero cuando acabó en la cama con ella no dejó de pensar en Azucena, aunque imaginó que eso cambiaría. Sin embargo, después de un par de meses, y aun teniéndole cariño, comprendió que nunca podría enamorarse de ella. No era normal que después de hacer el amor con Rita solo pensara en amar a Azucena. Fue entonces cuando supo que todos sus esfuerzos por olvidarla eran en vano, nunca surtirían efecto alguno, y estaba mal engañar a Rita, hacerle albergar algo que nunca llegaría, pues su amor por Azucena no iba a variar por mucho que él lo intentase. En el amor uno no mandaba, el corazón elegía, y el suyo lo había hecho hacía tiempo. Fabián sufría del mayor de los amores: el imperecedero.

Azucena y Yago ya esperaban en el aeropuerto cuando Fabián llegó a la zona de embarque. Haciendo acopio de fuerzas, y con la hipocresía como tarjeta de bienvenida, estrechó la mano con Yago y lo saludó alzando las comisuras de sus labios con una media sonrisa. Después hizo lo propio con Azucena, añadiendo dos besos rápidos; temía no poder reprimir su amor si se los daba despacio, inhalando su aroma y sintiendo el sedoso tacto de su piel en las mejillas. La astucia de Yago no pasó por alto ese pequeño detalle y de inmediato comenzó a ponerse cariñoso con su mujer, a decirle cuánto la echaría de menos y las ganas que tenía de su regreso. Incluso llegó a añadir, para herir un poco más a Fabián, que a su vuelta reservaría el lunes entero para ella y no iban a salir de la cama en todo el día. Azucena se sintió un poco violenta y le dio un sutil codazo a su marido para que callara, no estaban solos. Él, gesticulando un «no me he dado cuenta», rio por dentro. La jugada le había salido redonda, perfecta, el semblante de Fabián, matizado de pena, lo dejaba más que patente. Como remate final, besó a su mujer de forma apasionada, con la única intención de demostrarle a Fabián que era suya, que tan solo podría permitirse el lujo de soñar con ella porque nunca obtendría su amor. Fabián, aguantando el dolor que le supuso ver a Yago besar una y otra vez a la mujer que él amaba, se adelantó a embarcar falto de aire, sin aliento ni corazón. Era demasiado fuerte contemplar esa escena que le daba de bruces con la realidad.

* * * *

Mientras volaban a Londres, Azucena permaneció en silencio. Su mente proseguía dando vueltas a lo mismo que le había robado la calma y el sosiego desde hacía ocho días: su conversación con Katia. Desde entonces, por más que lo había intentado, era incapaz de sacárselo de la cabeza. Aquellas palabras la perseguían, la llevaban a dudar, a preguntarse, a darse razones, a cuestionar todo, a creer, a desconfiar... La sombra de la duda se había acomodado en su cerebro y hurgaba en él sin parar. El escabroso tema la tenía absorbida de tal forma que hasta había tenido pesadillas. Sueños terribles en los que la difunta Cintia se le aparecía y volvía a repetirle las mismas palabras dichas aquel día en el ascensor: «*Tu marido es un sádico depravado, aléjate de él*». Luego la avasallaba Katia y su historia, que parecía sacada de una película o serie al más puro estilo americano. Y toda esa alteración en su razón la llevó a recordar algo que su memoria ya había echado en olvido, pero el subconsciente, que retenía todo, lo trajo de nuevo a ella: las palabras de

Ingrid. «Azucena, por favor, ten cuidado con mi hijo. A veces las personas no son lo que parecen». Aquellas frases a las que no dio importancia ahora le sonaban a advertencia y no paraban de ametrallarla, uniéndose al mar de dudas que todo le empezaba a generar. No dejaba de preguntarse qué habría querido decir Ingrid, de qué debía tener cuidado con Yago. ¿De su temperamento? ¿De su cambio de carácter en situaciones estresantes? Porque eso era lo único que ella podía reprochar a su marido, un cambio idiosincrásico al sentirse atacado por su mujer. La primera vez ocurrió con el tema de los análisis, el segundo enfrentamiento fue por querer verse con su familia a toda costa y la última vez a consecuencia de la muerte de Cintia. En las tres ocasiones había comprendido que Yago no soportaba que ella le cuestionara o pusiera en duda, eso terminaba sacándole un lado irascible e incluso violento. Pero tan solo eso era lo único que podía censurarle, y, realmente, le parecían escasos argumentos para que una madre previniera sobre su hijo. Todo ese tumulto de vacilaciones corría día a día por las neuronas de Azucena sin parar, trastocándole la mente y llenándola de incertidumbre. Dudas. Múltiples dudas. Las dudas estaban haciendo pedazos a Azucena, la consumían y empezaba a rayar la locura.

Sin embargo, y paradójicamente, el cúmulo de perplejidades llevó a Azucena a tomar una decisión. Iba a permanecer dos días en la misma ciudad donde residía Ingrid, era el momento oportuno para acercarse a verla y saber qué le había ocurrido, por qué nunca se había puesto en contacto con ella. Iría a visitarla con la intención de satisfacer esa cuestión, pero de paso le preguntaría qué quiso decir con aquellas palabras, con la esperanza de que su respuesta le hiciera encontrar la calma que tanto requería. Eso sí, su visita debía ser secreta, a espaldas de Yago. Sabía que a él no le gustaría que fuera a verla, en ningún momento le agradó que intentara ponerse en contacto con su madre, llegó a reprochárselo en más de una ocasión. Pero ahora le era de suma importancia contactar con Ingrid y nada ni nadie se lo iba a impedir.

—Estás muy callada y pensativa. ¿Te ocurre algo? —preguntó Fabián, sacando a Azucena de su intrincación mental.

—No, nada —contestó, fingiendo una sonrisa.

—Pues menos mal que no te ocurre nada, porque te has pasado todo el vuelo en silencio y, estoy seguro, que tu mente estaba en otra parte, no aquí.

—A ti no consigo engañarte nunca, ¿verdad? Parece que siempre sabes leer mis pensamientos. —Lo miró con cierto asombro—. Pues sí —afirmó—. Sin duda alguna mi cabeza no estaba aquí, ya estaba en Londres.

—¿Pensabas en la conferencia?

—No. Estaba pensando en acercarme a ver a la madre de Yago —reveló—. No nos hemos vuelto a ver desde el día de la boda.

—¿Tanto tiempo? —preguntó extrañado.

—Tanto. —Emitió un suspiro—. Yago no tiene buena relación con sus padres, y con ella en particular ninguna. El día de la boda pude conversar poco con Ingrid, pero me cayó bien. Pensé que podríamos hablar por teléfono para conocernos y que viniera a nuestra casa de vez en cuando. Vamos, todo eso que resulta de lo más normal entre familias. —Gesticuló una mueca—. Estuve llamándola casi a diario durante los primeros meses, pero terminé desistiendo al no dar señales de vida nunca. Por lo que se ve son poco familiares, muy despegados.

—Entonces todo lo contrario a ti en eso. Aunque, desde que te has casado, las visitas a tu familia han sido escasas. Parece que Yago te está contagiando ese desapego familiar —anunció con retintín.

—¡Oye, eso ha sido un golpe bajo! —protestó—. Yo amo a mi familia y nunca me olvido de ellos. Es cierto que durante este tiempo los he visto menos, aunque todo se debe al trabajo de Yago, a la política. Pero nunca los olvido, nos llamamos de continuo y sabemos de nuestras vidas. —Azucena lo observó con extrema seriedad.

—¡Vale, no te enfades, era broma! —explicó con asombro—. Ya veo que hoy no se te puede gastar ni una. No solo estás silenciosa y seria, también te noto un poco inquieta, no sé si se deberá al vuelo.

—Seguro, no me gusta mucho volar. —Repitió otro mohín.

—Pues más te vale acostumbrarte, porque si Yago es elegido presidente del Gobierno vas a inflarte a volar de un lugar a otro. —Chasqueó la lengua.

—¡No me lo recuerdes, por favor! —exclamó con una extraña mezcla de desespero y tristeza.

En ese momento, la voz del auxiliar de vuelo anunció a los pasajeros que debían abrocharse los cinturones, iban a aterrizar. Azucena y Fabián lo hicieron al segundo, entrecruzando una media sonrisa. Azucena sin parar de pensar en Cintia, Katia, Ingrid y Yago; Fabián imaginando tan solo una cosa, la velada que esa noche le deparaba junto a la mujer de la que estaba perdidamente enamorado.

Azucena abandonó antes de lo debido la conferencia. En ese momento lo que en realidad le había llevado a estar en Londres había pasado a un plano secundario. Ahora su mente solo ansiaba por una cuestión, hablar con Ingrid, conseguir sacarse de la cabeza todo lo que Katia había sembrado: dudas y más dudas. Seguramente Ingrid conseguiría aliviarle el alma. Seguramente aquellas palabras que manifestó el día de su boda no tenían mayor importancia. Seguramente ella y su actual estado de suspicacia estaban sacando todo de quicio. Seguramente... no paraba de repetirse, intentándose dar razones. Fuera como fuese, Azucena necesitaba ver a la persona que había traído al mundo a su marido y que en su papel de madre la calmase hablándole de su hijo, contándole anécdotas de su infancia y adolescencia. Precisaba ver cómo se enorgullecía de la gran persona en que se había convertido su pequeño.

El cielo estaba gris y amenazaba lluvia, situación muy habitual en Londres en esa época del año, finales del mes de abril. El taxi paró en la misma puerta de la vivienda de Ingrid y Azucena se apeó de él despacio. Había conseguido la dirección gracias a una de las simpáticas recepcionistas del hotel en que se alojaba, a la que le solicitó ayuda inventándose querer dar una sorpresa a una amiga de la que solo disponía de su nombre completo y teléfono. En poco más de cinco minutos supo dónde encontrar a la madre de Yago, y ahora estaba frente a su casa. Sintiendo unos atroces nervios buceando por su columna vertebral, se acercó a la puerta, y, con lentitud, aproximó su mano al timbre y lo apretó. En ese conciso instante la adrenalina se disparó por su cuerpo, anegó su sangre y le desbocó el corazón, que golpeaba en su garganta con extremo vigor. Le daban ganas de salir corriendo por lo alterada que se encontraba, pero ya estaba allí, ya había llamado.

Ingrid, al abrir la puerta y ver frente a ella a Azucena, se quedó petrificada. Contemplándola sin pestañear, y con el estómago comprimido en

un ovillo, sintió que le faltaba la respiración, era la última persona que esperaba ver en su casa. Azucena notó su abrumador asombro sin esforzarse, se desprendía de su gesto con total facilidad. La madre de Yago se había quedado lívida, paralizada y muda tras verla.

—¡Hello, Ingrid! —exclamó ella, intentando que no le temblase la voz—. Parece que te he sorprendido bastante, ¿verdad?

—Decir que me has sorprendido sería quedarse escaso, me has dejado estupefacta —respondió con su peculiar acento británico—. Jamás hubiera imaginado tu visita.

—Pues aquí estoy, ya ves. —Se encogió de hombros—. He venido a Londres a una conferencia y pensé que...

—Por favor, pasa —dijo Ingrid interrumpiéndola, volviendo en sí tras el inicial impacto—. Porque vendrás sola, ¿cierto?

—Sí —contestó ella mientras entraba, e Ingrid cerró la puerta.

—Dame un abrazo y dos besos, por favor, querida. Me alegro mucho de verte.

Las dos se fundieron en un largo abrazo y Azucena notó que la mujer lo daba con ganas, sentía afecto por ella. Eso la llevó a ver su actitud de distanciamiento tan incomprensible y contradictoria que precisó de una explicación más que nunca.

—¿Por qué nunca te pusiste en contacto conmigo, Ingrid? —le preguntó sin más demora, separándose y observándola.

—Porque era mejor así, créeme, Azucena —respondió cargada de tolerancia.

—No te entiendo. No sé por qué va a ser mejor no coger ni una de mis llamadas —le reprochó.

—No era por ti, sino... por mi hijo —afirmó con sumisión—. A él no le hubiera gustado que tuviéramos relación. —Ingrid la miró a los ojos de manera profunda, como si estuviera leyendo en ellos—. Y tú ya lo sabes. Y mi hijo no tiene ni idea de que estás aquí. ¿A que no me equivoco?

—No, es cierto —respondió ella bajando la vista al suelo, por un instante se sintió muy vulnerable—. Yago no sabe que estoy aquí y no deseo que se entere.

—Tranquila, yo no se lo voy a decir, para eso tendríamos que hablarnos —advirtió, subiendo la barbilla de Azucena con su mano, recuperando el contacto visual—. Anda, pasemos al salón y sentémonos. Estaba a punto de tomarme un té, ahora me acompañarás.

—Está bien. Tomaré un té mientras charlamos.

Una vez sentadas y con una taza de té con un chorrito de leche cada una, la madre de Yago volvió a mirar a Azucena a los ojos. Con cariño, posó una mano encima de la de su nuera y la acarició con delicadeza.

—¿Sabes? A pesar de asombrarme tu visita me hace mucha ilusión tenerte aquí. —Asintió—. Apenas te conozco, pero me sigues transmitiendo lo mismo que la primera vez que te vi, eres una buena persona, me gustas. —Esbozó una sutil sonrisa, vacilando brevemente, y prosiguió—: Pero no me voy a andar con rodeos, querida, veo en tus ojos que algo te inquieta y eso es lo que te ha traído aquí. ¿A que no vuelvo a equivocarme?

El corazón de Azucena volteó en el pecho de forma extrema. Ingrid parecía tener un sexto sentido que se adelantaba a ella. Parecía, aun desconociendo la situación, comprender la angustia que le corroía.

—No. No te equivocas, llevas toda la razón.

—Entonces habla, cuéntame —le sugirió.

En ese instante la paciencia había dejado de ser una de las virtudes de Azucena, la desesperación por saber y comprender habían minado tal capacidad, por eso mismo decidió hablar claro y sin más dilación.

—Verás, Ingrid, últimamente le he estado dando vueltas a las palabras que me dijiste sobre Yago el día de nuestra boda. No sé si las recordarás...

—Las recuerdo perfectamente —la interrumpió, asintiendo.

—Vale, pues me gustaría que me explicaras de qué hablabas.

Ingrid acumuló unos segundos de silencio sosteniendo la mirada verde de Azucena, que denotaba incertidumbre y preocupación.

—Deduzco que ya has visto algo raro en el comportamiento de mi hijo. ¿Le has llevado la contraria y eso lo ha hecho enfadar?

—Puede —contestó en voz queda.

—Seguro —confirmó tajante, suspirando con resquemor—. Azucena, te advierto que a mi hijo es mejor no hacerle enfadar ni retarlo, de lo contrario todo el dulzor que sabe mostrar terminará siendo para ti tan amargo como la hiel. Nunca lo hagas o estarás perdida, porque a estas alturas ya tendrá estudiados tus puntos débiles para golpearte en ellos. Por desgracia Yago es así, maravilloso cuando quiere, de cara a los demás; y malvado cuando se lo propone, es decir, con los más cercanos a él. Daña a las personas que lo quieren, las daña mucho. —Hizo una pausa, observándola con inquietud—. Dime la verdad, por favor, ¿te ha hecho daño ya a ti?, ¿mi hijo te ha herido de alguna forma?

—No —balbuceó, motivo que rápidamente llevó a Ingrid a pensar que mentía.

—Puedes contármelo todo, decirme la verdad, ser sincera. Nada de lo que hablemos tú y yo saldrá de estas paredes, querida.

Azucena tragó saliva a la vez que un incipiente velo en los ojos, anunciador de un inminente llanto, le emborronó la visión.

—Bueno..., una vez... Una vez me pegó un bofetón —le confesó, mientras frenaba a las lágrimas con las manos para que no saltasen de sus ojos—. Aunque después se arrepintió mucho y me suplicó repetidas veces que lo perdonase —añadió con prontitud—. Pero hay momentos en los que parece perder el control. Últimamente todo lo altera, a veces he sentido algo de miedo cuando se pone de ese modo, mirándome de una forma aniquiladora.

Los ojos de Ingrid se entrecerraron mientras exhalaba el aire, desprendiendo una combinación de temor y pesar.

—Déjame darte un consejo, Azucena, deberías alejarte de él. —Asintió—. Yago es un hombre que no te interesa tener a tu lado. Ni a ti ni a ninguna persona.

—¿Por qué? ¿Por qué dices eso? ¿Por qué me dijiste algo similar el día que me casé con él? ¿Por qué me pides sinceridad y tú no eres clara? —interpeló de seguido.

—Porque es muy complicado de explicar. —Emitió un suspiro sumido en paciencia—. Pero te estoy diciendo lo único que debes saber, te estoy sugiriendo lo que debes hacer.

—No. —Negó con la cabeza—. No puedes decirme ni sugerirme algo sin una explicación de por medio, sin ninguna argumentación a tus palabras. Yo amo a Yago y tú me dices que lo mejor para mí sería dejarlo. ¿Por qué? ¿Qué no quieres contarme o no te atreves a decir? Te suplico que me des un razonamiento convincente, no solo esto, especulaciones que no me llevan a nada en concreto salvo a dar vueltas y vueltas en mi cabeza —declaró un tanto desesperada—. Tú me has pedido sinceridad y yo te la he dado. Ahora sincérate tú, por favor —imploró por su explicación.

Abriéndose camino a machetazos entre la angustia y el recelo, Ingrid meditó, asintió despacio y esperó unos segundos más antes de comenzar a hablar.

—Está bien, seré del todo sincera contigo. Pero lo que te voy a decir tampoco podrá salir de estas paredes, Azucena. Es por tu bien y por el mío. Por nuestro bien —confirmó seria.

—De acuerdo, no diré nada. Pero explícate, por favor —suplicó de nuevo.

—Empezaré por el principio, y te aviso que la historia es un poco larga.

—No tengo prisa, tranquila.

—Muy bien, pues me remontaré cuarenta y dos años atrás, cuando Blas y yo nos conocimos bajo la estatua de Eros, en Piccadilly Circus. Había venido junto a unos amigos a conocer Londres y el destino quiso cruzarnos. Tuvimos un flechazo y en menos de un año nos casamos. Él siempre bromeó con eso, decía que fue Eros, el Dios de la atracción sexual y el amor, el que nos unió. —Sonrió de forma sutil—. Me trasladé a Oviedo, lugar donde vivía y trabajaba Blas, era más fácil que yo me amoldase a él y no me importó. Es más, quería alejarme de mis padres, o mejor dicho, de mi padre. —Suspiró con vigor—. Blas no era santo de su devoción. De hecho, me retiró la palabra por casarme con él. —Mostró una mueca de tristeza—. Estábamos muy enamorados y en poco más de un año fuimos padres. La llegada de Yago nos colmó de felicidad y dicha, incluso consiguió que mi padre volviera a hablarme, estaba lleno de emoción con el nacimiento de su nieto, y retomamos la relación. —Hizo un amago por sonreír—. El tiempo transcurrió veloz, todo parecía ir muy bien entre nosotros, éramos un matrimonio enamorado, una familia feliz. —Paró un santiamén—. Pero después de llevar doce años casados un día descubrí que mi marido había tenido una aventura con otra mujer, y el mundo se me vino encima.

—Lo siento mucho —expresó Azucena algo turbada.

—Tranquila, eso fue hace demasiado tiempo, ya está olvidado —declaró cargada de conformidad—. Al principio pensé dejar a Blas, pero él me suplicó que no lo abandonara, me juró que me quería, que solo había sido un maldito error. Yo lo amaba y terminé dándole una oportunidad, aunque nada volvió a ser como antes, mi desconfianza hizo que nuestras discusiones fueran constantes —confesó con amargura, y guardó unos segundos de silencio—. El verano de 1985 cambió nuestras vidas para siempre, sobre todo la de Yago. Yo ya sabía que mi hijo no era como otros niños, desde pequeño nunca se comportó de la misma forma que cualquiera de su edad, pero a partir de ese verano su actitud fue a peor.

—¿Por qué? ¿En qué cambio? —preguntó cargada de curiosidad.

—Por un lado tenía un alto concepto de sí mismo, se creía estar por encima de todos, su seguridad era temerosa. Por otro, parecía estar lleno de rencor y solo se dedicaba a urdir y maquinarse contra nosotros.

—¿Pero qué ocurrió ese verano? —interpeló Azucena, intentando aliviar la mezcla de intriga y angustia con que se había cubierto.

Ingrid resopló echando ligeramente la cabeza hacia atrás, entornando los ojos con gesto compungido, como si rebobinar en sus recuerdos fuera

doloroso en extremo. Y volvió a mirar al frente, a Azucena, que impacientaba por seguir escuchando su historia.

—Solíamos pasar las vacaciones en un pequeño pueblo del condado de Wiltshire, mis padres tenían una casita allí. Blas y mi padre chocaban mucho por ideologías políticas, o mejor dicho, porque Blas se declaraba apolítico. Mi padre era un apasionado de la política, alto cargo de un sindicato londinense y el responsable de que Yago ame tanto ese mundo que él adoraba, se lo inculcó desde muy pequeño. —Tomó aire—. Ese verano, dos días después de llegar, Blas no lo soportaba, cada año le costaba más acudir a esas vacaciones junto a mis padres porque sabía que el desencuentro estaba asegurado para él, y decidió marcharse. Yo, debido a mi desconfianza por si volvía a engañarme, decidí irme con él. Dejamos a Yago con mis padres y regresamos juntos a Oviedo.

—¿Y eso enfadó a Yago?

—No —contestó rotunda—. Yago quería a mi padre con locura, así que no le importó nuestra ausencia. Al menos no más de cinco minutos —aclaró—. ¿Mi hijo no te ha hablado sobre él?

—Sí, lo ha mencionado bastantes veces. Me comentó que fue su abuelo quien le hizo conocer el fascinante mundo de la política, que pasaba los veranos junto a él y que le quería mucho.

—Más bien lo adoraba, y después de su muerte lo idolatró. Precisamente su muerte hizo cambiar a Yago —aseguró sin parar de asentir—. Sucedió ese verano, una semana antes de que Blas y yo regresásemos a por él. Mi padre sufrió un infarto, lo encontraron en el bosque, yacía en el suelo semiinconsciente, llovía y estaba empapado. Falleció al poco de llegar al hospital. —Suspiró con aflicción.

—Lo siento mucho —expresó Azucena apenada—. Yago solo me comentó que murió de un infarto, el resto lo omitió.

—Yago culpó a su abuela de su muerte por no dejarle ir con él cuando se marchó aquel día. En el velatorio le gritó que ojalá se muriera, y lo deseó con ganas, no por un mero berrinche momentáneo. —Calló unos segundos—. Días después, ya de vuelta en casa, yo no paraba de sentirme mal por haberme marchado con Blas y no estar donde me correspondía, y eso nos llevó a discutir. Le reproché a gritos que era el culpable de la desconfianza que me dominaba, la razón de no haber estado ese verano junto a mi padre. —La voz de Ingrid tembló agitada—. Yago nos sorprendió discutiendo y se enteró de la infidelidad de Blas, y de mi miedo a dejarlo solo. Pero lejos de enfadarse con su padre lo hizo conmigo —habló acelerada—. Me reprobó haberme

marchado, me echó en cara no estar en el lugar que me correspondía, me acusó de ser una traidora por preferir a mi marido antes que a mi sangre... —Apretó los labios, le vibraban de congoja—. Y lo que más me dolió fueron sus gritos de odio asegurando que me lo merecía, que las mujeres no sabíamos hacer felices a los hombres, solo causarles problemas. Nos maldijo a mi madre y a mí cientos de veces, chillaba que por nuestra culpa, por ser unas malditas egoístas, él había perdido a su abuelo. —Ahogó el llanto—. A partir de ese día Yago empezó a despreciarme, todo lo contrario a cualquier hijo, que hubiera visto en mí a una víctima.

—No me lo puedo creer. —Azucena se quedó boquiabierta de pura incredulidad.

—Pues créetelo, querida. Cree eso y más porque mi hijo es una persona que solo usa a la gente por su interés. Todos somos piezas dentro del engranaje que está creando, y cuando dejamos de servirle, nos desecha —aseguró con firmeza.

Azucena calló unos segundos, tiempo con el que reflexionó si contar o no lo que le rondaba por la cabeza. Al final se decantó por hablar.

—Por lo poco que Yago me ha contado sé que vuestra relación no es nada buena, más bien nula, que os habéis desechado mutuamente. —Sonó a reproche—. Es obvio que la importancia de la familia no está en vuestra lista de prioridades.

Ingrid miró a Azucena sorprendida, confusa.

—A estas alturas ya deberías conocer la única prioridad de Yago, solo le importa una cosa en el mundo, la política —le aclaró, por si le quedaba algún ápice de duda—. Mi padre se la inculcó desde que echó a andar. A veces he llegado a pensar que lo hizo en represalia para fastidiar a Blas. —Una mueca de incompreensión se dibujó en su rostro—. Mi hijo leyó «Manifiesto comunista» con solo once años, se lo prestó mi padre, como no, y todos, incluido su propio abuelo, nos quedamos asombrados con su comprensión ante tal lectura. —Asintió repetidas veces—. Yo no creí que Yago fuera a leer aquel libro que tanto gustaba a mi padre. Pensé que en cuanto comenzase la primera página, no entendiera nada y le resultase completamente aburrido, lo dejaría. Pero no fue así. Para mi asombro y el de los demás el libro le gustó y lo entendió. No paraba de hacernos preguntas que ni siquiera sabíamos contestarle. En más de una ocasión lo escuché explicando a sus amigos ciertos aspectos sobre la política con los que me dejó anonadada.

—¡Vaya! —exclamó Azucena atónita—. A la edad con la que yo leí el Principito Yago ya se involucraba en lecturas relacionadas con el mundo de la

política.

—En muchas lecturas, porque después de ese libro vinieron más —puntualizó—. Le encantaba leer todo tipo de libros que estuvieran relacionados con política o con las grandes guerras de nuestro mundo, con el dominio y el poder. Resultaba difícil no verle con uno de ellos en la mano, y a sus amigos casi mortificados por estar obligados a ser su público oyente.

—No sé qué decir, me dejas asombrada con lo que me estás contando, Ingrid. Parece que Yago descubrió con extrema prontitud lo que quería ser en la vida —enunció—. Al principio de empezar a salir me lo comentó, pero creí que bromeaba al decirme que desde niño le apasionaba la política.

—Pues, como ves, no bromeaba. —Zarandeo la cabeza—. Mi hijo lleva la política en la sangre, le proviene de mi padre.

—Está claro que lo lleva en el ADN.

—Sí, desde luego. —Hizo una incómoda pausa—. Aunque su ADN lleva algo más que dudo haya heredado de mi padre ni de Blas. No sé de dónde le proviene pero sé que convive en él, es innato. —Su labio dibujó una mueca de disgusto—. Si bien no lo descubrí hasta que Yago llegó a la adolescencia, después de aquel maldito verano que cambió todo. Fue entonces cuando conocí que a mi hijo le gustaba tramar para causar daño. —Azucena la observó con los ojos abiertos como platos, sorprendida—. Sí, no me mires así, es cierto lo que digo, no he perdido la cabeza. Al principio no quería creerlo, no quería ver la maldad que mi hijo guarda en su interior. Sin embargo, y muy a mi pesar, el tiempo me abrió los ojos y no me quedó más remedio que admitirlo.

—Empiezas a asustarme, Ingrid —declaró con el corazón palpitándole a doble velocidad. Y mientras sentía el agresivo regurgitar de la sangre, en su cabeza no cesaban de revolotear las palabras de Cintia y Katia.

—Pues aún no te he contado nada, querida, a partir de ahora es cuando debes comenzar a asustarte. —Ingrid apretó la mano de Azucena sin perder de vista sus alertados ojos—. Cuando Blas y yo nos separamos, Yago tenía quince años. La relación con su padre era algo mejor de la que tenía conmigo, aunque tampoco es que le quisiera, solo soportaba un poco más su presencia que la mía. Por eso quería marcharse con él, pero no le quedó más remedio que quedarse a mi lado, puesto que Blas le dijo que su lugar estaba junto a mí. Sin embargo, Yago intentó por todos los medios hacer reflexionar a su padre para vivir con él. Y después de dos años, cuando por fin había conseguido convencer a Blas, no quiso irse. Cambió de idea al mudarse a nuestra

comunidad una familia con la que hice gran amistad desde el primer momento. —Ingrid paró y dio un sorbo al té, sentía reseca la garganta.

—¿Y qué tenía esa familia de especial para hacerle cambiar de idea?

—Una hija —contestó con calma, posando la taza en el plato—. Una preciosa muchacha de quince años, Alicia. Alguien que se parecía mucho a ti. Es lo primero que pensé nada más conocerte, me recordaste por completo a ella y...

—¿Yago se enamoró de esa chica? —preguntó con impaciencia, sin dejarla proseguir en su explicación.

—¿Enamorarse? —Ingrid la observó con cierta pena—. Azucena, querida, mi hijo no sabe lo que es el amor ni enamorarse, solo ama a la política. Veo que aún no se te ha caído la venda de los ojos. Eres muy ingenua, como toda la gente de buen corazón, y eso...

—Ingrid no... no te entiendo. —Meneó la cabeza, cortándola de nuevo—. Me desconciertas con cada frase que dices. —Se llevó las manos al cabello, resoplando, y en tono molesto prosiguió—: Tan pronto me parece que vas a decir que tu hijo es la personificación del demonio como todo lo contrario. De repente empiezas a hablar de una joven que hace cambiar la insistente idea de Yago de irse a vivir con su padre, pero me dices que su cambio nada tiene que ver con estar enamorado de ella. Entonces, ¿por qué? ¿Por qué le hizo cambiar de idea si no se sentía atraído por ella? Yo no le encuentro ningún sentido, de veras —aseveró un poco alterada.

—Querida, si no me interrumpes lo comprenderás todo muy pronto. —Asintió una vez más.

—Vale, perdona. Te escucho y no vuelvo a interrumpirte —dijo, intentando calmarse.

—Alicia, como bien te he dicho antes, tenía quince años; Yago por entonces diecisiete, y entre ellos nació una fuerte amistad. Estudiaban, reían, hablaban de política, intercambiaban opiniones sobre sus distintos puntos de vista y pasaban mucho tiempo juntos; congeniaban muy bien. Mi hijo no volvió a mencionar que quería marcharse a vivir con su padre, y Blas no se lo recordó más. Todo parecía al fin funcionar, o al menos no discutíamos, que para mí ya era suficiente. Aunque quizá no lo hacíamos porque apenas nos veíamos, Yago pasaba el día entre el instituto, la biblioteca y la casa de Alicia. Ella también era hija única y le quería mucho, lo consideraba un hermano. —Suspiró, y guardó unos segundos de silencio—. Pero un día sucedió algo horrible... Un día... —Tragó saliva, cerrando los ojos y mostrando dolor en el semblante—. Un día violaron a Alicia. Le hicieron

verdaderas barbaridades, atrocidades... —La voz de Ingrid se quebró y paró de hablar.

Azucena le acarició el hombro mediante una suave friega, animándola así a continuar. Estaba intrigada con la historia y a la vez confusa, necesitaba conocer el desenlace para intentar comprender, por ahora aún no entendía a dónde trataba de llegar la madre de Yago. Ingrid dio otro sorbo al té antes de seguir con su confesión.

—Desde el principio, algo en mi interior me hizo desconfiar de mi hijo, aunque otra parte de mí se negaba a reconocerlo. A pesar de saber lo rencoroso que era, el odio que profería a su abuela y a mí y su tendencia vengativa, no podía creerlo. Me decía una y otra vez a mí misma que mi hijo no podía haber hecho aquella monstruosidad. Mi hijo podía ser manipulador, estratega, conspirador... pero no podía ser tan malvado. No, no podía ser así —gimoteó, e intentó recobrar la entereza para continuar—. Me debatí día tras día en silencio, inclinándome unas veces a favor y otras en contra de Yago. Cuando iba a ver a Alicia estaba de su lado, él no podía haberle hecho aquella salvajada. Sin embargo, cuando veía que mi hijo nunca se acercaba a verla, que le daba igual su dolor y sufrimiento, que no parecía afectarle lo más mínimo siendo su gran amiga, la razón me gritaba que había sido él. —Suspiró con amargura y volvió a hacer una breve pausa en la que Azucena aguantó el silencio sin abrir la boca. Entre otras cosas porque se encontraba sin palabras, sin coherencia ni comprensión ante lo que estaba escuchando—. Unas semanas más tarde, Alicia se suicidó —concluyó.

—¿Se quitó la vida? —interpeló asombrada.

—Sí, se cortó las venas dentro de la bañera —resolvió.

Durante unos segundos el silencio volvió a esconder las palabras de Ingrid. Azucena lo soportó haciendo equilibrios entre el pesar y la incredulidad.

—Unos días después de su entierro me llegó una carta escrita por ella —anunció—. En algo más de un folio me contaba lo que había sucedido. Fue Yago quien la violó y le hizo todas aquellas horribles cosas, fue él —sollozó—. Alicia decía que no podía vivir con esos recuerdos y que tenía pánico a mi hijo, y no por ella, por su vida, sino porque Yago le había amenazado con matar a sus padres si mencionaba algo; y lo veía capaz de hacerlo. Por eso prefería contármelo a mí en lugar de a ellos, no quería ponerlos en peligro, o que su padre se perdiera matándolo a él y su madre se viera sola. Pero tampoco quería abandonar este mundo sin que nadie supiera la maldad que

ocultaba. Y quién mejor para saberlo que la persona que le dio la vida, o sea, yo, su madre.

Las lágrimas de Ingrid saltaron raudas a sus mejillas ante los desagradables recuerdos. Azucena, turbada, azorada y a punto de desmoronarse, se debatía entre creerla o no. Ingrid estaba describiendo a otro hombre del todo distinto al que convivía con ella, uno que nada tenía que ver con Yago. Y en medio del aluvión de emociones desbordadas que le recorrían el alma, y casi en un acto reflejo, buscó algo por el bolso.

—Toma, límpiate —dijo con la voz temblorosa, sacando un pañuelo de papel y ofreciéndoselo.

—Gracias —contestó Ingrid al cogerlo, y con presteza comenzó a secarse el llanto—. Es muy duro recordar todo eso, hacerle frente, y más duro hablarlo por primera vez en alto. Saber que mi hijo es un depravado, un sádico, me destrozó. Realmente son sentimientos que no puedes explicar, pero que te matan —aseguró, y las lágrimas volvieron a fluir por el rostro de Ingrid.

Azucena empezó a sentir el estómago revuelto según iba digiriendo cada palabra de su suegra.

—Pero ¿cómo puedes estar segura de que esa chica contaba la verdad? ¿Hablaste con tu hijo para ver qué tenía él que decir? —preguntó su incredulidad, negándose a creer tales barbaridades.

—Por supuesto que lo hablé con él —afirmó tajante—. Yo, al igual que te ocurre a ti ahora mismo, no terminaba de creérmelo. Mejor dicho, no quería creerlo.

—¿Y qué te dijo? —interpeló asustada.

—Al principio me lo negó todo —contestó, secándose las continuas lágrimas—. Me dijo que Alicia estaba loca, que se inventaba cosas para llamar la atención y había querido hacerlo hasta el fin de sus días. Me contó que el día de la violación estaban en la biblioteca estudiando, pero ella decidió marcharse por ahí con una panda con la que a veces solía juntarse, gente que a él no le aportaba nada y pasaba de irse con ellos. Pero ante mi reiteración de preguntas comenzó a variar algunas respuestas, llegó a contradecirse en más de una ocasión y eso me llevó a sospechar que mentía.

—¿Te confirmó haberlo hecho? —preguntó Azucena con ansiedad.

—No, pero tampoco me lo negó —respondió Ingrid con celeridad—. Y en cuanto le insinué que acudiría a la policía para aclararlo me amenazó: «Mantén la boca cerrada si no quieres que alguien más salga herido».

—Igual tan solo lo hizo porque se sintió atacado, amenazado por ti, su propia madre que no le creía —añadió Azucena, presa de un inacabable escepticismo—. ¿No piensas que si realmente él decía la verdad y tú sobredimensionaste la realidad podía sentirse acorralado y de ahí su reacción?

—¿Sobredimensionar la realidad?! —Ingrid levantó la voz observándola perpleja, boquiabierta—. Una muchacha joven, con toda la vida por delante, se había suicidado. Y según contaba en su carta lo había hecho por culpa de mi hijo, por la atrocidad a la que le sometió. No creo que a eso se le pueda llamar sobredimensionar la realidad, Azucena, sino hablar de ella con el que se señalaba como culpable; era preciso aclararlo. Y lejos de esclarecerlo, tan solo obtuve como respuesta una amenaza para guardar silencio. —Emitió un suspiro atestado de dolor—. Además, Yago me arrancó la carta de las manos y la quemó, de esa forma no habría ninguna prueba. Pero para mí era más que obvio, su reacción confirmaba las palabras de Alicia. —Paró un segundo, el tiempo que le llevó entrecerrar los ojos y tragar saliva—. A lo largo del día siguiente, sintiendo el corazón hecho añicos, medité qué hacer, si bien mi hijo no me dio opción. Ese mismo día llevó a cabo algo que deseó hacer desde aquel dichoso verano.

—¿El qué? ¿Qué te hizo? —preguntó con ansiedad.

—No, no me lo hizo directamente a mí, sino a su abuela. A ella se la tenía jurada desde que falleció mi padre, ya te he dicho antes que la consideraba culpable de su muerte. Sabía que el daño que le procurara a ella también recaería en mí —contestó—. Mi madre llegó de Londres ese mismo día, no había vuelto a ver a Yago desde el entierro de mi padre, él nunca volvió a dirigirle la palabra desde entonces. Andaba delicada de salud y sentía la necesidad de hablar con él y hacerle razonar. —Hizo una pausa—. La empujó por las escaleras del portal con la intención de matarla, aunque no lo consiguió, pero quedó paralítica. Eso sí, él contó que se había caído. Sin embargo, ver con qué cara de terror miraba mi madre a Yago me hizo confirmar que mentía —aseveró.

—¿Tu madre te dijo que la tiró él?

—No con palabras pero sí con su miedo, y así se lo hice saber a mi hijo. Le dije que sabía que había sido obra suya, de su odio. Me contestó que una vez más yo no había visto nada y por tanto no tenía ni idea, pero que se alegraba enormemente de su caída. Añadió que era una pena que no se hubiera partido la crisma y muerto en el instante, solo así se hubiera hecho justicia con su abuelo. Y terminó diciéndome que mantuviera la boca cerrada

en todos los aspectos si no quería que me ocurrieran muchas cosas y todas malas. —Volvió a enjugarse el llanto, que no paraba de brotar.

—¿Y si tan convencida estabas por qué no lo denunciaste? Yo desde luego que no puedo entenderlo, de veras. —Alzó el tono, llevándose las manos a las sienes, saturada y perdida, sin comprensión alguna.

—Porque fui una cobarde y decidí callar, ese es mi gran tormento —respondió con un tremendo pesar.

—Y porque no tenías pruebas, en realidad tú no viste nada, admítelo de una vez —declaró, intentando convencerse con ese argumento.

—No tenía pruebas tangibles, pero sabía que era cierto —reafirmó—. Y por esa certeza el miedo me atrapó tan fuerte que decidí abandonar España y regresar a mi ciudad, a Londres, con mi madre. En cuanto Yago cumplió los dieciocho años me marché, me alejé de él y lo dejé con su padre. Por entonces Blas ya se veía con su actual mujer y cuando Yago comprendió que la relación entre ellos iba en serio y querían casarse, el fino hilo que le unía a su padre se rompió. Le retiró la palabra, se buscó un trabajo y se independizó. Blas intentó hacerle entrar en razón, tenía todo el derecho a rehacer su vida. ¿Sabes lo único que recibió como respuesta?

—No. No tengo ni idea —contestó consternada, la magnitud del asunto le empezaba a rebasar.

—Una amenaza —reveló—. Yago le dijo a su padre que no quería volver a verle ni cruzarse con él por la calle, que lo mejor para no que no le sucediera nada sería que se marchase de Oviedo. Y Blas, al igual que yo, decidió alejarse de él y se fue a otra ciudad, abandonó Asturias. —Sopló con resignación—. Muy a menudo me pregunto qué hicimos mal para que Yago sea así, pero no encuentro una respuesta. —Zarandeo la cabeza.

—Y su padre ¿qué dice?

—¿Qué dice sobre qué?

—Sobre todo lo que acabas de contarme, si piensa de Yago lo mismo que tú —dijo Azucena con esfuerzo, su corazón latía con tal brusquedad que la estaba ahogando.

—Jamás le conté a su padre nada acerca de lo que Yago le hizo a Alicia; ni de la carta que me dejó, ni de sus amenazas, ni de lo que llegó a hacer a su propia abuela —reveló con angustia—. Quizá no lo hice porque me avergonzaba tener un hijo así y saber que yo y mi silencio éramos sus cómplices. —La voz se le quebró—. Aunque yo estaba segura de que Blas sabía el tipo de hijo que teníamos y por eso le temía. Porque aunque su padre no me lo haya dicho nunca, eso se percibe. Las miradas a veces cuentan más

que cualquier palabra, y él miraba y mira a Yago con miedo, con el mismo que lo hago yo, con el temor con que lo hizo su abuela. —Soltó un golpe de aire, esta vez cargado de resentimiento—. Y ahora que ya sabes cómo es mi hijo, aléjate tú también de él, Azucena.

—Todo esto me parece una locura, algo irreal, no puedo creérmelo. ¡No! —exclamó en alto—. Es cierto que a Yago no le gusta que se le contradiga y que en ocasiones eso le saca un lado un poco violento, aunque de ahí a lo que me estás diciendo, perdona, Ingrid, pero hay todo un abismo de por medio —explicó a la defensiva—. Me cuesta muchísimo pensar que mi marido, el mismo hombre maravilloso, encantador, cariñoso y amable que yo conozco pueda ser un degenerado y un desalmado. No puedo aceptarlo.

—¿Qué te crees, que a mí no? A mí también me costó creerlo, admitirlo, pero él mismo no me lo negó cuando se vio entre las cuerdas. En ambas ocasiones, tanto con Alicia como con mi madre, tan solo se preocupó de amenazarme para que mantuviera la boca cerrada, no perdió un solo minuto en defenderse.

—¡No puedo, de verdad! ¡No puedo creerlo, ni admitirlo, ni aceptarlo! —replicó casi en grito, negando por activa y pasiva, escuchando a su mente gritar histérica mientras su corazón se rompía en pedazos. Le parecía increíble todo lo pronunciado por Ingrid, y a la vez coincidía con lo expresado por Cintia y Katia. El maremágnum de contradicción que batallaba en su interior estaba a punto de hacerle perder la razón.

—Es la verdad, Azucena —aseveró Ingrid con calma.

—¡No! —Elevó de nuevo el tono, levantándose de la silla de golpe—. El Yago que describís no es como el Yago que yo conozco, con el que convivo, al que amo. No puede ser el mismo hombre, son dos personas distintas, opuestas.

—¿El que describís? —preguntó Ingrid desconcertada, levantándose de la silla también—. ¿De quién más hablas? Acabas de hablar en plural. ¿Quién más te ha hablado de Yago?

—¡No, él no es así! ¡No, no lo es! —Sacudió una y otra vez la cabeza, notando que le faltaba el aire, la ansiedad la estaba asfixiando.

—¿Quién más te ha puesto sobre aviso de mi hijo? ¿Dime, por favor? —exigió casi en grito.

Azucena, aterrada por cuanto la madre de Yago acababa de contarle, abandonó el salón con urgencia. Ingrid la llamó sin parar, a gritos, pero haciendo caso omiso, Azucena cruzó el pasillo corriendo y salió a la calle en estampida. No paró de correr hasta no oír a nadie, hasta saber que había

puesto la suficiente distancia entre la casa de Ingrid y ella. Al doblar la esquina se apoyó en la pared de un edificio y tomó aire, inhaló con fuerza repetidas veces para oxigenar a sus células, se sentía casi desfallecida. De súbito, una angustia acerba ascendió desde el fondo de sus entrañas, se deslizó por su garganta y escapó por su boca; eran quejidos, sonidos estridentes que rasgaban el ambiente hasta despedazar la atmósfera. El dolor que sufría Azucena los provocaba y brotaban de sus labios sin cesar, intentando vaciarse de una quemazón que le estaba abrasando el alma. Las lágrimas saltaron de sus ojos raudas, de forma arrebatada, pisándose unas a otras, con la intención de sofocar lo que en ese momento era inextinguible. Y haciéndose eco de su pena, el cielo gris y encapotado que cubría Londres también comenzó a llorar. Las transparentes gotas se convirtieron en pequeños proyectiles que se estrellaban con rabia e ímpetu contra el asfalto y acera. El cielo parecía llorar con tanto vigor como dolor guardaba el corazón de Azucena.

Y bajo la lluvia, calándose por entero, sin darle tregua las lágrimas, con el alma hecha jirones y sin parar de repetirse que Yago no podía ser así, que todo debía estar sobredimensionado, Azucena anduvo despacio. Caminó lentamente con los brazos cruzados sobre el pecho, tratando con esa postura de sujetar a su dolorido corazón para que no la abandonase. Aunque su andar afligido y encorvado de hombros más bien consistió en deambular por las calles hasta encontrar una boca de metro en la que resguardarse. Necesitaba un lugar donde poder calmar su desquiciado estado de agonía, no quería que al regresar Fabián la encontrase de esa forma. No podía ni quería hablar con nadie de lo sucedido, tan solo deseaba olvidarlo todo. Pero olvidar era algo completamente imposible para Azucena, tan inalcanzable como saber cuánto de real había en la historia de Yago y cuánto de inexistente, ficticio o imaginario.

Fabián andaba preocupado por la tardanza de Azucena y ya le había mandado un par de whatsapp a los que ella no había contestado, ni siquiera visto, y su intranquilidad se acrecentaba. Se acercó a la recepción del hotel a esperarla y se sentó en uno de los elegantes sofás aparentando una engañosa calma exterior, porque interiormente estaba más que privado de sosiego. Pero en vista de que el tiempo pasaba y seguía sin noticias de Azucena, decidió llamarla. Con el sonido del primer tono de llamada la vio aparecer y con diligencia se acercó a ella, que llegaba calada hasta los huesos. Sorprendido viéndola empapada, a Fabián lo que más le preocupó fue la extrema tristeza que imperaba en su semblante, los ojos de su amada delataban un llanto abundante y reciente.

—¿Qué ocurre, Azucena? ¿Qué te ha sucedido? —le preguntó alarmado, y al poner las manos encima de sus hombros notó que estaba temblando.

—Como buen amigo que eres, te ruego que no me hagas preguntas — contestó con poca energía en la voz aunque de manera taxativa.

Fabián, conteniendo la que ya tenía en la punta de la lengua, obedeció a regañadientes y aparcó el tema al instante, y se dedicó a contemplar el pésimo estado de ánimo que su compañera exhibía. Azucena hizo ademán de marcharse y él, algo dubitativo viendo que no era el mejor momento para hacerlo, le preguntó:

—¿Anulo la cena? Había reservado mesa en el mismo restaurante del hotel —le explicó.

Azucena lo miró aturdida, ni siquiera se acordaba de la cena, y a punto de contestarle con un sí, cambió de opinión. Creyó que quedarse sola en la habitación no sería buena idea, ni tampoco la solución, al contrario, la soledad le haría cavilar incesantemente y se volvería loca. Sería más oportuno distraerse un poco con un rato de charla y beber. Eso, beber. Beber para olvidar. Olvidar, sin duda alguna, era lo que más le urgía.

—No, la cena sigue en pie, Fabián —respondió.

—Perfecto, como tú quieras. —Asintió.

—Solo dame algo de tiempo para adecentarme —dijo, y subió a su habitación. Como era obvio no tenía ganas de arreglarse, pero al menos debía ponerse ropa seca.

Media hora después, ambos estaban sentados en el lujoso restaurante de cinco tenedores con vajilla y cristalería de diseño. Fabián continuaba preocupado por Azucena, sabía que no estaba bien, pero no podía imaginar qué había ocasionado ese profundo cambio en su persona. Pensaba en la madre de Yago, alguien que él ni siquiera conocía ni podía poner rostro, aunque era evidente que la drástica variación se había producido a raíz de su visita. No obstante, no pensaba sacar el tema ni preguntarle de nuevo, Azucena le había rogado no hablar sobre ello y él no pensaba meter el dedo en la llaga.

Azucena intentaba cambiar el rostro y pugnaba con ahínco por destensar sus labios y emitir una sonrisa, aunque le costaba un esfuerzo sobrehumano. Se sentía mal por Fabián, él no debía pagar las consecuencias de su paupérrimo espíritu, pero en ese momento era la persona que estaba sufriendo los daños de su dolor. Mirándolo con firmeza, posó la mano encima de la suya y le dijo:

—Perdóname, Fabián, hoy no ha sido un buen día para mí. Pero no me lo tengas en cuenta, por favor.

—No lo hago, tranquila. Solo me preocupa verte así y no saber cómo puedo ayudarte —advirtió, acariciando la mano de Azucena.

Fabián la miró a los ojos y sostuvo su mirada en ella con fuerza, como nunca. Siendo espectador de la zozobra de su amada, por primera vez su soterrado amor medio derribó el flanqueado muro de sus sentimientos. Azucena pensó que jamás había observado esa mirada en él, le resultaba nueva, compleja, le ofrecía mucho sin desvelar nada. Era una mirada en la que se concentraba una pregunta, una afirmación y un secreto; una con demasiados ingredientes a analizar. Por un lado era muy fulgurante; por otro descorazonada, con reconcomio y una pizca de conmiseración. Una mirada que le resultaba ininteligible y a la vez, de forma contradictoria, tremendamente clara. Sin embargo, decidió no pararse a interpretar más, prefirió disfrutar de la mirada de un amigo, de alguien que siempre le había mostrado su apoyo y sabía comprenderla.

Despacio, y sin mediar palabra, apartaron sus ojos y también las manos. Y con el mismo silencio ambos cogieron las cartas y comenzaron a ojearlas.

—¿Pedimos una botella de vino? —preguntó Azucena—. Quizá me venga bien beber para relajar la mente.

—Me parece estupendo. ¿Lo eliges tú?

—No. Tú entiendes más de vino que yo, lo dejo en tus manos —respondió.

—¿Qué prefieres? Tinto, blanco, rosado, espumoso, afrutado, seco...

—¡Madre mía! —Enarcó las cejas—. ¿Todo eso hay que pensar para elegir un vino? —inquirió asombrada.

—Claro. A gusto del consumidor. —Fabián le guiñó el ojo y Azucena terminó sonriendo.

—¿Blanco y afrutado? —le preguntó, esperando el visto bueno.

—Como tú quieras.

—Pero ¿ese está bien?

—Es perfecto. —Asintió—. Ahora decidiré cuál pedimos —dijo observando la carta de vinos—. ¿Sabes ya qué vas a cenar? Porque yo todavía no. Me gusta todo lo que viene en la carta y no sé por qué decantarme. —Terminó riendo.

—No tengo mucho apetito, creo que solo pediré una ensalada de luxe.

—¿Solo eso?

—Solo —contestó, pensando que no sabía si sería capaz de probar bocado.

—Vale, entonces yo también pediré una ensalada de esas.

—Hay *carpaccio* y a ti te gusta mucho, pídetelo de segundo plato —le propuso—. El que yo haya optado por un plato único no significa que tú tengas que hacerlo, Fabián.

—No deseo comer solo —aseguró.

—Yo te acompañaré bebiendo. —Esbozó una sutil sonrisa.

—En ese caso, ¿cuál me recomiendas que pida?

Azucena repasó la carta con calma antes de contestarle.

—¿Qué te parece el *carpaccio* de buey con vinagreta de mostaza y miel, centro de rúcula, piñones y nubes de parmesano?

—¡Umm! Suena delicioso —contestó—. Tienes buen ojo, lo pediré. Mis papilas gustativas han empezado a salivar en cuanto te lo han escuchado pronunciar. —Se relamió.

—¡Qué tonto eres! —exclamó Azucena entre una leve risa.

—Bueno, de todo debe haber en el mundo, más listos y menos. Tú eres muy inteligente y guapa y yo soy menos en ambas cosas.

—Lo que acabo de decir, eres bobo perdido, Fabián.

—¿Acaso no he dicho una verdad? —Marcó una sonrisa mientras se perdía en el iris de Azucena.

—Desde luego que no. Sabes que eres inteligente y guapo, y lo mejor, eres una gran persona, alguien muy importante para mí. Te aprecio enormemente y quiero que lo sepas.

—¡Uy, esto se está poniendo muy interesante! —exclamó entre risas.

—¿Por qué? —preguntó ella con una media sonrisa.

—Porque ni siquiera hemos empezado a beber y ya estás ensalzando nuestra amistad, algo muy común que el alcohol logra cuando llega a ese punto en el que se desborda la alegría —explicó.

—Pues te lo digo estando sobria, doctor Escudero. Es más, te confesaré que eres el hombre que toda mujer querría tener a su lado. —Asintió.

—Al final me vas a ruborizar —dijo, pensando en cuánto le gustaría a él que esa mujer fuera ella y poseer la llave de su corazón.

—No te pongas colorado y pide ese vino ya, tengo mucha sed. —Sonrió.

—Ahora mismo pido todo —dijo, llamando al camarero, quien se aproximó al segundo y les tomó nota.

A punto de finalizar la segunda botella de un vino francés blanco y afrutado que entraba muy suave pero que pegaba con fuerza, más aún cuando no se tenía hábito de beber, la hilaridad reinante en la mesa era más que patente. Por suerte, el alcohol había desprendido de la mente de Azucena su gran inquietud hasta disolverla a carcajadas. Fabián, a pesar de su «alegre» estado, se percató de que eran las únicas personas que quedaban en el restaurante. Los horarios en Londres no eran los mismos que en España, allí se cenaba antes y las veladas acababan más pronto que en su país natal. Observó a los camareros, estaban esperando pacientemente su marcha, la suya era la única mesa por recoger.

—Creo que debemos irnos ya —avisó Fabián sonriendo—. Los camareros están ansiosos porque levantemos nuestros culos para cerrar.

—Pues vámonos. —Azucena se levantó de golpe y sintió una fuerte flojedad de piernas—. ¡Oh, oh! —canturreó—. Creo que he bebido más de la cuenta y vas a tener que llevarme sujeta del brazo para no ir haciendo esos. — Se echó a reír.

—Eso está hecho —contestó Fabián, acercándose rápido a ella y ofreciéndole su brazo. Azucena se entrelazó a él—. ¿Nos vamos?

—Nos vamos, gentil caballero. —Volvió a reír, mientras empezaba a andar bien sujeta a él.

Fabián acompañó a Azucena hasta la habitación y esperó a su espalda mientras ella abría la puerta. La doctora giró sobre sus propios tobillos para darle las buenas noches, pero lo hizo tan rápido que el brusco movimiento, sumado al efecto del alcohol, la llevó a perder el equilibrio. Los ágiles reflejos de Fabián la sujetaron, y mientras ambos sonreían entraron en la habitación. Azucena cerró la puerta entretanto él la contemplaba fijo, obnubilado en sus preciosos ojos, en sus sonrosados y carnosos labios que le resultaban tan tentadores. La doctora también se quedó prendada en su dulce mirar que siempre sabía observar cuanto le sucedía, en su comprensión, en el afecto y cariño que desprendía. Sus miradas permanecieron imantadas por un largo espacio de tiempo, compartiendo una sinceridad recíproca, acallada aunque del todo verdadera. La tensión entre ellos se convirtió en algo palpable, un anhelo ineludible que los agitó, y con cautela aproximaron sus labios hasta acariciarse con su sedosa piel. Con la unión de sus bocas el vasto deseo emergió de golpe y el beso se alargó, tentándolos. Cuando se separaron eran conscientes de que sus pretensiones ambicionaban más, y Azucena penetró en la habitación despacio, de espaldas para no perder el contacto con Fabián, indicándole con los ojos su beneplácito para ir tras ella. Él percibió su gesto solicitante, y sin poder creer lo que estaba sucediendo aunque ansioso por cumplir su sueño, la siguió con pasos cortos pero decididos, hasta que la espalda de ella quedó apoyada en una de las paredes y sus cuerpos distanciados por unos escasos centímetros. Con el pulso acelerado se observaron detenidamente, inhalaron el deseo que cada uno destilaba y volvieron a lanzarse a los labios con apetencia, enardecidos, abriendo la veda al encuentro de lenguas. Con la misma ansia que un hambriento, la boca de Fabián recorrió el cuello de Azucena, que víctima de un deseo desbordante jadeaba enredando sus dedos por la melena pincelada de canas de su compañero. El ímpetu que Fabián estaba empleando en ella le incrementaba las ganas, aumentaba con vehemencia su sed. Con urgencia comenzó a desabotonarse la blusa y dejó su torso al aire, ofreciéndoselo. Tan sorprendido como agradecido, Fabián se apropió de ese terreno virgen para él, la tierra más codiciada de su vida, y sin ninguna prisa acarició la aterciopelada piel de la mujer de sus sueños, a quien las carnes le vibraban con cada voluptuosa caricia que él le entregaba. Caricias que para Fabián eran todo un regalo, que

deseaban ir un paso más allá y empezaron a demandar otro tipo de caricias. Los dos lo comprendieron al mirarse a los ojos, lo querían todo, y volvieron a unir sus bocas de forma irreprimible, devorándose a besos durante el corto camino que les acercó a la cama.

—Te deseo, Azucena, no puedes imaginar cuánto —susurró tumbándose encima de ella, deslizando los labios por sus pechos cubiertos por el sujetador, besándolos por encima de él—. Te amo, estoy enamorado de ti, llevo años estándolo —reveló, y de nuevo, y casi con desesperación, volvió a ocupar la boca de su amada.

Los fogosos besos incrementaron su hambruna y la pasión no cesaba de invitarlos a ahondar en su apetito. Fabián quería saciarse y decidió no contenerse, ahora que le habían ofrecido el festín por el que llevaba años suspirando debía empacharse. Deslizando su mano por el pantalón de Azucena, trepó por sus muslos y conquistó su intimidad. El acto originó en ella un trémulo movimiento de cadera, incluso le arrancó de la garganta un gustoso gemido. La excitación de Fabián se tensó de manera extrema sabiendo que ambos estaban famélicos y querían calmarse, que hablaban el mismo lenguaje y deseaban hacer el mismo recorrido. Sin más demora serpenteó su mano por el interior del pantalón de Azucena, accediendo de forma delicada al mejor manjar del mundo, el que él anhelaba cubrir de placer. La directa caricia no solo le robó un jadeo a la doctora, también la hizo vibrar. Y fue ese temblor el responsable de aproximar más su cuerpo al de Fabián, y con esa estrecha cercanía, notó la patente erección que su compañero atesoraba detrás de los pantalones, excitándola de manera inexorable. Se dejó llevar por el deleitoso momento, por las amorosas caricias y los ardientes besos, y creyendo que estaba a las puertas del cielo la imagen de Yago tomó su cabeza, sobresaltándola, y se levantó veloz. Fabián, desconcertado, hizo lo mismo de seguido; ambos se quedaron a los pies de la cama mirándose fijamente. La excitación se acababa de evaporar y el silencio predominó, pero las miradas cómplices volvieron a sucederse, persistían, aunque en esta ocasión cada uno intentaba expresar con ellas cuestiones diferentes. Fabián clamaba por una explicación, quería saber por qué Azucena se había apartado de él, por qué había frenado en seco la situación si ella también deseaba amarle, su cuerpo se lo había dicho a gritos. En cambio, la mirada de Azucena no hacía preguntas, mostraba confusión, desprendía un gran desconcierto; más todavía viendo la fuerte incomprensión que desfilaba por los ojos de Fabián. Esa manera de observarla la agitó, le zarandeó los

sentimientos; los sintió balanceándose de un lugar a otro, cual chicle en la boca, siendo masticados con ímpetu.

—Lo siento, no puedo hacer esto, Fabián. ¡No puedo! —exclamó en tono derrotista—. Entiéndeme, por favor —le suplicó, abrochando su pantalón y cruzando la blusa para tapar su semidesnudez—. Estoy casada, amo a mi marido, no puedo engañarle. —Sopló consternada—. Por favor, vete —dijo, acercándose a la puerta y abriéndola.

—Yago no te merece, Azucena, no sabe amarte —anunció con tristeza, volviendo a aflorar esa pizca de conmiseración en su mirada.

—Vete, te lo ruego —insistió, y Fabián salió sin añadir una sola palabra.

Azucena cerró de un portazo, apoyó su espalda en la puerta y sin más tardanza comenzó a llorar. Las lágrimas le surcaban las mejillas mientras su cuerpo resbalaba hasta sentarse en el suelo. No paraba de reprocharse lo ocurrido con Fabián y no podía apartar a Yago de su pensamiento. De golpe, la conversación con Ingrid regresó a su cabeza y el llanto se acrecentó. No terminaba de creerse sus palabras, Yago podía ser temperamental en algún momento, como todo el mundo, pero no podía ser el tipo de hombre que describía su madre. Él era encantador, tierno, cariñoso y siempre le había hecho sentir una mujer especial. En ese instante se sintió despreciable por haberse besado con Fabián, aunque lo peor no era eso, lo que le hacía sentir miserable era reconocer que había deseado esos besos. A gatas, Azucena se acercó a la cama y allí prosiguió llorando. Lloró mucho. Lloró por todo. Lo hizo por Yago, por las dudas que le habían generado Cintia y Katia sobre él, y que su madre, lejos de apaciguar, había incrementado. También lo hizo por Fabián, porque sus besos hicieron surgir en ella un inesperado revoloteo visceral, porque con sus caricias corrió por su sangre una oleada cargada con más que mero afecto, contenía mucho deseo y una pizca de amor. Había anhelado con ganas el cuerpo de su compañero, con exceso de ellas, pero pensó que por suerte la sensatez despertó a tiempo y evitó la tentación.

Fabián, entristecido, se marchó a su habitación lentamente. Por el camino un vigoroso temor se enroscó a su cuerpo, constriñéndolo como a la presa de una serpiente. Lo asfixiaba imaginar que sus apasionados besos y palabras pudieran estropear la amistad que había entre Azucena y él. Cuando entró en su habitación primero deambuló por ella unos minutos meditando cuánto le había gustado besarla, acariciar su sedosa piel, inhalar su femenino aroma... El olor de la mujer que amaba con todas sus fuerzas, con la que no dejaba de

soñar. Decaído, se lanzó a la cama tal cual estaba vestido, y ayudándose con los pies se descalzó. Entrelazando sus manos bajo la nuca, elevó la vista al techo y perdió la mirada en la nada mientras revivía la secuencia de besos, las mutuas ganas, su cuerpo encima del de ella, sus preciosos pechos visibles a través del sujetador de encaje transparente... Había estado tan cerca de cumplir su sueño... y ahora se había alejado tanto... Suspiró con aflicción entretanto meditaba las consecuencias que podían avecinarse, y empezó a pensar la manera de pedirle disculpas a Azucena. No estaba dispuesto a renunciar al único vínculo que tenía con ella, no podía prescindir de él; ese nexo le era tan necesario como el oxígeno a cualquier ser viviente.

* * * *

A la mañana siguiente, Fabián decidió acercarse a la habitación de Azucena a exponerle sus disculpas. Iba angustiado, en realidad estaba temblando cuando golpeó suavemente la puerta con los nudillos; se sentía como un chiquillo dominado por los nervios al tener que hacer frente a las consecuencias de sus actos. Azucena, al verlo frente a ella, notó un vértigo repentino que vapuleó a su corazón. Resultaba algo violento estar a su lado después de lo acaecido la noche anterior.

—Hola. —Fabián emitió un lacónico saludo.

—Buenos días —contestó quedamente Azucena.

—Yo... —carraspeó—, yo solo quería pedirte disculpas por lo de anoche, Azucena —dijo algo cohibido, temiendo su reacción tanto como a una tempestad.

—Lo de anoche no estuvo nada bien —habló con una implícita tristeza en su voz.

—Lo sé. Fue consecuencia de la bebida, pensarás que no es excusa, pero bebí y no estoy acostumbrado. —Dejó escapar una sutil bocanada de aliento—. Fue una mala combinación que me llevó a desvariar, a besarte, a decir y hacer tonterías... —Tragó saliva—. Espero que puedas perdonar mi desacertado comportamiento y que aceptes mis disculpas.

—Está bien, no te preocupes. A mí también me sucedió algo similar, bebí más de la cuenta y eso nubló mis sentidos. Olvidémoslo, ¿vale? Y, sobre todo, nunca lo volvamos a mencionar, por favor —añadió.

—Por mí de acuerdo —afirmó Fabián, feliz y entristecido al mismo tiempo. Se alegraba de que su frustrado intento por amarla no hubiera estropeado la amistad, pero le apenaba mucho disculparse por algo que para él

había sido muy gustoso—. Voy a desayunar antes de asistir a la conferencia de esta mañana, ¿bajas?

—Sí, ahora voy. Si no te importa espérame en la cafetería.

—Vale. —Asintió despacio.

Y con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y algo cabizbajo, Fabián se marchó. Se alejó pensando en lo llena de dolor y desesperación que se encontraba la mirada de Azucena, una excesiva tristeza que no podía estar avalada solo por el pequeño desliz que habían tenido. Había algo más subyacente que ella no quería compartir con él, era evidente.

El resto del día Azucena lo pasó muy callada, su voz andaba escondida entre el maremágnum de pensamientos y apenas cruzó un par de palabras con Fabián. Su mente seguía machacándola con las acusaciones acerca de Yago, con el temor de que algunas de aquellas palabras pudieran ser ciertas, con la continua lucha y contienda sobre esas mujeres y lo equivocadas que debían estar. Fabián, no queriendo forzar la situación al ver el estremecedor mutismo de Azucena, se hizo partícipe de él. Con resignación, refugió la voz en la guarida de su garganta y dejó de hablar. El regreso a Oviedo se convirtió para ambos en una situación tan silenciosa que terminó taladrándoles los tímpanos.

El domingo por la tarde, mientras Azucena se encontraba en el aeropuerto esperando a coger el avión de vuelta, Yago aguardaba con impaciencia una llamada. Había contratado los servicios de un antiguo agente del CNI, que fue retirado de dicho organismo por excederse en sus formas. Martín, así se llamaba, se dedicaba a hacer desde detective privado a asesino a sueldo, era un tipo sin escrúpulos que solo se regía por una cosa: el dinero. Ambos no se conocían, y cuando Yago contactó con él, le dijo que no iba a darle ningún dato personal, ni siquiera su nombre; quién era poco le importaba, lo único que debía interesarle era su palabra de cumplir de manera escrupulosa con los pagos acordados. Pese a la curiosidad que le suscitó, Martín estuvo de acuerdo, aunque le preguntó de qué forma dirigirse a él. La respuesta que Yago le dio le produjo, en cantidades idénticas, ganas de reír y asombro; «llámame señor X», le contestó. Aceptando sus condiciones, la voz del hombre sin identidad le realizó el encargo: seguir a dos personas en Londres. Tras anotar Martín los datos que le fue dando el misterioso caballero, le aseguró que el domingo por la tarde recibiría noticias tuyas, y colgó. Pero Martín, como perro viejo que era, y estando a vuelta de todo en esta vida, se dedicó a indagar para conseguir el nombre de esa persona anónima que lo había contratado. Y a pesar del esfuerzo y el tiempo empleado, y gracias a su pericia con las tecnologías, logró poner rostro al «señor X», algo que le alegró inmensamente al ver que era un pez gordo.

Yago, ansioso de recibir la llamada, no perdía de vista su teléfono, el mismo cascajo que siempre había utilizado para contactar con Águeda. Para él era importante usar ese aparato por su imposible relación con él, aunque desconocía las pocas técnicas que a un espía bien amaestrado, como era el caso de Martín, se le podían resistir. Minutos después, por fin el móvil sonó, y Yago descolgó con celeridad.

—Sí, dime, Martín.

—Hola, señor X —le saludó, conteniendo la risa que le producía llamarlo de ese modo—. Le leo el informe, aunque si lo que buscaba era saber si estos dos están liados, ya le adelanto que no.

—Yo no te he dicho qué es lo que quiero saber, así que céntrate en contarme sus pasos —respondió con firmeza.

—En realidad hay que contar poco, se han pasado todo el tiempo dentro del hotel donde se impartía la conferencia, nada interesante. Lo único a destacar es una salida en solitario de la mujer, Azucena Carbajal. Seguí al taxi con mucho disimulo, se dirigió al centro de la ciudad, al barrio de Bloomsbury, a la calle...

—Russell Street, 34 —atajó, acabando la frase por él.

—¡Joder! ¿Cómo lo sabe? —preguntó Martín con una sorpresa mayúscula.

—Eso a ti no te importa. ¿Cuánto tiempo estuvo allí? —interpeló con seriedad.

—Casi una hora —respondió—. Después salió del lugar corriendo, como alma llevada por el diablo. Me acerqué con el coche cuanto pude y la vi llorando, escuché hasta sus quejidos. Empezó a llover y se marchó andando despacio, hasta llegar a una boca de metro. A partir de ahí la seguí a pie, estuvo largo rato sentada en la estación, casi otra hora más, luego regresó al hotel. Subió a cambiarse, cenó con Fabián Escudero, su colega, y terminaron muy contentos. Le dieron a la bebida, ya me entiende —dijo entre risas—. Abandonaron el restaurante y subieron a sus habitaciones. Hoy han desayunado, han vuelto a la conferencia y se han marchado al aeropuerto. Eso sí, ya no reían ni apenas hablaban, será consecuencia de la resaca. Eso es todo. Y le dejo o perderé el vuelo de regreso.

—De acuerdo, buen trabajo. Mañana te haré llegar tus honorarios. Gracias, Martín.

—Todo un placer, señor X. —Colgó, y terminó soltando una carcajada por lo absurdo del seudónimo.

Nada más cortar la comunicación Yago se preguntó para qué demonios había ido Azucena a ver a su madre, qué pretendía con esa visita, de qué habrían hablado y por qué su mujer había salido corriendo y llorando. Eso no parecía presagiar nada bueno, aunque estaba seguro de que su progenitora no habría tenido la osadía de contarle a su mujer nada sobre él. No creía que hubiera sido tan valiente, ni mucho menos. Su madre era una amilanada incapaz de hacer frente a nada ni nadie, de carácter débil, como todas las mujeres, y por eso mismo él no la soportaba. Al igual que tampoco toleraba a

su padre, un hombre por el que su abuelo no sintió respeto alguno, nunca logró ganárselo. Aunque debía reconocer que a pesar de no ser un halago de virtudes, su padre tenía algo que él valoraba, sabía enfrentarse a la realidad. Pero su madre no, y él la odiaba por eso, por su pasividad y pusilanimidad, por no ser capaz de tomar sus propias decisiones. Desde sus primeros recuerdos, Yago nunca había sentido un gran amor por ella, a su entender no era una buena madre que se desvivía por su hijo, ella anteponía lo marital a lo filial. Pero desde su más tierna adolescencia empezó a detestarla, y tal hecho se originó al declararla traidora por huir aquel verano, el último que vio con vida a su abuelo. Jamás había oído discutir a sus abuelos hasta ese día, y estaba convencido de que aquella pelea no se habría producido de estar sus padres allí. Y de no haber ocurrido, su abuelo no habría salido cabreado, cuanto menos solo y en un día lluvioso. Por eso, al enterarse de la verdad, tras saber que su padre no quiso permanecer un día más allí y que su madre prefirió irse con él, con un infiel, en lugar de quedarse donde le correspondía, junto a su hijo y sus padres, Yago empezó a aborrecerla. Indudablemente su padre tenía gran parte de culpa y no le iba a eximir de ella, causa, entre otras, que le hizo ganarse el desprecio de su hijo; pero su madre era la más culpable.

Borrando de la mente la aversión que le provocaban sus progenitores, Yago pensó en su mujer, en el atrevimiento de ir a ver a su madre a sus espaldas, y la furia logró que su torrente sanguíneo hirviera. Azucena era una maldita entrometida y debía pagar su insolencia, se iba a arrepentir de haberlo traicionado. Nadie que comiera de su mano iba a jugársela, menos quien compartía cama con él. De inmediato comenzó a maquinarse un castigo para ella, culpable de perfidia, y mientras lo urdía, Yago decidió entrar en la ducha. Aunque no la tomó solo, le acompañó la incertidumbre de desconocer la conversación entre su mujer y su progenitora, si el nombre de Alicia habría hecho acto de presencia en su charla. Entretanto la tibia agua se deslizaba por su cuerpo, la mente de Yago realizó una regresión hasta aquel día de otoño, reviviéndolo con precisión. Asociado al recuerdo, el aroma de Alicia lo asaltó, despertando a su demonio interior. Cada vez que olfateaba ese perfume con nombre de mujer, aunque solo lo oliera en su memoria, la exaltación lo embestía y revivía lo placentero que fue para él aquella primera vez. Sin duda alguna, la mejor de cuantas había experimentado hasta el momento.

Después de vivificarlo, Yago continuó rememorando las agresiones que posteriormente llevó a cabo, a lo largo de su etapa universitaria. Debía saciar a la bestia que convivía con él, y para ello forzó a unas cuantas mujeres, asaltándolas en cualquier lugar oscuro y lo bastante solitario, uniformado con

un pasamontañas y ropa de cuello alto para que nadie pudiera ver su mancha de nacimiento. Su oscura y ovalada marca situada debajo de la clavícula. Un rasgo distintivo que de ser descubierto podría delatarlo, como había sucedido en el caso de Cintia. Al principio de comenzar aquellos brutales actos mantuvo una abundante distancia temporal entre víctima y víctima, meses de distanciamiento. Pero con el paso del tiempo, y gracias a su depravado y consustancial instinto que nunca se colmaba, el espacio temporal se fue acortando. Hasta que la voz de alarma comenzó a correr entre las chicas del campus y de los alrededores, había un violador suelto al que le gustaba ensañarse con sus víctimas. La policía empezó a merodear entre el alumnado masculino, a transitar y vigilar la zona a diario. Y viendo el riesgo que empezaba a correr, y estando a punto de finalizar su carrera, decidió moderarse y cambiar su *modus operandi*. Fue entonces cuando se decantó por usar sustancias narcóticas, de esa forma podía sacar al depredador que escondía sin levantar sospechas de nadie. Y aunque no era el sexo que más le gustaba, al menos amortiguaba sus ganas. Años más tarde, con una buena posición económica, comenzó a pactar encuentros en la agencia de *alto standing* de Águeda, una reputada *Madame* capaz de suministrar los servicios que él demandaba sin ni siquiera conocer su rostro ni identidad.

* * * *

Yago, tal y como estaba previsto, se acercó al aeropuerto a recoger a Azucena. Cuando la vio llegar intentó mostrar una de sus mejores caras para no despertar sospechas, después saludó a Fabián con una fingida sonrisa. Besó a su esposa solo una vez, en esta ocasión no tenía ganas de recrearse, ni siquiera para fastidiar a Fabián. Azucena, por su parte, tampoco sintió un excesivo deseo por besar a su marido, las acusaciones de aquellas mujeres continuaban sembrando de dudas su cabeza. Dudas que por más que insistía en apartar de su mente eran imposibles de disipar. Y a ese hecho había que sumarle sus apasionados besos con Fabián, una acción que la había descolocado por lo que llegó a despertar en su corazón.

Fabián se sentía tenso e incómodo. Tenso por el silencio sepulcral que había mantenido Azucena a lo largo del día, uno tan tirante que prácticamente había ocasionado un vacío demográfico entre ellos. La persona física de Azucena estaba a su lado, pero su mente se encontraba en otro lugar, a miles de kilómetros; y entre medias ausencia, nada. E incómodo por estar al lado de Yago, un hombre al que tenía una enérgica tirria por disfrutar del amor de

Azucena, que no cuidaba de ella como merecía, que incluso había llegado a ponerle la mano encima. En ese instante en que los tres estaban congregados en el ambiente imperó algo extraño. Las malas vibraciones se palpaban, les calababan la piel. Cada uno las destilaba por una causa, pero afectaban por igual a la atmósfera haciendo el aire irrespirable. Con celeridad se despidieron y emprendieron sus caminos por separado. Yago y Azucena juntos, cogidos de la mano, fingiendo ambos que todo seguía igual. Fabián en solitario, sintiendo en el pecho un dolor cruel y sobrecogedor que le desgarró por dentro; no sabía cuándo volvería a ver a Azucena.

Una vez en casa, Yago intentó ser más cariñoso que nunca, pero su melosidad en realidad era una trampa. Mientras repetía a Azucena lo mucho que la había echado de menos, preparó en su mente las preguntas que iba a hacerle, cuyas respuestas calibrarían la lealtad de su esposa. Había decidido ser benévolo, por eso le iba a ofrecer la oportunidad de confesarse. Azucena ignoraba la prueba a la que estaba a punto de enfrentarse, pero de su sinceridad pendería la indulgencia o la represalia de Yago; podía saborear las mieles de lo celestial o envenenarse con el azufrado sabor del infierno. Él ya tenía planeada una venganza, y ella no sería la única en sufrirla. Yago siempre creyó que a los traidores había que dañarlos golpeándolos en su punto más vulnerable, y él conocía de sobra el talón de Aquiles de su esposa. Sabía que esa forma de castigar era la más efectiva, así el traidor entendería la fuerza del traicionado y no se le ocurriría volver a ser un judas con él.

Sin más dilación, Yago decidió empezar con su particular polígrafo, y le preguntó:

—Has estado muy seria durante todo el camino, ¿qué te ocurre?

—¡Oh, nada! Tan solo estoy muy cansada. —Azucena, con esfuerzo, esbozó una leve sonrisa.

—¿Has salido mucho por Londres?

—No. Nada de eso. Con la conferencia no hemos tenido tiempo de más — contestó, intentado aparentar calma. Las preguntas de Yago empezaban a ponerla nerviosa y lo último que deseaba era que él lo percibiera.

—Pues vaya un aburrimiento, ¿no?

—Para nada, la conferencia fue de lo más interesante. —Asintió con serenidad, templando su cuerpo, sus gestos, su voz, algo que Fabián solía decirle que la delataba al mentir.

—¿De verdad que no has salido? ¿No habéis dado ni una vuelta Fabián y tú? —insistió.

—De verdad —respondió rotunda.

—No puedo creerme que no hayas tenido ganas de curiosear un poco la ciudad, al menos el centro —comentó, sintiendo de nuevo que le ardía la sangre viendo lo mentirosa que estaba siendo.

—No me ha picado la curiosidad y no he salido. Ni sola ni acompañada —contestó, tensándose con tanta pregunta. Era imposible no hacerlo sabiendo que estaba mintiendo con descaro.

—¡Ni se te ocurra salir sola, cariño! —exclamó, abrazándola—. Me da miedo que te pueda ocurrir algo. Una mujer tan guapa transitando sola por una ciudad que no conoce... Me asusta, hay mucho loco suelto por ahí —explicó separándose de ella, y la miró a los ojos—. ¿Sabes? Muchas veces pienso en tu hermana Covadonga, y me preocupa. Me preocupa su seguridad. Está a miles de kilómetros de su familia y viviendo sola. Le podría suceder cualquier cosa y eso me inquieta, ¿a ti no?

—Bueno, nunca me he parado a pensarlo —respondió dubitativa.

—Pues yo sí. Más de una vez me ha asaltado a la cabeza —enunció—. En fin, cielo, ¿cenamos algo? ¿Preparo una de mis tortillas que tanto te gustan?

—Me parece genial. Yo te ayudo.

—No, cariño, tu descansa —le sugirió—. Todo un fin de semana de conferencia sin ni siquiera salir un poco a que te dé el aire debe ser agotador. En cuanto la cena esté preparada, te aviso.

Yago la besó y se marchó a la cocina a esconder la furia que le carcomía el alma. En ese momento quería gritar, dejar escapar a la ira por su garganta, con fuerza, hasta que su voz le rasguñase las cuerdas vocales. Su rabia sentía ganas de estrangular a Azucena por falsa y mentirosa.

Azucena no fue capaz de dormir en toda la noche, su cabeza no cesaba de dar vueltas a lo mismo una y otra vez. ¿Cuánto había de verdad en lo que le había contado Ingrid? ¿Cuánta veracidad en la historia de Katia o en las palabras de Cintia? No sabía qué creer al respecto, pero debía poner calma para meditar con claridad, ahora mismo la angustia no le dejaba hacerlo. Al igual que tampoco le permitía dormir y había cerrado su estómago. No obstante, debía aparentar tranquilidad para que Yago no sospechase nada. No podía enterarse de la visita que había hecho a su madre, ni tampoco de su conversación con Katia. No tenía pruebas consistentes para poder sustentar una acusación tan dura y fuerte. Tan solo contaba con palabras, a su entender inverosímiles, conjeturas, y lo último que deseaba era alterarlo enterándose de todo eso. En pocas ocasiones había visto furioso a Yago, pero en esas exiguas veces no le gustó su brusco cambio de actitud, le llegó a ocasionar miedo. Mejor callar por el momento, todavía no podía dar nada por sentado.

A la mañana siguiente, Yago se levantó temprano y se marchó, ni siquiera desayunó con Azucena. Se excusó diciendo que tenía una reunión con Manzanedo a primera hora, pero la realidad era que no le apetecía estar junto a ella, al lado de una traidora mentirosa. Mientras Azucena se tomaba un café viendo las noticias en la televisión, su móvil vibró con insistencia.

—Buenos y madrugadores días, mamá —dijo ella en cuanto descolgó.

—Hola, cariño, no te habré despertado, ¿verdad?

—No, mamá, ya llevo un rato levantada. Pensaba llamarte un poco más tarde.

—¿Qué tal por Londres? ¿Ha merecido la pena esa conferencia?

—Sí, ha sido muy interesante —contestó mintiendo.

—Me alegro mucho. Y mi yerno, ¿cómo está?

—Bien. Se acaba de marchar al despacho, tiene una reunión.

—¿Y cuándo no? —preguntó con ironía.

—También es cierto —coincidió con ella.

—Y la pregunta del millón es: ¿vendréis este fin de semana o tampoco?

—Imposible, mamá, otro mitin, esta vez en Ávila. Lo siento —se disculpó con pena—. Ya sé que llevamos mucho sin vernos, y yo también os echo de menos, pero esto es así —explicó con implícita resignación.

—Tranquila, lo entiendo. No es que me guste, pero no me queda más remedio que aceptarlo, hija.

—Gracias, mamá —dijo, intentando que la voz no se le quebrase—. ¿Y papá? ¿Cómo está?

—Muy bien. Ha salido a hacer unos recados, ahora mismo no está en casa.

—Cuando regrese dale un gran beso de mi parte.

—Lo haré, cariño. Claro que lo haré —aseguró.

—Y mis hermanos y cuñada ¿cómo van?

—Todos muy bien. ¡Ah!, por cierto, y que coste que yo no te he dicho nada, vas a tener un sobrino —anunció emocionada—. El viernes les dijeron el sexo del bebé. Es un niño. Se llamará Pelayo.

—¡Vaya, qué bien! —exclamó con alegría.

—¡Sí, es estupendo! ¡Estoy tan contenta! —expresó feliz—. Y tu hermano y tu padre ni te cuento, están exultantes de felicidad por tener otro varón en casa. Aunque, como te he dicho, yo no te he contado nada —le recordó—. No quiero que Eztizen se enfade conmigo, pero me hace tanta ilusión hablar de ello que no he podido reprimirme en contártelo.

—¿A mí y a quién más se lo has dicho ya, mamá? —preguntó Azucena con sorna.

—A ti y a tu hermana. A nadie más, lo prometo —contestó—. Al menos por el momento. —Se echó a reír.

—Pues contén tus impulsos y espera a que sean ellos los que lo hagan oficial.

—Llevas razón, esperaré aunque me cueste mucho —convino—. En fin, cariño, te dejo. Disfruta de ese mitin y hablamos en breve. Te quiero mucho, Azucena.

—Y yo a vosotros. Mucho, mucho, mamá. Besos, adiós.

Azucena sintió una añoranza extrema en cuanto colgó, un súbito e incontrolable anhelo por estar entre los suyos. Tenía tantas ganas de estar rodeada de su familia que notó un dolor rotundo y contundente sacudiéndole las entrañas. Sentada, con el café frío, la televisión encendida pese a no observarla, el corazón trastocado y desorientado y la mente perdida entre la

nebulosa de pensamientos que estaban estrujándole el cerebro, pasó media mañana. Esas horas transcurrieron sin saber qué hacer, qué pensar, qué sentir; con una imperante tristeza que tatuaba su alma de soledad y desencanto.

* * * *

El martes, a las ocho de la tarde, el teléfono de Azucena volvió a emitir su zumbido pertinaz y reiterado. Estaba sola en casa, Yago todavía no había aparecido, y precisamente pensó que el emisor de esa llamada sería él, pero se equivocó.

—Hola, hermanita, ¿qué tal? —le preguntó con una gran sonrisa.

—No muy bien en este momento, Azu. —La voz de Covadonga tembló.

—¿Qué te ocurre? —interpeló sobresaltada.

—Han entrado en mi casa y me han robado —respondió llena de abatimiento—. No puedes imaginar cómo me han dejado el piso, lo que no se han podido llevar lo han destrozado.

—Pero tú estás bien, ¿verdad? —Una agobiante angustia recorrió el cuerpo de Azucena.

—Bueno, estoy muy nerviosa —confesó—. Menos mal que me acompañaba un compañero de trabajo y no venía sola, Azu, porque si no... —gimoteó.

—¡Oh, Covi, cariño, cuánto lo siento! —exclamó, intentando no llorar.

—Klaus me ha dicho que se quedará a pasar la noche conmigo, me da miedo quedarme sola.

—Ni se te ocurra quedarte sola, Covi. Es más, a partir de ahora deberías pensar en compartir piso con alguien —le aconsejó.

—Ahora no puedo pensar, estoy muy aturdida, Azu.

—Eso es normal. Cualquiera en tu lugar estaría así, tranquila, hermanita —expresó con dulzura—. ¿Y qué te ha dicho la policía?

—Aún no han llegado, aunque no creo que tarden mucho. Pero hay algo más, una cosa que me tiene muy desconcertada.

—¿El qué? —preguntó inquieta.

—Me han dejado una nota. Suena de locos, pero me han dejado una nota —dijo con un ápice de ansiedad.

—¿Una nota? —demandó Azucena incrédula.

—Sí. Es descabellado, ¿verdad?

—¿Y qué pone en esa nota? —inquirió, sin atender a la pregunta de su hermana.

—Algo que no entiendo —contestó—. No sé qué quieren decirme. O mejor dicho, por qué me lo dicen. —La voz se le quebró.

—¡Eh, calma, calma, por favor, Covi! Respira hondo y luego dime qué pone en esa nota.

—«Toda traición tiene un precio». Eso es lo que hay escrito, y en español, no en alemán —aclaró—. No entiendo nada. ¿Tú entiendes algo? Porque yo me estoy volviendo loca y tengo mucho miedo. —Rompió a llorar.

—Tranquila, cariño, no llores te lo ruego. —La voz de Azucena comenzó a quebrarse sintiendo la angustia de su hermana—. Lo habrán dejado solamente para asustarte. Hay gente que disfruta haciendo ese tipo de cosas, por muy incomprensible que parezca. No le des mayor importancia, Covi, te lo suplico.

Azucena escuchó de fondo una voz masculina hablando en alemán y pensó que sería Klaus tratando de calmar a su hermana.

—Azu, tengo que dejarte, acaba de llegar la policía —le anunció—. De momento no les digas nada a papá y mamá. Mañana, más calmada, los llamaré y se lo contaré. Ahora no quiero alertarlos, pero necesitaba hablar con alguien y por eso te he llamado —sollozó.

—No te preocupes, no les diré nada.

—Y la nota ni se la mencionaré, así que no lo hagas tú tampoco.

—No lo haré, tranquila. Pero no llores más, por favor, ya ha pasado todo. Y sabes que puedes llamarme a todas horas y a cada momento, estoy aquí, soy tu hermana y te quiero mucho. Muchísimo. —De nuevo contuvo sus ganas de llorar.

—Y yo a ti, Azu. Hasta mañana.

—Mañana te llamo. Intenta descansar, por favor.

—Vale, gracias. Adiós.

Azucena no pudo reprimir más el llanto y se puso a llorar. Sus lágrimas estaban llenas de pena por no poder estar al lado de su hermana, consolándola, brindándole su cariño y amor; aunque también se encontraban aliñadas de miedo por el inquietante tema de la nota. Y mientras el llanto le anegaba el rostro, Yago entró en casa. Al verla, su astucia fingió desconcierto, luego, se acercó hasta ella aparentando preocupación.

—¿Qué te ocurre, cariño? ¿Por qué lloras? —preguntó con un extraordinario regodeo interior.

—Han entrado en casa de Covi y le han robado y destrozado todo.

—¡Oh, mi amor, cuánto lo siento! —La miró simulando estar desenchajado, después la abrazó—. ¿Cómo se encuentra ella?

—Imagínate. Tiene un gran susto en el cuerpo. La pobre se ha puesto a llorar mientras me lo contaba —sollozó.

—Te dije que no debería vivir sola.

—Es cierto. Si antes lo hablamos, antes le sucede algo.

—Causalidades de la vida. —Se encogió de hombros—. Y debemos dar gracias de no lamentar una desgracia mayor. Imagínate si hubieran llegado a entrar estando ella en la vivienda. Igual un bárbaro de esos hubiera sido capaz de sobrepasarse y vete a saber lo que podía haber llegado a ocurrir. Hay mucho desalmado por el mundo.

—¡Ay, Yago, por favor, no me digas eso! Me estás asustando más. —Azucena lo observó aterrada.

—Lo siento, cielo, no era mi intención. No me he parado a pensar lo que decía. Anda, ven, cariño —dijo volviéndola a abrazar—. Solo piensa que no ha pasado nada y que Covadonga está bien, por esta vez ha tenido suerte. Únicamente piensa en eso.

Azucena lloró entre los brazos de Yago mientras él, sabiendo que no le veía, no podía ocultar su sonrisa vencedora.

* * * *

Las llamadas entre la familia de Azucena no dejaron de sucederse durante los dos primeros días. Todos estaban muy preocupados por Covadonga, incluso sus padres quisieron volar a Alemania para estar a su lado, pero su hija terminó sacándoselo de la cabeza; ella quería seguir su vida con normalidad y no alterar la de los demás. Yago disfrutaba viendo la pena que corría por el alma de Azucena, y no paraba de repetirse que aquello no era más que el principio de cuanto le esperaba, e imaginarlo le hacía sonreír continuamente.

Ese mismo día, el tercero desde que habían entrado a robar en casa de Covadonga, y aprovechando una noticia en la televisión sobre un accidente de tráfico, Yago decidió dar paso al segundo acto mientras desayunaba con su mujer.

—¡Ojo con los accidentes! —exclamó—. Ayer mismo el padre de la secretaria de Manzanedo sufrió uno con el coche. El hombre está ingresado, muy grave. —Chasqueó los labios.

—¡Vaya, cuánto lo siento! —Azucena se quedó compungida con la noticia.

—A determinada edad no se debería permitir conducir. Las personas mayores se vuelven un peligro al volante —explicó serio—. Cuando gobierne cambiaré la ley y prohibiré conducir a partir de los sesenta y cinco años —anunció con una firmeza taxativa.

Azucena observó a Yago durante unos segundos, analizando la inconmensurable confianza que desprendía, que no solo le hacía verse presidente de la nación, también parecía dar por hecho que todas las decisiones dependerían de él, como si el resto de grupos parlamentarios no tuvieran ni voz ni voto. Pero lejos de deslumbrarle la seguridad con la que habló, le produjo estupor. Aunque prefirió eludir tal cuestión y se centró solamente en la primera que había puesto en relieve su marido.

—¿Qué edad tiene? —preguntó.

—Sesenta y siete años —respondió Yago.

—Es de la misma edad de mi padre, y él anda muy bien de reflejos.

—¿Aún conduce tu padre? —preguntó mostrando asombro.

—Claro —contestó tajante.

—Pues deberíais hacerle entender que ya no va teniendo edad para ello. No solo puede tener un accidente, igual puede provocarlo, que es peor. Los reflejos no son los mismos con esa edad, tú eres médico y lo sabes.

—¡Anda, no augures males, por favor! —exclamó nerviosa, apurando el café.

—No auguro nada, tan solo intento ser razonable y previsor. El padre de la secretaria de Manzanedo no es el primero ni será el último al que le sucede algo parecido. No nos gusta envejecer, pero lo hacemos y tenemos que ser consecuentes con nuestros actos. Con esa edad uno se debe mover en transporte público.

—¿Sabes? Si mi padre te escuchase se enojaría contigo, se ofendería por llamarle viejo. —Los labios de Azucena se estiraron con sutileza al imaginarse a Simón echando un rapapolvo a Yago.

—Solo estoy contando una realidad, ni más ni menos. Y cuando tu padre me escuche espero que no sea tan susceptible como me acabas de contar. Y ahora me marchó, hoy tengo mucho lío. Tenlo todo preparado para las cinco, ¿vale?

—¿Nos marchamos tan pronto? —interpeló extrañada.

—Sí —contestó rotundo.

—Pero si tu mitin no es hasta mañana a la una y de aquí a Ávila no hay ni cuatro horas de camino. Pensé que madrugaríamos para irnos.

—Pues pensaste mal —aclaró, pero sin ninguna acritud—. Prefiero pasar la noche allí y mañana hacer las cosas con calma. Mi secretaria ya nos ha reservado hotel.

—Vale. Prepararé todo ahora mismo —respondió con una forzosa aprobación mientras su mejilla exhibía un mohín.

—Eso está muy bien, cielo. Te quiero —dijo, dándole un beso. Y Yago abandonó el hogar con una inevitable sonrisa, fruto de saber que en breve su mujer volvería a sufrir el castigo a su deslealtad.

Azucena permaneció un rato con el café en las manos, sin dejar de pensar en lo sucedido en Londres, aquellas palabras que se resistía a creer viendo cómo Yago se comportaba. El hervidero de pensamientos abatía su ánimo, pero indudablemente no podía despejar de su mente toda la información volcada tanto por Ingrid como por Katia. Y si no tenía suficiente con eso, el remate había sido lo sucedido a su hermana. Se sentía impotente por no poder ampararla como debía, por la distancia tan grande que las separaba, y una extraña mezcla de melancolía y temor se agazapó en su alma consumiéndola. Con el cúmulo de emociones a punto de dejarla exhausta, Azucena se marchó a preparar la maleta.

* * * *

Una vez más, el mitin de Yago se convirtió en un baño de masas en el cual lo aclamaban y vitoreaban sin parar. Y una vez más, Azucena contempló esas escenas de idéntica forma, fascinada por el fervor que rezumaba la gente y que alimentaba la autoestima de su marido de manera exagerada. De nuevo Ingrid ocupó su cabeza. Innegablemente, como bien le había dicho, su hijo había nacido para la política, la llevaba incrustada en los genes. Ella cada día era más consciente de que a Yago le gustaba el poder, controlar y dominar las situaciones, estar por encima de ellas, dirigirlo todo... En ese sentido era ambicioso, mucho. Aunque Azucena consideraba que ser así no era del todo culpa suya, parte la tenía el excesivo entusiasmo del público, instigador de esa ambición que le hacía crecerse día a día y ya rozaba el grado superlativo. En ocasiones la pasión con que su marido vivía ese mundo, su mundo, le resultaba temerosa. Lo único importante para él era la preeminencia que le concedía aquella parafernalia, todo lo demás le sobraba o, como bien le había confesado su madre, solo eran peones a su merced. Ingrid llevaba razón, respecto a ese tema Azucena no podía desarmar su argumento. Para Yago la política estaba por delante de ella, y de todos, era su verdadero amor.

Finalizado el mitin, Yago y los compañeros de partido, junto a sus respectivas parejas, se acercaron a comer a un restaurante. Felipe Manzanedo, inseparable de Yago, venía acompañado por Maruja, su esposa, una mujer muy atractiva y mucho más joven que él, rondaba los cuarenta años. A Azucena no le caía demasiado bien por lo contradictoria que era, Maruja pasaba en pocos segundos de ser una tiquismiquis a lo más ordinario, en ocasiones era impertinente y en otras empalagosa. Además, tenía el mayor defecto para ella, algo por completo alejado de su personalidad, era una cotilla. Pero aún le molestaba más lo pesada que era con Manzanedo, al pobre hombre no le dejaba comer, ni beber, ni hablar, ni apenas respirar. A Azucena, Maruja le parecía una condena más que una esposa.

Al acabar la comida, las botellas de champán ocuparon la mesa, había que brindar por un nuevo ascenso de Yago en las encuestas. Tras el tintineo de las copas, y de beber un sorbo del espumoso vino, Azucena se levantó para ir al baño. Maruja decidió acompañarla, si bien su intención no era otra que la de practicar su deporte favorito: darle a la sin hueso por un buen rato.

—Bueno, ¿qué? ¿Ya estás preparando la mudanza? —inquirió, entrelazándose al brazo de Azucena, como si tuviera la confianza necesaria para llevar a cabo tal acción, más digna entre amigas.

—¿Mudanza? —preguntó extrañada, tanto por la pregunta como por su actitud de camaradería.

—Claro, Azucena, la mudanza a la Moncloa —aclaró—. Todo indica que Yago, en menos de dos meses, será el nuevo presidente de nuestro país.

—La verdad es que no me he parado a pensarlo todavía. Soy de esas personas a las que no les gusta vender la piel del oso antes de cazarlo.

—¿Pero qué dices? —La observó boquiabierta—. ¡Anda! Deja de pensar insensateces y ve preparándola. ¿Acaso no ves las encuestas? Por no mencionar la acogida que Yago tiene en cada lugar que acude, cada vez es mayor. Felipe no para de contármelo, me retransmite cada mitin como si de un partido de fútbol se tratase —explicó entre risas.

—Eso es cierto, no te lo voy a negar. En cada mitin veo más gente, más euforia, más clamor, más pasión.

—Sí, es innegable —coincidió, y empezó a preparar la artillería cuenta chismes—. Aunque si algún imbécil te escuchase decir que hay pasión en los mítines de Yago, te explicaría que tal estado se concentra sobre todo en las mujeres que lo escuchan, no es su discurso —dijo separándose de ella para abrir la puerta del cuarto de baño, y entraron en él—. Si bien tampoco es para extrañarse, es una de las consecuencias de ser un hombre sumamente guapo y

atractivo, nadie puede obviarlo; al César lo que es del César —admitió—. Pero disiento por completo de esas voces que empiezan a alzarse por el partido, y tú opinarás igual, ¿no?

—¿Qué voces? ¿De qué hablas? —interpeló con gesto de turbación.

—Me parece a mí o Yago no te ha comentado nada al respecto. —Se hizo la ingenua.

—Desde luego que no tengo la menor idea de lo que me estás contando. —Sacudió la cabeza.

—Pues hablo de unos amargados que deambulan por su alrededor difamando su persona. Un grupo de estúpidos a los que la envidia se los come y creen que Yago está ganando tantos puntos por el voto femenino. Porque la gran mayoría de mujeres de este país piensa que está buenísimo y les gustaría echar un polvo con él. ¡Serán gilipollas! —espetó malhumorada.

—¿Eso creen? —Azucena la miró aturdida.

—Eso creen los idiotas acomplejados que no se comen un rosco, que llevan tanto tiempo sin meter que el cerebro se les ha espesado. —Zarandeo la cabeza con desaprobación—. Como no podemos ignorar, Yago es un hombre muy guapo que hará fantasear a más de una mujer, tuviera la profesión que tuviese, como si fuera barrendero. Es un hecho, punto. Sin embargo, ese hecho no nos puede hacer olvidar que es un gran político. Uno excelente que se ha ganado a pulso cada punto en las encuestas que lo pronostican como vencedor. Los gana solo por sus ideas, por su gran carisma, no por su físico; le pese a quien le pese —resolvió molesta.

—Sé que es un gran político con unas ideas muy buenas para nuestro país. Si de verdad le envidian dentro de su propio partido solo deberían hacerlo por eso, por su gran calidad, no por su físico.

—No creas que solo le envidian a él. —Emitió una media sonrisa tintada de picardía—. Sé de buena tinta que eres una mujer muy envidiada por compartir cama con Yago. —Le soltó un leve codazo a la par que le guiñó el ojo—. Más de una, sin ir más lejos dentro de las filas del partido, se bajaría las bragas por él sin pensárselo un segundo —anunció, pensando que a ella misma le encantaría darse un revolcón con él.

—No sé si alegrarme por ser envidiada o todo lo contrario —advirtió, frunciendo el ceño.

—Alégrate de tener el marido que tienes, porque sé que te es fiel. —Asintió—. Felipe, en más de una ocasión, me ha comentado la de insinuaciones que le hacen a Yago las mujeres y que él ignora por completo. Solo tiene ojos para ti.

—¿Insinuaciones?! —La observó sorprendida—. Vaya una conversación que has iniciado, Maruja. Menos mal que no soy una mujer celosa que si no...

—¿La realidad, Azucena, joder! Tan solo la realidad —insistió—. Y me alegra saber que no eres celosa, porque de lo contrario no vivirías.

—Mira, mejor voy a pasar al aseo de una vez —avisó, haciendo ademán de entrar a uno de los pequeños cubículos. Pero Maruja la sujetó por el brazo, parándola.

—Toma, pañuelos de papel. —Puso un paquete en su mano.

—Pero si hay papel higiénico —afirmó Azucena, mirando al dispensador lleno.

—¿Oh, no pensarás limpiarte con ese papel?! —La observó con los ojos a punto de salirse de las cuencas.

—Pues claro —aseguró.

—¿De eso nada! —replicó horrorizada—. Siempre debes limpiarte con el papel que tú lleves, o con toallitas húmedas. Nunca lo hagas con los que haya puestos por ahí, ni aunque sea el mejor hotel del mundo. ¡A saber qué manos lo ha tocado antes! No quiero ni pensarlo. —Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—Maruja, ¿nunca te han dicho que eres un poco escrupulosa para algunas tonterías? —le preguntó perpleja.

—Sí, más de una vez —respondió algo ofendida, sintiéndose cuestionada, y añadió—: Pero son mis tonterías y manías. ¿Qué quieres que te diga? No me gusta limpiarme el coño con cualquier cosa.

Azucena terminó sonriendo al pensar lo fina que resultaba a la hora de limpiarse sus partes íntimas y lo basta que era para explicarlo. Pura contradicción. Y con el paquete de pañuelos de papel en la mano, por fin se adentró en el aseo. Según cerró la puerta oyó sonar el móvil, y con celeridad lo buscó por el bolso.

—Hola, mamá —saludó nada más descolgar.

—Hola, Azucena, cariño —contestó en voz queda. El apagado timbre de su madre le hizo presagiar que algo ocurría.

—Mamá, ¿estás bien? ¿Sucede algo? —preguntó inquieta.

—Vaya, lo has notado a la primera.

—¿Qué pasa, mamá? ¡Habla! —Alzó un tono la voz, alarmada.

—Estoy en el hospital con tu padre. Pero tranquila, está bien dentro de lo que cabe.

—¿Pero por qué? ¿Qué le ha pasado a papá? ¿Y en qué hospital estáis? —interpeló de seguido, con cierta angustia.

—Estamos en tu hospital —contestó—. Tu padre ha tenido un accidente con el coche.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Lo que oyes, hija. Por lo visto un loco le ha adelantado de forma temeraria, tu padre se ha aturdido al ver que el otro coche le iba a rozar, ha dado un brusco volantazo y se ha salido de la carretera. —Emitió un suspiro acongojado—. Ha ido a parar contra un árbol, por suerte lateralmente. Gracias a Dios iba despacio y el impacto ha sido moderado, de no ser así las consecuencias serían otras, o al menos eso me han dicho en el hospital.

—Entonces, ¿qué heridas tiene?

—Aún no me han dejado pasar a verlo. Pero Fabián, tu compañero, me ha dicho que, además de un considerable susto, como es normal, tiene algún pequeño golpe por el cuerpo, un corte en la cabeza y le duele el pecho del tirón del cinturón.

Azucena sopló aliviada al escuchar quién estaba a cargo de su padre en el hospital.

—Si está atendiéndolo Fabián estate tranquila, mamá, está en las mejores manos —confirmó.

—Está él y otra doctora, pero él fue quien me llamó —declaró—. Por lo visto tu padre pidió que le trajeran a este hospital alegando que su hija trabajaba en él. Ya sabes lo poco que le gustan los médicos, solo se fía de ti; por eso pensaría que este sería un buen hospital —le explicó con pesadumbre—. Fabián conoció a tu padre nada más verlo aparecer en la camilla. Nos está atendiendo muy bien, es una gran persona.

—Lo es —convino con ella, y añadió—: Es una magnífica persona y un excelente profesional. —De súbito recordó el malogrado encuentro en Londres y por su estómago revolotearon mariposas. Borrándolo con rapidez, le preguntó—: ¿Y cómo has ido tú desde Gijón a Oviedo?

—En taxi, y desesperada por llegar. —Calló un instante—. Sé que estarás con Yago de mitin, hija, pero necesitaba hablar con alguien. Estoy muy angustiada, me ha sobresaltado mucho la llamada del hospital, a pesar de que Fabián ha sido un cielo y me ha calmado cuanto ha podido. —La voz le tembló—. He preferido llamarte a ti porque no quiero alarmar a Covi, bastante tiene con su robo, y decírselo a tu hermano es hacer que Eztizen lo sepa al momento. Estos disgustos no son buenos estando embarazada, y ya se llevó uno el otro día al enterarse de lo de tu hermana, no quiero hacerla pasar por otro mal rato. Así que solo me quedabas tú, mi doctora. —La última palabra se balanceó de forma trémula en sus labios.

—Tranquila, mamá, has hecho lo que debías, llamar al médico de la familia —bromeó para quitar hierro al asunto—. Y no te preocupes por papá, se va a recuperar en un periquete, ya lo verás.

—Espero que así sea, hija. Espero... —gimoteó.

—Será así —aseguró—. Oye, mamá, por favor, cuando veas a Fabián dile que me llame. Quiero hablar con él sobre papá. ¿Vale?

—De acuerdo, cariño, yo se lo digo. ¡Oh, mira qué casualidad! Viene por aquí. Espera, te paso con él.

El nerviosismo incautó el cuerpo de Azucena mientras esperaba hablar con Fabián, a la par que escuchaba el susurro de voces de fondo y el intercambio de manos del teléfono.

—Hola, Azucena, ¿qué tal? —preguntó, e inevitablemente las entrañas le cosquillearon al recordar el dulce sabor de su boca.

—Yo bien, gracias. Pero qué me dices de mi padre.

—Pues que tiene un par de costillas magulladas; un esguince de muñeca con desgarramiento muscular entre el dedo pulgar y el índice; una brecha en la frente por golpearse con el volante, que le ha ocasionado cinco puntos de sutura; y el cuerpo dolorido. Aunque el diagnóstico principal es un gran susto. Es consciente de lo afortunado que ha sido, si hubiera chocado más de frente o a mayor velocidad contra ese árbol... no sé yo. —Soltó un sutil bufido—. No para de repetir que un loco podía haberlo matado, y por desgracia lleva razón. Pero no te preocupes, está bien. En unas horas se podrá marchar a casa.

—Mil gracias por todo, Fabián —expresó con ternura.

—Sabes que no las merece, es mi trabajo.

—Tu trabajo no consiste en llamar al familiar del paciente ni en calmarlo por teléfono, y tú lo has hecho, y yo te lo agradezco enormemente.

—Pues mil de nada, Azucena. Ahora te dejo, hoy hay un jaleo tremendo en el hospital.

—¿Y cuándo no? —preguntó imaginándose allí, añorando hacer lo que más le gustaba en este mundo, ser médico.

—También llevas razón. —Sonrió con sutileza—. Cuídate mucho.

—Tú también, Fabián. Adiós.

Azucena volvió a escuchar ese leve ruido que precedía al intercambio de manos del teléfono.

—Azucena, hija, yo también te dejo. Voy a pasar a ver a tu padre, para eso salía Fabián, a buscarme.

—Vale, mamá. Dile a papá que le quiero mucho y que confíe en Fabián, está en las mejores manos posibles. Mantenme informada, por favor, y

cuando se encuentre mejor me gustaría hablar un ratito con él.

—De acuerdo, cariño, te voy contando. Chao.

Azucena rompió a llorar en silencio en cuanto cortó la comunicación. Era consciente de no estar en el lugar apropiado ni de ser el momento oportuno para dar un espectáculo lacrimógeno, pero se sentía tan rebasada por las circunstancias que no pudo evitarlo. En menos de una semana su hermana había sido víctima de robo y su padre sufría un accidente. Era demasiado para digerir y asimilar, más todavía estando a distancia de ellos, sin poder ofrecerles su calor; de ahí no poder reprimir el llanto. De súbito, regresaron a su mente las palabras de Yago, su advertencia respecto a Covadonga y su padre, el peligro que él parecía intuir que podían correr. Y las dudas, esas acérrimas tejedoras de vacilaciones, le asaltaron. ¿Podría estar la mano de Yago detrás de esos incidentes? En ambas ocasiones él había adelantado que algo podía ocurrirles, y les había sucedido. Pero con premura disipó esa estupidez del cerebro, tan solo podía haber sido una tremenda casualidad, únicamente eso. Cómo podía pensar tal ridiculez, se regañó a sí misma. Aunque sabía por qué le sucedían esas malas interpretaciones: gracias a Katia e Ingrid. Gracias a que las dos habían sembrado de dudas su mente y ahora la desconfianza no cesaba de germinar. Desde entonces no pensaba con racionalidad, en exclusiva lo hacía de la mano de la cautela y la sospecha.

Al salir del aseo Azucena se encontró sola, Maruja ya se había marchado de allí. Con seguridad su extrema tardanza le habría hecho abandonar el lugar y regresar a su sitio. De vuelta a la mesa, intentó poner buena cara para que nadie notara su preocupación, sobre todo para que no la advirtiera Yago. La reunión estaba a punto de concluir y no le pareció adecuado ensombrecer la alegría reinante con un problema de índole personal. Decidió no contar nada hasta estar solos los dos. Al fin y al cabo a su padre no le había sucedido nada grave, todo había quedado en un buen susto.

En cuanto el automóvil de Yago, su BMW de gama alta, salió de Ávila y tomó la autopista correspondiente para regresar a Oviedo, Azucena le contó el accidente que había sufrido su padre; nada que él no supiera de antemano.

—¿Por qué no me lo has contado antes, cielo? —preguntó mostrando preocupación, con su habitual destreza para fingir y engañar.

—Porque no le ha pasado nada grave y no creí que fuera el momento apropiado para decírtelo.

—Mira que te lo avisé el otro día. —Asintió despacio, poniendo gesto de santurrón—. La edad de tu padre hace que mermen sus reflejos, alguien más joven no hubiera reaccionado de esa forma, dando un brusco volantazo.

—Puede ser, no sé. —Sopló con lentitud mientras se frotaba la frente—. Lo único que sé es que si antes lo hablamos, antes le ocurre algo; como sucedió con mi hermana.

—Todos los días suceden muchas cosas en este mundo, cariño, lo que ocurre es que unas veces nos afectan y otras no, y en ocasiones todas nos llegan de seguido, como ha sido el caso —comentó con una calma apabullante—. Ten en cuenta que los robos, los accidentes, los atracos y cientos de cosas más son parte de este mundo, situaciones o circunstancias habituales aunque no nos gusten. Si te pones a pensar fríamente, todos corremos muchos peligros.

—Por lo que veo, yo no me paro a analizar tanto la vida como tú. —Sonó a reproche.

—No se trata de analizar, cielo, tan solo de observar y deducir. Mira, yo mismo sin ir más lejos, mi actual situación en política me pone en un lugar peligroso. Cualquier fanático contrario a mis ideas podría querer quitarme de en medio, y no le resultaría difícil hacerlo, mezclarse entre medias de la gente que se congrega en mis mítines y...

—¡Calla ya, por favor, Yago! ¡Me asustas! —exclamó exaltada, interrumpiéndolo—. No me gusta escucharte decir esas cosas.

—Pues hay que pensar en todo, cielo —observó—. Las cosas ocurren, nos gusten o no, y a veces nuestras profesiones implican un riesgo extra. Sin ir más lejos, por poner otro ejemplo, la de tu hermano también entraña peligros.

—¿Peligro en qué? —Lo contempló extrañada—. Mi hermano solo es abogado.

—Exacto. ¿Y qué hace un abogado? Defender a personas. Y para ello trata de desmontar lo expuesto por la otra parte. Y quién te dice a ti que en la otra parte no haya un zumbado que quiera vengarse y se tome la justicia por su mano. O que tu hermano defienda a quien no deba, a la persona equivocada, y la parte contraria decida sofocar su sed de venganza con él.

—Yago, de veras, empiezas a ponerme los pelos de punta con tanta reflexión —protestó.

—Azucena, las cosas son así, no las estoy inventado yo. Incluso tu profesión también conlleva riesgos. ¿Crees que no los he pensado o que no he sentido miedo por ti?

—¡Por amor de Dios, soy médico! —replicó perpleja.

—¿Y? ¿Acaso un paciente descontento no podría agredirte? Lo he pensado miles de veces. No quería agobiarte, decirte de continuo que tuvieras cuidado, que si un paciente te parecía agresivo no te quedaras a solas con él, o que no salieras sin compañía del hospital. Aunque no lo haya puesto en tu conocimiento no significa que no lo pensara en innumerables ocasiones, que me diera pánico contar con la posibilidad de que pudiera ocurrirte algo. Sabes que siempre te digo que hay mucho loco suelto por el mundo. —Yago cogió la mano de Azucena, se la llevó a los labios y la besó en el dorso—. Te quiero tanto, mi vida. No podría vivir sin ti, cariño —mintió como un bellaco mientras sonreía por dentro, el tercer acto de su particular venganza acababa de levantar el telón.

—Yo también te quiero a ti —contestó ella, y con su declaración, los enardecidos besos con Fabián volvieron a asomarse de forma rauda a su recuerdo.

Azucena guardó unos segundos de silencio. Un silencio cómplice de su delito. Un delito que no paraba de recordar. Aunque lejos de evocarlos con absoluto remordimiento, la reminiscencia de aquellos besos y caricias le provocaba un batir de alas por el estómago que le causaba deleite.

—¡Eh, cariño! Que mi intención no era ponerte serio ni triste, te ha cambiado el semblante por completo —señaló Yago con gran regocijo en su

interior, confiado de que ese mutismo era consecuencia de sus palabras, del miedo que pudieran haber ocasionado en ella.

—No, tranquilo, solo estaba pensando —añadió.

—¿Y qué piensa esa cabecita tuya tan bien amueblada?

—Pensaba que podríamos acercarnos a ver a mi padre —dijo cambiando la conversación—. Sé que estarás muy cansado, pero será una visita rápida, te lo prometo. Me quedaré más tranquila si le veo un momento, solo es media hora más de camino.

—Y media hora más de vuelta —advirtió de inmediato—. Más una hora que, como poco, estaremos allí. En total el regreso a casa se alargará como mínimo dos horas. —Gesticuló un mohín de desacuerdo.

—Por favor, Yago —suplicó.

Dejando escapar un suspiro que contenía una extraña mezcla de hastío y tolerancia, volteó la cabeza hacia Azucena un segundo; el tiempo justo para observar sus ojos cargados de melancolía. Y cedió con desgana, no tenía una excusa convincente que poner.

—Si me lo pides así cómo puedo negarme por muy cansado que esté; nos acercaremos. Pero asegúrate antes de que ya estén en su casa.

—Ahora mismo llamo a mi madre y se lo digo. Gracias, mi amor. —Azucena cogió al instante el móvil y feliz realizó la llamada, después de meses iba a ver a sus padres.

* * * *

Azucena se abrazó a su madre con ganas, con fuerza, llena de amor. Ansiaba por ese contacto con su progenitora, por sentir su maternal calor del que llevaba apartada mucho tiempo. Yago saludó a Matilde con dos cariñosos besos y los tres se adentraron al salón, donde Simón permanecía sentado en el sofá. Cuando sus ojos divisaron a su yerno e hija se levantó despacio, con bastante dificultad. Azucena se acercó deprisa hasta él y lo observó rebotada de afecto, de ternura. De una breve ojeada, contempló la mano semiescayolada, los puntos de sutura en la frente, una fragilidad desconocida en su rostro y una torpe movilidad causada por las magulladas costillas. Por último, vio correr las lágrimas por su mejilla, esta vez Simón había sido incapaz de contenerlas. Azucena también permitió a sus lágrimas saltar al vacío, y lo abrazó con sumo cuidado, impregnándolo de amor pero con la suficiente prudencia para no ocasionarle más daño. Padre e hija sintieron fluir con más vigor que nunca su vínculo paterno-filial.

—¡Hija, qué alegría me da verte y tenerte aquí! Creí que ya no volvería a veros a ninguno, he visto a la muerte de cerca —confesó con un quiebro en la voz.

—Papá, ya no pienses en lo que pudo ocurrir, porque no ha ocurrido. ¿Vale? —Le besó en la mejilla.

—Llevas razón. Solo debo estar agradecido por lo afortunado que he sido.

—Muy cierto, Simón. —Yago estrechó de forma afectuosa la mano con él.

—Hola, Yago, ¿qué tal estás? ¿Cómo va tu campaña electoral?

—Estoy bien y todo marcha muy bien, Simón, gracias. Pero eso ahora no importa, aquí solo importa cómo estés tú.

—Magullado pero vivo —resumió—. Espero estar bien del todo en unos días.

—Lo estarás, papá —afirmó Azucena.

—¡Anda, sentaos! —sugirió Matilde—. ¿Qué queréis beber?

—Yo un poco de agua —contestó Yago.

—Yo también, mamá —dijo Azucena, mientras ayudaba a Simón a sentarse para no forzar las costillas.

—Gracias, cariño. —Simón acarició la mano de su hija mirándola lleno de amor—. Yo también quiero un vaso de agua, Matilde, por favor.

—Ahora mismo traigo una ronda de agua para todos, beodos —bromeó sonriendo.

Los cuatro charlaron un rato sobre el accidente, Simón les explicó cómo había sucedido. Después les comentó que la grúa había traído el automóvil hasta la casa, era domingo y el taller al que debía llevarlo para su reparación, como era lógico y normal, estaba cerrado. Azucena sintió curiosidad por ver cómo había quedado el auto, al llegar ni siquiera se había percatado de que estuviera aparcado fuera. Yago y ella, acompañados por Matilde, salieron a ver los daños ocasionados en el vehículo. Azucena se quedó estupefacta observándolo, el impacto debía haber sido fuerte o la chapa muy floja, porque la parte izquierda estaba tan abollada que había reducido considerablemente el ancho del vehículo. Yago silbó. Su silbido anunció asombro por lo que el rudo golpe contaba sobre el accidente. El coche se encontraba igual que si estuviera abierto, pues los cristales de la parte izquierda estaban reventados, y Azucena no paraba de asomarse por las desnudas ventanas para contemplar su interior. Matilde los dejó observando las abolladuras y pasó a su casa. Yago no perdió tiempo en pedirle a Azucena que entrasen y empezasen a despedirse, pero en ese justo momento recibió una llamada. Cogiendo el

móvil, se retiró del lado de su mujer, aunque ella pudo escuchar el nombre de la persona que llamaba: Felipe Manzanedo.

A punto de abandonar la inspección ocular del vehículo, Azucena descubrió en el suelo de este una cuartilla en blanco, y la curiosidad la atrapó. Se marchó con diligencia al lado contrario, abrió la puerta, entró con cuidado de no cortarse con los múltiples cristales desperdigados y la cogió. El aire dejó de penetrarle por las fosas nasales y su sangre de circular por las venas. Sintió que se mareaba, creyó desplomarse al leer: «La deslealtad se paga cara». No era una hoja en blanco, era una nota. Otra nota más. Otra nota que decía algo similar a la que dejaron en casa de Covadonga. Aquello no eran hechos aislados, ambos sucesos estaban conectados, la segunda nota lo ponía de manifiesto, lo evidenciaba. Pero ¿quién estaba dejando esas notas? ¿Quién estaba dañando a su familia? ¿O por qué? ¿Por qué las dos notas hablaban de traición? ¿Quién se sentía traicionado por ellos? Un súbito escalofrío recorrió su alma y la zarandó hasta encogerle el pecho. Yago, el mismo que parecía haber vaticinado los hechos que iban a ocurrir, se presentó una vez más en su mente y estrechó su alma hasta comprimírsela. Pero ese pensamiento no tenía ningún sentido. ¿Por qué iba a hacer algo así su marido? Era de locos. Azucena comprendió que se estaba volviendo paranoica gracias a las palabras acusadoras de aquellas mujeres sobre Yago. Y ella no pensaba hacer lo mismo que ellas, acusar a alguien sin tener pruebas. Además, era del todo imposible culpabilizar a su marido de esos hechos tan solo racionalizando las distintas situaciones. Yago estaba en Ávila junto a ella cuando su padre sufrió el accidente, se encontraba a cientos de kilómetros como para poder sacarlo de la carretera. Por no hablar de la distancia entre España y Alemania, otro lugar en el que Yago no había podido estar a menos que existiera la teletransportación. Sabía que debía calmar su mente de una vez y dejar de pensar en cosas disparatadas.

—Cariño, ¿pasamos ya para dentro?

La voz de Yago sonó próxima a Azucena, quien, de forma instintiva, se guardó el papel en uno de sus bolsillos. No quería que su padre supiera de la existencia de esa nota para no preocuparlo más, al igual que nadie, salvo ella y su hermana, habían sabido de la primera. Lo mejor sería silenciársela a todos, y en ese «todos» se incluía su marido.

—Sí, vamos para dentro —contestó, apeándose del auto.

—¿Qué haces dentro del coche? —preguntó extrañado.

—Curiosear un poco, nada más. —Le dio un beso, intentado no mostrar los nervios que le corrían por el cuerpo.

—¿Y has visto algo de interés?

—No, nada —contestó, sacudiendo la cabeza y mostrando una sutil sonrisa.

Yago sabía que Azucena estaba mintiendo. Conocía sus gestos, los tenía estudiados y sabía que detrás de esa forzada sonrisa ocultaba algo. Seguro que acababa de encontrar la nota, pero era obvio que no pensaba mencionárselo, tal y como le omitió la otra dejada en casa de su hermana Covadonga. La sangre de Yago volvió a estar en ebullición por los continuos embustes y ocultamientos, algo que su mujer iba a pagar muy caro.

—Se está haciendo tarde, deberíamos despedirnos ya —dijo Yago con serenidad.

—De acuerdo. Pasemos y despedámonos, mi amor.

* * * *

El miércoles por la noche Azucena recibió una llamada de Eztizen, y desde el primer momento, debido a las horas a la que se efectuaba, pasadas las diez de la noche, le hizo presagiar que no era portadora de buenas nuevas. Supo que no se equivocaba nada más oír la alterada voz de su cuñada, a la que le costaba pronunciar las palabras por tanto como vibraba de nervios. Aunque entre lo que entendió y lo que interpretó, comprendió que a su hermano le había ocurrido algo.

—Por favor, Eztizen, cariño, habla más despacio y con calma. Vocaliza para que pueda entenderte —le solicitó Azucena.

—Es Nicolás. Han atracado a Nicolás. —La voz de su cuñada temblaba sin parar.

—¿Cómo que le han atracado? ¿Qué demonios ha ocurrido? —interpeló estupefacta. Era la tercera agresión a su familia en solo una semana, no podía creerlo.

—Y no solo le han atracado, le han agredido de forma violenta. Estoy en el hospital con él —sollozó.

—Tranquila, por favor —suplicó Azucena—. ¿Cómo se encuentra mi hermano? ¿Lo están atendiendo?

—Sí, acaban de pasarlo ahora mismo para dentro. Se encuentra muy nervioso, como es normal.

—¿Pero qué ha pasado, cómo ha sido? —La angustia se adueñó de sus entrañas.

—No sé. Ha sido en el *parking*, al salir del despacho. Estaba terminando de imprimir unos documentos, le he dicho que se adelantase y he salido cinco minutos más tarde que él. Al llegar he visto a Nicolás tirado en el suelo y al tipo ese huir corriendo. Le ha partido la nariz, el labio, la ceja y tiene un ojo muy hinchado. Su cara estaba empapada en sangre. —Se echó a llorar.

—¿Vio el rostro del tío ese? ¿Podría reconocerlo? —preguntó llena de ansiedad.

—No. Iba con un pasamontañas —respondió—. Pondremos la denuncia mañana, cuando esté más tranquilo. Aunque la policía lo va a tener difícil, vete a saber quién ha sido —dijo respirando entrecortadamente.

—Cálmate, por favor, Eztizen.

—No entiendo por qué ese malnacido ha tenido que pegarle de esa forma, ensañándose. —Alzó un poco la voz, furiosa—. Si lo que quería era su dinero, tu hermano se lo ha dado sin protestar. Y el Rolex, y el alfiler de corbata que era de oro, todo cuanto llevaba de valor. Le ha atracado a punta de navaja y Nicolás no ha abierto ni un segundo la boca, hizo cuanto le dijo sin rechistar. Pero ese cabrón no se ha conformado con eso y se ha liado a puñetazos con él. —Volvió a llorar, aunque esta vez con más rabia que dolor.

—Desde luego que es atroz. Violencia gratuita después de obtener lo deseado. Es inaudito. Todo esto lo es —comentó exasperada, frotándose la nuca—. En una semana roban a Covi, mi padre tiene un accidente por culpa de un loco desgraciado y un cerdo violento atraca a mi hermano. ¡Vaya racha llevamos! —Soltó un bufido irritado.

—Por eso mismo no he querido llamar a tus padres, bastante tienen ellos con lo suyo y lo de Covi.

—¿Estás sola?

—No, mi secretaria me ha acompañado y está aquí conmigo.

—Pues quiero que te relajes un poco, Eztizen, no es nada bueno para mi sobrino toda la tensión que estás soportando.

—No puedo relajarme, Azucena. Y no puedo hacerlo porque no dejo de pensar en algo que me ha contado tu hermano, y por la violencia empleada sin motivo alguno.

—¿Qué te ha contado Nicolás? —preguntó intrigada.

—Algo que el tipo ese le ha dicho mientras lo golpeaba. Dice que se lo ha repetido dos veces, insistiéndole en no olvidarlo. «El engaño se paga con dolor», eso le ha dicho. Y de forma inevitable eso me lleva a preguntarme más.

El corazón de Azucena dio un brusco vuelco, y se quedó muda. De nuevo esas palabras que hablaban de traición y engaño salían a la palestra, volvían a asomar tras un incidente a su familia; salvo que esta vez habían sido dichas en lugar de escritas. Estaba claro que una persona que ella desconocía se sentía traicionada y engañada por su familia y estaba vengándose por ello, les causaba daño para resarcirse de quién sabía qué.

—Azucena, ¿sigues ahí? —preguntó Eztizen.

—Sí, continúo aquí —contestó, y de forma inminente formuló sus dudas—. ¿Qué es lo que te preguntas? ¿A qué te refieres? Explícate, por favor.

—No sé, igual son paranoias mías —expresó en medio del llanto—. Pero tengo miedo de que esto más que un atraco haya sido algún tipo de ajuste de cuentas.

—¿Por qué dices eso? —Azucena pensó de inmediato en Yago.

—¿Y si un cliente insatisfecho se ha querido tomar la justicia por su mano? A veces ocurren esas cosas, ¿no?

El aire abandonó a Azucena, dejó de asistirla, de habitar en sus pulmones al escuchar en boca de su cuñada casi las mismas palabras que su marido le había adelantado a ella. Las mismas que se anticipaban a los hechos que con posterioridad sucedían. ¿Qué estaba pasando?

—Parece que te he dejado sin palabras, ¿verdad? —preguntó Eztizen, después de un largo silencio.

—Realmente, sí —confesó—. Me has generado dudas. Hay tanto loco suelto por el mundo que vete a saber. —Hizo suya una frase muy típica de su marido en los últimos tiempos—. Pero ya no le des más vueltas, por favor, no merece la pena —le aconsejó—. Lo importante es que dentro de lo que ha ocurrido estéis bien. Solo eso.

—Sí, pero... —calló un segundo—. Azucena, tengo que dejarte, sale el médico a hablar conmigo. Adiós. —Eztizen colgó.

La incomprensión se apoderó al completo de Azucena. Esas acciones le parecían irreales, pero estaban ocurriendo, eran ciertas. Su familia estaba sufriendo un castigo, o quizás ella era la que estaba soportando la mortificación de ver en peligro a los seres que más le importaban y quería. De su mente no se apartaba la imagen de Yago, porque su marido le había avisado días antes del riesgo que su hermano podía correr. Su marido le había indicado los peligros que corrían sus hermanos y padre y, casualmente, habían sufrido dicha advertencia. Los hechos empezaban a alejarse de la casualidad, y esta vez Azucena ya no se tachó de loca, dejó abierta la posibilidad de que su marido tuviera algo que ver, aunque sin entender cuál era la causa de

hacerlo. Reflexionó unos minutos, buscando motivos por los que Yago podría sentirse molesto y engañado por ella. Los únicos que encontró fueron la visita a Ingrid y el pequeño devaneo pasional con Fabián, esas podrían ser razones para enfadarlo y hacerle sentir engañado y traicionado. Si bien la probabilidad de enterarse de ambos sucesos era más bien remota; y aunque se hubiera enterado, eso no le daba derecho alguno a actuar de esa forma, solo un enfermo mental se comportaría así. De nuevo intentó convencerse de que aquello era imposible, que no tenía sentido alguno, aunque su cerebro ya no se dejaba persuadir tan fácilmente. Pero el corazón no quería admitir lo que la mente empezaba a descubrir, y Azucena continuó con su particular lidia y con las inacabables reservas.

Azucena decidió acercarse a un centro comercial a realizar unas compras, aunque más que comprar lo que necesitaba era despejar su mente. Apenas había pasado una semana desde el último incidente familiar, y con el aluvión de pensamientos y emociones contradictorias que batallaban en su ser estaba rayando la locura. Era incapaz de llevar su vida con normalidad desde el día que Katia habló con ella y sembró la semilla de la sospecha, si bien empeoró de forma notable tras la visita a Ingrid. Y a eso había que sumarle la desconfianza que su marido le había suscitado tras los incidentes sufridos por su familia. No tenía nada claro en la cabeza, no poseía argumentos firmes, pruebas tangibles para creer o dejar de hacerlo, y eso la estaba atormentando. Lo único cierto era que había perdido peso gracias a tener acogidos a los nervios en el estómago. Apenas comía, no podía conciliar el sueño, no vivía; una continua desazón la consumía. Por eso decidió salir a ver si conseguía entretenerse mirando escaparates y sus angustiosas preocupaciones se esfumaban momentáneamente.

Azucena estuvo recorriendo tiendas más de media mañana, intentando incitar a su ilusión mientras buscaba ropa de temporada primaveral con vistas a verano, pero ni eso le levantó el ánimo. De forma incesante pensaba en lo cambiada que estaba su vida, una que había aparcado por Yago, que sin saber ni cómo había dejado de ser suya, ya no le pertenecía. Con reiteración se preguntaba si haber transigido a sus peticiones fue lo correcto, si dejar todo por él había sido una decisión acertada. A estas alturas empezaba a creer que no, pues debía admitir que tal hecho la había convertido en algo que odiaba: ser una mujer que solo servía para adornar a su esposo. Eso en realidad era lo que había minado su ilusión, ahora era más consciente que nunca. Eso junto al mar de dudas que convivían a diario con ella desde hacía un tiempo. Eso más las situaciones por las que había pasado su familia, con las que la angustia anidó en su ser. La suma de todas esas causas la estaban carcomiendo.

Después de hacer trabajar un poco a la tarjeta de crédito y cargada de bolsas, aunque no de optimismo y menos de esperanza, Azucena abandonó el lugar y se encaminó a su vehículo. De pronto, un coche salió de la nada dirigiéndose con premura hacia ella. Notó un brusco tirón de brazos que *ipso facto* la echó para atrás, mientras el auto, sin desacelerar, se marchó veloz. Se quedó boquiabierta, impactada, por los pelos se había salvado de ser atropellada por un loco inconsciente.

—¡¡¡Joder!!! —soltó casi temblando.

—¡Dios santo, esta juventud van como locos! —exclamó una voz masculina detrás de ella, era el buen samaritano que la había retirado para no ser arrollada.

Azucena se giró con celeridad, aún desencajada por la rapidez de los acontecimientos. Observó a un hombre fuerte y alto, con gafas de sol, barba espesa y una gorra. Apenas se le veían las facciones de la cara, pero su sonrisa de bienvenida parecía afectuosa.

—¿Se encuentra bien, señorita?

—Sí, eso creo —contestó aturdida, con las piernas algo débiles por el susto—. Muchas gracias, de no ser por usted ese loco me habría llevado por delante.

—Por desgracia hay mucho desalmado en este mundo. Permítame ayudarle con las bolsas, va usted muy cargada.

—¡Oh, no se preocupe! Mi coche está ahí mismo. —Señaló al frente.

—Me quedo más tranquilo si la dejo en él, de veras.

—De acuerdo. —Asintió.

El hombre cogió unas cuantas bolsas y en poco más de diez pasos llegaron al vehículo y metieron todo en el maletero. Azucena volvió a darle las gracias, estrecharon las manos para despedirse y entró en su automóvil. Nada más girar la llave de contacto y escuchar el rugir del motor, Martín, el gentil caballero que había salvado a Azucena de un falso atropello, golpeó con los nudillos en la ventanilla y ella la bajó al instante.

—Señorita, cuídese mucho. Y sobre todo cuide a los que quiere, protéjalos si no desea perderlos. Ese es un precio a pagar cuando uno miente y por lo tanto es desleal —concluyó, posando su dedo índice en los labios, indicándole silencio.

—¿Quién es usted? ¿Qué es lo que quiere? ¿Por qué está haciendo esto a mi familia? —inquirió de seguido, sin parar a coger aire, muy asustada.

—Señorita, no sé de qué me está hablando —esbozó una cínica sonrisa—. Yo solo le estoy dando un consejo —contestó con mucha sangre fría, y se

marchó con paso ligero.

Presas de un miedo repentino, Azucena se quedó dentro del coche, observando cómo se alejaba el hombre y pensando si Yago tendría algún vínculo con él. Su marido era el único que sabía a dónde iba a acudir esa mañana, exclusivamente él y nadie más. Su mente no paró de darse razones, aunque esta vez para convencerse de que Yago estaba detrás de todo, no para disuadirse. Con las manos apoyadas sobre el volante, inmóvil, meditó unos minutos y todo empezó a encajar en su cabeza como en un puzle. Las primeras piezas en unirse fueron los insólitos actos sufridos por su familia con preaviso por parte de Yago, anuncios que no tardaron en convertirse en hechos. Las siguientes tenían que ver con el extraño trato de su marido hacia ella, esa repentina manera de aconsejarle llevar cuidado, la desconfianza que le transmitía por cuanto la rodeaba, un recelo constante de lo que podía llegar a sucederle ya que había mucho loco suelto por las calles. Y hoy le había ocurrido. Hoy las advertencias de Yago se habían convertido en una realidad. Casi todo el resto de piezas coincidieron unas con otras conformando un denominador común al rompecabezas: las frases. Palabras que hablaban del precio a pagar por la traición y el engaño, y que ese hombre se había encargado no solo de repetirle, sino de explicarle. Y con el noventa por ciento del puzle completado, no había duda alguna de que la mano de Yago andaba metida hasta el fondo. El hecho de que no lo hiciera de forma abierta, sino lanzando avisos, no significaba que no fuera el promotor; para saberlo solo había que seguir las pistas, recoger los fragmentos y ensamblarlos. Y una vez hecho, ¡eureka! El resultado hallado era el nombre del responsable: Yago. No obstante, aún había preguntas para las que no tenía respuestas, todavía desconocía el porqué de esos malvados actos, y necesitaba conocerlo. Esas eran las únicas piezas sueltas a las que Azucena debía encontrar lugar para finalizar el puzle de su incompreensión.

* * * *

Esa noche Azucena deseaba como nunca que Yago llegara al hogar. Necesitaba pedirle explicaciones a cara descubierta; y a la vez temía tanto su presencia, sus aclaraciones, sus respuestas... que le faltaba el aire. Pero por mucho miedo que le produjera saber la verdad, la requería con el mismo vigor con que la luna precisaba de la noche. Le era imprescindible saber por qué su marido, el hombre al que entregó todo, con el que compartía la vida, había

ocasionado ese daño a sus seres más queridos, ese dolor tan lacerante en ella. No le encontraba lógica alguna por más que reflexionaba.

Eran más de las diez y media de la noche cuando Yago entró en su casa. Últimamente llegaba bastante más tarde de lo habitual, y no solo lo hacía por exceso de trabajo al tener las elecciones próximas, sino porque deseaba pasar el menor tiempo posible junto a su mujer. Azucena se había convertido en una alevosa, y él odiaba a los que le traicionaban. Hubiera pagado por ver la cara de su esposa cuando Martín le dijo las palabras que él le mando, según le había explicado se quedó lívida, y esa palidez exudó el terror que sintió ante el «aviso». No pudo evitar la repentina sonrisa que se apoderó de su rostro al imaginarlo, y la ensanchó más al presentir que esa noche iba a poner a Azucena en su sitio. Porque Yago sabía lo inteligente que era su esposa, y estaba seguro de que a esas alturas ya habría atado cabos y deducido que él estaba detrás de todo. Y siendo tan lista como era, también conocería el motivo de su actuación: traición. Esa era la causa que le había llevado a obtener un castigo, porque sin pena el delito quedaba inmune y la traidora no aprendería la lección. Así comprendería que de volver a repetirse algo semejante la venganza sería mucho peor, extremadamente cruel.

El sonido de la puerta indicó a Azucena que Yago acababa de llegar, y se levantó del sofá con urgencia. Necesitaba pasear los nervios, cansarlos, adormecerlos. Precisaba hablar con calma para no perder entre gritos ni un solo razonamiento que expusiera su marido. Requería de quietud para poder preguntarle lo incomprensible de sus actos sin que la ira escondiera alguna cuestión. En definitiva, quería una conversación a volumen controlado, con las explicaciones suficientes y necesarias para poner respuesta a cada interrogante. Después tomaría una decisión respecto a su matrimonio, al que a cada minuto que pasaba veía más próximo del fin.

Nada más contemplar el gesto de Azucena, Yago dedujo que su mujer ya había encajado las piezas y le esperaba para hablar de ello, algo de lo que él estaba ansioso. Deseaba decirle lo falsa que era, el daño que le había procurado su deslealtad, la decepción tan grande que había sufrido su persona... Hacía días que suspiraba por ello.

—Hola, buenas noches —dijo Yago, dejando su maletín a un lado y quitándose la americana de su caro traje de firma.

—Tenemos que hablar —anunció Azucena sin rodeos y con templanza.

—¿De qué? —preguntó haciéndose el ingenuo.

—Tú sabes muy bien de qué, Yago —habló seria.

—No. Si no me lo explicas, la verdad que no —afirmó con aplomo. No estaba dispuesto a abrir la boca antes que ella.

—Está bien, jugaremos como tú quieras, para no variar —le reprochó—. Sé que tu mano está detrás de los sucesos que le han ocurrido a mi familia —escupió de carrerilla.

—¿Pero qué estás diciendo? —interpeló con actitud beligerante. Azucena lo acababa de retar con sus iniciales y censuradoras palabras.

—Sabes de sobra lo que digo, no te pega el papel de tonto. La pregunta es por qué. Por qué has hecho algo así a mi familia. A mí, tu esposa.

—¿Tienes alguna prueba que demuestre lo que estás diciendo? —inquirió desafiante, con tintes de hostilidad.

Con la pregunta de Yago las palabras de Ingrid retumbaron en la cabeza de Azucena. Su marido no se estaba defendiendo, más bien la estaba atacando, tal y como le contó su madre que había actuado con ella.

—Te parece poca prueba tus avisos ante lo que les podía suceder, tus «miedos» —expulsó con retintín—. Tú me ponías al corriente antes de llevar a cabo tu acto.

—Vuelvo a repetir, ¿tienes pruebas de ello? —interpeló de la misma manera, pero esta vez añadiendo chulería.

—Y también están las frases. Esas cuyo vínculo es mencionar la traición y el engaño.

—¿Qué frases? No sé de lo que hablas, me pierdes. —Se encogió de hombros—. A mí nunca me has contado nada acerca de unas frases. —Apretó los labios para no reír, estaba disfrutando de lo lindo con su situación de poder.

—Sabes perfectamente de qué frases hablo, Yago —enunció alterada al verlo tan arrogante.

—Por tercera vez, ¿tienes pruebas que atestigüen mi involucración en esos casuales sucesos? Porque las tonterías que acabas de soltar no lo son.

—No. No las tengo —contestó—. Pero sé que tú lo has hecho, o mejor dicho, sé que tú lo has mandado hacer.

Yago se acercó a ella mirándola fijo, supurando una altanería en grado mayestático. Sonrió con cinismo, regodeándose en su estado de superioridad, y le dijo:

—Claro que no tienes ninguna prueba, cielo. —Chistó con desvergüenza—. En cambio, yo sí tengo una prueba de tu deslealtad hacia mi persona —reveló tensando el rictus—. Descubrí tu pecado, sé que fuiste a ver a mi madre cuando estuviste en Londres. ¿Pero tú qué hiciste? Callarlo,

ocultármelo. —Le clavó la mirada igual que si fuera un puñal—. Es más, tuviste la desfachatez de decirme que ni habías salido del hotel, y mira que te di la oportunidad de contármelo, pero te negaste, joder. —Apretó los dientes.

—¿Cómo...?

—¡Cállate! Aún no he acabado, zorra mentirosa. —La interrumpió, alzando la voz.

—¡No se te ocurra insultarme! —voceó impactada.

—¿Insultarte? —La observó retador—. Que yo sepa solo te estoy diciendo la verdad, lo que eres, una repugnante mentirosa. —Masticó las últimas palabras—. Me has mentido una y otra vez, con descaro. —Asintió furioso—. ¿Por qué? ¿Por qué me mentiste? ¿Qué derecho tienes a hacerlo? Es mi madre y tú no tienes nada que ver con ella —gritó.

—¿Cómo te has enterado de eso? ¿También me vigilas? —preguntó incrédula, con el corazón desbocado y los nervios a flor de piel.

—Da igual cómo me haya enterado, esa no es la cuestión, Azucena. La cuestión es por qué fuiste a verla y por qué me lo has ocultado.

—Perdona, pero a mí sí me importa que me vigiles. No creo que te haya dado motivos para hacerlo —aseguró con reprobación, enojada.

—Eso creía yo hasta entonces, que no tenía motivos, aunque me equivoqué. —Arrugó los labios—. Lo descubrí por pura casualidad, pero ahora sé que me equivocaba. No se puede confiar en ti —pronunció con énfasis airado.

—¿Por qué me vigilabas? —interpeló furiosa.

—¿Por qué? —Se rio—. Siendo tan inteligente como eres, ¿aún no sabes ni imaginas por qué mandé vigilarte?

—Pues no. No tengo la menor idea —contestó—. Pero ilumíname, por favor —enunció con sarcasmo.

—Muy fácil, porque te marchabas con el imbécil de Fabián, porque quería saber si tenía los huevos de proponerte algo y tú aceptabas —soltó con malhumor—. Porque ese tío babea por ti, está deseoso de echarte un polvo, y a mí no me hacía ninguna gracia que te fueras con él a Londres.

—¿Estabas celoso? —preguntó confundida, recordando su inacabado *affaire* con Fabián, pensando que gracias a Dios parecía que quien la vigilara no se percató de ello.

Yago esbozó una sonrisa torcida repleta de descaro, y negó con la cabeza.

—No. Yo no lo llamaría celos, es más bien una cuestión de orgullo. Lo mío es mío y no lo toca nadie —repuso tajante.

—Pero...

—Pero nada —la cortó—. Porque mira por donde me encuentro con que mi mujer sí me es infiel, aunque de otra forma muy distinta a la que podía sospechar o esperarme. De una muy baja —recalcó cada palabra con rabia.

—¿Por eso estás tan molesto? ¿Por eso has hecho todo esto? ¿Por haber hablado con tu madre? —inquirió asombrada, pensando que sabía que le molestaría esa visita, pero jamás imaginó que lo hiciera hasta tal extremo.

—Mejor di por ocultarme haber hablado con mi madre. Por supuesto que estoy molesto. Muy molesto —levantó el tono una vez más—. Y me gustaría saber por qué saliste corriendo y llorando de su casa.

—¿Temes lo que me haya podido contar? —preguntó con firmeza.

—¡Oh, no me conoces si piensas que yo temo a algo o a alguien! —exclamó entre risas—. Cuanto menos a una chiflada como Ingrid —añadió, contemplándola de forma impertérrita.

Azucena se sintió intimidada por la actitud de Yago, pero pensó que no podía hacérselo ver o se crecería más todavía. Haciendo acopio de coraje decidió que debía atreverse a decir cuanto tenía dentro, y comentó:

—No creo que tu madre esté loca. De lo único que peca es de tenerte un miedo insuperable.

—¿Esa mentirosa tiene miedo de mí? —preguntó riendo, con un sonsonete que atemorizaba por la malicia que desprendía.

—Sabes que sí —respondió—. Sabes que te lo tiene porque le amenazaste para que guardase silencio. Sabes que te teme por lo que le hiciste a tu abuela. Y conmigo quieres hacer lo mismo, quieres que te tenga miedo, quieres castigarme poniendo en riesgo a mi familia, quieres callarme a base de amenazas como hiciste con tu madre —reveló, intentando respirar con normalidad. Descubrir la verdadera personalidad de Yago le aceleraba el corazón de tal manera que tomar aire era costoso.

—¡No sabes de lo que hablas! ¡No sé qué cojones te ha podido contar esa vieja! —chilló enfurecido, inquieto, preguntándose si habría sido capaz de mencionarle a Alicia—. Debes saber que Ingrid es una enferma. Durante toda su puta vida solo ha sabido meter mierda en la cabeza de los demás.

—¡No hables así de ella, es tu madre! —exclamó, alzando también la voz.

—Es una zorra sin personalidad pero con ganas de joderme la vida. Siempre miente, miente, miente, miente... —Las palabras de Yago aumentaban de volumen una a una.

—¿Miente igual que Cintia y Katia? —soltó de repente Azucena, con el acaloramiento del momento, interrumpiendo el continuo soniquete de aquella reiterativa palabra que le empezaba a perforar los tímpanos.

Yago se quedó petrificado tras escuchar la corta frase de su mujer. Fue algo que le cogió desprevenido, un ataque inesperado, lo que menos esperaba oír. De forma instantánea se preguntó qué sabía, cuánto, y la furia lo poseyó.

—¿Qué coño acabas de decir? —preguntó abalanzándose sobre ella, tirando con fuerza de su melena hacia atrás—. ¿Qué hostias sabes tú de esas dos? ¿Eh? ¡Dime! —le chilló al oído, entaponándose de súbito.

—¡Yago, suéltame, me estás haciendo daño! —protestó en grito.

—Tú me haces daño con toda la basura que escupe tu boca. ¿Quién te ha hablado de Cintia y Katia? ¿Quién? —Tiró con mayor ímpetu de su pelo y ella chilló de dolor.

—Katia —contestó, para ver si la soltaba.

—¿Cuándo? ¿Por qué? —demandó enrabiado.

—Habló conmigo en la facultad, cuando fui a la conferencia. Piensa que tú mataste a Cintia.

—Otra mentira más para la colección, ¡joder! —exclamó con ira, soltando por fin el cabello de Azucena, que estaba aterrada, temblando. Veloz, pensó en urdir una treta para salir airoso, y le preguntó—: ¿Sabes quiénes son Cintia y Katia? ¡Eh! ¿Lo sabes?

—No —respondió en voz queda, sintiendo que el corazón le latía de manera arrítmica.

—Pues son dos putas, Azucena. Dos putas que trataron de chantajearme, eso son. Y por tu bien espero que no las creas a ellas más que a tu propio marido, cariño —avisó, pegando la boca a su mejilla—. ¿Tienes algo más que contarme o que añadir? —susurró en un tono que daba escalofríos. Azucena permaneció callada, el miedo la tenía amordazada. Era temeroso descubrir la ferocidad y violencia que contenía su marido—. ¡Habla, coño! —le exigió amenazante.

—Una de ellas ya no es nada, está muerta. Cintia está muerta —explicó con voz mortecina.

—Entonces corrijó, cielo. Cintia era una puta que trataba de chantajearme a mí y a todos cuantos podía. Para ello se inventaba mil falacias y seguramente esté criando malvas porque se lo merecía, por mentirosa y oportunista. ¿Vas a creer la palabra de una fulana? —preguntó airado.

—Yo ya no sé qué creer. —Dejó escapar unas lágrimas, le fueron inevitables.

—Pues en ese caso, si no sabes qué creer, lo mejor será que mantengas tu bonita boca cerrada, Azucena. No se te ocurra comentar a alguien una sola palabra de todo esto o te arrepentirás de por vida —le amenazó. Ella lo miró

aterrada, le estaba repitiendo las mismas palabras que puso de manifiesto Ingrid—. No me mires así, cielo, no me gusta. Solo hazme caso, piensa que de no hacerlo, los avisos dados a tu familia por tu traición pasarán a ser actos. Actos verdaderos. —Asintió—. Ten en cuenta una cosa y nunca la olvides, no me temblará la mano a la hora de quitarlos de en medio. Y después, cuando ya hayas sufrido lo suficiente, acabaré contigo. No creas que será algo tan difícil o increíble, los accidentes ocurren a diario y las desgracias nunca vienen solas, cariño. —Le enjugó el llanto con la mano, cariñosamente, como si no hubiera pasado nada entre ellos, como si todo fuera como antes—. Y ahora me marcho a la cama, estoy muy cansado y mañana debo madrugar.

—Me voy —soltó de repente Azucena, en medio del pánico que la envolvía y atenazaba.

—¿Que te vas? ¡Oh, no! —siseó—. Tú no te vas a ir a ninguna parte, no hasta que yo quiera que lo hagas —dijo con soberbia, cogiéndola por el cuello con una mano, ella se revolvió y se soltó—. ¡Eh, gatita, no saques las uñas o te cortaré la mano! —le advirtió, volviéndola a prender del gaznate con más fuerza.

—¡Suéltame! —gritó revolviéndose de nuevo, pero esta vez sin lograr zafarse de Yago.

—Te soltaré cuando quiera y te marcharás cuando yo lo desee, no antes —declaró colérico—. Piensa en tu familia, piensa en ellos —insistió, amenazándola una vez más.

Yago dio un beso a Azucena en los labios, como solía hacer siempre, pero hoy nada era igual que siempre, todo había cambiado de manera repentina. Ella, como era evidente, no respondió a ese beso, y su marido, sin añadir más, se marchó. Azucena se sentó para impedir que su cuerpo cayera al suelo, descubrir en Yago ese comportamiento tan alejado de la cordura hizo que por su interior corriera un pánico punzante, cortante y desgarrador. Resultaba pavoroso corroborar con las palabras y actos de su marido con qué clase de hombre se había casado. Yago era tal y como había descrito su madre, conspirador, vengativo y cruel. Desenmascararlo no solo era aterrador, también le despedazaba el alma. De pronto, por su cabeza empezó a merodear otra cuestión más, ¿también sería un depravado sexual? Ella no tenía ningún indicio, nunca le había mostrado una faceta similar ni parecida; era una acusación que por el momento no se sustentaba en ninguna prueba. Aunque después de comprender que Ingrid no se había quedado escasa en todo lo demás, tampoco era cuestión de ignorarlo.

Yago, enfurecido al saber que Katia también conocía su identidad, decidió quitarla de en medio lo antes posible, era una amenaza para su persona. Subió con urgencia a la buhardilla, entró en la habitación, cerró la puerta con pestillo, sacó su viejo móvil totalmente cargado, marcó un número y espero la respuesta.

—Hola, señor X, que se le ofrece —contestó Martín.

—Tengo un problema —anunció sulfurado.

—Muy bien, soy experto en solucionarlos. Dígame qué necesita.

—Eliminarlo —respondió con rabia.

—De acuerdo. Cuénteme todo lo que pueda acerca de ese problema y yo me encargaré de suprimirlo.

Yago le habló de Katia, se la describió y le comentó para qué agencia trabajaba. No tenía más, nunca le había interesado saber o conocer más de ella.

—No se preocupe, con esto tengo suficiente para buscar a su problema y hacer que desaparezca. En cuanto me ingrese el cincuenta por ciento empezaré con ello.

—Mañana a primera hora recibirás ese adelanto. Quiero que actúes con rapidez.

—Por supuesto, señor X. Le mantendré informado. Adiós.

Yago colgó, abandonó la buhardilla y bajó a su habitación; Azucena no se encontraba aún en ella. Sin preocuparle lo más mínimo, se desvistió y entró en la cama. Estaba agotado por todo lo acontecido, necesitaba descansar, y sucumbió al sueño con rapidez.

Azucena prefirió no dormir con Yago, le asustaba estar cerca de él, y decidió hacerlo en una de las habitaciones de invitados. Aunque invocar al sueño después de revelar el verdadero rostro de su marido era imposible. Pasó toda la noche en blanco, repasando en la mente la maldad que contenía Yago, a los extremos que había llegado para vengarse de ella. No lo comprendía, no podía hacerlo, algo tan retorcido no cogía en ninguna cabeza en su sano juicio, y por esa misma razón no lo entendía ni podría entenderlo jamás. Quería marcharse de su lado, deseaba separarse de él, pero la había amenazado y no podía hacerlo sin que su familia sufriera las consecuencias. Por un momento pensó que estaba teniendo una pesadilla y se pellizcó. Sin embargo, no era un mal sueño, sino la cruda realidad. Estaba atada a Yago por el bien de los suyos, una situación de locos que la sobrepasaba.

* * * *

Los días posteriores Azucena optó por esquivar a su marido y permaneció en la habitación de invitados. Planear su separación se convirtió en un pensamiento recurrente, y a pesar de temer a Yago, a su maldad y violencia, no paraba de meditar cómo hacerlo. No podía permanecer al lado de ese desconocido, un hombre con un lado oscuro, por completo negro y aterrador. Ahora no tenía ninguna duda de que él hubiera matado a Cintia, tal como aseguró Katia, le veía capaz de ello. Se había atrevido a poner en riesgo la vida de su familia, aunque para él solo hubieran sido «avisos» porque aún podía llegar más lejos. Y ella no solo temía por su vida, sino por la de sus seres queridos; lo último que deseaba era que alguno de ellos saliera lastimado. Por eso mismo todavía continuaba allí, pese a que ansiaba salir corriendo para escapar de las garras de Yago. Comprendía que el temor era un mal aliado a la hora de tomar decisiones, e incluso así, sabía que debía adoptar una determinación lo antes posible. Debía retomar las riendas de su vida, esas que había perdido hacía tiempo, las mismas que Yago guiaba a su antojo y capricho, las que sostenía en sus manos impidiéndole a ella tocarlas. Debía hacerlo, era el momento de actuar, de volver a ser la dueña de su destino. Azucena no sabía cómo o de qué forma llevarlo a ejecución para no agravar más la situación, si bien quería huir de él, necesitaba retornar a su libertad.

Una semana después de la confesión y amenaza de Yago, Azucena continuaba ocupando el dormitorio de invitados; lo último que deseaba era compartir cama con él. Con inminencia, y siendo lo habitual desde hacía siete días, cuando oyó el motor del coche anunciando su llegada se marchó a esa habitación para no tener que verlo, ni siquiera quería cruzarse con su persona. La situación empezaba a desesperarla, se sentía sola y desamparada, enjaulada con un lobo feroz que en cualquier momento podría atacarla. Pero ¿a quién podía acudir? No deseaba poner a nadie en peligro por contarle cómo era Yago, por explicar que era un farsante digno de Óscar que interpretaba de forma sublime el papel de hombre cariñoso y encantador. Una engañosa fachada de su verdadera personalidad, pues en realidad era una persona rencorosa y experta en provocar dolor para castigar. Experto porque, según su madre, venía haciéndolo desde su más tierna adolescencia, la trayectoria era amplia. Estaba obligada a callar para que nadie más saliera lastimado, debía aguantar el peso de la asfixia en soledad. No obstante, no sabía por cuánto tiempo podría soportar esa desalentadora condena sin desquiciarse.

Cuando Yago entró en su casa volvió a encontrarse con lo usual desde hacía siete noches, Azucena no le esperaba para recibirlo, seguía esquivándolo. No le gustaba el cariz que estaban tomando los acontecimientos, la situación se le empezaba a escapar de las manos y no podía permitirse tener de morros a su mujer. Porque precisamente ahora, con las elecciones casi a la vuelta de la esquina, debía prodigarse con él de continuo, mostrar al pueblo lo unidos que estaban como pareja, el incondicional apoyo que como cónyuge le ofrecía. Dejando su maletín en el salón se quitó la americana; con malgenio, desanudó la corbata y la apartó de su cuello; se desabrochó los primeros botones de la camisa y hasta se descalzó. En lugar de ir a buscar algo para cenar se acercó al mueble bar, tomó un vaso ancho y bajo, sacó una botella de *whisky* de reserva, se sirvió un

poco y se lo bebió de un solo trago. A continuación volvió a echar otro chorrito más, cogió el vaso, con la otra mano la botella, se acercó al sofá y se sentó. Mientras bebía pensaba en cómo arreglar la situación con Azucena, tenía que conseguir que cambiara de actitud; su malestar no podía afectar lo más mínimo a la campaña electoral. Entre trago y trago diseñó la estrategia que iba a ejecutar, la misma que siempre le había funcionado con ella: ser muy cariñoso y dulce. Ese era un método infalible, uno que derretía a su mujer. Y después de camelársela con mil perdones empapados en llanto y enjugados con infinidad de «te quiero» haría el amor con ella. Ese sería el broche de oro de la conciliación marital, de esa forma harían las paces definitivamente.

Con el licor sin cesar de resbalar por su garganta se imaginó a Azucena desnuda, arrodillada, esposada de manos, atada de pies, con un ancho collar alrededor del cuello por el que colgaba una gran cadena sujeta a una viga de hierro, igual que si fuera un perro. Un animal asustado, temeroso de lo que su amo pudiera hacerle, del daño capaz de infligirle. Y de la misma forma que los perros se apareaban, fantaseó con forzarla mientras ella lloraba y le suplicaba parar. Podía ver en sus ojos el miedo y la desesperación porque aquello acabara y el dolor alcanzase el fin. Su excitación creció por milésimas de segundo, se disparó, lo engulló. Sin meditarlo un solo segundo y algo ebrio, se encaminó a la habitación que Azucena ocupaba temporalmente, e irrumpió en ella de forma violenta. En ese momento hubiera dado cuanto poseía por entrar en la alcoba y encontrarla de la misma manera que su mente había fantaseado, pero no era así. Su mujer estaba tendida en la cama, durmiendo, y el fuerte golpe de la puerta al chocar contra la pared la despertó *ipso facto*.

—¿Qué quieres, qué haces aquí? —preguntó incorporándose, plagada de incompreensión y miedo a partes iguales.

—Azucena, cielo, lo siento. Lo siento mucho, perdóname —dijo acercándose a la cama—. No quería hacerte daño ni a ti ni a tu familia, pero me dolió tanto tu traición... —Exhaló una bocanada de aire—. Nunca he soportado las deslealtades, y la tuya ha sido la más hiriente —pronunció con énfasis—, me hizo perder la cabeza y por eso busqué la manera de castigarte. Sabía que el mayor castigo para ti sería dañar a tu familia.

Azucena lo escuchó sin salir de su asombro, pensando en la incoherencia de sus palabras. Incluso se quedó aturdida contemplando la cara de pena que Yago empezaba a mostrar. Pero ya era tarde para lamentos, mucho más para perdones, ya no quería hablar con él ni oír semejantes necedades que no

hacían más que evidenciar lo mala persona que era en realidad. Alguien que verdaderamente ella desconocía, de quien se arrepentía de haber conocido; no paraba de maldecir la hora en la que Yago se cruzó en su vida.

—Vete, Yago. Sal de esta habitación y déjame en paz. Quiero estar sola —dijo, evitando levantar la voz.

—Azucena, cariño, yo te quiero, te quiero mucho. Te amo con toda mi alma y ver que me engañabas me ha hecho perder la razón —insistió, y se sentó en la cama.

—No quiero oír nada más. Solo quiero que te marches ya, ahora mismo —replicó malhumorada. Pero él, haciendo caso omiso a cada una de las palabras emitidas por su mujer, intentó besarla.

—¡Qué mierdas haces, Yago! —exclamó en grito, apartando la cara, dándole un empujón con el que él se desequilibró y cayó al suelo.

Al levantarse, Yago la observó impertérrito, le clavó los ojos con tanta pujanza que penetró en su retina. Fuerza, resistencia, miedo, llanto, súplicas... Su particular bacanal de perversión se reflejó en los ojos de su mujer y un extremo placer lo embistió. Fantaseó con todo lo que en ese momento podía saborear, paladear hasta extasiarse, pues ella estaba en la cama, a su disposición, y él excitado, con ansias de dominar. El demonio que se ocultaba en sus adentros galopó por sus venas, lo poseyó, y se lanzó encima de su esposa sin pensárselo. Ella, tan sorprendida como asustada, se revolvió pero Yago terminó inmovilizándola con el peso de su cuerpo. En medio de sus gritos pidiéndole que la soltara, le sujetó las manos con una de las suyas y con la otra le arrancó su escasa vestimenta. Hinchido de brusquedad se abrió hueco entre las piernas de su mujer, que no paraba de resistirse, y su depravación entró en ella sin ningún tipo de cuidado. Azucena notó un fuerte dolor que le cortó el aliento, una punzada aguda y seca que retumbó por todo su ser. Se revolvió una y otra vez para zafarse de Yago, pero realmente era una misión irrealizable; el hombre que estaba encima de ella era una bestia salvaje, una fiera con ganas de caza y ya la había apresado, no iba a renunciar a su festín. Aun así, continuó escupiendo gritos de queja y súplica e intentando escapar de él. Y Yago, gozando de la fuerza que ella oponía, le soltó un par de bofetones para someterla. Golpes rudos que lo excitaron más, conduciéndolo a la sinrazón del forzamiento. Azucena comprendió que no tenía la más mínima posibilidad de parar a ese monstruo y dejó de pelear para llorar de forma desgarradora. Los quejidos desesperados y dolorosos colmaron la estancia, hecho que resultó de lo más excitante para Yago, que no

paraba de disfrutar al ver realizada su fantasía. Al fin había conseguido saciar a sus bajos instintos con su mujer, algo que deseó hacer desde que la conoció.

Un despiadado silencio anunció el final del aberrante acto y Yago se apartó de Azucena con una deslumbrante sonrisa de satisfacción. Ella ni se movió, ni habló, ni tan siquiera respiraba. Tan solo esperaba y desesperaba porque ese engendro diabólico se marchara de una vez y la dejase sola. Sentía un vigoroso daño físico, pero el moral era extremo, hondo, profundo, abismal... Soportar esa presión le fracturó el corazón en miles de pedazos, quedó reducido a añicos. Casi a la par escuchó un estrepitoso ruido interior con el que el dolor se intensificó, estaba provocado por el desbordamiento de las historias que moraban en su mente, que habían sobrepasado todas las barreras con las que trazó un perímetro de confianza. Debía rendirse a la evidencia, era innegable que el testimonio de Ingrid y Katia no estaba falto de razón, ninguna se equivocaba o exageraba. Era innegable que a Yago le gustaba someter a las mujeres, aunque fuera la primera vez que ella lo comprobaba. Era innegable que la única ingenua y ciega había sido ella, pero ahora el dolor que daba el conocimiento acababa de anclarla a la realidad; ya sabía con qué tipo de monstruo convivía.

En cuanto ese demoníaco hombre abandonó la habitación, Azucena se levantó despacio, abatida, y empezó a llorar de nuevo. Lloró durante un largo espacio de tiempo, hasta que el escozor de ojos le impidió seguir haciéndolo. Luego sintió una repentina repugnancia con la que emergió una imperiosa necesidad por lavarse, debía borrar todo rastro de Yago en su piel. Se encerró en el servicio y entró con urgencia en la ducha. Allí estuvo horas frotándose con energía, enjabonándose una y otra vez, mezclando el agua con su llanto, enjuagándose con ambas cosas hasta limpiar su cuerpo tanto como su alma.

* * * *

Azucena esperaba sentada en la cocina. Había pasado toda la noche turnándose entre el llanto y el dolor, y entre medias de su desesperación tomó una decisión inamovible: no iba a pasar un segundo más con Yago. No pensaba permanecer al lado de un individuo de instintos primarios y salvajes; indudablemente su marido era un degenerado además de un asesino. Pero no quería marcharse de allí sin tener la seguridad de que él no movería un dedo en contra de los suyos, por eso quería hablar con ese malvado loco, para llegar a una solución. Ella ya había pensado cómo llevar el tema de la separación, que indudablemente sería un absoluto secreto hasta el fin de las

elecciones para que no afectase a su carrera política, lo único que le importaba a él. Si conseguía convencerlo de que no habría detrimento en su imagen, y por lo tanto tampoco menoscabo en las urnas, conseguiría la llave que codiciaba, la que le otorgaría una libertad exenta de consecuencias. Estaba tan ansiosa por desaparecer de su vida que imaginar ese escenario le aliviaba el dolor hasta enmendarlo.

Yago había dormido de forma plácida gracias a haber satisfecho sus depravados instintos. Si bien también ayudaron sus últimos recuerdos, los mismos que tuvo nada más abrir los ojos y despertar: el rostro de Azucena. Porque mientras su mujer se encontraba debajo de él revolviéndose, su cara de pavor fue idéntica a la de Alicia, y eso hizo de ese instante algo tan memorable como inolvidable. Por eso no había dejado de revivir el encuentro con Azucena, hasta había soñado con él, y se sentía tan feliz saboreando el recuerdo que bajó las escaleras silbando. Se acercó al salón a por su maletín y desde allí contempló a lo lejos un resplandor proveniente de la cocina, la luz estaba encendida, y se aproximó al lugar.

Azucena escuchó los pasos de Yago acercándose y el miedo la incautó, su estómago se hizo un ovillo. Aunque al verlo entrar en la cocina todavía fue peor, creyó que el corazón se le iba a salir por la boca. Pero debía ser fuerte y sobreponerse a ese estado de desasosiego, y exigiéndose templanza decidió levantarse para hacer frente a Yago. Él, nada más verla, entendió que lo estaba esperando y por la actitud de ataque que mostraba parecía que se avecinaban problemas. Sin embargo no le preocupó, conocía a la perfección los puntos débiles de su mujer y sabía que amenazándole con ellos le haría transigir con lo que fuera.

—Tenemos que hablar de lo de anoche —avisó Azucena con extrema seriedad, intentando apelar a la calma, algo imposible de lograr con el odio que sentía por dentro, y de carrerilla escupió—: Eres un animal, un perverso, un sádico, el mismísimo demonio. No puedo continuar un segundo más a tu lado, me marcho ahora mismo de aquí y en cuanto acaben las malditas elecciones pediré el divorcio.

—¡¡¡Qué hostias dices!!! ¿Estás loca? —preguntó asombrado, pensando en el escándalo que supondría una separación en ese momento de su carrera política.

—Yo no estoy loca, el loco aquí eres tú. Y yo no quiero seguir viviendo al lado de un enfermo —regurgitó con soberbia—. Pero no te preocupes, nadie conocerá nuestra separación hasta entonces.

—Tú no has pensado lo que estás diciendo, ¿verdad?

—¿El qué no he pensado, Yago? —gritó—. ¿No he pensado que me has violado y maltratado? Pues te equivocas, no he dejado de hacerlo, desgraciado —habló con rabia.

—¿¿¿Violado???

—¡Sí, violado! —repitió airada, en alto—. Ese es el término que se usa cuando a una persona la fuerzan sexualmente.

—¿¿¿Forzado???

Azucena, no sabes de lo que estás hablando. —Negó con la cabeza.

—¡¿Ah, no?! ¿Entonces para ti qué es una violación? Acaso no es el hecho de obligar a alguien a tener sexo sin quererlo, sujetar con fuerza para impedir el movimiento, pegar para evitar la resistencia, ¿eh? ¿Dime? ¿Qué es entonces? ¿Vamos, explícamelo? —chilló encolerizada, clavándole la mirada y desafiándolo con ella.

La furia de Yago se desató al ver subir los humos de Azucena, al comprobar su temperamento tan bien escondido hasta ahora. No iba a consentir que le chillara de esa forma, que lo tratase como un don nadie, que se atreviera a aniquilarle con los ojos. Él era quien mandaba y ella la que obedecía, sin más, y a esas alturas no iba a permitir que los roles se invirtieran, ni mucho menos. Enrabietado por sus atacantes formas y tan veloz como el batir de alas del colibrí, cogió un cuchillo de un cajón y se lanzó a por ella, posando el afilado corte en su cuello.

—¿Qué haces, Yago? —chilló aterrada y paralizada. Y él, de un fuerte empujón, hizo chocar el cuerpo de Azucena contra la fría pared de azulejo.

Con celeridad, Yago rasgó con el cuchillo la camiseta de algodón de su mujer, a continuación el sujetador. Empleó tal ímpetu en partir la prenda interior que desgarró la piel de Azucena, una persona llena de pánico en ese instante. Ella notó el cálido brotar de la sangre entre sus pechos y se observó, viendo cómo un hilo rojo se deslizaba por su torso con lentitud.

—Esto sería una violación, ejercer la fuerza amenazando con costar la vida —dijo, paseando la punta del cuchillo por los desnudos senos de Azucena—. ¿No te das cuenta? Eres mi esposa, tengo derecho a tener sexo contigo, a eso no se le considera ninguna violación. Lo que ocurrió anoche es que a ti te apetecía menos porque estabas enfadada y quisiste resistirte un poco. Pero yo no te he violado ni forzado, tú también querías, salvo que te apetecía hacerte la estrecha. Yo anoche solo hice el amor contigo, ¿a que llevo razón, cariño? —preguntó sin parar de serpentear el cuchillo por el mismo lugar, contemplándola con una mirada endemoniada.

—Es cierto —afirmó llena de pánico, en un susurro ahogado, comprendiendo que no era el momento de contradecirle si quería salir bien parada.

—¿Cómo has dicho? No te he escuchado. —Sonrió. Su gesto iba aliñado de satisfacción y maldad.

—Que llevas razón, fue como tú acabas de contar. —Apretó los labios para contener el sollozo.

—Eso es, buena chica. —La besó en la mejilla—. Y eso que has dicho de separarte de mí, de querer el divorcio, era una broma, ¿verdad, cielo? —Le acarició con suavidad el cabello.

—Sí, claro. —La voz le tiritó entre los labios a la par que una lágrima terminó resbalando por su mejilla.

—¡Oh, no me gusta verte llorar! —exclamó de forma sarcástica, limpiándole el inicial llanto con la mano que tenía libre—. Y por eso mismo no te separarás de mí hasta que yo lo decida, no quiero verte derramar lágrimas por tus seres queridos. De veras que no me gustaría ver tu sufrimiento debido a llorar una muerte fortuita e inesperada, por ejemplo la de tu madre —avisó.

—¡Deja a mi madre, por favor! —suplicó aterrada.

—No, tú eres la que va a dejar las lágrimas y las malas caras para cumplir con tu papel de amante esposa del candidato a la presidencia del país. —Su tono fue de orden—. Porque seguramente en algo más de un mes tengas que empezar los preparativos de la mudanza a la Moncloa. Haz el favor de comportarte como lo que debes ser y no me cabrees más con tonterías. ¿De acuerdo? —preguntó molesto.

—Vale —gimoteó, empapada en un sudor frío y angustioso.

—Eso está muy bien, cuando razonas eres un encanto, nena —habló sonriendo, y en menos de lo que dura un pestañeo borró ese gesto de su rostro y dijo—: Pero para que no olvides cuanto acabamos de hablar, voy a confesarte algo. —Bajó el cuchillo hasta su ombligo, depositando la afilada punta en este, y acercó su boca a solo un par de centímetros de los temblorosos labios de Azucena—. No me gustaría que te sucediera nada, pero si ha de sucederte, te sucederá; no lo olvides, de ti depende. Y no se te ocurra hablar con nadie de esto, ni una sutil insinuación, recuerda que estaré vigilando cada uno de tus pasos para asegurarme. Y de no ser así, de no guardarme lealtad, esta vez será tu madre la primera en sufrir las consecuencias de tus actos. Quizás a ella sí puedan violarla de verdad, igual de ese modo podrías preguntarle qué es una violación y luego hablar con

conocimiento de causa —explicó, y el mudo llanto de Azucena se incrementó de manera considerable tras escuchar la horrible y dura amenaza—. Para ya, ¿vale? —advirtió, girando la punta del cuchillo sobre su ombligo. Azucena asintió, y pese a su miedo y angustia intentó contenerse—. Bien, eso está mejor —dijo—. Ahora tengo que marcharme, en poco más de una hora debo estar en un programa de radio. Espero que tengas un buen día, cielo. —La besó en la boca, aunque ella no movió los labios—. ¡Oh!, más vale que cambies esa hostil actitud, cariño, porque no me gusta nada. Hasta la noche —concluyó. Y dejando el cuchillo sobre la encimera de mármol, abandonó la vivienda.

El tembloroso cuerpo de Azucena resbaló hasta tocar el suelo, justo entonces se soltó a llorar. Lo hizo a gritos, desgarrándose, con desesperación, sembrando la atmósfera de estremecedores quejidos mientras se preguntaba quién era esa despiadada e insensible persona con la que había convivido. La palabra *psicópata* inundó su mente, se rotuló en ella en color verde fosforito, igual que un cartel de neón. Eso indiscutiblemente era Yago, todo un psicópata; y ella estaba atada a él por el bien de su familia, por salvaguardarlos de su mano, de su falta de empatía, de su locura. Era demasiado para ser soportado. No sabía si lograría permanecer a su lado, fingir ante los demás como él pretendía, estar juntos en la misma habitación, sentir su presencia cercana, respirar el mismo aire... No creía que pudiera aguantarlo, resistir aquel largo mes que quedaba para las elecciones acompañándolo, disimulando un amor que ya no sentía, que se había desvanecido de golpe. Yago lo había amputado de raíz con su comportamiento dañino e intolerable, con su sangre fría y despiadada. Ella ya no se sentía su mujer y además lo odiaba, empezó a hacerlo en el mismo momento en que la sometió a su degenerada voluntad.

Algo más de una semana después de aquel doloroso incidente del que Azucena no se podía olvidar y que había cambiado su vida, Yago se encontraba metido de lleno en la vorágine de la campaña electoral. Era raro que un telediario no se iniciara con su imagen en pantalla, de mitin en mitin por cualquier punto de la geografía del país con la gente aclamándolo, vitoreándolo sin parar. O siendo entrevistado en distintos programas radiofónicos, encabezando titulares de prensa y participando en todo tipo de espacios televisivos de cualquier cadena, la mejor plataforma para la ascensión a la Moncloa. Además, todo valía para captar votos; acudir a los mercados y mezclarse con el pueblo llano, hablar con la desconocida gente de sus preocupaciones, coger a un niño en brazos, dialogar con los comerciantes, salir a tomar un aperitivo por las calles siendo uno más... En definitiva, juntarse con los ciudadanos para que conocieran a la persona que escondía el político, un hombre de lo más campechano capaz de hablar de todo sin pelos en la lengua. De eso presumía Yago, de no ser ambiguo, de comprometerse, de no esquivar las preguntas como el resto de sus adversarios, fueran de la índole que fuesen. Ese escaparate precisamente era lo que tenía obnubilados a sus votantes, que lo veían un político claro a la hora de responder a cualquier cuestión, al que no le temblaba la voz si debía desmontar propuestas o ideas políticas, aunque provinieran de sus propios compañeros de partido. Él tenía muy claro el tipo de política que quería ejercer, una para el bien de la ciudadanía, una buena para toda la nación; o eso vendía al pueblo. Sin embargo, y como en todo, la división de opiniones en referencia a las ideas de Yago era un hecho; lo que la gran mayoría consideraba que era transparente unos pocos lo tachaban de pura y barata demagogia. Había para todos los gustos, pero la realidad era muy nítida, los sondeos no paraban de alzarlo como ganador. Todo vaticinaba que en algo más de tres semanas Yago Junquera Miller alcanzaría la mayoría absoluta en las elecciones generales.

Por desgracia, Azucena era arrastrada a cada uno de esos actos debiendo aparentar normalidad ante los demás, fingiendo ser una feliz pareja de cara a la galería y esquivando la compañía de su marido en la intimidad. A Yago parecía no importarle lo más mínimo ese engañoso juego, pero a ella la estaba destrozando. Cada día le costaba más representar su papel, esa hipócrita labor que Yago le había encomendado desempeñar a base de amenazas; montar esa farsa suponía para ella un mortificante suplicio. Por esa cuestión, ese día, el justo en el que se cumplían diez de la agresión y avalada por un buen pretexto, su menstruación, Azucena simuló un terrible dolor de ovarios con el que no podía ponerse en pie. Como era obvio, disfrazó la realidad para no acudir con Yago a ningún sitio. Cada vez soportaba menos tenerlo cerca, oír su voz o sentir su respiración. Le tenía miedo y asco, ambas cosas y a partes iguales. Pero sabía que no podía negarse a acudir sin más, eso empeoraría la situación existente y temía las consecuencias que su negativa pudiera acarrear a su familia, en especial a su madre. Así que fingió para quedarse sola, para alejarse de él al menos durante veinticuatro horas; lo preciso y necesario para poder respirar sin sentirse angustiada.

Yago no se tomó muy bien el abandono de Azucena y de inmediato trazó un plan. Cogiendo algo de ropa y metiéndola en una maleta, se marchó molesto, airado, sin dejar de pensar que era una endeble a la que un simple dolor de ovarios paralizaba su vida. Empezaba a estar muy harto de ella y de su áspera actitud. Precisamente ese desagradable carácter era el que le había ido convenciendo de no necesitarla a su lado; ahora, además, tampoco la quería con él. Azucena había cumplido con su papel hasta un punto, el concreto que a él le había beneficiado y favorecido. Sin embargo, ahora estaba en otro nivel, uno que a Yago enojaba y sacaba de quicio, una postura de lo más hostil y desfavorable hacia su persona. Hasta hacía poco ella lo idolatraba, pero en ese momento más bien lo odiaba, él era consciente de ello, su mirada de aversión lo constataba. Sus ojos habían perdido el singular brillo originado por el amor que le profesaba, actualmente su mirada era fría, apagada, severa, rígida... Azucena tenía unos nuevos sentimientos hacia él que denotaban claros visos de desprecio e incluso repugnancia. La situación se había salido de madre y esa mujer era un peligro, se había transformado en su adversario. Yago debía buscar una solución, poner remedio cuanto antes. Y eso hizo nada más montarse en su automóvil de gama alta, sacar su móvil y empezar a enmendar su error.

* * * *

Era algo más de media mañana cuando el teléfono de la casa sonó. A Azucena le resultó hasta extraño oírlo, normalmente todas las llamadas que recibían provenían de sus móviles. El teléfono fijo en esa casa parecía más bien un adorno, mero atrezzo en la decoración reinante. Pero no era así, funcionaba, el insistente y repetitivo tono certificaba que ese teléfono cumplía con su misión.

—Dígame —contestó Azucena.

—¿Azucena Carbajal Arango? —preguntó una voz masculina.

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Escúcheme con atención, señora, porque está en peligro.

—¿Pero quién es? ¿De qué peligro habla? ¿Esto es una broma? —interpeló de seguido.

—No se trata de ninguna broma, créame y hágame caso. Su marido, Yago Junquera Miller, ha contratado a alguien para matarla.

—¿¿¿Qué??? ¿Qué demonios está diciendo? —El corazón de Azucena se disparó de latidos.

—Lo que acaba de oír —contestó muy serio.

—Oiga, por favor, ¿quién es usted? —preguntó de nuevo, desorientada, azorada por lo que acababa de oír. Todo un tsunami de estupor recorrió su cuerpo.

—Soy alguien que lleva años detrás de él, buscando pruebas capaces de meterlo entre rejas. Sin embargo no quiero más muertes para conseguirlo.

—Pero...

—¡Señora, escuche! —la interrumpió, levantando el tono—. Hágame caso, por favor. Ponga a la policía sobre aviso y refúgiense con gente de su absoluta confianza. Aléjese de ese monstruo o morirá. —Colgó.

Azucena sintió un vértigo atroz, su corazón traqueteaba a una velocidad temerosa. Una persona de identidad anónima le había comunicado que su marido quería matarla, había contratado a alguien para hacerlo. No dudó ni un segundo de esas palabras, no intentó despejar dudas a pesar de desconocer al emisor de la noticia. No le hacía falta ponerle cara porque sabía cómo era su marido, un hombre capaz de ejercer la violencia para obtener lo deseado. En otro momento eso le hubiera parecido descabellado y hubiese tachado de loco al interlocutor, pero ahora no. Ahora sabía que Yago se atrevería a llevar a cabo tal acción. Ahora lo sabía mejor que nunca.

Con el teléfono todavía en su temblorosa mano, miró a la pantalla para descubrir el número realizador de la llamada: *Número privado*, eso mostraba. No había un número con el que poder comprobar la identidad de esa persona,

aunque solo fuese por mera curiosidad. Aunque el mayor interés, más que por ponerle un nombre, era por saber de qué conocía a su marido. Porque ese hombre conocía al verdadero Yago, sabía de su personalidad oculta, lo había dejado patente con una frase: «*Soy alguien que lleva años detrás de él, buscando pruebas capaces de meterlo entre rejas*». ¿Quién podía ser esa persona? ¿Quién sospechaba de Yago? ¿Quién más conocía su verdadero rostro? Ingrid regresó con fuerza a su mente. Sin meditarlo un segundo, Azucena cambió el teléfono inalámbrico por su móvil y la llamó. El teléfono emitió su particular tono pero al otro lado nadie descolgó, y la comunicación terminó expirando. Volvió a intentarlo una y otra vez hasta conseguir, con el quinto intento, que la madre de Yago diera paso a la llamada.

—¿Qué sucede? ¿Por qué me llamas? —interpeló con la voz algo alarmada, de seguro que alterada por la insistencia.

—Ingrid, necesito saber algo. Necesito que me digas una cosa, es muy importante para mí, te lo ruego. —La voz de Azucena se quebró un segundo.

—¿Qué más necesitas saber? Te pareció poco todo lo que te conté. Todo lo que no creíste. —Le reprochó.

—Perdóname, Ingrid, lo siento —se lamentó—. Me sentí desbordada, no podía creerlo, o me negué a hacerlo. Pero ahora sé que Yago es como tú decías, es violento, dañino, cruel y rencoroso —explicó, omitiendo la parte más dura, la de su sadismo—. Me lo ha demostrado durante este tiempo, desde que se enteró que estuve en tu casa. Me ha castigado por ello, y no solo a mí, también a mi familia. —Su voz tembló más fuerte y sus ojos, ante el aluvión de recuerdos, comenzaron a velarse.

—¡Oh, querida, lo siento mucho! —expresó consternada—. Siento que hayas tenido que comprobar la maldad que esconde mi hijo. De verdad que lo siento. —El tono de Ingrid denotó un llanto incipiente.

—Yo también lo siento. Siento haberlo conocido, no sabes cuánto —declaró con severidad—. Aunque ya es tarde para arrepentirse, ahora solo quiero librarme de él, pero no puedo, no me deja. Y tengo mucho miedo de dar un mal paso y que mi familia sean las víctimas del desenlace.

—Ten en cuenta que lo serán en cuanto muevas pieza y él no esté de acuerdo. Así que ve con sumo cuidado —le advirtió.

—Eso intento, Ingrid, eso intento —declaró, mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas—. Te he llamado para preguntarte si tú sabes de alguien que pudiera presumir o sospechar cómo es en verdad Yago. Aunque solo pudiera conjeturarlo de alguna forma.

—¿Por qué me preguntas eso? —inquirió extrañada.

—Acabo de recibir una llamada anónima de un hombre. Me ha dicho que estoy en peligro, Yago ha contratado a alguien para matarme. —Con la última palabra un quejido se mezcló con su reciente llanto.

—¡¡¡Oh my God!!! —exclamó en inglés, alarmada, llevándose la mano a la boca—. Querida, estás en peligro, debes alejarte de inmediato de mi hijo. Acude a la policía ya, Azucena. Vete de tu casa, escóndete, por favor, e informa a la policía de todo —dijo con gran angustia.

—Acabas de decirme lo mismo que ese desconocido —avisó asustada, sabía que estaba sentenciada a muerte.

—Pues entonces haznos caso —insistió.

—Vale, pero antes piensa, Ingrid, por favor. Piensa si alguien más puede presuponer cómo es Yago. Esa persona me ha dicho que lleva años detrás de él con la intención de obtener pruebas que lo lleven a la cárcel. ¡Piensa, piensa! —repitió de forma agónica.

—Yo nunca he hablado de Yago a nadie, salvo a ti. —Hizo una pausa—. Pero es posible... igual...

—¿Qué? ¡Habla! —clamó.

—Puede que el padre de Alicia sospechase de él —respondió—. A escondidas, el día del funeral le escuché hablar con mi hijo. Le dijo que estaba seguro de que él tenía algo que ver con lo que le había sucedido a su pequeña, y que lo iba a demostrar. Entonces yo aún no había recibido su carta, me llegó dos días después, pero pensé que no era la única que barajaba la posibilidad de que Yago pudiera estar implicado en su violación.

—¿Cómo se llama el padre de Alicia, lo recuerdas?

—Emilio.

—¿Sabes el nombre completo, con los apellidos?

—Déjame hacer memoria. El primero lo recuerdo bien, pero el segundo... —Calló mientras pensaba.

—Bueno, dime lo que sepas, menos es nada. —Cogió veloz un papel y bolígrafo.

—Emilio Espada. ¿Pero para qué quieres saberlo?

—Voy a intentar buscar su número de teléfono para...

—¡Lobo! —soltó cortándola—. Emilio Espada Lobo —pronunció—. Lo recuerdo porque a veces Yago se quejaba de su apellido, del mío, porque al ser inglés la gente lo pronunciaba mal y eso le molestaba. A Alicia le hacía mucha gracia esa tonta protesta y le decía que peores eran los apellidos de su padre. Por lo visto en su etapa de colegial se rieron mucho de él, le llamaban «Emilio, la espada del lobo». Ya sabes, cosas de críos.

—Muchas gracias por recordarlo, Ingrid. Voy a intentar ponerme en contacto con él.

—¿Para qué, Azucena? Lo que debes hacer es cuidar de ti y alejarte de mi hijo. Solo eso.

—No sé. —Zarandeo la cabeza—. Necesito saber quién me ha llamado y cómo sabe que Yago ha contratado a alguien para matarme. Lo necesito, Ingrid. No me preguntes por qué, pero es así.

—De acuerdo. Haz lo que creas que debes hacer, pero aléjate de él tan pronto como puedas, querida —sugirió con voz rota, y colgó.

Azucena buscó por Internet el número de teléfono de Emilio Espada Lobo y encontró cuatro coincidencias con ese mismo nombre y apellidos. Ni corta ni perezosa, marcó en el móvil el primer número y esperó impaciente a que alguien descolgara, pero pasados unos agonizantes segundos nadie lo hizo. De forma rauda y casi desesperada marcó el segundo, y volvió a esperar mientras los nervios le anudaban los intestinos.

—Sí —contestó una voz de hombre al otro lado, haciéndola enmudecer—. ¡Sí!, ¡oiga!, ¡dígame!

Colgó con presteza tras escuchar esas tres palabras seguidas. Su corazón se disparó de nuevo al oír ese timbre tan específico, aquel tono bronco y rasgado, el mismo que escuchó con anterioridad. Esa voz coincidía con la del hombre que le había llamado para avisarle del peligro que corría. Aquel desconocido había dejado de serlo aunque Azucena no pudiera ponerle rostro, pero sabía quién era, el padre de Alicia. La joven que mediante una carta avisó a Ingrid sobre la clase de monstruo que era Yago. La muchacha que antes de quitarse la vida puso en su conocimiento que había sido brutalmente violada y atacada por su hijo. Una acción que su padre sospechaba desde entonces y por eso había vigilado a Yago de cerca. Y por lo poco que había contado a Azucena, parecía conocer todos los pasos que daba su todavía marido.

Azucena no paraba de meditar, le era imposible apartar de la cabeza las historias que cada uno le había contado sobre Yago, el acto vil y despiadado que llevó a cabo con ella, la ruda forma de amenazarla cuchillo en mano, el peligro que podía correr su madre, el resto de su familia... Y lo último era la llamada anónima que le alertaba de estar en peligro de muerte. Entre la vorágine de pensamientos se formuló unas preguntas: ¿Cómo a lo largo de todo ese tiempo nadie había descubierto a Yago? ¿Cómo no había ni una sola prueba que acreditara lo que en verdad era? La máscara de cuero, ese objeto que Katia mencionó y que le causaba escalofríos, irrumpió en su cabeza. De existir, en algún lugar debía encontrarse guardada. Algún sitio daría cobijo a esa máscara y a la pistola eléctrica de la que también había hablado la joven rusa. Tras reflexionar unos minutos más se le ocurrió subir a la buhardilla, lugar donde Yago tenía su pequeño despacho montado. Igual por allí encontraba algo de eso o de cualquier otra cosa, un indicio que acreditara esa parte de la historia de Katia.

Azucena llegó a la buhardilla sin dejar de pensar que necesitaba una prueba, algo tangible con lo que Yago no pudiera negar la versión de los hechos, ni renegar de lo que era y hacía. Con esa firme idea sacudiéndole el cerebro, el pequeño bicho que cada persona guarda en su interior y que se denomina curiosidad decidió husmear para averiguar, y rastreó por todos los cajones. Al acabar, y sin haber encontrado nada en el despacho, se acercó a la habitación que allí había montada y fisgó por el interior del armario empotrado, un espacio que no solo contenía ropa, una parte había sido ocupada con archivadores. Revolvió todo, las prendas y cada uno de los ficheros, y volvió a colocarlo sin hallar nada en absoluto, sintiéndose frustrada.

Entre los nervios del fracaso y el calor que los rayos del sol acumulaban a través de las ventanas a esas horas, casi las dos de la tarde, el sudor empezó a

recorrer la piel de Azucena. Decidió encender un momento el aire acondicionado, le faltaba oxígeno para respirar, precisaba de ventilación fresca. Su sorpresa fue mayúscula cuando al abrir la pequeña tapa del cajetín que debía dar marcha al aparato se encontró con un teclado numérico, un conjunto de teclas que nada tenía que ver con accionar una bomba de aire ni regular su temperatura, era más similar a un mando. Uno que de introducir su código correcto abriría algo, como por ejemplo una caja fuerte. Las preguntas le ametrallaron la cabeza de forma veloz. ¿Para qué serviría ese teclado? No accionaba el aire, ese dispositivo estaba colocado para operar sobre otra cosa, ¿pero en qué? Que ella supiera no tenían caja fuerte, Yago nunca se lo había mencionado. Entonces, ¿para qué era eso? ¿Qué pasaría de introducir el código adecuado? ¿Qué descubriría? ¿Y cómo saber dicho código? La curiosidad dejó de ser tal para convertirse en obligación. Imperiosa necesidad por saber sobre qué mandaban esos números, cuál era su función dentro de la habitación. La intriga se apoderó de Azucena por segundos y continuó devanándose la sesera, hasta que tras un largo rato a la cabeza le llegó algo. Se trataba de una historia que escuchó en su lugar de trabajo, si bien no recordaba ni a quién. Solo se acordaba de que en su momento le pareció toda una sandez y en el hospital hubo mucha mofa con ello. Pero llegados a ese punto ya nada le parecía disparatado ni un despropósito, y nada perdía por intentarlo. Decidió no debatirse más y actuar; a pesar de lo absurdo que sonara aquello debía comprobar si funcionaba. Sin pensarlo más, bajó en busca de su set de maquillaje y subió a gran velocidad. Embadurnó la brocha con polvos de colorete y empezó a dar pinceladas sobre el teclado. Parecía que de esa forma podían apreciarse huellas dactilares que a la vista resultaban invisibles. Todo se debía a la propia grasa de la piel, que quedaba adherida en la materia que tocase. Era un método casero imitador al de la policía científica, aseguró el que lo dijo, y las burlas por lo «preciso y eficiente» del método estuvieron aseguradas por semanas entre los compañeros del hospital.

El corazón de Azucena se estrechó al ver que de manera sutil se apreciaban más oscuros cuatro dígitos. ¿Pero cuál sería la combinación correcta? Esa cantidad abría un amplio número de combinaciones. Se acercó hasta el despacho de Yago y cogió papel y boli. Regresó al teclado y lo contempló fija durante un rato, pensando, y terminó anotándolos de menor a mayor: 1, 5, 7, 9. Empezó a escribir posibles composiciones y cuando llevaba unas cuantas paró. Frenó al observar la que acababa de anotar: 1975. Ese número coincidía con la fecha de nacimiento de Yago. ¿Sería esa la clave? ¿Sería así de fácil? Con urgencia la tecleó, pero en la diminuta pantalla

apareció la palabra *Error*. Demasiado bonito para ser real, pensó de inmediato. Volvió a examinar con cuidado los números que había anotado y de repente se acordó de algo más. Un día Yago le comentó que él cambiaba los códigos secretos de las tarjetas de crédito usando una fecha significativa para no olvidarlos, si bien la utiliza al revés, del último al primer número. Esta vez los dedos de Azucena teclearon con más calma la combinación. Pensó que, de no ser esa la correcta, acertarla sería una misión imposible, pues la cantidad de probables composiciones numéricas era larga y de seguro que el mando se bloquearía de no introducir la adecuada en un estipulado número de intentos. Pero para su asombro la clave fue aceptada y la puerta central del armario comenzó a abrirse lenta y progresivamente, a la par que una luz se encendió de forma automática.

Gobernada por unos angustiosos nervios, Azucena se adentró despacio, algo temerosa al no saber con qué iba a encontrarse. El corazón se le paralizó y las piernas comenzaron a temblarle mientras contemplaba lo que el pequeño habitáculo exhibía, un zulo cuadrado de dos metros de ancho por dos de alto convertido en un almacén de depravación. En él no solo se encontraba la máscara de cuero negro que Katia había comentado ser fiel compañera de Yago, allí había artilugios concebidos para todo tipo de perversiones: látigos, fustas, cuchillos, cuerdas, grilletes, bridas, cadenas, pinzas metálicas, cuchillas y múltiples objetos sexuales de los que desconocía su nombre, pero sabía que estaban encaminados al sadomasoquismo. Y, cómo no, la pistola eléctrica. Por encontrar hasta se encontraban los mismos medicamentos que habían aparecido en su sangre tiempo atrás, algo que le causó un gran escozor en el alma. E incluso halló algunas cajas de perfume de Cacharel, el que tanto gustaba a Yago, sin darle ningún sentido a encontrarse allí escondidos. Creyó que los ojos se le iban a salir de las cuencas observando todo eso. La espeluznante visión era sobrecogedora, demasiado agresiva para su retina, corazón y alma. No podía soportar el peso de la orgía de perversión que se ocultaba entre esas paredes, que ponía de manifiesto al verdadero Yago; ese cuarto era la prueba fehaciente de lo que era. Ahora más que nunca sabía que Katia no había contado ninguna película. Ahora Yago no podría negar la evidencia. Ahora ese hombre encantador que hacía dos años la enamoró no podía continuar con su farsa, había quedado descubierto por entero a sus ojos.

Las debilitadas piernas de Azucena terminaron fallándole, sus rodillas se hincaron en el suelo a la vez que unas lágrimas surcaron por su espantado rostro. Se encontraba aterrada ante la comprensión de los acontecimientos; estaba casada con un violador, un depravado, un sádico, un asesino. El lastre

de la certidumbre pura y dura la aplastó, el mundo cayó de golpe sobre su frágil cuerpo y gritó. Lo hizo con rabia, con desesperación, con cólera... Mientras permanecía arrodillada en el suelo y su alma se rompía de dolor, los gritos dieron paso al llanto; lloró a alaridos, de forma sobrecogedora, y deshaciéndose en un mar de lágrimas perdió la noción del tiempo. Cuando por fin consiguió recomponerse un poco, hizo acopio de fuerzas para levantarse. Sin llanto en el rostro aunque cargando con una acerba y atroz aflicción que le oprimía hasta el último recoveco de su ser, abandonó el cuarto. Lo cerró dejándolo tal cual lo encontró, limpió el teclado numérico y se marchó con urgencia de su casa. Necesitaba alejarse de Yago, de todo lo referente a esa persona cruel e inhumana. Le habían avisado de estar en peligro de muerte y sabía con firmeza que su vida corría ese riesgo. Debía desaparecer. Tenía que ocultarse en algún lugar en el que se sintiera protegida y segura; Fabián se incrustó en su mente. Él era la persona que requería, él era de su absoluta confianza.

Sin dudarlo, Azucena puso rumbo a casa de Fabián. Necesitaba compartir toda esa locura con alguien, ya no podía soportarlo sola, y ese alguien era él. Precisaba de consejo, no sabía cómo actuar, pero debía hacer algo. Tenía mucho miedo de dar un paso en falso que dañase a su familia, Yago sabía que ellos eran su talón de Aquiles y de esa circunstancia se aprovechaba para manipularla y amordazarla. Pero era indudable que había llegado a un extremo en el que debía tomar una decisión, o no le quedaba más remedio que tomarla, o quizás ambas cosas juntas. No dejaba de preguntarse cuál era la decisión más adecuada, la correcta, la que le hiciera retornar a la tranquilidad, la que le alejara del peligro y amenaza que suponía Yago en su vida y en la de sus seres queridos. Cuál decisión sería la acertada, demandaba a su cerebro una y otra vez mientras conducía hasta la casa de Fabián.

El reloj marcaba más de las tres y media de la tarde cuando aparcó el coche frente al bloque de viviendas donde residía Fabián, y se apeó de él. Se encontraba tan descentrada y nerviosa que no recordaba en qué piso vivía. Sacó el móvil para llamarlo y preguntárselo, pero en ese momento algo más le asaltó causándole una gran preocupación. Cabía la posibilidad de que Fabián ni siquiera estuviera en su casa, sino en el hospital, trabajando. El corazón comenzó a latirle a ritmo frenético mientras sus temblorosas manos buscaban en la agenda del móvil el contacto. De pronto, escuchó pronunciar su nombre, y de inmediato miró al frente.

—¡Fabián! —exclamó con voz rota, corriendo hasta él que se encontraba a pocos metros, y se arrojó a sus brazos.

—¡Eh! ¿Qué te ocurre, Azucena? Estás temblando. —La separó para mirarla. Sus ojos ya se habían llenado de lágrimas.

—Creí que igual no estabas en casa. Pensé que podías estar en el hospital —habló con extrema pena.

—Acabo de terminar mi turno. Pero no creo que estés a punto de llorar por si no me encontrabas aquí. —Esperó su respuesta sin dejar de observarla.

—No, claro —afirmó en voz queda, haciendo una breve pausa—. Mi desesperación es por muchas más cosas, y necesito hablar contigo.

—¿Desesperación? —preguntó extrañado y confuso—. ¿Qué sucede?

—Subamos a tu casa y te cuento —le respondió en un tono que indicaba súplica—. Debo tomar una decisión, pero tengo mucho miedo de no escoger la adecuada y que ello empeore todo y lastime a alguien. —Las lágrimas, con lentitud, recorrieron sus mejillas.

—¡Eh, calma! —le aconsejó—. Empiezas a preocuparme aun sin saber de qué se trata, y lo que sea tendrá solución, no será para tanto. No llores, no me gusta que lo hagas. —Le enjugó el llanto con delicadeza—. Venga, subamos y te haré una tila mientras me cuentas.

—Sí, por favor, subamos. —Se encaminaron al portal.

Una vez sentados en el sofá del salón Azucena no sabía cómo empezar, y lejos de hablar, rompió a llorar con rabia y despecho. Fabián la arropó con los brazos, la estrechó contra su pecho y comenzó a besarle la cabeza. Siendo espectador directo del desalentado ánimo e inacabable sollozo de Azucena, un dolor iracundo le recorrió el alma. Desconocía los hechos pero suponía que su desazón tenía que ver con Yago, e inmediatamente barajó dos posibilidades para que ella se encontrase así de rota. La primera, que su marido le hubiera sido infiel, algo que no le extrañaría; la segunda, que hubiera vuelto a ponerle la mano encima, otro acto que tampoco le sorprendería. La sangre le hirvió al pensar el daño que una u otra acción habría ocasionado en su amada, y deseó más que nunca aplastar su puño contra el rostro de Yago, golpearlo una y otra vez hasta reventarle la cara.

Pasados unos minutos, Azucena consiguió sosegar y comenzó a hablar; lo vomitó todo. Fabián escuchaba atónito la rocambolesca historia, sin dar crédito a tanta perversión y maldad. Cuando oyó decir a Azucena que Yago la había forzado se le abrieron las carnes. Ese acto no solo era terrible, era vil y despiadado, digno de un monstruo. Pero el espanto que sintió aún fue mayor al conocer las posteriores amenazas de su marido cuchillo en mano, ahí las entrañas se le removieron y el corazón se le contrajo. Justo en ese instante el sollozo interrumpió a Azucena, y Fabián, que se encontraba tan impactado

como consternado, no sabía de qué forma consolar el dolor que brotaba de su amada; era excesivo e inabarcable. Tras tomar aire, Azucena le puso al corriente de la llamada anónima y del hallazgo del cuarto de depravación, un lugar que ponía los pelos de punta pero que verificaba la historia contada, convirtiendo a los indicios en una prueba tangible. Fabián continuaba mudo, aturdido, pensaba que nunca le había gustado Yago aunque jamás hubiera imaginado que fuera un loco y un sádico.

—¿Entiendes ahora mi desesperación? —le preguntó casi ahogada.

—¡Qué hijo de la gran puta! —exclamó con ira, levantándose de golpe del sofá, sintiendo que la sangre le quemaba las venas—. Todo lo que te ha hecho no tiene nombre, es despreciable, abominable, peor que eso, es incalificable —gritó, llevándose las manos a la cabeza, resoplando—. Y encima el muy cabrón ha encargado a un asesino a sueldo que te quite la vida, ¡maldito bastardo! —exclamó con los dientes apretados—. Él único que no merece vivir es él, a quien habría que matar de mil maneras distintas es a él, ¡a él! —repitió encolerizado—. Es... es... ¡Es un puto psicópata, joder! —escupió furibundo, maldiciéndolo.

—Eso mismo pienso yo, que es un psicópata —aseguró Azucena, volviendo a derramar unas lágrimas—. Aunque durante estos días he estado informándome más a fondo de las distintas anomalías psíquicas y también creo que Yago es un sociópata. A veces ambos trastornos van de la mano —declaró, enjugándose el llanto.

—Pudiera ser —respondió Fabián, intentado calmarse para no alterarla más a ella. Y tras respirar profundamente, añadió—: Aunque la psiquiatría no es un campo que domine, sabes que siempre me han atraído los comportamientos humanos y sociales y suelo leer sobre ello, y quizás estés en lo cierto.

—Tanto los sociópatas como los psicópatas son personas muy inteligentes que aparentan ser encantadores, aunque en realidad son mentirosos compulsivos que carecen de empatía y disfrutan dañando a los demás. Son extremadamente manipuladores, utilizan a las personas como peones para obtener su beneficio, no les importan lo más mínimo los sentimientos ajenos ni conocen la ética o moral —explicó, sintiendo que el vello se le encrespaba.

—Y además tienen una altísima autoestima que les hace verse como alguien grandioso; son narcisistas y ególatras —agregó, soplando conturbado—. Sin duda estamos describiendo a Yago, ¿verdad? —preguntó de forma retórica.

—Sí, él es así. Y peor —puntualizó Azucena asustada, mirándole a los ojos—. Yago es un hombre que tiene una excesiva tendencia por dominar, por imponer su voluntad de todas formas y maneras, a costa de lo que sea o de quién se interponga en su camino. Todo cuanto le mueve se debe a la misma causa: su ansia de poder. —Hizo una breve pausa con la que descendió la vista, aunque su miedo no disminuyó, y en tono bajo dijo—: He llegado a pensar que quizás ese hecho sea lo que le lleve a someter a las mujeres. Cree que su poder está por encima de nuestra voluntad, por eso le gusta forzar.

—*Someter, forzar...* actos para humillar, para vejar, actos animales, del todo tiranos —comentó enojado.

—Es un tirano, Fabián, y también un asesino. No olvidemos que mató a Cintia y me habló de ella sin sentir el menor remordimiento, es más, mostraba asco por su persona.

—Como a cualquier psicópata no le ha temblado la mano a la hora de quitarse un problema, ni le temblará nunca porque es un enfermo mental. Ignorando cuanto te han dicho sobre él, solo contando con lo que te ha hecho a ti, ya tenemos indicios suficientes para saber que es un jodido loco. ¡Hijo de puta! —espetó, ahogando las ganas de llorar que sintió de golpe imaginando lo que había tenido que sufrir Azucena.

—Entonces, ¿avalas mi teoría de que Yago es psicópata y sociópata?

—Desde luego yo no soy psiquiatra, pero creo que es un claro caso de manual y que sí padece ambos trastornos de la personalidad. Hace tiempo leí que entre los expertos hay bastante controversia con el tema, una mayoría opina que el psicópata nace y el sociópata se hace. Me has contado que su madre te dijo que la maldad de su hijo era innata, así que me atrevería a decir que Yago nació siendo psicópata y que algún tipo de trauma lo convirtió en un sociópata, lo cual le hace altamente peligroso —advirtió.

—Y yo le amaba tanto que he estado ciega, no lo he querido ver a pesar de las distintas voces que me estaban avisando de su verdadera personalidad —se reprochó—. Me odio por ello, por haber sido tan ingenua y estúpida —expresó con rabia.

—No, Azucena, no. —Negó con la cabeza, volviéndose a sentar a su lado, mirándola con cariño—. Ni tú ni nadie hubiera podido imaginar que Yago fuera como es. Es normal que tú te hayas negado a creer tales acusaciones sin una prueba firme. Pero ahora la tienes, ahora conoces el tipo de demonio que esconde tu marido.

—¿Qué voy a hacer, Fabián? Estoy aterrada, tengo miedo de que a mi familia le ocurra algo peor por tomar la decisión equivocada, eso no me lo

podría perdonar nunca. Pero no puedo ni quiero vivir con él. ¡Y él quiere matarme, ha contratado a alguien para hacerlo! —exclamó llena de pánico—. ¿Qué debo hacer? —Rompió a llorar presa del miedo y la incertidumbre. Fabián volvió a abrazarla con fuerza.

—Solo te queda una posibilidad, la misma que te ha dicho la madre de Yago y ese hombre que te ha alertado de estar en peligro, acudir a la policía.

—Ya lo he pensado, pero...

—¿Pero qué? —la cortó—. Aquí no hay pero que valga, Azucena, esto es muy serio.

—Lo sé, por eso me aterroriza dar un paso en falso y que él vaya a por mi madre, tal y como me ha asegurado.

—Azucena, sé que esto es muy difícil pero debes actuar —afirmó con gravedad—. Debes arriesgarte, debes poner sobre aviso a alguien, debes contar qué clase de hombre es Yago. Es por tu bien y por el de tu familia. Porque de ocurrir algo podrían sospechar de él e investigar, pero si lo silencias, si lo ocultas, nadie desconfiará «del bueno de tu marido» —expresó con retintín.

En ese angustioso momento en que Azucena se debatía sobre qué decisión tomar, su móvil comenzó a sonar. Al leer en la pantalla el nombre de Yago, la cara se le desencajó. De inmediato, mientras el aparato no paraba de vibrar con insistencia, se lo mostró a Fabián, que con un gesto le sugirió contestar. Con un trémulo movimiento de dedos, apretó la correspondiente tecla.

—Hola —saludó de forma lacónica.

—Hola, ¿qué tal te encuentras? —preguntó Yago.

—Por un estilo.

—¿Estás en casa?

—Sí, claro, aún estoy en la cama —contestó mintiendo, con el corazón disparado.

—Bueno, por tu bien espero que pronto estés mejor —comentó, y Azucena volvió a sentirse amenazada—. Te llamaba para informarte de que ha habido cambio de planes y no volveré hasta el domingo. Me marcho directamente a Madrid, mañana quieren hacerme dos entrevistas en distintas emisoras de radio, una es por la mañana y otra por la tarde. Y el sábado tengo el debate televisivo junto a los demás candidatos, así que regresaré el domingo.

—Vale —dijo, sintiendo un gran alivio. Saber que no lo tendría a su lado durante unos días la relajó. Pero de repente un pensamiento la puso tensa y le disparó el corazón, el impetuoso traqueteo le llegó a la garganta en un

segundo. Temiendo lo peor, le preguntó—: ¿Vas a pasar por casa a coger ropa?

—No me hace falta, llevo un par de trajes en el coche —contestó—. Ya sabes, hay que ser precavido y para ello la organización es fundamental.

—Muy bien —aseveró ella, desprendiéndose de los agresivos nervios. No había de qué temer, Yago no iba a enterarse de su ausencia en la vivienda.

—Cuídate, cariño, no me gustaría que te sucediera nada. Adiós. —Colgó.

La piel de Azucena se erizó tras oír las últimas palabras de Yago. Esa frase sugería más una advertencia de poder estar en peligro que un estado de preocupación por su parte. De nuevo, y con desesperación, volvió a buscar refugio en los brazos de Fabián, el único lugar donde se sentía protegida.

—¡Eh! ¿Qué te ha dicho? —preguntó desconcertado.

—Que no vuelve hasta el domingo, y una vez más me he sentido amenazada. Tengo miedo, Fabián, mucho miedo —enunció gimoteando—. Pero debo hacerlo, no tengo otra salida. Es la única alternativa que me queda y debo aferrarme a ella, como tú bien has dicho.

Fabián la separó de él y la contempló lleno de amor, admiró a la valiente mujer que había conquistado su corazón. Valiente pese a estar llena de miedo ahora mismo; aunque en eso consistía la valentía, en tener miedo, afrontarlo y vencerlo. Se sintió impotente, no sabía que más hacer por ella, por evitarle sufrimiento y dolor. De pronto se imaginó el peor de los escenarios y el temor también se adueñó de él. Experimentó miedo por Azucena. Pánico porque a la mujer de su vida pudiera sucederle algo malo. Pavor ante una hipotética situación de perderla. El vello se le puso de punta gracias a un cruel escalofrío, y la abrazó. Lo hizo con tanto vigor que creyó quedarse adherido a ella, de la misma forma que el musgo se incrustaba en la roca.

—Es lo que debes hacer —resolvió, mientras la tenía estrechada a su pecho—. Pero no vas a pasar sola por ello, yo te acompañaré, yo permaneceré junto a ti. Siempre estaré a tu lado, Azucena —declaró con ternura.

—Gracias, Fabián, muchas gracias por tu apoyo —dijo, y separándose de sus brazos reparadores de desaliento, le dio un beso en la mejilla. Él la admiró unos segundos, con devoción, y de forma paulatina acercó su boca a la de Azucena. Ella lo frenó con delicadeza, posando los dedos sobre sus labios—. Lo siento, pero no creo que sea un buen momento para esto.

—Es cierto. Perdóname, me he dejado llevar —se disculpó descendiendo la cabeza. Sintió un poco de vergüenza por su importuno acto.

—No pasa nada, tranquilo. —Le levantó la cara—. Entiende que ahora solo quiero ir a comisaría, no voy a demorarlo más.

—Por supuesto, vámonos —anunció él.

Fabián encontró un hueco próximo al edificio donde se ubicaba la comisaría, y aparcó el automóvil. Al apagar el motor y hacer ademán de apearse, Azucena le pidió quedarse allí. No quería que le acompañara, prefería acudir a la policía sola, debía hacerlo así. Fabián, un poco contrariado, decidió no discutir con ella, bastante tenía en ese momento como para añadir algo más. Asintió con resignación y se mantuvo en el interior del vehículo, observando cómo se dirigía a la comisaría, examinando de qué forma Azucena parecía vigilar cuanto estaba a su alrededor; lo hacía con miedo. Seguramente ese temor solo quería cerciorarse de no ver nada extraño antes de poner los pies en aquel lugar, querría comprobar que nadie la estuviera acechando.

Azucena sintió vértigo al pisar el interior de la comisaría. Le costó llegar al mostrador de la entrada por lo mucho que le temblaban las piernas en ese angustioso momento. Cuando llegó a él, las palabras no querían salir de su boca, el miedo hacía de ellas sus prisioneras. Pero, poco a poco, el valor fue venciendo la batalla y las palabras comenzaron a resbalar de forma tímida por sus labios, anunciando a la mujer policía que quería poner una denuncia contra su marido, aunque las lágrimas terminaron acallándola. Esta, intentando calmarla, la condujo hasta una sala y allí se sentaron. Presentándose como la agente Pineda, volvió a preguntarle la causa de la denuncia, y Azucena intentó poner en su conocimiento el motivo, pero el miedo terminó golpeándola y la noqueó. La agente Pineda la sujetó con rapidez para que su cuerpo no acabase en el suelo, y llamó a un compañero que acudió con urgencia.

Un aire fresco comenzó a espabilar a Azucena, que abrió los ojos con lentitud, vislumbrando a la agente Pineda y a un joven policía. Precisamente era el hombre el que producía ese aire a base de abanicarla con un puñado de folios.

—Señora, ¿se encuentra mejor? —preguntó Pineda.

—Creo que sí —contestó, revolviéndose en la silla.

—Ha sufrido un pequeño vahído —dijo el joven policía sin parar el abanique—. ¿Quiere un poco de agua?

—Vale —respondió en voz queda, aunque reponiéndose del ataque de pánico causante de su desvanecimiento.

Pasados unos minutos, estando Azucena más calmada y de nuevo a solas con la agente Pineda, esta volvió a demandarle el motivo de querer denunciar a su marido.

—Mi marido quiere matarme —reveló sin rodeos.

Con la respuesta, la agente Pineda confirmó lo que ya había intuido. Pero aun así, le realizó la pertinente pregunta.

—¿Es usted víctima de malos tratos por parte de su marido?

—Sí... No... Bueno, no sé —respondió Azucena, dejando muy confundida a Pineda.

—Por favor, señora, aclárese —expresó con calma—. La pregunta es fácil, ¿ha sufrido maltrato físico o psicológico, sí o no?

—Agente, este es un caso muy complejo que va más allá de los malos tratos que haya podido recibir, se lo aseguro.

—Ya, señora, entiendo que esté usted muy angustiada y que el miedo la domine y no sepa ahora mismo nada de nada. Por desgracia he sido testigo de muchas situaciones similares. —Asintió—. Pero yo debo saber a qué compañero llamar.

—Y yo debo hablar con alguien experto, con un buen policía —declaró con entereza—. Ya le he dicho que mi marido quiere matarme, pero ha contratado a alguien para hacerlo, él no va a mancharse las manos —aseguró—. Porque mi marido no es un cualquiera, no es alguien anónimo. Por eso mismo necesito un policía experto que me escuche de principio a fin, la historia es larga. —Asintió despacio—. Y sobre todo que me ayude, tanto a mí como a mi familia. Mi marido también los tiene amenazados a ellos para causarme daño a mí. Ya le he dicho que es un caso complejo.

La agente calló unos segundos, la historia desde luego parecía algo enrevesada, había hasta un asesino a sueldo de por medio.

—De acuerdo, señora. —Hizo una pausa mirándola a los ojos, los tenía cargados de temor—. Empiece por decirme quién es su marido, la persona a la que quiere denunciar.

—Mi marido es Yago Junquera Miller, uno de los candidatos a las elecciones generales de nuestro país.

La agente Pineda la contempló sin emitir una sola palabra. De sobra sabía quién era ese hombre, las encuestas lo daban por ganador de las elecciones con una amplia ventaja. No había día que no se escuchara su nombre por las televisiones y radio, o que no encabezase los titulares de los periódicos. En verdad habría que estar aislado del mundo para no conocer ese nombre y la guapísima cara que lo acompañaba.

—Desde luego que su marido no es un cualquiera, no. —Zarandeo la cabeza a la vez que arrugó los labios, meditando—. Creo que será mejor llamar a un inspector para que hable con usted. Espere un momento aquí, por favor —le solicitó.

—De acuerdo. —Asintió llena de nervios.

La agente Pineda se encaminó al interior de la comisaría en busca del inspector Garrido. Efrén Garrido era un hombre de cuarenta y ocho años, poco agraciado y con una calva importante. Aunque su físico no era relevante, en realidad lo importante de Garrido se encontraba en su expediente: era un brillante inspector de policía cuyo instinto de sabueso casi era infalible. Si bien en los últimos tiempos, y gracias a un complicado divorcio y a la lucha por sus dos hijos, su instinto andaba de capa caída, apenas lo utilizaba. A Efrén Garrido, actualmente, todo le resultaba indiferente.

—Garrido, te necesito —avisó Pineda.

—¡Oh, lo siento, nena, búscate a otro! —exclamó con mofa—. Sé que tengo un gran *sex-appeal*, que soy irresistible, pero me encuentro en un punto de mi vida en el que paso por completo de las mujeres. Solo me importa una, mi hija —puntualizó.

—¡No seas estúpido! —replicó con mala leche su compañera—. No te necesito como hombre, no estoy tan desesperada, por favor. Te necesito como inspector de policía.

—¡Uf, menos mal! —sopló—. Me has quitado un gran peso de encima, de verdad —expresó con sarcasmo—. ¿Y qué tripa se te ha roto para necesitar de mis profesionales servicios?

—Tengo a una mujer que quiere denunciar a su marido.

—¿Y para qué cojones está Gutiérrez? —protestó—. Ella es quien tramita los casos de violencia de género.

—No sé si solo se trata de violencia género o es algo más complejo. Según la mujer lo es, y a mí, por lo poco que me ha contado, también me lo parece.

—¿Aún no sabes diferenciar unos casos de otros? ¿Pero qué coño os enseñan hoy en día en la academia? —refunfuñó.

—Mira, olvídate de lo que quiere denunciar y céntrate en a quién quiere denunciar. No se trata de un cualquiera, el nombre de su marido es de gran peso. ¿Te suena Yago Junquera Miller?

—¡Coño, y a quién no! —espetó—. Todos los medios de este país no paran de mencionar el nombre del gilipollas ese.

—¿Por qué lo insultas? A mí me parece un buen político. Yo pienso votarle, me convence su programa.

—Sí, claro. A ti te convence lo mismo que a muchas otras mujeres, que el tío está muy bueno.

—¿Te gusta, Garrido? —le preguntó de forma irónica.

—¡Uf, sí, me encanta! Tengo sueños eróticos con él, ¡no te jode! —escupió con aspereza.

—¡Vale, no seas tan borde! —replicó algo molesta—. Tan solo era una broma, vaya genio que gastas —protestó.

—El que me has despertado oyéndote hablar de ese metrosexual.

—Sí, es un metrosexual, ¿qué hay de malo? Aunque te joda debes reconocer que es un hombre muy guapo, él sí tiene *sex-appeal*, mucho. Pero mi voto no se basa en su aspecto físico, he decidido confiar en él por sus ideas políticas.

—Mira, dejémonos de gilipolleces y dime por qué quiere denunciarlo su mujer.

—Según ella, porque quiere matarla, ha contratado a alguien para hacerlo. Y lo ha asegurado con firmeza y llena de miedo. Por eso he venido a buscarte a ti. Porque, como ya te he dicho, no estamos hablando de un cualquiera, sino de un aspirante a la Moncloa.

—¡Joder! ¿Quiere matarla? ¿Acaso no piensa votarle? —interpeló de forma mordaz.

—No sé, ya no le he preguntado más en cuanto me ha dicho su nombre.

—Pues vayamos a ver a esa señora para saber qué quiere contarnos.

Mientras andaban camino a la sala donde Azucena se encontraba esperando, el inspector Garrido escuchó a su instinto desperezarse. Por primera vez en bastante tiempo un caso le despertaba curiosidad. Igual tan solo se debía a que el político en particular no le caía nada bien, o quizá porque le intrigaba saber lo que su mujer contaba de ese imbécil que debía mear colonia. Fuera por lo que fuese, Garrido sintió ganas de hacer su trabajo como hacía tiempo, y eso le agradó.

—Buenas tardes, señora —dijo nada más entrar en la sala, acompañado de Pineda.

—Buenas tardes —contestó Azucena.

—Soy el inspector Efrén Garrido. ¿Cuál es su nombre? —preguntó, percibiendo el temor que exudaba la mujer.

—Me llamo Azucena Carbajal Arango.

—Muy bien, señora Carbajal, pues cuénteme.

El inspector tomó asiento y observó con desaprobación a la agente Pineda, que percatándose de la hostilidad de su mirada abandonó el lugar, dejándolos solos.

—Le he dicho a su compañera que es una historia larga. Y también le he dicho quién es mi marido —anunció Azucena.

—Sí, el señor Junquera Miller, uno de los candidatos a las próximas elecciones generales, que tendrán lugar en unas tres semanas.

—Correcto. —Asintió—. No quiero que crea que no he pensado en la posible repercusión de mi acto, pero no me queda más remedio que hacer esto, se lo juro. —Su voz se ahogó con las dos últimas palabras.

—Señora Carbajal, estese tranquila y cuénteme todo cuanto crea necesario. Mi turno no acaba hasta la diez de la noche y tengo mucha curiosidad por saber en qué se basa para afirmar que su marido quiere matarla, que ha contratado a alguien para hacerlo. Eso es lo que le ha contado a mi compañera y por lo que ha venido a denunciarlo. ¿Es correcto?

—Sí, lo es. —Asintió plagada de nervios.

—Pues empiece a hablar, por favor.

Al igual que había hecho con Fabián horas antes, Azucena comenzó a relatar todos los hechos, desde Cintia hasta llegar al descubrimiento del cuarto de depravación de Yago. Y mencionando dicho cuarto y cuanto había encontrado en él, también habló al inspector de la noche de su aniversario de bodas. Una noche de la que no recordaba nada pero que despertó con el cuerpo amoratado, con señales de violencia y un tremendo malestar. Ahora estaba convencida de que esa noche fue drogada por su marido con la intención de practicar sexo a su gusto. El inspector Garrido permaneció en absoluto silencio oyendo lo que Azucena relataba y anotando de vez en cuando algo en su libreta. No quería cortar su relato de los hechos, prefería esperar al final para hacerlo, pero tras acabar Azucena de referir su versión se había quedado impactado. De ser cierto cuanto decía, ese tipo era una persona bastante peligrosa, un demonio disfrazado de angelito.

—¡Vaya! Según cuenta su marido parece ser un ejemplo de virtudes —ironizó.

—Es la persona más cruel e inhumana que me he echado en cara.

—Vale. —Chasqueó la lengua e hizo una pausa—. Supongamos que usted me está contado la verdad.

—¡Por supuesto que le he dicho toda la verdad! —Alzó un poco el tono, se sintió molesta con sus palabras.

—Yo no he dicho que usted no la diga, señora Carbajal, pero ¿tiene algún tipo de prueba que acredite cuanto me ha contado? Porque yo es lo que necesito, pruebas, no solo conjeturas o indicios. Necesito algo más preciso, más perceptible o incluso palpable para poder abrir este caso.

—¿Entonces no piensa hacer nada? —gritó—. ¡Por amor de Dios, estoy amenazada de muerte! —exclamó angustiada—. Ahí fuera hay un tipo que desconozco pero que tiene la orden de matarme. Y no olvidemos que mi familia también está en el punto de mira de la maldad de mi marido —avisó, y las lágrimas recorrieron sus mejillas, se sentía muy indefensa.

—Señora, entiéndame un momento —la voz de Garrido sonó a ruego—. En qué me baso yo para creer que ese hombre, el que usted cuenta que le ha llamado y le ha expuesto que su marido ha contratado a alguien para matarla, dice la verdad. ¿En qué? ¿En su palabra? ¿En la de él? No puedo. —Negó con la cabeza—. Ahora, si me dijera a quién ha contratado o cómo se ha enterado él de eso, quizá podría tirar de ese hilo y descubrir algo.

—¿Y lo que le hizo a mi familia? Él no me lo negó. ¿O tampoco me cree?

—¿Tiene alguna prueba que involucre a su marido en esos hechos?

—Están las frases que le he dicho y sus avisos con anterioridad, por eso lo deduje yo y él me lo confirmó.

—¿Y cree que me lo confirmaría a mí también? Por supuesto que no —aseveró—. Comprenda que no tiene nada en contra de él. No quiero decir que no lo haya hecho, pero no tiene pruebas para acusarlo ni para denunciarlo.

—¿Y todo lo que me contó Katia sobre él? ¿Sobre lo que le hizo?

—Es la palabra de esa mujer contra la de su marido, continúa sin nada.

—Pero Cintia estuvo con Yago en su despacho. Unos días antes estuvo con él y luego apareció muerta, él también me admitió que lo chantajeó. Y Katia sabía que Cintia iba a verse con él y ya no regresó más, apareció muerta —habló con desesperación.

—Señora, no siga porque es más de lo mismo. No hay nada que lo involucre y sin eso yo estoy atado de pies y manos, por mucho que me moleste —aseveró, con la rabia navegando por su sangre. Estaba seguro de que esa mujer no mentía, su lenguaje corporal clamaba ayuda a gritos. Sin embargo, no podía ayudarla, no tenía nada a lo que agarrarse para dar caza a ese malnacido.

—¿Tampoco le vale la historia que su propia madre me contó sobre él? — preguntó asombrada.

—¿Su madre puede aportar más que palabras? Porque usted me ha contado que la carta que le envió esa muchacha fue quemada por el señor Junquera. Aunque hablara con ella, dudo que tenga alguna prueba que atestigüe que usted está en peligro.

—¿Y el cuarto que he descubierto? ¿No puede ir a verlo y sacar alguna prueba de él? ¡Todo lo que guarda ahí es más que tangible! —Su tono se elevó de nuevo.

—Para eso necesitaría una orden judicial. Y para obtener dicha orden preciso de algún tipo de prueba que convenza al juez. Es la única forma de conseguirla.

—¡Maldita sea! ¿Qué es lo que necesita entonces? —chilló.

—¿Tiene un parte de lesiones que indique malos tratos?

—No —contestó rotunda.

—¿Alguna prueba de su supuesta violación?

—No.

—¿Una grabación en la que se oigan las amenazas hacia usted o su familia, o en la que su marido corrobore ser el autor de los hechos que les sucedieron?

—¡No, claro que no!

—Pues ese es el tipo de prueba que necesitaría, señora. Eso o algo parecido. —Hizo una mueca.

—Así que no moverán un dedo hasta que me mate, ¿verdad? Es eso lo que trata de decirme. Porque entonces, cuando haya muerto, seguro que piensa que yo decía toda la verdad —enunció, mirando al inspector Garrido con furia, desesperada por el miedo.

—Mire, no le prometo nada, pero intentaré hablar con ese hombre —echó un ojo a sus notas—, Emilio Espada Lobo. A ver qué dice o si quiere contarme algo. Con suerte, de querer cooperar, igual pueda llevarme a indicios más fiables capaces de obtener una prueba. De ser así, le daríamos protección de inmediato mientras investigamos más a fondo.

—¡Y una mierda! —escupió con ira—. No quiere hacer nada porque mi marido es un hombre importante y teme que su poder lo aplaste. Pero le juro que ese hombre es un maldito psicópata y que de no temer por mi familia y por mi vida yo no habría venido nunca aquí. Aunque ya veo que tampoco ha servido de nada hacerlo —dijo, levantándose furiosa y encaminándose a la

puerta. El inspector Garrido le pidió que no se marchase pero ella ignoró sus palabras y abandonó el lugar.

Fabián empezaba a impacientarse, Azucena llevaba más de dos horas dentro de la comisaría y se debatía entre ir a buscarla o esperar unos minutos. Al fin sus ojos la divisaron, andaba con paso firme y acelerado hacia el coche. Un paso que unido a su gesto airado no parecía presagiar buenas noticias. Entró en el vehículo y cerró de un fuerte portazo, el pequeño habitáculo retumbó entero.

—¡Eh! ¿Qué ha pasado? ¿Qué te han dicho?

—Que no pueden hacer nada, no tengo las pruebas suficientes para que investiguen, todo es circunstancial. —Soltó un chorro de aire con rabia—. No pueden acusarle de algo así sin pruebas que lo avalen, no olvides que hablamos de un aspirante a la Moncloa. Aunque eso último no me lo han dicho directamente, pero te lo digo yo —habló malhumorada.

—¿Entonces? —inquirió aturdido.

—Entonces nada, Fabián —contestó casi en un grito—. Nada porque no tengo un parte de lesiones que indique malos tratos, ni pruebas de su forzamiento, supuesta violación para ellos, ni una grabación en la que se le escuchen sus amenazas hacia mi familia o a mí. No tengo nada, será mi palabra contra la de él. Punto.

—¿No les has hablado de tu conversación con Ingrid? Y la llamada que realizó el padre de Alicia avisándote de que Yago ha contratado a alguien para matarte, ¿qué dicen al respecto?

—Sí, le he contado todo al inspector Garrido, pero su respuesta ha sido que Ingrid tampoco tiene pruebas. No las tiene ni de sus propias palabras porque Yago quemó aquella carta. Y tampoco tiene una prueba que acredite que mi vida está en peligro. Ni siquiera sé si sería capaz de contar a la policía lo mismo que me contó a mí, si el temor hacia su hijo no se lo impediría. —Entrecerró los ojos con resignación—. En cuanto a lo del padre de Alicia, dice que intentará hablar con él. Si el señor aporta algún tipo de prueba que dé veracidad a lo que ha puesto de manifiesto me pondrán protección, mientras investigarían a Yago. —Calló un segundo—. Así que de momento no van a hacer nada, no pueden culpabilizar a alguien solo con conjeturas. Y menos a alguien con el poder que él tiene ahora mismo, podría empapelarlos a todos y nadie quiere un escándalo de esa trascendencia, ni manchar su expediente, cuanto menos acabar con su carrera.

Un silencio angustioso espesó el ambiente del pequeño habitáculo. Fabián percibía lo denso que se volvía el aire, le costaba hasta penetrar en los

pulmones. El miedo que destilaban lo hacía del todo irrespirable, los estaba ahogando. De inmediato se dio un toque de atención, no podía permitirse tal cosa, ser presa del pánico. Debía proteger a Azucena de alguna forma, como fuese. Estaba obligado a salvaguardar la vida de la persona que más amaba en este mundo.

—¿Sabes qué deberíamos hacer? —preguntó, rompiendo el mutismo cargado de temor.

—¿El qué? —interpeló Azucena con la voz quebrada.

—Marcharnos. Marcharnos de aquí —respondió con aplomo.

—¡¿Marcharnos?! ¿A dónde? —demandó perpleja.

—Por ejemplo a la casa de campo de mis padres, durante unos días. Eso te servirá para relajarte y pensar, y a la vez damos tiempo a la policía para ver si hablan con el padre de Alicia y mueven ficha —explicó mostrando serenidad, la que sabía le hacía falta a Azucena—. Además, Yago no regresará hasta el domingo, no debes darle ningún tipo de explicación.

Azucena pensó durante unos segundos y Fabián la contempló con detenimiento. Viendo sufrir de esa manera a su amada, sabiendo que su vida corría peligro y nadie movía un dedo para protegerla, sintió un gran resquemor por el alma.

—De acuerdo, sí —terminó contestando—. Necesito alejarme de Oviedo, de Yago, de todo. Aislarme por completo.

—Bien —dijo Fabián—. Pues vamos para tu casa a por algo de ropa. Luego a la mía a hacer lo mismo y a coger provisiones, y ponemos rumbo a Tiñana. Dirección a una acogedora casita en medio del bosque que te servirá de refugio y de relajación.

—Suena genial. Vámonos velozmente, por favor —suplicó Azucena, ansiosa por desaparecer del mundo.

El inspector Efrén Garrido, cargando una irascibilidad considerable, se encaminó al despacho del comisario. A punto de llegar a él, oyó el sonido de su móvil y con diligencia miró la pantalla. En ese mismo instante la ira desapareció, su duro gesto se destensó y tornó por uno dulce; su hija lo estaba llamando.

—Hola, Alba, cariño, ¿qué tal va todo?

—Muy bien, papá —contestó ella—. Por eso mismo no he podido esperar hasta el fin de tu turno y he decidido llamarte —explicó llena de júbilo.

—¿Y cuál es esa noticia que te hace tan feliz?

—He sacado un nueve en el examen de matemáticas.

—¡Cariño, eso está genial! —exclamó con alegría—. ¿Ves cómo podías hacerlo? Solo debes tener un poco de confianza en ti misma.

—Lo he conseguido gracias a ti y a cuanto me ayudas, papá.

—Lo has logrado por ti misma, hija —afirmó rotundo.

—Gracias, pero sabes que tú me has ayudado bastante. Y ya no te entretengo más, solo quería compartirlo contigo.

—¿Y tu hermano?

—Bien, haciendo los deberes.

—Dale un beso de mi parte. Y otro muy grande para ti. Os quiero mucho a los dos.

—Y nosotros a ti, papá. Y hablando de premios a hijos que sacan buenas notas —bromeó—, ¿me llevas al cine mañana? Me dijiste que el viernes no tenías turno.

—Cine y cena, te lo has ganado, hija. Decidid tú y tu hermano qué película queréis ver, ¿vale?

—De acuerdo, papá. Y recuerda, limpia las calles de desalmados.

—Ese es mi trabajo, cariño. Adiós.

Al colgar, Garrido pensó en su niña, en su pequeña de quince años que se estaba convirtiendo en una mujer. Sin poder remediarlo penetró en su mente la muchacha de la que había hablado la esposa de Yago Junquera, una niña de tan solo quince años a la que supuestamente el político de marras había violado de forma brutal. La sangre le comenzó a hervir; imaginar que un depravado pudiera dañar a su pequeña de esa manera, lo sulfuró. Enrabiado por sus pensamientos, se dispuso a entrar en el despacho del comisario Pereira.

Berto Pereira era un hombre fornido y de mal carácter al que Garrido tenía cogido el tranquillo desde hacía años. Sabía hasta qué punto podía forzar su opinión, lo que le hacía perder los nervios y lo que le causaba mayor alegría: que nadie, de manera innecesaria, le levantase dolor de cabeza. Pereira era un hombre acomodado en su posición, aunque en otro tiempo había sido un gran inspector que se había partido el pecho y espalda por el Cuerpo Nacional de Policía. Tampoco era cuestión de decir que en la actualidad no lo hiciera, pero ahora desempeñaba su cometido desde otra perspectiva, una más sosegada y cumpliendo de forma escrupulosa con el reglamento. Todo lo contrario a Garrido, que en más de una ocasión no le había importado saltárselo si con ello alcanzaba su fin, la detención de algún facineroso. Por esa causa, en algún que otro momento entre Pereira y Garrido habían surgido roces. No obstante, el comisario, muy en el fondo, le apreciaba de forma notable. Sabía que Garrido era un gran investigador y una persona que deseaba hacer prevalecer la justicia por encima de todo, salvo que los términos *justicia* y *ley* a veces no eran concordantes para él, y ahí era cuando chocaba en hueso con Pereira.

—Tengo un problema, comisario —soltó Garrido nada más entrar.

—¿Qué tipo de problema? ¿Aún no sabes arreglártelas solo con todos los años que llevas en el cuerpo? ¿Sabes sujetártela para mear o tampoco? —preguntó de malos humos.

Garrido comprobó al instante que Pereira no tenía un buen día, e intentó aplacar la irascibilidad que portaba consigo. Aunque se sentía atacado por las bruscas formas, no deseaba enfrentarse a su comisario porque el único que saldría malparado sería él. No tenía ganas ni fuerzas para entablar una discusión, bastantes disputas llevaba a sus espaldas gracias al afán desmedido de su exmujer por intentar separarlo de sus hijos. Aunque su alegato de defensa nunca lo logró, el juez no creyó las palabras de Elvira que insistían en desacreditarlo como padre, diciendo que no otorgaba a sus hijos los cuidados requeridos debido a que su trabajo le robaba todo el tiempo. Ese argumento

calumnioso no consiguió apartarlo de la vida de sus pequeños, lo único importante en este mundo para Garrido. Sin embargo, pasar por todo aquello y discutir con vehemencia un día sí y otro también le amargó el carácter, incluso le había vuelto más impulsivo de temperamento. Así que, antes de proseguir hablando a su superior, decidió guardarse en el bolsillo la soberbia que rebotaba su ser, y apelando a la calma le dijo:

—Disculpe, comisario, pero creo que es un tipo de problema importante del que querrá tener conocimiento, y que no actúe por mi cuenta y riesgo.

—Escúpelo de una vez, Garrido —dijo, recostando la espalda en el sillón.

Garrido puso a Pereira en antecedentes de todo lo expuesto por la esposa de Yago Junquera Miller. El comisario se quedó a cuadros al escuchar la historia, pero más se asombró al oír decir a Garrido que quería investigar y destapar a ese tipo.

—¿Qué cojones acabas de decir? ¿Cómo que quieres investigar? ¿El qué? —preguntó alertado—. El caso no tiene la suficiente base para indagar en nada. ¿Acaso tienes una sola prueba sólida, Garrido?

—No, pero...

—¡Pues claro que no, carajo! —le interrumpió—. Y sin una prueba, tan solo con indicios, no vas a investigar a un candidato para las elecciones. Y no lo vas a hacer por dos motivos; el primero, porque quedan menos de tres semanas para las votaciones y eso supondría un escándalo que hundiría su carrera; y el segundo, porque de no ser cierto, de ser todo una patraña de su mujer, el poder de ese hombre nos fulminaría con un simple pestañeo. Y yo no estoy por la labor, no pienso tirar por la borda todos mis años en el cuerpo. No tenemos caso que investigar, y lo sabes. —Frunció los labios.

—Antes de venir a su despacho he entrado en los archivos y he echado un ojo al informe de Cintia Dalmao Dorrego, la mujer que apareció muerta en la orilla del río Gafo. Su amiga, Katia Sokolova, fue quien presentó la denuncia por desaparición y a quien se llamó para reconocer el cadáver de Cintia.

—¿Y? —preguntó con malos humos.

—Declaró que Cintia fue a ver a un hombre con el que mantenían servicios, trabajaban en una agencia de señoritas de compañía. Por lo visto el tipo era un maldito pervertido que mantenía oculto su rostro bajo una máscara de cuero, pero a pesar de eso Cintia descubrió su identidad. Era un tío importante y le chantajeó para guardar silencio. Tras quedar con él no regresó jamás a su casa y días después apareció muerta. Katia aseguró que ese hombre de la máscara la había matado.

—¿Y quién era ese importante hombre? —demandó con peor humor.

—Se negó en rotundo a dar el nombre del individuo. Dijo que le tenía mucho miedo, era alguien con mucho poder y ella no quería morir como Cintia —contestó, y de inmediato añadió—: Comisario, ¿no lo ve? Concuerda con Yago Junquera, concuerda también con la historia que me ha contado su mujer. Él es un hombre importante que tendría mucho que perder si se descubriera su secreto. Por eso se oculta tras una máscara y quitó a Cintia de en medio al verse acorralado por ella. No se podía fiar de una chantajista, podría hipotecar su vida para siempre. Estoy convencido de que él es ese hombre, mi instinto lo huele.

—¿Eres nuevo en esto, Garrido? —Pereira cambió el mal genio para mirarlo con una irónica cara de asombro—. Pues claro que la señora Carbajal te ha contado lo mismo que la tal Katia. ¿Y sabes por qué? Porque es justo lo que esa mujer le contó a ella, ni más ni menos. No tiene nada nuevo, pareces un pardillo —siseó con rabia.

—¿Cómo que no? —replicó—. Está lo de ese cuarto oculto que ha mencionado su mujer, donde se encuentran todo tipo de artilugios de depravación, además de una máscara de cuero negro como describió Katia.

—¿Cuántas máscaras cómo esa habrá por el mundo? ¿A cuántas personas le gustará practicar ese tipo de sexo, con una máscara puesta? —formuló las preguntas al aire, mirando hacia el techo, dándose pequeños golpecitos en los labios con sus dedos—. ¿Te has parado a pensarlo? —Sus ojos volvieron a encontrarse con la cara de Garrido—. Porque, ¿qué pretendes que hagamos? ¿Detenerlo por ser aficionado al sexo duro? Ese es su gusto personal y no existe una ley que vaya contra ello, ¡hostia! —Alzó la voz, y de carrerilla agregó—: Al igual que no existe una prueba que lo relacione con algo de lo que estás exponiendo. De hecho, no hay nada que haga sospechar el tipo de sexo que le gusta practicar a ese hombre —bufó enojado—. Eso solo lo sabrá su esposa y las otras muchas a las que se ha follado. Y ninguna de esas mujeres jamás ha puesto una denuncia contra él, y por lo que se cuenta la lista es extensa.

—De acuerdo, comisario —aseveró, y de inmediato insistió—: Pero si pudiera entrar en ese cuarto igual encontraba algo que lo incrimine. —Pereira lo fulminó con la mirada.

—¿Y quién te daría una orden judicial para entrar en su casa y en ese cuarto, insensato? No tienes motivos suficientes para pedirla, también lo sabes. ¿O piensas hacerlo a tu estilo volviendo a efectuar un allanamiento de morada para conseguir tu objetivo? ¿Eh? —le reprochó.

—¡No, por supuesto que no! —contestó molesto—. Aquello fue una impulsiva insensatez —declaró, pensando en el desacierto tan grave que fue entrar en la casa de aquel atracador. Una acción de la que él mismo se avergonzaba por la ilegalidad que portaba y que no le agradó que Pereira le echara en cara.

—Menos mal, al fin escucho una palabra con cordura —sopló con alivio.

—Pero, comisario, quizá...

—¡Joder, reconócelo, no tienes caso, Garrido! —exclamó en grito, dando un golpe seco en la mesa—. Los dos sabemos que su abogado dismantlaría los indicios en menos de un minuto y nos comería con patatas. Sabes tan bien como yo lo primero que uno de esos estirados nos diría: «Dónde están las pruebas de semejante acusación, señores». En defensa de su cliente nos relataría que su mujer, despechada al enterarse de las infidelidades de su marido, se lo habría inventado para hacerle daño. ¿Y quién no lo creería? De todos es conocida la fama de mujeriego que ese cabrón tenía antes de casarse, la prensa lo ha mencionado en más de una ocasión, y no sonaría nada extraño que lo siguiera siendo. Y una mujer dolida y resentida puede ser tan peligrosa como una bomba atómica —explicó, uniendo sus manos y apoyando los brazos encima de la mesa—. Con un sencillo chasquido de dedos su abogado nos tiraría el caso antes de comenzar. Seríamos el hazmerreír de todos, nos joderían vivos por haber generado la sombra de la sospecha en un candidato a la presidencia y nuestro futuro se iría a tomar por culo. No gracias, Garrido, paso.

—¿Y yo puedo indagar de manera extraoficial? Vamos, merodear un poco en mis horas libres.

—¡Mira que eres testarudo, coño! —Sacudió la cabeza de un lado a otro—. En mi opinión es una mala elección porque no tienes nada fiable. Y te daré un consejo, Garrido, no metas las narices dentro del mundo de los poderosos, ellos tienen la suficiente fuerza para arrancártela de cuajo.

—Bueno, mi nariz es muy grande, señor. No me importará perder un trozo si con ello consigo encontrar mierda que poder limpiar —afirmó con seguridad.

—Veo que te va a dar igual lo que yo diga, vas a hacer igualmente lo que te dé la gana, para no variar, como vienes haciendo últimamente.

—Con todos mis respetos, comisario, a mí no me deslumbran ni me asustan los políticos y los poderosos. Es obvio que todos cagamos sentados.

—¿Sabes lo que te digo, Garrido? Que allá tú —soltó, acompañando las palabras de aspavientos con las manos—. Pero luego, de sucederte algo,

atente a las consecuencias y no se te ocurra decirme nada; ya te lo he advertido y no te he dado ningún consentimiento. Aunque tampoco voy a poner a uno de mis hombres detrás de ti para averiguar qué haces en tu tiempo libre. Tú mismo. Y ten clara una cosa, de sospechar alguien que estás husmeando sobre la vida del señor Junquera y por consiguiente recibir yo un toque de atención, negaré saber nada de esta conversación.

—¿Qué conversación, señor? —interpeló Garrido, encogiéndose de hombros y mostrando extrañeza en su semblante, dejando patente que solo él asumiría la responsabilidad de sus actos.

Sin mediar una palabra más, el inspector Efrén Garrido salió del despacho del comisario Pereira con sumas ganas de acabar su turno para proceder a su investigación extraoficial. Con lo que había escuchado a Azucena, a Garrido, por el contrario que a su comisario, le sobraban razones para sospechar de Yago Junquera Miller. Ansiaba por iniciar sus particulares y privadas averiguaciones, además, para hacerlo, tenía la suerte de disponer del día siguiente gracias a su libranza. Garrido necesitaba y quería una prueba y no pensaba rendirse hasta lograrla. Sabía que el tiempo jugaba en su contra, iba contrarreloj, y por esa misma razón le daba igual no dormir en toda la noche hasta conseguir algo con lo que poder empezar. Era consciente de que había una vida en juego, la de la señora Carbajal, y eso le inquietaba tanto como le hacía impacientarse por empezar sus pesquisas.

Martín cogió el portátil para mirar los movimientos de su cuenta de Andorra. Su ingreso debería estar hecho ya, de lo contrario, llamaría al señor X para pedirle explicaciones. Aunque Martín sabía quién se escudaba tras esa incógnita, el político de moda, y eso constituía para él una gran noticia. O sin duda alguna lo que resultaba una primicia era lo que le demandaba el señor en cuestión. Un asunto que en términos periodísticos sería una importante exclusiva que reventaría las ediciones y por consiguiente las ventas; a nivel social todo un escándalo, a más de uno se le abrirían las carnes al enterarse; y en lo concerniente a la política el final de su carrera, su tumba.

Como buen político el señor X era un gran mentiroso, dominaba el arte de la falacia de forma tan magistral como Velázquez los pinceles. Por eso Martín estaba molesto con él, por su falta de palabra, por su engaño. Eliminar a Katia no se había desarrollado de la manera esperada, pero él había cumplido con su parte, él se había expuesto, había corrido un riesgo y eso tenía un precio. Uno que Yago no había terminado de pagar a pesar de haberle prometido eliminar el problema de raíz, lo acababa de comprobar. Y con Martín no se jugaba en términos económicos, con referencia al dinero no tenía miramientos con nadie ni tolerancia en regateos. Y sobre todo, no confiaba en alguien que prometía una cosa y no terminaba cumpliéndola; y el señor X estaba en dichos términos y no pensaba consentírselo. Cabreado viendo que su cuenta continuaba sin movimientos, Martín cogió el móvil y marcó el número de Yago. Esperó con forzosa paciencia a que descolgase, pero no obtuvo respuesta. De nuevo lo intentó, aunque tampoco consiguió entablar conexión. Cesó en su propósito malhumorado, pensando que volvería a insistir más tarde, que no iba a abandonar en su empeño hasta obtener lo que le correspondía; el maldito señor X tenía que satisfacer el pago acordado.

Antes de abandonar la emisora de radio en la que acababa de ser entrevistado, Yago entró en el aseo. Después de vaciar la vejiga y lavarse las manos, sacó sus dos teléfonos; el iPhone último modelo que todos conocían y el que servía para sus fechorías y nadie tenía constancia. En este segundo vio unas llamadas perdidas de Martín, y enseguida contactó con él.

—Hola, señor X —contestó Martín secamente.

—¿Qué quieres? ¿Hay novedades con lo que te solicité?

—Sí y no.

—¿Qué coño quiere decir eso? —interpeló, exudando un chorro de soberbia.

—Quiere decir que sé dónde se encuentra la señora Carbajal y con quién, pero como no ha habido novedades en mi cuenta no pienso mover un dedo al respecto.

—Estoy esperando a que acabes tu trabajo para saldar la deuda, no lo olvides —respondió en tono de mandato.

—¡Esto no funciona así y lo sabe! —escupió con rabia—. Yo hice mi trabajo, pero a veces causas externas pueden alterar los planes. Esa tal Katia está en el hospital con heridas graves, aunque por desgracia sobrevivirá. Pero tan solo lo hará dentro de ese edificio, en cuanto salga acabaré mi trabajo, no lo dude. Me pareció entender que ayer le quedó claro cuando lo hablamos, y que esta misma mañana me ingresaría el dinero.

—Pues entendiste mal. A trabajo finalizado, no antes —dijo con firmeza, nadie le iba a retar a él.

—Entonces no finalizaré ese trabajo ni ninguno más, señor X —advirtió, poniendo en relieve las dos últimas palabras—. Y no lo haré porque no me gustan los hombres que incumplen su palabra, uno no puede fiarse de ellos.

—¡Escúchame bien, imbécil! —espetó furioso—. Yo no he incumplido mi palabra, eres tú el que no ha terminado su trabajo. Y lo vas a acabar. Vas a acabar el trabajo de Katia y el de Azucena —le ordenó—. Cuando lo hagas te pagaré todo y seré generoso, te recompensaré con cinco mil euros más.

—¡Quiero mi dinero ahora, ya! —levantó el tono—. Trabajo hecho, trabajo pagado —recalcó con cólera, masticando cada palabra—. Eso fue lo que acordamos y yo he cumplido mi parte, aunque esté por rematar, pero tiene mi promesa de que lo haré. Es lo que pactamos, señor X, es una simple cuestión de confianza.

—El que no cree poder confiar en ti soy yo, eres un chapuzas —soltó con arrogancia.

—¡Ah, sí! ¿Eso piensa? —Martín elevó el tono, se sintió agredido con sus palabras—. Pues si no le parece bien cómo trabajo vaya usted mismo y liquide a esa Azucena Carbajal. De esa forma el trabajo le saldrá gratis, el mío, aunque chapucero, tiene un precio. Es más, le voy a decir dónde puede encontrarla para hacer su trabajito, y esta información se la regalo, yo también soy generoso —añadió con sarcasmo, decidiendo que iba a omitir la visita de Azucena a la comisaría en venganza por su incumplimiento—. Vaya a Tiñana, se encuentra en el Concejo de Siero. Con dirección a Fueyo, cerca del arroyo Fuensanta, hay una casa de madera en medio del campo, delante de una frondosa arboleda. Allí podrá encontrarla junto a ese colega médico que la acompañó a Londres. Ahora sí parece que esos dos están liados, se les ve muy cariñosos y acaramelados.

Martín soltó eso con la única idea de fastidiar a Yago. Sabía que ella era su esposa y quiso sembrarle la duda, pues estaba convencido de que le molestaría suponer tal acción; era una simple cuestión de orgullo masculino. La rabia corrió a galope tendido por las venas de Yago mientras digería la noticia. No le importaba Azucena, pero siendo suya, siendo su esposa, no iba a consentir que le engañase con nadie. Jamás. Y mucho menos con el papanatas de Fabián. Un incómodo silencio se instaló en los auriculares, hecho que sirvió a Martín para confirmar que sus palabras habían cumplido la misión.

—¿Crees que no sería capaz de hacer tu trabajo? —preguntó al cabo de uno segundos, dejando a un lado lo que Martín le acababa de decir, fingiendo no importarle—. Por supuesto que sería capaz. Desde luego que podría hacerlo, y mil veces mejor que tú. Puedo asegurarte que yo no habría fallado con Katia. —Su voz se hizo eco de su orgullo.

—Pues adelante, todo suyo, señor perfecto —expresó con retintín—. Puede hacer ese trabajo e incluso terminar el de Katia, yo no pienso hacerlo a menos que me ingrese lo que me debe. ¡Paso! —Colgó sulfurado.

Yago se quedó sorprendido, Martín le acababa de colgar, pasaba de sus órdenes. En ese momento, de tenerlo frente a él, le hubiera arrancado el gaznate de cuajo. De esa forma no podría volver a emitir ni un solo sonido, menos pronunciar palabras falsas como las que acababa de escupir, acusándole de incumplidor cuando el único que no había ejecutado su parte era él. Y sin efectuar el trabajo tal y como le había ordenado, él no iba a concluir el pago. Martín era un maldito embustero incapaz de asumir que el encargo no había llegado a su fin, y que sin el fin era igual que no haberlo hecho. Apoyando la espalda en la pared de azulejo, Yago pensó en su mujer,

la misma que le había jurado fidelidad y sin embargo no paraba de engañarlo. Le había puesto la absurda excusa de un dolor de ovarios con la única intención de no estar con él, seguro que para irse con Fabián. De súbito se los imaginó juntos, besándose, en la cama, restregando sus desnudos cuerpos, jadeando al compás... y sintió un escozor atroz en las entrañas. Azucena había traspasado todas las barreras que le estaban prohibidas y él no iba a tolerarlo. No podía consentir que fuera tan desleal y mentirosa. No le permitiría más agravios hacia su persona; ni uno más.

—Te arrepentirás, puta, te arrepentirás, juro que te arrepentirás —repitió una y otra vez con insistencia, furibundo.

Pero los fríos sentimientos de Yago lograron retener la rabia que estaba a punto de gobernarlo, y tras meditar unos minutos llegó a una firme decisión: él mismo mataría a Azucena. Y no solo a ella, de paso también haría lo propio con Fabián. Ese gilipollas se había ganado la condena a muerte gracias a inmiscuirse en su relación. Estaba convencido de que no le hacía falta Martín, un asesino a sueldo un poco desmañado, él sería mucho más meticulado y hábil. Además, no sería la primera vez que arrebatara la vida a alguien, y nadie había sospechado de él, ni lo harían. Y lo mejor, le apetecía hacerlo. Quería darse el gusto de acabar con la falsa y entrometida de su mujer, deseaba que lo último que contemplara al dejar este mundo fuera su cara. Imaginar dar muerte a Azucena a Yago lo llenó de placer. Sintió una respuesta deleitosa ante un estímulo depredador, de la misma forma que los perros de Páulov, que salivaban condicionados por un aprendizaje por asociación, estímulo-respuesta. Él ya conocía el goce que otorgaba arrebatarse una vida de esa forma, sabía lo que disfrutaría al acabar con su mujer y salivaba por ese momento.

Yago abandonó el aseo calmado y con un único objetivo en la cabeza: diseñar un plan para quitarse de en medio a su mujer y amante. Aunque también debía buscar la fórmula para que el resultado de tal acción no repercutiera de forma negativa en su carrera, todo lo contrario, debía actuar como un imán en los votantes y de forma extremadamente cortoplacista. Al fin y al cabo lo único importante para él era la política. Todo cuanto había hecho, incluido casarse con Azucena, solo tenía un propósito, el que le había prometido a su abuelo: llegar a ser el hombre más poderoso de su país, escribir su nombre en la historia. Y con las elecciones a la vuelta de la esquina alzándolo como ganador, nada podía variar ni frustrar su sino.

* * * *

El viernes fue un día muy tranquilo y sosegado para Azucena, dos adjetivos de los que últimamente apenas si recordaba su significado. Pero estar en esa casita en medio del campo, con el trinar de los pájaros como banda sonora, el olor del rocío dando los buenos días y la quietud y serenidad de la naturaleza acogiéndola, le había hecho rememorarle. Y era maravilloso, justo lo que requería. Así pasaron el día entero Fabián y ella, relajados, paseando, hablando, desahogándose, compartiendo... E incluso su compañero, y a base de soltar chascarrillos, logró sacar una sonrisa a la bonita cara de Azucena, un gesto que hizo vibrar a su corazón.

Ese mismo viernes, por el contrario, fue un día pésimo para Yago. La mañana había empezado con mal pie gracias a la falta de profesionalidad de Martín, ocasionándole tomar decisiones imprevistas. Desde entonces su mente se encontraba tan centrada en urdir el plan que, contradictoriamente, estaba descentrado. Manzanedo se lo notó rápido, lo conocía bien en ese sentido. Ya lo había notado distinto al abandonar los estudios de la primera emisora, pero ahora Yago evidenciaba claras muestras de estar a kilómetros del asiento que ocupaba. En cuanto la entrevista de radio finalizó le faltó tiempo para acercarse a él y preguntarle qué le ocurría. Con su habitual flema, Yago le contestó que no se preocupase, tan solo había discutido con Azucena y eso lo perturbaba un poco. Con esa simple frase su minuciosa maquinación empezó a tomar forma en ese preciso instante.

En cuanto Yago entró en la habitación del hotel en el que se hospedaba se vio en la obligación de volver a llamar a Martín. El diseño de su plan estaba provisto de un arma, algo que no tenía pero precisaba, y la única persona que podía suministrarla era él. Por mucho que le molestase requerir de nuevo o en parte sus servicios, debía hacerlo. Marcó y esperó a que Martín descolgara, pero no lo hizo. Volvió a llamar de nuevo e ídem de ídem. Y repitió la misma acción otra vez. Y una más. Y otra a continuación. Y Yago comenzó a desesperar ante la omisión de respuesta por parte de Martín. Pensó que de no contactar con él el plan podía irse al garete, y no estaba por la labor de que eso sucediera. Quería a Azucena muerta, lo deseaba con codicia, con la misma que ansiaba por asentarse en la Moncloa. Aunque ahora deseaba entrar en ella sin tener a su mujer al lado, sin soportar a una repugnante traidora cerca de él. Sentándose en el borde de la cama, meditó de qué otra forma lograr su propósito, pero era consciente de que sin un arma de fuego la situación se complicaba mucho. Con ella podía intimidar a los dos a la vez,

para lo que su mente había ideado era mucho mejor que un arma blanca. Un robo con fuerza concluido en homicidio quedaba más profesional a balazos que a navajazos, o al menos así se lo parecía a él.

Dejando caer su cuerpo en la cama, Yago empezó a repasar el estructurado plan. De manera inminente se vio interpretando su mejor papel, el de esposo abatido, afligido hasta los tuétanos por la pérdida de su mujer y lacrimógeno en más de una ocasión. Su dolor crearía una gran empatía entre los ciudadanos que sería convalidada con votos. Muchos votos. Porque él no abandonaría su candidatura, declararía que era lo único que le quedaba y lo que su esposa desearía; el trabajo le anclaría a la vida. Y en realidad en parte de esa cuestión no mentiría, a fin de cuentas lo único que de verdad le importaba era tomar posesión de la Presidencia del Gobierno como fuera y a costa de lo que fuese. Daba igual a cuántas personas tuviera que quitar de en medio para alcanzar su meta. Pero de repente, entre el regocijo y la satisfacción, a Yago le asaltó una duda: ¿Cómo encontraría la policía el cadáver de su mujer si nadie sabía dónde se encontraba? ¿Dónde iban a buscar? ¿Cómo iban a hacer ese tipo de relación con su mujer, Fabián y Tiñana? No había tenido en cuenta ese asunto, un importante detalle, y desde luego él no podía mencionarlo, nadie podía sospechar que sabía algo al respecto. Era más, debía hacerse el sorprendido cuando los encontrasen, fingir estar sobrecogido por el engaño y destrozado por la pérdida. Pensando con rapidez y con su habilidad para urdir, en unos minutos halló la solución. Dado que la evanescencia de Fabián también sería un hecho, él, en silencio y con su particular astucia, se encargaría de llevar las pistas hasta la casa de Tiñana. Y lo haría porque precisaba de celeridad en la resolución del caso, por nada más. Las comisuras de sus labios se estiraron hasta casi rozarle las orejas mientras visualizaba el plan; ahora todo estaba bien entretejido, dispuesto para llevar a cabo la función.

Incorporándose, Yago cogió de nuevo su viejo teléfono y marcó el número de Martín. Debía hacerse con una pistola lo más rápido posible, era lo único que le faltaba para que su plan fuera preciso al milímetro.

—¡A ver!, ¿va a estar toda la puta noche llamándome? ¿Qué cojones quiere ahora? —preguntó Martín cargado de acritud.

—Necesito algo de ti y prometo pagártelo muy bien —anunció Yago en tono persuasivo.

—¿Cómo de bien? ¿Igual que mi último trabajo? No, paso. Además, soy un chapuzas —escupió cabreado y molesto.

—Te pagaré seis mil euros por una pistola. Solo por eso.

—¿Va a liquidar usted mismo a la tal Azucena Carbajal? —interpeló intrigado.

—Yo no he dicho eso, Martín —aseguró muy serio—. Yo solo he dicho que quiero una pistola, y munición, evidentemente. Pero no he dicho para qué la quiero, ni siquiera si es para mí.

—Usted disculpe —añadió con ironía—. Tan solo he despejado las incógnitas dentro de la ecuación y es lo que me ha dado por resultado.

—Pues lo tuyo, por lo que parece, no son las matemáticas. —Chistó—. En fin, quiero que me hagas llegar una pistola con su correspondiente munición dentro de un discreto paquete. La dejarás en la recepción de un hotel, con un número de referencia que voy a darte. Los recepcionistas ya estarán al tanto de recoger dicho paquete, que debe llegar antes de las ocho de la mañana.

—¡Joder! ¿Y no lo prefiere ya mismo? —siseó—. ¿Qué se cree, que las pistolas las venden en el supermercado?

—Demuéstrame que sabes hacer bien tu trabajo y que yo estoy equivocado —explicó con arrogancia, intentando retarle para lograr su objetivo.

—Yo no tengo que demostrarle nada a usted —afirmó con rabia, y vacilando unos segundos prosiguió—: Pero está bien, mañana tendrá su paquetito. Aunque el precio por servicio urgente es más caro.

—¿Cuánto? —interpeló Yago airado al ver que jugaba con él.

—Diez mil euros —respondió—. Y quiero que el pago esté realizado antes de dejar el paquete. Y no se le ocurra regatearme porque no estoy de rebajas —habló desafiante.

—Está bien —concluyó con malhumorada resignación—. Apunta el hotel y el número de referencia. A las siete y media realizaré la transferencia.

—Y en cuanto me llegue el mensajito de «Transferencia a su favor por valor de 10 000€», dejaré el paquetito en dicho hotel, delo por hecho —aseveró con firmeza—. A ver, dígame, que anoto.

Nada más apuntar el nombre y dirección del hotel, además de una extraña referencia, Martín colgó y se frotó las manos con avaricia. Se echó a reír mirando aquellos números alternados con letras que el «señor X» le había dictado, sabiendo que actuaba así para no darle su nombre. Pero él conocía de sobra su identidad, y sin duda se había convertido en una baza a su favor a la hora de detenerlo algún día la policía. Porque Martín sabía que la pasma andaba pisándole los talones, estaban a su acecho, pero ya le daba igual. Estaba cansado de huir, de permanecer siempre escondido; demasiado agotado a sus sesenta y cuatro años para seguir peleando. Había llegado a un

punto en la vida en el que no iba a oponer la menor resistencia a lo que tuviera que ocurrirle de cara a la justicia. Por eso grababa todas sus conversaciones con Yago, ese tipo de información, proveniente del que podía llegar a ser presidente del país, valía su peso en oro. Algún día esas palabras podrían transformarse en su salvavidas.

* * * *

El sábado se mostró muy distinto al día anterior. Azucena, contando las horas que quedaban para llegar al domingo, empezó a desesperar. Su actitud de aparente calma se desbordó ante la inminente cuenta atrás con la que debía tomar una decisión. ¿Pero cuál sería la resolución acertada? Se encontraba muy perdida y de ahí toda su angustia. No sabía qué hacer, si regresar a su casa y fingir durante unas semanas más, hasta el término de las elecciones; o marcharse para siempre, desaparecer. Pensar en una posible escapada le llenaba de sosiego pese a saber cuánto extrañaría a los suyos, que igual no volvía a verlos en mucho tiempo. Aunque esa serenidad se esfumaba de golpe al meditar las amenazantes palabras de Yago dirigidas a su familia, le horrorizaba recordar lo que podía sucederle a su madre. Sin embargo, también le suscitaba pánico retornar a su vida, estar cerca del depravado hombre que tenía por marido y saber que alguien estaba esperándola para matarla. Estaba sumergida en una vorágine de dudas y desesperación, había entrado en un bucle sin final ni escapatoria. Todas las posibles salidas le causaban pavor por sentirse desprotegida. No deseaba que sus seres queridos salieran lastimados, pero lo último que quería era volver a ver la cara de Yago, el rostro de un hombre al que había llegado a amar con locura. Aunque en realidad se había enamorado de algo ilusorio, de una invención creada con la intención de seducirla por un interés. Se prendó de otra persona, de otro Yago, uno que ocultaba su verdadera personalidad, la maldad que contenía, el instinto dominador capaz de convertirlo en violador y asesino. Unos agresivos nervios se propagaban de continuo por el cuerpo de Azucena impidiéndole tomar una decisión. Tenía tanto miedo, se encontraba tan desorientada, que solo fue capaz de llorar durante ese largo día. Lo hizo en brazos de Fabián, estrechada a su pecho, sintiendo su calor, los latidos de su corazón, su cuerpo arropándola... Ese era el único lugar en donde en ese crucial momento de su vida se sentía resguardada.

Fabián no paró de consolar a Azucena a lo largo del interminable día. Trataba de ayudarla a encontrar soluciones para calmar su desesperación, a la

vez que él intentaba disimular la suya, puesto que se encontraba desesperanzado, pero ante todo asustado. Le aterraba la posibilidad de que el psicópata de Yago cumpliera sus intenciones y acabara con la vida de su amada. Imaginar tal escena le originó un frío gélido y angustioso que le envolvió de arriba abajo, le atenazó las entrañas causándole un dolor tan pernicioso que de no sentirlo nunca hubiera creído que existiera. Debía salvaguardar a Azucena, protegerla se había convertido en su caballo de batalla, en todo por cuanto respiraba y vivía. La amaba tanto que no iba a dudar en defenderla a ultranza.

Por fin la noche se echó encima de ellos, y el llanto de Azucena, que se había ido alternando entre periodos de silencio, dejó de afluir por largo rato. Fabián, intentando relajar los ánimos, decidió poner algo de música, tal arte siempre era una buena terapia. Se levantó y ojeó los CD que allí se encontraban, la variedad no era mucha, y mostrándoselos a Azucena le pidió que eligiera qué oír. Ella escogió uno de Tony Zenet, lo hizo porque sabía lo mucho que a él le gustaba ese cantante, aunque desconocía que una de esas canciones le ocasionaba más daño que agrado. Fabián no se opuso, a pesar de saber que en unos minutos «Soñar contigo» estaría de nuevo tentando en su dolor, y lo introdujo en la cadena musical. Con la música comenzando a sonar, se sentó al lado de la mujer con la que no paraba de soñar. Cuando los primeros acordes de la canción en cuestión cargaron el ambiente, él fijó su mirada en los verdes ojos de Azucena, con ellos le fue confesando los mismos sentimientos que contaba la letra. Ella no pudo pasarlo inadvertido, sabía que el iris de Fabián estaba hablando, que lo hacía por la voz del cantante, expresándole cada palabra como propia. A medida que la canción avanzó, casi llegando a su fin, él aproximó su rostro al de Azucena, hasta reducir la distancia a unos escasos centímetros, y le susurró:

—Déjame soñar contigo, pero despierto. —Le acarició la mejilla con dulzura.

—Fabián, dame tiempo —le suplicó ahogada, separándose un poco.

—Todo el que quieras, yo siempre estaré esperándote —le confesó.

La música continuó y ellos la escucharon en silencio, o hicieron que la oían y por eso no emitieron ni una palabra, hasta que finalizó la última canción. Justo en ese instante, con el vacío imperante, Azucena soltó un suspiro estremecedor y cargado de desencanto que fracturó el mutismo en pequeños pedacitos. Fabián, con mucho cariño y ternura, y en un gesto por aliviar su desconsuelo, se aproximó más a su cuerpo y posó el brazo encima de sus hombros.

—He estado tan ciega, Fabián —aseguró con un leve temblor en su labio inferior.

—Lo sé, me di cuenta de ello —confesó con quietud. Su fuero interno casi le exigió sincerarse con ella.

—¿Y por qué no me dijiste nada? —interpeló con cierto reproche.

—Lo intenté, Azucena. Créeme que lo intenté —contestó, ignorando la implícita amonestación en su tono de voz—. Lo hice cuando me contaste que estabas viéndote con él, y una vez más cuando el muy cabrón te puso la mano encima y tú hiciste de abogado del diablo defendiendo lo indefendible —explicó—. ¿Y qué ocurrió? Que terminamos discutiendo. ¿Para qué iba a insistir, para acabar perdiendo tu amistad? No —aseveró rotundo—. Preferí callar. Cuando uno no quiere ver, no ve por mucho que le digan. Nadie te puede quitar la venda de los ojos si tú no quieres.

—¡Dios, qué ciega, qué ciega! —replicó con insistencia, decepcionada consigo misma—. ¿Cómo he podido ser tan tonta y cegarme hasta el punto de anularme?

—En ocasiones el amor nubla todos los sentidos, ofusca, Azucena. Lo sé por propia experiencia —añadió, trayendo al recuerdo lo vivido con su exmujer.

—A mí me obcecó en exceso —se reprendió con dureza.

—No te voy a contradecir —admitió, retirando un mechón de su cara con delicadeza—. Pero sí te digo que no debes castigarte más. Nadie jamás hubiéramos podido sospechar cómo era Yago en realidad.

—De acuerdo, era difícil imaginar que es un psicópata. Y también es cierto que cuando uno se enamora se le velan los sentidos, pero nunca hasta tal punto, Fabián. —Meneó la cabeza con tribulación—. Yo lo tenía que haber presagiado porque me lo estaban avisando, desde el principio tenía que haber supuesto que esas historias no podían ser falsas.

—No te hagas eso, te lo ruego, no flageles más a tu mente. Yago te vendió una fantasía y tú te la creíste porque no tenías razones para dejar de hacerlo. Él se mostró como el hombre perfecto, ¿cómo luchar contra eso sin demostrar lo contrario?

—Se puede amar, amar con locura, Fabián, pero nunca dejarse guiar hasta perder la personalidad. Porque eso es lo que me ha ocurrido a mí, me he anulado como mujer, como persona —sollozó.

—Es un manipulador y sabe hacer su trabajo de forma sublime. Por favor, no te atormentes más —le aconsejó, estrechándola contra el pecho para

consolarla mientras notaba el sacudir de su llanto, algo que le partía el corazón.

Azucena se aferró a su cuerpo como un alma a la vida, así de fuerte. Estando junto a Fabián todo le parecía diferente, le resultaba más sencillo. Él le proporcionaba una paz que le era primordial para enfrentarse a ese momento tan espeluznante. Entremedias de sus brazos, su calor y consuelo, Azucena al fin comprendió por qué despertaron en ella aquellos sentimientos tras su frustrado encuentro en Londres; nunca los había enterrado, tan solo fueron aparcados pero permanecían vivos en su interior. Por eso Fabián era tan importante para ella, por eso se sentía tan a gusto con él, por eso aquellos besos y caricias hicieron cimbrear a su corazón. De golpe, un desmenuzador malestar la embargó hasta sacudirla. Ahora era más consciente que nunca de que Fabián estaba enamorado de ella, llevaba mucho tiempo estándolo, y pensar en cuánto había tenido que sufrir desde que ella empezara su relación con Yago le hizo picadillo el alma. De nuevo comenzó a llorar más fuerte, y una vez más Fabián la consoló, aunque esta vez sin sospechar que su amada no solo lloraba por Yago, o por su familia, o por ella; ahora también lo hacía por él, por imaginar el daño que le había causado. Y de ese modo, con Azucena vaciando su sentir y Fabián absorbiendo su dolor, a altas horas de la madrugada terminaron sucumbiendo al sueño. El llanto era lo que tenía, resultaba agotador; igual de extenuante que soportarlo sin encontrar la manera de aliviarlo.

Por fin llegó el gran día, el importante debate televisivo en el que todos los candidatos a la Presidencia del país iban a verse las caras y marcarían posiciones. Minutos antes de que diera inicio, Yago, como tenía previsto y anunciándoselo primero a Manzanedo, se marchó a un lugar tranquilo para realizar una llamada a Azucena. Pero con deliberada intención no la llamó al móvil, sino al teléfono de casa, pues de sobra sabía que su mujer no se encontraba allí. En cuanto el pitido del contestador indicó que estaba preparado para grabar el mensaje, Yago comenzó a expulsar su trama por la boca. Una que pretendía convertir en su coartada.

—Hola, Azucena, cariño. Solo quería decirte que regresaré a casa en cuanto acabe este circo televisivo. No soporto que estés así, no me gusta que estés enfadada conmigo. Estoy seguro de que ahora mismo no has querido ni cogerme el teléfono, pero no te lo voy a reprochar, tan solo quiero que sepas que te amo con toda mi alma, que eres lo más importante de mi vida, que yo no soy nada sin ti. Ambos sabíamos que esto iba a ser duro y que a veces nos mantendría separados, aunque todo volverá a la normalidad en breve, ya lo verás, cielo. Te quiero mucho y estoy deseando llegar a casa para estar entre tus brazos. Un beso, mi amor, nos vemos en unas horas.

Con una sonrisa plagada de maldad, Yago cortó la comunicación y regresó a su lugar. El debate televisivo, con el que todos los candidatos se jugaban miles de votos, estaba a punto de dar comienzo.

En cuanto acabó el acto televisado a toda España, y hasta por el canal internacional, y los periodistas y demás miembros de su partido se lo permitieron, pasada la media noche, Yago siguió su plan al pie de la letra. Con gesto entristecido, le explicó a Manzanedo que se marchaba a Oviedo, necesitaba hacer las paces con Azucena, algo que al hombre no le extrañó

viendo su cambio de ánimo desde que le mencionara la discusión con su esposa. Yago le comentó que pasaría por el hotel, recogería sus pertenencias, picaría algo rápido y pondría rumbo a su hogar. Pero él ya había realizado todo eso y no pensaba perder un solo minuto en comer, tan solo era la excusa que de cara a Manzanedo le llevaría a ganar tiempo. Él también podría servirle de coartada, con ese argumento Felipe pensaría que no abandonaría Madrid antes de una hora. Justo el tiempo que perdería entre llegar a Tiñana, ejecutar su plan y regresar a Oviedo.

Yago condujo rápido por la autopista, sin importarle lo más mínimo las recomendaciones de velocidad ni los radares. Lo único que le preocupaba era aventajar al tiempo, sumar minutos a su favor. No sabía cuánto tardaría en encontrar aquella casa que ocupaban su mujer y Fabián, a pesar de ser Tiñana un lugar pequeño y de poca pérdida. Por esa inquietud, se veía obligado a rascar al reloj todo lo que pudiera para obrar en su beneficio.

Una vez en el lugar indicado, Yago comenzó a recorrerlo en busca de la casa descrita por Martín. No le resultó difícil dar con ella debido a las precisas indicaciones. Además, corroboró de inmediato que era la indicada al ver el automóvil de Fabián aparcado frente a ella. Miró el reloj, había tardado en llegar algo más de cuatro horas, casi a las puertas del amanecer. Sin perder un minuto, buscó un lugar para esconder su vehículo, algo que tampoco le resultó un problema debido a la cantidad de vegetación que rodeaba dicha vivienda. Antes de abandonarlo, repasó una vez más su maquiavélica idea, cogió la pistola que había comprado a Martín y comprobó de nuevo que el cargador estuviera lleno. Metió en sus bolsillos unas balas más, unas bridas y una tarjeta de crédito, y se apeó. Con sigilo, se acercó al hogar que en breve sería protagonista de su matanza.

Todo se encontraba en un silencio sepulcral; sin embargo, en el interior de la vivienda permanecía encendida una luz. Yago se acercó hasta esa ventana y a hurtadillas se asomó, comprobando que Fabián y Azucena estaban en el sofá, aunque dormidos. Ella acostada en el regazo de él, encogida como un ovillo; él con la nuca descansando en el borde del respaldo y arropándola con sus brazos. Yago volvió a imaginárselos haciendo el amor y su orgullo se enrabetó. De esa forma se aproximó a la puerta, sacó la tarjeta de crédito y con unas repetitivas maniobras consiguió que el resbalón de la cerradura cediera. Abrió despacio para ocasionar el menor ruido, debía cogerlos de improviso. Pasó de puntillas hasta el salón y, con gran satisfacción, pegó el cañón del arma a la sien de Fabián.

El sonido del revólver al cargarse, unido a su fría boca, despertó a Fabián, alterado. Su sobresalto espabiló a Azucena, que creyó morir de espanto al ver la tenebrosa imagen. Su marido estaba encañonando a Fabián y lucía una sonrisa diabólica.

—¡¡¡Yago!!! —profirió en un alarido—. ¿¿¿Qué haces??? —preguntó aterrada, incorporándose.

—¡Sorpresa, cariño! —exclamó con regocijo.

—¡Oye, tranquilo, Yago! —enunció Fabián.

—¡Cállate, gilipollas! —gritó—. Cierra la boca y ata las manos de mi querida esposa con esto —dijo dándole una brida, sin apartar un segundo el arma de su sien—. Y más te vale hacerlo bien fuerte.

—Yago, por favor, cálmate. No es necesario llegar a estos extremos —añadió Azucena con voz temblorosa, sin salir aún de su asombro.

—Ya es tarde para eso, cielo —repuso de forma irónica—. Eres todo un estorbo en mi vida, al igual que el entrometido este. —Presionó el cañón contra la cabeza de Fabián—. ¡Átala de una vez, coño! —repitió.

—Yago, escucha a Azucena, recapacita...

—¡Te he dicho que la ates! —vociferó—. O prefieres que le pegue un tiro, por ejemplo en un brazo o una pierna. ¿Quieres ver cómo se desangra lentamente? ¿Prefieres que haga eso por no hacerme caso? ¿Eh? ¿Dime, Fabián?

—No, por supuesto —contestó él.

—Pues haz de una puta vez lo que te he ordenado —bramó.

Azucena miró a Fabián y asistió, indicándole que lo hiciera, y él la dejó maniatada con la brida.

—¡Más fuerte, hostia! —replicó, empujando de nuevo el arma contra su sien, y Fabián obedeció.

—Por favor, Yago, no hagas una locura —gimoteó Azucena.

—¡Oh, mi amor, no empieces a llorar! Sabes que me parte el corazón verte hacerlo —escupió de forma mordaz.

—Oye, Yago...

—¡Que te calles, estúpido pedazo de mierda! —interrumpió a Fabián a pleno grito, tirando de su pelo hacia atrás e introduciendo el cañón del arma en su boca.

—¡¡¡No, por favor, Yago!!! —gritó Azucena, atemorizada—. ¡No le hagas daño, él no tiene ninguna culpa! —exclamó en un lamento.

—¿No quieres que haga daño a tu amante, Azucena? —interpeló con sarcasmo.

—No es mi amante, es mi amigo, y te suplico que no le hagas daño —contestó, y mirándole con firmeza a los ojos añadió—: El problema solo lo tienes conmigo, pero no debes preocuparte, yo no voy a dejarte, ni te he sido infiel, ni he contado nada a nadie ni lo haré nunca. Te lo juro, Yago, te lo juro. —Azucena rompió a llorar con angustia.

—¿Cuántas veces habéis follado, eh? —le preguntó a su mujer.

—Ninguna, Yago, ninguna. —Sollozó.

—¿Cuántas veces te la has tirado, dime? —inquirió a Fabián, sacando el arma de su boca pero estirando con más brío de su cabello.

—Ninguna, te estamos diciendo la verdad —contestó.

—No sé si creérmelo. —Sacudió la cabeza mientras arrugaba los labios. Y volvió a penetrar el revólver en la boca de Fabián.

—¡¡¡No!!! —chilló Azucena creyendo que iba a dispararle—. Yago, te prometo que no nos hemos acostado nunca, Fabián solo es un buen amigo. Déjale, por favor. Déjale y volvamos a casa juntos. Olvidaremos todo esto y jamás diré nada de lo sucedido, de verdad. —Lloró con fuerza.

—Para de llorar de una vez, hostia, eres igual de patética que mi madre. «¡Oh, no diré nada, me callaré todo!». —Imitó una afeminada voz, burlándose—. Solo sabéis lloriquear, ¡joder! —chilló con aspereza—. Las mujeres presumís de ser muy capaces, os considerarías mejores que los hombres, os vanagloriáis por el mero hecho de parir, pero no sois fuertes. Y no lo sois porque siempre termináis llorando. ¿Y sabes una cosa? Los verdaderos valientes, los poderosos, los amos del mundo, esos no lloran, no saben lo que es una lágrima. —Zarandeo la cabeza—. Por eso la historia está llena de nombres masculinos, de los verdaderamente fuertes e intrépidos, dotados de coraje, de los que no lloriquean como nenazas. Llorar es un signo de debilidad, de ahí que se os denomine así, el sexo débil, ¿verdad, cariño? —preguntó con una sonrisa tiránica, echando un ojo al arma que se encontraba en la boca de Fabián.

Azucena sintió un terror despedazador viéndole con esa cara de déspota que rozaba la locura. Estaba convencida de que los iba a matar a los dos y debía hacer algo para convencerle de lo contrario. Sobre todo para que Fabián no terminara pagando las consecuencias.

—Yago, por favor, haré cuanto tú quieras pero no nos hagas daño —le rogó—. Siempre estaré contigo y te seré leal por toda mi vida, lo juro.

—¿Qué vas a serme leal? ¿Qué lo juras? —preguntó enrabietado—. Eso prometiste el día que nos casamos y me has traicionado. Y yo no soy persona de perdonar las traiciones ni de confiar nunca más en esa clase de gente. ¡Eres

una zorra mentirosa! —escupió, soltando con ira un brusco bofetón a Azucena.

Con el violento movimiento de Yago, el revólver se apartó de la boca de Fabián, incluso se separó unos cuantos centímetros de su cara. Sin pensarlo, Fabián intentó abalanzarse contra Yago, quien rápido de reflejos le soltó un rudo golpe en el rostro con la culata del arma, desequilibrándolo y haciéndole caer al suelo.

—¡¡¡Fabián!!! —chilló Azucena.

—¡Cierra el pico, puta! —vociferó Yago—. Calla y observa cómo sufre este gilipollas antes de morir —avisó, soltando una brusca patada a Fabián en el costado. Él se retorció y gimió de dolor, algo que animó a Yago a darle una patada más, y otra, y otra más... Le pateó con ganas teniendo como melodía de fondo los gritos de Azucena suplicándole parar, un incentivo de lo más estimulante para él, casi le causaba excitación.

—¡Basta, por favor! ¡¡¡Basta!!! —voceó ella, desgañitándose la garganta.

—¿Quieres que pare, mi amor? —demandó Yago con voz melosa.

—Sí, te lo ruego —respondió empapada en llanto, respirando entrecortadamente.

—Y tú, Fabián, ¿quieres que pare? —le preguntó. Él asistió con la cabeza, no podía hablar—. Entonces, si quieres que pare, tendrás que hacer una confesión. ¿De acuerdo? —Fabián volvió a asentir—. ¡Que me contestes, hostia! —Le soltó otra patada, esta vez en el brazo, y de nuevo le apuntó a la cabeza.

—¡¡¡Yago!!! —chilló Azucena, viendo que se acercaba el disparo de gracia.

—¡Que te calles, joder! —gritó como un demente—. Contesta, Fabián —le ordenó.

—Sí, vale —respondió en voz queda por la falta de aliento.

—Admite que estás enamorado de mi mujer. No me lo niegues, cabrón, lo supe desde el principio —siseó—. Aunque no me quedó ningún resquicio de duda desde el día de nuestra boda, no pudiste acudir porque no soportabas ver que habías perdido a Azucena, ver que yo te la había quitado. —Su orgullo se alzó dos metros—. Dices que no te la has follado, ambos lo habéis asegurado, pero admite que es lo que siempre has querido hacer. ¡Admítelo! —gritó—. Admítelo de una puta vez, hazlo antes de morir, ten cojones a decirle la verdad, lo que tan evidente es para todos —chilló más fuerte.

—Yo no...

—¡Qué se lo digas ya, coño! —exclamó a voces, volviéndolo a patear, disfrutando de la situación igual que un niño con un juguete nuevo.

—Es cierto —reconoció, doblándose de dolor—. Estoy enamorado de Azucena desde hace unos años, pero lo he callado como un cobarde.

—Y como un cobarde vas a morir —sentenció, acariciando el gatillo.

—¡¡¡No, Yago, no!!! —rogó ella con un grito lastimero, y en un acto sin reflexión se abalanzó contra él. Ambos cayeron al suelo, pero Yago pronto se hizo con el cuerpo maniatado de su mujer. Fabián apenas podía moverse para ayudarla, estaba demasiado magullado.

—Te has pasado de lista, cariño, y acabas de alterar mis planes —anunció cabreado, poniéndose a horcajadas encima de Azucena—. Fabián iba a ser el primero en morir, pero ahora vas a ser tú —afirmó, agarrándola del cuello con una mano y con la otra encarándola con la pistola.

—Yago, no lo hagas, prometo no decir nada y hacer lo que tú quieras, te lo juro —suplicó.

—¡Oh, cuánto te repites! —levantó la voz—. Pero ya es tarde para promesas, lo has jodido todo, ¿no te das cuenta? —le preguntó, y con gravedad añadió—: Me has obligado a hacer cuanto he hecho, Azucena. Castigar a tu familia era un aviso para ponerte a raya, sin embargo tú has seguido echándome un pulso en lugar de obedecer y acatar. Por tu intromisión, por meterte en mi vida, no me dejas otro remedio que eliminarte.

—Puedo rectificar mis errores —declaró en un intento por hacerle razonar, si es que tal cosa era posible. Y de golpe una ocurrencia penetró en su cabeza, y creyendo que esa idea podía ayudarle a encontrar una salida, alegó—: Y tú también estás a tiempo de no cometer una atrocidad, Yago. Piensa en tu abuelo, por favor.

—¿Cómo te atreves a hablar de mi abuelo? —interpeló furioso.

—Siempre comentas la admiración que la gente sentía por él, tú el primero, pero si Bill Miller se encontrase entre nosotros no estaría orgulloso de tus actos, no le gustaría ver en lo que te has convertido.

—Mi abuelo era un gran hombre, la única persona que me quiso, ¡la única! —chilló—. Él confiaba en mí, quería que yo fuera alguien importante en política, y yo le prometí serlo. Ahora que estoy tan cerca de lograrlo no pienso defraudarlo, no voy a dejar que nadie lo estropeeé. Lo importante es el fin, Azucena, no los medios para conseguirlo.

—¿Eso crees? ¿Crees que a tu abuelo le gustaría que fueses un asesino con tal de gobernar un país?

—¡Deja de hablar de él, no vuelvas a mencionarlo! —gritó.

—¿Piensas que le agradaría saber que su nieto es un violador? —inquirió, la rabia que sentía le impedía callar.

—Yo no te violé, maldita zorra, solo te sometí a mis gustos —contestó, apretándole el cuello.

—¿Y a cuántas más has sometido a tus degenerados gustos? —demandó con dificultad, su mano empezaba a cortarle el aliento.

Sonriendo con descaro, Yago aflojó su mano del cuello de Azucena y respondió:

—¿Acaso te importa? ¿Estoy a punto de matarte y tú quieres saber eso? —Terminó riendo.

—Sí —contestó rotunda—. Quiero saber con quién demonios he estado casada.

Yago soltó una sonora carcajada, no podía creer lo que estaba escuchando. Pero pensó que lo tomaría como la última voluntad de su esposa.

—Te confesaré que es la forma de sexo que me gusta y satisface, la que practico —contestó con calma, sin risa ni hostilidad de por medio—. Tú fuiste una excepción, cariño, contenerme contigo ha sido toda una tortura, pero al fin logré dominar tu cuerpo a mi antojo. ¡Y joder! —expresó con énfasis—, debo reconocer que fue uno de mis mejores polvos.

—¡Maldito desgraciado! —escupió encolerizada, sintiendo un hondo agravio calándole el alma—. Estás loco, eres un enfermo —bufó.

—No, te equivocas, Azucena. —Volvió a sonreír con cinismo—. Sé lo que quiero y cómo lo quiero, estoy muy cuerdo. —Asintió—. El problema es que vosotros me sobráis, y tengo que mataros. Aunque antes podría divertirme un rato contigo, ¿a que sí, cielo?

—¡Maldito bastardo! —escupió Fabián, que sacando fuerzas de flaqueza se lanzó a Yago, un acto inesperado que le pilló con la guardia bajada. Ambos forcejearon en medio de los gritos de pavor de Azucena, pero las fuerzas de Yago no estaban mermadas como las de Fabián, él ni siquiera las había usado y eso le daba una clara ventaja. De pronto se escuchó un sonido seco, áspero y estridente: un disparo. Yago y Fabián se miraron a los ojos, callados, en un silencio desgarrador. Azucena se quedó aterrada observando la terrible escena, el miedo se inyectó en sus venas cuajando un pavor devastador como jamás había experimentado. Al segundo, Fabián cayó al suelo y por su costado comenzó a manar sangre; Yago le había disparado.

—¡¡¡Fabián, Fabián!!! —gritó Azucena de forma espeluznante—. ¿Qué has hecho, malnacido? ¡Estás loco, eres un maldito psicópata! —chilló.

—Sí, estoy loco por quitaros de en medio, y con él ya lo he conseguido.

Azucena le escupió a la cara, no pudo contenerse, el dolor le quemaba por dentro hasta agujerearla. Ver con qué clase de monstruo había estado conviviendo era demasiado lacerante. Yago se limpió la cara veloz, y en medio de los feroces insultos de su mujer le apretó el cuello con crueldad, sin dejar de apuntarle a la cabeza. De súbito, le asaltó el recuerdo de Jacob apretando el gaznate de aquella joven hasta casi asfixiarla, amenazándola navaja en mano para exigir su silencio.

—¿Sabes? No soy ningún ingenuo, Azucena, a estas alturas ya deberías saberlo —dijo sonriendo de manera despiadada. Ver el miedo que deambulaba por las pupilas de su mujer era de lo más satisfactorio para él—. Por eso mismo yo no te voy a dejar marchar aunque me jures guardar silencio. Nunca. Despídete de este mundo porque vas a morir —anunció, pegando el cañón de la pistola a la frente de su mujer.

—¡Baje el arma, señor Junquera, por favor! —exclamó en alto una voz masculina con tono severo, ante el estupor de todos.

—¡¡¡Inspector!!! —gritó Azucena. Su voz sonó igual que si hubiera visto a un fantasma, aunque en ese caso estaba viendo a su salvador.

—No lo estropee, señor Junquera. Retire la pistola de la cabeza de su mujer y dépositela en el suelo, no quiera perjudicar más la situación.

—¿Perjudicar? —Yago comenzó a reír de forma estruendosa—. Eso tiene gracia sabiendo que el perjudicado soy yo. Mi mujer me engaña y su amante ha tratado de matarme, yo solo me estoy defendiendo.

—Deje sus maniobras para los tribunales y retire el arma, no voy a repetírselo. —Garrido habló muy serio.

—¿O si no qué? —preguntó Yago de forma desafiante—. ¿Me matará? ¿Matará a un hombre que ni siquiera le está mirando de frente? ¿Matará a un hombre por la espalda? ¿Matará al futuro candidato a las elecciones generales por la espalda?

—Si eso resulta necesario para salvar una vida, lo haré. Así que no me provoque. —Su timbre también sonó retador.

—¡Vaya, qué valiente! —exclamó, retirando despacio la pistola de la cabeza de Azucena, que sopló aliviada—. De acuerdo, dejaré el arma —dijo, y la fue bajando lentamente. Pero jugando con el factor sorpresa, antes de depositar el revólver en el suelo, Yago se volteó con diligencia y disparó.

Los años de experiencia, junto a los excelentes reflejos de Efrén Garrido, esquivaron la bala. En una respuesta igual de ágil, el inspector disparó y acertó en el hombro de Yago, cuya arma, en un acto involuntario causado por el dolor, cayó al suelo; tan rápido como él se retorció. Rauda, el inspector Garrido dio un puntapié a la pistola para alejarla de Yago, y acto seguido, y sin ningún tacto ni cuidado, le levantó del suelo y lo esposó.

—Tranquila, señora, la ambulancia y los refuerzos vienen de camino —le dijo a Azucena el joven policía que acompañaba a Garrido mientras le ayudaba a ponerse en pie.

—Córteme esto, por favor, rápido —le pidió, mostrándole sus muñecas atadas.

—Ahora mismo —respondió, sacando un estilete que de un corte partió la brida. Una vez liberada, a Azucena le faltó tiempo para correr al lado de Fabián.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Estoy —contestó Fabián débilmente.

—Tranquilo, todo va a salir bien, ya lo verás —le animó, observando el charco de sangre que cubría parte del suelo.

Azucena levantó la camisa de Fabián para descubrir la herida, y pensó que debía hacer algo. De inmediato se despojó del jersey, y ayudándose con los dientes y la desesperación que trataba de ocultar rasgó un trozo de su camiseta interior, lo dobló y taponó la herida con él. Con la prenda de punto envolvió el abdomen de Fabián, hizo un nudo y apretó fuerte, con la intención de hacer un improvisado torniquete. Con urgencia, arrastró el sofá hasta casi al lado de Fabián, y entre ella y el agente, con cuidado, lo ayudaron a incorporarse y lo tumbaron sobre él. Fabián escupió unos gemidos que anunciaban el fuerte dolor que estaba padeciendo. Con el corazón encogido, Azucena le besó en la mejilla con tanto cariño como aflicción, y volvió a apretar el jersey, que ya empezaba a teñirse de rojo.

Mientras tanto Garrido cacheó a Yago, y de sus bolsillos, entre otras cosas, sacó dos teléfonos móviles. Uno era un iPhone último modelo y el otro una antigualla que despertó su curiosidad al instante. Abrió la tapa de este último y empezó a ojear la breve lista de contactos. Cuando vio que su compañero había terminado de ayudar a Fabián, le pidió hacerse cargo del detenido y abandonó un momento la casa para hacer una llamada.

Azucena levantó la vista de Fabián y la desvió hacia Yago, una mente perversa escondida tras una aparente fachada celestial, un pedazo de carne inhumano y cruel. Lo observó con un odio tan profundo que llegó a asustarla, pero ese hombre era escoria y le provocaba un absoluto desprecio. Él le mostró su sonrisa cargada de ego que le hacía sentirse más que nadie, inigualable, todo un dios todopoderoso; sin embargo, a ella le causaba una impresión tan desagradable que era vomitiva. Y Azucena no pudo contener su bilis, se marchó hacia él y regurgitó su aversión volviendo a escupirle en la cara. En la misma que mostraba a la gente y que le hacía ganar su confianza; en el angelical rostro del mal.

Con buenos modales, el agente que retenía a Yago le solicitó a Azucena alejarse del detenido, aunque ella lo ignoró. Garrido, que volvía a entrar en la

casa con una exultante sonrisa, observó a Azucena hacer frente a su marido. Con un gesto que sugería calma, solicitó a su compañero no inmiscuirse, quería ver qué ocurría.

—¡¡¡Eres un malnacido!!! —increpó ella con furia—. ¡Ojalá te pudras en el infierno, cabrón!

—¡Anda!, si la muy zorra sabe decir tacos.

—¡Serás hijo de puta! —Las manos de Azucena comenzaron a soltarle puñetazos con saña.

—Señora, vale ya —dijo Garrido, sujetándola—. Cálmese y vuelva a sentarse junto a su amigo. Y usted, señor Junquera, modere sus palabras. Será mejor que esté calladito.

—Hablaré cuanto me plazca y ni usted ni nadie va a mandarme callar —contestó su soberbia.

—De acuerdo, como quiera —repuso, dándole una fuerte palmada en el hombro, justo en el disparo. Yago se retorció de dolor y de forma inevitable hincó las rodillas en el suelo—. Parece que ahora prefiere estar callado, ¿verdad, señor Junquera?

Yago no contestó, solo escupió quejidos. Con la ayuda del otro agente, volvió a ponerse en pie.

Mientras esperaban a las ambulancias y los refuerzos, Azucena, colmada de curiosidad, se acercó al inspector Garrido y le preguntó:

—¿Cómo sabía dónde estábamos?

—Gracias a cruzarse mi investigación con la de otros compañeros —respondió él.

—¿Cruzarse la investigación? —demandó confusa.

—Sí —afirmó—. Verá, por otras muchas causas, ellos andaban detrás del hombre que su marido había contratado para acabar con usted. Pineda, la agente que le atendió en comisaría, me llevó un periódico en el que su marido y usted salían en una foto. La casualidad quiso que uno de esos compañeros también estuviera allí y la viera, y de inmediato me contó que hacía unas horas habían seguido a su delincuente hasta Tiñana, y que él la seguía a usted y a otro hombre. Ese malhechor, entre otras muchas cosas, es un asesino a sueldo, y saltaron las alarmas —explicó—. Había que tenerla vigilada, y eso han hecho mis compañeros mientras yo continuaba investigando más. Teníamos que protegerla a usted y no perder la pista a Martín ni al señor Junquera.

—Pero en comisaría me dijo que no podía hacer nada sin pruebas. —Lo observó con incompreensión.

—Y así es. —Asintió—. Pero resulta que mi instinto la creyó y decidió que debía investigar. Llevo dos días sin parar de hacer averiguaciones, y desde ayer por la tarde tengo a toda la comisaría revuelta y a mi comisario trabajando como hacía tiempo. —Sonrió por dentro al recordar a Pereira dando órdenes a diestro y siniestro con su habitual mal genio, y añadió—: Empecé hablando con el señor Espada.

—¿Y qué le dijo?

—Al principio lo negó todo —respondió—. Pero en cuanto le dije que de él dependía poder hacer justicia con ese cabrón y que si me ayudaba yo me encargaría de meterlo entre rejas, accedió y me contó muchas cosas. —Garrido miró a Yago, que escuchaba sin abrir la boca y observando con arrogancia—. Hace un tiempo, el señor Espada se las arregló para poner un micrófono en el automóvil de su marido, lo hizo en una de las revisiones mecánicas. Pero también tuvo la gran suerte de encontrar un teléfono en la guantera, y puso otro en él. Gracias a esos aparatitos consiguió escucharle y grabó sus conversaciones. Evidentemente las grabaciones se han obtenido de forma ilegal, y por lo tanto son inservibles en un juicio, pero lo que escuché en ellas era suficiente para hacerme emprender una investigación. —Soltó una bocanada de aire—. El señor Espada la llamó en cuanto su marido traspasó la línea roja solicitándole a ese tipo que la quitase de en medio. —Chasqueó los labios—. El susodicho que estaba detrás de usted es una buena pieza al que ahora mismo están a punto de detener los compañeros de los que le he hablado. Y eso se lo debo a este viejo aparatito, esas llamadas están realizadas desde él. —Mostró a Yago su anticuado móvil, pero este permaneció callado—. Martín es muy conocido entre la policía, tiene muchos delitos a sus espaldas, pero seguro que ofreciéndole un buen trato declarará contra usted, señor Junquera. Para él todo tiene un precio.

—Creo que voy a sentarme, inspector, me siento algo mareada —advirtió Azucena, haciéndolo a continuación.

—¿Quiere un vaso de agua o algo para darse un poco de aire? —le preguntó Garrido.

—No tranquilo, se me pasará. Me siento desbordada con todo esto, como es normal, por eso esta sensación de vértigo. —Suspiró con desaliento.

—¿Y usted cómo va? —preguntó el inspector a Fabián.

—Voy —contestó casi en un susurro. Estaba soportando un dolor espantoso que le restaba todas las fuerzas.

—La ambulancia estará aquí en unos minutos, aguante —agregó Garrido.

—Claro que no tardará —aseguró Azucena acariciando la mano de Fabián. Luego suspiró profundo y miró a Yago con un brutal aborrecimiento.

Garrido no pasó el hecho desadvertido y contemplando la verde mirada de Azucena analizó la repugnancia que su marido le hacía sentir. Por unos segundos pensó en lo que debía haber sufrido y no pudo evitar sentir lástima de ella.

—Aún no he terminado de contarle todo, señora Carbajal —enunció algo apagado—. Pero si no quiere o no puede escuchar más lo entenderé, puedo proseguir cuando vaya a comisaría a declarar.

—No es que me apetezca mucho pero, por favor, continúe, inspector. Debo saber todo y cuanto antes mejor. —Sus ojos fulminaron a Yago.

—He hablado con Katia. Tuve que ir al hospital para hacerlo ya que había sido víctima de un atropello, pero por suerte ha salvado la vida. Parece que la edad va mermando reflejos a Martín, lo ha convertido en un «chapuzas» —repitió la misma palabra con la que Yago lo denominó. Palabra que había quedado grabada junto a muchas otras gracias a Emilio Espada—. Qué pena, señor Junquera, ¿verdad? —Sonrió con cinismo—. Y también he hablado con Águeda.

—¿Águeda? —preguntó Azucena extrañada.

—Usted seguro que no tiene idea de quién es esa señora, pero el señor Junquera sabe perfectamente de quién hablo, ¿no es así? —Miró a Yago, que continuaba sin despegar los labios—. Es una *Madame*, la pobre no salía de su asombro al descubrir quién era su anónimo cliente. Y fíjese qué casualidad, en este telefonito también hay llamadas a su número.

—Eso no demuestra nada y lo sabe —escupió Yago, rompiendo al fin su mutismo—. Yo puedo llamar a quien quiera y puedo irme de putas cuando me dé la gana. No soy el único hombre que acude a su agencia.

Azucena comprendió al segundo que Águeda era la jefa de Katia y Cintia. Con la misma rapidez entendió que Yago la había engañado con otras mujeres desde el principio, siempre. Airada y furiosa, continuó escuchando.

—No dudo que no sea el único hombre que acude a su agencia, señor Junquera, si bien con quien se acueste usted no es de mi incumbencia, pero otras cuestiones sí. Como por ejemplo encontrar el cuchillo con el que segó la vida de Cintia, algo que en estos momentos mis compañeros estarán a punto de hallar. —El semblante de Yago se desencajó por un segundo—. ¡¿Oh, no se lo he dicho?! ¡Qué despiste el mío, qué estúpido! —habló con ironía—. Están registrando su cuarto de recreo, o de depravación, ese lugar donde

guarda esos juguetitos que tanto le gusta usar con las mujeres. Ejerciendo la fuerza, claro —recalcó.

—No sé de qué cuarto está hablando, creo que delira —advirtió en tono medido, disimulando a la perfección—. Al igual que tampoco he matado a esa Cintia ni a nadie en mi vida. Que sea promiscuo no significa que tenga que ser un asesino. Y como sabrá no pueden entrar en mi casa sin más, y mucho menos registrarla sin una orden judicial. —Lo observó desafiante.

—Por supuesto —respondió Garrido con la misma calma—. Desde luego que no puedo entrar ni registrar su casa sin una orden, pero resulta que la tengo. —Chasqueó la lengua—. Igual que tengo la clave para entrar a ese cuarto que tan bien escondido tiene, el mismo que usted dice que no existe, que parece ser fruto de mi imaginación. Me la dio su mujer —reveló con una torcida sonrisa.

Yago, con urgencia, desvió la vista hacia Azucena y la aniquiló con ella.

—¿Qué has hecho, zorra mentirosa? ¿Qué has tramado contra mí? —Elevó el tono de voz.

—¡Esa boca, señor Junquera, por favor! —Garrido zarandeó la cabeza en señal de desaprobación.

—Desenmascararte de una vez —dijo Azucena rezumando odio.

—¿Qué te has inventado, puta? —gritó.

—¡Eh, eh, eh! Vale ya de insultar. —Garrido cogió la cara de Yago y le hundió los dedos en ella—. Su mujer no ha hecho nada más que acudir a la policía ante la evidencia de lo que usted es. Encontrar ese cuarto y ver lo que en él esconde tuvo que ser demoledor para ella. Solo hizo lo que debía hacer, contarme todo, y entre todo estaba la combinación para entrar en ese lugar. Su mujer, una persona inteligente, la averiguó. Su mujer, la misma que sintió arcadas al entender qué clase de hombre era su marido —afirmó, soltándole por fin la cara.

—¡Todo eso es mentira! —gritó Yago—. Yo no tengo ningún cuarto, habrá sido una maquinación de ella para vengarse de mí por irme de putas y engañarla.

—¡Pero serás cabrón y embustero! —espetó Azucena encolerizada.

—Sí, claro, señor Junquera, todo es una mentira, una confabulación contra usted. —Garrido chasqueó la lengua de nuevo—. ¡Claro, claro! Y tampoco mató a Cintia, igual que no violó a Alicia Espada, ¿verdad?

—¡Desde luego que no! Todo eso es falso, ¡falso! —alzó más el tono.

—Pues qué contradicción, señor Junquera, porque su propia madre también lo corrobora. Porque también he hablado con su madre y me he

enterado de muchas cosas, por ejemplo de cómo la amenazó y cómo intentó matar a su abuela porque la odiaba, aunque solo logró dejarla paralítica. —El timbre de Garrido fue subiendo poco a poco con cada frase.

—¡Mi madre está loca! —bramó alterado—. Nadie creerá lo que dice y además no tiene una sola prueba.

—Es cierto, no hay ninguna prueba porque usted quemó aquella carta de Alicia. Pero recuerda el nombre de Emilio Espada Lobo. ¿Eh? ¿Lo recuerda? —le preguntó cargado de animadversión. A Garrido le daban ganas de patearlo al ver lo mentiroso que era y la arrogancia que emanaba.

—No lo sé. No sé si lo conozco o no —soltó con insolencia, retador, contemplándolo fijo.

—Claro que lo conoce, es el padre de Alicia, la joven que usted violó y torturó hace ya muchos años.

—No sé de qué me habla, mi madre le ha metido todas sus mierdas en la cabeza y usted se las ha creído. Pero ¿dónde están las pruebas, inspector? ¿Dónde? —Su voz estaba cargada de engreimiento y provocación.

—Sí claro, su madre me ha contado mil mentiras y el señor Espada otras mil, desde luego. —Asintió arrugando los labios—. El padre de Alicia también es otro loco, como su madre, ¿a que sí? Por eso él siempre estuvo seguro de que fue usted quien violó a su hija, y por esa locura se ha pasado media vida tras sus pasos. Porque el loco de Emilio Espada necesitaba cogerlo en un renuncio. Uno que fuera capaz de llevarlo a usted a la cárcel. Necesitaba vengar a su hija de alguna forma, ¡qué demente! ¿Verdad? —Miró con irreverencia a Yago, que pasó de contestar nada—. Pues fíjese, señor Junquera, tanta era la necesidad de ese pobre loco que le siguió a usted hasta Isla Mauricio, lugar de su luna de miel. La noche antes de abandonar la isla, le vio entrar en casa de una joven, una tal Anica Kumar. Al día siguiente la hallaron muerta en su cama, había sido violada y estrangulada con un pañuelo. El señor Espada tiene fotos que atestiguan su presencia en el lugar de los hechos, incluso un pequeño vídeo realizado con su móvil.

—Sí, me acosté con ella, eché un buen polvo, ¿y qué? Yo no la violé ni la maté. Eso lo haría otro que vendría después, por lo visto le gustaba meter en su cama a cualquiera.

—¡Maldito hijo de puta! —Azucena se levantó y de forma diligente le soltó un bofetón a Yago. Garrido le pasó ese, sabía que le haría bien desahogarse y además porque a él mismo le gustaría hacerlo. Pero al ver que su idea era continuar, sujetó su brazo mientras ella gritaba—: No la violaste, ¿verdad?, solo la sometiste a tus gustos. ¡Eres un puto enfermo! ¡Un enfermo

que me ha engañado desde el principio como a una tonta! ¡Qué imbécil he sido, joder! —se increpó con rabia. Yago la miró con altanería, emitiendo una media sonrisa plagada de desdén.

—Por favor, siéntese de nuevo, señora Carbajal —le pidió el inspector.

Obedeciendo a desgana, Azucena se sentó y rompió a llorar junto a unos quejidos estremecedores. Era tan hiriente comprobar que su marido era más perverso de lo que ella creía y podía imaginar. En Garrido volvió a germinar un sentimiento de pena por ella. Uno bastante abrumador que lo dividía entre el pesar soportado por esa mujer y la furia que le despertaba el engendro de demonio que había tenido como esposo. Pero aun sabiendo lo doloroso que debía ser para Azucena oír aquello, creyó que debía seguir hasta el final.

—En cuanto a su versión de los hechos, señor Junquera, comprenderá que es muy poco creíble. Es a usted a quien se le ve entrar y salir de su casa, demasiada casualidad. —Enarcó las cejas—. Es más, a la policía de allí le ha parecido muy interesante esa historia. Resulta que el abuelo de Anica es un importante empresario del país que está deseoso de encarcelar al maldito bastardo que hizo semejante barbaridad con su nieta. Por lo visto era una muchacha que no quería vivir de las influencias familiares, sino por sus propios medios, por eso trabajaba en el hotel. La pobre nunca podría imaginar que ese acto tan loable por su parte la llevaría a perder la vida por un perturbado y sádico cliente. Porque creo que aquí el único loco es usted, todo un jodido psicópata con ínfulas de dios. —Lo acuchilló con los ojos—. Tiene que dar muchas explicaciones, señor Junquera. Realmente es una pena que el delito de Alicia ya haya prescrito, pero le aseguro que no atenuará el resto de la larga lista: violación, maltrato, vejación, intimidación, contratación de un asesino a sueldo, tenencia de armas, asesinato en primer grado, en grado de tentativa... Y seguro que habrá más delitos por ahí de los que no podremos acusarlo, pero con estos me sobran para meterlo entre rejas, futuro candidato a gobernar el país. ¡De buena escoria hemos librado a nuestra nación! —exclamó con fuerza.

—¡No tiene pruebas de peso y lo sabe! —gritó Yago furibundo.

—¿Ah, no? ¿Y qué me dice de ese hombre que hay herido en el sofá o del intento de homicidio contra nosotros? ¿Acaso no recuerda que me ha disparado?

—Yo he llegado aquí y me he encontrado a mi mujer siéndome infiel, eso me ha hecho perder el control, me he peleado con su amante, él ha sacado una pistola y en medio del forcejeo se ha disparado hiriéndole a él. Entonces han llegado ustedes que andaban a mi acecho por creerse las patrañas de mi

mujer, yo estaba muy nervioso, los dedos me temblaban y el gatillo es muy sensible... El arma se ha disparado sola, eso es lo que ha ocurrido —resolvió muy digno.

—¡Joder, menuda película! —Silbó Garrido—. Ni usted mismo puede tragárselo.

—No puede imaginar lo convincente que soy, inspector —afirmó con chulería. Y cambiando ese gesto por uno ensoberbecido dijo—: Le aseguro que se le va a caer el pelo por esto, tanto a usted como a su departamento. No volverán a trabajar en su puta vida, me encargaré de ello en persona.

—Señor Junquera, por favor, cálmese y cállese, no me levante dolor de cabeza. Usted sabe que en breve su cuarto nos dará pruebas, y aquí, por mucho que insista, le hemos pillado con las manos en la masa. Quizá hayamos esperado demasiado para intervenir —dijo mirando a Fabián—, pero no queríamos que los hechos dejaran margen a la contradicción. No gaste más saliva de manera improductiva.

—¡No sabe la que se le avecina, no tiene ni idea! —chilló encolerizado.

—El que no tiene ni idea de a lo que se enfrenta parece ser que es usted, pero cuando lo comprenda ya se le bajarán los humos.

—Se arrepentirá de lo que está haciendo, lo pagará muy caro, hijo de puta —escupió enrabiado.

—Bla, bla, bla... ¡Cómo me aburre, señor Junquera! —respondió el inspector burlándose.

—No se le ocurra usar ese tono sarcástico conmigo porque...

—¡Que cierre la boca ya, hostia! —vociferó Garrido cortándole, volviendo a darle una palmada en su herido hombro entretanto lo miraba con expresión exterminadora.

De nuevo Yago se retorció de dolor mientras lo maldecía repetidas veces. En ese instante se escuchó llegar a las ambulancias y los refuerzos, y calló. Guardó silencio por no malgastar más energía, a momentos se sentía debilitado, tanto física como mentalmente. Azucena, con el llanto enjugado, se levantó presurosa. Observó a Fabián, la lividez que empezaba a mostrar su semblante, los gestos de dolor, el temblor que le sacudía... Sintió una rabia abismal carcomiéndole los adentros, royéndole sin prisa pero sin pausa los tejidos que componían su cuerpo. Respiró hondo, e imponiéndose algo de templanza, se acercó a Yago.

—Espero que exista justicia y se imparta contigo, pedazo de cabrón. No sé si Dios te perdonará, pero desde luego yo no, nunca. Yo deseo que te encierren en un agujero hondo y profundo, tan negro como tu alma, y en él te

pudras. Ojalá que a partir de ahora vivas en el lugar que te corresponde: el infierno —sentenció con gravedad, aunque sin mostrar ira.

Yago no abrió la boca, ni siquiera la miró a la cara, hizo no haberla oído, se mostró como si no existiera. Pero Azucena sabía que había recibido su mensaje de forma clara y precisa y eso le agradó, le aplacó la furia.

El equipo médico entró en la vivienda y ella les puso al corriente de la situación. Además, les rogó permitirle estar con Fabián mientras le realizaban la provisional cura, y sus colegas no pusieron impedimento alguno. Cuando le retiraron el jersey que actuaba de espontáneo torniquete comprobaron lo que ya le había parecido ver a Azucena, que la herida era limpia. Gracias a Dios la bala no se encontraba alojada en su cuerpo, ni el médico que lo trataba creía que hubiera afectado a ningún órgano importante debido a la altura en que se hallaba. Por suerte la sangre manaba con mucha lentitud, la compresión había producido su efecto. Eso sí, parecía que Fabián tenía alguna costilla rota como consecuencia de las patadas.

Con Fabián en la ambulancia, Azucena entró en ella y se sentó al lado de la camilla, posando de forma cariñosa su mano encima de la de él.

—¿Te duele mucho? —preguntó preocupada.

—Ahora algo menos. Es más soportable debido a lo que me han inyectado. Era un dolor horrible, quemaba, parecía fuego.

—Lo siento mucho, Fabián. Lo siento enormemente —se lamentó, y un par de lágrimas saltaron a su rostro.

—¡Eh, no, por favor, no llores! —le rogó—. Tú no tienes la culpa de que tu marido sea un loco, Azucena. Tú tan solo eres una víctima de él, al igual que lo han sido otras mujeres, y hoy también lo he sido yo.

—Sé que yo no tengo la culpa de eso, pero te he mezclado en esto y te ha podido costar la vida. Por intentar defenderme casi mueres —dijo con un quiebro de voz.

—Tú también me has defendido a mí, has atacado a Yago, no lo olvides.

—Ya, pero si te hubiera matado... yo... yo no sé... —Su llanto se acrecentó y bajó la mirada.

—Pero estoy aquí, vivo. Mírame, por favor. —Azucena levantó el rostro y le observó—. Estoy herido y magullado pero saldré de esta. Estamos vivos, Azucena, y a Yago lo ha cogido la policía, ya no debes preocuparte de nada. Todo se ha solucionado y no quiero que llores más —le sugirió.

—Se ha solucionado gracias a ti, por empujarme a acudir a la policía —comentó.

—No, yo solo te aconsejé; tú tomaste la valiente decisión. No te restes méritos.

—Y mi decisión parecía estar falta de resultados, creí que la policía no iba a hacerme caso. —Suspiró—. Sin embargo, me han salvado la vida; nos la han salvado a ambos —afirmó sin perder de vista sus ojos—. Digas lo que digas, sé que te lo debo, Fabián.

—Bueno, pues ya sabes, cuando esté recuperado me invitas a una cena y estamos en paz, ¿vale?

—Eso está hecho. —Asintió secándose el llanto—. A una y a todas las que quieras, por supuesto.

Fabián la contempló en silencio, sintiéndose aliviado porque todo había llegado a su fin. Saber que su amada estaba fuera de peligro le produjo un estallido de felicidad tan grande que decidió abrir de una vez su corazón.

—Tú eres lo único que me importa, Azucena, lo que más amo en el mundo. No me hubiera importado morir si con ello te hubiera salvado a ti, lo juro —confesó en un susurro.

—¡Oh, Fabián! —exclamó con una extraña mezcla de tristeza y emoción, acercándose hasta su rostro y besándole la mejilla.

Los ojos de ambos se quedaron magnetizados durante unos segundos. Y de nuevo, al igual que ocurrió en Londres, sus miradas se volvieron cómplices y compartieron la sinceridad que afloraba en forma de deseo. Azucena no pudo ni quiso reprimir sus sentimientos, y sin vacilar aproximó su boca a los labios de Fabián. Le entregó un beso dulce, lleno de amor, de ternura, de afecto. Un beso de los que hacen temblar al alma por cuanto se deposita en él.

—¿Sabes que acabas de besarme en la boca? —preguntó Fabián.

—Sí, me he dado cuenta. —Sonrió levemente—. Pero ha sido un beso muy breve debido a tus circunstancias, así que tenemos pendiente uno mejor cuando estés recuperado.

—De eso nada. No quiero más circunstancias que nos separen, quiero ese beso.

—Entonces no me dejas otro remedio que dártelo.

—Como usted mande, doctora Carbajal —expresó feliz, y sus labios volvieron a unirse. El corazón de Fabián latía desbocado al notar el amor de Azucena. Uno incipiente pero que estaba, y él se encargaría de alimentarlo a diario para que creciera—. Te amo con todas mis fuerzas —dijo a escasos centímetros de la boca de Azucena.

—Lo sé. Ahora lo sé. Y también sé que yo te quiero. Empecé a quererte hace tiempo, aunque no quería darme cuenta —reveló ella ante la satisfacción

de Fabián, que de nuevo, y llevado por la emoción del momento, unió su boca a la de Azucena en un largo beso. Uno tan conmovedor como palpitante. Uno apasionante que logró hacer que la sangre les circulara con celeridad por las venas. Tan deprisa, tan apresuradamente, como la ambulancia se desplazaba por la carretera en dirección al hospital.

Bajo custodia policial Yago también fue conducido al hospital. Allí permaneció casi una semana, después fue trasladado a los juzgados para declarar. El inspector Garrido, junto a su joven compañero, eran los encargados de llevarlo ante el juez, hecho que le llenó de regocijo. Tras un largo interrogatorio de más de siete horas ininterrumpidas, en el que Yago se negó a contestar a bastantes preguntas, se mofó en alguna ocasión, y se contradijo alguna vez que otra, la juez encargada del caso denegó la petición de fianza y decretó prisión incondicional a espera de juicio.

La cara de satisfacción del inspector Garrido mientras conducía en dirección a la penitenciaría que acogería a Yago Junquera Miller era indescriptible. Pensar en lo que en breve sería inminente para Yago le ocasionaba un gran júbilo y le dibujaba una sonrisa imborrable. Al adentrarse en la prisión, entretanto su compañero daba los papeleos correspondientes a uno de los funcionarios, Garrido, colmado de felicidad, observó a Yago y se preparó para disparar todo lo que tenía en mente. Tomándose la licencia de tutearle, le dijo:

—Los tipos como tú, las manzanas podridas que por desgracia disponen de influencias y poder, suelen terminar saliendo rápido de estos lugares. — Paseó la vista por las instalaciones de la cárcel—. Pero hasta que puedas abandonar este sitio, estoy convencido de que aquí dentro encontrarás a gente que le encantará tratar contigo.

—Dudo que yo quiera relacionarme con alguien de este lugar —siseó con desdén—. Y, como has dicho, no tardaré en salir de aquí, así que ni me dará tiempo a conocerlos —declaró con altanería.

—Lo que yo dudo es que a ellos les importe lo que tú quieras o no. Aquí no vas a poder elegir, aquí te impondrán.

—Vale, lo que tú digas. —Trazó una leve sonrisa cargada de altivez.

—¿Acaso no crees lo que te estoy diciendo? ¿Crees que miento? ¿Crees que en la cárcel no existe la intimidación, la violencia... e incluso las agresiones sexuales?

Yago lo miró con la arrogancia a la que estaba acogido y no era capaz de desprenderse, y respondió:

—Mira, mientras esté aquí, que no será mucho tal y como sabes, viviré a cuerpo de rey —explicó con calma—. Si crees que vas a intimidarme, no me conoces. —Sacudió la cabeza repetidas veces sin dejar de esbozar una sonrisa desvergonzada.

—No pretendo infundirte miedo, hablo muy en serio, maldito cabrón arrogante —contestó Garrido de forma contundente—. Yo no trato de hacer nada, serán tus nuevos compañeros los que lo hagan, te lo aseguro. No te estoy contando algo nuevo o que no hayas oído, no se trata de ninguna película, es la puta realidad —recalcó—. Me apuesto todo lo que tengo a que ahora mismo, dentro de estas paredes, más de uno estará pensando en echarle el guante cuanto antes. O mejor dicho, pensará en meterte mano, aunque no va a ser lo único que quieran meterte —aclaró con burla, cruzándose de brazos con aire jovial—. Puede que hasta echen a suerte quiénes serán los primeros en estar contigo. —Arqueó las cejas.

—Claro, es cierto. Y los funcionarios de la prisión también consentirán que me agredan, ¿verdad? —Se echó a reír—. Parece mentira que estés contándome esas chorradas, tú eres policía, conoces bien el sistema y sabes que aquí, solo por ser quien soy, voy a estar muy protegido. Es eso lo que te jode, ¿a que sí? —interpeló con chulería.

—¿Tú crees? ¿Crees que vas a estar protegido? —Se metió las manos en los bolsillos y arrugó los labios en señal de desacuerdo—. Te aclararé una cosa, a ver si ya vas entendiendo en el lugar que te encuentras, Yago —pronunció con menosprecio—. En este recinto serás uno más, un número, ni siquiera un nombre. Conozco al director de la cárcel y a unos cuantos de los funcionarios de prisiones que trabajan aquí, y te aseguro que sé de lo que hablo, no tendrás ni un solo privilegio. —Emitió una sonrisa torcida—. Y esos sucesos que ahora te parecen irreales, después de un tiempo encerrado entre estas paredes entenderás que son de verdad y que nadie podrá salvarte el culo. ¡Vaya!, nunca voy a usar esa expresión con mejor sentido —explicó entre risas.

—Mi culo está a buen recaudo, ingenuo —comentó Yago en actitud desafiante.

—¿Estás convencido? ¿De veras? Pues yo te garantizo que no —respondió categórico—. Más te vale custodiarte bien porque esos mismos tipejos de los que hablo se encargarán de que los guardias de esta prisión sean ciegos y sordos. Y te confesaré que ese hecho me alegra enormemente, no puedes imaginar cuánto deseo que pruebes tu propia medicina, saco de escoria. En realidad, esa será la única forma de hacer justicia contigo. —Asintió despacio—. Así que qué puedo decirte..., tan solo que disfrutes de tu estancia llena de desenfreno y frenesí. —Las comisuras de sus labios se ensancharon de forma triunfante.

—De acuerdo, como tú digas, disfrutaré a tope —replicó burlándose, sonriendo también.

—Veo que sigues sin creerme. —Chasqueó los labios—. Vale, muy bien, pero luego no digas que no te avisé. Nunca me reproches no haberte advertido sobre el sentido de hacer justicia que encontrarás en este lugar. Al menos mi conciencia se queda tranquila. —Hizo una mueca, notando un grato y vivo sentimiento buceando en sus adentros.

Bajo la atenta mirada de Yago, el inspector Garrido se puso a silbar con cierta felicidad. A él le dieron ganas de soltar una carcajada viendo la seguridad que trataba de infundir el policía con sus palabras y gestos, toda una manipuladora maniobra que no le iba a crear la menor duda. En unos segundos el compañero de Garrido se aproximó hasta ellos, llegaba acompañado de un funcionario de prisiones con cara de perro.

—Hola, Ramiro, ¿qué tal va todo? —le preguntó Garrido mientras estrechaban las manos.

—Ahí vamos, no nos podemos quejar —contestó el corpulento hombre.

—¿Y la familia?

—Bien, como siempre.

—¿Y tu vecino?

—¡Oh, muy bien! —expresó con satisfacción—. Hoy ha sido el primer día que le he visto sonreír en años.

—Me alegra oír eso. —Asintió—. Me alegra saber que a veces las casualidades de la vida logran hacer justicia.

—Más que al azar, yo diría que en ocasiones Dios quiere impartir esa justicia. Por eso coloca a cada uno en el lugar que cree más apropiado —puntualizó el hombre.

—¿Justicia divina? —preguntó el inspector.

—Sí. —Asintió el guardia, y añadió—: Eso o que a veces el destino tiene el capricho de ser justiciero. Pero bueno, dejemos la cháchara y preséntame a

quién traes.

—Aquí tienes al que aspiraba a ser presidente de nuestra querida nación, es decir, a un frustrado —soltó Garrido con mofa.

Ramiro ensanchó los labios de forma bárbara, cogió a Yago del brazo con rudeza y tiró de él, pero este se revolvió. El hombre lo agarró de nuevo y con aspereza le advirtió:

—Parece que vienes con muchos humos, ¿no?

—Igual es mi carácter —respondió con cierta aspereza.

—Uy, mal empezamos —chistó—. Pero no te preocupes, ya se te bajarán, tus compañeros se encargarán de quitártelos rápidamente. Y por tu bien te aconsejo que seas sumiso, si no lo vas a pasar muy mal en esta cárcel, 4775. Recuerda ese número porque a partir de ahora será tu nombre. —Tiró de su brazo para que caminara rápido.

—No puedes tratarme así, a empujones y tirones. —Yago volvió a revolverse para zafarse de él—. Y menos teniendo el brazo como lo tengo, me haces daño, aún estoy recuperándome de una herida de bala.

—¿Crees que te trato mal? ¿Que te hago daño? ¡Por favor! —replicó Ramiro con sarcasmo—. Entonces no quiero contarte qué te parecerán tus compañeros, los presos que están deseando conocerte. Porque te esperan con ganas, se ha corrido la voz de tu llegada hoy aquí y saben lo que eres: carne fresca y apetecible.

—¿Pero vosotros de qué vais? ¿Creéis que podéis asustarme con esas tonterías? ¿Que lograréis amedrentarme como a un niño? —Yago miró al funcionario con menosprecio—. No sabéis con quién cojones estáis hablando.

—Claro que lo sé, maldito hijo de puta —masticó las palabras—. Estoy tratando con un sádico violador al que aquí le van a joder vivo. Y si no lo hacen ellos, se lo mandaré yo —declaró con la mandíbula en tensión—. Tengo el encargo de hacer que desees la muerte y pienso cumplirlo. Tú has hecho que un buen padre viva sin vivir y que una madre muriera de pena, y yo voy a lograr que en solo unas semanas supliques morir antes de pasar un día más en esta cárcel. —De nuevo tiró de él hasta llegar a la primera zona enrejada—. ¡Ah, por cierto!, un conocido mío te manda recuerdos, es mi vecino.

—¿Qué hostias dices? —preguntó de forma déspota.

—Que Emilio Espada Lobo, el padre de Alicia, te desea la más horrorosa estancia en prisión, en mi prisión —subrayó, sonriendo de forma astuta—. Y yo voy a hacer que su petición se cumpla a rajatabla, del mismo modo que tú te portaste con Alicia, sin tener ninguna piedad.

—No olvides lo que te he dicho. Recuérdalo. —El inspector Garrido alzó la voz para que Yago lo escuchase. Ramiro volvió la cara y levantó la mano para despedirse, las rejas se abrieron y con un brusco empujón hizo que Yago cruzara la puerta.

—¡No! ¡No es cierto! ¡No lo es! ¡Mientes! ¡Ambos mentís! ¡Estáis mintiendo! ¡Sabéis que es mentira! ¡Lo sabéis! —Yago se volteó y miró a Garrido sin parar de gritar lo mismo una y otra vez, con reiteración, de carrerilla. De súbito, todas las dudas se instalaron en él. Ramiro le mandó callar y una vez más tiró de él para meterle dentro, aún quedaban unas cuantas puertas que cruzar.

—¿Qué le ocurre? ¿Por qué va diciendo todo eso? —preguntó el compañero de Garrido, extrañado.

—Por nada, una tontería. —Chasqueó la lengua—. El pobrecito acaba de enterarse de que aquí no puede mandar y por lo tanto no puede elegir, tendrá que hacer lo que le ordenen. —Sonrió con cinismo.

Dando una leve palmadita en la espalda a su compañero, los dos arrancaron a andar y abandonaron la prisión. Garrido, de forma inevitable, sentía un bullir por su cuerpo que no paraba de estirarle los labios y le llenaba de dicha. Estaba seguro de que al fin dentro de las paredes de esa prisión, y por partida doble, se iba a hacer justicia con Yago Junquera Miller. Un hombre que llevaba meses bombardeando en sus mítines con la honestidad, la rectitud, la igualdad entre géneros, los derechos de la mujer y el cumplimiento de la ley en todos sus aspectos; sin embargo, en su intimidad, no cumplía con nada de lo que tanto se vanagloriaba al soltar por la boca. Yago era todo un político de profesión y un psicópata de vocación, pero en ese lugar iba a aprender una lección que le sería difícil de olvidar en su vida: el ojo por ojo y diente por diente de la Ley del Talión.

Al llegar al coche, el inspector Garrido recibió un whatsapp.

Garrido, no sé qué le has dicho al politicucho ese, ¿me lo puedes explicar o me echo a reír? No para de decir que él debe estar en aislamiento. Suplica para que no le dejemos solo con los demás presos, ni con los funcionarios de prisiones, y menos con Ramiro.

19:42

Efrén Garrido no pudo contener la carcajada que le sobrevino después de leer aquel mensaje del director de la cárcel, un viejo conocido suyo con la misma idea de la justicia que él. La justicia en ocasiones era ciega, censurable y hasta inmoral. En otras palabras, era injusta. Y esa injusticia requería de un empujoncito para equilibrar su peculiar balanza. Yago necesitaba ese impulso

y en esa cárcel lo recibiría, por eso Garrido no podía parar de carcajearse. En medio de su incontenible risa, escribió la respuesta.

Pues riéte porque no le he dicho nada en especial, tan solo le he contado cómo funciona la cárcel, para que no crea que es un hotel de cinco estrellas. Eso sí, se lo he explicado con pelos y señales, ya me conoces.

19:44

Garrido continuó riendo sin dejar de observar el móvil, y entró otro mensaje.

Entonces me estaré carcajearo hasta que la orden de aislamiento se haga efectiva, que igual se alarga un poco, ya sabes que la burocracia es lenta...

19:45

El inspector Garrido rio más fuerte tras leer el mensaje. Le resultaba tan placentero el sabor a justicia que empezaban a dejar esas palabras en su boca que le era imposible frenar la risotada.

—¿De qué te ríes tanto? —interpeló su compañero, confuso.

—De nada, un chiste buenísimo que acaban de mandarme. Pero es demasiado verde para ti, aún eres muy joven para escuchar ciertas cosas. Anda, vamos para la comisaría, aquí ya está todo hecho. Absolutamente todo.
—Prosiguió riendo.

El caso de Yago Junquera Miller se convirtió en un gran escándalo a todos los niveles y la presión mediática fue implacable desde el primer minuto. Debido a ello nadie de prestigio se atrevió a defenderlo, temían que les salpicase la mierda y no deseaban comprobar el efecto repelente que tal acción pudiera ocasionar sobre sus bufetes. Al final tuvo que conformarse con un letrado de oficio, y para mayor inri le tocó uno bastante inexperto a la par que incompetente. Las pruebas que Yago suponía circunstanciales con un simple pestañeo se transformaron en agravantes, sumando con ello no solo delitos, sino soledad, pues nadie de su larga lista de conocidos y amigos movió un dedo por él; ni lo moverían jamás. Ni tan siquiera Manzanedo, su más fiel aliado. Precisamente él fue el primero en darle la espalda, y con efecto dominó todos sus apoyos fueron cayendo hasta no quedarle ni uno solo en pie.

Habían transcurrido dos años desde que Yago entró en prisión y el juicio acababa de terminar y estaba a espera de sentencia. El juez, como era de esperar, no admitió las grabaciones de Emilio Espada por haberse obtenido de manera ilegal, sin embargo, las astutas grabaciones de Martín sí fueron admitidas y con ellas todo quedó probado sin el menor ápice de duda. Aunque la torpeza de Emilio no eximió a Yago del asesinato de Anica. Afortunadamente en la cama de la víctima se halló un cabello y una prueba de ADN determinó que era del acusado, de ese modo se le pudo imputar el delito de sangre. Las autoridades españolas se vieron obligadas a llegar a un acuerdo con la justicia de República de Mauricio para hacer cumplir a Yago la condena en su país de residencia, puesto que en él tenía otras causas pendientes. Habiendo quedado constatadas todas las pruebas, también se le pudo imputar el asesinato de Cintia, la tentativa de asesinato de Azucena y Fabián y la tentativa de homicidio a un agente de policía. Por eso, y a pesar de que el fallo todavía no estaba escrito, a nadie se le escapaba el hecho de que

sería condenado con la máxima pena, incluso él mismo sabía que le esperaba una muy larga temporada en prisión.

Más de la mitad de esos dos años Azucena estuvo en tratamiento psicológico y psiquiátrico. Su alma estaba herida y debía curarla, tenía que cerrar las heridas dejadas por Yago; y aunque había costado, parecía que no habían cicatrizado en falso. Gracias a los informes emitidos por ambos especialistas quedó acreditado que había sido víctima de violencia de género. Y como la ciencia era una prueba irrefutable, incluso se le sumó el agravante de agresión sexual debido a los resultados de aquel análisis de sangre que puso de manifiesto los medicamentos encontrados en su organismo, las mismas sustancias que se hallaron en el cuarto de depravación de su exmarido. Un cuarto que había sido una mina de oro para la policía y la tumba para Yago.

Pero sin duda alguna, la mejor justicia que se podía impartir y se había impartido con Yago se la impuso la propia vida. Desde que estalló el escándalo, y con efecto de pandemia, en solo unos días pasó de ser el hombre más admirado y envidiado al individuo más detestado y odiado. El sueño de escribir su nombre en la historia varió de forma indiscutible; innegablemente se hablaría de él, pero jamás por haber sido el presidente de la nación como ambicionaba, sino por ocupar un puesto importante en la crónica negra del país. Aunque la condena que le concedió la vida no solo quedó ahí, fue más lejos, y durante un corto pero intenso periodo de tiempo, el que otorgó las fingidas trabas burocráticas para dilatar la demanda de aislamiento, Yago se convirtió en la «chica de compañía» de unos cuantos presos. Y fue tan dura la sentencia que el equilibrio del universo quiso devolverle que no pudo resistirla; tras doce días de ingreso en esa cárcel donde estaba viviendo su peor pesadilla, intentó quitarse la vida. No soportaba tanta humillación, tanta degradación, tanta vejación..., no soportaba lo que tanto había ejercido él. Después de su frustrado intento de suicidio, Yago fue trasladado a otra penitenciaría. A partir de ese momento viviría aislado del resto de reclusos, confinado a la soledad, deportado al infierno de sus amargos recuerdos, los que habían hecho una mella inconmensurable en su dignidad y hombría, con los que le era imposible convivir. Aunque, por mucho que lo rogase, nadie le facilitaría la opción de matarse para dejar de padecer. El sufrimiento, el tormento por el que le habían hecho pasar, el mismo que él impuso a sus víctimas, había poseído su mente y con ello debería vivir hasta el final de sus días.

Es extraña la ligereza con que los malvados creen que todo les saldrá bien.

Víctor Hugo.

EPÍLOGO

Una vez más, Azucena acudía al tradicional encuentro con la familia acompañada de Fabián, con quien mantenía una relación sólida, vivían juntos desde hacía un año. Azucena, ayudada por el amor que todos le entregaban, había sido capaz de aparcar la angustia que desde los últimos meses de su matrimonio con Yago había vivido agazapada a ella; por fin había recuperado la sonrisa, incluso la felicidad de antaño. Convivir con Fabián no solo le resultaba sencillo, también era fabuloso por todo el amor que ambos se profesaban. Desde que estaba a su lado se sentía afortunada por muchas causas, pero sobre todo por volver a ser la dueña de su destino, de cuanto quería hacer y decidía. Haber recuperado su vida era de lo más gratificante, tanto que la relajaba y le servía de somnífero. Gracias a recuperarse como mujer, como persona, había abandonado toda la medicación ansiolítica a la que últimamente estaba acogida. Por eso cada noche, y usando el pecho de Fabián cual almohada, se dormía al instante y de forma plácida. Él, por el contrario, tardaba unos minutos más en conciliar el sueño. Ese tiempo lo empleaba en observar a su bella amada entre sus brazos, compartiendo cama y vida, y en silencio le agradecía cada minuto que le entregaba. Se sentía la persona más dichosa del planeta solo por estar con Azucena, aunque debía reconocer que desde hacía unos meses su felicidad se había duplicado al conocer la llegada de alguien más a sus vidas: iban a ser padres.

Mientras Eztizen y Covadonga ayudaban a Matilde con los preparativos de la comida, Azucena ponía la mesa y Nicolás no paraba de perseguir a Pelayo, su inquieto hijo de casi dos años, Simón aprovechó para llevarse a su yerno a un lugar apartado de la familia.

—Fabián, quiero hablar contigo y no voy a andarme con rodeos —le dijo sin más preámbulos.

—¿Qué ocurre, Simón?

—Se trata del juicio de Yago —contestó—. Es evidente que el proceso ha revuelto el estado emocional de todos, pero sin duda, la que más habrá sufrido esa alteración ha tenido que ser Azucena. Dime, ¿ha sido muy duro para ella? Y sé sincero, por favor. Mi hija me dice que esté tranquilo, que ya lo ha superado, pero yo necesito saber si me cuenta la verdad. —Lo miró serio.

—Es obvio que ha sido duro —afirmó—. No es fácil tener que acudir a juicio y contar lo que ya habías intentado enterrar, y además ver de nuevo la cara a Yago... —Suspiró con languidez—. Por supuesto que lo ha sido, aunque Azucena es fuerte y lo ha sabido llevar. No sé si mirando solo por el embarazo o porque lo tiene superado, como te ha dicho a ti y a mí me comenta en alguna ocasión. Pero está bien, Simón. Si es eso lo que te preocupa, estate tranquilo.

—¿Sabes? Nunca me gustó ese tipo, desde el principio vi algo en él que no llegó a encajarme. Aunque nunca te lo haya dicho, yo siempre quise que mi hija acabase contigo, Fabián. Y mira tú por dónde me he terminado saliendo con la mía. —Sonrió con sutileza.

—Gracias por tu apoyo, Simón. —Estiró con sutileza los labios—. Y, si te soy sincero, a mí Yago tampoco me gustó nunca. No era una persona transparente y siempre creí que le haría daño a Azucena, aunque nunca hubiera podido imaginar lo que escondía el muy cabrón.

—Menuda joyita es el desgraciado —bufó—. Menos mal que por fin todo ha terminado y ese cerdo va a pudrirse en la cárcel. Un lugar donde parece que le dieron su merecido, algo de lo que me alegro, aunque te escandalice oírlo.

—Ni me escandalizo ni me alegro. —Se encogió de hombros, poniendo gesto de indiferencia—. Solo puedo decirte que a veces la vida sabe dar a cada uno lo que debidamente le corresponde, y en su caso ha sido así. Y mejor dejemos el tema de una vez, Simón, ese hijo de puta no merece que gastemos más saliva en él.

—Llevas razón, Fabián, futuro padre de mi nieto. —Simón le dio una palmadita en la espalda, y volvió a sonreír—. Vayamos para la mesa antes de que nos llame Matilde.

—Buena idea —afirmó él.

Toda la familia sentada alrededor de la mesa de jardín celebró la tradicional comida; la excusa para reunirse, conversar y reír. Porque en realidad ese era el único objetivo de Simón y Matilde, ser partícipes en las vidas de sus hijos, ver cómo crecían sus nietos, cómo el amor de todos ellos se solidificaba logrando que los lazos familiares nunca se rompieran; y lo

habían conseguido. Simplemente por eso era tan maravilloso pasar ese fin de semana juntos, porque se sentían dichosos siendo lo que eran: una familia unida.

Pelayo no quería estar en brazos de su padre, ni en los de su madre, ni siquiera en los de Matilde, su abuela a la que tanto quería. Su inquietud, debido a su escasa edad, solo pretendía estar correteando de un lado a otro y curiosear.

—Verás cuando el tuyo empiece a andar y no te deje parar ni un momento, es agotador —explicó Eztizen a Azucena.

—Me lo imagino, pero cada etapa tiene sus cosas buenas y malas. Y no corras tanto, tan solo estoy de cinco meses, no me estreses aún. —Sonrió, acariciando su redonda barriguita. Después, contempló a su familia y añadió —: Fabián y yo tenemos que daros una noticia, ya sabemos el sexo del bebé. —Cogió la mano de su compañero.

—Es un niño, ¿verdad? —preguntó afirmando el padre de Azucena.

—¡Oh, de eso nada! —protestó Covadonga—. Es una niña, ¿a que sí?

—Estoy seguro de que es un varón —declaró el patriarca.

—Y yo de que es una niña —replicó su hija.

—Niño —insistió Simón.

—Niña —repitió Covadonga.

—¡Un momento, *stop!* —avisó Azucena—. No me puedo creer que tengáis un comportamiento tan infantil —enunció boquiabierta, alternando una reprobadora mirada entre su progenitor y hermana.

—Yo viniendo de Covi sí, pero no de papá —manifestó Nicolás, mirándolo aturdido.

—Desde luego que yo tampoco salgo de mi asombro —expresó Matilde con los ojos puestos en su marido.

—Ni yo —aseveró Fabián, serio.

—Es cierto, perdonad —se disculpó Simón—. Qué más dará lo que venga, el caso es que nazca sano.

—Yo también lo siento —admitió Covadonga—. Han hablado por mí las ganas tan grandes que tengo por ese sobrino o sobrina.

—Bueno, pues decirnos qué va a ser, ¿niño o niña? —demandó Matilde.

—Os diré el nombre que hemos elegido para nuestro hijo y de forma automática sabréis lo que va a ser. —Azucena esbozó una dulce sonrisa, y Fabián le besó el dorso de la mano.

—Hazlo como quieras pero arranca de una vez —protestó Eztizen, impaciente.

—*Alma*. Nuestra pequeña se llamará *Alma* —afirmó, mirándose en los ojos de Fabián que no paraban de contemplarla con amor.

—¡Toma, una niña! ¡Yuju! —exclamó Covadonga casi en un grito, entusiasmada—. ¡Pelayo, cariño, vas a tener una prima! —dijo a su sobrino que no paraba de corretear.

—¡Pima, pima! —balbuceó Pelayo, y todos rieron, incluido el pequeño por ver que sus palabras causaban gracia.

—Sí, tesoro, vas a tener una prima a la que la tía Covi va a hacer mil coletas y le va a comprar un montón de vestiditos. Le voy a enseñar a maquillarse, a andar con tacón, a ligar, a...

—¡Covi! Tranquilízate un poco, hermanita. —Azucena la interrumpió, contemplándola perpleja por su ímpetu al hablar.

—Azu, seré su tía y tengo que enseñarle de todo a mi sobrina.

—Sus padres deben enseñárselo —subrayó Fabián.

—Y su tía malcriarla, al igual que hago con Pelayo. Asumirlo los dos de una vez. —Hizo un mohín.

—Una niña. —Simón emitió un suspiro mirando a Azucena.

—Sí, papá. Una niña —confirmó ella.

—¡Oh, y qué nombre tan bonito! —exclamó Matilde con emoción y ternura, y los demás, casi a la par, también lo confirmaron.

—Un nombre tan bonito como será esa pequeña. Seguro que tan guapa como su madre. —A Simón se le velaron los ojos.

—¡Eh!, y tan guapa como su tía —agregó Covadonga con gesto presumido.

—Y como la abuela —matizó Matilde de inmediato—. Digo yo que algo habré aportado a vuestra belleza, ¿no? —Se dirigió a sus hijas.

—Todo, cariño —contestó Simón, adelantándose a cualquier respuesta, tomándole la mano de manera amorosa—. Tú lo has aportado todo a esta familia, Matilde.

Simón besó a su mujer y todos comenzaron a aplaudir en medio de sonrisas. Hasta el pequeño Pelayo se apuntó a esos aplausos que no sabía ni por qué razón se daban ni por qué causaban alegría, pero le gustaban. En ese momento la familia al completo respiraba una felicidad que embriagaba el ambiente.

Después de una larga sobremesa Azucena y Fabián decidieron ir a dar un paseo por la playa de San Lorenzo, ella debía caminar, era bueno para el embarazo. Cogidos de la mano y andando descalzos por la arena, llegaron con calma hasta la otra punta, disfrutando de la maravillosa brisa y de una soleada

tarde de principios del mes de junio. Al darse la vuelta para regresar al punto de partida, Fabián la abrazó y le dijo:

—Tu padre me ha preguntado cómo te encuentras. Está preocupado por ti, por cómo te haya podido afectar el juicio.

—¿Y qué le has dicho?

—Lo mismo que tú me dices siempre, que estás bien, que lo has superado. Pero, siendo sincero, y aun sabiendo que has pasado lo peor y que te encuentras bien, sé que hay algo que no me cuentas. Te conozco, Azucena, y el que calle para no presionarte no significa que no lo perciba. ¿Por qué no lo expulsas de una vez, por favor? —le suplicó.

Azucena guardó unos segundos de silencio antes de abrir definitivamente las puertas de su corazón. Sabía que debía arrancarse esos sentimientos y lo mejor para lograrlo era compartírselos.

—A veces pienso en cómo una decisión, a simple vista insignificante, ha podido acarrear tantas consecuencias. —Suspiró con vigor—. Quién me iba a decir que aceptar aquella primera cita con Yago desembocaría en tan fatales sucesos para todos.

—¡Eh!, nadie podemos prever las consecuencias de nuestros actos antes de llevarlos a cabo, cariño. No puedes mortificarte por ello.

—No lo hago, créeme —respondió con firmeza—. Aunque en ocasiones pienso que decisiones anteriores me llevaron a tomar esa decisión. Para que me entiendas, Fabián, yo decidí salir con un compañero de trabajo, con Pedro, y fue una mala decisión por lo mal que acabamos. Pero si yo no hubiera salido con él antes de conocerte a ti, mi decisión de no volver a salir con ningún compañero no habría existido, y mi mente no se hubiera empeñado en ganarle a mi corazón y me hubiera decidido por ti desde el principio. Yago jamás habría entrado en mi vida. —Sacudió la cabeza—. No dejo de plantearme que las consecuencias de mis decisiones me llevaron a él.

—Azucena, la vida es un continuo toma y daca de decisiones, y si nos ponemos así, yo también tomé mal las mías por callarte mis sentimientos. Pero si me permites un consejo, borra todo eso de la cabeza porque ya no se puede dar marcha atrás, las cosas son como son, cariño. Solo debes quedarte con lo importante, que todo ha acabado y que estamos juntos. No quiero que vuelvas a perder la sonrisa nunca, y voy a encargarme de ello poniendo todo mi empeño, porque te amo. —La besó.

—Yo también te quiero, Fabián. Y no te preocupes, no perderé la sonrisa, ya no. Ahora me siento fuerte, y después de compartir mis paranoias contigo me siento mucho mejor. —Sonrió.

—Y hablando de paranoias y de estar juntos...

—¡Uf!, qué mezcla tan perturbadora —anunció ella bromeando.

—Olvida la mezcla y hablemos en serio, porque yo también quiero contarte algo.

—¿El qué? —preguntó, intuyéndolo.

—Verás, he esperado a que todo estuviera calmado, y ahora que parece estarlo, creo que ya ha llegado el momento oportuno para dar un paso más, cariño. —Hizo una breve pausa—. Quiero casarme contigo, ¿qué me dices? —le preguntó.

Azucena lo miró atenta a los ojos, le irradiaban amor y felicidad, tanto como ella sentía por dentro. Las palabras de Fabián no le habían cogido desprevenida, sabía que podía decírselas cualquier día, en cualquier instante, su mirada llevaba meses pidiéndoselo. Pero con la intención de distender un poco lo ánimos prefirió bromear, y contestó:

—¡Vaya! Creí que tú no pensabas casarte nunca, al menos eso me comentaste en más de una ocasión, ¿o ya lo has olvidado? —interpeló seria.

—Bueno..., eso lo dije porque creía haberte perdido para siempre, y desde luego no pensaba casarme con nadie más que no fueras tú. Pero ahora estamos juntos y nos amamos, contigo sí quiero hacerlo.

—No sé, Fabián —se encogió de hombros—, me lo dijiste muy convencido. «Nunca me volveré a casar», literalmente esas fueron tus palabras. Así que tendré que pensarlo con calma. —Intentó aguantar la risa.

—¿Lo estás diciendo en serio o me tomas el pelo?

—Desde luego que muy en serio, el tema lo requiere —dijo acariciándose la barriguita—. Así que dada la seriedad del asunto, tendré que consultarlo con *Alma*. Es un paso muy importante, a ver qué dice ella. —Le guiñó el ojo y los dos sonrieron.

—¡Eh, espera! —exclamó Fabián, posando con cuidado su oído en la redonda tripa de Azucena.

—¿Qué haces? —preguntó entre risas.

—¡Chsss! Silencio, que me está hablando mi pequeña. ¿Cómo? Repite, cariño, que mamá no me ha dejado oírte. —Esperó un ratito callado—. ¿En serio? —Volvió a cerrar unos segundos la boca—. Por supuesto que se lo digo ahora mismo, hija.

—¿Qué dice? —interpeló Azucena sin dejar de sonreír, la situación le resultaba muy cómica.

—Dice que está enfadada contigo por no haberte casado ya conmigo, o sea, su padre. Que quiere que lo hagas antes de que nazca ella o, en venganza,

llorará todas las noches y no te dejará dormir. Y lo ha dicho muy seria, yo no me lo tomaría a broma —chisteó.

—Entonces tendré que poner remedio cuanto antes, habrá que buscar una fecha, no me dejáis elección. —Rio.

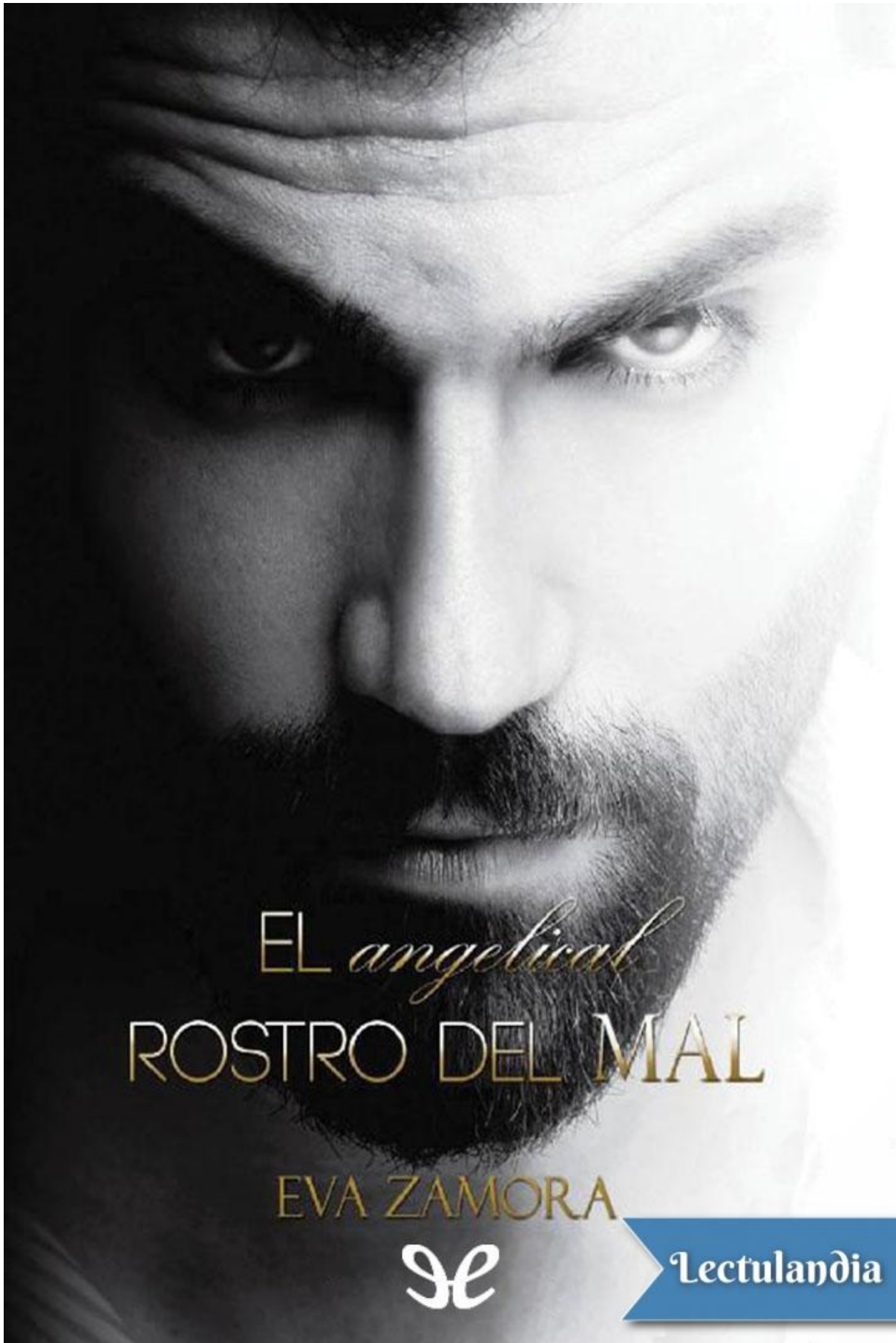
—Pues búscala, cariño, y casémonos el día que tú decidas. —Se besaron con pasión.

Cogidos de la mano, Fabián y Azucena continuaron paseando por la arena sin prisa, absorbiendo los primeros rayos de un cercano verano, con la brisa pegando de frente y el salitre del agua bañando sus pies tanto como las sonrisas sus caras.



EVA ZAMORA (Madrid, España, 1972), se crio en Arganda del Rey, y ahora reside en la localidad de Campo Real. Es una mujer normal a quien le apasiona la literatura desde niña, aunque nunca se atrevió a dar el paso de escribir, sus novelas solo existían en su cabeza, y nunca llegaban a plasmarse en papel. Pero eso cambió hará unos años, animada por su hijo adolescente, otro amante del mundo de las letras y quien la animó a dar ese salto. Compagina su faceta de escritora con los quehaceres diarios y siempre con el apoyo y empuje de su familia.

Actualmente ha escrito varias novelas, *La esencia de mi vida* (2015) y *Todo por Daniel* (2015) son sus primeras obras en ver la luz.



EL *angelical*
ROSTRO DEL MAL

EVA ZAMORA



Lectulandia